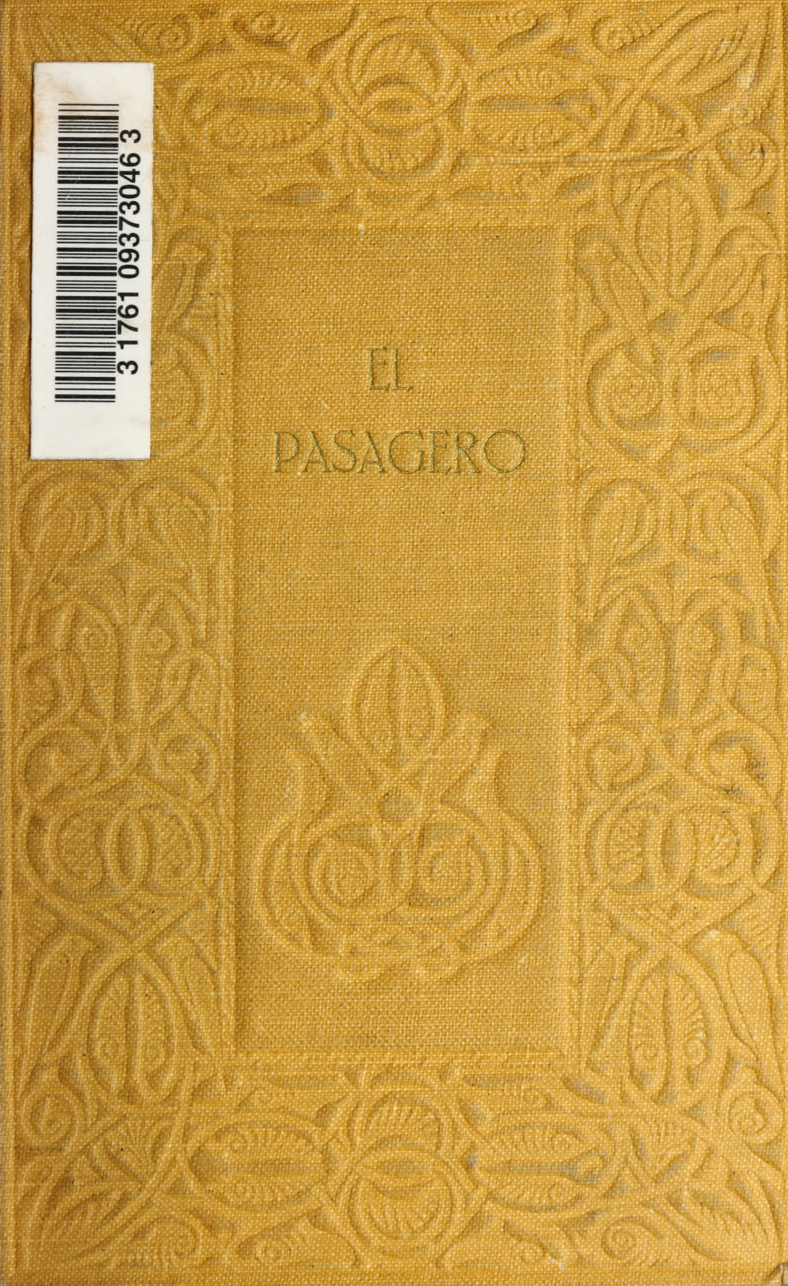

EL
PASAGERO








BIBLIOTECA
RENACIMIENTO

BIBLIOTECA RENACIMIENTO

DIRIGIDA POR

G. MARTINEZ SIERRA

COLECCIÓN DE

OBRAS MAESTRAS
DE LA LITERATURA UNIVERSAL

LA EDICIÓN Y COMENTARIO
DE LOS TEXTOS CLÁSICOS ESPAÑOLES, LA TRADUCCIÓN DE LOS EXTRANJEROS Y LOS PRÓLOGOS DE UNOS Y OTROS ESTÁN Á CARGO DE EMINENTES ESCRITORES, CRÍTICOS Y ERUDITOS, LOS MÁS COMPETENTES EN LA MATERIA:

GABRIEL ALOMAR, AZORÍN, PÍO BAROJA, JACINTO BENAVENTE, BERNARDO G. DE CANDAMO, AMÉRICO CASTRO, JULIO CEJADOR, ENRIQUE DIEZ-CANEDO, FERNANDO FORTÚN, RICARDO FUENTE, VICENTE GARCÍA DE DIEGO, J. GÓMEZ OCERÍN, FRANCISCO A. DE ICAZA, JUAN R. JIMÉNEZ, RICARDO LEÓN, EDUARDO MARQUINA, G. MARTÍNEZ SIERRA, FRANCISCO MEDINA, ENRIQUE DE MESA, ANTONIO PALOMERO, R. PÉREZ DE AYALA, JACINTO O. PICÓN, CIPRIANO RIVAS CHERIF, FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN, VÍCTOR SAID-ARMESTO, EUGENIO SELLÉS, RAMÓN M. TENREIRO, MIGUEL DE UNAMUNO, FRANCISCO F. VILLEGAS, ETC., ETC.

LA PARTE ARTISTICA
DE ESTAS EDICIONES ESTÁ ENCOMENDADA AL ILUSTRE DIBUJANTE
FERNANDO MARCO.


BIBLIOTECA
RENACIMIENTO
OBRAS
MAESTRAS
DE LA
LITERATURA
UNIVERSAL



EL PASAGERO

ADVERTENCIAS UTILÍSIMAS A LA VIDA HUMANA

POR EL DOCTOR

CHRISTOVAL SUAREZ DE FIGUEROA

A la Excelentisima República de Luca

EDICIÓN PREPARADA POR
FRANCISCO RODRIGVEZ MARIN
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

PRÓLOGO

Poco pondré de mi cosecha en estos renglones que han de preceder á la nueva edición del curiosísimo libro intitulado *El Passagero,* publicado cerca de tres siglos ha (Madrid, Luis Sánchez, 1617), y reimpreso una sola vez antes de ahora (Barcelona, Gerónimo Margarit, 1618). Poco pondré de mi cosecha—decía—, porque lo más importante que pudiera escribirse acerca de este libro y de su autor está escrito por el doctor J. P. Wickersham Crawford *(The life and works of Christóbal Suárez de Figueroa,* Philadelphia, 1907), y hábilmente traducido, con nuevas notas, por D. Narciso Alonso Cortés *(Vida y obras de Cristóbal Suárez de Figueroa,* Valladolid, 1911). Así, pues, extractaré con brevedad de este trabajo lo que cumple á mi propósito, hecho lo cual, apenas si añadiré cuatro renglones.

Suárez de Figueroa nació en Valladolid, hacia el año de 1571. Fué hijo de un abogado gallego de escasa fortuna; y como al frisar con los diez y siete años de edad viese que en su casa era preferido y mimado un su hermanito endeble y enfermo, resolvióse, comido de envidia y mostrando ya la aspereza de su carácter, á abandonar su hogar é irse á Italia, en donde continuó y terminó sus estudios jurídicos y se doctoró en ambos derechos. Logró de allí á poco que se le nombrase auditor de las tropas españolas que servían en el Piamonte contra Francia, y en este y otros empleos parecidos pasó algunos años; pero vuelto á su patria recién entrado el siglo XVII, en ella permaneció cuatro lustros, casi siempre, como dicen, sin oficio ni beneficio, viviendo pobremente del cultivo de las letras, envidiando á cuantos medraban, renegando del mundo entero y mal quisto con todos, por insociable y maldiciente. Al cabo, en 1623, logró otra auditoría en Italia, y allá pasó casi todo el resto de su larga y azarosa vida, sin que faltasen graves y frecuentes sinsabo-

res al que en ocasionarlos pareció tener perdurable empeño.

Entre las muchas y estimables obras de Suárez de Figueroa, escritor muy docto y que conocía á maravilla el riquísimo caudal del habla castellana, es la más interesante la que ahora damos cuidadosamente reimpresa. "Pocos libros hay en la literatura española—dice Crawford—tan subjetivos como *El Passagero*, y quizá ningún escritor español ha dejado un registro tan fiel de su temperamento y gustos. No solamente nos proporciona una ocasión para el estudio de la vida y carácter del autor, sino que nos da motivo para ver por los ojos de un contemporáneo la vida y costumbres de España en los comienzos del siglo XVII. En su plan general, *El Passagero* guarda alguna semejanza con el *Viaje entretenido* de Rojas. Cuatro viajeros salen de Madrid para Barcelona, en camino para Italia. Varias profesiones están en ellos representadas: uno es maestro en Artes y Teología, otro militar, el tercero orífice y el cuarto doctor, Figueroa mismo, que disgustado de su escasa fortuna en el país natal, abandona á España para siempre. A causa del intenso calor, los viajeros acuerdan romper la monotonía del viaje con varios asuntos, y de aquí la forma dialogada. Figueroa se pertrecha de un buen recurso para la expresión de sus propias ideas.,,

Por si el excelente estudio de Mr. Wickersham Crawford llega á obtener la honra de la reimpresión, voy á indicar algunos pormenores que el docto y diligente hispanista podrá tomar en cuenta al efectuarla. Como el empecatado doctor, cogida la pluma, no sabía irse á la mano, en *El Passagero* hay satíricas dentelladas para todos los principales escritores de aquellas calendas. Difícil es, pasados muy cerca de tres siglos, ahondar con cabal acierto en este linaje de pesquisas, siempre muy ocasionado á tomar por verdades averiguadas las visiones de la imaginación; pero, con todo esto, mucho logró poner en claro don Luis Fernández-Guerra, en cuanto á las malévolas alusiones á Cervantes y á Ruiz de Alarcón, y mucho podrá conseguirse todavía, amén de que algunas de las demás son casi transparentes para cuantos están familiarizados con nuestra historia literaria. ¿Quién, por ejemplo, puede ser el *antojicojo* que llamó "caballeros chanflones,, á cierta clase de sujetos (folio 397, y pág. 298 de nuestra edición), sino don Francisco de Quevedo y Villegas? Y ¿quién sino el admirable sonetista hispalense don Juan de Arguijo (folio 445 vuelto, y pág. 333

de nuestra edición) aquel "que en vna ocasión de agasajo consumió deciocho mil ducados de renta, en virtud de quien quedó pobre y retirado, sin que de la persona que pretendió obligar le viniesse género de remuneración?,, (Véase mi libro intitulado *Pedro Espinosa*, Madrid, 1907, pág. 125).

Nuestro Doctor, á vueltas de sus graves defectos, tenía, entre otras buenas cualidades, la de no ser hipócrita; al contrario, reconocía paladinamente su vena de satírico y murmurador, escribiendo, verbigracia: (folio 210, y pág. 156 de esta reimpresion): "... y assi, perdonad las azedias y asperezas que descubro por instantes contra la dignidad poética; *que no puedo disimular mi natural maldiziente,* hasta en contradezir el exercicio de cosa tan buena,,; y tan sin amigos le tuvo esta deplorable inclinación, que, cuando en 1615, dos años antes de sacar á luz *El Passagero*, solicitó de las Cortes algún auxilio pecuniario para publicar su *Plaza vniversal de todas ciencias y artes*, que había dedicado al Reino, casi por unanimidad fué denegada su petición (*Actas de las Cortes de Castilla,* tomo XXVII, pág. 527). Entonces anuló tal dedicatoria y dirigió su libro al Marqués de Frechilla y Villarramiel.

Con todo, alguna vez llegó á blandearse aquel carácter inflexible. Vino un día, por los años de 1621, en que, dolido de verse solo, de todos abandonado, de muchos aborrecido, falto de recursos para vivir sin abrumadora escasez y casi enteramente perdida la esperanza de zafarse de su negro infortunio, de que él era, al par, causa y víctima, dejó escapar estas palabras, al folio 213 de su libro intitulado *Varias noticias importantes á la humana comunicación:* "Jamás experimenté propicio el favor humano, fuesse ó por mi rígida condición ó por mi escasa fortuna; y aunque por este camino me hallé libre de reconocer particulares obligaciones, no puedo negar renunciaría de buena gana potencias y sentidos en quien por algún modo fuesse mi bienhechor,,. Fuélo, en efecto, de allí á poco, Bernardino Díaz, secretario del Duque de Alba, y nombrado este prócer virrey de Nápoles en 1622, por Febrero de 1623 obtuvo Suárez de Figueroa la credencial de auditor de la ciudad de Lecce, para seguir luchando allende el Mediterráneo con sus malas andanzas, de que sólo se redimió, siendo ya muy anciano, al caer en la sepultura. Mueve á lástima este hombre. Por sujetos tales se dijo el refrán: "Ni el envidioso medró, ni quien con él se juntó,,.

De Suárez de Figueroa no se conserva, que sepamos, retrato alguno; pero de su carácter atrabiliario, de su maligna idiosincrasia, de su inclinación aviesa, que hacen pensar en algunos literatos de nuestros días, nos dejó un valentísimo apunte, quizás un poco exagerado, en la *Historia de las ideas estéticas en España*, la portentosa pluma de mi inolvidable maestro y amigo D. Marcelino Menéndez y Pelayo. Acabe yo con palabras suyas, y eso tendrá bueno este deshilvanado prologuillo:

"Quien busque—escribió—noticias de apacible curiosidad, sátiras tan crueles como ingeniosas, gran repertorio de frases venenosas y felices, rasgos incomparables de costumbres, lea *El Pasajero*, en el cual, sin embargo, lo más interesante de estudiar que yo encuentro es el carácter mismo del autor, público maldiciente, envidioso universal de los aplausos ajenos, tipo de misántropo y excéntrico, que se destaca vigorosamente del cuadro de la literatura del siglo XVII, tan alegre, tan confiada y tan simpática. Tal hombre era una monstruosidad moral de aquellas que ni el ingenio redime. Le tuvo, y grande, juntamente con una ciencia profunda de nuestra lengua; pero lo odioso de su condición, y el mismo deseo de mostrarse solapado y agudo, con mengua de la claridad y del deleite, condenaron sus escritos al olvido, perdiendo él en honra propia lo que á tantos buenos había quitado.,,

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN.

A LA EXCELENTISIMA REPUBLICA DE LUCA

Este libro, que justamente puedo llamar hijo de mi inclinación y empleo de mi voluntad, por haber sido otros siete que escribí y publiqué partos de ajena instancia, recorre con humildad al favor de quien es teatro admirable de todas letras y centro de cualesquier virtuosas acciones; á la sombra de quien con tanta prudencia y valor ha conservado y defendido tantos años el don precioso de la libertad. Á Vuestra Excelencia, pues, consagro esta pequeña ofrenda (grande por afectuosos deseos), seguro de que la admitirá con la benevolencia que suele á los que se valen de su amparo. Ni sé quién pueda igualar en patrocinar con mayores veras á la que por instantes goza y agradecidamente reconoce los bienes de la protección. Aumente Nuestro Señor prósperamente su Estado, como deseamos sus servidores. Madrid, etc.

EL DOCTOR CHRISTÓBAL SUÁREZ DE FIGUEROA.

AL LECTOR

No hay moneda que tan mal corra en el mundo como desengaños, ni quien tanto los haya menester como el hombre. La ciencia más difícil de aprender es el conocimiento de sí mismo, en que casi todos, con indecible gusto, vienen á quedar rudísimos. Asunto de nuestros doctos antecesores fué siempre el reprimir este exceso, el condenar esta afición, atentos á poner sin cesar delante los ojos las imperfeciones de la vida. De las flores sembradas por los jardines de varios libros escogí este ramillete, con deseo de que espire suavísimos olores de virtud, enderezados (si ya no es temeridad presumirlo) á alguna reformación de costumbres. Es mi disinio refrescar las memorias con la fuerza de avisos tan útiles, con la enseñanza de documentos tan necesarios, asestando la artillería de la razón (hecho primero alarde de bueno y malo) contra las torres de propias confianzas. Á quien tocare parte deste contagio será forzoso desagraden las materias picantes que fuere encontrando; mas si repara en la intención, sé cierto templará los enojos y endulzará las iras. Juicio sería desacertado el que se hiciese condenando los medios racionales, aptos y convenientes para consecución de particulares fines, proporcionados, y con prudencia pretendidos.

INTRODUCIÓN AL PASAJERO

Con aviso cierto de galeras, partieron de Madrid á Barcelona, para embarcarse á Italia, cuatro entre quien el camino, sin conocerse, trabó amistad y correspondencia. Era el uno maestro en Artes y profesor de Teología. Llevábanle á Roma satisfación de letras y deseos de valer, formando en sí un tribunal para conseguir sin dilación el premio de su virtud. Dedicábase otro á la milicia; y aunque por su poca edad poco soldado, iba al reino de Nápoles con mediano sueldo, efeto más de favores que servicios. El tercero, dado al arte orificia, pasaba á Milán, donde cierto pariente de pluma, por su muerte, le había dejado hacienda. Desterrábase el último de su patria sin ocasión, si ya no lo era bastante haber nacido en ella con alguna calidad y penuria de bienes. Seguía por facultad la de ambas Prudencias, con título de doctor, aunque más docto en esperiencia y comunicación de naciones. Los cuatro, pues, habiendo comenzado el viaje en tiempo cuando más aflige el sol, determinaron cambiar los oficios de día y noche, dando á uno el reposo y á otra la fatiga del camino, por poder sufrir mejor con la templanza désta el excesivo calor de aquél. Mas como regalos de posadas antes obligan á inquietud que á sosiego, por su escasa limpieza y curiosidad, pasados algunos ratos de reposo, dedicados por fuerza al quebrantamiento, trataron aliviar el cansancio de la ociosidad con diferentes pláticas. Y como de ordinario aconte-

ce apenas soltarse de la lengua aquello á que más incita la inclinación, pareció conveniente siguiese cualquiera la suya en las venideras conversaciones, ya fuese discurriendo, ya preguntando. Descubriéronse al salir de la Corte en los nuevos amigos diversos afectos, según los engendraba la natural condición, ó cuidado. Dábansele al Teólogo queridas prendas de sangre: dos sobrinos con una hermana moza, necesitada y virtuosa. Ahogábanle las ansias derivadas de la presente ausencia, con la consideración de varios inconvenientes cuando llegase á faltar la corta provisión que dejaba. El Soldado, mancebo al uso, según su prespectiva, era combatido de pensamientos amorosos. Quería bien, y era, á su parecer, correspondido; siendo siempre insufrible la división de dos á quien unió simpatía de voluntades. No padecía menor sentimiento el Orífice, por robarse á las tiernas caricias de mujer honesta, en lo más reciente de sus bodas, y á las visitas de agradables parientes y vecinos. Sólo el Letrado, al despedirse los demás con lágrimas de la Corte, la miraba con ceño y ojos enjutos, casi como indignado contra la que de contino es pródiga en favorecer á estranjeros y avarísima en beneficiar á sus naturales. Al fin, distantes cinco leguas de la que ocasionaba su dolor, algo quietos ya los corazones de los tres, comenzaron á reconocer la austeridad del compañero, solicitando al deseo la admiración para entender la causa de aquella singularidad.

ALIVIO I

Doctor. Maestro. Don Luis. Isidro.

DOCTOR. No es maravilla se os haga estraño verme tan libre de la pena que suele ser tan común á los que desamparan la patria, cuyo nombre y amor es dulcísimo. Mas, si se considera bien, conviene desasirse desde los años primeros del lazo que tiende cautamente á su aficionado el lugar donde se nace, pues al valeroso puede servir toda parte de patria y habitación. Y será este despego tanto más lícito cuanto se viere proceder la natural de cada uno con pasión y ceguera en el conocimiento y remuneración de ajenos méritos. No es ésta la primera vez que salgo destos confines: ya tengo noticia de los de Italia; y así cual vos me rendí á terneza y sollozos cuando dejé con menos edad la casa de mis padres. Ahora juzgo madrastra la que me dió el ser. Por manera que habiendo hallado entre estraños aceptación no pequeña, fundada en buenas obras, no es de admirar vuelva agradecido á pasar el resto de la vida entre los que generosamente la alimentaron mucho tiempo, colocándome en los mejores puestos de sus ciudades. En esta conformidad espero también que, sufrida por vosotros esta recia batería de congojas por la primer salida de España, volveréis á ella casi como nuevos hombres, ricos, sobre todo, de madura prudencia en vuestras operaciones, por ser el peregrinar provechoso instrumento al uso de las cosas.

MAESTRO. Digna es del entendimiento que descubrís semejante consideración. Si se ponen los ojos en las divinas y humanas letras, enseñan todas quedarse niño, por mucho que viva, quien viendo ó leyendo no se adelanta. Mejóranse no poco los años con la participación de varias gentes, de sus costumbres, de sus trajes, sacándose singular fruto hasta de sus defetos. Por otra parte, quien estrechare sus deseos y pusiere por límite de su peregrinación el horizonte de su tierra, se podrá llamar con ra-

zón dichoso. Porque si bien la vida, repartida como se debe, fué de algunos juzgada menos corta, es lástima consumirla en perpetuo destierro del propio lugar, grandemente atractivo por el nacimiento, donde el cuerpo cobró fuerzas para pisar su suelo, de cuyo aire se formó la primera respiración, donde se alimentó la infancia, donde se pasó la puericia y la juventud recibió ejercicio y educación. Sobre todo, donde se mostraron familiares á la vista cielos, ríos, campos, amigos, parientes, y otros géneros de gozos que en vano buscamos en otras partes. Cuanto á la que vos llamáis ingratitud en la patria, ó sea escaso conocimiento para premiar, creed no puede tener la misma contentos á todos. Es el poder humano de cortas fuerzas; y así, no es maravilla se hallen muchos quejosos y mal satisfechos, ó por disfavor, ó por repulsa, ó por ver adelantados en premio á los indignos dél en su opinión. Si lo consideráis como se debe, en la distribución de cargos mayores y menores sólo le queda al superior el trabajo de haberlos repartido y el escrúpulo de si la elección saldrá acertada. Ni es de creer corra el gobierno acaso, falto de acuerdo y consulta; antes está puesto en razón lo contrario, bien así como naturalmente la traza precede á la disposición. Cuanto más que si queréis dar lugar á la pasión que ahora os sujeta, imagino me confesaréis habréis por ventura andado flojo en procurar acrecentamiento. Muchos se quedan atrás y renuncian cualesquier mejoras, por no engolfarse en las descortesías, en las dificultades de audiencias, en las asperezas de ministros y en los profundos piélagos de pretensiones.

Doctor. Habéisme parecido lince sutil de mi pensamiento, pues de tal manera penetrastes mi inclinación como si fuera vuestra. No puedo negar serme todo lo posible odioso el nombre de pretensor, por carecer de dos incentivos, importantes mucho para conseguir grandes intentos; esto es: codicia y ambición. Prométoos que, excepto lo necesario para el sustento y honesto vestido, hago la estimación de lo más precioso que de lo más vil. Siempre juzgué inútil sobra todo lo que no se emplea en lo forzoso. De aquí procedió mi negligencia en no haber dado sobre alguna pretensión ni un papel, alegando servicios y estudios. De suerte, que debe hacer vana mi queja el no ser quizá conocido de quien pudiera darme la mano, ya que sobre menores fundamentos vemos suele levantar la fortuna grandiosos edificios; aunque cuando quiere favorecer de veras, obra más veloz que rayo. Propone, dispone, concluye, facilita me-

dios, allana dificultades, carea simpatías, introduce aciertos, y sin desvelos, sin molestias, reduce en breve á perfeción la humana felicidad. Mas temiendo en mis cosas opuesta observación, destituído de medios, llena la imaginación de imposibles, se fué debilitando la esperanza, y tanto, que feneció del todo, hasta que la larga paciencia, ofendida tantas veces de los males que padecía, se convirtió en furor: dél se derivó esta partida, que, si va á decir verdad, hago violentado, siendo España la más noble provincia de Europa. Por eso, aunque el enojo incitó la lengua á su menosprecio, no se puede negar en abono de la patria ser los que peregrinan por las ajenas como los opresos de calentura, que mientras dura el acidente, proceden con inquietud, variando lugares en el lecho con la esperanza de alivio. Así, los que discurren de tierra en tierra en vano se mudan, por llevar enfermo el ánimo y antojadiza la voluntad, imitando al imán, que jamás pierde de vista el norte, de quien es atraída. Son ajenos países para nosotros como pinturas, cuya variedad, si bien nos detiene, es por breve tiempo. Con todo, conviene al poco feliz abrir paso á la ventura y salirle al encuentro, inquiriendo la senda por donde puede venir, puesto que no hay cosa tan contraria de toda buena dicha como la remisión y pereza.

Maestro. Nuestra vida es toda peregrinación, y lo confirman todas los cosas del mundo, cuyo ser por instantes vuela. Por una hermana y dos sobrinos, no por mí, me expongo á peligros varios; pues en razón de mis estudios no lo pasara mal en religión. Quisiera en mi negocio dilación corta, y algo con que suplir las necesidades en que pone la naturaleza. No me detendrán en Roma grandes esperanzas; que con poco quedaré satisfecho, pues basta poco al varón templado. Con la felicidad del alto Júpiter (dize Séneca) puede igualarse la del que vive con solo pan y agua; que, en fin, un gran reyno es sólo una grande servitud, una sujeción penosa. Mejor y más presto se cultiva un limitado jardín que un extendido campo. Mas, dejado esto, no poco me divertió lo que fuí viendo por el camino. Ya parte del sentimiento se me va convirtiendo en gusto. Poco á poco voy mudando opinión; que tal vez causa hastío lo comúnmente gozado. Sin duda es de corazón humilde y plebeyo asistir de contino en su casa y estar en todo tiempo como clavado en su propia tierra. Generoso y casi divino el que, imitando á los orbes, se goza como ellos en su movimiento. Del sabio se dice pere-

grina con utilidad en qualquier parte donde reside; esto es, investigando, observando y deprendiendo. En fin, la dificultad consiste en emprender; que, emprendido, todo es fácil.

Don Luis. Con la atención que es justo voy recogiendo vuestras palabras; mas ¿hasta cuándo ha de durar tanta filosofía sobre cosa que es más clara que el sol? Dad lugar á que todos hablemos; que hay hombre aquí casi á punto de espirar por estar callando. O cuando no, agrádeos discurrir sobre cosas de que saquemos utilidad en lo por venir. Pues toca al que fuere más prático dar noticia al más nuevo de lo visto, refiéranos qué provincias son á las que vamos, de qué costumbres sus moradores, á qué vicios ó virtudes se inclinan, qué forma se debe guardar en su comunicación y por qué camino se podrá hacer natural la patria estranjera. Sábese ser el uso, casi en todo, el maestro más cierto y mejor; ni hay cosa tan digna y loable como beneficiar á otros con ser instrumento de sus bienes y luz de sus yerros. Igualo este fruto al de los escritos, en cuya virtud muchas cosas pasadas que por ningún modo podrían haber llegado á nuestra noticia, mirándolas como en espejo juntas, y recogiendo dellas lo que nos conviene, amaestrados con ejemplos, osamos con más seguridad (como pilotos práticos) entrar en los no antes sulcados piélagos ó caminadas sendas de la vida.

Doctor. Paréceme será ese peso mío, por tener ya noticia de aquellas partes y ver los demás conformes con vuestra voluntad.

Puesto que vamos los cuatro á cuatro distritos de Italia, Milán, Roma, Nápoles y Sicilia, será forzoso descrebirla en general, procediendo después de más á menos. Esta provincia, ya de otros con elegantes pinceles y tiempo delineada y colorida, viene á ser la más conocida y praticada del mundo, por las ocasiones que hubo y hay, así de imperio como de religión. Hállase ceñida de altísimos montes, que llaman Alpes, y de ambos lados, de dos mares, Adriático y Tirreno. Su latitud será de cuatrocientas millas; mas se va poco á poco estrechando, de forma, que en alguna parte sólo dista un estremo de otro veinte y dos. Es su longitud mil y diez. Discurre de tramontana hacia mediodía, y por ser tan larga, participa de todos los bienes esparcidos en las provincias setentrionales y meridionales de Europa. Respeto de ser atravesada su longitud del Apenino, goza en toda parte frutos de monte y llano. Su sitio es fuerte,

en cuanto ceñida, parte de los Alpes, parte del mar. No tiene muchos puertos; mas por ser larga y estrecha, no puede para su defensión recoger fácilmente sus fuerzas. Hácela carecer la misma estrecheza de ríos de importancia, fuera que en Lombardía, donde se ensancha mucho, y el mismo Apenino, que la divide, estorba grandemente la comunicación de una parte con otra. Conócese la templanza de su aire de que en ambas sus estremidades produce vinos delicados, olivas, cidras, naranjas y semejantes, por el reparo de los montes que la ciñen y por la copia de los ríos y lagos que la bañan. La parte situada entre el Apenino y los Alpes abunda de vino, mieses, pastos, y, por consiguiente, de ganados, manteca y queso. Cuanto á los pueblos, los que habitan entre los Alpes y Apenino son más templados de ingenio y costumbres. Los que miran á mediodía, más sutiles y vehementes, demostrándolo también el color, que en aquéllos es blanco y sanguino; en éstos, cuanto se alejan más de los Alpes, tanto más adusto y trigueño. Son sus ciudades universalmente vistosas y bellas hasta Nápoles; mas en el reyno faltan mucho de arquitectura, comodidad y policía, teniendo asiento las mejores en la marina de Apulia. Hállase sujeta la Italia á diversos príncipes y repúblicas. Ceden todos en autoridad al Pontífice Romano; en potencia, al Rey Católico. Entre las repúblicas, obtiene sin duda el primer lugar Venecia; el segundo, Génova.

Embarcados, pues, con el favor divino en Barcelona, pasado el golfo que llaman de León, que se suele tomar desde Colibre, (tránsito de veinte y cuatro horas, mas de cuidado por su peligro), costeada la playa francesa, si ya no se toma puerto en Marsella, en Ciudad, Tolón, Frejus ó Villafranca, se comienza á sulcar el mar ligurio, discurriendo por su deleitosa ribera. En ella tienen asiento Mónaco, plaza fuerte; Ventimilla, buena ciudad; Arbenga, con fertilísima llanura, mas de aire no muy sano; el Final, marquesado ilustre; Noli, con puerto, si bien no tal como el antiguo de Saona, impedido por Genoveses, por celos de sus tráfagos. Síguese Génova, cabeza de Liguria. A ésta, por la oportunidad del sitio, llamaron puerta de Italia. Vióse otros tiempos poderosa en cosas marítimas. Así, no sólo derribó los bríos pisanos en la jornada de Malora, sino que también afligió los de Venecia en la empresa de Chioza. Después, las discordias de sus ciudadanos diminuyeron sus fuerzas y reputación, someticndose, ya á los reyes de Francia, ya á los duques

de Milán, hasta que el valor de Andrea de Oria los libró de las manos francesas. Las Indias déstos son nuestra España, de quien sacan tantos tesoros, que, en particular, no hay en Italia ciudad más rica; recibiendo muchos en pagamento estados de importancia. Tiene la ciudad de ámbito cinco millas; mas por espacio de trece se dilatan por su ribera tantas y tan espesas villas, tantos y tan suntuosos palacios, que casi ponen límite á la imaginación, cuanto á grandiosidad y magnificencia. Fuérzales la estrecheza del sitio á levantar los edificios no poco, y siéndoles impedido ensancharse en tierra, ocupan del aire cuanto pueden. Los días que esperando embarcación me detuve en ella, juzgué grandemente acertada la política de sus ciudadanos. Noté, en particular, carecía de tres cosas, molestísimas en otras partes: gozques, cocheros y mendigos. Los pobres legítimos, por enfermedad ó por cualesquier otros defetos inútiles del todo, son alimentados y socorridos; que allí no se excluye la caridad, sino el vicio. La compañía que llaman de San Jorge es notable, rara y por ventura única, por tener juridición y estado independiente de la ciudad. Hallándose el común, por los gastos hechos en la guerra contra Venecianos, deudor de crecida suma á los mercaderes, les dió en pago las rentas de la duana con un palacio vecino. Estos, para poder juntarse cuando es menester, ordenaron un Consejo de ciento y un Magistrado de ocho, en quien resignaron todo el negocio de la compañía. Por los créditos con que de mano en mano obligaron al común, recibieron, antes en empeño y después con remate, algunos pueblos de sus estados, y poco á poco una buena parte del dominio, manteniéndose libre y estable en tanta instabilidad de la república. Tienen los genoveses sutiles ingenios, ánimos altivos, cuerpos de buena disposición y no mala presencia. Fabrican generosamente. Es moderado el plato de su casa; el de fuera, de ostentación. Los tiempos limitaron sus demasías, y deshicieron la pompa de criados, caballos y banquetes; puesto que profesa ya el de mayores negocios ser en recolección y parsimonia un anacoreta. Para los forasteros no abunda la ciudad de regalos, á fin de remitir á su necesidad lo desechado de los bastimentos; así, el detenerse allí suele ser molesto á muchos. Paréceme veo ya enfadados á estos dos señores, por serles forzoso arrimar las armas, fuera de haberse de registrar en llegando.

DON LUIS. ¿Las armas? Eso no: antes dejaré la vida que la espada, fiel compañera de mi persona y digna defensora de mi

honor; y, si es posible, sólo por eso no llegaré á los confines de Génova. Gentil agravio, por cierto, desarmar á quien profesa milicia. No sé en qué fundan los ciudadanos tan odiosa costumbre, cuando ellos en todas partes, y particularmente en España, gozan las mismas esenciones que los naturales.

DOCTOR. Fúndanla en la paz que profesan y desean conservar largo tiempo. Allí todos andan desarmados, todos acuden á sus cambios, á sus intereses, para cuyas inteligencias y debates son superfluas cualesquier armas. El verdadero estoque es un ciento por ciento, con que penetran las almas, desmenuzan las haciendas y consumen las vidas. La gente plebeya desta ciudad es grandemente vidriosa; y como los españoles en tierras estrañas son tan mal acariciados (efetos, sin duda, de invidia ó temor, que uno y otro produce la monarquía), por ligerísima ocasión arman grescas peligrosas. Conviene valerse allí del sufrimiento, midiéndose en las palabras, transformándose en sus efetos, aplaudiendo sus inclinaciones. La novedad del traje suele también provocar á menosprecio. Será, pues, acertado evitar cualquier singularidad, ajustándose con el común. Fuerte medio para oprimir rebeldías y odios es la cortesía. Exceden en esta parte los nuestros, á quien haze aborrecibles poco agrado, antes hinchazón y soberbia. Las contiendas y alteraciones sobre las ventajas de reynos ocasionan diversos desastres; así, se deben escusar.

ISIDRO. Sólo este punto me podía obligar á romper el largo silencio. ¡Cuántas industrias son menester para valerse con estranjeros! ¡Oh España generosa, qué entrañas tan de madre tienes para todos, qué corazón tan magnánimo! No son menos altivas las naciones en tu distrito que en los propios suyos. ¡Cuántas amistades reciben, cuántas medras, cuántos aumentos sacan de tu caudal! Si no fuera tan urgente la causa que me destierra de mi habitación, fuera imposible desampararte, ni por breve espacio. Aunque rudo en artificios y poco experto en astucias, puedo afirmar que, si con atención se aplican los ojos al blanco en que ponen la mira los forasteros, será tan fácil rastrear sus disinios como si los trujeran escritos en la frente. Sabrán, señores, que mi ocupación es de orífice y lapidario, platero por otro nombre; que confunde por instantes estos términos el hablar común. Vino á mi tienda un día cierto marqués; aficionóse á una joya de diamantes cuyo precio era de cuatrocientos ducados. Pidióme la llevase á su casa; hícelo así; concertóla,

y mientras esperaba el dinero, comenzó á cumplir con falta dél y sobra de buenas razones. Admiróme verle conmigo tan largo de honras, tan pródigo de mercedes; que, cuando importa á su gusto, sabe hacer esto por estremo el que dellos profesa mayor deidad. Ultimamente, ofreció libranza para que dentro de un mes pagase sin falta la cantidad cierto genovés entretenido en la mayordomía de su estado. Resistí. Multiplicó ruegos y, en fin, fué forzoso condecender con su voluntad. Para esto convino informarme del tal mayordomo, y supe recebía, sólo por la ocupación de cobrarle sus rentas y desollarle sus vasallos, cuatro mil escudos, habiendo hecho, como ellos dicen, un asiento por cinco años. En esta conformidad, le daba para su plato tanto cada día, tanto para los gastos de su cámara, tanto para los alfileres de la Marquesa. Mas no por esto se hallaba remediado el desorden antiguo de su familia. En el plato entraban las raciones; éstas usurpaba el dueño, librándolas por momentos para juegos, para extraordinarios, para cosas superfluas. Por manera que los pobres criados pasaban abstinente la vida lo más del año, y el mismo señor padecía doblada penuria que antes del asiento.

MAESTRO. Descuidado económico. No tanteaba con diligencia la renta que Dios le dió, ni la igualaba con el gasto de su casa y persona. Sería el gasto mayor que el recibo, y así, le contrastaría siempre el grave infortunio del no tener. ¡Oh, cuánto vale el buen orden y la justa medida!

ISIDRO. Como quiera que no me pertenecen ajenas reformaciones, prosigo lo comenzado. Dióme, pues, una librança en forma para mi querido genovés, cuyos cuatro mil eran segurísimos y libres de todo peligro, por embolsarse con anterioridad de lo mejor y más bien granado. Presentéla. Señalaba por término treinta días. Miróme con algún desabrimiento, y con lenguaje adulterado comenzó á significar como el Marqués se había usurpado el título de adelantado por cuatro meses. En éstos, dijo, fre caro, non puedo dar á vuestra mercé un cuatrino. Repliqué; no aprovechó. Volví al Marqués; negóme la entrada seis días. Esperéle al salir, proponiendo mi queja. Escusóse, y despidióme con palabras menos corteses que las pasadas, por estar ya ejecutoriado el pleito de la joya, sobre que tenía adquirida pacífica posesión. Víme desesperado. Frecuenté sin fruto la posada del genovés. Al fin, trabó conversación conmigo un su familiar conterráneo, de cuya intención, al parecer, me podía prometer consuelo. Dió á entender cuán enfadado se hallaba

el del asiento con el titular, por lo mucho que le debía y su continua importunidad, y últimamente, propuso por remedio de mi cuidado perder la tercera parte de la partida, con que cesarían las dificultades, allanándose por este camino á desembolsar el resto. Dejóme atónito la proposición desalmada; mas, ¿qué no hará quien tiene puesta su bienaventuranza en usurpar el sudor ajeno? Concertéme, pues, quedando firme la tercera, isla de quien ni una guija pude desmoronar. Desde entonces cobré tanto amor á genoveses, que cuando encontraba alguno, cerraba la tienda, receloso aquel día de mil azares. Referí el cuentezuelo para daros á entender que si uno, y en mi patria, era, sin ser Mendoza, para mí un martes, tantos como viven en su ciudad, ¿de qué agüeros, de qué horas aciagas no me serán ocasión? Consuélome con que apenas entraré en sus límites, cuando salga dellos con la velocidad que suele quien, por librarse del fuego, atraviesa las llamas.

MAESTRO. ¡Ojalá consistiera el daño sólo en vuestro particular! Esto, amigo, es un átomo respeto del profundo océano de negocios en que están engolfados, de que les resultan indecibles aprovechamientos. Sin duda deben ser lícitos, pues se sufren; mas no es buena consecuencia; que tal vez un aprieto obliga á grandes menoscabos. Quizá anteviendo estado tan trabajoso cual éste lo es para un príncipe, escribe el divino Isidoro en el libro tercero de las *Sentencias: Plerumque Rex iustus etiam malorum errores dissimulare novit: non quod iniquitati eorum consentiat; sed quod aptum tempus correctionis expectet, in quo eorum vitia emendare valeat, vel punire.* Esto es: "Las más veces un rey justo disimula los yerros de los malos, no por consentir su iniquidad, sino por esperar tiempo acomodado para su corrección, y en que sus vicios puedan recebir emienda ó castigo,,. En tanto, se debe considerar con tiernos ojos sean, por coléricos, ó no sé por qué, tan inútiles los españoles, que en sus ocurrencias les convenga valerse de advenedizos. Si son cambios, quiebran; si administran, los alcanzan; y casi en todo proceden como perdidos. Esto, si se mira bien, se ajusta con su inclinación, sujeta á impaciencia, á juego, á sensualidad, á crápula, y á lo demás de que se forma cualquier desvanecimiento. Requieren los negocios sujetos próvidos, puntuales, verdaderos, solícitos, sagaces, y, sobre todo, templados. Semejantes requisitos concurren las más veces en los estranjeros, cuyo caudal, como es río que se compone de muchos arroyos, debe mul-

tiplicarse con fidelidad, con buena cuenta y razón. Los portugueses llevan conocidas ventajas á todos los hombres de negocios que residen en España; y si se cumpliese con ellos, no tiene duda, sino que parecerían superfluas las inteligencias de cualesquier estraños, con utilidad, por lo menos, de que todo el dinero se quedaría en nuestra patria.

DOCTOR. Dique habéis abierto con nombrar genoveses, cuyas aguas fácilmente nos pudieran anegar. Quisiera patrocinar esta causa, por que no quedaran sin defensa estos rabárbaros, que en las enfermedades del cuerpo de la república, en los acidentes de interés, hacen tan crecida evacuación, y no de humores corrompidos, estas sutiles sanguisuelas de ricos reinos, que con tanta suavidad chupan su mejor sangre; mas no es bien que por ahora se tomen armas contra la verdad, y así, prosigamos, si os parece, lo interrumpido.

La provincia que dista menos del Genovesado es Milán, adonde Isidro ha de enderezar la proa de su viaje. Al salir de Génova, á diestra mano, casi el rostro al setentrión, comienza el camino pedregoso y estrecho, por ser de montaña hasta Sarrabal, principio de Lombardía. Desde allí se pasa á Tortona, que mantiene reputación de ciudad por la amplitud de su juridición, debajo de quien se comprehenden algunas villas, en poco sus inferiores. Tiene castillo, no demasiado fuerte, con ciento y cincuenta plazas de españoles. Síguese Boguera, de fértil territorio. Luego, pasado el Po, río caudaloso, Pavía, copiosa de torres, mas ni poblada ni bella, por tantos cercos y sacos sufridos. Posee contorno amplísimo y ameno sobremanera, causa de haberla escogido por habitación los reyes lombardos. Véense en esta ciudad dos colegios, fundados por dos varones con razón santísimos: Pío Quinto, pontífice máximo, y Carlo Borromeo, cardenal de S. Práxedes. Adórnala grandemente la Universidad, tan insigne y antigua por sus estudios como se sabe. El castillo (también con presidio español) la ennoblece no poco, y, sobre todo, el Tesín, río que, procediendo de un vecino lago, besa sus muros, hecho eternamente un cristal. Prosiguiéndose el camino, se entra en el Varco, que toma nombre de la misma ciudad, antiguo Aranjuez de sus duques, donde sucedió la rota y prisión del rey de Francia Francisco. Queda á la derecha mano aquel suntuoso monasterio de cartujos, admirable ostentación de varios poseedores del estado, con ochenta mil ducados de renta. Viénese á Vinasco finalmente,

descanso de carrozas y caballos, desde donde casi por continuas caserías y aldeas se discurre hasta Milán. Descúbrese desde muy antes el Domo (suena Iglesia mayor), famosísimo por sus mármoles y escultura, en quien hasta la mitad, que apenas se pasó della, se gastaron cuatro millones. Cuanto á grandeza, de todas las ciudades de Italia mantiene Milán el lugar primero. Yace en sitio tan cómodo, que con causa la eligieron por corte reyes, así longobardos como franceses, sin algunos emperadores. Los vizcondes aumentaron mucho su poder, haciéndola formidable á circunvecinos. El castillo, casi inexpugnable, es causa de admiración á quien de espacio considera su forma, su artillería, bastimentos, municiones, milicia y lo demás. A la fábrica y magnificencia del hospital ceden las de más costa y fama, siendo loable allí el concierto y cuidado en los actos de caridad. Abunda de todos regalos, frutas, carnes, pesca, volatería, caza, y de arroz más que de todo, por la comodidad de las aguas. Tiene dos canales ó *navilios* (como ellos llaman) navegables, por donde se conduce con poco dispendio hasta dentro de las casas todo lo necesario. ¡Cuántos días gastará Isidro en considerar la riqueza, la variedad, el trato, la armería, y todo lo de más singular y excelente de que es dueño esta notabilísima ciudad! Un año asistí en ella, y apenas pude percebir de diez partes una de su exterioridad. Las iglesias y monasterios no tienen número. Las personas que alimenta pasan de docientas mil, siendo las poblaciones del territorio tan continuas y frecuentes, que casi todo el estado parece una ciudad. Los milaneses, menos interesables y astutos que otros, ponen su felicidad en banquetes, festines, máscaras, y en gozarse con semejantes deleites. Por esta razón, en saliendo de sus casas sufren menos y sienten más que otras naciones las incomodidades, particularmente de la guerra. Es gente más tratable que la de Génova, de más blandura, de más sinceridad, causa de ser más segura su prática. Hay partes donde apenas se podrá echar menos Madrid, como el palacio, el castillo y toda su circunferencia, comprehendida con nombre de plaza.

Isidro. Dibujastes tan bien á Milán, que me parece voy ya pisando sus calles. Estimo la relación como es justo; mas prometo solicitar tan aprisa mi negocio, que, siendo posible, dé la vuelta con brevedad. Las prendas que dejo en la Corte me servirán de recuerdo y espuelas; que los vacíos de mi gusto sólo ellas los podrán llenar. Lo menos que pudiere comunicaré con

los naturales. Junto al castillo pienso tomar posada, y dentro dél pasar todas las horas que pudiere robar á mis forzosas ocupaciones, con españoles á toda ley, cuyas voluntades es fuerza unirse en los casos así de recreación como de peligro. Los ánimos más opuestos en la patria, fuera se reconcilian y conforman para valerse; como la sangre, bien que repartida, acude en los sustos toda junta á socorrer el corazón, parte más flaca. El carecer de albergue propio produce no sé qué obligación para hazer comunes las haciendas, las honras, las vidas.

MAESTRO. Conveniente será dejaros por ahora en Milán, para que yo pueda pasar á Roma. Sin duda, pretendéis alçaros con el caudal de la noticia, pues queréis se ocupe nuestro relator sólo en vuestro pleito. Estoy deseoso de verme vuelto romano; que aunque Virgilio, en su *Eneida*, hace tantas veces mención del Latio, de los montes, del Tibre y otras cosas, todas, después acá, por los acidentes del tiempo, habrán cobrado nueva forma y ser. Pendiente me tenéis de vuestros labios; oiga yo nuevas de la ciudad donde en alas del pensamiento reside ya el corazón.

DOCTOR. Roma, por tierra, dista de Génova poco más de diez jornadas, algunas ásperas y montuosas. Por esta causa los que hallan pronta embarcación escusan estos enfados con navegarlas. Comiénzase á costear la ribera que llaman de Levante, por donde se van encontrando diversos pueblos, muchos deleitosísimos. Cabo de Monte, Puertofino; después Rapalto, con su golfo. Suceden Chiavari, Sestri y Levanto, buenas villas. Síguese un pequeño golfo, que es todo abrigo, con las tierras de Puerto Venere y de la Especie, y más adelante Lerize. Todas las gracias y bienes de Génova están como en joyel recogidos en Nerbi, lugarillo cercano á la ciudad, que en templanza, en verdura, en frutos y flores retrata un paraíso, jamás desamparado de primavera y otoño. Entrase tras esto en Toscana, y las más veces en Liorna, lugar nuevo y hermoso, con puerto. Parece haber echado allí el gran Duque el resto de riqueza y arquitectura. Inviernan en él sus galeras, por bien armadas y bastecidas terror de infieles y seguridad de aquellas costas. Luego, quedando á un lado Puerto Ferrari, Puerto Longon y la Elba, islas todas, se pasa á vista de Pomblin, plaça y presidio que da no pocos celos, por ser su sitio y contorno confín de Florentines. Vase después discurriendo por las fuerças que España posee en Toscana, Horbitelo, Puerto Hércules y otras, hasta parar

en Civitavieja, antiguo puerto y ciudad, distante cuarenta millas de Roma. Descúbrese desde muy lejos la admirable Cópula (suena cimborio) de San Pedro, obligando á ponderar tiernamente tantas insignes memorias con que convida la que un tiempo fué patria de tantos césares, otro, madre de tantos mártires, y, últimamente, cabeza de la Iglesia Católica, donde reside el Vicario de Christo, á quien solo es dado repartir los tesoros espirituales entre sus fieles. Las antigüedades, termas, pirámides, arcos, anfiteatros, templos, etc., quedarán esta vez en silencio, corriendo ha muchos años impreso todo. Importa más referir el proceder de los moradores, por el provecho que se puede seguir de llegar advertido. Al más despejado, al de más biçarro coraçón entristece y encoge verse de improviso plantado en campo tan espacioso, por cuya extensión se divisan tantas y tan suaves yerbas y flores, tantas y tan importunas malezas y espinas. Concurre en esta ciudad una mezcla de todas naciones, cuerpo, como de elementos, pacífico por contrarios. Importa mucho el buen discurso, mucho la prudencia para poder navegar (siempre con la sonda en la mano) por mar de tantos peligros. Como siempre sucede al desorden la regla, mídense los cuerdos en los principios. A los mancebos recién llegados se ofrecen varias ocasiones de perdición: allí el empréstido, aquí el banquete, tal vez el juego, tal la sensualidad, con que se destruye presto el edificio de la templança. Conviene, sobre todo, profesar mucha quietud; que es rigurosísima la justicia eclesiástica. Un eslabón de buen gobierno desasido basta para desengazar los demás, sin ser posible volver al estado primero. Sólo tener es allí verdadero valedor. En su compañía puede el favor algo; nada esperanças en parientes y amigos. Del mayor apenas dura el socorro un mes; menos el de la mohatra, cuya dañosa satisfación ha de ser puntual. En esto hay grandes quiebras, de que resultan huídas á deshoras, puesto que las correspondencias desvanecen los deseos, ó por difícil cobranza, ó por dilación de correos. Dichoso el á quien hacen cauto ajenos peligros, hechos lince los ojos para escapar del despeñadero. Los estudios son buenos en toda parte, como dulce alimento de nobles ánimos, y así, no menos estimados en Roma sus profesores; mas la celeridad con que se vive no da lugar á distinguir eminentes. En España tuve por felicidad no conocer ni ser conocido de ministros, por librarme del tributo de adoración; mas allí observara lo contrario. Ninguno puede pasar sin arrimo, con quien

debe ser grandemente solícito, asistiéndole y cortejándole. Las inteligencias son importantísimas para conseguir con dicha cualquier intento, porque tras la noticia anticipada de las vacantes, entran las intercesiones y medios con que se efetúa toda buena negociación. Esta ciudad, como tan estendida y comprehensora de cosas tan grandes, viene á convertirse en grande piélago, por cuyas aguas navegan así ballenas como sardinas. Encuéntranse por instantes variedad de prelados sin aparato alguno; que los negocios de grande resolución, como son los de cortes, excluyen cualquier demasía. No hay cosa que tanto destruya como las camaradas, por haber de ser el cuerdo capa y defensor del imprudente, que desencasándose, como piedra de cumbre, lleva tras sí cuanto se le pone delante. Débese desechar toda negligencia en lo á que se va, sin perder punto, sin alguna interpolación; porque sola una piedra que se ponga cada día en una fábrica, es causa de multiplicarse muchas y de reducirla en breve á perfeción. No se debría cobrar amor al lugar donde se vive de paso, sino á la pretensión que está pendiente dél, por la dificultad que se ofrece al dejarle. Así, hay algunos tan hallados en Roma, que gozan en ella más contentos que en sus patrias los beneficios que impetraron. Otros estrañan tanto aquella confusión (así los asombra aquel desasosiego), que en veinte días la desamparan, y sin despacho dan vuelta á sus lugares: mas ¿qué estremos dejan de ser viciosos? La entrada por mutaciones (esto es, caniculares) suele producir muerte casi certísima; débese por eso evitar, si [es] posible. En llegando el forastero á la hostería, le ciñe caterva de judíos, como de molestos zánganos, inquiriendo qué ha menester, si tiene que cambalachar, si hay cosa que componer, todo á fin de entablar su engaño y logro. La posada, cuanto más distante del Tibre (aunque incómoda por lejana), tanto más segura de sus inundaciones, con que suele convertir en lago las circunvecinas. Allí enseñó la experiencia ser la muchedumbre de estorbo en ocasiones de guerra, atenta más á la vitualla que á la defensa, como falta de disciplina y orden. El sagrado de los naufragios fué siempre Santángel, castillo fuerte, más para prisión de príncipes que para larga resistencia de ejércitos. De ordinario se buscan en sitios señalados los de una misma nación, para conferir sus cosas, para entender nuevas de sus lugares. El mejor entretenimiento es el de algún cardenal, tanto más á propósito cuanto de más autoridad, por riqueza ó por sangre. Si bien casi siem-

pre son promovidos al pontificado los en quien menos se repara; y más cuando las parcialidades se detienen altercando. La falta de provisión que más se siente allí es la de pan, como más importante. Tal vez su carestía alteró el vulgo, hidra de tantas cabezas, hasta prorrumpir en licenciosas quejas delante del Papa. El acto más fino de la prudencia consiste, á mi ver, en no entremeterse con las acciones de príncipes, cediendo á la obediencia la curiosidad. ¡A cuántos despeñó una agudeza! ¡Cuántos perecieron con lazo ó cuchillo, por el gusto de un pasquín! No siempre se puede todo, y, por lo menos, se debe compadecer lo que no pareciere tan loable. El lenguaje del cielo para nuestra emienda suele fundarse en varias calamidades, y se pueden mal obviar cuando con este intento viene su dirección. Fuera de que se miran bien á menudo las cosas sanas con enferma vista. La humildad aplaca indignaciones, vence rebeldías, tiraniza voluntades y endulza las mayores asperezas. Desta tienen necesidad muchos españoles, cuyos ánimos, llenos de altivez, exceden de lo justo y honesto, aun en casas ajenas. Ofende á la generalidad el escremento de las ciudades: tales suelen ser los bisoños, desterrados algunos por delitos, otros por holgazanes, los más por menesterosos. El traje les debría hacer odiosa la soberbia; mas puesta la consideración en lo íntimo, olvidan los más misérrimos su desnudez y hambre exterior, que sólo granjea desprecio. Los mayores recreos de Roma fundara yo en las cosas sagradas, estaciones y santuarios, lleno todo de indulgencias y jubileos. El verano desamparan los magnates la ciudad, retirados á ciertas granjas que llaman viñas. Sobre todo cuanto admirable se descubre en aquella santísima circunferencia campea sumamente el Vaticano con título de San Pedro; esfuerzo prodigioso de varios pontífices. Exceden á la imaginación en grandeza y arquitectura el frontispicio, el crucero, las capillas, ornadas de perfetísimas pinturas y ricos mármoles. Grandioso es también el palacio pontificio; mas no de apariencia hermosa, por estar dividido en repartimientos nada consecutivos, como hecho cada uno á voluntad del papa por cuya orden y gasto se edificó.

Don Luis. Por Dios me saquéis de la mayor congoja que jamás he tenido. Tanto os detenéis en Roma, que tengo por cierto haya de faltar copia de palabras para descrebir á Nápoles. Pues en nada viene á ser inferior su distrito, si se debe dar crédito á relaciones. Todos los que dejan aquel reino ensalzan

sus cosas y suspiran por volverle á ver; de donde infiero su bondad y mucha riqueza. Merezca ya oiros tratar de su disposición y partes, porque sirva de consuelo al dolor que forja en mi pecho la ausencia.

MAESTRO. Velocísimos son los impulsos de la imaginativa: con razón la llaman hija de la cólera; ¡qué impaciencia antes, qué precipitación manifiesta en los objetos que quiere representar al discurso! Veis cuán importante me es llevar adelante esta relación para quedar enterado de lo que ignoro, y queréisme contrastar semejante ventura. Advertid que no faltará tiempo en que vuestro intento consiga satisfación; y en tanto, permitid se perficione lo restante.

DOCTOR. Sólo falta al presente apuntar algo de lo que suele suceder en sede vacante. Hechas, pues, las obsequias del pontífice difunto, entran los cardenales en cónclave (parte cerrada), cada uno con dos criados. Danse luego los juramentos ordinarios á los conclavistas, haciéndose algunas congregaciones en razón del gobierno de Roma y estado eclesiástico, y después tratan de elegir al nuevo papa. Para que la elección sea canónica deben concurrir las dos partes de los votos. Divídense de ordinario los cardenales en facciones, de que suelen ser cabezas los sobrinos de pasados pontífices. Conserva allí sus vivas fuerzas el agradecimiento, puesto que como creaturas de sus tíos tienen siempre en la memoria la obligación de su acrecentamiento. En esta importante junta, todos (puesta la mira en el bien de la Christiandad) desean ser causa eficiente de aquella creación, á cuyo fin ponen cuidado en granjear ajenas voluntades y albedríos. Alcanzan en ella los príncipes seglares no poca autoridad y consideración. Tienen sus embajadores de muy atrás obligados los cardenales menos ricos; de suerte, que, llegada la ocasión en que tal rey ó príncipe desea sigan su bien fundada inclinación, procuran sus ministros hacer con ellos las diligencias convenientes. Representan las causas que hay, acuerdan beneficios, platicando con fuertes razones en favor de quien proponen benemérito para el nuevo pontificado. Allí se ven prodigiosas maravillas; porque encontrándose los gustos, deseos y opiniones de tantos, pretende animosamente cada facción hacer sus adherentes á los neutrales. Faltaran palabras y tiempo si se hubiera de explicar todo lo de que se valen éstos para persuadir y calificar las virtudes, letras, prudencia y vida del que adelantan. Baste decir que mientras se ocupan en esta sublime

obra, suele, cuando más descuidados, caer la suerte en quien menos piensan, concurriendo de improviso en el más olvidado. Manifiéstase milagrosamente la asistencia del Espíritu Santo, y se descubre de cuán poco efeto y cuán incierta sea toda intención humana que no se ajusta con la voluntad divina. En fin, electo, adorado en cónclave y en el altar de San Pedro, y coronado después con general aplauso y pompa pontifical, recibe en su palacio las visitas de los embajadores, del emperador, reyes, príncipes y otros personajes. Tras esto, el nuevo pontífice da principio á las cosas de gobierno y justicia. Confirma ó muda los ministros que no son perpetuos, poniendo en tales cargos los á quien reconoce obligación y tiene gusto de acrecentar. Animo puede infundir para seguir virtud y letras el ejemplo desta elección, de que resulta tan grande aumento y gloria. Claro es que, siendo el escogido superior á todos, podrá encumbrar en un instante linajes postrados. Son notables las revoluciones de Roma en sede vacante. Piérdenle el respeto y temor hasta los bandoleros, sin estar seguras vidas, honras, haciendas. Conviene entonces asistir en casa, robarse á las ocasiones y en todo proceder con recato. Sólo resta ahora de aquella ciudad lleguéis, señor Maestro, con bien á ella, y que la dejéis presto, con suceso dichoso. Y porque conozco en el semblante de don Luis el ansia con que me espera para los de Nápoles, determino complacerle.

Desde Civitavieja pasan las galeras á la playa romana, temida mucho por los aires de tierra, que tal vez las arroja lejísimos mar adentro. Con viento próspero es navegación de deciséis horas, y con remo, de algunas más. Gaeta es la ciudad primera del confín napolitano, cuya frescura y fertilidad sirve al navegante de recreación y alivio. Pásase después á Nápoles, cabeza del reino, á quien antes de entrar en la ciudad será acertado describir. Confina hacia poniente con el Estado Eclesiástico, por espacio de cincuenta leguas; lo demás es ceñido del mar Tirreno, Jonio y Adriático. Tiene quinientas de circuito. Su longitud es de ciento cuarenta y ocho; la mayor latitud, de cincuenta. Comúnmente se divide en doce partes: Tierra de Labor, Abruzo, citra y ultra, Apulia llana, Capitanato, Principado, citra y ultra, Basilicata, Calabria inferior y superior, Tierra de Bari y de Otranto. Escriben contener dos mil y setecientas poblaciones, de quien las veinte son arzobispados, obispados las ciento y veinte y siete, donde se alimentan poco más de dos millones de

almas. El número de príncipes, duques, marqueses, condes, etcétera, es por estremo crecido y va de contino cobrando aumento. Corre á todos obligación de servir personalmente por la defensa del reino. El Rey tiene ahora en él mil y cuatrocientos hombres de armas, dos mil caballos ligeros, un batallón de veinte y cuatro mil infantes, treinta galeras y veinte y siete presidios. Las plazas principales son: Cotrón, Taranto, Galipoli, Otranto, Brindis, con la fortaleza de San Andrés, Barleta, Monópoli, Bari, Trana, Manfredonia, Monte Santángel, Gaeta, y en los mediterráneos, el Aguila, Catançaro, Cosença, sin otras. No hay distrito donde se halle tanta variedad de frutos, puesto que produce hasta azúcar y dátiles. Ninguno de cuantos reinos comprehende el mundo tiene menos necesidad de lo ajeno, ni quien más envíe fuera de lo propio. Despacha almendras, nueces, anís, hasta para Berbería y Egipto; azafrán para muchas partes, sedas para Génova y Toscana, aceite para Venecia y otros lugares, vinos para Roma, caballos y ganado diverso para diversas provincias. La Apulia es el granero de Italia. Hállase de invierno llena de ganados menores y mayores, á modo de Estremadura, que el estío pasan á Abruzo, parte más fresca. La Tierra de Labor es sobremanera abundante; mas todo cuanto produce Italia generalmente parece está recogido en Calabria: dátiles, algodón, cañas dulces, maná, almástiga, que se coge cerca de Altomonte; minerales de sal inexhaustos, vinos de muchas diferencias, y todos buenos, frutos de todas suertes, caballos de excelente raza, seda de toda perfeción, en grandísima copia. Toca á Nápoles el título de real con justísima causa. Tiene de circuito dos leguas y media. Fuera mayor si no hubiera prohibido el Rey los edificios. Nació esto de las quejas de señores, cuyos súbditos desamparaban los lugares, por gozar de las esenciones concedidas á los napolitanos. Es fortísima de muralla, con tres castillos: Santelmo, en monte; Castelnovo, que es el principal, fundado por Carlos de Angió, y Castel de Hobo. En ninguna Ciudad se vee tan gran concurso de títulos, ni donde se haga tanta profesión de caballería y gentileza. Los nobles, á fin de pasar el tiempo con honrosos ejercicios, se reducen á cinco plazas, que llaman *segios*. Su puerto, ni grande ni seguro, si bien ayudado con un muelle. En el Taraçanal se fabrican continuamente bajeles de guerra, y allí cerca se funde sin cesar varia artillería. Hace docientas y cincuenta mil personas. Excede á los lugares píos, que son muchos y bien ordenados, el

Monte de la Piedad. Gasta entre lo situado y limosnas sesenta mil escudos al año. Con éstos, sin otras obras christianas, mantiene por el reino la crianza de dos mil niños expósitos. Ninguno parte desconsolado de aquella casa, puesto que le dan sobre cualquier prenda más de la mitad de lo que vale, y le esperan año y día. Pasados, lo venden, y satisfaciendo la deuda, queda en depósito lo demás para el dueño. Da gusto ver el concierto que se profesa y la facilidad con que se halla lo que se busca, por la notable distinción que hay en todo. Tiene un golfo bellísimo, con playa y senos, islas y promontorios de increíble amenidad; Capri, Isquia, Próxita, y, sobre todo, Pausilipo, con sus palacios y jardines, que exceden á los antiguos pensiles en disposición, cultura, frutos y flores. Las casas son altas, de piedra y vistosa arquitectura, todas con terrados. Su forma es casi de media luna, puesta al mediodía, por eso templadísima. Hácenle espaldas contra el setentrión y sus asperezas montañas frutíferas. Levántanse por estío á las dos de la tarde vendavales frescos, que disminuyen el calor. Su mar es bastantemente copioso de varia pesca, y de ciertas menudencias regaladas, que llaman marisco. Las carnes son muchas; mas los carneros ceden en bondad á los de Extremadura. Aventájase no poco la ternera, y en particular la de Surriento. Caza y volatería, en cantidad, y no menor el número de aves domésticas, capones, gallinas, pollos, pavos. Es el agua admirable y mucha, introducida en la ciudad del Sebeto, río, aunque pequeño, famoso. Viene por arcaduces, y, recorriendo las casas, llena sus poços que llaman *formales*, donde se conserva fresca y delgada. Tiene en puestos públicos hermosas fuentes, y con más cuidado en la marina, como de más uso. Deleita la muchedumbre de frutas y flores con tanto estremo, que abundan las calles de suave olor, por los jazmines y azahares, careciendo de cualquier importuno escremento. La copia de seda obliga á gastar mucha, comúnmente en vestidos. Son sus colores vistosos y alegres, si bien no tan durable como la española. Los vinos son perfetísimos y de muchos géneros: malvasia, griego, asperino, de guindas, de Vico y otros. El Aranjuez de los reyes napolitanos fué Pozo Real, recreación bien digna deste nombre, casi contigua á la ciudad. También cerca penetraron los romanos un monte por espacio de tres cuartos de legua, y en su vacío fundaron un camino real que llaman Gruta, cosa monstruosa y sólo digna de su gran potencia. En la cumbre está sepultado

Virgilio y Jacobo Sanazaro, su devoto. Dista dos leguas Puzol, con tantas maravillas, que parece haya epilogado allí la naturaleza toda su hermosura. Míranse por su contorno brotar arroyos de aguas medicinales y baños de varias virtudes. Véese un campo lleno de azufre, ceñido de altas rocas que de contino arden, de donde se saca y cuece alumbre. Descúbrese el monte Astruno, con una boca que por arriba rodea tres millas, y se va poco á poco restringiendo hacia el fondo, á manera de anfiteatro, por cuyo medio corre un arroyuelo claro. Aquí está el lago de Añano, los baños sudatorios y aquella prodigiosa caverna á quien si se acerca alguno, corre riesgo de muerte. No se veen menores maravillas junto á Baya, baños Silvanos, Trídolos, Sudatarios, lago Averno y diversas fuentes de aguas cálidas, saludables todas. Los napolitanos, en general, no son aplicados á trabajo. Resisten y sufren poco. Son inclinados á ocio y vicio, á pasatiempos y deleites. Conténtanse con poco, y los que no tienen para mantenerse dan en ladrones; así, hay muchos, y no poco sutiles. Delicados en el sustento, apetecen más yerbecillas que cosas de dura digestión. Son litigiosos; y los plebeyos, más prontos de lengua que de mano. Con todo, de las naciones es la que con más conformidad y amor milita entre españoles. De contino tiene la Vicaría (que es cárcel y casa de tribunales) tres mil presos, siendo casi imposible poderse despachar con presteza. Hay doce jueces, seis criminales y seis civiles. Estos asisten sin cesar al despacho de causas; mas, con todo, alguna tiene treinta años de antigüedad. Parece no son de provecho tantas decisiones, ritos, premáticas, constituciones y leyes comunes. Quiso cierto virrey saber el número de los que acudían á los Consejos, Real, que dicen de Santa Clara; al de Hacienda, con nombre de Sumaria, y á los demás jueces, y hallaron ser de veinte mil personas, comprehendidas en litigantes, abogados, procuradores, solicitadores, actuarios, escribanos y escribientes. No hace su Majestad provisión de más soberanía, puesto que puede el Virrey valerse en cuanto quiere del poder absoluto. Los provechos son de grande consideración, por depender su interés de su albedrío. Ocupa cantidad de hombres en gobiernos, judicaturas y comisiones, letrados y de espada. Elige capitanes, da banderas, remite muertes y concede vidas con las mercedes que hace, representando en todo la persona real. Habitan los españoles la parte mejor de la ciudad, á quien llaman Cuartel, por vivir todos dentro de sus límites. Participa

de calles anchas, de suntuosos templos y deleitosos jardines. Hace guardia al Virrey todos los días una compañía de españoles, de que se saca alguna gente para repartir en varios puestos. Alegra al entrar la bizarría de los soldados, tantas armas doradas, tantas plumas y galas tan diferentes. Contiene el tercio de veinte y cuatro á treinta compañías. Vienen algunas á servir en Nápoles cuando las llaman; las demás, ó alojan por el reino, ó están en presidios. Los cuerdos aléjanse pocas veces del cuartel, porque de internarse mucho los españoles en la ciudad se han derivado infinitas desgracias. Todo cuanto hay en este lugar famosísimo entretiene y deleita, en particular la plaza del Castillo, el muelle, Santa Lucía y Chaya, hasta Pie de Gruta, donde está un monasterio de canónigos reglares con una imagen de mucha devoción. Es cierto que cortas pagas no pueden ministrar largos banquetes; mas, al fin, hechos camaradas y juntos los sueldos, pasan los soldados medianamente su vida. No me ocurre otra cosa que advertir deste reino y ciudad, en cuya relación eché bien de ver que no he sido esperado, pues ninguno me ha interrumpido. Basta que sólo trata cualquiera de su negocio y de reducir su comodidad al fin deseado.

DON LUIS. Antes nace de dar debida atención á quien tan por estenso y con tanta elegancia representa lo ausente, que como presente lo veen los ojos. Aunque algunas veces apliqué el oído á las cosas de Nápoles, apenas percebí una de cien partes de lo bueno que comprehende y vos habéis referido. Tengáis en cuanto os importare feliz suceso; que el mío no puede ser ya sino venturosísimo, por haberme en virtud de vuestras palabras aficionado con estremo de la tierra adonde voy. No dejaré de conseguir crecida utilidad de tan prudentes advertencias. Dellas me valdré en las ocasiones, procediendo más como soldado prático que nuevo.

MAESTRO. Sólo falta ahora no deis ocasión de agravio á Sicilia, pues por ir vos á ella corre algún riesgo de olvido. Merece, según entendí, no menos que las tres provincias memoria y estimación. Esto confirma haberla escogido para sí quien tan buena elección muestra en todo.

DOCTOR. Obedeceros es mi gusto, y así, comienzo: Tiene de circuito Sicilia setecientas y ochenta millas. Fué llamada reina de las islas del Mediterráneo, por la magnificencia de sus ciudades y copia de todas cosas. Divídela del reino de Nápoles estrecho de media legua: tanto hay de Peloro á Scilio.

Allí las estremidades de una y otra provincia, doblándose con recíproca inclinación, las hacen parecer conjuntas á los navegantes. Esta parte es más caliente que las otras de Italia. Abunda grandemente de todos los frutos de Europa, en especial de trigo, que le adquirió nombre de *granero de Roma*, de vinos, azúcares, miel, sedas, azafranes y caballos. No le faltan baños salutíferos, ni minas de plata, si bien cesa su beneficio. Es tan frutífera y rica, que Dionisio el Mayor (tirano sólo de Zaragoza y de una parte de la Isla) mantenía para su guarda diez mil infantes, diez mil de á caballo y docientas galeras armadas. Tiene figura triangular, cuyos ángulos son aquellos tres promontorios ó cabos tan célebres. Divídese en tres partes, que llaman valles; déstos es el uno Valdemón. Extiéndese hacia Peloro y abraza las ciudades y territorios de Mesina, Catania, Melazo, Tauromina, Chifalú y Mongibelo. El otro es el de Mazara, que corre hacia el Lilibeo. Contiene las ciudades y tierras de Términi, Palermo, Monreal, Monte de San Juliano, Trápana, Mazara, Marsala, Girgento. El último valle es de Noto, que se dilata hacia Cabopaxaro, con las tierras y distritos de Noto, Zaragoza, Lentino, Augusta, Castrojoven. El más copioso de granos de los tres es el de Mazara. Valdemón tiene muchos bosques y montes, y, entre otros, á Mongibelo, que circunda setenta millas, con la cumbre cubierta de nieve, de entre quien exhala humo, y tal vez fuego, vomitando grandísima cantidad de cenizas. Juzga Estrabón procediese de aquí la fertilidad del territorio de Catania, cubierto tal vez de las mismas. Este monte se vee desde levante á mediodía vestido de viñas; desde poniente á tramontano, de bosques con fieras. La tierra es apropiada para azafrán. Produce hasta rabárbaro; mas demasiado vehemente. Plinio cuenta en esta isla setenta y dos ciudades. Ahora, sin las muchas villas de que está llena, contiene tres arzobispados: Palermo, Mesina, Monreal (éste, si bien goza más renta, tiene menos juridición), y en todas, doce episcopales. La parte más notable de la isla es la que mira á levante. Hállanse allí Mesina, Catania y Çaragoça, con puertos, aunque mayor el de Augusta, por cuya dilatación no se puede fortificar. Fué Zaragoza poblada con estremo, según Estrabón. Tenían de ámbito sus muros ciento y ochenta estadios. Aquí se vee con un golpe de agua singular la famosa fuente Aretusa. Hacia setentrión, la ciudad de más nombre es Palermo. Esta, por grandeza de sitio, por muchedumbre de moradores, por concurso de nobleza, por

suntuosidad de fábricas, por amenidad y riqueza del terreno, puede honrar á dos Sicilias. Carecía de puerto; mas hiciéronle después capacísimo, con un muelle. Aquí reside la mitad del año el Virrey, y los otros seis meses en Mesina. Es copiosa de bastimentos, si bien menesterosa de carne, de quien la mejor es novillo, que llaman *yenco*. Ofrecen suma recreación los jardines, siempre copiosos de varias flores. Es maravilloso el concurso de las fuentes, todas de buenas aguas. Sucede Trápana, tierra fuerte con puerto capaz. Recógense en su juridición (dejo aparte el trigo) vinos perfetos y en cantidad, frutas casi infinitas y mucha sal. No hay en Sicilia pueblos más aptos á empresas marítimas que los trapaneses. La parte meridional posee la ciudad de Marzara, á quien los antiguos, por el promontorio donde tiene asiento, llamaron Lilibeo. Síguese Surgento, con una laguna salada que se congela y endurece por verano. Tierra adentro, los lugares de más consideración son: Lentino, con un lago cuya pesca se arrienda todos los años en deciocho mil escudos; Castrojoven, villa de cuatro mil vecinos, con aire suave y fertilísimo contorno, en sitio eminente. Aquí hay también minerales de excelente sal. Noto y Tauramina son lugares fortísimos por naturaleza. Noto compite en grandeza con Zaragoza. Hállase situado sobre roca inacesible, si no es por una parte estrechísima, donde está la puerta. Es llave del reyno deste lado. Contiene Sicila dos millones de almas. Mantiene el reyno quince galeras para su guarda y seguridad. Rinde aquel mar corales á Trápana, atunes en gran número á Palermo, á Melazo, á Catania; pexespada á Mesina, y el Faro da anguilas de incomparable bondad. Los sicilianos son de ingenio agudo: certifícalo Arquímedes; elocuentes: muéstralo Gorgias Leontino; graciosos: por eso juzgados inventores de la comedia. Son deseosísimos de honra, y así, mártires de celos; dados al ocio y á placeres, porfiados, importunos, discordes. Dejan los tráfagos y ganancias á los forasteros, y, si bien residen en medio del mar, valen poco universalmente en cosas marítimas. Obedecieron á tiranos de su nación (tales fueron los Dionisios, Hierón, Agatocles, Falaris; á príncipes forasteros, cartaginenses, romanos, griegos, sarracenos, normandos y franceses. En fin, habiendo destrozado á un son de campana los mismos franceses (conjura que pasó con maravilloso secreto), se sujetaron á la Corona de Aragón. Hay también en este reyno cantidad de españoles, observándose cuanto á presidios y guarda del Virrey

casi la misma orden que en Nápoles. Reside en Palermo el santo tribunal de la Inquisición, con juridición temporal y espiritual en muchas cosas. Los españoles penetran esta ciudad con más seguridad y llaneza que la de Nápoles.

Isidro. No es pequeña felicidad ésa; que produce penalidad proceder de contino con advertencias. Cansa no enderezar tal vez las acciones con natural descuido, y más cuando se profesa unión y paz, cual es la que tenemos con esas naciones. Espántame, por otra parte, ver los muchos españoles que militan en varias provincias.

Maestro. Y aun ésa es la causa de estar España tan desierta. Tantas y tan remotas empresas como se le ofrecen la van cada día enflaqueciendo, quedándose en las ciudades solamente las mujeres. Salen todos los años muchos millares de hombres en el verdor de la edad, para no volver de ciento diez, y de ésos, casi los más, viejos y estropeados. Así viene á quedar la provincia no sólo huérfana de los mismos, sino también de los que pudieran nacer por su respeto.

Doctor. Escribe un moderno (de quien es mucho de lo que voy tratando) á este propósito haber observado castellanos y portugueses cierta razón de estado en todo opuesta á la de donde procedió el poder y grandeza de los romanos. Viendo no hallarse cosa tan necesaria para las grandes conquistas como la muchedumbre de gente, pusieron sumo cuidado no sólo en propagarse y multiplicar su número con matrimonios, sino también con las colonias y tales socorros. En esta conformidad, admitieron en sus ciudades hasta los propios enemigos. De suerte, que por semejantes modos vino casi todo su imperio á crecer de manera, que se oponía no sólo con el valor, sino también con la muchedumbre, á todo el resto del mundo. Así, no pudo Roma destruirse sino con sus mismas armas. Al contrario castellanos y portugueses, ya que requiriéndose, por la inmensidad de países y distancia de conquistas, grandísimo número de gente, sólo se valen de la de su nación, que es no de las más numerosas de Europa: causa de irse continuamente debilitando. Opinan los más curiosos se debrían admitir en tales ocasiones los pueblos cuya fidelidad, obediencia y quietud asegura el largo tiempo en que los mantiene súbditos del imperio español, y más cuando el vasallaje es natural, no de conquista. Es certísimo seguirse á cortas fuerzas desamparos de plazas, donde apenas es posible resistir á los naturales, cuanto más á estranjeros.

Cuando se halla interpolado con mares el cuerpo de la monarquía, dos remedios solos son importantísimos para su conservación y defensa: muchos bajeles y mucha gente. Sábese que el señor de la campaña lo viene á ser con facilidad de las ciudades, y que, del mismo modo, quien poseyere el mar tendrá dominio sobre la tierra.

MAESTRO. Agrádame ese parecer, y con veras habían los poderosos de reducirle á ejecución; mas no á todos hace la naturaleza advertidos, hasta que la experiencia de los daños obliga á proceder con ojos más abiertos. De algunas historias colijo ser importantísima para el aumento de valor la mezcla de naciones. Cualquiera pretende emulación adquiriendo en la milicia nuevas glorias y realces. La valentía es como el saber: que profesando superioridad, á ninguno reconoce, á ninguno cede. Fué, sin duda, siglo feliz el de nuestro invictísimo emperador Carlos; fértil la cosecha entonces de valerosos capitanes, que no sólo con único esfuerzo, sino con incomparable prudencia y casi divino juicio, consiguieron prósperamente grandes intentos. Jamás perdieron de vista la virtud del bien aconsejarse, la razón del bien obrar y el cuidado de enderezar los principios al deseado fin. Sabían, como excelentísimas cabezas, servirse de las presentes oportunidades. Muchas veces adquiere mayor beneficio á los negocios un solo instante de tiempo que cualquier industria. Así, dicen ser en la guerra la ocasión el compañero más leal para quien bien la sabe conocer y ejecutar prontamente lo que ofrece. Marchaban aquéllos con admirable ordenanza, y plantaban con buen discurso la artillería, según la diversa naturaleza de los sitios. En los más fuertes y seguros asentaban el real. Movíanse con gran concierto, siempre con industria, siempre con vigilancia, sin cometer apenas mínimo error, con orden infalible y perpetuo.

DOCTOR. Todo para vergüenza desta edad, en que triunfan tanto los indignos, en que los vicios privan tanto, en que las costumbres padecen tanta corrupción, y en que tantos se hallan excluídos del número de buenos. ¡Oh, ilustre antigüedad, merecedora de singular veneración y de inmortales alabanzas! ¡Cuántos asombros, cuántos menosprecios hallaron en tu rigor torpes cobardías! ¡Cuántas honras, cuántos premios en tu blandura insignes hazañas! Si se miran las costumbres de entonces en los mancebos, ¡qué dignas, qué ejemplares!; si sus hechos cuando mayores, ¡qué prodigiosos, qué inauditos!; si su

gobierno cuando ancianos, ¡qué loable, qué prudente! Estuvo allí como en su centro toda virtud: ¡qué ajustados en lo distributivo, qué pródigos en los dones, qué prevenidos en la guerra, qué discursivos en la paz! ¡Cuán bien mezclaban la piedad cristiana con la razón de estado! ¡Qué vigilantes y feroces los hallaron los peligros! ¡Qué prontas cortesías, qué inauditos resplandores descubrieron sus ánimos! Ahora todo es concurso de faltas; todo avenida de males, que tienen estragado el mundo.

ISIDRO. Poco á poco os vais pudriendo. ¿Qué ponderaciones son ésas? Prolijos reformadores me parecéis lamentando lo que carece de remedio. Si no me engaño, los siglos han sido siempre unos y de un mismo metal. ¿Por ventura fué mejor el de romanos, falto de religión, desnudo de loables costumbres? ¿Qué atrocidades no cometieron? ¿Hállanse sujetos más viles que sus emperadores? Cosas son éstas comunes y fáciles de alcanzar con poca lección. ¿Cuántos se rindieron á torpes sensualidades? ¿Cuántos á viles crápulas? ¿Cuántos á vengativos rancores? Tal instituyó senado de rameras, tal deseó mudar sexo, tal alimentó de hombres estanques de anguilas. ¿Puédese imaginar brutalidad semejante? Los más antiguos filósofos, los que más se desvelaban en meditar documentos, en exprimir sentencias, daban mayores indicios de imprudencia. Este vivía ocioso; aquél mendigaba; otro seguía el frenesí de reir ó llorar de contino, sin atender al fin para que se nace, que es al de hacer bien. ¿No castigan ahora al vagabundo? ¿No se ríen del menesteroso? ¿No cansa el despreciador? Juzgo, según esto, consiste la verdadera filosofía en seguir ocupación, en granjear sustento, en gobernar familia, y, en fin, en tener cuidados; que todo lo demás es de perdidos, de inútiles, de incapaces.

DOCTOR. Lo cierto propone la parte primera de vuestro discurso; mas en la última disiento. Muchos basiliscos produjo la antigüedad, cuyas pestíferas calidades aun desde lejos ofendían. De la escoria del mundo parece se engendraron algunos que le dieron leyes y sujetaron. Cuanto á tales daños, mejoradas mucho están las gentes. Florecen hoy templos, sacerdotes, sacrificios. Deleita la división de grados, la distinción de sangre. Aventájase la forma de justicia y razón. Parece subieron hoy las artes al estremo de sutileza, y á la mayor perfeción los ingenios de los hombres, para enderezar con acierto los públicos negocios y lo más importante á la salud universal. En lo demás, impugnáis injustamente las ocasiones de los que, limitando de-

seos, triunfaron de sí mismos venciéndose. Prevalecieron siempre los bienes de ingenio á los de fortuna. No eran entonces los intereses tan tiranos de los albedríos; y así, eran más amadas las riquezas del vivir positivo. Tal hubo que del arado fué conducido al cetro, sin tener jamás reposo hasta del cetro volver al arado. Preciosísimos tesoros son los de la Filosofía, y altísima la contemplación de las cosas superiores. Con ésta se puede alcanzar toda eminencia de dotrina, todo colmo de saber. Rudos son Platón y Aristóteles equiparados con el libro del universo, con el maravilloso campo de la naturaleza. Continuamente se lee y estudia, sin que falte á quien atiende materia, ya de ejercitar el discurso, ya de alimentar el afecto. Ensánchase á quien piensa estrecharla, y se queda más en la superficie quien más entiende haberle hallado centro. Ministra sin cesar impulsos de nueva especulación, y con la plenitud de sus perfeciones infunde incesable admiración. De aquí nacieron los arrobamientos de los antiguos; de aquí sus cuidadosos descuidos; de aquí los menosprecios, desnudez, abstinencia. Por tanto, casi los más que poseen sutiles ingenios y delgadas imaginativas no son tan á propósito como otros para gobiernos públicos. Ponderan demasiado, diviértense mucho, y con la capacidad de la imaginación quieren escalar los orbes más encumbrados, ó penetrar los cóncavos más profundos. Débese asimismo reservar para disputas escolásticas y analíticas el menudear y reparar en formalidades y en átomos indivisibles, porque ha de apurar y resolver; no así en el gobierno, donde la prudencia se ocupa más con voluntades que con entendimientos.

Don Luis. ¡Oh, cuánto gusto recebí con entender eso de vuestra boca! Tal vez en conversaciones oí discursar sobre este punto. Diversos, divididos en pareceres, altercaban sobre lo que se requiere en un buen gobernador. Atribuíanle algunos partes tan esquisitas, que burlara su retrato al más diestro pincel. Yo, como blanco de faltas, juzgábame en virtud de tantas dificultades incapaz para regir corta aldea, cuanto más populosa ciudad; mas el tiempo animó mi cobardía y corroboró mi flaqueza. Algunos conocí, escoria en calidad y talento, que tuvieron osadía para pretender, dicha para conseguir su pretensión y ánimo para ejercerla, quedando con riquezas y sin castigo. Déstos, pues, inferí ser fácil gobernar el mundo, y para esto superfluas las letras, inútil el entendimiento y poco necesaria la esperiencia.

MAESTRO. Lejos os apartáis de la razón. Mal puede ser regido el bajel sin gobernalle. Sin méritos ni estudios, todo será borrasca, todo perdición. Así como el rey sabio es firmeza y perpetuidad de su reino, así no hay cosa más conveniente al estado real que el servicio de los sabios, siendo de contino compañeros en el gobierno la ciencia y prática. Importa también mucho (siendo posible) la calidad de nobleza y ser el que ha de gobernar bien opinado. Es la honra hija de la opinión, y la verdadera virtud principio de verdadera honra. La sabiduría sin virtud es imperfeta. Por el consiguiente, es importantísima al que administrare justicia la prudencia, guía y madre de todo lo bueno, y derecha razón de las cosas agibles, siendo general en todos la necesidad de la ajena. Requiérese, sobre todo, el consejo, que es bien pensada razón de lo que se debe hacer; buen aviso que se toma sobre casos dudosos. Es, en fin, alma del gobierno y fundamento sobre que se sustentan las repúblicas. No consiste acerca del fin que se desea, sino al de las cosas que más presto pueden guiar á él. Por falta déste han sucedido grandes pérdidas de reyes y reinos. Llámanle por eso luz de lo que se duda, maestro de lo que se hace, defensa de los peligros, destierro de los trabajos, compañero de la prudencia, guía de la sabiduría, medianero de la paz y padre de todo descanso. Ahora, puesto que la discreción consiste en sentir, no sólo modesta, sino bajamente de sí, en ser veloz en oir y tardo en hablar, es forzoso que el indiscreto siga contrarias veredas. Cuanto lo primero, siendo idiota, se publica por doctísimo. Todo lo sabe, sobre todo habla con desentonada voz, lleno siempre de confusión y temeridad. Con esta misma confianza que pratica en las conversaciones se introduce en la pretensión. Osa pintarse de admirables colores. Asiste, ruega, adula, corteja, sufre malos semblantes, peores respuestas, descortesías del criado, menosprecios del señor, naciendo todo esto de ser poco circunspecto y menos sensitivo. Muchos acompañan la paciencia con la importunación, y no espantándoles el no, aunque le repitan, salen con todo, y más si ambos medios se convierten en desvergüenza, instrumento que tanto corre por el mundo. En suma, los que siguen este camino allanan dificultades, vencen rebeldías, y no inclinan, sino violentan á condecender con sus disinios. Así el defetuoso consigue lo instituído para el benemérito. Sale, pues, éste de la Corte y, siendo incapacísimo para todo, descubre ser sólo hábil en vicios, en hurtos, en exce-

sos, en atropellar honras, en cometer injusticias, sirviendo de escándalo á la infeliz ciudad ó villa que le ha de sufrir tres años. Al fin, da la vuelta glorioso de su buena administración, y con el fruto de los robos inquiere sendas, interpone medios, alega servicios, y sin omisión, internándose siempre más, logra sus diligencias, por la vía que le ofrece la ocasión, antes el demonio. Con dos ó tres oficios queda ya éste por ladrón confirmado, por pésimo sin remedio. ¿Puede haber mayor infortunio que ser los súbditos gobernados por los peores? ¿Que juzgue el que debía ser por sus culpas gravemente condenado? Si la Iglesia no juzga de lo oculto, ¿qué mucho que los ministros seglares remitan á papeles la suficiencia del pretensor? Presenta, pues, los suyos nuestro querido, y exagera en ellos sus desvelos, sus cuidados. Atrévese á representar partes y letras; y cuando el mundo le tiene más olvidado, ó en menos estimación, se aparece entre nubes, para proceder como siempre. Loq ue más se debe sentir en tales abominaciones es proponga descaradamente para alcanzar este vil lo que intenta haber servido á su rey con grandes ventajas, haber gastado sus años en beneficios públicos, siendo así que, dessirviendo á su Majestad, afligió sus vasallos y destruyó sus lugares.

¡Cuán diferente modo observa el que es merecedor de honrosos puestos! Hace primero caudal de costumbres, de estudios, de esperiencia. Trata de entablarse poco á poco, juzgando la aceleración madrastra del buen consejo. Detienen de contino sus propuestas recelos de no enfadar. Da poco lugar al oficio de la lengua, con ser quien esprime los tesoros de la imaginación, juzgando tener tal vez el silencio no menor artificio que la elocuencia. Por los medios desta igualdad (virtud que en todo cuadra con la razón) sigue la derrota de su aumento. Siempre corto, siempre recatado, apenas mueve la lengua para quejarse, oprimido de propias desconfianzas. Muérensele las palabras en la boca al tratar de sí. Afligele el imaginado desvío del paje, la compuesta altivez del ministro, y, remitiendo la diligencia de un día para otro, hace difícil su empresa apenas visto, cuanto más conocido. Por tan cuerda remisión, por tan prudente enfrenamiento dejan de ser colocados donde merecen muchos que fueran felicidad de sus repúblicas y gloria de sus mismas patrias. Colegiréis, pues, de lo referido haber en el mundo sobra de beneméritos si les diesen lugar los indignos; si no usurpasen los malos los asientos de los buenos. De aquí procede no convidar á estima-

ción y decoro en ánimos libres los más sublimes grados y títulos cuando poseídos por deméritos, puesto que, según parecer de sabios, no es dichoso quien vive en grande fortuna, sino el tenido y que es por sus virtudes digno della. Jatábase Alejandro en presencia de Diógenes de ser monarca de la tierra. "Más poderoso señor (respondió el filósofo) soy yo, pues mando como á siervos á los vicios de quien tú eres predominado,,. El hombre de poca virtud y poco valor es semejante á un enano; que, puesto en la cumbre del más alto lugar, siempre es y será pequeño. Confirma esta verdad la esperiencia. Mientras un ministro ejerce, ¡qué servido, qué respetado! No amado, sino temido; que es propio del temor el odio. Admite visitas, presentes, acompañamientos, con humildad, con sumisión. Corren los hijos un mismo estado y suerte de estima, de agasajo. Muere, y en un instante desvanece aquella máquina como sombra; pasa como relámpago aquella ostentación. Háblase de su vida con libertad. Descúbrense grandes bajíos en sus acciones. Menospréciansse los hijos y piérdese del todo la memoria de su casa y linaje. Mas ¿qué mucho, si era todo corteza, todo perspectiva? Duran y durarán hasta el fin del mundo, indistintos y confusos, desconocidos y encubiertos, buenos y malos, como representantes en la tragedia desta vida; mas, acabada, quítanse las máscaras, y muchos que hicieron las figuras de siervos se hallan príncipes, y muchos que hicieron las de reyes, siervos. Así entre las sombras de la noche, cuando en virtud de un solo color están confusos los colores, la joya preciosa parece vil piedra, ó por baja piedra se coge la joya. Llega la luz del sol, y, distinguiéndose las cosas, joya se queda la joya, y la piedra, piedra. O como en medio del invierno muestran un mismo semblante las plantas; mas luego, al renacer del año, se conoce cuál es fructífera y cuál estéril. Del mismo modo, en la escuridad y yelo del mundo es fácil engañarnos en la distinción de buenos y malos; mas no cuando el vivir fenece, cuando ni el cargo ni los favores ó amigos nos pueden valer; porque entonces, quedando libres los actos del albedrío, las fuerzas de la voluntad, dan las lenguas á las obras lo que les pertenece, perdido el terror que ocasionaba el sujeto. Alguno juzgó debía imitar el ministro la calidad del monte Líbano, lleno de yerbas medicinales, de aguas vivas, de árboles olorosos, donde se cría el incienso, donde nunca llegan áspides ni víboras. Hállanse en esta conformidad muchos buenos, celosos, científicos: armados, cuando menester, de severidad; ceñidos, cuando

importa, de conmiseración. ¡Oh, cuantos alcanzó la edad de nuestros mayores cuyo ejemplo obligaba á singular amor y á respeto sumo! Eran hombres, padres y jueces: como hombres, se compadecían; como padres, beneficiaban, y como jueces, á imitación del Divino, mezclaban con el rigor la misericordia. Las almonedas, después de sus días, denotaban su limpieza, su integridad. Todo era alhajas pobres, todo instrumentos sin lustre, y forzosos para sobrellevar las miserias de la vida. Tan lejos estaban de fundar mayorazgos, de encaramar edificios, que sólo pendía de Dios y de su rey el socorro de sus hijos, la conservación de su honra. Mas parece quería alzarme con la conversación: perdonadme; no es mucho, que era la materia atractiva.

DOCTOR. Es cierto ser necesaria para la conservación de estados y monarquías la simetría ó justa medida en todas las partes del cuerpo político, distribuída según grados y merecimientos. La buena elección arguye ingenio y prudencia en quien la hace. Lo más eficaz para la correspondencia de agradecimiento es echar mano para todo de los más entendidos. Juzgan los ignorantes debérseles por derecho cualquier beneficio, y así, soberbios y desvanecidos, lo primero que hacen es olvidarse de su bienhechor. No hay en el mundo delito tan grave como el de ingratitud, ni baluarte tan fuerte en cualquier combate de adversa fortuna como la unión de prudentes voluntades, el concurso de sanos juicios. Así como el entendimiento obra siempre cosas más ilustres que las manos, así la especulación de los doctos lleva conocidas ventajas á la torpeza de los idiotas. ¿Qué espera quien adelanta materiales, quien sublima bárbaros, sino malos principios, infelices medios y peores fines? No escarmienta en lo que dice el sabio: "Luego que el hombre se vió colocado en dignidad, careció de entendimiento: fué comparado á insipientes jumentos, haciéndose su semejante,,. No condeno aventajar tal vez al familiar, al criado, que por la asistencia y fidelidad mereció tener lugar en la gracia de su dueño. Vemos hallarse inclinaciones y simpatías desiguales en edad y condiciones; mas no todas se derivan de los astros. Muchas nacen de obligaciones, de agradecimiento, de servicios. En un mismo llano, entre diversas plantas de una calidad, parece se esmeraron cielo y tierra en mejorar algunas en la forma, en el fruto, en la limpieza. Así, entre muchos criados, no es mucho se singularice el señor con alguno, favoreciéndole, mejorándole; mas ha de ser no pervirtiendo tales ventajas la natural vocación. In-

trodúzgase cada uno en lo para que es bueno, sin trocar las suertes, así como el sol, favoreciendo al peral, no le hace producir manzanas. Los chinos obligan á que siga el hijo la ocupación del padre, por la afición que se imagina cobró al gremio con la comunicación; son por eso habilísimos en lo que profesan. Conviene sean muy particulares, y no para todos los favores que se hicieren á los aliados. Débense tal vez hacer en secreto, por no despertar celos, por no concitar invidias. Es justo huir, cuando se prefieren amigos y deudos, del vicio de la acepción de personas. Esclúyase la violencia, haya en todo escala, súbase por grados. Ajústese la estatua más humilde con la de Nabucodonosor, que, comenzando con pies de tierra, llegó á tener cabeza de oro. Los hombres encumbrados por puntos no es fruta para guardada: pódrecese presto; no así los que suben con trabajos, con experiencias y obras heroicas, que, como maduros, duran. Particularmente importa sea el que ha de gobernar muchedumbre, de conocida virtud y acertado gobierno en su familia. Mal por estremo reglará una provincia, mal regirá un ejército (república de hombres movediza) el destemplado en propias acciones, el desordenado en su misma casa. En Europa observan los más contraria costumbre. Violéntanse los ingenios, oprimiendo las inclinaciones. Tal vez guían por las letras al que muere por la milicia; tal aplican al arte á quien fuera gran letrado. De aquí nace la perturbación de los ánimos, las rebeldías de las voluntades. Semejante escusa pueden proponer los que dejando su centro, tratan de trasladarse á otro. Hácese historiador el cosmógrafo, astrólogo el boticario, matemático el jurisprudente. Huyen, finalmente, muchos lo en que entraron por fuerza.

ALIVIO II

Isidro. Sabrosísimo discurso fué el del alivio pasado para las dudas en que me hallo por instantes, en razón de lo que debo seguir. Atiendo, como signifiqué, al arte orificia, tan favorecida de príncipes, tan antigua y honrosa como sabe el mundo. Seguíla, no por inclinación, porque soy de complisión colérica, y en ella se requieren gran duración y sufrimiento; mas obligóme mi padre, que también la profesó, en esta forma. Desde los doce á decisiete años, ya pasados los de la primera enseñanza de leer y escribir, gasté inútilmente, sin estar ocupado en cosa de que me pudiese resultar utilidad. Acudía algunas veces á gozar las recreaciones del campo, que llaman salidas, donde es costumbre concurrir diversas gentes. Frecuentaba otros días las comedias, juzgando por no malgastadas aquellas tres horas, ya de suspensión, ya de regocijo. Daba al juego pocos ratos, por no hallar deleite mi cólera en su ciega distribución; todo á uno, y nada á los demás. Entreteníanme grandemente las domésticas conversaciones de los con quien me había criado y vivido. Deste modo se pasaban los días, meses y años, ocupadísimo siempre en hacer nada. Una tarde recogióse mi padre conmigo en un aposento, y entre otros saludables documentos que no son deste propósito, me dijo las palabras siguientes: "Imagino será por ahora superfluo darte á entender el crecido amor que como padre es forzoso tenga á tus cosas. Es cierto renacer los padres en las amadas prendas de los hijos, siendo sus fértiles pimpollos sus verdaderas medallas. Las reputaciones de muchos, y aun las conciencias, han padecido, sin duda, por este afecto natural gravísimos peligros. Esto, si la experiencia de los años no me engaña, procede de contino por desear los antecesores crecer más resplandor en su solar y apellido, y dejar más libres y seguros á los sucesores de las calamidades y miserias á que está sujeta la vida. Es mi intento dejarte (ya que eres único) cuanto pudiere acrecentado, con lícitos sudores; no con riesgo de mi honor, no con peligro de mi alma. Mi abuelo fué mejor que mi padre, mi padre mejor que yo, y yo pienso que soy mejor que tú; y, en fin, todos fuímos oficiales. Entre los buenos

es odiosísima la ociosidad, como causa de infinitos males. Decisiete años tienes, edad que hasta ahora parece no ha sido capaz para percebir con atención y fruto estas razones. Desde aquí adelante resuélvete á mudar vida. Es crecido el número de holgazanes, de perdidos; no le aumentes con ser para poco, con ser distraído. Aplícate á lo que más te agradare, gastando el tiempo virtuosamente. Si desde hoy no fueres compañero de mis fatigas, estrecharé la mano; antes la apretaré del todo al vestido, al sustento, al albergue. Es difícil mucho alimentar familia, por la penalidad con que se granjea lo necesario en ella. Conviene, pues, habituarse al trabajo, para no llevarle cuesta arriba cuando fuere menester usarle.

Dejáronme tristísimo semejantes razones, como derechamente opuestas al hábito de mis costumbres; mas viendo confirmaba sus palabras con obras, negándome lo que liberalmente me solía conceder, mudé propósito y comencé á ser discípulo de tan amoroso maestro; á ser aprendiz de mi misma casa. Poco á poco salí oficial, si bien nada primo, por asistir al arte involuntario, impaciente. Faltó quien me dió el consejo, quien se me mostró tan fiel y propicio, y por su muerte reconocí lo bien que me estaba seguirle. Tomé estado: mujer, por cierto, virtuosa, con mediano dote; mas siempre aborrecí mi ejercicio, como repugnante y violento en mi condición. Eran mis pensamientos más generosos y deseaba igual correspondencia en mis acciones. En este ínter murió en Milán mi tío. Nombróme su postrera voluntad heredero de su hacienda, valuada en doce mil ducados. Mi patrimonio y dote valdrán otros ocho. Resuélvome con veinte mil en no ser más platero. Quiero ser noble, quiero comer mil de renta sin disgusto. Deseo en particular asegurar la conciencia, puesto que no hay arte de tanto riesgo para ella como la mía, por los engaños frecuentes, por las ganancias ilícitas. Ya os es manifiesta mi intención; resta ahora me apadrinen en este nuevo combate los avisos del Doctor, para que yo, sin nota, salga vitorioso.

Doctor. Sólo puedo emplear mis buenos deseos en serviros. Discreto sois, y bien hábil para huir cualesquier peligros que pudieran deslucir el proceder de ese nuevo grado á que aspiráis. Mas cuando os faltara caudal de advertencias, ¿quién mejor que el Maestro os pudiera enriquecer dellas, pues sus letras y virtud le habilitan en toda perfeción?

Maestro. Honráis á quien nada bueno tiene sino conocer

sus cortos méritos. Cuanto más, que la teórica de los libros antes entorpece que adelgaza los ingenios en las cosas comunes, en los términos políticos. La prática sí que perficiona la natural viveza, alumbrando en muchas cosas que no se pueden aprender en los estudios. Las conversaciones, sobre todo, afinan la prudencia, maduran los entendimientos y enriquecen los ánimos de infinitos actos nobles. Según esto, habiendo vos visto más, y más conversado, tocará á vuestra suficiencia dar satisfación al interés del amigo; que los dos le conseguiremos no menor en oíros atentamente.

DOCTOR. La llaneza con que procedemos hace inútiles cualesquier réplicas. Así, pienso dividir en dos partes este punto de nueva caballería: servíos de que le demos este nombre. Ceñirá la primera los indecentes modos con que algunos noveles se introducen en ella, pasando en las cortes de falso. La última contendrá los requisitos necesarios en el que con buena intención (hablando al uso del mundo), sin ser noble, tiene impulsos de parecerlo. No apartaré los ojos de lo general, porque deseo carezcan de dientes los documentos. Así, cuando se alegaren consecuencias y símiles, serán imaginados, no verdaderos, sólo para corroboración de lo que se dijere. ¡Cuán vil, cuán cobarde es la murmuración! Puede ser comparada á la mosca: fuerzas no más que en el piquillo. Atrevida, importuna, á todos embiste, hasta al rey no perdona, y osa manchar la mayor blancura. Es digno de alabanza el que muestra en toda parte ser bien intencionado. Condénase la demasiada agudeza en penetrar corazones, en discernir pensamientos, en advertir malicias. Esto se reprueba hasta en los señores más soberanos. Sienten mucho los súbditos tener regentes que los presidan también á las imaginaciones, plaza donde toma espacio un corazón afligido. Han de mostrar tal vez los superiores ser cortos de vista y sordos; que se requiere más paciencia donde hay más sabiduría. Loable será en este propósito apuntar solamente comunes excesos, defectos generales, para emendar lo reprehensible, por parentesco ó vecindad. Con esta protesta delante, es de advertir compite la nobleza de linaje con la vida, venciendo á todos los demás bienes. Fúndase su más loable principio en la antigüedad, por sí misma venerable. Por ella parece ser natural la heredada. Sin duda desanima grandemente la baja sangre; mas esto, tomado rigurosamente, es sumo error. No es nuestro lo que pasó antes de nosotros, y si lo es, todos heredamos un ser y calidad; todos procedemos de

un Adán, formado no de barro para unos y para otros de plata. Lo más alto para con los hombres es abominación para con Dios; así, en una y otra ley hizo de pastores reyes, y de pescadores apóstoles. La materia por sí, según esto, antes es digna de menosprecio que estimación. Síguese no haber sin virtud nobleza, y que ésta pone cierta necesidad de imitación, y que ambas juntas son polos sobre que se funda la salud y conservación de las repúblicas. Por manera que, así como una misma raíz brota espinas y rosas, dañosas aquéllas y útiles éstas, así de un mismo tronco pueden salir dos ramas, dos hermanos, infame y plebeyo el uno, noble y caballero el otro. Conviene, pues, usar de modestia y cortesía en los principios, para que se olvide y borre aquella nota que suele causar la improvisa mudanza de una esfera á otra. Reparo con justa causa en vuestro nombre, poco acomodado para un *don.* Forzoso fuera mudarle, á no haber sido confirmado cuando niño. No suena á propósito *don Isidro,* como tampoco *don Frutos, don Marcos, don Salvador, don Cebrián, don Domingo.* Menos me cuadra el *González;* que, si bien de cristiano viejo, es apellido común. Aunque en este particular fácil fuera prohijarse el más respetado y antiguo de *Toledo, Manrique* ó *Mendoza,* pues saben hacer semejantes embelecos hasta los hijos de nadie, contrahechos y advenedizos. Por cierto, gran ventura alcanzan los plebeyos que, introduciéndose á pícaros (iba á decir á caballeros), les cupo en suerte nombre abultado y sobrenombre campanudo: *don Juan, don Sancho, don Alonso, don Gonzalo, don Rodrigo,* etc. Uno conocí (Dios le perdone) cuyo padre, siendo oficial de bien, un platero honrado como vos, granjeó mediana hacienda, con que se le metió al hijo en el cuerpo este demonio que llaman caballería. Vínole á pelo el nombre, de gentil sonido, aunque común; animóle una noche buenamente (pienso que muerta la luz) la primer primicia desta locura, y amaneció hecho un *don Pedro;* por quien, y no por *Pedro,* se dió á conocer á todos desde allí adelante, sin eclipsársele la vista ni temblarle la mano al formar las tres letras. Habíaseme olvidado el cognombre; en razón de que os certifico podía competir con el mejor y más antiguo de Antequera. Fuése poco ó poco juntando con otra escuadra de su metal, caballeros al vuelo ó entre renglones, á quien cierta loca llamaba graciosamente Estopeños. Murió en este ínter el padre, cuya vida y oficio enfrenaba en alguna manera el apetito caballeril del hijo. Sólo tenía por cuidado el

buen viejo juntar dineros, dejados aparte prolijos desvanecimientos. Aquí fué el quitarse el mayorazgo del todo la máscara. Abrió su casa para conversación. Asistía en las ruedas, si no discreto ni gentil hombre, por lo menos, con traje y atavío de caballerete, seda, cabestrillo, sortijuelas y cosas así. Es recebido entre galanes no estar con las piernas juntas, sino algo divididas, por el brío y gallardía de que así participa el cuerpo. Hasta en esto no quiso quedarse atrás nuestro don Pedro. Era de contino aficionado á tal postura; mas, ¡ay triste, que no procedía del uso, sino de mayor desgracia! Supe tenía entre las piernas un garbancillo casi como uno de los que adornan el petril de la Puente Segoviana.

La nobleza tiene muchas especies. Divídese en muchos géneros. Declaran todos ser la mejor la de ánimo; luego, la de naturaleza, esto es, ser con ventajas noble el á quien compusiere y organizare la misma con más perfeción. De donde afirmó Platón deberse el reino al más hermoso. La falta destos dos requisitos se oponía fuertemente á nuestro gentil don Pedro para que no entrase con temeridad en lo vedado, por carecer totalmente dellos. El ánimo era un trasunto de miseria; la organización, de estatura mínima, y ésta, muy vellosa y con espesas barbicas. Si perdía jugando, rabiaba y maldecíase; si daba naipes, excedía al más riguroso garitero en quitar pieles, en chupar sangre. Tras esto, quería caballerear, quería para sí aquella tan difícil unión de honra y provecho.

MAESTRO. Por cierto estravagantes modos, trazas indignas. Tras no convidar con la presencia, tras no atraer con la discreción, ser corto, ser miserable. Antes de recebir sacros órdenes, también profesé la perdición del juego. Gracias á Dios que me levanté desta caída, y, reconociendo cuán vil era aquel ejercicio, le abominé y puse en perpetuo olvido. Acuérdaseme haber visto concurrir en tales conversaciones algunos oficiales del bordado y sastrería, cuanto á liberalidad y silencio, calificadísimos caballeros. Perdían ó ganaban con particular agrado, con singular cortesía, sin obligar jamás á descompostura, ni á mover los labios.

DOCTOR. Basta que el nuestro abrazó la contraría, pasando sin cesar los límites de toda modestia. Mas ninguno adquiera semejante opinión entre los á quien llamare amigos. Todo era mofarse, todo escarnecerle, todo gestearle, pasando muy buenos ratos con su figura. Aunque he discurrido por varias pro-

vincias y halládome rodeado de diversos peligros, juzgué siempre por el mayor la comunicación de tales sujetos. Cobra fuerças esta opinión de la desigualdad que interviene en la amistad, no digo cuanto al nacimiento, que en esto todos son de buen solar, todos son á prueba, sino cuanto á imprudencia y presunción. Estas plantas de nueva caballería se desgajan con la demasiada fruta. Guardan á los años escaso decoro. Despéñanse con las lenguas, hablando á bulto, sin consideración, sin modo. Descubre la cordura sus quilates cuando, sufriendo ajenas imperfeciones, se ajusta el que la posee con los talentos de los con quien comunica. Ninguno fué autor de su ser: recibióle del cielo; ha de pasar con el que le tocó. Mejórale tal vez la experiencia, que en esta parte se ha con él como la osa con su parto, bulto informe, á quien da forma con la lengua. Mas lo que infundió naturaleza y procede de lesión de potencias carece de remedio: ni edad ni manejo de negocios es bastante.

ISIDRO. Por Dios, que voy hallando lo que había menester. Pierdo la paciencia en considerar haya hombres tan deslumbrados, tan rudos, que para conseguir lo que les falta desobliguen con términos extravagantes y molestos. Así como es más que ateísta quien, falto de luz de entendimiento, desvía siempre de sí la consideración de su mortalidad, así también es cierto viene á ser más que bruto quien por momentos no fija á solas la vista en los defetos, sean naturales ó adquiridos, para emendarlos, aunque se oponga gallardamente al conocimiento el amor propio y el agrado, del ser. Mas, esto aparte, quisiera (pues yo no he de seguir semejantes despeñaderos) propusiérades las prevenciones con que me puedo hacer amable, granjeando la gracia de los con quien me tengo de introducir nuevamente, ya que estoy resuelto en esta determinación.

DOCTOR. Toda esta polvareda levantó un *don;* ¿qué os parece los daños que suele ocasionar? Así, tened por bien quedaros en el estado de *Isidro;* que no consiste en eso la felicidad que pretendéis. Grandes personajes hemos conocido sin *dones,* y también algunos mercaderes con los mismos nombres que los personajes; mas no por eso viven en el mundo sin distinción. Perdonad si os fuí enojoso en comenzar por la parte que podía contrastar vuestro disinio; que de ordinario campean más las cosas al lado de sus opuestos. Pronto me hallaréis en lo que al presente deseáis otra siesta, que no es éste punto de oposición para de repente. Recogerá la memoria cuanto fuere de impor-

tancia; meditarálo despacio el entendimiento, y explicarálo la voluntad lo mejor que pudiere. Fuera de que también puede causar hastío el exceso de un solo manjar, conviniendo servir varios platos á varios gustos.

Don Luis. Terrible violencia es la de la inclinación; poderosos los bríos y ardores del ánimo, para enfrenar á los que osan divertirse dél. Materia es ésta en que pueden campear las lenguas con elegancia. Hagamos, pues, si os parece, los tres alarde y muestra general de los impulsos que padecimos, ó venciendo la corriente de nuestra vocación, ó dejándonos vencer de nuestros incentivos, ya que con tanta llaneza nos declaró Isidro los suyos, significándonos su intención.

Doctor. Sea así; que es nuestra voluntad conformarnos con la vuestra; mas advertid que se decreta en este tribunal seáis vos el primero que deis principio.

Don Luis. Convendrá, siendo superior, obedecer; mas no callando: y así, va de historia.

Ocupáronse mis padres, nobles montañeses, en servicios de un señor destos reinos, tan grande, que en títulos y vasallos no le igualaron muchos de los antiguos reyes de que en su división participó España. Su prontitud y fidelidad obligó á sus dueños á continuar en su vejez su medra y amparo. Tuvieron tres hijos: dos varones y una hembra. La doncella, desde niña, fué recebida con mucho amor de los señores, que desde luego se encargaron de darle estado en mayor edad. De los dos, estudió gramática el uno, y, también pequeño, entró en religión, prometiendo su agudeza no estériles esperanzas á su tiempo. Quedé yo solo, siendo el regalado, el querido de mi casa. Guióme mi padre por la derrota que él había seguido, esto es, de capa y espada. Desvelábase en traerme lucido, sin sentir la costa, aunque para otras cosas hiciese falta el dinero. Levantábame tarde, oía misa en la Trinidad, de quien vivía cerca, y hasta la una me entretenía parlando con otros mozuelos de mis años. Hallábase ociosa la imaginativa, vagabundo el pensamiento, y el entendimiento con limitada operación. Gozaba el siglo de oro, propio de tal adolescencia: ni cuidados de familia me desvelaban, ni con afectos se perturbaba el corazón. Todas mis ansias consistían acerca de mi ornato y atavío. No desflorado el zapato, al uso pecho y cabello, grandes puños, cuello con muchos anchos y azul, pomposas ligas, medias sin género de flaqueza, y á esta traza todo lo demás de que cuida el que profesa gala.

El titular á quien servía mi padre quiso verme. Agradóle (como él dijo) mi airosa disposición, y, últimamente, gustó le sirviese de paje. No lo fuí tan presto de su cámara, ó porque semejante grado no se merece sin servir, ó porque con el ejercicio me habilitase más en viveza. Quedóme por resguardo mi casa; y aunque frecuentada de mí todos los días, se me hacía por estremo grave la asistencia del nuevo ministerio, y más cuando me tocaba el ser de guardia. En esta entrada improvisa, ni mi padre halló bastante escusa contra su resolución, ni yo qué poder alegar para impedirla. Obedecí, pues, á bulto, y mientras ignoraba el remedio presente, sólo sabía sentir las incomodidades de servitud. Aun ahora no he perdido la admiración de lo que se padece sirviendo. Los criados de mayor jerarquía son los más difíciles de sobrellevar, por ser sin número sus impertinencias, sus demasías.

¿A quién no brumará los huesos un mentecato mayordomo, bienhechor solamente de sí mismo? ¿Qué vida no consumirá el imperio de un imprudente maestresala, prontísimo legislador de sus antojos? Al primer descuido osó amenazarme con el castigo pueril. Cubrióseme de colores el rostro; impidió la vergüenza las palabras por un rato; al fin, le sinifiqué evitase otra vez igual amenaza, puesto que podría más conmigo una razón de advertencia que el temor de aquel deslumbramiento. A esta sazón tenía yo deciséis años, aunque estatura de veinte, y ciertos humillos de valentía infundida en el cuerpo. Parecióle á mi superior habia excedido los límites de modestia, y difirió la satisfación para una madrugada. Tuve vislumbre deste intento, y, apercibiendo una hoja, al querer ejecutar su enojo, halló por contrario el mío, y la daga. Salió herido en un brazo levemente, siendo tan grandes los gritos, tan terrible el alboroto, que no pude escapar, aunque lo procuré. Fué llamado mi padre con toda presteza. Acriminóse el exceso, y heredando su ira el oficio de mi adversario, pagué de contado el atrevimiento. Con todo, no vi el rostro de mi dueño en muchos días. Alzóse, al cabo, el entredicho y cúpole al maestresala su parte de reprehensión. Advirtió le había dado en su casa aquel cargo, mas no la discreción con que convenía administrarle. Que tras muchas faltas y muchas amonestaciones, apenas tenía lugar el castigo, de quien los pajes mayores era justo quedasen á veces reservados. Propúsole los inconvenientes que produce el demasiado rigor, y mandóle no careciesen de perdón algunos yerros, valiéndose en

todo de moderación y artificio. Con este suceso quedé mejorado en puntualidad, porque, corrido de lo pasado, no quise dar nueva ocasión de enojos, pues dellos me venían á caber tanta parte. Era particular mi limpieza y aseo, porque en ambas cosas se esmeraba mi madre; y así, no participé de las comunes calamidades desta turba. Condolíame de ver en mis compañeros tanta escaseza de todo, en especial de camisas, cuya tez venía á ser en breve de Etiopía. No sé á quién deba culpar en este desorden: si al mayordomo, si al señor; mas pienso que menos al señor y más al mayordomo, ya que á él, como á su lugarteniente, toca proveer á los muchachos lo forzoso. Jamás osaron estos diablillos perder el respeto á mi compostura, cuanto á matracas y culebras, escarmentados con la heridilla; de donde colijo ser conveniente tal vez mostrar aceros en los principios, para evitar en lo porvenir gran número de pesadumbres. Esta vida me tenía descontento, sintiendo sobremanera estampar las huellas de un coche ó seguir el paseo de un caballo; mas cualquier mal puede ser endulzado con otro mayor. En este ínter me comenzó á mirar con buenos ojos cierta Urraca en librea, cierta Sarra en edad: dueña, hablando con debido acatamiento. Entraba yo bien á menudo en la sala de estrado, de quien la tal era centinela, siempre ocupada en su labor. Los más días me obligaba con un regalico, sudado y corto. Loaba mi buen talle, mi gracia, mi discreción; cuando le pareció estaba ya bien desvanecido, fué haciendo comemoración de sus partes. Engrandeció su linaje, y, con asomos de lágrimas y pucheros, refirió se habían hallado en él gran cantidad de hábitos, cuatro títulos, dos virreyes, maeses de campo y capitanes sin cuenta. ¡Ay, rey mío (fué prosiguiendo), á cuánto obliga en los bien nacidos la necesidad! El de Santiago adornaba el pecho del que Dios tiene: de mi buen señor y compañero. Cuando casé con él llevé veinte mil en dote, sin otras joyas de mucha estimación. Era tan liberal como caballero, sin saber negar jamás lo que le fué pedido. Aunque desperdiciaba inconsideradamente, no hallaron contradición en mí sus demasías; que profesé con el mucho amor mucha obediencia. Al paso que la vida le duró la hacienda, quedando viuda con tanta penuria como calidad. Mantuve muchos días el fausto de casa y sirvientes; mas convínome aligerar de costa; que cortas fuerzas no pueden oponerse á largas obligaciones. Así continuaba mi clausura, cuando entraron por mis puertas los ruegos desta señora, que en quinto grado (y no le está mal) me re-

conoce por su parienta. Resistí sus instancias no poco tiempo, considerando con dolor no era sufrible dejase, por servir á otro, la habitación donde fuí tan servida de tantos. Viendo, con todo, iba ya la fortuna haciendo suertes en mí á toda prisa, condecendí, debajo de algunas condiciones, que después no se me guardaron. Fué la primera se desterrase de donde yo estuviese el riguroso *vos*, eligiendo para mi consolación cierto término impersonal en que con industria cuidadosa tampoco entrase el *ella*. Vine, en suma ¡ay de mí!, que no debiera, pues en breve se convirtió en tigre la que al principio pareció cordera. Voséame sin ocasión á cada paso, hace que la sirva de rodillas, á mi despecho idólatra, acaudalando sin cesar íntimo aborrecimiento su increíble aspereza, sus prontas injurias. Pues cuanto al dar, por milagro se le cae de la manga un alfiler. ¡Ay dolor de la que llenó á sus criadas de costosos vestidos, apenas probados! Por instantes menoscaba nuestras raciones, alegando no ser tales ni tan buenas las de otras casas. Si nos armamos de mesura, nos llama fruncidas, torpes, necias; si descubrimos contento, libres, descompuestas, atrevidas. En fin, yo padezco tan amarga vida y tan notable inquietud de espíritu, que estoy casi reducida á desesperación. Hállome, pues, determinada en dar de mano á tantas menguas, á tantos oprobrios, mostrando (libre de tantas tribulaciones) en un rincón resistencia y constancia contra los crueles golpes de la fortuna. Piensa nuestra enfadosa haber llegado al colmo de felicidad y grandeza por la rentilla que goza, por los titulillos que posee. Pues engáñase mucho. Muchas leguas le faltan hasta la cumbre, de donde, á veces, el que se vee más cerca perece con mayor caída. En las cosas humanas, por su naturaleza inconstantes y resbaladizas, ni se puede hallar estable felicidad, ni continuado sosiego, como lo mostró la experiencia en mí misma. Señoras hay que con su buen término, con su blandura, cautivan los ánimos, sujetan los albedríos; mas el desagrado désta, su desenvoltura, su arrojamiento, concita rancores y solicita odios. Tiénese por discretaza y hermosa, por de buen gusto en galas, en joyas, y comete grande error; porque en nada es singular sino en soberbia, entonación y desvanecimiento. En medio de tantos infortunios, suele causarme algún alivio la consideración de las ventajas que le hice antes que este infeliz monjil, este funesto manto y la mortaja destas tocas (traje que tanto afea) desluciese mi lustre y ocultase mi buena disposición. Más valía, señor don Luis, mi brío, la tez de mi rostro, el ornato de

mis rizos, el donaire de mi conversación, el acierto de mis vestidos, que cuanto bueno se descubre hoy en las demás de palacio. Danzaba milagrosamente; acompañaba con un harpa sonoros acentos, y, sobre todo, era singular mi primor en conservas, en bordados, pastillas, aderezos de guantes y cosas así. La labor blanca excedía á todas en perfeción. Para todo alcanzaba habilidad y todo me sucedía dichosamente. A Dios gracias que, aunque con pérdida, algo me quedó deste caudal. Si alguno se hallara cuyas partes merecieran poseer mi voluntad, ¡qué dichoso fuera! ¡De cuántos regalos tuviera sobra! ¡Qué lucido, qué limpio, qué aseado anduviera! Pues cuanto al sujeto, aún duran las reliquias de lo mucho bueno, si el espejo no me engaña. Ocultan estas pliegues cabellos largos y lustrosos; lisa está la cara; entera la persona; y si bien la continua labor turbó algo la vista, sólo me sirven los antojos para de cerca; que de lejos no penetra tanto un lince.,,

Con tales rodeos y artificios, ya de pasado fausto, ya de presente calamidad, ya de murmuraciones, ya de abonos en los descréditos de la edad, fué poco á poco manifestando mi documental Quintañona que la tiranizaba el amor y que era yo la causa de su incendio. Quedé atónito cuando percebí su intención, por ver no se escapasen tan rancios huesos de amorosas pasiones, aunque no me espantara si, como ahora, hubiera pasado por semejante milicia. Mientras alargaba su mano para juntarla con la mía (retirándola, sin darme por entendido), comencé á disponer su consuelo con breves palabras. Animéla y persuadíla excluyese toda novedad de su pensamiento, pues allí, por la cristiandad de los señores, por la noticia de quién era y por la puntualidad del sustento, se podían gastar los años con provecho y deleite. Así escapé por entonces; y aunque de parte de mi requiebro hubo otras veces muestras de acidentes penosos, libré el sufrimiento de segunda prueba, por haberse en la primera apurado sumamente. Pasáronse seis años sirviendo, sin haber sacado de todos más que la pérdida de tiempo, tan irreparable y dañosa. Tras haber sido paje de cámara y favorecido no poco de mi dueño, me honró con que ciñese espada, dándome título de gentilhombre. Cobré con la nueva compañera más aliento, más brío, para conseguir con su ornato grandes cosas. Eran hasta allí mis imaginaciones y pensamientos una idea sin forma, un caos confuso; á ninguna cosa me hallaba particularmente inclinado, cuando, sin pensar, me dejó sin pul-

sos aquel fuerte contrario, aquel valeroso combatiente que llaman Amor. Vencióme, al fin, en virtud de pocos años y mucha hermosura. Amé seis meses una doncella, sin darle algún aviso de mi inquietud, aunque los ojos podían ser mensajeros bien elocuentes. Muchas veces me ensayé para poder, si se ofreciese ocasión, significarle mis penas, y sólo el acto imaginado me producía miedo y me causaba turbación: tan grande era el respeto que tenía á su compostura y honestidad; que cuando los ojos miran afectuosamente lo que aman, no sólo enmudece la lengua, sino la imaginación. Rondaba sus puertas de noche, con que me consolaba en estremo. Jamás desamparaba la iglesia á què acudía para misa y sermón, siendo sabueso de sus huellas en sus salidas, que eran bien raras. Hízola reparar al cabo tanta frecuencia de mirar, tanta continuación de asistencia; mas, como primeriza, daba poco lugar al deseo, y á la lengua ninguno. Correspondían á veces solamente los ojos, sintiendo yo gozo tan grande con aquel desusado favor, que casi como arrobado y en éxtasis participó el corazón de muchos desmayos. En suma, me determiné á escribirle; mas sobrevinieron algunas dificultades sobre si había de expresar mis sentimientos en verso ó prosa. No me salía la prosa del alma; el verso, sí. Deseaba esplicar mis amorosos concetos con su dulzura y sonoridad; mas no sabía cómo, por no los haber hecho jamás. Busqué un amigo, y con su ayuda forjé algunas redondillas, en que, tras exagerar su hermosura y muchas partes, decendí á la expresión de mis congojas. Los términos eran comunes; que me pareció impertinencia elegir enigmas. Agradáronle los versos apenas entendidos, no más que por ser pequeños. Enseñólos á sus amigas; hacían todas con ellos gran fiesta; mas casi como incapaz de afectos, no la enternecían mis lástimas. Perseveré en pasearla, en seguirla; insté, rogué, y, en fin, dispuse el consentimiento para honesto lazo. Así se me pasaron algunos meses (instantes para mí) amando y siendo amado. ¡Oh, cuán suaves, oh, cuán fieles son siempre los amores primeros! Todo lo que no era verla ó escribirla era para mí pena y dolor. Comunicában se las almas por los ojos, y tal vez los corazones por las lenguas. Comenzamos á sentir molestia con la dilación. Pedirla para esposa era empresa difícil, por ser rica y noble, circunstancias por quien la juzgaba el padre digna de ilustrísimo dueño. No sosegó el discurso muchos ratos, inquiriendo el medio oportuno con que la industria ocupase el lugar de la razón. Firmamos ambos

dos cédulas, quedando con esto públicas las secretas voluntades. Pretendí ser Paris de tan hermosa Elena; mas fueron en agraz descubiertos mis disinios.

Ausentáronla del lugar á parte no sabida de mí, y con veloz presteza la entregaron á estraño dueño. Afligióse la amante. Lloró, suspiró por la afición antigua. Lamentó la violencia; mas las caricias del reciente esposo escombraron las tristezas del corazón y concedieron algún ocio al alma. Perdí al saberlo las potencias de la mía, y faltando su operación al cuerpo, estuvo en punto de fenecer. Viendo sin algún remedio mi accidente, tuve el morir por felicidad; mas de tan desesperada resolución me divirtieron poco á poco sanos consejos. Con todo, determiné durase el sentimiento lo que la vida, sirviéndome la poesía para su expresión. Por manera, que la primera y última inclinación que he conocido en mí fué de amor y versos. Desto solo trato de día, en esto sueño de noche, siendo destos dos asuntos esclava siempre la imaginativa. Por lo menos, propuse dejar á España, por negar á la vista odiosos objetos. Aceleró mi partida el disgusto de mi ocupación, tan sin fruto, que con menos me hallaba en los fines que en los principios. No hay cosa como arrimarse al poderoso, al valido, á quien dando parece lo mucho poco. No medraba, ni descubría vereda por donde pudiese el tiempo restaurar estos daños. El señor á quien servía era mártir de ambición; y aunque rico, pobrísimo de lo que le faltaba; puesto en fin de más copiosa adoración. Para conseguirle, por momentos le vi hacer actos de sumisión abominable. ¡Oh, turba vil de nobles, sujeta por antojos, por vanagloria, á servidumbre, á menosprecio. Consideré había parado de paje en gentilhombre escudero; que ya lo son de una silla todos los gentilhombres. Pues ¿qué sino portería podía esperar cuando con los años se entorpeciesen los pies? En todo viven engañados los príncipes, ceñidos siempre de brutos, de lisonjeros, de truhanes. En ellos hallan sus ignorancias aplauso, sus excesos ejecución. Cáusales por eso enfado la presencia de sabios y virtuosos, por ser derechamente sus opuestos, y el más fuerte obstáculo de su vivir licencioso. Fáltales habilidad hasta para notar un billete, con que en ellos se verifica bien ser los defetos de elocuencia muestras de hombre ignorante. Sábese entrar la sabiduría humana en el nombre de títulos y bienes honrosos; antes ser ella sola el mayor y mejor, por ser participación de la divina, y necesaria para la conservación universal de todos estados.

Así excede á los reyes, siendo por ley natural superior á los poderosos.

Suelen remunerar muchos señores servicios de toda la vida sólo con exterior voluntad, que, aunque siendo verdadera y grande puede equivaler á las obras, es, con todo, triste cosa entre los hombres el afecto sin efeto. Apenas dan lo desechado, lo inútil, huyendo de contino el rostro á las ocasiones de liberalidad. Como en los vicios reconocemos aquella parte, aquel efeto que nos tuerce, atrae y sujeta, esto es, en la venganza la satisfación, en el hurto el interés, en la sensualidad el deleite, así también en las virtudes morales, si sus fines no se convierten en nuestra utilidad, sin duda son muertas. ¡Qué buena es la caridad, qué loable la conmiseración!; mas si el favor se detiene, si falta el socorro, ambas, ¿de qué fruto? Así, pues, en los señores. Bueno es ser nobles, mejor ricos; mas si guardan su dinero, mas si viven para sí, ¿de qué provecho? ¿de qué consideración? Pudríame sobre todo el lenguaje de que se valían mis dueños nombrándose. Jamás *primo* y *prima* se vieron en Guinea tan repetidos, aunque el primado se derivase del grado sétimo. Hónranse más con el vínculo de sangre que con el de matrimonio. Harto más parientes fueron Adán y Eva, si es que del cuerpo lo es más cualquier costilla suya, y, con todo, ni por escritura ni por tradición se sabe que se llamase *primo* el uno al otro; marido y mujer, sí. Mas quiero se evite este modo, por ser, en su opinión, humilde; ¿de qué sirven, ó para qué se inventaron los títulos de duque y duquesa, de condesa y conde? Consumen grandemente la paciencia los chismes de que gustan, los baldones que inventan. Bien es verdad que no hay deuda pagada tan de contado como la del hablar injuriosamente, aunque sea de parte del señor para con el criado. Apenas da principio el uno á pronunciar denuestos, cuando comienza el denostado á prohijarle los atributos de impertinente, de temerario, de majadero. Sólo se diferencia esta música en los tonos, por ser más alto el de aquél; el déste, más bajo. Insistido, pues, de dos desgracias, amar sin dicha y servir sin medra, traté de pasar á Nápoles, negociado antes algún sueldo; que medios suplieron servicios. Concluyo con afirmar que en lo discurrido hasta aquí de mis años sólo tuve por inclinación amor y poesía, viniendo á ser melancolía para mí lo que no tratare desto.

DOCTOR. Con lo significado os habéis hecho digno de conmiseración y lástima. Bien se os luce la poca edad en la elec-

ción de lo que seguís. ¡Cuán cierta ruina os promete una y otra pasión! Ser amor dolorosa muerte, acidente y no sustancia, consistir en la memoria, por estar en ella la impresión de la cosa amada, nacer de los sentidos, de la voluntad y del corazón por la vista, pruébanlo cuantos escribieron sus calidades. La Poesía causa al sujeto casi no menor daño, sirviendo sólo de robar las horas que se debían ocupar en más digno empleo. Desautoriza sumamente á sus profesores, que se juzgan incapaces de otro ministerio, por divertidos demasiado en aquél. Por esto se alzan con la mayor parte del gobierno los no muy ingeniosos, y están arrimados grandes supuestos.

Créese sean antiquísimos los principios de la Poética, y se tiene por cierto se hallase el verso antes que su observación. No niego haber sido los poetas oídos siempre con deleite grandísimo, por la consonancia y numerosa estructura. ¿Qué más? Hasta la prosa por este conocimiento fué ceñida y atada con ciertos pies. Observáronlo así, por mayor dulzura, Isócrates, Demóstenes y Marco Tulio en las cláusulas, naciendo de aquí tantos tropos, tantas figuras y colores retóricos. Mas, en general, deleita y agrada más el decir natural y simple, sin ornamento, sin arte, en la forma que se habla comúnmente. No quieren se halle nada afectado, nada fingido ni desencasado del uso vulgar, sino todo sincero, todo sano y sin adulterino color, puesto que, según la opinión de Sócrates, cualquiera es bien elocuente en lo que sabe. Cánsame sumamente el uso de las rimas y aquella violenta necesidad del consonante, tan apetecido del vulgo. La prosa, cuando se habla ó escribe como se debe, mantiene indecible decoro y gravedad, siendo su artificio mucho más ingenioso que el del verso. Soy, pues, de opinión os desviéis con todo cuidado de lo que por ningún caso ocasiona utilidad ni reputación.

Don Luis. Atónito me deja semejante parecer en amor y poesía, y á no estar en el mundo tan asentado por excelente uno y otro, en cuidado me habíades puesto de armarme de razones contra las vuestras. Si amor es conveniente ó no, si es bueno ó malo, apacible ó riguroso, quédese el disputarlo para otra vez; que no mereciera yo título de su vasallo fiel si no entrara por su respeto en la lid más peligrosa. Sólo pretendo al presente (antes de apuntar los que faltan las fuerzas de sus inclinaciones, que para eso será oportuno otro cualquier tiempo) expliquéis algunas partes de la Poesía, así por mayor; que, como sin letras, he mu-

cho menester vuestra enseñanza. Y os suplico la tratéis esta vez no como padrastro; antes le hagáis buena acogida, honrándola como á güésped con quien es lícito usar excesos de cortesía.

DOCTOR. La llave de mi voluntad tenéis para obedeceros; mas es de advertir no se cause molestia á los que, como vos, quizá no gustan de tal materia; que es acertado siempre medirse con el gusto general de la junta.

MAESTRO. En ningún sujeto puede ser penosa la vuestra, como quien con tanta elegancia sabe hablar sobre cualquier cosa. Muy de su parte ha muchos años tiene la Poesía granjeado el aplauso y aceptación de todos, y así, al presente sólo podremos nosotros rendirle el debido tributo de atención, para recoger vuestras palabras sin pestañear.

DOCTOR. Corteses sois por estremo, y por diferentes caminos sabéis obligar; será, según esto, la más discreta réplica el comenzar.

Sin duda, los primeros maestros de la vida, en tiempo cuando los hombres rudos y silvestres aún no bien se unían y congrega-- ban, enseñados de la naturaleza, que les había concedido ingenio y voz para poderse juntar cómodamente, hallaron la graves dad de los versos. Comenzaron cantando, con ellos, á disponer la dureza de aquellos pueblos, que entre árboles y grutas pasaban á modo de fieras, sin tener noticia de mejor ser ni de má- políticas costumbres. Apenas resonaron los acentos destos primeros cantores, cuando, atraídos de su melodía, fueron seguidos de los más rústicos. En esta forma se publica haber la deleitosa cítara de Orfeo atraído á sí fieras, piedras, plantas y ríos con la harmonía de sus voces; esto es, haber reducido con el verso á vida sociable aquellas gentes montaraces y desunidas. Por lo menos, tiene la Poesía en su favor este gran principio. Mas su origen túvole, sin duda, del cielo. Habiendo Dios (autor de todo, de cosas invisibles y visibles) criado ángeles y hombres, y adornádolos de dones maravillosos, fué conveniente declarase una y otra generación en cuánta obligación le estaba por tantos beneficios recebidos. Esto queda más confirmado poniendo la consideración en los asombros soberanos. Si miramos los movimientos de los orbes, que con el continuo girar hacen sempiternia harmonía, si se repara en los espíritus celestes, cuyo concento y admirable modo de voces excede nuestra inteligencia, denotan haberse unido todos para rendir gracias á tan inmenso padre y señor, y para con sumas alabanzas celebrarle cantando.

Parece, pues, no haberse podido hallar mejor forma como que los mismos, con acomodada medida de tiempos y palabras intelectuales, hiciesen ruegos que tuviesen vigor para mover la divina potencia cuando pidiesen gracias y suplicasen por nosotros, perteneciéndoles el cuidado de las cosas humanas y el estar delante del sumo Rey, en ayuda y favor de los mortales. Así, casi luego que nacieron los hombres, ó por divina razón de naturaleza, ó porque tanto cuanto era más reciente su origen derivado de arriba, tanto más presto, viendo lo mejor, quisiesen imitar la costumbre de los que en el cielo habitan, podemos imaginar eligieron honrar á Dios con música y poesía en públicos y privados sacrificios, en ruegos, en hacimientos de gracias y en todas fiestas, cantando palabras ligadas y restringidas debajo cierta ley harmónica. Por tanto, así como de la ciega gentilidad, entre los coros de entendimientos celestiales fueron antepuestos Apolo y las Musas para celebrar la majestad del gran Júpiter, criador y dueño de todo, así también los hombres atribuyeron á los poetas (súbditos ya de Apolo) el mismo oficio, como á intérpretes de las cosas divinas. En esta conformidad, toda la antigua Poesía era de los dioses, ni otra cosa contenía que celestes alabanzas y ruegos para impetrar su favor y dar gracias de las cosas felizmente sucedidas. Loaba también y rogaba á los héroes puestos en el número de dioses, ó por aplacar su ira, ó por conseguir su socorro. Después se ocupó asimismo en celebrar los gloriosos hechos y claras virtudes de ilustres hombres. Ahora, siendo cualquier difinición tema fecundo y concertado, principio de las ciencias, nombre de la cosa y naturaleza della, será acertado, difiniendo la Poesía (ya explicado su origen), afirmar ser arte de imitar con palabras, á diferencia de la muda. Imitar es representar y pintar al vivo las acciones humanas, la naturaleza de las cosas y diversos géneros de personas, como suelen ser y tratarse. Divídese en tres especies: épica, scénica y mélica. Las partes de la épica esenciales son fábula, afectos, costumbres, sentimientos y palabras, en que entran los episodios como acidente. El poema, en general, juzgo ser mezcla de acciones divinas y humanas. Ciñe tres puntos principales: proposición, invocación y narración. La fábula se forma diversamente, mixta y doble, simple y compuesta, sin otras. Son sus miembros atar y desatar. En las costumbres hay diferencias: de edad, de fortuna, de nación. Los afectos tienen también vario origen: de amor, de odio, ira,

mansedumbre, miedo, confianza, misericordia, desdén, invidia, celos, emulación, menosprecio, vergüenza y otros. La poesía scénica ó representable se divide en tres: tragedia, comedia y sátira. El fin de la primera es mover á conmiseración. La dignidad de su verso iguala á la del épico: por eso le señalan coturnos. Pasa entre príncipes, entre héroes y grandes personajes. Los modos de la fábula trágica, sus miembros y episodios, cómo se ha de representar lo miserable, lo espantoso, costumbres, pasiones, traje, aparato y otros requisitos, pedían más tiempo y meditación. El oficio de la comedia es mover á risa. Introdúcense en ella personas comunes, como ciudadanos (así son propios suyos los zuecos) donde pueda tener lugar la gracia, la malicia, el artificio, la agudeza. Será forzoso pasar apriesa por todos sus términos, puesto que se podía formar crecido volumen si se hubieran de exprimir por menudo el origen de la comedia antigua, de la mediana, de la nueva; qué se requiera en el cómico, cuál deba ser la fábula, de qué metal los episodios; qué cosas se pueden sacar al teatro, y cuáles oirse ó narrarse; en qué degeneran de las épicas y trágicas las costumbres y afectos cómicos; de qué forma ha de ser la graciosidad y de qué agudeza el motejo; cuántos sean los actos de la comedia, cuántas las escenas, de qué forma el verso, traje, teatro y título.

La sátira scénica consistía en introducir algún sileno ó sátiro, no sólo en el coro, sino también en los razonamientos y discursos, atentos siempre á mezclar donaires y burlas entre las veras, oficio ahora propio del lacayo. No son deste género las sátiras épicas. Diferente artificio tienen las de Horacio, Juvenal y Persio, tocando á éstos enderezar costumbres, reprehendiendo galanamente vicios públicos. La mélica ó lírica poesía ostenta con no menor antigüedad que las otras. Es común parecer de todos haber sido Apolo el primer inventor de la lira, á cuyo son (apto mucho y muy conforme al canto de las cosas divinas) se cantaba el poema mélico. Tuvo la antigüedad muchos instrumentos de música y muchos géneros de cantos. El primero fué todo de los dioses; el segundo, lleno de lamentos; el tercero, llamado *peana*, de Apolo, por la vitoria conseguida con la muerte de la serpiente dicha Pitón; el cuarto, ditirámbico, cantado en alabanza de Baco; el último, nómico ó legal, por haberse instituído para dar leyes de bien vivir. Todas estas maneras tenían su propio instrumento. Profesábase

adaptar á las cosas las palabras, á las palabras los tiempos y pies, para hacer versos á ellas convenientes, y á los versos los concentos de voces y cuerdas. Los cantores líricos conseguían el toro en premio de su vitoria, y el trípode los ditirámbicos. La materia lírica fué aplicada en sus principios á las cosas divinas; después, decendiendo á los hechos humanos, cayó en el regazo de vanidades. Mas cómo se deba cantar amor honesto, cómo loar perfeta hermosura, puede enseñar á todos el Petrarca, maestro de amorosa poesía.

Quieren los gramáticos sea el modo mélico mixto, participando de narrar y de imitar. Según esto, será imitación de actos, ya graves y honrosos, ya deleitosos y placenteros, debajo de cabal y perfeta materia, comprehendidos de cierta grandeza, que deleitosamente se hace con versos, no simples ni desnudos, sino adornados y vestidos de harmonía, cuya naturaleza se une por estremo bien con la música y baile, ya narrando simplemente, ya introduciendo á que otro hable, ya observando uno y otro modo, para que con igualdad produzcan deleite y aprovechamiento. Son las partes esenciales del mélico, fábula, digresión, afectos, sentimientos y palabras. Varias son sus especies en todas lenguas. En la vulgar abraza todo género de composición: versos sueltos, ligados, en sonetos, canciones, liras, otavas, tercetos, décimas, romances, ovillejos, sextinas, redondillas y otros. En general, consta toda la mejor de alteza de concetos y elegancia de palabras, de buena colocación, sonantes, dignas y graves, imitando antes de la publicación de todas la calidad del buey, que pace, rumia y lame; esto es, que no salgan abortivas, sino más y más premeditadas. Sobre las materias y formas poéticas, que son de muchos géneros, había mucho que decir, y asimismo las partes y artificios de cualquiera composición; mas será forzoso cortar el hilo, bastando por ahora lo apuntado.

DON LUIS. Casi todo lo más que explicastes se queda por descifrar para mí. Breve mapa ha sido; mas comprehensor de grandes cosas en razón de lo propuesto. Ignoraba hubiese en el mundo términos semejantes, ni arte rigurosa que enseñase poesía. En la fuerza de mi inclinación seguía sólo la lumbre natural, con que me parecía haber llegado á lo sumo de cuanto había que aprender. Según las ocasiones, tomaba la pluma y escribía, soneto, décimas ó romance, procurando expresar mi sentimiento de modo que me entendiesen. En teniendo á la or-

den mi conceto, como me salía de la imaginación, y certeza de que no había de quedar por consonante, respeto de tener un libro dellos, llevaba adelante mi obra con gran confianza y satisfación. Ahora reconozco eran aquéllos partos de ingenio niño, sin ornamento, sin gala, sin luz de poesía.

DOCTOR. Son pocos los que alcanzan semejante noticia. Da lástima ver tanto ingenio ocupado en versificar, sin entender lo que traen entre manos. Poetas hay de á sesenta y setenta años, tan idiotas como presumidos, hechos toda la vida unos Rodríguez, unos Hernández, unos escuderazos viejos de las Musas, sin más capacidad en los fines que en los principios. Ponen todo su caudal en ciertos fragmentos desabridos y fantásticos. Falta á los más talento para emprender obra seguida, donde se pudiese descubrir el caudal de ciencia y arte. La caterva mayor es la de los mozalbetes, tan enamorados de sus ingenios, que á la segunda composición piensan de sí no faltarles ya más tierra que descubrir, por parecerles haber sido los Colones de cuantas Indias, de cuantas riquezas poéticas se pueden imaginar. Esta gente es peligrosa mucho, porque sólo comunican sus versos, no para desengaño, sino para ostentación; y así, se debe huir con todo cuidado.

DON LUIS. Pues si, como decís, apenas hay en la lengua castellana arte por donde los ciegos en esta facultad puedan cobrar vista, escusados se hallan si sus obras no salen con la perfeción que se desea. Trabajo agradecido fuera el que se tomara sobre este asunto, y aun, si he de decir lo que siento, quizá no desigual á vuestros hombros, pues en tan corto discurso ceñistes tanta sustancia, tanto esencial.

DOCTOR. Es muy digno de temer no atierre tan grave peso el vigor más gallardo. Sacar al teatro del mundo para siempre hijos llenos de propio amor y ardor no resfriado podría intentarlo solamente quien del todo hubiese perdido el miedo á las menguas de honor.

MAESTRO. Tales cobardías suelen ser dañosísimas á la patria, pues deja de gozar por ellas los frutos de inumerables ingenios. Servíos de que no enfrene vuestra voluntad, si la tenéis, semejante recelo. Ocupad los ratos del ocio (casi como por alivio de más graves estudios) en hacer este beneficio á los que por falta de latinidad es forzoso procedan á escuras.

DOCTOR. Presto se podrá levantar tal edificio, por haber días que tengo recogidos los materiales. Así, pues me infundís

ánimo, pienso dar en breve á la emprenta una *Poética Española*, que, por lo menos, saldrá con buenos deseos de acertar.

DON LUIS. Confuso me tiene tanta modestia. Obras acertadas serán las que publicáredes; que no deseos. Contraria de la vuestra es mi condición. Jamás querría los hombres tan humildes y que profesasen tan exquisita sumisión. Dos cosas no aparto de la memoria, en que tengo depositado mi gusto: componer un libro y hacer una comedia. Á uno y otro me apliqué muchas veces, y todas me quedé atrás, sin poder pasar adelante. Deseo me digáis si es posible salir con mi intento, y qué orden tengo de guardar cuando volviere á mi porfía.

DOCTOR. La posibilidad, señor don Luis, es cosa muy dilatada; mas, en rigor, ninguno da más de lo que tiene. Quien sin caudal de letras quisiere publicar libros, abrazará vana pretensión, y su deseo producirá heno, no grano. Ni sólo para la perfeción deste ministerio se requiere haber leído mucho, sino haber visto muchas ciudades y comunicado muchas gentes, por no poder suplir la teórica lo que pertenece á la prática.

DON LUIS. Riguroso estáis conmigo, y parece ponéis cuidado en oponeros á lo en que os manifiesto tengo delectación. ¿Es posible ha de ser sólo para mí difícil lo que es tan fácil para todos? ¿Por ventura hállase ya quien no tenga sobra de talento para componer muchos volúmenes, cuanto más uno? ¿Apenas hay dineros para comprar tantos como se publican todos los días, y queréis sea yo solo el inhábil, el incapaz?

DOCTOR. Decís bien; mas es de considerar no ser legítimos los más de ésos, sino bastardos: no partos buenos, sino abortos. ¿Acaso juzgaréis por verdadero capitán al que no hubiere sido soldado, por buen piloto al que nunca hubiese entrado en la mar, ó cuadraríale bien al maestro su grado si careciese de estudios? Así, pues, no merecerán nombre de libros los en que no precedieren ciencia, erudición, experiencia, moralidad y lo demás que los puede hacer perfetos.

DON LUIS. Frustrado, según eso, queda mi disinio en esta parte, y os prometo siento con demasía tan manifiesto desengaño. Perdiendo voy del todo el ánimo que había concebido en virtud de tantas osadías como acerca deste particular he visto en otros.

DOCTOR. Paso; que os soy más amigo, y no pretendo infundiros tristeza con mis palabras. La regla que oístes padece su excepción, como todas las demás. Es el caso que si con el libro

que deseáis componer pretendéis opinión de docto, erudito y versado en varias materias, cesa vuestra determinación. Mas si queréis componerle sólo por galantear con la pluma, como si dijésemos, sólo por hablar, sin quedar opinado entre sabios por científico, no sólo tendréis licencia para uno, sino para casi infinitos, porque, en fin, su número dependerá de vuestra lengua.

DON LUIS. Viváis mil años por el consuelo. Con causa provocara risa querer persuadir pueda alguno tener verdadero nombre de rico careciendo de hacienda. Ande yo impreso por las manos de las gentes, y adquiera este dulce nombre de autor, y séase con lo que fuere. Demás, que no todos los entendimientos tienen unos mismos quilates. Platos ha de haber con que se alimente el vulgo, cuyo talentazo no usa jamás la exquisita vianda de puntos sutiles. Y si bien conozco no haber felicidad que iguale á la de conseguir inmortalidad cuando llegue la muerte, en vîrtud de obras, por dignas eternamente durables, cáusame, con todo, alegría entender pueda resonar mi nombre en las bocas de muchos, de cualquier capacidad que sean.

DOCTOR. Bastantemente os habéis declarado, y sobre igual apetencia caerán bien ahora los documentos. Debéis, pues, considerar no poderse decir rigurosamente haber cosa que ya no esté dicha, ó, por lo menos, imaginada. Asentado este principio, tan importante para el discurso presente, es cierto ser lo más que pueden hacer cuantos escriben recoger lo principal que se debe contener en los tomos, para escoger después lo que pareciere venir más á propósito. Sin duda, es acto acendradísimo del entendimiento la acertada elección y buena disposición de cualquier cosa. Entremos ahora en el espacioso campo de los libros, cuyo ejército consta de diferentes escuadrones. Usurpa las fuerzas del más sutil discurso considerar la muchedumbre que se halla compuesta sobre materias varias; sobre varias, no dije bien: antes sobre unas mismas. La inmensidad que reconoce en su dominio la Jurisprudencia, ¿paréceos que puede ser numerada fácilmente? Firmísimo cimiento fué aquel de las Doce Tablas, pues tan gran máquina pudo fundarse sobre su fortaleza. Esto nace más de la ambición de los hombres que de la urgente necesidad que pueda haber de tanto volumen. No hay Indias cuya riqueza baste para tenerlos todos. Mas, si va á decir verdad, con menos puede un ingenioso lucir, acudiendo á las fuentes de uno y otro Derecho, á sus comunes glosas y clásicos expositores. Todo lo demás es, sin duda, acumular redundancias y traspalar de una

parte á otra un mismo grano. Algo más corto número es el de la facultad médica; bien que para matar á muchos basta una hoja. En los de la sagrada Teología no hay para qué meterse, siendo cierto deben, aunque muchos, ser necesarios todos para exponer mejor la sutileza de sus puntos; para confutar depravadas herejías, y cosas así. En razón de Matemáticas, particularmente Geometría, me ha causado admiración el desamparo con que vive, pues tal vez he visto catredático con dos oyentes. Merece, sin duda, el buen Euclides cualquier honra, y sus demonstraciones toda veneración; mas es infinito el número de ignorantes, y así, no es mucho menosprecie su incapacidad la sutileza de sus líneas, ángulos, cuadrángulos, etc. Pues no ha de ser vuestro asunto de alguna destas facultades, hállome indeterminado sobre cuál materia le pertenezca, y así, estoy cuidadoso hasta descubrir el rumbo por donde podáis seguir tan ardua navegación. ¿Acaso gustáis de novelas al uso?

DON LUIS. No entiendo ese término, si bien á todas tengo poca inclinación, por carecer de cantidad de versos.

DOCTOR. Por novelas al uso entiendo ciertas patrañas ó consejas propias del brasero en tiempo de frío, que, en suma, vienen á ser unas bien compuestas fábulas, unas artificiosas mentiras.

DON LUIS. Paréceme tuviera yo habilidad para mentir, ya que, fuera de ser (según dicen sus profesores) cosa por sí tan suave, es grande felicidad ayudarse de su inventiva en las ocasiones de pluma.

DOCTOR. Las novelas, tomadas con el rigor que se debe, es una composición ingeniosísima, cuyo ejemplo obliga á imitación ó escarmiento. No ha de ser simple ni desnuda, sino mañosa y vestida de sentencias, documentos y todo lo demás que puede ministrar la prudente filosofía.

DON LUIS. Pues si ha de tener semejantes requisitos, pasemos adelante; que me juzgo insuficiente para novelar.

DOCTOR. No sería malo, si por suerte os han sucedido naufragios en el discurso de vuestra vida, entregarlos á la fama, para que por boca de la posteridad se vayan publicando de gente en gente.

DON LUIS. Eso, ¿á qué propósito? Porque como quiera que de muchos infortunios es autor y causa el mismo que los padece, sólo puede servir de manifestar al mundo su imprudencia, firmando de su mano sus mocedades, escándalos y desconciertos.

DOCTOR. Decís bien; mas, con todo eso, no falta quien ha historiado sucesos suyos, dando á su corta calidad maravillosos realces y á su imaginada discreción inauditas alabanzas; que como estaba el paño en su poder, con facilidad podía aplicar la tisera por donde le guiaba el gusto.

MAESTRO. Y ¿qué fruto sacó de tan notable locura, de tan desatinada osadía?

DOCTOR. El que suele producir lo que no se forja en el crisol de la cordura: mofa, risa, mengua, escarnio.

DON LUIS. Ruégoos no padezca interpolación nuestro discurso; que es indigno estorbo ése para interrumpirle.

DOCTOR. ¡Albricias; que tengo por cierto haber hallado lo que hasta ahora busqué! Ocupaos en escribir una historia, la que mejor os pareciere. De su variedad os resultará entretenimiento; fuera de que también sacaréis no pequeña utilidad; que cuesta mucho un libro semejante, por haber de ser su volumen crecido.

DON LUIS. Líbrenos Dios: fuerza es santiguarse. ¿Yo historia? ¿Empresa tan poco ardua juzgáis la de historiar, que osáis cometerla á mi idiotismo, á mi flaqueza?

DOCTOR. Si la historia hubiera de escrebirse con los preceptos que publica el arte, no me atreviera á encargaros cuidado igual. Porque siendo así que todos los libros van enderezados á un fin, que es el de enseñanza, la más digna de todas las lecciones viene á ser la de historia, por aprovechar con la narración de públicos negocios ó particulares acciones, no comunes, sino singulares y famosas. Por eso concluyen comúnmente ser la misma testimonio de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria, maestra de la vida y mensajera de la antigüedad.

DON LUIS. ¡Como quien no dice nada! ¿Por qué camino, según eso, pudiera yo sacar á luz historia acertada, si carezco de erudición, de inteligencia y prática para narrar no solamente los hechos, sino rastrear también la razón con que se hicieron, y juntamente los consejos y motivos que pudieron intervenir en los casos? Sin esto, son menester papeles; que escribir sin comprobar antes es propio de fábula que historia.

DOCTOR. No me desagrada ese conocimiento; mas, por otra parte, réplica tiene vuestra proposición. Al cómo se puede sacar á luz historia acertada sin los requisitos de arriba y sin papeles, respondo que como la sacan otros muchos sin ellos. ¿Há-

llase cosa tan estéril como casi todas las de España, y, en particular, modernas? Parece andan buscando aposta para este fin los que menos saben, los menos graves y suficientes, los á quien presenta sólo el favor, no sus letras y capacidad. Debrían cierto los príncipes (exclama un bien entendido) favorecer á los hombres que pueden tratar con elocuencia y verdad, con prudencia y juicio, las cosas bien hechas en paz y en guerra. Así se robaran al olvido tantas hazañas de españoles, cuales nunca en sus *Décadas* y *Anales* celebraron de sus romanos los tan aceptos Livio y Tácito. Descubren los escritores estranjeros la malicia de sus ánimos para con nuestra nación, al paso que desean sepultar en silencio las proezas de tanto invencible caballero como en todas edades produjo España. Tantos Sertorios y Viriatos, tanto numantino tan prodigioso, tanto valor y lealtad saguntina, tantos reyes guerreros y fuertes sucesores de Pelayo, tantos Bernardos, Condes Fernán-González y Cides, ¿cederán por ventura á sus Marios, á sus Cipiones, á sus Césares? Pues en tiempos más modernos no han sido menos maravillosas sus hazañas en Flandes, Alemania, Francia, Italia, Africa, Indias, Oriental y Occidental, y en la misma España contra infieles, quebrantando con la fortaleza de sus brazos la soberbia de tantas naciones, por su disciplina tan formidable á todos. Deja, pues (repitiendo las palabras de un docto), la grandeza de su esfuerzo con grande intervalo inferior al de más estruendo; y así, copiosos de tantas riquezas militares, desestiman y menosprecian los atributos de bárbaros que les aplican algunos autores, procediendo todos de mordaz envidia, que, como se sabe, es dolor y tristeza que proviene y nace de ajenas glorias. Todos estos y otros muchos inconvenientes se evitaran buscándose sujetos hábiles y capaces para historiar, con que tan dignos hechos cobraran sus merecidos resplandores y el nombre perpetuo que les era debido. Burlárase también así la indignación y odio de los estraños, que apenas puede sufrir salga un pequeño rastro de sus cosas del sepulcro de tan largo olvido. Mas hállome muy apartado del primer intento; baste lo que me trasportó el amor de la patria y fuerza de la verdad.

Ya que vuestro talento no osa (y no sin prudencia) dispensar su caudal en esto, estoy indeterminable sobre lo que os pueda proponer de menos dificultad. Entiendo sería bien dictar algún volumen de cartas, juntamente con algunas advertencias y avisos de Corte. Si os agradase este empleo, se podría exagerar en

su principio cuán importante ocupación sea la que trata de informar hombres nuevos en puntos tan peligrosos, en materias tan difíciles.

Don Luis. Paréceme, con vuestra licencia, burlería y ocupación indigna de cualquier mediano discurso. Los formularios antes causan daño que provecho, por tratar á sus inclinados como á niños de escuela, á quien apenas es lícito escribir sin ejemplar. Sin esto, la necia confianza que comunican á sus poseedores produce flojedad en los ingenios más vivos, para no inquirir agudos concetos, ni las elocuentes galas de que se adornan: por eso no se debrían consentir en las repúblicas.

Doctor. Confórmome con vuestra opinión. Ahora me ocurre que si tuviérades noticia de la lengua latina, ó italiana, era fácil traducir en romance algún librito curioso, con que se viniera á conseguir vuestro intento; que, al fin, en semejantes trabajos, se lisonjea á la lengua natural con hacerle propias las buenas razones ajenas. Y aunque muchos ignorantes menosprecian esta ocupación, es, con todo, digna de cualquier honra. Según me acuerdo haber dicho en otra conversación, las traduciones, para ser acertadas, conviene se transforme el tradutor (si posible) hasta en las mismas ideas y espíritu del autor que se traduce. Débese, sobre todo, poner cuidado en la elegancia de frases, que sean propias, que tengan parentesco con las estrañas, llenas de énfasi; las palabras, escogidas y dispuestas con buen juicio, para que así se conserve el ornamento y decoro de la invención; de manera, que estas dos virtudes queden anudadas con tal temperamento, que por ningún caso pierda de su lustre y valor la obra traducida. Será casi imposible pueda jamás acertar tales versiones el bárbaro, que se halla destituído del todo de la lengua latina, importantísima, sin duda, para alcanzar y poseer las riquezas de cualquier idioma. Así se veen no pocas veces deslustrados muchos dignos autores, emprendidos, por su gran desdicha, deste género de idiotas, no menos presumidos que temerarios.

Maestro. En confirmación de lo que advertís, puedo afirmar haber visto, y ha muy poco, algunos doctos poemas vulgarizados con tantos yerros y tan grande infelicidad, que, moviendo á conmiseración con los estragos y deformidad padecida, claman y solicitan indignación contra la ignorancia y osadía de quien así se atreve á su decoro y opinión; como si en razón de

entendimiento se hallara tan superior á los demás hombres como el sol en luz al resto de las estrellas.

Don Luis. Gastáis tiempo en cosa que no me pertenece. Eso fuera á propósito al volver de Italia, de donde, ya poseída alguna noticia de la lengua, trujera conmigo un par de librillos acomodados al intento. Por ahora no poseo más que la natural, y en ésa me parece hay harto en que entender.

Maestro. Yo me suelo reir mucho de los que, sin ser únicos en la suya, profesan otras exquisitas, juzgándolos águilas en griego y gansos en castellano. El que no es singular en la de que participó en la leche, en la que ha sido compañera de sus años, en la que usa comúnmente para exprimir sus concetos, ¿qué crédito de elegante podrá pretender en la ajena, en la escura, en la no entendida? Es cosa digna de compasión ver la ceguedad de algunos, que con seis palabras puestas en la memoria y dichas sin tiempo entre ignorantes, pretenden grande opinión de eruditos, y, lo que es más, pródigo sustento, vestido y casa.

Doctor. Tened; que poco á poco vais resbalando, y caeréis sin pensar en alguna murmuración. Tanta inquisición se puede hacer sobre este particular, que se venga á descubrir el tesoro que buscamos. ¿Por ventura tenéis cantidad de poesías hechas á diferentes sujetos, cuando duraba la correspondencia de vuestra dama?

Don Luis. Sí tengo, y no pocas ni mal trabajadas, aunque las he cobrado notable desamor, por ser claras y fáciles, después que llegó á mi noticia ser de ingeniosos escurecer los concetos y mezclar por las composiciones palabras desusadas y traídas del latín á nuestro vulgar.

Doctor. Vivís engañado en ambas cosas. No deben ser (enseña un docto moderno) los versos revueltos ni forzados; mas llanos, abiertos y corrientes, que no hagan dificultad á la inteligencia, si no es por historia ó fábula. Con esta claridad suave, con esta limpieza, tersura y elegancia, con la fuerza de sentencias y afectos, se debe juntar la alteza del estilo. Mas, sobre todo, sin la claridad no puede la poesía mostrar su grandeza; porque donde no hay claridad no hay luz de entendimiento, y donde faltan estos dos medios no se puede conocer ni entender cosa. Y el poema que siendo claro tendría grandeza, careciendo de claridad es áspero y difícil. Con estas palabras, cuanto á la lengua, de bien grave autor, quedaran, á mi ver, con-

vencidos (permítase impugne esta novedad su primer autor, si bien lucidísimo ingenio en nuestro vulgar) los que siguen secta contraria, publicando bernardinas y haciendo burla de los á cuyas manos llegan. Sin duda, se levanta en España nueva torre de Babel, pues comienza á reinar tanto la confusión entre los arquitectos y peones de la pluma. No sirve el hablar de encubrir ó poner en tinieblas los concetos, sino de descubrirlos y declararlos. Merlín Cocayo, donosísimo poeta, aludiendo en su Macarronea á este lenguaje infernal, introduce á un demonio hablando, sin poder ser entendido, desta manera:

Drum Cararontardus, tragaron granbeira detronde.

El Dante, por el consiguiente, varón doctísimo, hace en su obra que Lucifer, admirado de ver en su región hombres en carne y hueso, exclame diabólicamente:

Pape Satán, Pape Satán, Alepe.

Mienten, según los presentes dogmas, los preceptos retóricos en excluir de la oración demasiadas metáforas, como opuestas derechamente á la gala natural del decir. Pena es de sentido, como la de las almas, atormentar con la difícil construción de los períodos. No se debe cargar un vestido, aunque sea de joyas; que saldrá pesado. Bien hayan los autores antiguos Virgilio, Homero, y los demás épicos y líricos; que, con ser tan elegantes, les tocó la dignidad de clarísimos, como á patricios venecianos.

Falta ahora responder á lo de las palabras desusadas, peregrinas y nuevas. Las desusadas (prosiguiendo los preceptos del mismo moderno), desecha por antiguas al común uso de hablar, si bien tal vez redunda en gala ingeniosa el usarlas. Peregrinas son las que se toman de estraño lenguaje, de quien sólo será lícito valerse cuando en el natural faltaren vocablos con que poderse exprimir bien los pensamientos del ánimo. Así se han ido poco á poco convirtiendo en propios muchos meramente latinos, como *repulsa, idóneo, lustro*, *prole*, *posteridad, astro*, y otras sin número. Del arábigo hay también muchos, y muchos habrá asimismo del griego, como sabrán sus profesores, en particular nombres propios, *Decamerón, Filocopo, Cimón, Dio-*

neo, Pánfilo, Filostrato, Filomena, Emilia, Neyfile, Elisa, etc. Por manera que es lícito (dice el mismo autor) á los escritores de una lengua valerse de las voces de otra. Concédeseles usar con libertad prudente las forasteras y admitir las que no se han escrito antes, las nuevas, las nuevamente fingidas, y las figuras del decir, pasándolas de una lengua á otra; que así se da más gracia á lo compuesto, se hace más agradable, más apartado del hablar común, y se deleitan más bien los que leen. Síguese (va prosiguiendo) que quien hubiere alcanzado con estudio y arte tanto juicio, que pueda discernir si la voz es propia y dulce al sonido, ó extraña y áspera, puede y tiene licencia para componer vocablos y enriquecer la lengua de palabras limpias, significantes, magníficas, numerosas. El orador difiere mucho del poeta en el lenguaje; ni tratan unas mismas cosas. La Poesía es abundantísima, sola, sin sujeción, y maravillosamente idónea en el ministerio de la lengua y copia de palabras para explicar concetos. Las riquezas que posee nunca se acaban ni deshacen; antes con inmensa fertilidad crecen y se renuevan perpetuamente.

DON LUIS. Consolado me deja respuesta semejante, de quien infiero no haber perdido mis versos alguna cosa por claros y suaves, y que por ningún modo me era lícito afectar escuridad en ellos. Cuanto á las palabras, de las comunes elijo las más dignas y convenientes para exornación de mis poemas. Procuro sea buena su colocación, inquiriendo con cuidado las que echo menos para la acertada expresión de los concetos.

DOCTOR. Buen camino es ése: no dejéis de seguirle en las ocasiones; que es lo demás frusleria, yerro y novedad viciosa, digna de ser evitada.

Supuesto, pues, que os halláis con cantidad de fragmentos poéticos, carece de cualquier dificultad el juntarlos en un volumen y entregarlos á la estampa con título de obras sueltas. Un riesgo sólo corre esta determinación, y es que los superiores conceden de mala gana licencia para la impresión destos libros, y, si va á decir verdad, muévense con justísima causa, por haberse publicado algunos merecedores de hoguera. De suerte que, cuanto á rimas sueltas, solamente las de Garcilaso y Camoes merecen en España aplauso y estimación; las demás, menosprecio y olvido, por flojas, por humildes en pensamientos y elocución.

DON LUIS. Hacéis notable agravio á muchos *Poetas ilus-*

tres que andan recogidos en un tomo, donde he oído decir se hallan algunas buenas composiciones.

DOCTOR. Habíaseme olvidado ese librillo. Juzguéle por lo que leí, que fué poco, mies en parva: paja y grano. Muchas cosas por madurar, pocas valientes. Quisiera yo fueran los términos de decir poéticos, selectos, nerviosos, de gran pompa y aparato; que lo demás no viene á ser poesía, sino prosa trabada. Cáusame á este propósito crecida admiración la crasa ignorancia que se profesa generalmente. Por un soneto flojo, por un romance sin ornato, sin gala, piensa cualquiera haber llegado á la cumbre de la más alta sabiduría y al colmo de todo crédito y opinión. Semejantes deslumbramientos proceden de propia satisfación (que es el mayor daño), y de no leer ni escuchar, medios eficacísimos para deprender. Da gusto ver cómo se llega un poetico novel á lo falso á lo satisfecho, con alguna composición ó papel; que así llaman modernamente á los asumptos en verso. Y después de haber metido su ponzoña en el cuerpo de quien se le oye, si le advierte algo, queda declarado para siempre por su enemigo. Tan enamorado está de su ingenio, que le parece caso imposible el poder errar. Así presume nació la censura más de invidia que de buena intención y sano conocimiento. Los que del todo se hallan desahuciados de cobrar salud son los poetas señores, porque como quiera que en la comunicación de sus partos han de intervenir forzosamente engaño y lisonja, quedan llenos de trampantojos y ceguedad. Fuera de que, como jamás están enseñados á oir cosa que les dé pesadumbre, el advertimiento entre ellos es tenido por injuria y temeridad. Mas volvamos á cobrar el hilo de lo que íbamos diciendo.

Paréceme, pues, habrá dificultad en alcanzar licencia para la impresión, y que, según esto, sería menester valerse de industria con que se venciese este obstáculo. Convendría erigirle algún frontispicio pomposo, algún nombre abultado, ejemplar y atractivo. Si el libro fuera de latín, fácil fuera buscarle un título griego, como se usa; que, en fin, admiramos lo que no entendemos; respeto de ser vulgar, no me ocurre fácilmente cosa á propósito. ¿Acaso sería bueno *Flores de la edad*? Mas no, que muchas flores no dan fruto. Casi me cuadra el de *Musas de Manzanares*, si bien esto de *musa* y *ninfa* suele ser atributo de moza de paños menores. ¡Válgame el cielo! ¿No he de acertar con uno...? Sin pensar se vino á la memoria. Es excelente el de *Engaños y desengaños de amor.*

DON LUIS. Por vida mía, que no le podía pedir más significante el deseo. Con el principio de mis amores dice admirablemente su primera parte; la última, con los fines.

DOCTOR. No tenemos, pues, hecho poco. Resta ahora interpolar los versos con algunas prosas, que sirva sólo de explicar las ocasiones en que se hicieron. Con esta mezcla, con este entreverado se disimula no poco aquella mala calidad de *Rimas* solas, y se da motivo á facilitar la licencia.

DON LUIS. ¡Aquí de Dios! ¿Tan gran delito es la poesía, que conviene profesarla con máscara?

MAESTRO. Hállanse en los poetas griegos y latinos abismos de sentencias, habiendo cantado todo género de cosas. Platón los alaba y aprueba en el libro de sus leyes. Alcibiades exclamó contra un maestro que carecía de las *Ilíadas* de Homero, afirmando no podía saber ni enseñar bien quien las soltaba de la mano. Ninguno de los reyes y emperadores antiguos dejó de acompañarse con algún poeta. Fué venerado Anacreonte de Polícrates, rey de Samios; Accio, de Bruto; Enio, de Cipión Africano, á quien hizo estatua; Andrónico fué ayo y maestro de los hijos de Livio Salinator; Virgilio y Horacio recibieron grandes favores de Augusto; sin otros muchos héroes que estimaron sumamente ser celebrados de cualesquier poetas.

DOCTOR. Así como en esta edad no se hallan tan floridos ingenios como en aquélla, así también se han ido resfriando los favores, convirtiéndose en odio el amor. Los príncipes deste siglo, después que dejan de hacer obras dignas de loa, estiman poco sus alabanzas. Mas no es justo ofenda esta generalidad á muchos señores que se precian de hacer grandes honras á virtud y letras. ¿Cuándo se vió tan agasajada la Poesía? ¿Cuándo ceñida de tanto banquete, premio y honor como en estos tiempos? No pocos titulares, sin otra intercesión más que la de medianos versos, recibieron en sus casas hombres que los hacían, estimándolos, enriqueciéndolos, y, lo que es más, sufriendo sus muchas impertinencias, sus muchos desacatos y descuidos, indignos de cortesía y tolerancia. En suma, tenéis ya vuestro libro en astillero; paréceme que en razón desta dificultad ya no me habréis menester.

DON LUIS. ¿Cómo no? Aún falta mucho en que de necesidad me haya de valer vuestro buen discurso. No obstante que tengo legajos de poesías atrasadas, dulces despojos de mi pasión amorosa, ignoro si serán todos dignos de publicación, y si de

los escogidos se podrá juntar cantidad bastante á formar un libro de justo cuerpo.

DOCTOR. ¿Eso os daba cuidado? Perdedle desde luego; que el remedio es fácil y á pedir de boca. Los libros que se componen de varios centones no inducen obligación de ser pequeños ó grandes, puesto que está en mano del autor medir su fin con su gusto, y así, cesa la dificultad del cuánto. Al corto caudal de propias poesías podéis aplicar el suplemento de las ajenas, con que os hallaréis por estremo aliviado. El daño consistiera sólo en que vuestro libro fuera como información de letrado: nada propio, todo ajeno; mas habiendo mucho de casa, ¿qué importa pedir al vecino algo prestado para lucir en semejante fiesta?

DON LUIS. Bien estoy con eso; pero los que leyeren la obra, ¿no llamarán hurtos á esos socorros? ¿No juzgarán pobre ingenio el del autor? ¿No darán título de descaramiento á su necesidad?

DOCTOR. No sois bueno para palacio: sois demasiado vergonzoso y circunspecto. Cuanto al robo, ningún alguacil os hará causa por él. A la pobreza de ingenio disculpa la remisión; porque está claro se forjarán cien mil versos en el crisol que se forjan ciento. Tengo por fruslería la nota de descarado. Es campo espaciosísimo el de la murmuración, y aunque componga el libro, iba á decir, una inteligencia celeste, no han de faltar achaques á la invidia, á la mala intención, para batir los dientes y morderle, por más humildad que se muestre en el prólogo. Todos cuantos escriben en todo género de facultades son cornejas vestidas de ajenas plumas. Publícase la obra; vanse los ojos á lo menos bueno, y murmúralo la lengua. Son otros linces de aprovechamientos; que así se llaman hoy los hurtos. Pasan algunos días, y, al cabo, el preso se da por libre; olvídase todo, y, por lo menos, el autor engorda con las maldiciones y dineros que sacó del trabajo. Es cierto no habrá quien ose apuntar cara á cara cosa que os disguste, si ya no quiere probar la suya el rigor de vuestra mano. Según esto, cuando en ausencia se pronuncien baldones, se esparzan injurias, ¿de qué importancia será para daros pesadumbre, si lleva el viento cuanto entonces forma la lengua? ¿Por ventura, como se dice comúnmente, puédense poner puertas al campo? Basta que es de gozques ruines roer talones, y de ánimos viles herir á espalda vuelta, y esto hácenlo sólo poetillas jacarandinos, vinolentos y juglares.

DON LUIS. Dios os consuele en vuestras melancolías. Vuelto me habéis el alma al cuerpo. Inviolable ley será para mí tan próvida advertencia. Pienso hacer muchos insertos en el jardín de mi librillo; que no suelen ser los que rinden fruta menos sabrosa. Por lo menos, me agradecerán el contexto, el estilo, y, juntamente, haber plantado en mi viña sarmientos de buena ley, aunque ajenos. A mi ver, con los requisitos apuntados y con la cantidad de varias poesías que escribirán los amigos honrándome, y abonando el libro, participará, sin duda, de toda perfeción.

DOCTOR. ¿También vos pretendéis incurrir en el vicio de soneticos mendigados? Ligereza notable, absurdo terrible. Descúbrese indignísimo de cualquier mínimo loor quien, aspirando á él con ansia, le procura con incesable solicitud, con fomentada importunidad. Claro es habrá de publicar la lengua del muchas veces rogado lo que por ningún modo siente el corazón. Así, es justo llamar invectivas afrentosas y sátiras mordaces semejantes abonos, debiéndose entender siempre al revés de lo que suenan. Si la obra es mala, millones de sonetos en su alabanza no la hacen buena; y, al contrario, si está bien escrita, no ha menester para adquirir el aplauso ajenos puntales. Bestial estratagema, ridícula presunción querer el material, el idiota, el incapaz, conseguir nombre de discreto, de docto, con un centenar de bernardinas que pega en el frontispicio de alguna obrilla del todo indocta, insulsa y lega.

DON LUIS. Sóbraos la razón en cuanto decís. Sin duda me quería despeñar. No pondré en el primer pliego ni una redondilla.

DOCTOR. Resta saber qué tenemos de dirección. ¿Hállase ya elegido personaje á cuyo amparo le podáis cometer? ¿Ha de ser de los grandazos? ¿Rey, príncipe, duque, ó punto menos, como sería marqués, conde, barón, etc.?

DON LUIS. En esto me ha sucedido una estrema calamidad. Como ha días que me acompaña este intento, había tenido lugar de poner los ojos en un insigne defensor, en un admirable Mecenas, tan famoso por su persona, que ninguno le igualaba en el mundo. Mas en medio de mis mayores esperanzas, quiso el cielo llevársele, dejándome huérfano de su protección; pérdida que me llegó al alma.

DOCTOR. De notable consideración debía ser el que con su falta os provocó á tan gran sentimiento. No viene á ser corto

azar para la obra haberle perdido; mas sírvaos de consuelo quedar en varias provincias otros muchos, dignísimos de patrocinar cualesquier escritos.

DON LUIS. No como aquél, cuya singularidad apenas puede segunda vez ser imitada de la naturaleza.

MAESTRO. Extravagante encarecimiento. Sepamos quién era, por vuestra vida; no deis lugar á que nos cause pena la suspensión de ignorar su nombre.

DON LUIS. El enanillo Bonamí.

DOCTOR. ¿Qué decís? ¿Aquel átomo de criatura, aquella vislumbre de niño?

DON LUIS. Ese propio. ¿Por ventura paréceos erraba en la elección? ¿Acaso pudiera salir más acertada, si la estuviera meditando un siglo?

DOCTOR. Sin duda habéis perdido el entendimiento. ¿Decís eso de veras? ¿Decíslo con todos vuestros siete sentidos, como dijo un docto moderno?

DON LUIS. Con siete y setecientos, si tantos tuviera; y ojalá no hubiera muerto; que sin falta lo viérades puesto en ejecución.

MAESTRO. Pues ¿qué os movía para intentar novedad semejante, y aun estoy por decir tan inaudito escándalo?

DON LUIS. Habéis preguntado bien; yo lo diré, y pienso os dejaré satisfecho. No se me puede negar era el dueño escogido en razón de insigne cuanto podía pintar el deseo, pues dejaba atónito á quien miraba la notable proporción de tan pequeño individuo, por quien, como sabemos, era estimado de las personas reales. Cuanto al patrocinio de mi volumen, lo mismo importaba ser pigmeo que gigante, puesto que no había de tomar (como ninguno las toma) armas y pelear en defensa del ahijado, cuyas heridas era forzoso fuesen de antuvión; y no hay quien pueda estar prevenido para evitar una traición improvisa, para evadir un asasinio impensado. Síguese el disinio de remuneración, que, sin duda, había de ser grandísima. Fundábase igual consideración en el común estilo del mundo, que andando en todas sus cosas al revés, así como en él tienen por costumbre los mayores estrecharse, así también era justo entender se habían de ensanchar los más chicos. Y de quien anhela por extensión de nombre, si no de cuerpo, ¿qué liberalidades no se pueden prometer? ¿Qué magnificencias no se pueden esperar? Fuera de que, cuanto á favor, con un granillo

de mostaza, que es lo mismo que una palabrilla de las suyas, dicha entre los magnates de arriba, me pudiera hacer no sólo alférez ó capitán, mas, con seguridad, maese de campo, ó general de algún grueso ejército. ¿Qué os parece del fundamento de mi intención? ¿Corría bien el discurso? ¿Podía ser contrastado de contrarias razones?

DOCTOR. No, por cierto, si ya no es lícito decir era posible heredase la puntualidad del premiaros y el cuidado de vuestro aumento sujeto de mayor estatura, que, memorioso de su obligación, la pusiese por obra en las ocasiones, puesto que entonces la dedicatoria saliera con mayor dignidad y reputación.

DON LUIS. ¿Hállase en toda la redondez de la tierra quien sepa ni quiera hacer lo que decís? Así se tragan los más poderosos, los más encumbrados, direcciones literarias como avestruces hierros, imaginando califican los asumptos más doctos, los desvelos más eruditos, con permitir á sus arquitectos pongan sus nombres y armas en la portada de la primer hoja.

DOCTOR. Gentil vanidad, por cierto. ¿Qué interés resulta al libro de tan inútil ostentación, de humo tan desvanecido? El antiguo Mecenas, de cuya liberalidad y virtud tomaron apellido los venideros, no sólo alimentaba generosamente con su hacienda los sujetos ingeniosos, sino que también socorría con su favor sus pretensiones, representando á César (de quien era valido) su talento y partes, con que los beneméritos conseguían premios debidos. Ahora juzga el más dadivoso cumple y satisface con cualquier corta miseria, y ésa, dada por una vez, al que con su capacidad deja por muchos siglos dilatada su memoria, comunicando al nombre (parte mortal, que tan presto fenece y se olvida) el glorioso título de inmortalidad.

DON LUIS. En suma, para evitar los inconvenientes de tan depravada costumbre, si con un bostezo de la Parca no se hubiera desaparecido el singularísimo Bonamí, yo había hallado, con elegirle por dueño, el derecho camino de valer y medrar. Sentí, sobre todo, faltase sin tener noticia de la dedicatoria, que, como miembro separado del libro (si bien, cuanto á interés, el más importante), la tenía ya ponderada y aun escrita, si no en limpio, por lo menos en borrador.

MAESTRO. Anticipación donosa. Comunicalda, así viváis, si os acordáis della.

DON LUIS. Dice:

"*Al setentrional Bonamí, príncipe de enanos, pensamiento*

visible, burla del sexo viril, melindrillo de naturaleza, ínclito poseedor de quantos títulos, atributos y epítetos se pueden aplicar á la más única pequeñez.

,,Acetando este don y premiando con liberalidad los deseos de quien le ofrece, no obstante sea micosía de cuerpo tan abreviado, se hará, por extensión de nombre, el mayor de la tierra. Nuestro Señor, etc.,,

DOCTOR. Disparate ridículo. Por lo menos, es bien concisa la carta y no menos nueva la cortesía con que le tratáis. ¿Qué os movía á no llamarle *excelencia, señoría,* ó *merced,* sino *micosía?*

DON LUIS. Cuanto á la brevedad, fué mi intento dirigir sólo un renglón á cada uno de los cuatro cuartillos de su brioso corpezuelo. Representábale en todos no más que la obligación en que le ponía con esta acción, siendo, por otra parte, cosa cansadísima la ignorancia y prolijidad con que proceden en las direcciones algunos asnazos cargados de letras, moliendo con exordios de lisonjas y pudriendo con encomios de linajes. El estilo de crianza fué acomodado con la disposición del sujeto, cuya figura, asimilándose tanto á la de un mico, *micosía* solamente era justo llamarle, y no de otra suerte, como de *señor, señoría,* de *excelente, excelencia.*

DOCTOR. No me desagrada el derivado; aunque, si este punto se pondera como se debe, los modos más cortesanos, los términos de más aparato y las palabras de mayor tronido con que en las cortes se veneran y ensalzan los gigantones de las riquezas, los sátrapas del imperio, no son más que varias ceremonias, aparentes fantasmas, engañosas tropelias. Confirma esta verdad también el uso de otras provincias, en particular, de Italia, donde al médico llaman *excelencia* y *señoría* al zapatero.

DON LUIS. Quedo ahora deseosísimo de saber quién os industrió, ó por qué camino aprendistes, el modo de escribir que me enseñastes, tan á lo artificioso, tan á lo poltrón, que cierto parece os pudiera hacer versado con tanto estremo la experiencia sola.

DOCTOR. ¿A quién, sino á ella, maestra de todo, pudiera yo atribuir el blasón de tan cómodo alumbramiento? Prática viene á ser en mí lo que al presente es teoría en vos. Años ha que hallándome bien descuidado de ocupar la pluma, ó porque me juzgase insuficiente, ó porque otros cuidados tuviesen con

violencia oprimidos talento y gusto, se me apareció cierto personaje tributario de Amor. Traíale indecible impulso de que se celebrase la hermosura y constancia de su querida en algún libro serrano ó pastoril, como el de *Galatea* ó *Arcadia*. Aunque con alguna modestia excluí su deseo, pródigas cortesías de ofertas y palabras facilitaron el sí y dispusieron la voluntad. La dificultad consistía en la presteza; que fuese bueno y en breve: mirad cómo podía ser. Con todo, me ofrecí, y, comenzando, apenas en un día daba entera perfeción á dos planas; tan niño y torpe me hallaba en aquel género de escribir. Era sobrestante de la obra el mismo interesado. Pudríase y pudríame: él, con mi detención; y yo, con su celeridad. Moríame por hallar en tan largo y difícil camino algún atajo, sobre que de contino tenía ocupados los nervios de la imaginación. Ponderé convenía, para subir presto á parte alta, si no se permitía dilación para labrar una sola escalera, enlazar unas con otras, hasta la cantidad necesaria. Este símil fué puerto de mi borrasca; fué norte de mi navegación. Volaba desde allí adelante; mas era prestándome algunos sus alas. Cuanto á lo primero, entablé á mi placer los versos que tenía represados, que no eran pocos. Hacíales la cama con ciertas prositas ocasionadas; y tantos granos junté, que vine á perficionar el deseado montón. Apenas nacido, le repudié con ira, tratándole como adulterino. Al despedirle de casa, considerando sus yerros, por falta de castigación, "allá, dije, vayas para no volver: á poco dinero poca salud,,.

DON LUIS. Notable caso, y ajustado por estremo con la lición que me distes. Por lo menos, se publicó, y consiguió el amante el intento de alabar las partes de la que adoraba.

DOCTOR. Pues es de considerar que, sin haberla visto ni comunicado, le di título de hermosísima, de sumamente discreta y á maravilla constante.

MAESTRO. Servicio fué no pequeño: ¿acaso súpolo estimar esa dama?

DOCTOR.

Con muda lengua y apretado puño.

DON LUIS. Agradecimiento en rima. Cierto que produce indignación haya escaseza hasta de palabras donde las obras son tan merecidas. Razón era considerase lo poco que se puede hallar obligada para la harmonía de cualquier loor esfera que no

es movida con inteligencia de oro. La más esenta libertad de ánimo avasalla una voluntad agradecida.

DOCTOR. El yerro más evidente en que incurren por instantes los á quien noble sangre y riqueza dieron algún grado en la patria, es imaginar se les debe sólo por sí cualquier tributo de honor, cualquier ofrenda de loa. El gañán más rústico viene á ser en su casa un cortesano, un conde; y más cuando su fatiga y sudor es mayordomo y despensero de su casa y mesa. Felicísimo quien huye de perspectivas importunas, todo humo, todo hinchazón, sombra todo.

MAESTRO. No sé si discurrís con alguna pasión. En el cielo de la patria son, si el Rey sol, lucientes estrellas los titulares, ricos, poderosos, y con su autoridad y la de sus amigos, aunque hombres, casi dioses para el menesteroso y desvalido, que á la sombra de sus alas vive y respira. Alimentados con abundancia, desdeñan la escaseza en los socorros, siempre generosos, si los hacen. En suma, no hay valer sin su amparo, ni librarse de infortunio sin su favor. Todo es miseria lo que no es palacio. Allí campea la gala, sobra el regalo, luce la discreción y se consigue el colmo de toda felicidad.

DOCTOR. Demasiadamente os descubrís hijo del siglo. ¿Vos sois el filósofo? ¿Eso aconsejan tantos sabios antiguos? ¡Oh bienes incomparables los de la vida particular! ¡De cuánta quietud gozan tus profesores! ¡De cuán preciosa libertad, lejos de ambiciones, libres de envidias!

MAESTRO. Singular sois y estraño en vuestras opiniones. ¿No es el hombre animal sociable? ¿No es necesario en el mundo el concurso y comunicación de muchos? ¿Han de vagar todos por desiertos? ¿Todo ha de ser retraimiento?

DOCTOR. No, por cierto; que no se conservarían bien las gentes en esa forma; mas tengo por suma felicidad el no hallarse necesitado á la prolija asistencia del señor. Grande bien es vivir para sí, teniendo lo bastante para vivir.

MAESTRO. El cuerpo de la república tiene necesidad de todos sus miembros, como el individuo del hombre de los suyos, dependientes unos de otros en ministerio y obediencia.

DOCTOR. Muchos hay, y aun conozco alguno, libre de cuidados, ceñido de comodidades: mujer discreta y amorosa, regaladora y limpia; grande aseo en la casa, con alhajas lucidas; poca familia, mas bien tratada; mucho concierto en todo, sin que falte cuando menester para la fiesta, así de campo como de

toros, para el banquete y honesta gala. No conoce al poderoso, ni le suspende la máquina del palacio; sin pleitos, sin tráfagos; amado de parientes, visitado de amigos.

DON LUIS. ¡Válgame Dios con tanta comodidad! ¿Dónde os olvidastes el caballo, el coche, la silla ó litera, que sólo eso pudiera echar menos el tenedor de tanto gusto, el ministro de tanta puntualidad? Lástima es no participase un poco de adversa fortuna; que no estima tanto el reposo y seguridad de la paz quien no ha pasado primero por la inquietud y trances de la guerra. No falta quien diga ser cierta señal de precito el suceder todo dichosamente.

ISIDRO. Sea lo que fuere: tener, á toda ley; que hasta el cielo padece fuerza, pudiéndose comprar con buenas obras. Parecióme singular sobremanera un epitafio visto en un lugar pequeño sobre una sepultura, en confirmación de la vida que el Doctor alaba. Refería la de un aldeano, con la narración más elegante y sucinta que hasta hoy vi.

MAESTRO. ¿Tendréisle por ventura en la memoria?

ISIDRO. Entiendo que sí: dalde atención; que dice deste modo:

Yace aquí Juan Labrador,
Que para siempre el Rey vido,
Ni menos sirvió á señor,
Ni en toda su vida ha sido
Testigo, reo ni actor.
En fin, con su igual casó,
Tuvo hijos, que gozó,
Y varios bienes asaz;
Con su mujer vivió en paz;
Como cristiano murió.

MAESTRO. Fénix entre hombres se podía intitular ése. Primísimo es el dibujo. ¿Es posible concurriesen en un sujeto tantos instrumentos de ventura, tantos requisitos de felicidad: no ver la Corte, no servir, librarse de tribunales, casar igualmente, tener hijos, gozarlos con riquezas, y, lo que es más, vivir en paz con su mujer?

DOCTOR. Aún más: que si es lícito valerse de presunciones, al cielo se fué ese exquisito labrador. Porque si el que bien

vive muere bien, en la consonancia de uno y otro, no hay que dificultar la salvación. Mas cese disgresión tan larga y volvamos á lo del libro. Digo, pues, me holgara mucho desistiérades de semejante intento, por los muchos inconvenientes que suelen resultar de seguirle, cuanto á censuras y grescas, nacidas, ya de impugnar, ya de patrocinar los escritos. Mas si, con todo, quisiéredes perseverar en él, sería de opinión no dilatásedes mucho el poner manos en la obra. Entre las edades del hombre, es para escribir más capaz la varonil. Hállanse entonces las potencias dispuestas con más igualdad, los sentidos más perspicaces, más sutil la imaginativa y toda la harmonía corporal más apta para cualquier empresa y ocupación.

DON LUIS. Contraria opinión tenía, movido no de pocos ejemplos. Muchos libros he leído donde procuran sus autores hacer particular conmemoración de sus verdes años. Muévense, según imagino, con dos intentos: con el de que pasen con menos culpa los yerros cometidos por defeto de edad, y para que se colija lo que se puede esperar de su talento en la más nerviosa y aprovechada.

DOCTOR. Ambos disinios se fundan en gentil disparate. Cuanto á lo primero, los bien entendidos culpan, en lugar de disculpar, á los que, confundiendo los tiempos, en vez de pretender ser dicípulos, se jatan ya de maestros. Y así como es temeridad trazar palacios sin conocimiento de arquitectura, así viene á ser imprudencia y vituperio querer levantar edificio de letras el falto de dotrina y experiencia. Fuera de que corre riesgo de usurpador de ajenos bienes el que anticipa frutos á flores. Hállanse algunos que muertos, no por ser, sino por parecer eruditos, casi en años de mantillas arrojaron al conspecto del mundo partos (sean de comentos, ó cualesquier otras misceláneas) desiguales sumamente á lo que se podía esperar de su corta suficiencia. Con esta petulancia, con esta inadvertencia, dan motivo para ponderar menudamente la posibilidad de aquel imposible; y tanto inquieren los curiosos, que vienen á descubrir el bajío, á manifestar el robo, junto con el sujeto en cuya hacienda se cometió. Tal dicípulo se vió, que con inaudita desvergüenza convirtió en carne y sangre los honrosos sudores de su maestro, apropiándose sus fatigas y ornándose de sus galas. Mas salió vano todo su artificio; pues entre jueces desapasionados sirvió semejante título no más que de oprobrio. Esto, cuanto á la poca edad. Al otro será superfluo responder, puesto que

sólo se hace juicio de lo presente, sin estender la consideración á lo venidero. También hay muchos que se inhabilitan al paso que se envejecen, como gámbaros de Italia, cuya condición es caminar hacia atrás, en vez de ir adelante. Ingenio hemos conocido que al cabo de cuarenta años de versificador cómico, vino á quedar empeorado, errando arreo afrentosamente, no sola una, sino diez comedias. En suma, terminando esta materia, soy de parecer ser más conveniente para el acierto de cualquier obra libre el autor su disposición más en los nervios y madurez del entendimiento que en las vislumbres y osadía de la agudeza. Colijo por lo que leí ser peligrosos mucho, y de no poca sospecha en la Fe, los tratados de algunos humanistas setentrionales y ultramontanos, que, á manera de linces ó águilas, pretenden mirar las cosas con ojos que penetren lo más íntimo de los corazones y vean lo más escondido de los tiempos. Al fin, deslumbrados, se despeñan en sentidos discrepantes de la piedad cristiana, y no conformes al intento de la santa Iglesia, árbitra, rectora y juez de institutos de religión y de proposiciones católicas. Por tanto, es grande la vigilancia que para expurgarlos hace poner el tribunal de la santa Inquisición, hacha encendida de la Fe contra la herética pravedad.

MAESTRO. Los impresos en España bien seguros están de semejante nota, por el rigor con que los tratan varias censuras. Debríase, pues, aplicar remedio á la entrada de libros estraños, de quien nace cualquier daño y abuso.

DOCTOR. Si se alentaran los libreros españoles y se diera cumplido favor á las emprentas, en ninguna parte de Europa se hicieran impresiones de menos erratas, ni más lucidas. Así se escusaran las venidas de estranjeros, que, codiciosos sobremanera, introducen cuantos libros les piden, sean ó no prohibidos; con que se seguiría también el ahorro de mucho dinero que se saca de España para jamás volver á ella.

Quiero suplicaros ahora, ya que vuestra inclinación (bien puedo decir mala) os compele á componer este libro, sea para nunca reincidir en tal inconveniente. Errar es de hombres, y perseverar en los yerros, de demonios. No sé qué se tiene la pluma de aduladora, de hechicera, que encanta y liga los sentidos luego que se comienza á ejercitar. Arráigase este afecto en el alma: un librico tras otro, y sea de lo que fuere. Anda toda la vida el autor en éxtasis, roto, deslucido, y en todo olvidado de sí. Si es imaginativo y agudo en demasía, pó-

nese á peligro de apurar el seso concetuando, como le perdieron algunos que aún viven. Si es algo material, bruma á todos, abofeteando y ofendiendo con impertinencias el blanco rostro de mucho papel. Dura en no pocos esta flaqueza hasta la muerte, haciendo prólogos y dedicatorias al punto de espirar. Dios os libre de tan gran desdicha. Dad paz á vuestros pensamientos. Seguid recreo más terrestre y menos espiritual; que así pasaréis mejor la vida y así poseeréis más dineros.

DON LUIS. Con cuanto advertís me dejáis por estremo obligado; mas por lo menos un libro, es imposible escusarle. Hecho éste, no sé lo que sucederá. Si por ventura le alabasen mis amigos, ¿no os parece era un arrimarme espuela para otros? Difícil fué grandemente la primera navegación á Indias; mas cursada á menudo, por la facilidad fué llamada *carrera*. Asombrábame otras veces solo el querer intentar esto; mas con tan cierta guía, con tan firme gobernalle, cesa cualquier espanto, allánase cualquier duda y cóbrase todo vigor.

ALIVIO III

DON LUIS. En la siesta pasada deprendí el modo de componer un libro; fáltame por saber ahora el estilo que tengo de seguir en la comedia.

DOCTOR. Ese punto nos diera en qué entender, si el arte tuviera lugar en este siglo. Plauto y Terencio fueran, si vivieran hoy, la burla de los teatros, el escarnio de la plebe, por haber introducido quien presume saber más cierto género de farsa menos culta que ganánciosa. Suceso de veinte y cuatro horas, ó, cuando mucho, de tres días, había de ser el argumento de cualquier comedia, en quien asentara mejor propiedad y verisimilitud. Introducíanse personas ciudadanas, esto es, comunes; no reyes ni príncipes, con quien se evitan las burlas, por el decoro que se les debe. Ahora consta la comedia (ó sea, como quieren, representación) de cierta miscelánea donde se halla de todo. Graceja el lacayo con el señor, teniendo por donaire la desvergüenza. Piérdese el respeto á la honestidad, y rompen las leyes de buenas costumbres el mal ejemplo, la temeridad, la descortesía. Como cuestan tan poco estudio, hacen muchos muchas, sobrando siempre ánimo para más á los más tímidos. Allí, como gozques, gruñen por invidia, ladran por odio y muerden por venganza. Todo charla, paja todo, sin nervio, sin ciencia ni erudición. Sean los escritos hidalgos, esto es, de más calidad que cantidad; que no consiste la opinión de sabio en lo mucho, sino en lo bueno.

Dos caminos tendréis por donde enderezar los pasos cómicos en materia de trazas. Al uno llaman comedia de cuerpo; al otro, de ingenio, ó sea de capa y espada. En las de cuerpo, que (sin las de reyes de Hungría ó príncipes de Transilvania) suelen ser de vidas de santos, intervienen varias tramoyas ó apariencias; singulares añagazas para que reincida el poblacho tres y cuatro veces, con crecido provecho del autor. El que publica con acierto esta que con propiedad se puede llamar espantavillanos, consigue entero crédito de buen convocador, yéndose poco á poco estimando y premiando sus papeles. Pónense las niñeces del santo en primer lugar; luego, sus virtuosas acciones,

y en la última jornada, sus milagros y muerte, con que la comedia viene á cobrar la perfeción que entre ellos se requiere.

Don Luis. La materia es bonísima para principiantes; pues aunque se yerre la traza y haya descuido en las coplas, no osarán perder el respeto al santo con gritarla, siendo forzoso tener paciencia hasta el fin.

Doctor. ¿Cómo paciencia? Dios os libre de la furia mosqueteril, entre quien, si no agrada lo que se representa, no hay cosa segura, sea divina ó profana. Pues la plebe de negro no es menos peligrosa desde sus bancos ó gradas, ni menos bastecida de instrumentos para el estorbo de la comedia, y su regodeo. ¡Ay de aquella cuyo aplauso nace de carracas, cencerros, ginebras, silvatos, campanillas, capadores, tablillas de San Lázaro, y, sobre todo, de voces y silbos incesables! Todos estos géneros de música infernal resonaron no ha mucho en cierta farsa, llegando la desvergüenza á pedir que saliese á bailar el poeta, á quien llamaban por su nombre.

Maestro. ¿Es posible que hubo tan gran desorden, y que se consintió? ¿Tan mala fué? ¿De qué trataba, que tanta inquietud concitó en los circunstantes?

Doctor. No fué entendida, ni tuvo nombre señalado, causa de prohijársele muchos de donaire. Digo, pues, que éstas de cuerpo se suelen acertar más fácilmente. Sastre conocí que entre diversas representaciones que compuso, duraron algunas quince ó veinte días.

Isidro. Ese fué el que llamaron de Toledo. Sin saber leer ni escribir, iba haciendo coplas hasta por la calle, pidiendo á boticarios, y á otros donde había tintero y pluma, se las notasen en papelitos.

Doctor. Con tal ejemplo, bien podían deshacer la rueda de su hinchazón los pavones cómicos, considerando cuán poco especulativa sea su ocupación, pues la alcanzan sujetos tan materiales, ingenios tan idiotas. Soy por eso de opinión sea la que habéis de componer de algún varón señalado en virtud. Podréis escogerle á vuestro gusto, leyendo el catálogo de los santos, cuyas vidas escribieron varios autores. Sobre todo, debéis advertir no introduzgáis en el teatro cosas en demasía torpes con fin de que hayan de resultar milagros dellas; porque como los hombres prestan más atención á lo malo que á lo bueno, quédase más impreso en la memoria lo que se oyó de mejor gana; así, en toda ocasión es justo evitar lo indigno como escandaloso. El uso

(antes abuso) admite en las comedias de santidad algunos episodios de amores, menos honestos de lo que fuera razón; no sé de qué utilidad sean, sino de estragar el ejemplo y de hacer adulterino y apócrifo lo verdadero. Aplicad toda vigilancia en la seguridad de las tramoyas. Hanse visto desgracias en algunas, que alborotaron con risa el concurso, ó quebrándose y cayendo las figuras, ó parándose y asiéndose cuando debían correr con más velocidad

DON LUIS. Ruégoos detengáis la vuestra en igual propósito. Así advertís las circunstancias como si del todo estuviérades cierto de mi gusto. Sabed que es diferente del que suponéis; porque de ninguna forma determino sea de santo la que escribiere. Y si bien carecerá del arte terenciana, porque la ignoro, con todo, quisiera no se hallara tan distante de lo verisimil y propio como es anteponer la historia á la fábula, alma de la comedia. Pueden, pues, caer los avisos sobre igual asunto, ahorrando los que en razón del otro se os iban ofreciendo, ya que de aquéllos, y no déstos, me pienso valer.

DOCTOR. Alegrado me habéis con el acertado medio de vuestra inclinación. Eligís la parte mejor para la comedia, que es la fábula. Quiere Horacio haya en cualquier obra un cuerpo solo, compuesto de partes verisímiles. Conviene para que sea uno tenga un contexto perfeto y cabal de cosas imitadas y fingidas. Ser uno el sujeto y la materia que se trata hace que la fábula sea también una. Por uno se entenderá lo que no está mezclado, ni compuesto de cosas diversas; que aunque se forma este cuerpo de muchas partes, deben todas mirar á un blanco y estar entre sí tan unidas que, de la una verisímil ó necesariamente se siga la otra. Pues con la precedencia desto sabréis ser la comedia imitación dramática de una entera y justa acción, humilde y suave, que por medio de pasatiempo y risa limpia el alma de vicios. Ser imitación consta de que no sería poesía si ésta le faltase. Que sea dramática veese claro, porque el cómico nunca habla por sí, sino introduce otros que hablen, y eso suena esta palabra. La acción, conservando su unidad, no ha de ser simple, sino compuesta de otras acesorias, que llaman episodios. Débense ingerir en la principal de tal manera, que juntas miren á un mismo blanco, y que con la más digna se terminen todas. Ha de ser entera, esto es, que conste de principio, medio y fin. Justa, cuanto á conveniente grandeza. Humilde, cuanto á la acción, siendo los que constituyen la fábula cómica plebeyos, ó,

cuando mucho, ciudadanos, en que también pueden entrar soldados; por manera que si los que se introducen son gente común, forzosamente ha de ser el lenguaje familiar; mas en verso, por la suavidad con que deleita. De aquí se infiere (escribe un gramático) ser error poner en la fábula hechos de principales, por no poder inducir risa, pues forzosamente ha de proceder de hombres humildes. Los sucesos, porfías y contiendas déstos mueven contento en los oyentes; no así en las reyertas de nobles. Si un príncipe es burlado, luego se agravia y ofende; la ofensa pide venganza; la venganza causa alborotos y fines desastrados; con que se viene á entrar en la juridición del trágico. Siendo, pues, éste el fin de la comedia, su materia será todo acontecimiento apto y bueno para mover á risa. No puede el cómico abrazar más que una acción de una persona fatal: persona fatal se llama la á quien principalmente mira la comedia. Las otras que la acompañan para ornamento y extensión, habéis de procurar vayan asidas con lazos de lo verisímil, posible y necesario.

Deseo desembarazarme con brevedad; por eso voy saltando velozmente, tocando aquí y allí de paso, sin detenerme como debiera en muchos requisitos. En razón de costumbres, se deben considerar las condiciones y propiedades de personas y naciones. Holgara se hallaran en vulgar comedias tan bien escritas, que os ministraran ejemplos para cualquiera de las personas que se suelen introducir, por no remitiros á las de Terencio y Plauto. Mas será forzoso os valgáis en esta parte de vuestro buen juicio y cortesanía, dando á cada uno el lenguaje y afecto conforme á la edad y ministerio, sin guiaros por las que se representan en esos teatros, de quien casi todas son hechas contra razón, contra naturaleza y arte. Conviene rastrear las calidades de las naciones, para que se haga dellas verdadera imitación. Caminan las costumbres con la naturaleza del lugar, produciendo varios países varias naturalezas de hombres. En una misma nación las suele haber diferentes, según la variedad de los climas.

Fuera de la tragedia, á quien más sirven las sentencias es á la comedia. Como ésta mira principalmente á las costumbres y es un espejo de la vida humana, válese dellas á este fin en muchas ocasiones. Pondréis cuidado en que no las diga cualquiera de las personas, sino gente docta y esperta. Las partes cuantitativas de la poesía scénica son: prólogo, proposición, aumento

y mutación. Sirve el prólogo para preparar el ánimo de los oyentes á que tengan atención y silencio, ó para defender al autor de alguna calumnia, de algunas faltas que le murmuran, ó para explicar algunas cosas intricadas, que podrían impedir la noticia de la fábula. En las farsas que comúnmente se representan han quitado ya esta parte, que llamaban loa. Y según de lo poco que servía, y cuán fuera de propósito era su tenor, anduvieron acertados. Salía un farandulero, y después de pintar largamente una nave con borrasca, ó la disposición de un ejército, su acometer y pelear, concluía con pedir atención y silencio, sin inferirse por ningún caso de lo uno lo otro. Alégase también ser el prólogo narrativo contrario á la suspensión, requisito para el común agrado no poco esencial. En la proposición, ó primer acto, se entabla el argumento de la comedia. En el aumento, ó segundo, crece con diversos enredos y acaecimientos cuanto puede ser. En la mutación, ó tercero, se desata el ñudo de la fábula, con que da fin. Estos tres actos dividen otros en cinco, y cualquiera, en cinco scenas, y tal vez más ó menos. La persona que representa no debe salir al teatro más que cinco veces. Tampoco han de hablar juntamente mas que cinco personas. Horacio no consiente sino tres, ó, cuando mucho, cuatro. Observaron los cómicos con la experiencia ser confusión todo lo que no fuere hablar cuatro ó cinco.

Los italianos usan en las comedias versos sueltos, ya enteros, ya rotos; mas, á mi ver, nuestras redondillas son las más aptas que se pueden hallar, por ser de verso tan suave como el toscano, si bien, respeto de su brevedad, recibe poco ornato. Son pocas asimismo las consonancias, lo que no sucede en octava ó estancia de canción.

Conozco se pudiera haber escusado este advertimiento, por componerse hoy las farsas en todo género de verso; mas fué forzoso proponer lo mejor. Sobre todo, os ruego escuséis la borra de muchos romances, porque tal vez vi comenzar y concluir con uno la primer jornada.

Don Luis. Por cierto que habéis andado riguroso legislador de la comedia. Gentil quebradero de cabeza: en diez años no aprendiera yo el arte con que decís se deben escribir; y después, sabe Dios si fuera mi obra aquel parto ridículo del poeta, ó algún nublado que despidiera piedras y silvos. Lo que pienso hacer es seguir las pisadas de los cuyas representaciones adquirieron aplauso, escríbanse como se escribieren. Sacaré

al tablado una dama y un galán, éste con su lacayo gracioso, y aquélla con su criada, que le sirva de requiebro. No me podrá faltar un amigo del enamorado, que tenga una hermana, con que dar celos en ocasión de riñas. Haré que venga un soldado de Italia y se enamore de la señora que hace el primer papel. Por dar picón al querido, favorecerá en público al recién llegado. En viéndolo, vomitará bravuras el celoso. Andarán las quejas con el amigo, y pondréle en punto de perder el seso, y aun quizá le remataré del todo, de forma que diga sentencias amorosas á su propósito; y aquí por ningún caso se podrá escusar un desafío. Al sacar las espadas los meterán en paz los que los van siguiendo, avisados del lacayo, que se deshará con muestras de valentías cobardes. El padre del ofendido hará diligencias por divertirle de aquella afición; que, aunque muy honrada, ha de ser pobre la querida. Para esto tratará casarle con la hermana del amigo, y efetuaráse el desposorio sin comunicarle con las partes: no más que dando noticia con algunas vislumbres, bastantes para que lo lleguen á saber los interesados. En tiempo de tantas veras, quitaránse los amantes las máscaras, y descubrirán ser fingido el favor hecho al forastero. Así, cuando entiendan los padres tener ya conclusión el matrimonio tratado, remanecerán casados los que riñeron. El padre tomará el cielo con las manos; mas, al fin, se aplacará con ruegos de los circunstantes. Convendrá, pues, ahora consolar á los que intervinieron en la representación, desta manera. Descubriráse ser el soldado hermano del novio, que desde muy pequeño se fué á la guerra. Haránse grandes alegrías, y éste se juntará en matrimonio con la hermana del amigo: digamos, con la que ha de ser repudiada. Inhumanidad sería que éstos, gozosos por tales acontecimientos, careciesen de una hermana con quien poder acomodar al amigo. Pues el gracioso y la criada, de suyo se están casados: con esto acabará la comedia.

MAESTRO. Gracia particular habéis tenido. En un jeme de tierra, sin amonestaciones, cuajastes cuatro casamientos. Advertid, con todo, que habéis dejado de introducir una figura, no poco importante, que es el vejete ó escudero, natural enemigo del lacayo.

DON LUIS. ¡Bueno fuera que seme quedara en el tintero tan donosa circunstancia! Pondré particular cuidado en sacarle á menudo á motejarse con su contendor. Preciaráse el viejo de muy hidalgo, por cuyo respeto y por su mala catadura tendrá

el gracioso larga materia para los apodos, honrándole el escudero también con los títulos de almohazador, de cobarde y vinolento. Yo espero guisar todo esto de manera, que cause mucha delectación y regocijo. En cuanto al hablar, gentil modo de meternos en pretina con número tan corto: si las demandas ó respuestas pasaran entre más de cuatro ó cinco, si los versos han de ser en quintillas ó no. Ciento haré que hablen si fuere menester; que al paso que subiere de punto la trápala, crecerá en los oyentes la cantidad de la risa. Cinco ó seis romances por ningún caso los dejaré de poner; pues ¿por qué no cincuenta tercetos? Los sonetos no serán mas que siete, colocados á trechos. En alguna descripción, ¿no es forzoso que entre la magnificencia de algunas octavas? ¿Debo por ventura escusar diez ó veinte liras amorosas, y más si las introduzgo en soliloquio? ¿Podré, aunque quiera, excluir el privilegio y comodidad de las rimas sueltas, con quien como con prosa se explican fácilmente cualesquier concetos, libres de peligrosas consonancias? En suma, no me apartaré del estilo que siguen todos. Sin duda tenéis (si bien no en virtud de muchos años) adquirido ya mucho de viejo (perdonadme, que esto y más permite la amistad), cuya condición de buena gana vitupera las cosas presentes, alaba las pasadas y reprehende con demasía á los mancebos. El mundo está ya aficionado á este género de composición; con él se solaza y ríe: ¿qué podemos hacer los pocos contra tantos? ¿Será bien arrimar el pecho á tan furioso raudal de gustos?

DOCTOR. No, por cierto, sino dejarse llevar de la corriente. Mas siendo ésta vuestra intención, ¿para qué hacerme gastar tiempo y palabras en lo de que no os puede resultar provecho, por no usarlo? Allá os lo habed; que de mi parte cumplí con rendirme á vuestra instancia, dando satisfación á las aparencias de vuestro gusto. Demos, pues, que ya esta comedia se halla escrita, con arte ó sin él: ¿qué forma observaréis para que consiga su fin, que es el de la representación?

DON LUIS. ¿También querréis dificultarme cosa tan fácil? Haré llamar un autor de los mejores que hubiere en la Corte y daréle á entender el trabajo y estudio que gasté en la presente comedia. Acometeréle con algunos asomos de lisonja; que hasta con semejantes será importante medio para negociar bien. Alabaréle su compañía. Diréle cuán bien recebida se halla, y por éste y otros caminos iré disponiendo su voluntad. Antes de desenvainar el papel significaré lo que confío de su buen

juicio y conocimiento, causa de haberme determinado á darle este primer trabajo, este amado y único hijo de mi entendimiento.

MAESTRO. Por lo menos, no será muy sabroso manjar el que pide tanto sainete. Introdución con tan larga arenga fuera para mí sospechosa.

DOCTOR. Y por ventura, señor maestro, ¿mondan nísperos los priores de la farsa? Tan cosarios son en semejantes juegos como cuantos hay. Apenas formará tales conceptos nuestro primerizo, cuando, como pláticos fulleros, le irán mirando á las manos, ponderando las palabras y el fin con que las dejare caer. Mas no es bien pasar adelante sin alguna oposición. Haced cuenta que como catredático os ponéis al poste; y va de argumento. Decidme: ¿quién os asegura que ningún autor ha de ir á casa de poeta incógnito? Engañado vivís. Quiera Dios que aun entrándoos por la suya, seáis admitido, y que os toque vez tras muchos días de pretensión y agasajo. Esto, mi rey, no es componer comedia con arte, sino referir los estrechos por donde habéis de pasar forzosamente; y así, concededme tantica atención, y no os dé pesadumbre lo que oyéredes.

No hay en esta vida trance tan penoso como es la primera introdución y noviciado de un poetilla cómico. Los profesores desta mala secta ó son libres y determinados, ó tímidos y vergonzosos. Demos que la insolencia de los primeros no haya menester valedores, sino que ellos *proprio motu* se aparecen como san Telmo en la congregación farseril. Suele el más alentado proponer al autor le quiere leer una comedia, la más famosa que jamás se representó en teatro. Dice bellezas de la traza, sublima las aparencias, encarama los versos y sube de punto los pasos más apretados de risa, y, quieran ó no los circunstantes, comienza con abultada voz y peregrino aliento á publicar su encarecido papel. Advierte con grande puntualidad las entradas y salidas, y particularmente las diferencias de trajes. Entre otras cosas, no da lugar á que la vayan loando según la va leyendo, sino, cuando le parece, menudea las alabanzas, con todo género de exageración. Báñanse en tanto los oyentes, como dicen, en agua rosada: písanse los pies, danse codazos, y riyéndose con demasía de la figura, piensa el relator nace aquel exceso de risa de la graciosidad de sus dichos, y aumenta con la propia notablemente la ajena. Algunos hay contra quien no bastan escusas de estorbos, porque con tan obstinada prosecu-

ción llevan adelante su letura, que ni por pensamiento la desamparan un punto hasta llegar al *Laus Deo*. Finalmente, tras rendir al trabajo y sudor de sus acciones y razonado palabras generales llenas de mentirosa alabanza, le entretienen días y meses y van dando siempre más largas, hasta que se cansa el presumido pretendiente; si ya, oliendo el poste, no se retira antes que la dilación le solicite manifiesto desengaño. Esto, cuanto á los que careciendo de todo empacho, se introdujeron sin ser llamados ni escogidos. Síguense los vergonzosos, cuyo tormento viene á ser mucho mayor, porque dura más días. Acuérdome haber visto rondar á uno déstos (íbale á nombrar) la casa de cierto autor, de la forma que suele la de su dama el más enternecido galán. Fenecen en sus principios sus mayores osadías; porque apenas abre camino con la imaginación para entrar, cuando le cierra y detiene la falta de conocimiento, la estrañeza de la gente y la dificultad del motivo que le lleva. Duran estas irresoluciones tanto, que muchos, por falta de valedor, no hacen sino componer y echar comedias al suelo del arca, con el ansia que suele el avaro recoger y acumular doblones. Por esta causa se hallan infinitos con muchas gruesas represadas, esperando se representarán, cuando menos, en el teatro de Josafat, donde por ningún caso les faltarán oyentes. Hállanse otros con más ventura, porque ó tienen amigos con quien poder disimular mejor los colores de la vergüenza, ó son allegados de algunos príncipes, de cuya intercesión y autoridad se valen para hacer un san Esteban al desdichado autor. La primera clase procede con más suavidad. Entra el amigo siendo faraute de aquella desventura. Propone el ingenio del ahijado; celebra la tersura de su escribir, aunque apenas conocido hasta entonces. No olvida la buena elección en los argumentos, y haciéndole en lo rizo, crespo y suave un segundo Vega, pide se le señale hora para manifestar las hazañas del novel batallador. Dásele día, y llegado el punto, hallan el cónclave bastecido de electores, por alegar el autor no poderse determinar á recebir nada sin el parecer de los compañeros. Comienza, pues, el pobre corderillo á recitar su maraña en medio de tantos lobos. Terribles son los actos públicos. ¡Cómo se cortan los bríos, cómo enmudecen las lenguas y se estrechan los corazones en ellos! ¿Puédese considerar en el mundo gente tan idiota y que tanto yerre como los farsantes? No, por cierto. Pues hombres muy entendidos y cortesanos se turban en su presencia y apenas tienen

ánimo para articular las voces. Al fin, se va prosiguiendo poco á poco; y si es obra que con cercenar y añadir puede tener salida, vanle haciendo sus cotas á la margen; mas si es rematada del todo, leida la primera, ó, cuando mucho, segunda jornada, dan por visto lo que resta, y despiden, ó, por el respeto que se debe al introductor, alegran al novato con decir la hicieran con mucho gusto, si no les faltara tiempo para estudiarla. Que sienten el haberse de ir presto; mas que se pueden dar muchos parabienes al autor que la recibiere, por haber de ganar de comer con ella largamente. Anímanle tras esto á que no desampare la pluma; que es lástima no honre sin cesar los teatros con la agudeza de su ingenio. Suénanle suavísimamente estas lisonjas al engañado, y, en su conformidad, publica lo bien que pareció á todos su comedia, y que sólo por haber de partir con brevedad los farsantes no la ponen y estudian. Así se anda de autor en autor, moliendo á los amigos; aunque algunos á la primer embarcación descubren el bajío, y escapan, poniendo escusas. Los que se amparan de los señores consiguen, por lo menos la primera vez, su intención; porque como el ruego del poderoso es mandato, obedecen sin réplica, preparándose con paciencia para la furiosa ventisca que aguardan. En tanto, es de ver la solicitud y satisfación con que acude á los ensayos el que ha de ser causa de su perdición y apedreo. Revientan por decirle que es un impertinente, un tonto, y, en fin, un mal poeta; mas enfrénalos al punto el temor de la imaginada cicatriz en el rostro, ó la memoria tremenda del bosque trasladado á sus espaldas. En suma, puestos en la ocasión del padecer, mueven con las recientes heridas á conmiseración al propio imperante. Llegan, pues, á sentir con exceso los intercesores sufran por su causa los míseros aquella persecución, aquel naufragio; en virtud de quien quedan esentos y libres para en lo por venir, pues no hay corazones tan de bronce que les manden entrar en otro, presente el escarmiento de lo pasado. Según esto, ¿no es á propósito la moneda que corre en el gasto de las comedias? ¿No pueden tantas dificultades quitar los impulsos de escribir al mismo Apolo? Ved si tengo razón en procurar borraros del pensamiento esta ocupación, de quien últimamente se viene á sacar no más que cumplidísimo disgusto. Supongamos salga en todo acertada la comedia: que agrade la maraña, que deleite el verso, que regocije la graciosidad; sólo con un tibio "buena es,, queda satisfecho el trabajo; y éste, no de todas lenguas, porque es casi im-

posible agradar á tantos y tan diversos caprichos. Juzgo, considerado lo que apunté, por imprudencia exponer á riesgo evidente las cosas de opinión, de suyo tan vidriosas y tan fáciles de peligrar.

DON LUIS. Batís, como se suele decir, en hierro frío. Cese esta vez el artificio cortesano. Yo he de vencer, si puedo, esta fantasma que llaman temor. Quiero arrojarme á lo en que otros tienen hecho tanto hábito, que en ocho días, y en menos, despachan la farsa más difícil.

DOCTOR. Sea en buen hora: dad efeto á vuestra voluntad, que desde hoy no hallará contradición en la mía. Pésame de haberos tan importunamente persuadido lo que os estaba bien. Podrá ser suspiréis algún día por la falta destos recuerdos. ¿Hay dolor como ser señalado y corrido cuando el negocio no sucede á medida del deseo? ¿Querría entonces haber nacido el que como potro desbocado solicitó su ruina, guiado de su antojo indomable? Prodigioso afecto es, sin duda, el de la Poesía. Tan asido está al alma, que antes parte ella del cuerpo que él desampare el corazón. En razón desto he visto algunos acaecimientos que, á no constar de vista de ojos, parecieran fabulosas narraciones.

MAESTRO. Pasad adelante os ruego; que aunque á Isidro y á mí tiene tan poco lisiados la Poesía, gustamos, con todo, de oir á cuánto se alargan las fuerzas de su accidente en los á quien reconoce por súbditos. De contino ofende esta enfermedad, como dolor de costado encubierto. Muchos saben disimular esa falta algunos días; mas llegada la ocasión de hacerla patente, ninguno se puede contener. Manifiéstase mejor esto en las justas literarias, donde apenas tiene el mar tantas arenas cuantos poetas se descubren. En una que los días pasados se publicó en loor de san Antonio de Padua concurrieron cinco mil papeles de varia poesía. De suerte que, habiéndose adornado dos claustros y el cuerpo de la iglesia con los más cultos al parecer, sobraron con que llenar los de otros cien monasterios.

DOCTOR. Que un mancebo, ceñido de amores y galas, lleno de lozanía y verdor, tratase de escribir algunos versos, disculpa podía tener; y aun á tal ocupación, usada moderadamente, se debía y era justo aplicar título de virtud y loa; mas ciertos niños de á setenta, con hábito largo, supeditados de mugre, vencidos de ancianidad, dados toda la vida á coplear, y, lo que

es peor, á coplear perversamente, no puede haber sufrimiento que detenga su justa reprehensión.

Llegó á Madrid, de México, un magnífico presbítero, repleto de persona, en lo aparente lleno de veneración, porque cierto provocaba á ella la plenitud de sus carrillos y las muchas canas esparcidas por la cabeza; alto el cuello de la sotana, con algún asomo de valoncilla, sin almidón, por mayor modestia. El vestido era todo de paño, punto menos de límiste, perpetuo bonete y guantes, con todo lo demás de que se compone un reverendo en Cristo muy cabal. Pasaban sus años de sesenta, y prometo engañara su aspecto pomposo al lince más penetrador de figuras. Fuése informando de los mejores ingenios de la Corte, y el primero con quien vino á encontrar permitió su desdicha fuese horca insigne, socarrón de veinticuatro quilates. Significó le había traído á Madrid más el deseo de tratar con hombres de buenas letras que otras cualesquier pretensiones, no obstante tuviese muchos servicios en que fundarlas. La fuerza de la mayor instancia consistió en que le introdujese con los más famosos poetas, dándole particularmente á conocer los autores de libros que se hallasen en el lugar; con quien le convenía comunicar ciertas obras que pretendía sacar á luz. Descubrió, en fin, ser humilde vasallo de las Musas, con cuya inspiración y aliento tenía compuestos dos volúmenes, que juzgaba habían de ser utilísimos al mundo para todo género de estados. Puesto fin á la copiosa arenga, y descubierto por el oyente el bajío, ofreció de su parte lo posible para el cumplimiento de lo deseado. Despedido, pues, el personaje, fué convocando los conocidos para que el día siguiente (que así había sido el concierto) se juntasen en su casa. El tiempo era por verano; el cuarto, bajo y fresco; la novedad, incitadora: requisitos que obligaron á que cantidad de malillas acudiesen por la posta. Determinóse hiciese yo, sin ser de la orden de san Juan, oficio de recebidor, por evitar cualquier ímpetu de risa que se pudiese ofrecer, pareciéndoles la sabría disimular con mayor destreza. Aceté el cargo, y llegó la hora en que ostentó con su presencia el tan de veras esperado. Temblé al verle tan venerable, entendiendo se había podido engañar quien le pintó de tan donosas colores. Adelantéme al recebimiento, y señalándole silla que venía á estar en medio de las de todos, le di en su nombre las gracias de que gustase emplearlos en su servicio. En fin, tras varios términos de recíproca cortesía y alabanza de una parte y otra, comenzó

á manifestar la sinceridad de sus entrañas. Propuso había sido muchos años dotrinero en Nueva España, procurando dar siempre buena cuenta de los que había tenido á su cargo. Diferenció en poco los indios de las bestias, para cuya enseñanza exageró grandemente lo que había trabajado y padecido. Dió á entender profesaba aquel género de moral filosofía que, hambrienta y desnuda, desde los rincones reforma el mundo, informa las costumbres y en todo descubre defetos. Para el aprovechamiento, pues, no sólo de las almas comprehendidas en su juridición, sino de cuantas viven en diferentes reinos y provincias, dijo había compuesto un libro de proverbios, de quien cada uno era una joya preciosísima, dignos todos de tenerlos depositados perpetuamente en el archivo de la memoria. Prosiguió con que asimismo había escrito ocho mil octavas sobre un caso portentoso sucedido en su encomienda, que por ser ejemplar y digno de llegar á noticia de todos, le quería imprimir con título de *Poema Antártico.* Para esto gastó innumerable almacén de mala prosa, con que los circunstantes comenzaban ya á ser atormentados del demonio risa. Eran de ver los diferentes visajes que se formaban para detenerla. Tal clavaba los ojos en las vigas, y tal fingía tos molesta; quién descomponía la boca, mordiéndose alguno de los labios, y quién volvía el rostro al contrapuesto lado, con achaque de que le divertían las pinturas. Viendo el peligro en que se hallaba el auditorio de soltar la corriente, insté diese su merced principio á leer algo de lo propuesto. El primero que presentó fué el volumen de las octavas, bien grande, aunque de letra pequeña y muy metida. Leyó hasta una docena, sin permitir yo pasase adelante, porque ya los oyentes, hechos moscones, andaban con crecidos susurros por destruir el buen rato, declarándose á ruin sea el postrero. Diera una ciudad por acordarme de todas; mas solamente podré recitar la primera, que, por haberle puesto cierta objeción, la repetí más veces, hasta que se me quedó en la memoria. Dice así:

Una mala mujer canta mi pluma
Que con medio asador mató al marido;
Por celos fué, de celos fué la suma;
Que celos día y noche le ha pedido.
Porque el tiempo malvado no consuma

Historia tal, y salga del olvido,
Quiero en este volumen escrebirla;
Deme atención el que quisiere oirla.

Maestro. ¡Válgame Dios! ¿Es posible naciese en España hombre tan rudo y silvestre? ¿Es posible no echase de ver cuán humilde y perversa poesía era la de semejante octava? ¡Cuán averiguada verdad es parecer hermosos al padre los hijos más feos, y más si son de entendimiento! A ira me provoca la ceguera de ese buen anciano, y confieso no tuviera flema para esperarle más, sino que con toda brevedad le representara un justo desengaño.

Doctor. Fuera adquirirle por enemigo y haceros odiosísimo con él. No sabré exagerar lo que padecieron aquellos mancebitos mientras el reverendo publicaba sus amadas hechuras. Por esta causa fué forzoso interrumpirle, alegando que para la muestra de la bondad del poema bastaba haber oído las doce estancias; que se entendía habría observado la misma igualdad y alteza de estilo en el todo; que tuviese por bien pasásemos á los proverbios. No replicó; y asiendo al instante el segundo tomo, leyó tres del principio, que decían:

En nombre sea de Dios
Y de la Virgen María,
El licenciado Pero García.

Todos vivan con aviso;
Que el mundo se está abrasando
En el pecado nefando.

Si quieres viuir contento,
No vayas á la estafeta,
Y date un nudo á la bragueta.

Aquí fué Troya. Dispararon todos á la par, cesando todo artificio y enfrenamiento. Dejó atónito al buen varón el no esperado suceso, y después de estar un rato mudo, como ignorando lo que podía decir, se levantó de la silla en estremo colérico, culpando su ligereza en haber querido hacer participante de sus concetos á gente tan moza, de tan poca experiencia, de tan verde discurso. Permitió el cielo guardase solo yo entre tan-

tos la risa en el retrete del pecho, para gastarla en más oportuna ocasión. Pues como él me consideró tan inmoble en lo que los otros se mostraron tan fáciles de caer, fiando más de mí, comenzó á formar quejas contra el mullidor de la junta y sesión, aplicándole toda la culpa de aquel ridículo acontecimiento. Fuíle siguiendo el humor y disculpando cuanto pude la incauta juventud, que con facilidad se deja derribar y caer en cualquier descompostura, sin que haya causa para tal precipitación. Por ningún modo me atreví á su desengaño, porque le vi con determinación, no sólo de injuriarme, sino aun de ponerme las manos si lo intentara. Con esto, se fué desabridísimo, quedando con su ausencia libre todo cristiano para poder celebrar y reir lo visto y oído. Falta ahora por saber lo mejor. Habiéndose, pues, quedado el buen hombre tan ciego como estaba antes, presentó en el Consejo Real ambos libros, alegando en la petición grandísima cantidad de razones sobre el estudio puesto y aprovechamiento que se esperaba dellos, para conseguir la licencia y privilegio que pretendía. Hízose la diligencia ordinaria tocante á las censuras; mas el aprobante, que debía gastar buen humor, se fué con los remitidos al señor de la encomienda, á quien dió parte de las riquezas que se hallaban allí depositadas. Pidióse últimamente pasase los ojos (siquiera por alivio de sus grandes ocupaciones) por los dos tomos del indiano; que le aseguraba daría por bien empleadas las horas de siesta que gastase en su lección. No lo dijo á sordo. Fué comenzando, con intención de arrimarlos presto; mas sucedióle al revés. Era cada proverbio un piélago de recreación, y así, obligaba á dilatar lo posible tan buenos ratos. Es certísimo mejorarse el bien comunicado. Por este respeto juzgó ofendía la amistad y leal correspondencia de los señores sus compañeros si no los hacía participantes de tan gustoso entretenimiento. Dióles parte con los libros en la mano, sucediendo á todos lo que á los demás, en los excesos de solaz y risa. Determinaron, en fin, se detuviesen en poder del secretario, declarando al dueño cuando viniese que se le denegaba la licencia pedida. Acudió, oyó la sentencia, y estrañando semejante resolución, después de formar resentidas quejas contra el aprobante y los mismos consejeros, como poco inteligentes de materias tan altas, pidió se le restituyesen sus tomos. Respondiósele no había lugar, porque ordenaba el Consejo se depositasen en el archivo de aquel oficio para siempre. Aquí perdió la paciencia del todo, y exclamando con mayores voces, acri-

minó grandemente el pretender quedársele con su virtuoso sudor, con sus eruditas vigilias. En suma, considerando se decían aquellas palabras en desierto, eligió á su parecer el remedio más eficaz, que era visitar los oidores en sus casas. Ponía á cualquiera en punto de reventar; porque ponderada la gravedad del hombre, aquella perspectiva, aquella corteza, y volviendo después la consideración á lo que contenían los libros cuya restitución procuraba con ansia tan crecida, la más astuta disimulación rompía los límites de continencia. Cada uno se escusaba con que había sido aquel orden de todo el Consejo, y que de su parte no podía hacer nada en aquel caso. Andaban las réplicas listas; prontas las preguntas sobre el por qué se hacía tan grande agravio; mas desperdiciaba razones, puesto que á todo se le respondía estaba mandado así. Visto que ninguna diligencia particular era de provecho, quítase de ruidos, y como leona recién parida á quien mañoso cazador ha robado los cachorrillos, vomitando espumarajos, ya enfurecido del todo, aguarda que el Consejo pleno saliese, y, atravesándose á la puerta, comienza á pedir á gritos le vuelvan las preciosas alhajas de su entendimiento, las queridas prendas de su corazón. Hiciéronle apartar sin que se le respondiese cosa; mas él acudió tantas veces, y se valió de tan importunas instancias, que los señores tuvieron por bien librarse dellas y de hombre tan pesado, con mandarle volver lo que tan justamente se había retenido.

MAESTRO. Quimeras parecen las que habéis contado. Rematado estaba ese galán. No le faltaba ya sino tirar piedras, y dar con él en los alberguillos de Toledo. Mas ¿qué se hizo?

DOCTOR. No pareció más, ni puedo imaginar se ausentase de corrido; porque profesaba ser tan entero, tan pertinaz, y era tan grande la satisfación que tenía de sus cosas, que muriera mil veces en su obstinación antes que desengañarse y reducirse un punto.

ISIDRO. ¡Oh, quién pudiera hallar el original, ó traslado de lo que contenían los libros! Cien escudos diera por ambos; tuviéralos por pítimas saludables contra tristezas y melancolías. Leyera cada día un proverbio, y poco á poco los fuera recogiendo todos en la memoria, porque allí no peligraran jamás, como podían en el papel. Acuérdaseme ahora no haber sido solo en el mundo este sujeto en seguir temas proverbiales. Madrid ha tenido y tiene muchos, cuyos desvelos no se ocupan en

otra cosa. El más singular fué aquel boticario que falleció ha poco. Un Catón parecía en el aspecto: abultado de persona, de buen rostro, larga barba, y hasta de sesenta y seis años. Vivía en la calle de Toledo, y fué dando en seguir esta singularidad, esta maldita ocupación, con tantas veras, que comiendo, velando y durmiendo no la desamparaba. Al principio contentábase con hacer proverbios y comunicarlos con sus amigos. Hallaba retorno de alabanzas, fuese ó por lisonjearle, ó por no entendérseles más; que es de creer conformaría con su talento los escogidos para sus confidentes. Después fué alargando más la rienda, y sacábalos en público, escribiéndolos en las paredes. Todo su cuidado consistía en tratar de reformaciones; mas éstas no salían de la plaza, y tiendas de otras calles. La primer sentencia (que así las llamaba) era deste tenor:

La tendera que pesando
Usa pegar pulgarada,
Bien merece ser pegada.

Desvergonzóse ya tanto, que osaba dar sus proverbios á los ministros de justicia. Prendiéronle tal vez por ello; mas conocido el pie de que cojeaba, le soltaron al punto. Todos los días se paseaba dos horas por la Plaza Mayor, considerando atentamente lo que pasaba entre las vendederas de varias cosas. Vió, discurriendo por entre las tablas, que se pesaban morcillas de puerco en una. Compró dos libras, llevólas á casa, y no le saliendo como él quisiera, fijó en varias esquinas la sentencia siguiente:

¿Morcillas á veinticuatro,
Y sin especia el cuajar?
¡Alto, sus, á remediar!

MAESTRO. Quitárame ese hombre cuantos pesares tuviera. Maravilloso humor gastaba. ¿Conocístesle por ventura?

ISIDRO. Y le hablé muchas veces. Ni se le podía hacer mayor fiesta y lisonja que tratarle de sus proverbios; y con tantas veras y tan en su juicio los decía como si los formara la profunda sabiduría de Salomón. En efeto, murió con el frenesí

de proverbiar, habiendo algunos años antes cerrado la botica con que granjeaba el sustento.

Doctor. ¿Qué os parece del silencio de don Luis? Mudo le han vuelto los dos sentenciosos. Holgara que se persuadiera viene á ser el hábito de mutación difícil, y que se debe evitar toda materia atractiva, todo objeto apetecible de que puede resultar daño y distraimiento.

Don Luis. ¿Qué tiene que ver escribir una comedia, por su recreación, con las demasías de los sujetos referidos? Esos no sólo padecían intervalos lúcidos, sino se hallaban ya de manera, que era imposible admitiese su desatinada locura saludable remedio.

Doctor. Amigo, por ahi van allá. Dícese del amor engendrarse en el alma de un solo mirar. Nace, y es al principio como niño pequeño, tierno y suave. Crece poco á poco, hasta cobrar estatura y fuerzas de gigante, para perdición de quien le engendró. Tal es el estilo de cualquier inclinación. Comienza de burlas, por divertirse, por entretenerse. Vásele cobrando afición; intérnase en la voluntad; hácese fuerte, y, al fin, echa en ella tan hondas raíces, que sujeta del todo el albedrío, faltando bríos al dueño para eximirse de su violencia. Haréis una comedia; representaráse con aplauso, ó no tendrá lugar en el teatro. Si fué bien recebida, ¿quién dejará de asegundar? Si halló disfavor, ¿quién no se apercibe para la emienda, para la mejoría? De suerte que, por un camino ó por otro, no podréis escapar de perpetuo farsero; perdonad el equivocarme: de perpetuo autor de farsas quise decir; que no puede haber mayor desdicha que serlo. Conviértese esta cuaresma ó aquélla la pecadora más pertinaz; que la mueven al cabo los asombros de su condenación; mas ¿acaso habéis visto reducido algún poeta? ¿Habéisle visto removido un instante de su obstinación? En todas edades es molestado deste gusanillo roedor de la Poesía: muchacho, mancebo, varón, viejo, decrépito, al amanecer, á medio día, á la tarde, á la noche, todo es versificar; todo es romances, sonetos, décimas, liras, octavas, etc.

Gobernando el estado de Milán el condestable Juan Fernández de Velasco la primera vez, asistía entretenido cerca de su persona Cosme de Aldana, poeta diversísimo de su hermano Francisco, que mereció título de divino. Este, no contentándose con moler de contino al gobernador con sonetazos, cierto día vino á tener tan extraordinario tesón en porfiar, que el con-

tradictor, con seguridad de amigo, como riéndose, le dijo: 'Dejad ya la porfía; que sois un asno,,. ¿Quién tal echó por la boca? ¿Asno al querido de las musas, el rudo, el insipiente, el material? Sacar la espada no era lícito, porque era grande la amistad; quedar sin resentirse era imposible. En medio, pues, desta irresolución, toma el instrumento de la pluma y escribe tres mil octavas motejando de asno al provocador, como si en todas le dijera: "Más asno sois vos,,. Compuesto el volumen, á imitación de la *Eneida* de Virgilio, le dió título de *Asneida*. Imprimióle; que en Italia es fácil dar á la emprenta cualquier escritura. Apenas se hallaba impreso, cuando le dió al segundo Mantuano el mal de la muerte; y contentísimo por dejar en estado de tanta perfeción el fiel ejecutor de su venganza, espiró, resonando en su boca á menudo y despidiéndose muchas veces de su querida *Asneida*. Ya difunto, tuvo noticia el Condestable de tan extravagante capricho, y mandó se entregase al fuego toda la impresión, salvo algunos cuerpos ya esparcidos entre españoles.

MAESTRO. Casi tuvieran un mismo fin la *Eneida* y *Asneida;* porque también condenó su autor á lo mismo tan admirable obra, si la justa piedad de Augusto, violando la inviolable ley del testamento, no dejara enriquecido el mundo con tan gran tesoro. Tan atónitos nos dejaron los alegados ejemplos de los proverbistas, que parece no había quedado lugar para más admiración; pero el último excede grandemente á los dos primeros. ¡Que de tal manera se perdiese el buen Cosme en la escuridad de la ignorancia! ¡Que se apoderase de su imaginativa con tanto rigor tan brutal motivo! ¡Que cupiese en bulto humano tan exquisita rudeza! Aquí alegara un gentil la violencia del hado inevitable, como si el sabio no tuviese dominio sobre las estrellas y sus inclinaciones.

ISIDRO. La de don Luis, por lo menos, será fuerza vaya perdiendo su vigor; que es imposible hacer resistencia á tanta batería. Sin duda aborrecerá desde hoy todo género de trovas, y se entregará todo al ejercicio militar, que es el honroso camino que comienza á seguir.

DON LUIS. Por vida vuestra, escuséis tratar materia á que no estáis aficionado. ¿Trovas llamáis á los versos? ¡Gentil vejez! ¡Oh celestial Poesía, docta, discreta, erudita, cuántos agravios padeces en mi presencia! ¡Quién tuviera elocuencia bastante para emprender tu defensa y volver por tu divino honor! Sois

muchos; tenéisme rendido, por no saber hacer en esta causa las partes de buen abogado. Mas si lo aparente se confiesa vencido, lo interior jamás lo podrá estar. Durará lo que la vida el entrañable amor que tengo á esta divina señora, á ésta sin quien estuvieran tristes las almas, torpes los concetos y los deseos vagabundos.

DOCTOR. Valiente batallador os mostráis en la poética lid. Fiel vasallo posee en vos esa profesión que tanto ensalzáis. Caigo ahora en un yerro que, sin pensar, he cometido. Fueron los condenados hasta aquí solamente los porfiados escritos de ingenios flojos, objeción que por ningún caso puede ser satisfecha. Herédase con el mismo ser esta torpeza, y, á mi ver, se deriva de la mala organización de los miembros, de quien cabe tanta parte á los sentidos y potencias. Contra las obras de naturaleza carece de juridición la fortuna. Esta puede bien hacer de pobres ricos, de humildes señores; mas de necios sabios es imposible. No le pertenece este cargo, que es propio de más supremo dominio. Afirmo, en esta conformidad, ser grande deslumbramiento querer hacerse el roble camueso, águila el ánade, y, al fin, hábil y suficiente el idiota incapaz. Mas el que fuere planta noble, ave real, ingenio peregrino, no sólo debe ocuparse en ilustrar con algunos escritos el habla natural, sino que le toca con todo rigor llenarla y enriquecerla incesablemente de joyas, ornamentos, policías y elegancias, osando abrir á los que sucedieren los caminos más difíciles. Veis, según esto, que no puedo condenar la ejercitación de la poesía española en los ingenios sublimes, en quien antes es digna de sumas alabanzas, sino sólo en los que, faltos de inteligencia, de estudios y galas, siendo raterísimos, aspiran á usurparse el más encumbrado vuelo. Resta, pues, descubráis ahora en cuál destos dos ejércitos se os debe asentar plaza de combatiente. Recorred la memoria y hacednos partícipes de lo mucho bueno que confío tendréis depositado en ella. Podrá ser sea tal la muestra, que se truequen las manos, y de vencido á vuestro parecer, salgáis vitorioso y triunfante, haciendo lo que pudiera el sol si le quisieran colocar en el más profundo cóncavo: que con indecible velocidad se elevara, y llevara tras sí cualquier estorbo, hasta volver á ocupar su propia esfera.

DON LUIS. ¡Cuán bien sabéis afligir, y cuán bien dar ánimo cuando queréis! Tan apurado me habéis tenido, que, á no poseer tan seguro y cabal conocimiento de lo que sigo, fuera vues-

tra aversión el sol violentado que lo supeditara todo. Por una parte, no quisiera resistir á lo que ordenáis; porque reconociéndoos por maestro, sirviera el decir cosas mías de quedar mejoradas con vuestra censura: por otra, estrecho el ánimo con la consideración de si hallarán buena acogida en el no bien afecto obras que salieron como abortos del vigor y lozanía de la primera juventud. Mas venza el deseo de la utilidad y póstrense mis rudezas delante de quien las puede sutilizar; delante de quien tanto penetra con la vista en medio de la mayor tiniebla. Sea, pues, el primero que sin alguna confianza haga (ya que fué de sol el símil) alarde de sus concetos un romance, en que pedí á Febo cierto día que para hacerle mayor detuviese su curso, con que tendría más ocasión y lugar para hablar y ver á mi dama. Dice así:

Príncipe de resplandores,
Enfrena el paso, detente;
Goce de tu gozo el mundo,
La noche y sueño no lleguen.

No cubran torpes tinieblas
Las galas de prados verdes,
Las libreas de las plantas,
Los reflejos de las fuentes.

Entre cristales se miren
Volar ligeros los peces,
Romper el aire las aves,
Correr los brutos alegres.

Libres de medroso horror
Sulquen el mar los bajeles;
Quien caza, siga las fieras;
Quien pesca, tire las redes.

Empuñe pica el soldado,
Siga el rústico los bueyes,
No dejen al cortesano,
Ó sus males, ó sus bienes.

Tal vez te viste parado;
Que vitorioso acidente

Puso trabas á tus cuatro,
Fijó de tu carro el eje.

Guerra también es amar,
Y Amor, contrario tan fuerte,
Que bravos Hércules doma;
Que fieros Césares vence.

Divino imposible adoro:
Febo hermoso, no me dejes;
Que si te escondes, se oculta,
Y con ausencia me hiere.

Para mí solo tramontas;
No para Celia, que tiene
En su cielo soles dos,
Dos que hielan, dos que encienden.

También al amor serviste,
También probaste desdenes:
Conoce, pues, por tus penas
Las que un amante padece.

Y así de Dafne los brazos,
Que agora adornan tu frente,
Ciñan tu cuello, contigo
Más blanda y menos rebelde,

Así te ofrezcan aromas
Las más incógnitas gentes,
Y en sus preciosos altares
Tu semblante se venere,

Te pido que por mi bien
Tus voladores enfrenes,
Primero que sus contrarios
La negra carrera apresten.

DOCTOR. Vencistes mi pertinacia; tocad la diestra: desde hoy seguiré vuestro bando. Excelsa sumamente viene á ser para vos esta vitoria, por conseguirla de tantas dificultades. El romance es famoso, superior, según lenguaje moderno. ¡Qué ceñi-

do, qué regalado, cuán lleno de colores retóricos, de galanas frases! ¡Con qué énfasi prosigue la demanda! ¡Con qué terneza pretende obligar!

DON LUIS. Paso; que tendré por irónico igual encarecimiento. Amigos somos; mucho más gusto de emienda que de loa, y más donde hay tan espacioso campo para poderla recibir.

DOCTOR. Aseguro que es bonísimo y que maliciosamente le presté particular atención, por ver si podía reparar en un ápice, en una mota; y así, cualquier lengua fuera con él, cuanto más crítica, más pródiga de alabanzas.

DON LUIS. ¿Qué decís? ¿Por ventura escogéis camino para perturbarme de nuevo? ¿Es posible pueda haber agradado á quien se mostró tan avieso, tan mal contentadizo, un borrón estéril, un bosquejo desnudo de todo el ornato con que le honráis? ¿Qué reservaréis para lo que suele producir un natural fértil, cultivado con la maestría del arte?

DOCTOR. Mucha hiel tuviera en las entrañas quien no se contentara de lo bueno. Creed que miro con rígidos ojos estas composiciones, y en Madrid tuve tal opinión entre los conocidos; mas cierto que me movió siempre buena intención. Lo culto consigo trae alabanza; lo mediano pasa con permisión; lo malo puédelo sufrir el mismo infierno. Sucedía, pues, acudir diferentes parroquianos con cantidad de obra gruesa, deseosos de sacar miel de acíbar. No me hacían buen sonido estas presunciones. Callaba, y si demasiadamente me ponían en pretina, decíales el nombre de las Pascuas. Tachaba, en fin, no á bulto, sino con fundamento, hiriendo tal vez la floja elocución y tal la humildad del conceto. Partían marchitos y cabizbajos; mas llegada la ocasión, no me perdonaban un átomo. Notábanme de maldiciente universal, de oyente desabrido, de juez apasionado, de crítico ignorante, honrándome, sin esto, con los títulos de silvestre, de montaraz, de cimarrón. Tal vez llegaron á mi noticia ajenos disgustos, y pesóme de que mi sencillez diese motivo á desabrimientos. Resolvíme, por evitarlos, de decir bien de todo, de no cansarme en censuras y de recuperar, si pudiese, el perdido nombre de letor benévolo. Con todo, no me faltaban quebraderos de cabeza, ya con extravagantes comedias, ya con fragmentos diarios. Convínome, últimamente, hacer una declaración juratoria como aborrecía con estremo todo género de poesía. Vituperábala en las conversaciones; procuraba escurecer su res-

plandor, y con semejantes artificios quedé libre y absuelto de la culpa y pena que me daba y merecía. Vos solo habéis podido hacerme reincidir, obligándome con el vínculo de amistad á pacificarme con ella. Así, considerando vuestro talento, no sólo tengo por ocupación loable la de escribir tal vez, sino que me parece os corre obligación de soltar casi jamás la pluma. No por eso dejo de confirmar de nuevo convenir escusar la continuación de componer comedias, por las causas que apunté arriba, y también porque vuestro estilo excede en alteza al común scénico, que es forzoso quedar ratero cuando más se pretendiere remontar. En confirmación desta advertencia, y de las veras con que la forma la voluntad, quiero, las veces que como ahora sestearemos en las posadas, comunicaros también algunos de los versos que como primicias de mi corto ingenio ofrecí á las Musas en mis verdes años. Bien sé será materia pesada para el Maestro y para Isidro, como tan opuesta á su inclinación; mas tendrán paciencia; que las amistades se suelen conservar largo tiempo sufriendo las impertinencias de los entre quien se hallan trabadas.

MAESTRO. Jamás podrá ser sino gustosísima vuestra plática en cualquier empleo que eligiere. Verdad es carecemos los dos de esa habilidad, en cuya virtud cobra la elocuencia frontispicio tan hermoso. El daño por falta de natural, como procedido sin nuestra intervención, tiene escusa; mas de ningún modo la tuviera el que nos pudiera sobrevenir por cerrar los oídos á tan dulce harmonía, á tan suaves concentos. Tengo por inadvertidos los que condenan generalmente una facultad porque no frisa su humor con ella. Varios platos se ponen en un banquete, y no todos comen de todos; mas no se seguirá por eso no ser buenos los que se alzaron sin que los tocasen. Ceguedad es, y, por lo menos, descubrirá tener estragado el gusto quien no se alimentare mucho con el regalado y precioso de la Poesía. Reconozco en sus profesores superioridad de lenguaje y elevación de pensamientos. Abundan de cuantos términos de hablar selectos tienen los idiomas. Por manera que en cualquier propuesto asumpto acuden los mejores y más elegantes para ser escogidos. No pasa en la prosa así, cuya cortedad en los que meramente la siguen no puede ser significada.

DOCTOR. La que se ha gastado en pro y contra de la Poesía, sin duda no ha sido poca. Será, pues, acertado poner ya límite á su demasía, y que el señor Maestro abra las puertas á la

discreta suya, para que nos refiera la inclinación de su dueño y las ondas que sulcó la voladora nave de su mocedad.

MAESTRO. En fin, me vino á tocar la relación de mis calamidades y la remembranza de excesos juveniles dignos siempre de perpetuo olvido. Obedezco, si bien quisiera evitar en todo tiempo la representación de pasados derramamientos, pues en los que abrieron algo los ojos sólo sirven de ser instrumentos de dolor.

Atendió mi padre al estudio de la Medicina, en que no podré afirmar si fué insigne, por ser esta facultad de indiferente operación. Ejércese de contino, no sé si diga más con yerros que aciertos, siendo difícil de conocer lo interior, cuyas partes lisiadas, cuyo humor predominante, si el paciente no los sabe exprimir, perece. En esta conformidad, suelen afirmar los más cuerdos, de su más antigua experiencia, consistir en sanar los que no se habían de morir; mas yo añado (y, á mi ver, no mal) que en matar casi siempre los que naturalmente habían de sanar. No por esto pretendo ofenda la impericia de los idiotas la suficiencia de los verdaderos esculapios, de quien casi se han visto derivar milagros prodigiosos, cuanto á infundir entera salud en los que ya pisaban los umbrales de la muerte. Es, cierto, ciencia utilísima, pues el enfermo, de todo cuanto tiene el mundo consigue penalidad, en vez de recreación. Imperios, riquezas, regalos, comodidades y placeres, todo es tormento para quien con encendido acidente trilla la molesta blandura de los colchones. Feliz será mundanamente mil veces el á quien la Medicina concediere una vida suave y un estado hasta la muerte alegre y tranquilo. Con esta cortapisilla anticipada, que entiendo no será superflua para lo que adelante pienso decir, acabada la Gramática, quiso mi padre que, siguiendo sus pisadas, atendiese en Alcalá á los cursos de Artes y Filosofía, fundamentos principales de aquella facultad. Para ésta ordenó se acudiese con puntualidad á todo lo necesario, por saber procedía de su penuria la rémora del bajel que más velozmente corriese por el océano de las ciencias. Mi madre, de quien yo fuí con grande estremo querido, rota la hucha de largos días, partió conmigo lo encerrado en ella, que sería hasta cuatrocientos reales, causa eficiente de mi perdición, como se verá presto. Hubo para la partida grande apercebimiento de ropa blanca, de vestido negro lucido y de otro de camino, galán, de buen paño, que me estaba de perlas. Mi inclinación hasta entonces sólo

había sido de holgarme, sin atender á otra ocupación, y así, gasté seis ó siete años en deprender imperfetamente algunos principios de latinidad. Al despedirme abundaron lágrimas en mi hermana y madre, como si la jornada fuera más que de seis cortas leguas. Había comunicado con otros mozuelos (así leves como yo) el estilo que se tenía en aquella universidad, no sólo con los novatos, sino con los provectos. Uno que se preciaba de más taimado comenzó á darme liciones de nueva vida, para que, divertido de las que me importaban, abrazase las que fueron ocasión de su despeñamiento, y lo habían de ser del mío. "Sabed (dijo) viene á ser Alcalá lugar de grande provocación, como albergue de hijos de tantas madres. Allí la ley del duelo se halla con más vigor que antiguamente en la provincia que más se profesó honra. Cuanto á lo primero, las burlas que padecen los novatos no sólo son esquisitas, sino de mucho pesar, en cuyo sufrimiento suele quebrarse la correa del más fino redomado. Para remedio desta perturbación conviene proceder de manera que en cosa os diferenciéis de los que ha mucho tiempo que cursan. El habla sea despejada, libre, y por ningún caso encogida y modesta. Procurad en los generales tener con ligera ocasión alguna pesadumbre, llevándola meditada antes con los amigos. Será bien desnudar la daga á las palabras primeras, en que (si es posible) pondréis cuidado de quedar superior; porque si bien, como tan vanas, se las lleva todas el viento, es cordura cobrar opinión no sólo de pronto de mano, sino también de injurias; que no es poca maestría saberlas arrojar briosamente en tiempo y ocasión. Con esta rencillosa entrada obligaréis á que todos os miren con recato de resentido, procurando cualquiera apartaros de entre los pies los estorbos, temeroso de que no tropecéis á su costa. En los estudios entraréis blandamente; que con menos riesgo de salud se consigue lo que se va adquiriendo con medios proporcionados y suaves. Paréceme bastará al día una hora de libros; las demás consagraréis al solaz, á la conversación. Es forzoso jugar un poquito; porque de ninguna forma os tendrán por hombre esparcido si evitáredes del todo este rato de buen tiempo, aunque sea interponiendo tal vez el precio de volúmenes superfluos; que con facilidad se restaura después cualquier pérdida, hallándolos también de lance. Las tardes se entretienen paseando por el lugar, ó visitando el río, según lo pidiere la estación de los tiempos. Debéis acudir antes de anochecer al parador, para inquirir novedades y ver lo que

desembarca de carros y coches. No es posible escusar las rondas, porque, fuera de ser las horas de la noche dispuestas para gozar las galas que se prohiben en las de día, se ofrecen varias ocasiones de recreo y delectación. Conviene en estas salidas ir sobremanera bien puesto; porque en los vivos aires se traban obstinadas pendencias, de quien resultan nocturnos hurgonazos, que en un punto envían á cenar con Christo al más orgulloso. Son comunes las resistencias que se hacen á las justicias, y así, en este particular, en diciendo "Aquí de los nuestros,,, no hay sino acudir como un águila, *cum armis et fustibus,* venga lo que viniere. No me detengo en advertiros otras menudencias que suelen intervenir en la peregrinación escolástica, porque el mismo tiempo, que os las pondrá delante, os abrirá también los ojos para desembarazaros dellas discretamente. En las oposiciones de cátredas, hacéos, si podéis, solícito movedor (á usanza de Cortes), por ser el más derecho camino para que los interesados, maestros que han de ser vuestros, os estimen y honren. Yo fuí los años que cursé el calificador más sagaz y el más acérrimo fautor que jamás vieron universidades; ni puedo negar haberme valido mucho semejantes inteligencias. El cómo entendiérades mejor si hubieran llegado á vuestra noticia las sendas dulces y pecuniarias por donde se granjean los votos en los grandes aprietos.,,

Estos y otros avisos y documentos, dignos sólo de tan estragado Séneca, fueron los que me acompañaron en el viaje de Alcalá. Parecióme para los amagados peligros y grescas á propósito cualquiera cautelosa prevención. Así, de los dinerillos de mi madre compré un lindo coleto en las gradas de San Felipe, cuyos faldones casi tocaban las rodillas. Di comisión para que en cualquier precio se me buscase una espada á prueba de todo golpazo, que reconociese por dueño alguno de los más famosos forjadores, como de los Sahagunes, de Tomás de Ayala, Miguel Cantero, Sebastián Hernández, Ortuño de Aguirre, y otros así. Halláronmela, en fin, de las del buen viejo Sahagún, gloria de la espadería. Costóme ciento cabales; mas aunque fueran escudos, los diera por bien empleados; tal era la limpieza de sus aceros y tal el boato de su rara perfeción. Podía, á no ser un dedo menor de marca, formarse della un vínculo para honra perpetua del más rico mayorazgo. El broquel, hijo leal de la insigne Salamanca, ferié á un amigo (también estudiante) que le había traído de allá, teniéndole, como blasón, colgado en la cabe-

cera de la cama. Veisme aquí, en vez de Mercurio, hecho un Marte, casquivano, brioso, pendenciero, y, sobre todo, tan distante del intento con que me enviaban mis padres á la Universidad, que de ninguna cosa trataba menos que de filosofar. Llegué, pues, á ella y, aprovechándome de la lectión antecedente, sólo pasaba por nuevo entre los de mi tierra. Con todo, no me pude librar de algunas matracas; mas habíame en ellas como valiente campión. De correrme no había que tratar, ni de que por ningún caso me faltasen apodos y contraapodos. La primer rencilla que tuve nació de cierto gargajeo, á que se me atrevió uno que era como el mayoral de una escuadra de finísimos bellacones. Quisiéronme estafar en alguna moneda, dándole color de empréstido. Escuséme con buenas razones; guardáronme la negación, y estando una mañana en el patio de escuelas, me fueron poco á poco saludando y ciñendo. Hechos, al fin, una rueda, desenvainó el conductor sobre mi intacto manteo el escremento más horrible que salió jamás de pecho acatarrado. Al son deste tamboril comenzaron á bailar los demás, despidiendo de sí tan espeso granizo, que en grande rato fué forzoso sirviese mi limpieza y aseo de blanco de sus tiros, sin poderme valer de alguna retirada: con tan notable advertencia me tenían impedidos los pasos. Acabada, con gran risa suya y no menor pena mía, la escarapela, comencé á maquinar la venganza, convocando los brazos de los amigos para el debido resentimiento. Ofreciéronse algunos impetuosamente, haciendo común y propio el agravio ajeno y particular. Otros, á quien la esperiencia de tales naufragios había vuelto más flemáticos, procuraron oponerse á nuestra colérica determinación, alegando cuerdas razones, para siquiera diferir por algunos días la ejecución de la batalla. Gastaron en balde palabras y tiempo; porque estaba ya echada la suerte, y el cejar se tenía por caso de menos valer. Consideré después suelen tales amigos ser picantes espuelas para el apresuramiento de alborotos, desórdenes y escándalos, por no saber enfrenar el raudal de la ira con la fuerza de la razón y el decoro de la amistad. A la nuestra, en suma, concedimos larga rienda, y sin diminuirse un punto, comenzó á moverse el irritado escuadrón contra la parte contraria, que, aunque no del todo sobre aviso, tampoco vivía del todo descuidada. Venida la hora, que fué por la tarde, entre dos luces, con la retaguarda en vela, fuí el primero que embestí con mi mayor enemigo, á quien yo atribuía la principal culpa de mi desmán. Hallábase ya en hábito

decente: con armas, digo, y en corto; que en esto de arrimar los largos sin tiempo ninguno es perezoso, como murciélagos, que algo antes de llegar la escuridad suelen comenzar el paseo. Hasta entonces nunca entendí se podía hallar furor que como rayo se opusiese al tremendo de otro. Sacó mi acometido la espada con gentil denuedo y, dejando caer la embarazosa, descolgó de la pretina el sufridor de todo nublado, el burlador de cualquier coraje. Llovieron en un momento turbiones de puntas, tajos y reveses; mas temiéndose del resguardo que miraba prevenido, si bien por gran rato inmoble en su ofensa, fué con cuidadoso continente sacando pies, hasta ponerse en los límites de su barrio. Apenas fué visto en él, cuando, acudiendo los de su parcialidad, y juntándose asimismo los de mi bando, se trabó entre seis ó siete de cada parte tan tremenda escaramuza, que la calle abundaba en luz, procedida de las centellas que despedían los aceros. Peleóse un rato con singular tesón y virtud; al cabo, no se olvidó el cielo del socorro, que en tales ocasiones suele ser deseado del más furibundo. Metieron paz cantidad de varales y chuzos; que con armas menos chicas no es seguro hacer oficio de montante. Quiso mi ventura no hubiese herida de peligro en una y otra escuadra; rasguñuelos de á jeme sí, y no pocos. Uno me tócó á mí, tan regocijador de mis cascos, que por su respeto me los alegraron, avisando la trementina á los sesos convenía asesar á costa de aquel escarmiento. Publicóse la campal el día siguiente, y saqué, por lo menos, deste mal el bien de no ser molestado de allí adelante, pasando en quince días el noviciado de un curso. Dime luego con los humillos desta primer valentía tan perdidamente á la vida gloriosa, que deseaba con ansia las noches para salir con el de color y todo el aparejo de reñir á frecuentar las mocedades que son propias de tan incautos años. Marte, Venus y el planeta que predomina en el juego eran mis más validos, sin que faltase para la frecuentación de los dos últimos el interés que resultaba de alhajas caseras y del artificio de algún enredo, que era fuerza cuajar de cuando en cuando. Considerad cuán aprovechado me tendrían estos loables pasos, estos virtuosos ejercicios. Mi buen padre sólo cuidaba de ser puntual en la provisión; y como raras veces se llega al curioso examen de la suficiencia y aprovechamiento, ambos vivíamos contentos: él, con entender que estudiaba, y yo, sin estudiar, con entender que él lo entendía. Pasáronse desta forma algunos años, en cuyos fines, habiendo venido unas pascuas al natural albergue, no sé

qué se ofreció tratar de Medicina estando á la mesa, sobre el bueno ó malo nutrimento de cierta vianda, en que yo hablé como pudiera una mula con su gualdrapa, freno y silla. "¿Qué es esto, hijo? (exclamó con grande alboroto mi padre). ¿Ignoras en seis años de estudios la difinición de la facultad?,, Callé, y pareciéndole procedía el presente silencio de modestia, y el haber errado, de turbación, acudió con blandura y regalo, diciendo ser cosa muy natural en los teóricos el encogimiento y remisión, bien como pajarillos nuevos, que antes de asegurar el vuelo y encumbrarse, caen mil veces, con la torpeza que si carecieran de alas. "La prática (fué prosiguiendo), particularmente en la Medicina, es la que habilita los sujetos y los hace expertos y despejados. También fuí, como tú, desalentado y medroso en actos públicos. También enmudecía delante de quien me llevaba superioridad en letras; mas fuíme soltando poco á poco, hasta poder hablar, hasta poder dar mi parecer entre los más consumados y de más nombre.,,

Con estas y semejantes confortaciones procuraba mi padre infundir en mi pecho el ánimo que me usurpaba la insuficiencia. Quedó, últimamente, desengañado de que todo se derivaba de pobreza; pues ninguno puede dar más de lo que tiene. El sentimiento que le resultó desta peligrosa prueba fué tan grande, que en muchos días no se le vió el rostro alegre. Mas habiendo mi madre (como mujer, dulce medianera de los mayores disgustos) reducídole suavemente al primer estado de serenidad y contento, se reconcilió conmigo, y, tras haberme hablado con terneza, me hizo la siguiente plática:

"Aunque he sentido, como es justo, hayas desperdiciado no menos pródiga que inútilmente tan preciosa cantidad de años y hacienda, un consuelo me viene á quedar destos daños, en mi opinión, no pequeño; que es la facilidad con que se puede restaurar en parte tan irreparable pérdida. Sabrás que todas las ciencias no obligan con rigor á su estudio más que hasta conseguir la dignidad y grados de las mismas; y aun en éstos intervienen inauditas malicias y estratagemas. Por lo menos, en llegando á ser uno maestro, licenciado ó doctor, ninguno osa examinarle; pasa por fee, y, en duda, se presume que sabe. Bien confieso sabrá más ó menos el que estudiare menos ó más; pero, en suma, estará en su mano apretar ó aflojar la llave. En las escuelas sólo se aprende el modo de estudiar las materias, y no es poco, gastando la juventud desenfrenada casi todas las

horas en sus antojos, en sus distraimientos. En tanto tiempo de asistencia en la universidad es imposible se te deje de haber pegado siquiera alguna vislumbre de Medicina, cuando no por estudio, por comunicación de amigos condicípulos. Juzgo, siendo así, bastantísima cualquier reliquia que se halle en ti para granjear abundosamente el sustento, con el arbitrio y traza que te pienso dar. Paréceme, si no me engaño, viene á ser tu memoria, en particular la retentiva, de buen metal, y á propósito para encomendarle, si bien con trabajo, alguna cantidad de aforismos y brocardicos, que en la ciencia médica sirven de lugares comunes. Convendrá, pues, te ocupes en este ejercicio algunos días, de modo, que los sepas recitar facilísimamente. Luego, para lo que es el grado, no te podrá faltar alguna universidad silvestre, donde, llevando los cursos probados y los puntos como bodoques en turquesa, digan unánimes y conformes: *Accipiamus pecuniam et mittamus asinum in patriam suam.* Vuelto con la reciente borla á tu lugar, hijo de médico y graduado en Medicina, ¿á quién quieres sea patente tu ignorancia, teniéndola paliada en tu favor con dos presunciones tan fuertes? Recebirás por mi respeto el salario de algún hospital de más concurso, porque haya más en quien hacer experiencias, con menos nota. Desde allí guiarás tu mula hacia los arrabales de la Corte, para no perder la pitanza de la gente pobre; que, aunque corta, muchos pocos hacen un mucho digno de estimación. Entre tales parroquianos no puede peligrar tu opinión; porque, fuera de importar poco ó nada sus vidas, hacen casi todas breve tardanza en el mundo, aceleradas con el trabajo, con el vino y otros desaguaderos. El crédito que tenemos entre semejante plebe es notable, puesto que para ellos, en viendo entrar el médico, piensan que llegó su entera sanidad, por medio de aquel que tienen por ángel. Por este camino traerás á casa los veinte ó treinta reales al día, no malos para el gasto común de la familia. Todo esto se entiende cuando no gustares de salir á ejercer tu supuesta facultad en alguno de los lugares convecinos, con el partido de cuatrocientos ó más ducados; para cuya negociación tendremos favor bastante, por ser mis amigos los más de los protomédicos. En tanto, pondré todo cuidado en introducirte suavemente en las juntas, donde espero también pasarás de falso. Trátase en ellas de ordinario el más breve modo con que se debe despachar el enfermo. Altércase valientemente, y de entre cuatro ó cinco suelen brotar cuatro ó

cinco opiniones; como si la Medicina fuera en sí diversa y contraria y no mirara á un solo fin, que es al de añadir lo que falta y al de quitar lo que sobra. Aquí será forzoso que tú no hables de los primeros; pues habiendo de ser de los últimos, ¿quién te podrá quitar arrimarte á quien mejor te pareciere? Hijo, esta vida es toda artificio. De contino se van empeorando las cosas. *Quotidie deterior posterior dies;* y siempre el último, dicípulo del primero. Casi todos los profesores de todas ciencias son fantasmas, son exhalaciones; no más que bulto, no más que apariencia; ignorantes todos, todos ramas sin fruto, todos vana ostentación, todos mentira. Ten ánimo para atreverte; que tan sin caudal de letras comencé yo como tú, y osando adquirí y aseguré reputación y hacienda. Fuera de que te hará, sin duda, médico la prática, aunque no lo seas por teórica, ya que, según siente la Filosofía, entre los elementos símbolos es más fácil el tránsito; mas presto se pasa el aire en fuego, y así, más presto pasarás tú á médico con ejercicio y hábito que otro que carezca dél. Sin vista y sin tacto, sentidos tan importantes para el uso de la ciencia médica, no falta quien la ejerce, aun entre grandes personas. En el discurso de mi vida he visto notables transformaciones y máquinas, con buenos sucesos en ellas, nacidos del brío y animosidad con que se emprendieron. Conocí hasta barberos y boticarios que, dando poco á poco remedios á traición, vinieron á quitarse la máscara del todo, quedando incluídos y agregados en el espacioso dominio de la Medicina, que jamás repudia ni desampara á los que la quieren por esposa y protectriz. Pues si esta gente, que de suyo es tan inhábil, tan ruda, tan para poco, sale con su determinación, una vez intentada, ¿por qué tú, con tan diferentes prendas, te has de mostrar tímido y pusilánime? Ruégote, amado mío, no sea así; que en mí tendrás un firme Atlante que te ayudará á llevar el que, sin serlo, te parece peso excesivo. Prométote, sobre todo, ser solícito diligenciero hasta entablarte en dos ó tres casas de titulados, con cuyo favor y sombra te será facilísimo tener juridición en el Real Palacio, y aun quizá en el pulso del soberano dueño suyo, á quien tocando, no hay *plus ultra* que desear.,,

Con semejantes razones trató mi amoroso padre de esforzar mi flaqueza y colorir mi ignorancia, si bien vanamente todo. Yo, al cabo de estar un rato pensativo, respondí en esta forma: "Bien notorias me son ha muchos años, padre y señor mío, las obligaciones en que me tiene puesto no sólo quien, después de Dios,

me dió el ser, sino quien procuró informar esta unión de alma y cuerpo (en sus principios, á manera de tabla rasa) de virtuosas costumbres, de loable educación y hábitos generosos. Para conseguir este fin conozco haberse desperdiciado inútilmente cantidad de hacienda, que en cualquier otro empleo luciera mejor y fuera de más aprovechamiento; mas la inclinación natural tiene, sin duda, invencibles fuerzas, tanto más en la edad floreciente. Cuando partí á Alcalá predominaban en mi idea pensamientos armígeros, que sólo me provocaban á inquietud, á disensiones y á derramamiento de sangre; dejábame conducir (¡qué ciega guía!) de cierto furor colérico, con que inadvertidamente entraba en ocasiones y trances dificilísimos después de evadir. En esta ocupación y en las de otros vicios gasté el tiempo debido á honrosos sudores; de forma, que salí de la universidad, en vez de aprovechado, estragadísimo; en vez de virtuoso, insolente sobremanera. Ahora, porque siquiera no se pierda todo, se pretende dar orden, con que, si no jurídica, por lo menos, fingidamente, llegue al puesto que es propio de verdadera virtud y no falsificados méritos, en que es forzoso mostrarme avieso. Tiene en mí el arte medicinal un feligrés poco devoto, por muchas causas. La primera, por aborrecer con estremo todos los términos que intervienen en las recetas de los mismos medicamentos, siéndoles como natural cierta bajeza odiosa á lengua y oído. Agáricos, rabárbaros, casias, colirios, socrocios, ungüentos, emplastos, aceites, y todos los demás simples y compuestos que contiene, podrálos pronunciar con gusto el que hallare dulzura y utilidad en sus nombres y efetos; no yo, que deseo verme lejísimos de cualquier enfermo, de cualquier botica. Con esta declaración de mi voluntad delante, quisiera saber, profesando cristiana religión y siendo la propia conciencia el gobernalle de cualquier hombre que desea salvación, con qué seguridad de la mía pudiera engolfarme en el grande océano de lo propuesto. ¿Yo ensayarme primero en los pobres? ¿Yo cometer indignos robos en la miseria de los mendigos? Dios nos libre: ni por pensamiento. ¿Por ventura no son verdaderos trasuntos de Christo? ¿No son sus más parecidas medallas? Pues ¿no fuera obra de ánimo dañado y de diabólica resolución esparcir la semilla de mi ignorancia en tan noble terreno, en tan preciosa heredad? Soy asimismo de parecer se halle obligado á restitución de todo lo que lleva el que, sin haber puesto de su parte diligencia y estudio, ejercita alguna facultad, sobre que

debría ser rigurosamente castigado como usurpador de lo ajeno, como forjador de engaños. Fuerza es perezca todo lo que no se edifica sobre fundamento bonísimo; y así, ni será posible entremeterme entre doctos, como corneja entre pavones, adornada de ajenas plumas. Los actos de memoria son siempre opuestos á los de entendimiento, de forma, que, apurados, antes ocasionan vituperio que honor. Quedarán, por tanto, frustrados cualesquier desvelos; burladas cualesquier diligencias. Jamás podré ser hábil para partidos, para juntas, para introduciones de titulados, y menos para tan suntuosa máquina como es la del Palacio Real. Admírame, por el consiguiente, saber el poco ó ningún tiempo que gastan en los estudios desta ciencia sus más bien opinados profesores. Madrugan; váseles la mañana en visitas. Vienen á comer dadas las doce. A las dos ya esperan las mulas. Vuelven á la noche; cenan, y, tras escaso reposo, les obliga el cansancio á buscar los lechos. ¡Santo Dios! ¿Cuándo se revuelven los libros? ¿Cuándo se consultan los Galenos? ¿Cuándo se habla con los Hipócrates? Oigo decir que nunca. ¡Ay, pues, del triste que fía el bajel de su vida de tan ciegos pilotos, de tan noveles marineros! Veis, señor, como es necesario echar por otra senda de menos peligro y más seguridad. La que se me ofrece ahora, y que doy palabra de seguir con esquisita afición, es la de Leyes y Cánones, profesión noble, ilustre, vida y alma de las ciudades, conservación del mundo; cuyos primeros inventores fueron por la ciega gentilidad puestos entre el número de los dioses: tales son las honras y preeminencias de que participan. En tres ó cuatro cursos despacharé lo que toca al grado; que no podrá faltar suplemento de uno ó dos. Pasaré después en casa con mi comodidad. En tanto, espero alcanzarán sus muchos méritos el último galardón, que es el de la Cámara; donde, en entrando, lloverán tan grandes mercedes, que, no sólo será fácil colocarme en perpetua silla occidental ó antártica, sino en las mejores de chancillerías ó audiencias españolas; que suplirá la avenida del favor cualquier sequedad de insuficiencia. ¿Qué médico gusta de no adelantar su casa, de no crecer el timbre de su solar con más lustrosos realces? ¿Hay quien se agrade de que sus hijos le imiten en la facultad? ¿No los procuran dejar mayorazgos, comendadores, consejeros y títulos, si es posible? ¿Podrá haber, pues, tan gran contento para todo nuestro linaje como verme frecuentar las calles de Madrid con la pompa de garnacha, con el boato

de oidor? Señor, esto suplico con toda humildad intentemos. Para esto solo hallaréis mi ánimo dispuesto, pronta mi voluntad y allanados los montes de mayores dificultades.,,

Vista mi resolución, volvió las espaldas sin responder. Consideró después no carecía de fundamento mi propuesta, cuyos fines, por lo menos, eran loables y honrosos. Condecendió, finalmente, á mi ruego, comenzando á dar orden para el empleo de la nueva profesión que yo pretendía abrazar con tantas veras. Apenas di principio á su vehemente estudio, cuando mi padre le dió á mejor vida, saliendo désta caduca y menesterosa. Cayó con su muerte la estatua de la esperanza mayor, siendo la alegre resolución sobresaltada de estorbo fúnebre. Sucedieron lutos, llantos, lástimas, siendo en breve la casa acometida de urgentes necesidades. ¡Oh, cuánto importa y cuánto sabe suplir cualquier continuo interés cualquier ganancia proseguida! Sobraba en la familia todo viviendo quien era su cabeza; mas ésta derribada, todo vino á ser penuria, todo calamidad y miseria. Siguióle presto mi madre, fuese ó por verse oprimida del ansia que le causaba la soledad de tan cara compañía, ó por haber llegado el curso vital al límite destinado. Quedóme una hermana, ya viuda, ceñida de dos hijuelos, con quien eché de ver convenía hiciese oficio de padre en lo por venir. Pasé algunos días lleno de irresolución y ambigüedad, bien como el que perdió el camino en noche tenebrosa; que, errante, ignora lo que debe seguir para el acierto y continuación del viaje. Conocí la importancia de los estudios, no sólo para el honor, sino también para hacer menos grave el peso de cualquier necesidad. En suma, juzgué sería atajo dedicarme á la facultad de Teología, por el seguro premio que suele alcanzar su eminencia en las oposiciones, así de cátredas como de dignidades. Seguíala, pues, con el ardor que me infundía el menester; en cuya conformidad certifico haberme hallado muchas veces sobre los libros el morir y nacer del sol. Grandes nervios alcanza la continuación en cualquier cosa. En diversas conclusiones procuré dar honrosas muestras de mis vigilias, publicando alguna suficiencia en Teología, no menos positiva que escolástica. Llegóse ocasión de oponerme á un beneficio, tenue, por ser de corto lugar. Diéronmele, según voz, de justicia; negocio que pudo ser, por carecer de todo favor. De aquél pasé á otro de más provecho, por sus muchos feligreses, entre quien solté la voz en púlpito la primera vez. Aquí pasé tres ó cuatro

años contentísimo, por la sombra que hacían mis alas á mi hermana y sobrinos. En tanto, no desfallecían en mí los deseos de pasar adelante; cosa que intentaba cuando las vacantes de mayores curatos ministraban ocasiones. Ha poco que me opuse á un beneficio de más consideración y utilidad que el mío. Hice para conseguirle la más sublime ostentación de estudios que alcancé ni pude, contra quien parece había de salir vana otra cualquier competencia; mas acudió de través un criado de cierto obispo y, sin haber abierto libro en su vida, se le llevó, en virtud del amparo de su dueño. Desdeñóme sumamente semejante acontecimiento, y deseando no verme en otro trance de acepción personal, traté de regresar mi curato sin dilación. Señalé lo en que convenimos para el sustento de mi hermana, y yo, con algún dinero, procedido del ahorro antecedente, propuse pasar á Roma, cabeza de la Iglesia, emperatriz del mundo, ciudad del Pescador, y mar profundo, donde las redes de letras y méritos sacan copioso número de diversas remuneraciones, pescados de segura duración. Esta es mi historia y las ambajes de mi inclinación hasta el punto presente, quedando reservada para el cielo la variedad de lo por venir.

DOCTOR. Gustosa sobremanera ha sido para todos: sólo tuvo de triste la parte trágica y lúgubre, con que se perdieron los padres, suceso que, como emanado de la voluntad de Dios, convino conformarse con ella. Alegróme en particular la vida desgarrada de estudiante primerizo, bien conforme á la de muchos, cuyos cuidados consisten sólo en defraudar sus mismas haciendas, pareciéndoles procede toda felicidad del desperdiciarlas. ¡Oh, cuánto yerran los padres con iguales remisiones, con semejantes descuidos! ¡Oh, cuánto importaria el frecuente examen de lo en que se ocupa el hijo, qué estudios, qué costumbres, qué proceder, qué pasos son los suyos, para procurar la emienda de cualquier exceso! Los vuestros, sin duda, cedieron á la edad, su más riguroso pesquisidor. Mucho fué vencer tan presto hábito que con tanta facilidad trastorna los más sanos juicios, pues un afecto envejecido difícilmente se desarraiga del corazón.

MAESTRO. Bien fué menester celestial auxilio, y el ímpetu incontrastable de tanta calamidad. La sensualidad destruye salud y hacienda; el juego solicita desasosiego y deshonra; la valentía produce peligro y persecución; ¡ved qué efetos para cobrar amor á las causas! Hice cuanto pude por desasirme desta

liga, por huir destos lazos, y supliquéselo á Dios con muchas veras. Noté desde el puerto las soberbias ondas, las horribles borrascas de que me vi ceñido. Elegí por farol al escarmiento, y conseguida (bien que indignamente) la soberana dignidad del sacerdocio, compuse, por lo menos, lo esterior para el común ejemplo. Lo que os causará más admiración es que, sin haber arrimado jamás los labios al licor cabalino, escrebí un romance, donde, reconociendo mis culpas, les imploraba del cielo perdón con devota humildad.

Don Luis. ¿Versos vos? ¿Qué decis? Novedad grande: pero ¿qué no podrá hacer el íntimo vigor de un afecto? ¿Qué la eficacia de un verdadero dolor? Mas pregunto: ¿pasó, como se suele decir, adelante la vena? ¿Pagastes á las Musas otro cualquier tributo?

Maestro. En dos sonetos y este romance se resumen todas mis composiciones. Lícito es hacer tal vez esperiencia del más corto talento, hasta en lo más difícil; mas alargar demasiado la rienda á la confianza con falta de caudal, es locura, es temeridad. Bastó la osadía de intentar cosas arduas dos ó tres veces; fué cordura el retirarse á tiempo.

Don Luis. Merced recebiremos en oirlos, siquiera por ver el agravio que recibe de vos vuestro ingenio en negarle tan debida licencia de proseguir.

Maestro. Diré lo que se me acordare, para que se le comunique castigo al publicar con humildad sus yerros:

En tu incomprehensible idea,
¡Oh soberano Arquitecto!
Tuvo su principio el mundo,
Y por Ti, su causa, efeto.

Allí blanco de tu amor
Fuí yo cuando el universo;
Que en tu eternidad estuve,
Aunque me criaste en tiempo.

Bulto inútil, si animado,
Me vi en los años primeros,
Sin acidente alterable,
Ya lloroso, ya risueño.

Puericia y adolescencia
Se pasaron como sueño:
Las potencias, inhibidas;
Los sentidos, indispuestos.

Llegóse la edad en quien
Cobró la razón imperio,
Y abrió el discurso los ojos
En lo malo y en lo bueno.

Como quedó lo inmortal
En débiles lazos preso,
Guerra al punto publicaron
Los incentivos terrenos.

Opúsose la virtud;
Mas vano salió su esfuerzo;
Que pudo mal resistir
A tanto escuadrón de afectos.

Cinco lustros se pasaron
Tan veloces como el viento,
Mientras víboras junté
En los retretes del pecho.

Como si ya vuelto el vicio
Costumbre, fuera alimento,
Tal vez con propias flaquezas
Propuse dorar los yerros.

A sus pasiones jamás
Otro se vió tan sujeto,
En cuanto ciñe Neptuno,
En cuanto visita Febo.

Éste ¡oh Padre de las lumbres!
Es de mi vida el proceso.
¡Ay, qué penas no me aguardan,
Si he de pagar lo que debo!

Hállase el alma confusa,
Ceñida de varios miedos,
Más por haberte ofendido
Que en virtud de los tormentos.

Que quien está sin cesar
Beneficios esparciendo,
Es por sí digno de amor,
Digno de agradecimiento.

Parte soy de tu caudal;
Eres Tú solo mi dueño;
En tu casa me crié,
Rebelde, sí, mas tu siervo.

Yo soy, divino pastor,
Aquel tusón de tu cuello
Que al rebaño me robé,
Por errar en el desierto.

Si goza el á quien buscaste
De esención y privilegio,
No salga esta vez el lobo
Con mi daño y con su intento.

Y pues misericordioso
Eres cuanto justiciero,
Remite el suplicio y cargo
De tan atroces excesos.

De Ti separado estoy;
Unión busco, paz deseo;
Que es la guerra desigual
En tan distantes estremos.

¿No eres Tú quien eres siempre?
¿Quien forja rayos y truenos,
Y quien Oriente y Ocaso
Junta y mide con el dedo?

¿No eres á quien viene estrecha
La inmensidad de los cielos,
Y quien alimenta á tantos
Hijos de los elementos?

Pues ¿cómo el Omnipotente
Contra el de miserias centro,
Contra el que en polvo ha de ver
Convertida carne y huesos?

¡Ay, nunca suceda así!
Huya tu poder inmenso
Del ques delicada arista,
Del ques quebradizo heno.
Que si te muestras conmigo
Piadoso en vez de severo,
Mar me volveré los días
Que dure el vital aliento.

DOCTOR. De tal forma excluye vuestra modestia las alabanzas, que el juez más recto temerá pronunciar cualquier sentencia en su favor. Mas tened paciencia; que sería ingratitud y malicia ocultar el loor de lo bueno. El romance es ejemplar, bien como de varón contrito; mas en la expresión del intento no se olvidaron los preceptos y religión del arte. Resplandecen en él con maravillosa claridad, y lumbre de figuras, y exornaciones poéticas, cultura y propiedad, magnificencia y espíritu, dulzura y vehemencia, gravedad y conmiseración, y una aguda eficacia en la representación de afectos. No sufre su brevedad sea ociosa ó vana una palabra sola. Mas vengan los sonetos; que no es justo se olviden con la ponderación del romance.

MAESTRO. Entiendo se me acordará sólo el uno, por ser escrito á la muerte de mi padre, causa de no perderle de la memoria. Dice así:

¡Oh, tú feliz que, el edificio humano
Ya de su ser desnudo, vistes alas
Con que volar á las celestes salas,
Despreciando el terrestre bulto vano!
Verás, vuelto divino cortesano,
Tu ser ceñido de imortales galas,
No á Venus libre, no sangrienta á Palas.
Ni en sedienta ambición culto profano.
No allá de afectos tristes densidades
Turbas; que son de Olimpo ornato eterno,
Brillantes luces, resplandores sumos.
Dichoso quien á frágiles deidades,
Cual tú, se roba; que es el mundo infierno,
Y sus bienes más sólidos son humos.

DOCTOR. Bien asegura la generosidad déste ser hermano legítimo del pasado. Agrádame, sobre todo, el cuidado con que huís la afectación enigmatica; que es singular virtud decir libre y claramente, sin cansar el ánimo del que oye con dureza y escuridad. Regala mucho el sentido (dice un docto) ver no impidan los vínculos y ligaduras de consonancias el pensamiento, para no descubrirse con delgadeza y facilidad. No por esto quiero condenar la observación del artificio con que se debe escribir, eligiendo palabras vestidas de grandeza y autoridad. Lo demás sería valerse de viles instrumentos, como de poco espíritu y vigor, de humildad y bajeza. En fin, el romance y soneto cumplieron maravillosamente con sus obligaciones, y se le hace cargo al dueño de no haber escrito otros muchos. Venga ahora el que falta.

MAESTRO. Prometo que no me ocurre al presente. Podrá ser se ofrezca sin que le deseen, en otra ocasión. Harto corrido he quedado en ésta con lo que apunté, si bien vuestra mucha cortesía sirvió como de velo para encubrir los colores que me habían de salir al rostro, por haber publicado tales rudezas delante de quien con tanto primor las sabe conocer.

DOCTOR. Bueno está, señor Maestro; dejémoslo, si no queréis se gasten muchas horas en nuevas alabanzas, pues todas no podrán llegar al justo encarecimiento que se les debe.

ALIVIO IV

DOCTOR. Paréceme haber entendido en lo último de la relación pasada habíades ya comenzado el grande y apostólico ministerio de predicador. ¿Posible es osastes emprender negocio tan difícil: hablar bien una hora delante de tantos como entonces estarian pendientes de vuestra boca, delante de tantos á quien tan de ordinario conduce á ser oyentes más el motivo de curiosidad que el de sacar de la plática algún cristiano aprovechamiento? Certifico no se halla cosa en que de mejor gana gaste el tiempo que en sermones, por tener la acción y voz viva grande eficacia para regalar los oídos y mover los corazones. Es bien verdad que tal vez se ha visto desganada en mí esta voluntad respeto de algunos que, sin pertenecerles el oficio de tan importantes oradores (por carecer totalmente de las partes y requisitos necesarios), así ocupan la alteza de aquellos lugares como las sillas de comunes conversaciones. De cuantas hay en el mundo, solas dos temeridades me hacen sumamente admirado: ésta, y la de que se hallen casi infinitos sacerdotes, no sólo ignorantísimos en gramática, sino sobremanera torpes en leer y pronunciar latinidad, que de ordinario está escrita en caracteres casi de á jeme. Con todo, se comete ya tan á menudo una y otra, que fuera justo haber perdido la admiración de ambas.

MAESTRO. Cuanto á los muchos clérigos idiotas, sobraos la razón. No sé cómo los prelados les confirieron órdenes, ni cómo pudieron engañar á los en ellas señalados para el examen. Cierto se debría poner suma vigilancia en remediar tan importante inconveniente, usando de todo rigor con los incapaces. Serían así más porfiados en los estudios, á lo menos, en el de Gramática, ó cuando del todo supeditase la rudeza al sujeto, obligaríale á desistir de lo para que carece de capacidad, sin ocasionar tan grave y tan común daño con ella. La otra parte que os admira tiene disculpa más fácil. Dos cosas hallo importantísimas para la predicación: la de acciones virtuosas y la de prudente libertad para pronunciar lo necesario. La primera consta por sí, puesto que es fuerza se menosprecie la predica-

cación de aquel cuya vida se tiene en poco. Débese, por tanto, limpiar primero el vaso del corazón, para que la lengua sea órgano conveniente de las divinas alabanzas y humanas advertencias. Fúndase la segunda en el vigor y eficacia de la simple palabra de Dios, con que, como en todo lo que se dijere se tenga por blanco principal el fruto de las almas, vienen á parecer superfluos para su ornamento los estudios liberales y común erudición. No niego requerirse en el buen amonestador ciencia bien fundada, casi universal, y, sobre todo, el conocimiento de la Teología Escolástica y dotrina escritural de los Santos Padres, cuyos pensamientos, por libros ó tradición, son venerables canas de la Iglesia; mas condeno como no necesarias otras muchas bachillerías y caprichos que sin ocasión se traen al púlpito, y no se sueltan de la boca casi en todo el sermón. ¿Puédese hallar cosa tan molesta como la afectación de lenguaje y el porfiado tesón de pudrir con la impertinencia de eleganciar? He oído decir ser ésta falta natural en algunos; mas ó la debrían templar cuidadosamente, ó, cuando no, desistir de lo comenzado, por no impedir el lugar de quien (ocupado de otro) pudiera resultar útilidad mayor.

DOCTOR. Sobre las partes que han de intervenir en un buen predicador hay escritos enteros volúmenes; por manera, que se debría juzgar por tiempo perdido y vana fatiga tratar de ceñir y embeber en hoyo limitado la inmensidad de un piélago profundo. No fué mi intento apuntar algunas de las riquezas de que debe estar dotado quien aspira al título y presidencia del ministerio más principal que hay en la Iglesia, sino el orden que se debría guardar en la formación destos sermones. En esto he reconocido faltas muchas veces, y muchas, excesos y demasías. Quisiera, pues, que para mi utilidad, antes para apartar de mí cualquier escrúpulo, me hiciera vuestra lengua capaz del método y arte digno de ser observado en este linaje de oración.

MAESTRO. Pedís copioso fruto á planta demasiado estéril; con todo, por obedeceros diré lo que se me alcanzare, con la confianza de vuestra emienda.

Afirman, como sabéis, los retóricos, reducirse á tres todos los géneros de decir: demonstrativo, con que se loa ó vitupera; judicial, con que se acusa ó defiende; deliberativo, con que se persuade ó disuade. El primero mira lo pasado y honroso; el segundo, lo presente y justo, y el último, lo provechoso y por

venir. Hállase fuera déstos otro género de oración, llamada por los griegos didascálica, en que ni se alaba, ni se defiende, ni se persuade; sino, enseñando, se expone arte ó ciencia, textos ó comento. Presuponiendo que también los retóricos en las oraciones deliberativas loan, defienden y enseñan, mezclando los afectos de los otros géneros en las demás, que reciben nombre del intento principal que siguen, sin tener consideración á lo que con las ocasiones se ingiere en ellas. Lo primero que se debe hacer para ordenar un sermón es considerar en cuál género déstos se halla el argumento de que se debe tratar. Para conseguir esta facilidad, diré ser cualquier sermón, ó didascálico, ó no: el no didascálico (que abraza los tres géneros de arriba) se llamará de materia, y el didascálico, de Evangelio. Los sermones de materia se hacen de tres modos: ó tratando sólo un punto, como el de ayuno, ó alabando un santo, como San Pedro, ó confutando alguna herejía, como la de Calvino tocante al Sacramento Santísimo. Y esto, con no poca proporción; porque la materia está en género deliberativo, que es la persuasión del ayuno; la alabanza del santo, en demonstrativo, y la confutación de la herejía, en judicial. Tienen más los predicadores que los retóricos: que muchas veces se obligan á tratar en junto las cosas referidas, sacándolas del Evangelio ó Escritura, que corre en dos maneras: de todo el Evangelio, ó parte dél. Nacen de aquí otros seis géneros, que son: tratar una materia sobre un paso del Evangelio, ó sacarla de todo el Evangelio; loar un santo de un paso del Evangelio, ó aplicándole todas sus cláusulas; reprobar una opinión herética por un paso del Evangelio, ó mostrando que todos sus pasos la reprueban. Tal vez de un mismo Evangelio se puede sacar materia y santo, y tal, materia, santo y reprobación de hereje: mas siempre se atiende á lo principal, y del intento del sermón se toma la determinación de su género. Ni porque sirva el Evangelio todo, ó parte dél, á materias, santos y herejías se llamará sermón de Evangelio; porque el principal intento es, ó materia, ó santo, ó hereje, puesto que no se valen del Evangelio para exponerle, sino para un fin de los tres. Así, los sermones de materia, en rigor, son de nueve maneras: materia sola, santo solo, hereje solo; materia, santo, ó hereje de una parte del Evangelio; materia, ó santo, ó hereje de todo el Evangelio. Los sermones de Evangelio exponen literal ó místicamente aquella parte de Escritura que se propone, entretejiendo materia, alabanza de santo y confutación de herejía, se-

gún agrada; mas accidentalmente, y sólo para explicar el texto.

También estos sermones pueden ser de tres modos: porque ó se expone todo el Evangelio, ó parte dél, con diferentes sentidos y opiniones, ó (y esto arguye más ingenio) haciendo concurran todas las cláusulas del Evangelio á exponer una principal, ó, como suele suceder, corriendo dos Evangelios de feria y fiesta, poner cuidado en que sirva el un texto para declarar el otro, ó parte. De suerte, que, quiriendo formar sermón, es menester sea de materia ó Evangelio; y abrazando aquélla nueve géneros y tres éste, parece son doce los que se pueden ofrecer, y no más. Luego que se haya hallado en cuál déstos se pretende formar el sermón, se ha de reducir todo él á una sola proposición, de forma, que fuera della no se diga principalmente cosa, sino ó para introducir, ó ampliar, ó probar, ó adornar la misma, y que todo, ó mediata ó inmediatamente, se traiga por tal respeto. Esto enseña Aristóteles en su *Poética,* afirmando no ser uno el poema, sino una la acción; y cualquier poema puede tener cantidad de episodios; mas conviene sea una sola la cosa de que trate, como la ruina de Troya, ó el pasaje de Eneas en Italia.

Pues cuando se quiere tratar, por ejemplo, de ayuno, se puede en tal materia formar varias proposiciones, como "el ayuno es obra buena, es meritorio, es satisfactorio, es antiguo, obra buenos efectos,,, y otras, tomando para un sermón una sola; porque de otra suerte el sermón no sería uno. Y esta unidad de proposición (hablando lógicamente) será cuando no hubiere sino un sujeto y una pasión, como "el ayuno es antiguo,,, no importando mucho se pronuncie en modo de enunciación ó cuestión: de enunciación, afirmativamente, como "el ayuno no debe dejarse,,; de cuestión, como "si se debe ayunar,,, ó "si el ayuno fué ordenado por Christo,,. Porque, bien mirado, al último la cuestión se reduce á la enunciación afirmativa ó negativa, bastando que en todo un sermón no se ponga la mira sino en tratar una sola pasión de un sujeto solo, de cualquier forma que se proponga, ó por proposición ó enunciación. Pero será bien aplicar este documento á los doce géneros con más particularidad. En un sermón de materia, habiendo de predicar (siguiendo el mismo ejemplo) de ayuno, se eligirá una sola proposición, como "el ayuno es antiguo,,. Aquí se ha de ver que sujeto es el ayuno, que pasión la antigüedad, procurando introducir, ó probar, ó estender, ó adornar, *mediate* ó *inmediate,* la inherencia

desta pasión á este sujeto. Débese advertir que pudiendo en materia de ayuno escoger la proposición predicable ó más universal, ó más particular, no la elija tan particular, que falten pruebas para llenar el sermón, ni tan universal, que las pruebas excedan al término de una hora, que suele durar. Los más doctos podrán bien escoger las proposiciones tan particulares como quisieren, puesto que no les faltarán pruebas para cualquier largo discurso; mas los que menos saben las tomarán tan universales como pudieren, ya que será mucho no componer bastantes oraciones con la sombra de tanta universalidad; si bien debe procurar en esto cualquiera ser juez de su talento, sin engañarse. Cuando intervinieren dos cosas en la proposición, se podrá tomar la mayor ó menor universalidad, ora de parte del sujeto, ora de la pasión: désta, como ''el ayuno es bueno,,, que es universalísima, y después, prosiguiendo: ''el ayuno es obra cristiana, es meritorio, es satisfactorio, ayuda á la oración, etc.; proposiciones que se van particularizando siempre. Y así de parte del sujeto: como ''el ayuno es bueno, el ordenado por la Escritura Sagrada es bueno, el ordenado por Christo es bueno, el cuadragesimal es bueno,,, etc., siendo fácil de ver que se van aun aquí estrechando siempre los términos. De modo, que ó por el sujeto, ó por la pasión, ó por ambos, al elegir la proposición sobre que se pretende hacer el sermón, se ha de reparar en hacerse el foso ancho ó estrecho, conforme al vigor y disposición del que le hubiere de saltar, conservando siempre sola la proposición que se elige. Esto se observa también en alabanza de santo, fijando asimismo una sola proposición, á que se reduzga el resto del sermón, en quien será sujeto el santo, y pasión la alabanza que se le atribuyere: como ''Lorenzo fué gran mártir, Pedro fué Príncipe de los Apóstoles,,. Débese considerar se podrá también aquí de una y otra parte alargar ó estrechar la proposición, como se apuntó arriba; pero más bien de parte de la pasión que del sujeto: como ''Pedro fué Apóstol,,,; ''Pedro fué Príncipe de los Apóstoles,,; ''Pedro hizo la más gallarda confesión de fe que jamás se hiciese,,, quedando expreso el restringir de la pasión. El sujeto, por ser Pedro individuo, parece se podrá restringir con dificultad; mas no será difícil, hablando dél, no en rigor, sino considerado en esta ó aquella acción: como ''Pedro en todo el discurso de su vida fué loable,,, ó ''en el Apostolado,, ó ''en el martirio,, etc,, apretando de mano en mano las consideraciones, al paso que fueren apretadas las acciones del Santo.

El punto de confutar herejía lisamente requiere más alta consideración. A Dios gracias que en nuestra España es superfluo semejante cuidado; mas, siquiera por curiosidad, no dejaré de tocar algo. Si las veces que se trata materia impugnada de herejes se entendiese tratar este tercer género, sería menester afirmar incluirse en él todo lo que se tratase de materia, ó santo, ó Evangelio, no habiendo cosa en la Teología que no haya sido impugnada de algún hereje. Diráse, pues, hacerse sermón contra hereje cuando el intento es sólo mostrar hallarse las razones que trae para fortificar su opinión y debilitar la nuestra, lejos de la verdad ó verisímil. Por manera, que el sermón contra hereje es casi todo confutativo, teniendo poquísimo de confirmación, como predicando deberse observar el ayuno de la Cuaresma; proposición que, si bien es de materia que ha negado el hereje, y si bien *incidenter* se confutarán sus razones, el intento principal será confirmar la materia que se trata, y no el confutar quien la impugna. Y como antes se apuntó que del fin se denominaban los géneros, así este sermón no será contra hereje, sino de materia. De forma, que si por intento principal se predicase ser falsas las razones de Calvino contra el ayuno, éste sería propiamente contra hereje, porque no tendría por fin confirmación, sí más bien confutación. Y en éste, como en los pasados, conviene eligir una sola proposición (centro casi de todo el sermón), como diciendo ser falsas las razones de Calvino contra el ayuno; teniendo por blanco alargarla ó estrecharla, según arriba se decía, ó por parte del sujeto, como "los herejes falsamente impugnan el ayuno; los calvinistas falsamente impugnan el ayuno; Beza falsamente impugna el ayuno,,; ó por parte de la pasión, como "Beza falsamente impugna las obras satisfactorias, ó el ayuno cuadragesimal,,; bastando esto (que no es de poca molestia para el oyente) cuanto á los tres géneros: materia, santo y hereje.

Fácil cosa será ahora tratar destos mismos conjuntos, ó con paso particular del Evangelio, ó con todo él. Porque debiendo elegirse también aquí por regla infalible una sola proposición, de que penda todo el sermón, el modo de hacerla será tomando de la parte del sujeto todo lo que era sujeto y predicado en los géneros simples, metiendo de parte de la pasión, ó parte, ó todo el Evangelio; porque lo que se aplica á un paso se puede aplicar á todo; "como deber observarse el ayuno,,; Pedro ser Príncipe de los Apóstoles; Beza condenar falsamente el

ayuno, se prueba maravillosamente con tal paso, ó con todo el Evangelio de hoy,,. Y desta manera se forman los géneros simples con la aplicación del Evangelio.

Quedan los sermones didascálicos solos (llamados ya de Evangelio), en que también es menester guiar toda cosa á una sola proposición; mas cómo se pueda hacer arguye dificultad grande; porque exponiendo *ad literam* todo el Evangelio, parece serán tantas las proposiciones cuantas las cláusulas que se expusieren. Y es dificultoso reconocer acudan todas de conformidad à servir á una sola. Así, quien expone Evangelio cláusula por cláusula, sin reducirlo á unidad, hace ó paráfrasis, ó comento; mas no oración ó sermón. Con todo, se dirá que, siendo tres los géneros deste didascálico, exposición de Evangelio solo, de un paso con todo el Evangelio, y de un Evangelio con otro, en los dos últimos es cosa fácil hallar la proposición fundamental del sermón; porque diciendo: "la tal cláusula del Evangelio se muestra verdadera por todas las otras,,, será una proposición sola, confirmada de las demás expuestas en el discurso del sermón. También diciendo: "este Evangelio tiene maravillosa conformidad con el otro,,, será una sola proposición, que recebirá confirmación de todo lo que se dirá: como *Ego principium, qui etcétera loquor vobis*: Que Christo sea principio, según dice esta cláusula, se prueba con todas las otras del Evangelio, quedando así formada la proposición. Y desta suerte en los demás, y de Evangelio con Evangelio, como entenderán con facilidad los medianamente ejercitados. Lo que parece difícil es la llana exposición de un solo Evangelio. Por tanto, se ha de considerar serán todos los Evangelios que se proponen dotrina, ó historia, ó misto. Dotrina, como en la sexta feria de la Ceniza. *Diligite inimicos vestros,* con lo demás. Historia, como en la quinta: *Cum introisset Iesus Capharnaum,* hasta el fin. Misto, como el día de Todos Santos: *Cum ascendisset Christus in montem,* etc. *et Beati,* con lo que se sigue. Y aquí es menester distinguir; porque si es dotrina, se tomará el blanco de la que se trata, como en el ejemplo alegado. La proposición será: "Que se hayan de amar los enemigos, el Evangelio de hoy lo muestra,,; y no bastaría decir: "El enemigo debe amarse,,; que desta forma el sermón sería de materia, y no de Evangelio. Bien se podría oponer, parece, la proposición formada antes de materia aplicada á todo el Evangelio, que proposición del mismo; mas conviene advertir trata el propio Evangelio allí materia, y

así, no se podría proceder de otra suerte. Siendo historia lo que se trata en el Evangelio, se debe procurar conocer cuál virtud ó cuál calidad de agente se muestra principalmente en aquella historia; y diciendo probarse aquella calidad de las acciones de aquel Evangelio, quedará formada la proposición: como tomando en la historia de Cafarnaun el Centurión por agente, se podrá decir: "Cuánto pueda la fe del Centurión muestra por muchas cláusulas este Evangelio,,; añadiendo después: "Porque Christo viene donde está; porque otorgando, le oye; porque le alaba,,. O queriendo elegir por agente á Christo, se diría: "Cuánta sea la bondad de Christo muestra este Evangelio,,; añadiendo también: "Porque viene donde está el Centurión; porque sana al siervo,,, y semejantes cosas, que mientras se exponen, declaran juntamente las cláusulas del Evangelio, y todas enderezadas á una prueba. Mas en caso que en un Evangelio se tocasen dos historias, como en el Domingo que se lee la del Centurión y la del leproso, se podrá exponer una sola, sin hacer mención de la otra, ó buscar el agente común á las dos, hallándole calidad, que se venga á probar de ambas acciones, poniendo por sujeto decir que todo esto se prueba de las dos historias: como ser poderoso Christo lo prueban admirablemente los dos milagros del Evangelio de hoy.

Síguese el misto solo, donde hay narración de historia y dotrina juntamente, y aquí, ó la mayor parte es historia, como en el Evangelio del Centurión, añadiendo después de toda aquella acción: *Multi ab Oriente, et Occidente venient*, etc.; ó la mayor parte doctrina, como en el Evangelio de Todos Santos; donde después de la acción de subir al monte, se pone toda aquella doctrina de *Beati,* etc. Si la mayor parte es historia, se tomará el blanco de la misma, como "ser bueno Christo lo muestra todo el Evangelio: porque viene donde está el Centurión; porque alaba su fe; porque sana al enfermo; y más, porque no es parcial, pues añade: *Multi ab Oriente et Occidente venient*,,, etc., enderezando la dotrina á probar la historia. Mas si la mayor parte fuese dotrina, se debe tomar el blanco della, procurando caminen también aquellas pocas acciones (á lo menos, por sentido moral) á un mismo fin; como en el Evangelio de Todos Santos, diciendo: "El modo de adquirir la felicidad se muestra en el Evangelio de hoy (tal es la proposición), y ésta granjean los que lloran, los que son limpios de corazón, los que padecen persecución, etc., y más los que con Christo *ascendunt*

in montem, id est, contemplan; *sedent, id est,* componen el ánimo; *aperiunt os, id est,* aprovechan al prójimo.,, Aquí se podría dudar debajo de cuál género está la parábola: mas, sin duda, es dotrina, y tiene bien descubierto el blanco; de modo, que hallado su sentido literal (no siendo el que suenan las palabras, sino el que entendió el Salvador principalmente), será también fácil reducir el Evangelio de la parábola á una proposición sola.

Dos cosas se han hecho importantes para la disposición de cualquier sermón: enseñar á conocer el género en que se quiere decir, y á formar en todo género la proposición que ha de dar unidad al sermón y sobre que se ha de levantar toda la máquina; cosa que se puede hacer sin libro, sólo pensando; sin haber menester para tal efeto de otro que de sí mismo. Conviene después valerse de cantidad de libros de que se puedan sacar los concetos que introducen y prueban la proposición eligida. Del modo que tras haber propuesto fabricar algún edificio, conviene se busquen los lugares de piedra y tabla para sacar dellos los materiales que han de intervenir en la obra, así es menester entrar en el lugar de los libros, procurando sacar dellos y poner aparte casi una selva de todos los concetos que han de servir á la materia propuesta. Ni se llama sin propósito *selva* esta junta: porque mientras se saca, se va dilatando confusamente, como bosque ó selva, en poco papel, hasta que con la disposición siguiente se vaya compartiendo y haciendo jardín. Cuanto al prepararla, suele procurar cada uno sacar de los libros que tiene la mayor cantidad de concetos que le es posible. Quien más tuviere (particularmente eclesiásticos), más lucirá y se hará más honra. Regla es certísima bastar un libro á quien estudia y quiere aprender; mas no mil á quien escribe y quiere enseñar. Débese por eso tener muchos, y leerse todos; que, al fin, todos enseñan. Demás, que si en cien veces que se haga selva se halla en una un conceto notable, el libro queda pagado y la fatiga recompensada con gruesa usura. Si por suerte no puede el predicador tener tantos, antes le falta comodidad para los dos que (según común opinión) contienen en materia de Escritura casi todos los demás, esto es, el Tostado y Nicolao de Lira, se podrá también dar traza para que con pocos libros y menos costa se tenga con qué poder escribir en cualquier género de sermón que se haga. Porque debiendo ser todos los concetos de Escritura, ó materia, ó santo, ó contra herejes, sobre Escritura, principalmente Nueva (pues sobre ella se predica de

ordinario), bastará tener dos libros: *Concordata* de Jansenio, y *Catena Aurea* de Santo Tomás, pudiendo ser, la impresa en París por Somnio, que tiene notados en las márgenes no sólo nombres, mas aun lugares menudísimos de autores. Por este camino se estudiarâ á un tiempo Escritura y Padres, y siendo aquellas anotaciones fidelísimas, con un libro se podrán alegar mil. Cuanto á las materias, principalmente escolásticas (pues no se deben predicar como se disputan), parece bastará tener solo el texto de la *Suma* de Santo Tomás; y si fuere posible, el *Rosario* del Pelbarto, que tratan con elegancia y claridad de cualquier cosa. Para sermones de santos (ya que con facilidad no se pueden haber autores antiguos que hablan dellos en diversos lugares), bastará tener acompañado con el breviario al docto y agudo *Martirologio* del Galesino, y contra herejes, á Alfonso de Castro. Los sermonarios en romance causan generalmente notable daño. Quitan la invención propia, la elegancia del lenguaje, la agudeza de los pensamientos y concetos levantados. Son ocasión de que no estudien los principiantes, asidos á sus romancistas. Hacen dar á menudo en cosas comunes y trilladas, que todas lo son, por andar en tantas manos, y en lenguas de quien no los entendiera en latín. Asimismo sería bien tener algunos librillos de cosas comunes, que aprovechan infinito. Tales son: *Exempla virtutum et vitiorum, Similitudines Sacræ Escripturæ, Summa Conciliorum, Exemplos de Marco Marulo,* y semejantes. También, por la variedad de cosas que contienen, serían de mucha consideración el *Decreto* y la *Biblioteca de Sixto,* y, sobre todo, los sumamente necesarios *Concordata* de la Biblia y la misma *Biblia,* caso que pueda ser, de las que tienen la tabla de materias llamada *Index Biblicus.*

DOCTOR. Maravillosamente habéis expuesto lo que hasta ahora he deseado oir. Confieso ser raros los que guardan semejante rigor; antes pienso haber llegado á noticia de pocos tal arte: quedan siempre reservados las águilas, los maestrazos de la predicación, para quien lo tratado fuera sin duda puerilidad. Sin esta luz, sin esta guía que propusistes, es gusto ver hablar á muchos perdidamente un hora ó más, sin proponer, disponer y concluir la materia predicable que tienen entre manos. Bien pudiérades ocupar más de un púlpito de la Corte, en quien se vee no pocas veces pasar por finos doblones chanflones falsos. ¿Acaso habéis predicado en Madrid algún sermón?

MAESTRO. ¿Por tan imprudente y arrojado me tenéis, por

tan falto de conocimiento, que me habia de arriscar á lo que causa temblores al más valiente, sólo imaginado? No basta haber estudiado en la Sagrada Escritura; no basta saber las constituciones de los Sumos Pontífices, las determinaciones de los sacros Concilios, la Filosofía, Lógica, Retórica; menos tener conocimiento universal de las cosas del mundo, y en especial de los vicios del pueblo, con que podría parecer cualquier sujeto hábil y consumado para el púlpito; sino que conviene nacer con cierta gracia en la acción, con cierta energía en la pronunciación, con cierto énfasi en el habla, que no se diga cosa menos que con prudencia y consideración. Algunos he visto que posan toda la vida en recoger, sin saber sembrar jamás. Buenos apenas solamente para sí. Unas arcazas antiguas embutidas de ciertas joyas pesadas y molestas, sin que con ellas se pueda lucir en ocasiones. Al contrario, otros, con caudal cortísimo de sabiduría, arrebatan las almas y llevan tras sí el concurso del pueblo. Es de grande consideración para hacer fruto la madurez de los años y el crédito de venerables canas, que obligan siempre á respeto y decoro. Las cortes y universidades perficionan los sujetos para la inteligencia de negocios, ejercicio de cortesías, despejo de acciones. Las ciencias adelgazan los entendimientos, sutilizan las imaginaciones y enriquecen las lenguas de levantados concetos; mas la edad comunica cordura, prudencia, juicio, y lo demás esencial para los aciertos. Un mozo en el trono de un púlpito diminuye grandemente la devoción, siendo en cuanto dice (á lo menos, con la presencia) poco eficaz para la reprehensión, poco atractivo para la obediencia. Sin esto, es menester granjear ventura por medio de amigos y aficionados, que, encadenándose con otros, y otros con aquéllos, componen y forman una muchedumbre admirable.

Don Luis. ¿Qué decís? Luego ¿también se halla artificio para convocar almas en los sermones? ¿Que hasta en materias de devoción intervienen ardides y estratagemas para el conseguimiento de mayor aplauso? No viene en esta conformidad á salir del todo vano lo que oí platicar cierta vez en razón de un mullidor famoso. Contábase déste tenía preparado gran número de auditorio, no vulgar, sino del más granado y selecto, ocho días antes que asomase el sermón. Para obligar más á los convidados y excluir cualquier excusa que se pudiese alegar, fundada, ó en ocupación de negocio, ó en pereza de madrugar, acetaba se fuese tarde y ofrecía acomodado lugar, porque la

incomodidad no divirtiese el intento. En esta forma miraba de contino logradas sus diligencias. Bien es verdad era el interesado por quien se hacían tan único en la predicación, que, como segundo Blas, hiciera en las soledades atentos oyentes de su palabra las fieras, las piedras y plantas.

DOCTOR. Según eso, antes recibía agravio que amistad en lo que el tal su aficionado se afanaba por su respeto, pareciendo caía todo sobre mendiguez de crédito; sobre penuria de opinión.

DON LUIS. Y por tal le reconocía, haciendo avisar muchas veces al diligenciero desistiese de aquella persecución; que tal nombre daba á su cuidadosa solicitud.

DOCTOR. Tan señalado se halla por lo que decís el convocador supuesto, que me atreviera á manifestar su nombre. No viene á ser por su camino menos único que el mismo predicador. En estremo me holgara aplicar la pluma á la historia de su vida; que me aseguro se hallaran en ella sucesos no menos prodigiosos que los de Teágenes y Clariquea. No es tan veloz el rayo como sus pies para dar con ligerísima ocasión una vuelta al mundo. Tiene desentrañado lo más digno y de más antigüedad que contienen las provincias de España, Italia, Francia y Flandes, ó, á lo menos, da muestras de tener entera noticia de lo más notable. Hácele parecer de admirables recamos el aliento que descubre en cualquier cosa, pudiendo ser ejemplo de animosidad al más tímido para intentar los mayores imposibles. Si le tuviérades por amigo, pudiérades á ojos cerrados ocupar el púlpito, y aun estoy por decir osar predicar sin meditación, casi de repente. Subiera vuestro nombre á las nubes, exagerara pomposamente vuestras letras, y esparciera vuestras alabanzas con tan resonantes hipérboles y encarecimientos, que no hicieran tanta operación si todas las hojas de los árboles fueran lenguas; si todas las arenas del mar fueran voces. Ignora totalmente los primeros rudimentos latinos; mas encomienda á la memoria con tan grande puntualidad las autoridades de Escritura y Evangelios, que deja asombrados la primera vez que le oyen á los más entendidos, juzgándole por estremo erudito en letras humanas. Su prosa es redundante y hueca. Aboba con la prontitud del decir; sin advertir los que oyen á tales que hablan con ventaja, mas no á propósito, porque á propósito y mucho lleva grande dificultad. Válese de exquisitas palabras: *condensar, retroceder, equiparar, asunto,* y otras así. Huye cuanto puede los términos

humildes, siguiendo cierta afectación ostentativa. Entre el vulgo adornado de negro se usurpa conversando la presidencia, sin soltar apenas un punto la pelota de la mano. Opina fácilmente, ni deja cosa indecisa, con la cortapisa á cada paso de *á mi ver*. Apártase de la turbación en los tribunales, supeditando con el natural despejo y desgarro cualquier pusilanimidad y ahogamiento. Fué sacristán de monjas, y no sólo se esmeró en el cuidado que pide semejante ocupación, sino que pasó al de entender el canto llano, al de oficiar una misa, colgar una iglesia y tener con particular aseo sus ornamentos. Tuvo también entrada en Palacio; mas perseveró poco en él, naufragio que atribuye al rigor de la envidia. Ha frecuentado cárceles, hasta ser combatido de los miedos que infunde la imputación de una muerte. Felicísimo mil veces el poeta que le encargare sus rimas, aunque en forma de pedernales; que fuera de la pronta extensión por infinitas manos, tendrá en él, si no fundada defensa intelectual, por lo menos, material escudo para vencer á todos con mayor resistencia de voces. En suma, él es de corteza singularísima, y de natural, que si le templara la prudencia, aún fuera más famoso. Sobre todo, viene á ser tan infeliz, que, habiendo tratado entre oro,muere casi de pobreza, debiéndose á su briosa petulancia no tenue socorro para el común sustento, ya que merecen participar los oficiosos méritos del trigueño de la fortaleza de Cipión, de la benevolencia de Pompeyo y de la fortuna de César.

MAESTRO. Estimara sumamente tenerle por conocido, puesto que fuera cordura valerme dél en lo que me pudiera ser de utilidad. Es ingratitud y temeridad excluir cualquier instrumento apto á despenarnos de lo que por nosotros no es posible eximirnos. ¿Hay cosa tan difícil como reconciliar y unir variedad de ánimos y humores, haciendo concurran todos al beneficio de aplaudir, al gusto de no contrastar? Al volver de Roma (siendo Dios servido, bien despachado), tengo de buscar ese hombre y obligarle con dádivas y regalos para que, en cuanto pudiere, se me muestre favorable y aficionado. De medios al parecer humildes han resultado tal vez grandiosas operaciones. ¿Qué no se puede esperar de quien profesa ser tan resuelto, tan entremetido, de quien con tanta facilidad mueve la lengua entre ministros, entre señores y otros personajes de lustre? La mayor admiración que procede de lo apuntado consiste en que haya quien se ose apropiar el milagro de transustanciarse (que es

mudarse de una forma en otra) á los ojos del mundo, en tiempo cuando más resplandece el sol. Que entre ciegos sea rey el tuerto, no es mucho; pero fuera, sin duda, desvarío quererlo ser entre linces. Entre idiotas pasar el menos insipiente por docto, vaya; mas entre sabios querer parecer científico, es el mayor deslumbramiento que puede caber en humana imaginación.

DOCTOR. Lejísimos os quedáis del primor y magisterio que comprehende semejante industria. Hacerse un capitán afamado con numeroso ejército no es grande muestra de valor; más vendríalo â ser consumada cuando con escasas fuerzas adquiriese glorioso nombre. El símil, pues, responde por los que sin fatiga de estudios anhelan por honra y reputación científica. Que si bien no se puede negar ser yerro sin disculpa desear parecer hipócrita de letras, tiene, con todo, no sé qué de loable querer granjear estimación y nombre con cualquier color y título los á quien justamente se debía el de inútiles excrementos de las ciudades. Serlo todos los deste jaez se infiere de que si aquello se llama superfluidad que, expelido de la naturaleza, para nada es bueno, los que nacieron para sólo vivir sin obrar, acercándose á la muerte con la continuación de vasos vacíos, sólo sirvieron en la república de superfluidad.

MAESTRO. Déstos he conocido caterva grandísima; y aun por huir dellos, he perdido, como se usa decir comúnmente, su amistad y conversación.

DOCTOR. Ambas cosas son dignas de perderse y dejarse. La última fué siempre odiosa por sí. No sirve la ignorante muchedumbre sino de inculcarse, de confundirse y de cortar el hilo de cualquier provechoso discurso. Tal vez he visto hablar á diez juntos, sin dar lugar unos á los concetos de otros; mas ellos son tan mecánicos y baladíes, que es convenientísimo se los lleve el aire sin ser atendidos. Este género de vulgo funda su feliz entretenimiento en la locuacidad, en la confusión, sin lucir más que con silbos y graznidos, como cuervos y tordos. Jamás llega á desengañarse tan embarazosa turba que sin leer, ó, por lo menos, escuchar, es imposible saber.

MAESTRO. Pues ahora, cuán de evitar sea la amistad de gente tan inútil, consta bien de los referidos efetos. Es el amigo la mitad del alma, su guarda y custodia, el medicamento de la vida, el vínculo de todas las cosas. Es más segura la que se contrae entre iguales, siendo siempre sospechosa la de los más poderosos, donde la eminencia de uno y la sujeción de otro

antes engendran obsequio y lisonja que advertencia y desengaño. Sutil y quebradiza demasiado es aquella amistad que tiene puesta la mira sólo en la felicidad y riquezas. Entre los amigos no se busca el interés, sino la voluntad. La firme amistad consiste en querer y no querer una misma cosa. El mayor solaz que puede haber en esta vida es tener á quien descubrir el pecho, eligiendo varón con quien comunicar lo más escondido del corazón: sujeto fiel que en las cosas prósperas se congratule y alegre, en las adversas se lastime y compadezca, en las persecuciones consuele y anime. Es la amistad virtud, no ganancia que ocasiona el dinero, sino interés que solicita la gracia y benevolencia. Es semejante el buen amigo al médico; que, amando al enfermo, aborrece la enfermedad, persiguiendo la calentura para librar al que la padece. Cuando se aman los amigos se deben aborrecer sus vicios. Es propio de verdadera amistad querer más á lo más digno, y menos á lo que no fuere tal. Una alma sabia y perfeta es justo se aventaje en amor, reservando el mismo para la que con el tiempo se mejorare. Ninguno se debe agradar de sí mismo siendo ignorante; puesto que quien se ama necio, jamás aprovechará en sabiduría, ni será cual desea ser el que como es no se aborreciere. La correción del amigo no debe ser guiada con estudio de jatancia, sino con afecto de caridad, sin que sea la amonestación áspera, ni la reprehensión afrentosa. En conociendo su vicio, se le debe corregir en secreto; si no se emendare, en público; y si del todo se mostrare incorregible, desampararle. No tengo por acertada la abundancia dellos, siendo cordura tener muchos conocidos aficionados y pocos amigos interiores, como se suele decir, del alma. Tener muchos, si no se saben gobernar, es ir cargado de pólvora y armas de fuego, que, por no saberlas regir, matan á quien las lleva. Dos manos asidas son símbolo de la amistad: *Melius est duos esse simul,* se dice en el *Eclesiástico.* Y en los *Proverbios: Frater qui adjuvatur á fratre quasi civitas munitissima.* Esta amistad no admite celos, y así, ataja rompimientos; y si los hay, no son peligrosos. Acto y potencia, que son un dúo, lo hacen todo. Como el labrador pone un árbol en el lugar de otro que perdió, así debemos colocar nuevo amigo donde estaba puesto el que nos faltó. Impedimos el más hermoso fruto de la amistad cuando no admitimos libremente su censura; pues es para nosotros su aviso tan útil como para los navegantes en noche escura la luz del farol que los llena de consuelo. Nunca fué verda-

dera la amistad que pudo ser dejada. Entre amigos, el género más superior de rogar es querer. Tal vez no se debe dar crédito al amigo que alaba, si ya no tuviere tan pronta la amonestación como la loa. Ruégote (dice el divino Jerónimo) no quieras perder fácilmente al amigo, que apenas se halla y con tanta dificultad se conserva. Más vale no escoger amigo que, después de señalarle, quebrar con él y perderle. Es bien verdad que si no sale como se pensaba, se debe ir descosiendo, no rompiendo. Es acertado, antes de contraer semejante amistad, discurrir si el tal hombre es bueno para ella. Quien primero ama y luego juzga, las más veces sale engañado, por ser la pasión mortal veneno del juicio. Entre las calidades que ha de tener, diría yo fuese la más principal que con su virtud y nobleza nos pueda hacer siempre más virtuosos y más nobles de lo que fuéremos. Hase de apartar de la amistad toda sospecha, y hablar con el amigo como consigo mismo pudiera. Siempre que incautamente nos ingerimos en las amistades de los malos, nos metemos en los lazos de sus culpas. Y el que se precia de muy justo, por lo menos, discrepa de lo bueno en que su exterioridad concuerda con las descompuestas acciones del estragado. Cuando permanece una amistad de veras, ninguna cosa se cree fácilmente, ni se recibe ninguna que pueda causar división. Mas si una vez se ocuparen los ánimos en admitir discordia, todo lo que interviene, lo que se dice, lo que se oye, se recibe con fin de que resulte dello mayor enemistad. Las nuevas dignidades suelen mudar las amistades antiguas. Cría nuevo corazón y nuevos afectos el impulso de la nueva promoción. Hechos ricos, reciben enfado con la presencia de los amigos pobres, como si del todo se hubiese apartado dellos cualquier reliquia de penuria. Siempre entre indignos creció el ceño y gravedad al paso que se dilató poder y mando.

DOCTOR. ¿Hasta cuándo pretendéis dure el amontonar sentencias de amistad? Bien sabéis cuánto entre discretos son aborrecidos los centones. Aun para un libro fuera extravagante superfluidad ésta, cuanto más para una corta conversación, donde cada uno sufre de mala gana perder lo que se le está pudriendo en el estómago. Habéisme parecido á ciertos comentadores humanistas, que en cogiendo entre manos al miserable Virgilio, á Horacio, á Persio, ó á cualquier otro, le desmenuzan y trillan hasta no dejarle hueso sano. No se debe decir cuanto hay y se puede en la materia propuesta; que fuera de

moler al letor ó al oyente con la continuación de cosas graves, conviene dejar algo para el que en otra ocasión quisiere tratar puntos semejantes.

MAESTRO. Confieso haber sido demasía, y que olvidé lo que fuera justo tener muy en la memoria; mas en buena ocasión metistes el montante. La materia era tan dulce, y por ventura tan provechosa para todos, que no cesara en un dia de arrojar documentos: tan apresuradamente acudian á la lengua para ser dichos.

DOCTOR. Pues el verdadero (reduciendo á epílogo cuanto habéis encadenado) viene á ser no tener hoy amigos. Fué el siglo de oro muy apropiado y capaz de iguales preceptos, por resplandecer en él aquellos dos gloriosos epitetos de *sincero* y *fiel*. Sucedió el presente, que es de hierro, y aun de más bajo metal; y faltando aquellas dos firmes colunas de la amistad, se introdujeron dos enemigas suyas: Infidelidad y Malicia. Debémonos, pues, acomodar con el tiempo que corre. Ya no hay amigos, no hay desengaños, no hay buenas intenciones. Todo es mentira, todo estratragema, todo propio interés. De nadie se puede estar hoy menos seguro que de quien se da por más amigo, por ser el primero que á espalda vuelta pretende adelantarse en picar y morder. No hay cosa tan abominable como hacerse uno esclavo de su secreto, comunicándole á quien por ningún caso le sabe guardar; antes como estraño le revela, y juntamente insulta y amenaza con lo más importante dél. ¿Quieres conocer (se lee en el *Eclesiástico)* si posees algún amigo? Experiméntale en tus angustias y en si menosprecia el daño por ti. Jamás éste se descubre en la felicidad, bien asi como ni en los males se oculta el enemigo. ¿Quién en su ánimo se acuerda de sus amigos? Y ¿quién no se olvida de ellos en sus obras? ¡Cuán presto dan en rostro con lo indecente que vieron; como si el defeto, arrojado una vez, pudiera tener la emienda de ser recogido y cubierto en pro del interesado! No maquines (avisa el tercero de los *Proverbios*) algún mal ó afrenta á tu amigo, pues hizo confianza de ti. ¿Hay quien socorra ó empreste á titulo de amistad? ¿Hay quien no se encoja como erizo, mostrando sólo las púas de palabras secas y penetrantes? Quien aparta (se lee en Job) la misericordia del amigo, desampara el temor de Dios. Pues si acaso, de vergüenza, quiere acudir con algo en la urgente necesidad, indecibles son las largas de que se vale, reservando la cantidad á dos plazos: tarde y mal. "No

digas (advierte el primero de los *Proverbios*): "Ve y vuelve: "mañana te daré,, , pudiendo dar luego. ,, Hállanse algunos tan dados á la costumbre de nuevos amigos, que, cual un hierro con otro, así con el nuevo expelen al antiguo; como si le igualara en bondad, y no fuera loable proverbio: "Amigo nuevo, nuevo vino: envejeceráse, y beberásle con suavidad: *Quod consuetum est* (según Aristóteles) *id est, notius et familiarius.* Lo acostumbrado es lo más apacible. Importa para ganar voluntades y amigos considerar la inclinación, las costumbres, lugar y tiempo. Cortesía y agrado con todos es lo que conviene; palabras dulces, que granjean ánimos y aplacan enemigos; mas intrinsiqueza con alguno, ni por pensamiento. Si se oyere algo menos decente contra el conocido, sepultarlo en el pecho, no haga despeñar el deleite de publicarlo. Evitar los ceremoniosos ofrecimientos "todo soy vuestro,, , "toda mi hacienda está á vuestro servicio,, , etc., es cordura; porque promesas inciertas granjean de balde ciertos enemigos. Solo me estoy en casa, solo paseo las calles, visito el campo; niego y afirmo sin contradición ni porfía. Bien conozco vale más un vecino cerca que un hermano lejos, siendo grande el beneficio de la compañía. Si entre dos cae uno, levántale el otro. ¡Ay del solo; que de ordinario suele perecer! No así con un fiel amigo, que es fuerte protección, hallando quien le consigue un gran tesoro. Sin duda, es digna la ponderación de cualquier oro y plata equiparada con la bondad de su fee. Mas éste, ¿quién le hallará? Todos son amigos al uso; como si dijéramos, de embeleco. Sólo de nombre, sólo para su comodidad; compañero de mesa; mas el día de la tribulación, *evanuit:* desapareció en tiempo de la mayor necesidad. Fingió engaño con la lengua. Como es digno de muerte quien despide saetas para matar, así quien maliciosamente ofende al amigo, si bien, cogido en fragante, alegue se burlaba. ¡Oh, cuánto se usa gastar con los amigos palabras suaves, y cuántos con ellas tienden red á sus acciones! No te mezcles (publica el Proverbio veinte) con quien revela secretos, con quien procede con engaños, y con quien dilata sus labios, esto es, con quien es hablador. Por lo menos, es mi condición de manera, que por ningún caso comunicará lo interior á enemigo ni amigo. A ninguno quiero manifestar mis ocultas flaquezas; baste el escándalo que ocasionan las públicas. Lo contrario no sirve mas que de oir y guardar, y con ocasión de defender la culpa, aborrecer al dueño, con que me podrá acometer y opri-

mir siempre que quisiere. No sé en qué parte se dice: "Guárdese cualquiera de su prójimo, y no tenga confianza en alguno de sus hermanos, porque en ninguno dellos hallará seguridad,,. Baste, para comprobación de todo, ser la amistad deste mundo enemiga y contraria á Dios, cuyo servicio es la verdadera, pues rinde por premio eternidad de indecibles bienes, que es la fruición de sí mismo.

MAESTRO. Don Luis, tiralde de la ropilla; que tiene talle de no terminar tan presto, y más habiéndome usurpado el oficio de predicador. ¿Hay cosa como querer mezclar lo profano con lo divino? ¿No es bueno que, sin pensar, incurrió en el vicio de que me quiso notar? Teníades traza de dejaros llevar de la corriente cinco ó seis horas. ¿Tan buen observante sois de lo en que halláis reprehensión?

DOCTOR. Es, por vida mía, lo que se trata ocasionado; y ahora echo de ver excedistes con causa justísima, pues al cabo de ser tan prolijo, me pareció haber dicho nada respeto de lo que se iba ofreciendo que poder decir. Mas respondiendo sola una palabra á la mezcla de lo profano y divino, ¿ignoráis por ventura ser solamente verdadera amistad, y sólo asida con lazo de Jesu Cristo, la que procede de temor de Dios y estudio de sagradas letras, no la que se deriva de hermosura, de hacienda, de adulación? Por eso viene á ser ésta un mismo consentimiento de dos, trabado con suma benevolencia acerca de las cosas divinas y humanas. ¿Veis, según esto, que sólo entre los buenos tiene consistencia la amistad, y que la de los malos por ningún caso merece tal nombre, por derivarse de mala conciencia? No por andar juntos dos ó tres se deben rigurosamente llamar amigos, porque son las más veces atraídos y violentados de la conversación, del juego, de la crápula y otros placeres, apeteciendo tal compañía hasta los mismos brutos. A ésta llamaría yo amistad de costumbre, no de razón, por quien amamos al hombre virtuoso y benemérito. Al fin, tanto quiero al enemigo que no me hace mal como al amigo que no me hace bien. Con todo, quisiera tener para la emienda de mis faltas y yerros ó un grande amigo, ó un grande enemigo, que me las notase y advirtiese. En tanto, pasaré la vida sin alguno, hasta que el cielo me proponga el que solicita mi deseo.

MAESTRO. ¿No consideráis la molestia que habremos causado á los dos amigos Isidro y don Luis con las importunas arengas de amistad? Pienso se les han de quedar los labios tan asi-

dos, que no han de poder despegarlos cuando quieran: en tanta recoleción los tiene el largo silencio.

ISIDRO. Oí decir haber sido el primer preceto enseñado por Pitágoras á sus dicípulos callasen los tres primeros años, sin dar á entender cosa de las que percibiesen. Según esto, ¿qué debo yo hacer, tan rudo en semejantes materias, sino aprender callando? ¿Qué debo hacer sino darme infinitos parabienes de haber tenido tanta suerte, que en esta junta se tratasen avisos tan importantes á la vida política y se introdujese tan prudente institución para reglar y enderezar bien las costumbres? Si me fuera lícito haber formado algún acento sin la dotrina y moralidad de que se hallan tan vestidos los vuestros sobre las cosas alegadas en razón de la amistad, bien osara decir no haberme sucedido daño en algún tiempo que dejé de haber venido, por esos amigos que dijistes deberse llamar de costumbre. Pendencias, cárceles, enfermedades, pérdidas y otros naufragios, sólo de esa fuente emanaron, y dellos fueron fundamento y principio. Déjase llevar la incauta juventud con facilidad de cualquier aparente entretenimiento. A los no ocupados en libros, ó en otros ejercicios de virtud, es molestísima la sobra de tiempo, el cansancio de ociosidad. Búscanse los compañeros, y como de ordinario no es el entendimiento el gobernalle deste género de juventud, dase larga mano á travesuras, hallándose en todas oprimido el discurso y violentada la razón. Faltan modestia y templanza, y, sobre todo, experiencia y consejo para seguir en peligrosos estremos el medio mejor. Ninguna cosa apuraba tanto mi paciencia como querer en todas conversaciones se tratase de beber sin tener sed alguna. Si se jugaba, la primer palabra que se decía era: "Echese para ello,,. Si había alguna diferencia, no se podía mediar bien sin la taza, pareciéndoles interviene todo linaje de tristeza donde no se brinda alegremente. Pues si se rehusa el envite, no hay peor hombre en el mundo: mal compañero, desapacible, singular y digno de estar siempre encerrado en su aposento. Llegada la ocasión de algún enojo, en lugar de templarle y de aligerar la causa que le incitó, le aumentan, graduando las circunstancias para la satisfación de la honra, hasta que hacen despeñar al interesado. Di un tiempo en andarme solo, enfadado de tales términos. Comenzaron á llamarme filósofo, temático, silvestre, y poco á poco se fué esparciendo voz de que ya habia perdido el juicio. Torneme á domesticar alguna cosa; que era fuerza, en fin, comunicar con los de mi gremio;

y aunque algo más enfrenado que antes, no escusaba reincidir á veces en los desmanes que aborrecía. Así pasaba vida penosa, hasta que me la alivió el casamiento de mujer casera y entendida, por quien quedaron arrimados del todo los amigotes. Y cierto que cuando no trujera consigo otro bien más que éste la unión matrimonial, era dignísima de ser abrazada, puesto que el hombre cuerdo, todos los ratos que le sobraren de sus forzosas ocupaciones debe emplearlos en agradar, entretener y divertir de penosos cuidados á la que se le dió por la mitad del alma, por amiga, por compañera,

DON LUIS. ¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Gastar los ratos perdidos con la propia mujer? ¿Qué más perdidos que gastándolos con ella? ¿Hállase cosa tan rebelde, tan importuna, tan varia, tan enemiga de dar gusto? Habla cuando debe callar; calla cuando debe hablar: singular y extraordinaria de contino. No acaban de exagerar los casados cuán pesado yugo sea el del matrimonio, de cuántas rencillas abunda, con cuán particular aviso conviene vivir. Afirman no debérsele dar á la mujer noticia de negocio que importe. Tiene corto vaso, despídelo presto, y hay muchas á quien ahogara un secreto si al instante no le expelieran. ¿Cuándo tienen límite sus galas? ¿Cuándo fin sus antojos? No ha de perder fiesta, no ha de evitar visita; siempre quejosa, siempre descontenta. Si el marido la asiste demasiado, es pesado, es molesto; si se desvía mucho, es seco, es montaraz; fuera de que ver siempre delante una misma cosa, por la mañana, á medio día, á la tarde, á la noche, ¿á quién no apurará el sufrimiento? ¿A quién no será causa de aborrecer la vida? Felicísimo mi estado, donde ni hay mujer á quien sufrir, ni hijos á quien sustentar, ni hijas á quien guardar, ni criados á quien mantener, ni suegra á quien respetar, ni suegro con quien cumplir, ni casa que gobernar. Puesto en pie por la mañana, y dadas gracias á Dios por los beneficios que sin cesar recibo de su mano, salgo de casa, oigo una misa, acudo un poco al comercio; llegan las doce, espérame la mesa con poca, mas gustosa vianda; reposo algún tanto; solicito si tengo qué; si no, salgo al campo, donde cuando más solo, sentado en alguna ladera, pienso que estoy bien acompañado con sola mi pronta imaginación y potencia visiva. Con ésta distingo las maravillas de Dios, las riquezas del mundo, punto indivisible respeto del cielo. Diviérteme aquella melodía, aquella música tan acordada que hacen entre sí las criaturas, como cuerdas en la harpa del universo. Recréame ver

la consonancia del uniforme movimiento divino con los movimientos oblicuos de los planetas; el asiento de los elementos, cada uno en su lugar; la contrariedad de sus calidades; la variedad de los tiempos: el Invierno con su sementera; la Primavera con sus flores; el Estío con sus frutos; el Otoño con sus vendimias, y la constancia y perpetuidad que hay en todo esto. Con la otra me sucede lo que á los árboles, lo que á los ríos: que no pudiendo estender las raíces, que no pudiendo ensanchar las orillas, crecen y se levantan en alto. Desde allí me paseo por las inmensurables y serenas plazas de los orbes; que, al fin, la soledad es puerta de la divina contemplación. Doy la vuelta, recreado y contentísimo. Aguárdame no tarda cena; aliento con blando ejercicio su digestión; voime á la cama, y dichas mis devociones, y excluídos cualesquier cuidados, me entrego á quien me espera para matarme por seis horas.

Isidro. ¡Medrara el mundo si todos siguieran ese humor; si todos abrazaran esa vida! Bien se enriqueciera de vivientes si frecuentaran todos los desiertos, hechos unos Hilariones, unos Macarios. No es la rusticidad ornamento de virtud, sino imperfeción conocida. Fuera de que ese camino es para pocos; estotro, para muchos. Piedra que se menea no hace edificio; árbol que se trasplanta mucho no fructifica; el río corriente no representa la figura; y el que no está quedo no vee su imagen en el espejo. Según esto, mozo vacante y celibado, ¿para qué puede ser bueno? Cuando el instrumento del matrimonio no se destempla, cuando no se pierde la suavidad del concento, no hay tan dulce harmonía, no sólo para los entre quien interviene, sino para los vecinos, para los estraños.

Maestro. De bien asentados principios, ¿qué acertados medios ó qué prósperos fines no se podrán esperar? El casamiento guiado, cuando reciente contraído, con la prudencia y juicio conveniente, rinde admirables frutos de riqueza, de recreo y honor. Débese tratar el potro con industria, con artificio, ya concediendo, ya negando rienda; con blandura tal vez, tal con severidad. Sale con estos modos tan bien diciplinado, que aprovecha á su dueño, le honra, le deleita. Así, en el lazo conjugal (cuya feliz concordia consiste no menos en la unión de los ánimos que en la junta de los cuerpos) cese todo rigor, toda soberbia, todo enojo. Campee el amor sobre todo en su distrito, sin olvidar aquel común brocardico: "Si quieres ser amado, ama,,. El imperio del marido con la mujer es como el

del padre con la hija, ó, por mejor decir, como el del alma con el cuerpo, que se debe quedar nuestro. Propio de la mujer es oir y obedecer al marido, en cuya potestad se halla; mas ha de ser tratándola ni como á cabeza ni como á pies, sino como á la parte y lado de donde fué formada, que fué de un medio, y medio cercano al corazón. Los peces circuyen la nasa deseosos de entrar; al contrario de los que están dentro, que desean salir. Así en el matrimonio: los mancebos apetecen libres, condenan sujetos. Por herencia viene (dice el diecinueve de los *Proverbios)* la casa y hacienda; mas sólo de la mano de Dios la mujer prudente. La mejor posesión de cuantas hay es la de la buena mujer. Donde ésta faltare, sobrarán gemidos y calamidades. Pasará todo viviente sin ella como pájaro sin nido, vagabundo de ciudad en ciudad. No se deben condenar sus aderezos, sus ornatos, como vayan dirigidos al agrado y complacencia de sus maridos; que en esta forma se adornaron también muchas santas mujeres. Son compañeras de todo honor, particioneras de todo regalo, siendo, al fin, la coyunda con que uno y otro se halla ligado sacramento grande instituído por Dios, como tal santísimo, y, sobre todo, merecedor de ser con sumo respeto amado y seguido.

Don Luis. ¿Qué es esto? ¿No echáis de ver cuán mudo ha estado el Doctor lo que se tardó en la consideración desta materia? ¿Hasta cuándo ha de durar el silencio? Cosas hay que mientras se oyen se despegan de la voluntad, adquiriendo odio en vez de afición. Esta por ventura fué para vos de molestia; y siendo así, nos habrá pesado de haberle dado principio.

Doctor. No, por cierto; mas sucedióme en ella lo que á Isidro en otras pláticas de que no está bien enterado; que es callar, oyendo lo que se propone de una y otra parte. En los actos de prudencia, el de mayor fineza y primor, el de mayor estimación y alabanza viene á ser el de acertar á tejer este lazo con los requisitos que se desean. Quien yerra mucho en esto, poco sabe, poco discurre; si ya no tuvo al efetuarlo lisiada la potencia del entendimiento con el accidente del interés, ó con la pasión de la hermosura. El matrimonio es saludable, es bonísimo; fuera error herético condenarle; mas así como aprobando una orden (en quien como en congregación asiste el Espíritu Santo) puede parecerme mal algo de su corteza, no en consideración del cuerpo, sino en la de algunos miembros suyos, condenando en la religión lo que en el siglo es vituperable, como

la ambición, la codicia, la liviandad, la poca clausura y cosas deste género, así también en el casamiento (salva siempre la veneración que le es debida por los fines con que fué ordenado) no sería mucho desagradasen cuanto á los instrumentos, entre quien han lugar las zozobras, inquietudes, sobresaltos y desabrimientos de que suele abundar. Si se encuentra mujer obediente, oficiosa, modesta, es cuanta felicidad se puede desear y hallar en el mundo. ¿Qué mayor bien que infundir alma en el cuerpo de una casa, darle superiora que la rija, que la mande, siendo propia suya la jurisdición de los umbrales adentro, cuanto á ocurrencias caseras, limpieza y regalo? Mas si, por otra parte, sale altanera, desenfrenada, insensata, ignorante, supeditada de cólera, desnuda de razón, convencida de antojos, ¿habrá infierno tan duro de sufrir como ella? ¿Podrán ser igualados cuantos géneros de tormentos inventaron los tiranos con los que resultarán de su comunicación, de su altivez, de su pertinacia? Por este camino es el matrimonio pesadísima cruz, yugo insufrible, dolor inexplicable y un centro de cuantas angustias se pueden imaginar.

ISIDRO. Ya era eso esperimentar la mayor de las desdichas y llegar á la última desesperación. Creed hace el eco mayor ruido que la misma voz del casamiento. Muchos se hallan á quien atemoriza más la imaginación que hiciera el caso; y así, medrosos de una fantasma, huyen el rostro á la esperiencia. ¡Cuántos carecen de muchos bienes, por faltarles resolución! ¡Oh, si llegárades á determinaros, cómo fuera posible encontrar con un tesoro oculto, con un alivio de vuestras fatigas, con un consuelo de vuestros trabajos!

DOCTOR. No ha quedado por mí, amigo Isidro: soy de los á quien con más facilidad prende amor en sus redes. Flaco estremamente, sin consideración, sin resistencia. Esta pervertida inclinación, no interpolada con algún retraimiento, con algún acto de virtud, tal vez dió lugar á la razón para que, condoliéndose de mi mejor parte, intentase el remedio que propone San Pablo á quien se abrasare, que es casarse, siendo mejor ésto que aquéllo. Entré, pues, acaso en cierta casa de gente no elevada, como si dijéramos, de bien: metal antes común que otra cosa. Vi una mujer escasa de palabras, laboriosa; cuanto á rostro y presencia, que ni debía estar quejosa del pincel de naturaleza, ni tampoco agradecida en estremo; dueño de una medianía, así en esto como en calidad. El silencio, la ocupación, el traje, honesto por ser de

viuda, armaron los lazos para el primer atraimiento. Al paso que frecuenté la silla fué creciendo la voluntad. Amaba su virtud; y con prestar particular atención á sus acciones, nada hallé que pudiese deslustrar lo aparente, lo público. Apenas en cuatro meses movió dos veces los labios para más de responder á lo que se le preguntaba: ¡Oh, cuánto sabe disimular un silencio, y cuánto encubrir una fingida compostura! Crecía con esta perspectiva el deseo de unirse para siempre con quien manifestaba prudencia, con quien aseguraba quietud, con quien prometía descanso. Traté granjear con muestras de voluntad la del deseado sujeto. Estimólas, descubriendo agradecida correspondencia. Hízose á pocos días alarde de conformidad, y en su virtud, fueron las lenguas intérpretes de los corazones. Formáronse prontamente las dos letras del *sí,* juzgando podían por ningún modo padecer contradición. Tenía madre (como se suele decir) para mucho: varonil, resuelta. Comunicóse con ella el caso, y sin pedir término para determinarle, le contradijo briosamente. Puso la mira en el blanco del interés, y quisiera juntar con mucho lo poco de la hija. Publicaba grandes bienes de mí: loaba las letras, la capacidad; mas en llegando á decir "no tiene,., enmudecía. Castigo fué de nuestros pecados que estemos rendidos á un pedazo de metal, sin alma, sin sentido. ¡Qué amable es el rico, qué pomposo, qué discreto, qué sabio! Y al contrario, el pobre, aunque centro de toda virtud y letras, ¡qué idiota, qué deslucido, qué aborrecible! No hay cosa que tanto valga como esta criatura irracional, ésta que llaman dinero. No bastó su oposición (no obstante ocasionase tibieza); que estaba seguro el campo respeto de la afición. Una tarde, ausente el enemigo, se rindió la fortaleza. Debían con lo sucedido cesar los estremos de malcontenta; mas no fué así: antes con nuevos imposibles, con nuevos inconvenientes, procuraba infundir funestos anuncios en el infelicísimo himeneo. Mostré cordura entre tanta impertinencia. Sufrí desvíos, disimulé quejas, olvidé agravios; mas viendo se había vuelto tigre la que pareció cordera, y que hecha del bando de la madre, fomentaba los odios, las iras, las rabias, rompióse la coluna del sufrimiento; y apenas caído, traté de levantarme en el mejor modo, acumulando armas contra tantos desprecios, contra tantas injurias. Retirado, pues, á mi quietud, á mi soledad, vió primero dos veces el labrador las mieses verdes y secas que llegase á mi noticia si respiraban las que juzgaba por tan adversas. Buscá-

ronme; persuadiéronme con ruegos, con caricias; mas todo en vano. Valiéronse del rigor judicial, y en él antes permití falsa ofensa en mi ser que violencia en mi voluntad. Al fin, tras muchas controversias, tras largos debates, dieron lugar á que les volviese para siempre las espaldas. Según esto, ¿qué os parece podrá sentir de vuestro discurso quien tan de propósito erró lo que tanto le importaba? Mas son misterios del cielo, y providencia suya castigar con más prontitud en lo que más se tiene puesto felicidad, cuidado y estimación, como en la dignidad, en la hacienda, en el honor, al ambicioso, al avaro, al resentido.

MAESTRO. Historia bien dolorosa y trágica es la que referistes. Dignísimo sois de conmiseración y lástima, tanto más cuanto que la presente infelicidad lastima y atormenta la parte más sensitiva del alma. Daño es que apenas puede admitir consuelo, si ya no le ministrase la memoria de tantos yerros cometidos por tantos y tan grandes sujetos en la misma materia.

ISIDRO. Mudemos plática de más gusto; que pienso será bien menester para mitigar la pena provenida de semejante remembranza.

DON LUIS. Sea, pues, la que se ha de elegir de poesía, cuya dulzura, aseguro, será parte para templar el sentimiento, si ya no para olvidarle del todo. Para esto convendrá se aplique el remedio el oprimido del acidente. Deuda es asimismo bien atrasada, si á quien recibe corre alguna obligación de dar. Yo dije un romance; vos, otro: ¿cómo podrá el Doctor negar el que le toca en buena correspondencia?

DOCTOR. ¿Por fuerza ha de ser romance? ¿No es mejor soneto, que es la más ingeniosa composición que se halla en la Poesía? Tanto màs, que sus partes ignoradas de muchos, entienden consisten sólo en juntar catorce versos y arrojarlos al mundo.

MAESTRO. No permitimos esta vez juguéis con ventaja. Del mismo género ha de ser la muestra; que á veces en lo más fácil se suelen cometer mayores descuidos. Hartas ocasiones se ofrecerán después, en que tengan lugar otros partos de varias especies.

DOCTOR. Vengaréme, por lo menos, en deciros un siglo de cuartetas; que, pues no os agradó el soneto, bueno siquiera por breve, es justo sea más dilatada la molestia de lo malo que se hallare en el largo romance que diré. Escribile desengañando á un amigo que trataba de ir al Pirú, á la sombra de cierto

virrey. Será impertinencia valerse de prólogo en prosa para expresar los inconvenientes que le representé, á fin de estorbar la ida, siendo mejor declaración la de las mismas coplas, que son éstas:

¡Oh tú que á la tierra, madre
De tantos partos diversos,
Te robas ingratamente,
Por ser su rostro tu centro;
Tú que dejas de los campos
Los saludables recreos,
Tanto músico volante,
Tanto arroyo lisonjero!
Sé que apenas entrarás
En quien es del mar correo,
Cuando mortales angustias
Serán flechas de tu pecho.
Dará la cólera asaltos,
Y, los sentidos opresos,
Verás cobardes tus bríos,
Verás sin pulsos tus miembros.
Que el ancho seno de Tetis
No espira olores sabeos,
Ni las embreadas jarcias
Rinden suaves alientos.
Enemigos de tu paz
Serán penosos desvelos;
Que el "iza, á orza y amaina,,
Excluyen reposo y sueño.
Volverás las tiernas luces,
Y con piadosos acentos
Saludarás de los montes
Los mal distintos estremos.
Las crecientes de las sombras
Ocuparán tu hemisferio,
Y harás Argos de tu vida
A un frágil y breve leño.

Esto así cuando el bajel
De Neptuno el vasto reino
Con soplo manso sulcare,
Gozando de amigo cielo.

Mas juzga que se enemista,
Y que ya nublados densos
Brotan ríos, rayos forjan
Al son de espantosos truenos.

Juzga que el mayor piloto,
Vencido de horror y miedo,
El arte olvida y las leyes
Que observan los marineros;

Que el rector de gobernalle
A los furiosos encuentros
De las ondas se conturba,
Torpe en mano, en vista ciego;

Que los espumantes hombros
Del océano soberbio
A las esferas la nave
Arriman con ronco estruendo,

Que desde allí precipita
Hasta los profundos senos,
Como Ícaro infeliz,
Mas no por rayos de Febo.

De quejas y de alaridos
Supone que oyes los ecos,
Y que ya muere el Atlante
De tus caros compañeros.

Pregunto: ¿no puede ser?
¡Oh, cuántos húmedos huesos
Enfrenaran tus disinios,
Si valieran escarmientos!

En trance igual considera
Que agonizantes deseos
De vida cercan tu alma,
Que ofreces votos al templo.

Pretendo que en tu favor
Se aplaquen los elementos;
Que humille Doris su furia;
Que pierda el aire su ceño.

Que cortes las esperanzas
Que Laquesi en su instrumento
Tiene fundadas, quedando
Vivo entre escuadras de muertos.

Ya prosigues tu viaje;
Mas finge que calma el viento
Y que se rinden las alas
Que impelen del bulto el peso.

Su rigor en tal desmayo
Perderá tu sufrimiento,
Por ser escaso licor,
Burla de impulsos sedientos.

Nuevas ansias resucitan,
Y en tan infausto suceso,
¡Qué tardas corren las horas,
Y qué perezoso el tiempo!

Mas Céfiro te socorra,
Llene los lánguidos lienzos,
Y la hija de la selva
Venza las aves en vuelo.

Sirtes huya, libre quede
De marítimos aprietos,
Y llegue presto á la noble
Cartago del mundo nuevo.

Primero que el ancla arrojes,
Busca más remoto puerto,
Y pasa dichosamente
Donde el Sur tiene su imperio.

Ya vives en otro polo,
Y ya solícitos remos
Te trasladan á la orilla;
Ya ves de Lima el asiento.

Güésped en nueva región,
Tendrás accidentes nuevos;
Ques tu fábrica de vidrio
Y hace fácil sentimiento.
Salgan, como presupones,
Diferentes mis agüeros;
Sanas fuerzas te acompañen;
Que no Averroes ni Galenos.
Discurre la gran Provincia;
Llega al monstruo de los cerros,
Cuyas entrañas producen
Montes de metal risueño.
Al concluir con la patria,
Al comenzar tu destierro,
Muchos gustos te dejaron,
Pocos bienes te siguieron.
Pues ¿cómo quieres allá
Ser un Midas, ser un Creso,
Si no te aguardan herencias,
Si no profesas comercios?
Dirás: "un Jove me ampara;
Un Sol de mi parte llevo,,.
¡Oh mozo incauto! ¿en planetas
Apoyas tus pensamientos?
¿Ya presumes que serás
De su albedrío tan dueño,
Que vivas en su cuidado,
Que le desvele tu aumento?
Verle quizá no podrás,
Oculto en dorados techos,
Vuelto terrena deidad,
Casi inaccesible vuelto.
Mas vence todo imposible,
Y á la ocasión del cabello
Siempre ten, y en su virtud
Crece en honra y en provecho.

Ignoro, cuando regente,
Si adularon tus afectos
Sudores de miserables;
Si fué su sangre tu cebo.

Lete la verdad sepulte;
Ya ves junto, por lo menos,
El hechizo de las gentes,
La pasión del universo.

La Tórrida desampara,
Y volviendo al patrio suelo,
Ni el pirata se descubra,
Ni Orïón se muestre adverso.

La Barra penetras ya,
Las espaldas oprimiendo
Del gran padre de los ríos,
Que parte el famoso pueblo.

Sales dél, y llegas donde
Naciste, y donde el exceso
De tus riquezas te estraña:
Dulce desconocimiento.

El llanto del gozo cesa,
Y el éxtasis del contento;
Suceden los parabienes
Y los abrazos estrechos.

Das orden á lo adquirido,
Dispónense los empleos,
Y terminan tus afanes
Patria, hacienda, amigos, deudos.

Con regia pompa te tratas,
Pegasos, púrpuras, siervos,
Y en tanta copia de todo,
Que alegre te considero.

Grande bien, si largos siglos
Se viera de eclipses lejos;
Si de tu vida la flor
Huyera de Cloto el cierzo,

Mas los años se deslizan,
O, sin deslizarse, en medio
De tus deleites, la Parca
Llega tarde, ó viene presto.
En fin, te llevan tus obras
Al Elisio ó al Herebo,
Donde todo falta al malo;
Donde todo sobra al bueno.

DON LUIS. El romance es como vuestro, y sólo vos, que le sabéis escribir tan culto, tendréis caudal de palabras con que formar sus debidas alabanzas. Mas tanta y tan bien fundada persuasión, ¿obró algún efeto en el amigo?

DOCTOR. Totalmente mudó de intento, dejando la partida. Las Indias, para mí, no sé qué se tienen de malo, que hasta su nombre aborrezco. Todo cuanto viene de allá es muy diferente, y aun opuesto, iba á decir, de lo que en España poseemos y gozamos. Pues los hombres (queden siempre reservados los buenos) ¡qué redundantes, qué abundosos de palabras, qué estrechos de ánimo, qué inciertos de crédito y fe; cuán rendidos al interés, al ahorro! ¡Qué mal se avienen con los de acá, observando diversas acciones, profesando diferentes costumbres; siempre sospechosos, siempre retirados y montaraces! ¡Pues la presunción es como quiera! Todos, sino ellos, ignoran, todos yerran, todos son inexpertos; fundando la verdadera sabiduría y la más fina agudeza sólo en estar siempre en la malicia, en el engaño y doblez. No he visto hacienda adquirida en aquellas partes lograda bien en las nuestras. ¡Qué deslucidos casi todos, qué míseros, qué faltos de amistad, qué sobrados de odio, qué inútiles, qué despegados, qué malquistos! ¡Notables sabandijas crían los límites antárticos y occidentales! Desde que nací aguardo venga de allá algún varón no menos rico que espléndido en quien tenga albergue la virtud, amparo la ciencia, socorro la necesidad. ¿Es posible no haya producido en más de un siglo aquella tierra algún sujeto heroico en armas, insigne en letras, ó singular por cualquier camino? Mas ¿qué puede haber en parte donde tanto triunfan los vicios, donde tanto campea el interés? Todo es destruir, todo es aniquilar las vidas y haciendas de los que tienen entre manos. Tiranos crueles, no blandos mayordomos de

los bienes y frutos de aquellos simples, de aquellos inocentes, que sumergidos entre las ondas del perpetuo trabajo, despiden las miserables vidas que les quedan, librándose con una de casi infinitas muertes; que por instantes les resulta del incesable sudor, de la insufrible fatiga. Siendo esto así, y que, según se afirma generalmente, los buenos se estragan en pisando aquellos confines, ¿de qué sirve para buscar su daño entregarse á los tremendos peligros y á las innumerables molestias de tan larga navegación? La causa y principio de hallarla dice Homero haber sido querer los hombres salir de pobreza por fuego y agua, aventurando (según Horacio) entre la esperanza del ganar y el medio de los peligros. No deben los que navegan contarse con los vivos ni con los muertos; mas como gente que tiene su vida puesta en balanza. Sólo el esperar les conserva un cierto rastro y sombra de la vida, siendo él solo en tanto peligro su aliento y su vivir. ¿Hay trance tan espantoso como es estar los que navegan no más lejos de la muerte de cuanto tiene de grueso la tabla del navío, casi como desesperados de todo remedio? Grande audacia fué (dice Plinio) querer probar el mar; ni fué sin injuria de los hombres la temeridad del que tal arte inventó. ¿No le bastaba la tierra para sepultura, sin querer también eligir la mar, ó que careciesen muchos de la misma, muriendo en ella? Admíranme, sobre todo, tantos portugueses como quedaron y quedan sin vidas en las desiertas playas, siguiendo la navegación de su Oriente, sin que se haga relación de lo sucedido en el miserable naufragio, no pudiendo ser contado sino de quien lo sufrió.

MAESTRO. La causa de las borrascas es no haber proporción y conveniencia entre el hombre y su poderío, y el arrogante movimiento y terrible alteración del mar; y, con todo, no escarmientan. Dispónelo, sin duda, así la Providencia divina, á quien, y á su bien ordenada voluntad, se deben atribuir los alborotos de las ondas, cuando sirven de ministros de su divina justicia. Dios es (se dice por Jeremías) el que altera las aguas y hace levantar en el mar sus entumecidos montes, para castigo de los rebeldes y desviados de su voluntad.

DOCTOR. Haced punto; que deseo divertirme un breve rato, alargando sobre este intento algo más la consideración. Es cierto no hallarse en el mundo peor gente que la marinera, así de galeras como de navíos: homicidas, ladrones, y, en suma, el desecho de la tierra. Estos no sólo no hacen mientras navegan algunas obras de virtud, sino parece se obstinan más para ir co-

metiendo más enormes maldades. ¡Santo Dios! si aun no se concede perdón á algunas obras de penitencia, ¿cómo la justicia divina dilata un punto el sepultar en el infierno á quien empeora la vida de contino, en lugar de emendarla? No se entendió escapara sólo un hombre con vida de toda Nínive, tan inevitable era el enojo, y tan asentada la resolución, y vino á ser que ni tan sólo uno murió. ¿Vió (dice el mismo mensajero del castigo) Dios sus obras? ¿Por ventura los ayunos, los cilicios? No, aunque todo esto habían hecho; sino que emendaron la vida, cuya mudanza aplacó á Dios y le hizo su amigo. Y con razón (escribe un moderno); porque si el enojo caía sobre el estilo de vida que llevaban, tomando contrario modo de vivir, también se había de mudar el enojo de Dios en agrado. Pues si toda su ojeriza era con la culpa, ¿en qué ley cabía se llevase la emienda el castigo que al delito se amenazaba? Ahora, si estos mareantes no sólo dejan de hacer siempre cualquier acto de virtud, sino que á porfía van cometiendo mayores excesos, males más graves, piedad inmensa de Dios es no asolarlos sin dilación, no sumergirlos luego. Así, tengo por maravilla y por singular clemencia suya el no trastornarse los bajeles cargados de pecadores.

Don Luis. Sin duda, es á propósito el presente preámbulo para quien nunca se vió entre esos fariseos y sayones marítimos, y le ha de ser forzoso pasar, por lo menos, entre los mismos un mes de noviciado. Bueno sería llegase en aquel punto el castigo, quizá irritada del todo la divina misericordia.

Maestro. El arte de navegar fué inventada para dos fines: para pasar hombres y haberes de una á otra parte sobre las aguas, y para auxilio de la guerra. Así, su invención se debe atribuir al mismo Dios y á su providencia, como instituída para su mayor gloria, y para comodidad y servicio de los hombres. Según esto, podemos decir que aunque los pecados son de suyo tan pesados y graves, que, sin poner duda (si la misericordia de Dios no lo suspendiese, dando tiempo al pecador para la emienda), bastan á trastornar la nave mayor que se halla, no por eso, si la necesidad lo pide, se ha de rehusar meterse el hombre bueno en navío de gente desmandada. No se comete á nuestro albedrío, ni nace de nuestra voluntad, escoger buena ó mala compañía en los pasajes, de buena ó mala gente; conviene nos valgamos de su favor, séanse los que fueren. Sirve al bueno de consolación considerar que así como la congregación de muchos malos irrita la justicia de Dios, así la rectitud de un solo bueno

puede ser parte para mitigar á ese Dios clementísimo y alcanzar la salud de todos. Sólo era Job bueno en la tierra de Hus; sólo era Lot perfeto en la ciudad de Sodoma, por cuya piedad y bondad sufrió Dios á sus moradores. ¿Qué más? Cuando por ser obstinados determinó enviar sobre ellos el riguroso castigo con fuego, dió lugar á que Lot, su mujer y sus hijos saliesen primero de la ciudad, y se pusiesen en cobro. Esta confianza, pues, no ha de perder el bueno que entre muchos malos anda en un mismo navío por la mar. Debe entender que, aplacada su justa indignación, perdonará Dios á los de mala conciencia que con él van, dándoles tiempo de penitencia y emienda (cosa que está obligado á pedir el que menos pecador se sintiere), y que, dado que por su perseverancia en el mal quiera Dios castigarlos, dará evasión de aquel peligro á los buenos, reservando la ejecución de su ira para otro tiempo.

DOCTOR. El discurso ha sido como de tan buen teólogo, con que tengo por cierto quedará alentada la flaqueza que descubrió don Luis, por haberse de juntar algún tiempo con gente de tales colores. Con todo, quiero deciros padece alguna excepción la generalidad de esa regla. Las veces que he aventurado mi vida en la mar, que no han sido pocas, con diferentes navíos y gentes de diversas naciones, he hallado algunas muy cristianas, y hombres de mucha bondad, verdad y llaneza. No sé si lo causa el discurrir por diferentes partes, pegándose de cada una lo que pertenece al cuidado de la vida política, á la viveza de las acciones y á la vigilancia de los negocios. La velocidad con que se va gozando el mundo mientras se navega no puede ser sino de mucho deleite, aumentándole el ocio y descanso de que participan los marineros casi de contino. Verdad es que le rehacen con borrascas, con bajíos, sirtes, restringas, laxas, golfos, estrechos, donde por tantos modos se peligra, y donde son bien menester en cada uno cien brazos y cien manos para poderse valer contra los feroces ímpetus de tan bravo monstruo. Por otra parte, no hay cosa tan tremenda á toda imaginación como la poca seguridad deste elemento, cuanto á los sobresaltos perpetuos de ladrones y cosarios. Diminúyese tal vez en la tierra la ganancia. Saltean bandoleros en peligrosos pasos. Sobrevienen tan grandes turbiones, que los arroyos se vuelven mares y los ríos inmensos océanos; mas para todo esto se puede hallar algún remedio con el cuidado, con el ardid, con la dilación; solamente en la mar, acometido de bajel más pode-

roso y más veloz, se pierde todo: hacienda, libertad, vida. Juridición tan dilatada, campaña tan estendida, deliberación tan resuelta, ¿quién no la teme? ¿Quién no la huye? Si entre las ocasiones que amenazan daños hay más y menos, más segura y menos molesta viene á ser la embarcación de galera que la de nave. Una y otra tengo experimentada; y aunque la de bajel grande promete más comodidad, y aun brevedad mayor en el pasaje, hállase, con todo, sujeta á una tremenda calma, por quien muchos han perecido míseramente de sed y hambre. La galera es vaso más estrecho; esle fuerza arribar con presteza á un lado ó á otro, puesto que no se puede engolfar largo tiempo, por ser capaz de escasos bastimentos, de limitada resistencia, y poder zozobrar con facilidad. Débese procurar el cómodo de algunos oficiales, como del capitán ó cómitre, que dan rancho y mesa á precio moderado. La solicitud que pone aquella miserable gente oprimida por agradar, apenas puede ser explicada. Grandemente me importó haber visto las estremas calamidades que allí se pasan, para el tiempo que en Italia administré justicia. La comida es corta porción de mal condicionado bizcocho, y agua, no de flores. Celébrase por gran banquete el de las habas cocidas simplemente, sin otro condimento. El regalo de cama es una ballestera, copiosa de mal olor, y otros vivos excrementos, por la mucha compañía que la ocupa. Los alivios son de cadenas. Yélanse de invierno, abrásanse de verano. Son las caricias cruelísimos palos y azotes, dados por ligeras causas. Si entre cinco que tienen agarrado un remo desfallece uno, pagan todos la flojedad de aquél, aunque de su parte en tirar hayan sido unos Hércules. Si alguno hurta dinero ó alhaja, pasan crujía todos los bancos de aquel cuartel. Es pasar crujía tenderlos desnudos en medio de los dos lados de la galera. Amárranlos fuertemente de manos y pies, y con un grueso cordel embreado descarga el de más pujanza sobre los infelices un centenar ó dos de espantosos golpes. Si se está quedo el castigado, hojaldréanle cruelmente espaldas y asentaderas; si se vuelve, regálanle la barriga y pecho con la suavidad del indomable rebenque. Por manera, que, dar el azote, hacer cardenal, y reventar la sangre todo es uno. Síguese luego la más importante caricia. Abiertas en esta forma sus carnes, tienen prevenido un librillo de sal y agua, con que se le salan y abrigan las heridas. Considerad cuán grave será su dolor, cuán insufrible su tormento. Con saber eran los que padecían la gente más vil y facinerosa

del mundo, me quebraba el corazón siempre que vía ejecutar en ella semejante suplicio. Tal vez intercedí por alguno, impidiendo la ejecución; mas representáronme su importancia, y así, divirtiendo los ojos en otras cosas, daba lugar al rigurosísimo estilo. Después, todas las veces que había de decir "fallo,, consideraba despacio el proceso, la subsistencia del cargo, la verisimilitud de los testigos, y tras todo esto, moderaba los años. Es indecible de cuánta consideración fuera pasar todos los que habían de ser jueces, siquiera una vez, en galeras, á Italia, ó haber navegado algún tiempo en las españolas, para templar por instantes aquellas cuatro letras horribles, aquel tremendo término de diez. Finalmente, es aquél el más penoso infierno de la tierra. Fuera mucho mejor espirara de cualquier modo el condenado, ya que con un breve suspiro se librara de mil oprobriosos géneros de morir. Hiciéronme novedad la primera vez las diferencias de nombres que tienen puestas á diferentes cosas propias de la navegación. Sobre todo, la velocidad con que se dejaba entender y era obedecido el cómitre, sirviendo de medio la sutil voz del pito. Noté la vigilancia en el gobierno, la vela, dividida en postas, la visita de los forzados, el silencio y orden que se guarda en todo. Llegó la admiración á lo sumo del deseo, considerando haya, con ser esta vida tan abominable, tan inquieta, tan tormentosa, quien la busque y apetezca, vendiéndose para gozarla. Llaman á éstos *buenas boyas,* que, cambiando la libertad con limitado interés (que luego juegan), la vinculan para no pocos años de extravagantes martirios y desusados ultrajes. Es de reir ver suelen ser éstos los primeros de quien echan mano para el castigo, tan merecido sin más ocasión que haber inclinado la voluntad al recreo de tan horrenda vida. Si por algún modo puede ser lícito holgarse del mal ajeno, afirmo haberme alegrado mucho con los tristes espectáculos de semejantes bellacones.

DON LUIS. Con deteneros tanto en las calamidades de galera, casi estoy por decir nos aplicáis el remo á la mano para hacernos bogar fatigosamente. Tiempo vendrá en que tantas desdichas nos muevan á compasión, sin anticipar á los ojos con la imaginación objeto tan calamitoso y miserable. Mas paréceme nos habremos de quedar en esto, por avisar con voces los mozos de mulas subamos á caballo.

ALIVIO V

DON LUIS. Para haber manifestado la entrañable afición que tengo á la Poesía, poca merced recibe en las horas que tras el reposo nos toca conversar y discurrir. Favorezcamos, os ruego, á las que con su festividad son gozo del mundo, deleite de toda aflicción y alegría de la mayor tristeza.

DOCTOR. Estraño sois. Intento tenía de no tomar jamás en la boca esas malas hembras, y sólo para hacerme pervertir dais en porfiado. Grande sobregüeso viene á ser en las amistades haber de sufrir los impulsos y contemporizar con las inclinaciones de los con quien se comunica y conversa. Gustan los marciales de caballerías, guerras, grandezas y fogosidades. Los melancólicos, de reformaciones, gobiernos, hermosura, soledades, documentos de pocas palabras, y de profundos más que acelerados pensamientos. Los sanguinos, de suavidad, de ejemplos y dotrinas superficiales y fáciles. Los flemáticos, de relajación, ocio, comer, beber y dormir; mas en vez de todas estas calidades, sólo predomina en vos la poética. Sólo de versos querríades tratar siempre. Ya os signifiqué al principio no ser esta materia de ganancia ni reputación; y apenas da lugar un oído al advertimiento, cuando se abre el otro para excluirle de la memoria. Aborreced ocupación cuyo ejercicio no suele hacer virtuosos á sus profesores. De los poetas antiguos fueron muchos con demasía obscenos y viciosos, como, entre otros, Anacreonte, Catulo, Marcial, Ovidio, Ausonio. Ni se han perdido tales resabios en estos tiempos, donde quizá el de más obligación por muchos respetos no se avergüenza de rendirse á escandalosa embriaguez, á pública sensualidad. ¿Cuánto más importa entretenerse con discursos que amonesten ó desengañen en esta ó aquella materia de consideración, que gastar las horas en fruslerías poéticas, madres de pensamientos vanos y perniciosos distraimientos?

DON LUIS. ¿Todavía no desamparáis el primer tema? ¿Cómo puede ser mala ocupación tan seguida de tan valientes ingenios? Oí decir haber cantado los doctos poetas antiguos todo género de cosas, todas ciencias y artes; ¿de qué sirve, pues, dar en per-

seguir á quien por tantas razones merece ser abrazada y defendida? Cuando no se hallara en su abono otro fundamento màs que el de favorecerlas tantos príncipes y señores, ¿no era bastante para convencer al más obstinado?

DOCTOR. ¿Cómo es eso? ¿De forma, que sacáis por consecuencia ser justo no la aborrezca yo, porque la aman los titulados? ¿Por ventura son ellos los legisladores generales del gusto y de los actos del entendimiento? No me conformo con esa opinión; errado vais por muchas razones. Cuanto á lo primero, con la dignidad alcanzada y poseída, parece no pueden los tales desmerecer, aunque sus acciones se derriben á las cosas más ínfimas. Mejor se podrá inferir esto de las provisiones. ¿Acaso habéis visto dar al que profesa Poesía (por poeta digamos) algún cargo supremo? No, por cierto. A príncipes, ilustres por linaje y antigüedad, enlazados altamente por el vínculo de la sangre, eso sí. Pues ¿por qué queréis sea abrazada esta gentil doncella, si en lugar de habilitar, hace desmerecer, si en vez de acumular honras, solicita oprobrios?

DON LUIS. Por lo menos, la siguen muchos que ocupan grandes puestos y son tenidos generalmente por cuerdos y virtuosos; y es cierto hallaría en ellos repugnancia si no fuese tal.

DOCTOR. Luego ¿llega jamás á noticia de los señores cosa que les pueda dar pesadumbre? Parece que no habéis servido ni penetrado su natural inclinación. Sabed que, así como no se halla gente tan necesitada de todo como las personas más sublimes (hombres, al fin, criados en deleites, y menesterosos de gran número de ministros, á quien quitándose, quedan, sin duda, menos poderosos que los demás, por no estar enseñados á ejercitar los pies, las manos y las otras partes del cuerpo, sino á vivir por la mayor parte en un ocio perpetuo, sabiendo mejor mandar que obrar), así ninguno se halla tan lejos de oir lo que le importa como un príncipe, en quien, como se estima la felicidad más que la persona, todos procuran no desabrirle con desengaños, sino granjearle con lisonjas. Digo, pues, que si se concediera no venir á ser la Poesía digna de ser frecuentada de ministros grandes, á cuyos hombros se arrima el peso de mayores cosas, por ningún caso se hallara quien en la mesa del gusto osara servirles este plato de oposición. Mas quiero consentir, bien contra mi voluntad, sea lícito favorecerla algunos ratos; pregunto: siguiéndola, como algunos, con ansia y frecuentación, ¿vienen á ser eminentes en ella como lo son en los grados que gozan? La respuesta es

fácil, derivada de la adulación. Claro está que si en negocios más graves y urgentes excluyen amonestaciones, harán lo mismo en ésta, que es de menos, antes de ninguna consideración, si ya el interés del gusto no es antepuesto al mayor y más precioso de la tierra. Reviento por decir rostro á rostro á alguno de los titulares febeos que es mal poeta, de floja elocución, de humildes concetos, de corta vena, áspero, ratero, afectado, y luego, mas que sea mártir de la verdad; mas que perezca por decirla. No niego derivarse tales defetos antes de sus colaterales y asistentes que de sus ingenios y capacidad. Porque como nacidos y criados en grandezas, en elevaciones, con dificultad pueden sus pensamientos caer en humildades; y más si se hallase cerca un áspero de condición, un difícil de contentar, con delgada imaginativa, con elegancia de palabras, con sutileza de concetos, y, sobre todo, con caudal de letras, que le hiciese quitar lo malo y poner lo bueno: realzar y subir de punto lo de menos alteza y superioridad. Eligen á bulto gente sin vista, que antes les infunde ceguera que perspicacia en los ojos. Aficiónanse de su engañado parecer, de su material censura. No descubre más tierra el bajel de su capacidad. Paréceles no hay más mundo, y así, fenece en las ondas de su insuficiencia y confusión. Suélense escombrar del lado cualesquier instrumentos que pueden estragar las costumbres de señores mozos; y yo con más gusto y razón les quitara estos sátrapas de boato, peste, ruina y perdición de sus talentos. Con esta diligencia, mejoraran, sin duda, de estilo. Subieran de grado en grado al acierto de escribir, y cobrando plumas de aves generosas, llegaran con brevedad á la cumbre de toda perfeción. Nunca yo comunicara las obras del ingenio sino con adversarios, con mal contentadizos, ya que (según Plutarco), así como los amigos con adulación y blandas palabras nos dañan y trastornan, así, por opuesto, los enemigos con su enojo y rigor nos corrigen y enderezan.

DON LUIS. Pues advertid que desde hoy os tengo por sumamente contrario; y tratándoos como á tal, quiero, pues, poner en presencia de vuestra ira las débiles armas de mis versos, para que los destrocéis, deshagáis y desmenucéis. Serán los primeros catorce liras amorosas, como catorce corderillas, en que represento algunas tiernas pasiones: apercebíos; que ya trato de ponerlas en la estacada.

DOCTOR. Vengan muy enhorabuena, ya que todos mis rodeos y digresiones no son bastantes para que dejéis de sacar al

teatro de mi ignorancia vuestras discreciones; que ahora me acuerdo haberos prometido, no sólo de escucharos rimas, sino también de ser vuestro recíproco versificante; y así, perdonad las acedias y asperezas que descubro por instantes contra la dignidad poética; que no puedo disimular mi natural maldiciente, hasta en contradecir el ejercicio de cosa tan buena.

Don Luis. Dicen, pues:

Mi dolor al instante
Clama que á Celia veo;
Mas, ¡oh infeliz amante!
Que impide mi deseo
Y excluye mi ventura,
Cual áspid sorda, cual diamante dura.

Cuando importa, no espera,
Y si espera, no importa;
Es mi vida quimera,
Al mal larga, al bien corta,
Renaciendo entretanto
Del llanto el fuego en mí, del fuego el llanto.

La antigua tributaria
No niega fruto eterno;
Mas tú con tu contraria,
¡Oh corazón, oh tierno
Cultor! desdicha tienes;
Que si siembras amor, coges desdenes.

Merece mi firmeza,
Por sus quilates palma;
Crece con mi tristeza,
Y sólo cuando el alma
Casi á los labios llega,
Pido piedad á quien amor me niega.

No hay lengua, no hay intento
Que su recato venza,
Pues al primer acento

La vuelve la vergüenza
Tan rosada y lustrosa,
Que al alba vence, á la purpúrea rosa.

El ánimo me falta
Al decir mi acidente;
Que la ocasión tan alta
Siendo, tímido siente
El corazón desmayos;
Pues con sólo mirar despide rayos.

Mudo rigor que muera
Quiere, quedando en vida.
¡Ay, triste, si le viera
Ya del todo homicida!
Que en tan dudosa suerte,
Es más que vida apetecible muerte.

Digo al verla, medroso:
"¡Oh, feliz quien la mira!
¡Oh, en estremo dichoso
Quien por ella suspira!
Y mucho más lo fuera
Si suspirando, suspirar la hiciera,,.

De su beldad la esfera
Contemplo á cualquier hora,
Cuando la sombra impera,
Cuando reina la Aurora,
Y cuando el dios de Delo
Veloz con llave de oro cierra el cielo.

¡Ay, Celia!, de *celarte*
Nombre al fin, no de *cielo*,
Ya que del cielo el arte
Siguieras sin recelo,
En imitarle diestra,
Pues no es hermoso cuando no se muestra.

Es de trato sincero
Doblez indigna paga;
Amar quien ama quiero;
Que si cierro esta llaga,
Recobraré la vida;
Mas ¡ay, jamás sanó de amor herida!

Fenece el sufrimiento
Cuando el bien se dilata;
Cese, cese el tormento;
Y, pues por una ingrata
Del vivir me despojo,
No quiero arder de amor, sino de enojo.

Si yo sentir la viera
De la edad, de los años,
Sin verde primavera,
Las injurias, los daños,
Dijera alegre: "Alcanza
Mi amor vitoria ya, mi fe venganza,,.

El que vivir desea,
Huya de Amor aprisa,
Cuando más lisonjea,
Cuando más forma risa:
No hay en su contra escudo,
Armado más cuanto más va desnudo.

DOCTOR. No me desagradan. Bien suena la oración, sin ser vulgares sus concetos. Pide este verso (como notó un moderno) ingenio vivo, espíritu elevado, voluntad cuidadosa, juicio agudo. Las voces, castigadas, eficaces, numerosas y, en particular, llenas de suavidad y dulzura. Fué la cítara, según Apolodoro y Pausanias, hallada por Apolo; la lira, por Mercurio, mensajero de los dioses. Afirma Eratóstenes haberla hecho del espinazo de una tortuga seca al sol. Puesta la consideración en el sonido que resultó de los nervios estendidos, le aplicó unas cuerdas de lino y la dió á Apolo. Así que, debiéndose su invención al padre de la elocuencia, lo que á su son se cantare

ó con su título se compusiere, dulce y suave ha de ser sumamente. En la variedad de los concetos hay más que reparar. Inconstante ingenio debéis, sin duda, haber tenido en puntos amorosos. Comenzáis queriendo, proseguís exagerando y concluís aborreciendo. Holgara fuera toda la obra de un contexto. O bien toda de amores, ó bien toda de hipérboles, ó bien toda de odios.

DON LUIS. Pienso condenáis lo que tiene en sí más énfasi y gala. Los concetos son por medio de la lengua los intérprede los afectos más íntimos. Y si bien pudiera haber extensión de muchos sobre una misma cosa, parece consistir la maestría en combinar y unir en un género diversas especies, de suerte que todas, como acesorias, atiendan á hacer más galán y vistoso el asunto principal. Las liras todas son de amor, intento suyo; mas los acidentes de ser cruel la dama, de no esperar, de no oir, de no corresponder, sirven de exornación al argumento principal. Por manera, que semejantes circunstancias y sentimientos hermosean más, y hacen más vaga y florida toda la composición que si solamente tratara de amar, de encarecer, de odiar.

DOCTOR. Cuádrame la respuesta y, adelantando más ese pensamiento, soy de parecer mereciera más quien amara sufriendo que quien quisiera quejándose; así como en todas ocasiones lucen y se estiman más las aciones del callado que los hechos del hablador. ¿De qué sirve tanto de ingrata, de cruel, de sorda, sino obligar con obras, con méritos, con silencio?

DON LUIS. No, sino aguardar á que el íntimo dolor ahogue al enfermo de pasión amorosa. Abrásase el corazón; ¿qué mucho exhale el humo de la pena por el respiradero de la boca? ¿Qué mucho que dé indicios de su excesivo ardor la lluvia de los ojos? A este propósito suelo mover varias cuestiones entre mí, de quien en algunas hallo salida; en otras me quedo irresuelto y ambiguo. Ahora, con vuestra licencia, quiero proponer las que se me ofrecieren, para que con la acostumbrada agudeza absolváis sus dudas. Deseo saber cuál sea más eficaz muestra del poder del amor: hacer al hombre de loco sabio, ó de sabio loco.

DOCTOR. Ambas cosas son propias de su potencia, obrando con facilidad uno y otro efeto. Así, me viene á faltar el ánimo para inclinarme á la superioridad de alguno. Diré bien cuál me parezca mayor y cuál menor. Que amor haga de locos sabios y de sabios locos, consta por demostración evidente. Es

la razón que, como amando carecemos de nuestro albedrío, apenas se da principio á este enajenamiento, cuando nos sujeta al de la cosa amada y al amor. Por tanto, tal vez nos usurpa parte de nuestro verdadero discurso, y tal nos crece su inteligencia, según que más ó menos nos acercamos al apetito ó á la razón. De suerte, que nuestra operación consiste sólo en complacer á quien posee de nosotros la mejor parte. Para esto nos abre amor los ojos. Hácenos judiciosos y discursivos, así como también nos ciega y priva de juicio. Disiento del vulgo en juzgar á los amantes por locos. Opinión es errada: antes los vuelve sabios y advertidos. Hállanse casi infinitos que, antes de haber reconocido por dueño al amor, procedían como desenfrenados, indiscretos, de ligero juicio y cordura; mas puesto el cuidado en alguna afición, ya vueltos amantes, mudaron ser, y cobraron el de modestos, ingeniosos y discretísimos. Dejaron torcidos pasos, desviáronse de los vicios, y se acercaron á la virtud. ¿Qué más? Los que eran locos de veras, cobrando amores se volvieron prudentes en estremo, como Cimón, enamorado de Ifigenia.

MAESTRO. ¿No hace, por el consiguiente, enfurecer el amor, como Lucrecio, que primero se volvió loco, y después se mató con sus mismas manos?

DOCTOR. Hácelo asimismo. Muchos sabios ha tenido el mundo que, rendidos á semejante pasión, ciegos del todo, se han hecho fábula del pueblo, cometiendo cosas vergonzosísimas. Mas esto no procede de amor, sino de furor bestial y de sensualidad desenfrenada. Como se conociera mejor, si se hablara del amor verdadero, ya que no viene á ser el que tenemos entre manos. Continuando, pues, con éste, digo ser sólo el que levanta los ánimos á cosas elevadas, el que hace espertos á sus secuaces, siendo investigador de todos los corazones. De manera que es sólo el ignorante vulgo quien pierde el juicio debajo el imperio de amor. Fuera de que juzgo sea mayor muestra de su poder se deje algún discreto en todas cosas trasportar tanto deste acidente, que salga fuera de sí; por ser más propio de sus milagros elevar la mente á cosas superiores que bajarla y ponerla en rateras y humildes.

DON LUIS. Paréceme que tenéis razón; y así, paso á nueva pregunta. ¿Cuál es mayor dificultad: adquirir la gracia de la amada, ó mantenerse en la misma?

DOCTOR. Sin duda el mantenerse, por adquirirse cualquier cosa con más facilidad que se conserva.

DON LUIS. Antes no. Un padre de familias más dificultad hallará en granjear hacienda que en conservarla. En la primera operación le convendrá poner industria y fatiga; será la de la segunda ligerísima y de poco momento; y así, tengo por más difícil aquello que esto.

DOCTOR. Cometéis yerro. Es semejante comparación diferente de la demanda propuesta. Uno es adquirir la gracia de quien se ama; otro granjear hacienda y acumular dineros. Antes de hallarnos súbditos al imperio de la dama y de haber llegado á merecer su favor, somos nuestros, poseemos libertad; mas luego que con servirla y complacerla conseguimos el ser acetados por amantes, nos vuelve amor sus siervos, siendo necesaria aquí la fatiga, la industria, la perseverancia, para conservarse en su voluntad. Tal vez movidas de sus leves antojos, quieren ser satisfechas y aplaudidas en lo agradable á su apetito. Sin esto, no conviene tener más aquel supremo camino de antes, sino seguir uno de en medio. Porque si la dama en cuya gracia se vive sospecha hallarse el amante inclinado á alguno de los deleites, por recreo, ó por cualquier otra cosa, al punto, acometida de fiero enojo, pareciéndole ser poco estimada, ordena privarle dél; sin cuya diversión nada habrá hecho el que sirve, séase cuanto haya podido ser obediente. Fuera desto, ¿quién no juzgará por más dificultoso engendrar hijos que criarlos? Ninguno, por cierto; y, con todo, quien lo mirare mejor hallará ser menos difícil edificar una ciudad que saberla conservar y regir. ¿Cuántos se han visto y se ven todos los días venir á ser facilísimamente señores de ciudades y reinos, que no los pueden mantener con la misma facilidad? De suerte, que no basta llegar á ser poseedor de una joya bella y rica, si se ignora el modo de conservar su posesión; tanto más, siendo la mujer como ligera hoja, que con cualquier viento es movida. Es cierto se enciende con mayor velocidad la hembra que el varón; en esta conformidad, no será difícil adquirir su gracia; conservarla sí, por la misma facilidad con que desiste y se muda, desatándose tan presto como se suele enlazar. Juzgo, pues, por empresa sumamente dificultosa el conservarse en su gracia; mayormente conveniendo ser los servidores pacientísimos en sus prolijidades, tolerando sus repulsas, enojos, iras, desdenes y todo lo demás de que se hallan armadas de contino, para apurar la paciencia de los amantes.

DON LUIS. Decís bien; mas la dama que se resolviere en

hacer favores al galán no pondrá cuidado en disgustarle con molestias y pasiones; antes al contrario, se desvelará en ser pródiga de agrados y avarísima de tormentos y otras cualesquier penalidades.

DOCTOR. La observación parece de diverso estilo. Al paso que reconocen ser adoradas y servidas, se enfurecen y alteran, ministrando varias ocasiones de gemidos, de angustias, de lágrimas. Alegan valerse de semejantes estratagemas para descubrir si es verdadero ó no el amor que se les tiene, y si la firmeza en el agraviado descubre algún bajío, ó hace algún sentimiento. Y es el caso que jamás llega á perfeción semejante esperiencia; por eso conviene padecer sin cesar, hallándose de contino despojados de todo bien. Mas dejémoslo aquí; que pretendo no declararme por su enemigo, respeto de la afición que les tengo. Sin esto, será á propósito no incurrir en lo que muchos, que deseando ver suntuoso palacio, ya entrados en alguna admirable sala, tanto se detienen en ella sin pasar adelante, que, ocupadas las otras piezas, se les interrumpe el poderlas ver; de modo que, habiendo ido con fin de atender á mucho, perdidos en poco espacio de felicidad, parten malcontentos y con escasa satisfación. Así, será razón conceder tiempo á otras preguntas, porque no se pase la siesta en sola una, y quede don Luis sin conseguir lo que desea.

DON LUIS. Recibo merced en esa justa distribución de tiempo. Prométoos le hemos de aprovechar esta vez en la curiosidad destas paradojas, si bien á alguno parecerán niñerías. La duda que al presente se ofrece nace de querer saber si puede haber amor sin celos.

DOCTOR. Según los amores, por ser los celos de muchos géneros; mas responderé afirmativamente, diciendo: "Le puede haber,,. Antes juzgo por más digno el que con tal pez no se halla manchado. Si es así que el amante se transforma y vive en lo amado, ¿para qué son menester y de qué pueden servir los á quien, por la mayor parte, engendra y produce vileza de ánimo? No son éstos otra cosa que un conocerse inferior á otro; y aquel estimarse en menos hace dudar y temer ser excluído, causando esta duda y temor poco crédito en la cosa amada. Verdad es que aman todos los celosos; mas aborrecen juntamente. Nace este efeto de la unión de amor y celos, de quien es fuerza derivarse odio, producido del miedo de la inconstancia de la mujer: peste, sin duda, mortalísima en la quietud de

los amantes, que las más veces hace teñir los hierros en sangre amada.

Don Luis. Paréceme lo hasta aquí poco á propósito para lo que pregunto, respeto de ir encaminado á darme á entender ser los celos malos, en que no pongo duda. Lo que se debe tocar es si se puede hallar amor sin celos.

Doctor. Vuelvo á decir que sí. Proviene no ser celoso de nobleza de ánimo, en quien no alberga siquiera mínima desconfianza de ser repudiado una vez elegido, no dando de su parte legítima ocasión, ya que es indigna la sospecha de poder quedar inferior á otro. Con esta seguridad vive con templanza de ardor y sin exceso de odio. Confieso bien no poderse hallar amor sin algún miedo; porque aunque parecen ser una misma cosa celos y temor, diferéncianse, con todo, en mucho. Son celos enfermedad semejante á peste, que procede de la corrupción del aire, y así, es mortal. Mas el temor es una especie de llama que engendra amor, siendo propio de quien ama temer. El temor causa reverencia, y la reverencia vuelve perfeto el amor. De modo, que amando, siempre viene á ser necesarísimo temor semejante; mas no de forma que se haya de convertir en celos. Así, que á toda pasión en que éstos intervinieren no le cuadrará bien el nombre de amor, sino de rabia; y si el de amor, será desenfrenado, y digno de ser llamado furor más propiamente. Es la causa que si un amante vive en otro, y ambos son un alma misma, y en dos cuerpos reside un solo querer, ¿para qué infundir con celos perturbación en los ánimos? ¿Para qué corromperlos con sospecha tan mal nacida, que, en vez de fomentar, impide el continuo acto de amar con el estorbo de aborrecimiento? Resuelvo, pues, no sólo hallarse amor sin celos, sino que de necesidad deba carecer dellos el perfeto amor. Alabo bien asista en los amantes un ligero temor, acompañado de reverencia.

Don Luis. Confórmase vuestro parecer con el mío; y así, continuando el preguntar y acercándome más á mi interés, gustaré se me declare quién merece ser más querida: la mujer osada y desenvuelta, ó la tímida y corta.

Doctor. Sin duda, la tímida. Es principio asentado, que por ningún caso admite contradición, amar mucho más el amante tímido que el osado; y ahora quedó concluído ser conveniente el temor al que más amare; de que se puede inferir sea digno de ser más amado un sujeto temeroso, por ser en su amor más verdadero y estable. El temor, en cierto modo, engendra tam-

bién secreto y vuelve los ánimos más conformes, siendo así que el ardimiento da más fácil motivo para desfogar el ahogamiento del íntimo ardor, causa de hacerle menos durable. Demás, que, por la mayor parte, la osadía no nace de amor, sino de inflamada sensualidad. No por esto presumo vedar dejen de ser queridas las despejadas y libres, que esto en mano está de cualquiera; mas trátase ahora del sujeto más merecedor de ser querido y recomendado, que, sin duda, declaro ser el encogido, en quien da amor mayores muestras de ardor existente y constante. Crece el temor conformidad en los quereres para no moverse ni apartarse uno de otro con tanta facilidad.

Don Luis. Aquí, pues, entra el saber por cuál medio sea mejor descubrir la afición á la amada: por sí, por billete, por mensaje, ó por cualquier otra vía más oportuna.

Doctor. Por sí será imposible, si fuere amor perfeto, y no desenfrenado apetito, por impedirlo aquel temor que hemos supuesto ser tan necesario en el que ama. Así, quien le tuviere perfetamente, jamás se hallará con osadía para manifestar con la lengua su ardiente pasión, como quedó declarado cuando se mostró amaba más que el osado el tímido. A los mensajes no doy mucha alabanza, por no convenir fiarse aun de sí mismos, cuanto más arriscar y cometer su vida á la fe de otros. Tanto más que, habiendo de ser por la humildad del oficio personas de baja condición, como mujeres menesterosas, por la mayor parte dicen más ó menos de lo que llevan en comisión, añadiendo ó quitando lo que les parece convenir al disinio de su interés y al gusto del que las envía, ó escucha, refiriendo las respuestas según el hablar de la amada, sin atender ni considerar más adelante.

Don Luis. Pues ¿por qué condenáis ser lícito que, habiéndose elegido por mensajera una mujer, deje de referir la respuesta del recado en la misma forma que se da, sin alterar las palabras?

Doctor. Porque casi siempre, principalmente en los primeros movimientos, es diferente el ánimo de las razones. Si no poseyere la solicitada corta industria y limitado talento, pondría cuidado en descubrir en tales principios ánimo inmoble, condición esquiva, desdén excluidor; ni al primer asalto dará lugar ni consentimiento á las palabras que se le dijeren. Puesto que si rinde luego al pretensor algún tributo de esperanza, facilitando la empresa, y pareciéndole ser menester poca fatiga y diligencia

para el cumplido rendimiento, vendrá á serle menos cara y á diminuir su estimación. De forma que, hallándose la embajatriz confusa y desconfiada por la aspereza del responder, ocasionará desmayos en el corazón amante, á quien, en lugar de persuadir, disuadirá el intento y la prosecución de la solicitud. Al contrario, si el apasionado es boquirrubio y con facilidad se le desliza el oro de la mano, ¿qué no prometen, qué no facilitan, qué no aseguran? No miran ni saben lo que en tal materia es conveniente al principio, con que destruyen la fábrica, que en amor llegará á tener sólido fundamento y superior belleza.

Don Luis. Pues no loando hacer este oficio por sí, ni menos por mensaje, débese, por lo que veo, usar el medio del billete, en que también será necesario le lleve alguno.

Doctor. Tampoco permito sea éste el primer mensajero. Ante todas cosas, quisiera se descubriera el amante con los ojos. Ellos solos deben ser los primeros intérpretes y guías en el tenebroso caos de amor, ya que por su respeto viene y por su medio penetra hasta lo más interior. Tras esto, será bien hacerle conocer su voluntad con las acciones, con la servitud y semejantes modos, aptos á solicitar poco á poco recíproco amor, y encendida correspondencia. Ya en este punto, los mismos ojos son los que, como jueces de amor, encontrándose con los de la amada, pasan al corazón. De forma, que con esta industria, no sólo vee uno el amor y pasión del otro, sino que claramente se leen los pensamientos, que á porfía acuden á los semblantes para ser entendidos. Y cierto pueden certificar esto mejor los en quien la esperiencia tiene más lugar; que el mirar de los amantes, mientras á un mismo tiempo fija uno la vista en la del otro, tiene mucha más fuerza y eficacia para manifestar los secretos del corazón y denotar la conformidad de los quereres que las palabras de mayor elocuencia, procedida de no sé qué impulso y virtud celestial, que, entre todas las partes corpóreas del hombre, se halla depositada en los ojos.

Don Luis. Si fuese así, y que no se hubiese de pasar adelante, jamás se vendría al fin de poseer semejante belleza mas que con la vista: el modo apuntad que se debe tener, queriendo romper estos límites.

Doctor. No obstante que la verdadera hermosura no se posea con los cuerpos, antes se manche, quiero condecender en lo que pedís con algún aviso. Fuera de que los amantes pueden por sí hallar varios caminos en que sería bien entrasen las

señas lícitas, alabo que habiendo servido y galanteado á la dama algún tiempo, de suerte que ambas partes se den por satisfechas y obligadas, y la admisión carezca de toda duda, se interponga y sea medianero de su expresión algún billete. Donde, supuesto ya el ministerio de los ojos, en las cuerdas razones, en la modestia de los concetos y en la exclusión de todo preámbulo abundoso, reconozca la dama la honesta pretensión de su galán, siéndole notorios los hasta allí ocultos suspiros, las copiosas lágrimas y quejas interrumpidas. Confieso ser este modo de escrebir muy deslumbrado y á lo bobo, y que fuera más cordura excluir totalmente estos términos llorosos y sollozantes; mas hay dama que si el papel no va humedecido con llanto, tiene por sujeto durísimo al que le envía. Por manera, que es acertado no se halle desnudo del todo destas ternezas y otras regaladas caricias, bastantes á granjear y disponer á honesto fin las que á menudo pasan los ojos por ellas, repitiéndolas una y más veces, hasta darles perpetuo lugar en la memoria. Ahora se me acuerda el estilo ridículo de un personaje más que señoría. Valióse dél por mi medio para entablar cierta afición; y así, aunque me divierta un poco del principal intento, gustaré de referirlo. Buscóme con mucho cuidado, y declarando el fin con que me hacía merced, pidió emplease en su servicio la pluma. Hice de la modestia escudo; mas saliendo vanas del todo cualesquier escusas y réplicas, se comenzó á tratar de la materia y forma que había de llevar el papel. Claro es había de ser la sustancia, de amor; la disposición de concetos, no vulgares; y el contexto, no de palabras comunes, remitiendo la suma de todo á un hablar dulce, á una lisonjera facundia. Elegí, pues, un medio en uno y otro, no remontando tanto el pensamiento, que le perdiese de vista la amada, ni afectando con tanto estremo la escuridad, que fuesen enigmas las razones. Asimismo me moví á esto por ser de opinión ser forzoso ceda la más aguda mujer á la capacidad del hombre; habiendo observado muchas veces remite la más ostentativa y satisfecha sólo á los estremos de los labios todo el caudal de su entendimiento. Vienen á ser, por tanto, prontísimas en agudezas improvisas, derivadas de la sutileza y velocidad de sus imaginativas; mas en llegando á proponerles materias de fondo, espira la más alentada presunción. En suma, no le agradó esta vereda á mi titular, dando á entender salía superflua la diligencia de buscarme, si no escogía estilo más elevado, más conciso, más estravagante. Casi me corrí de verle tan deslumbrado;

y habiendo percebido ser su gusto explicar su pretensión por medios metafísicos, ó, por mejor decir, bernardinas, noté un papel del tenor siguiente:

"Mucho debo á las ideas de mi entendimiento, por haber con intervención de la fantasía acertado en los actos de la voluntad, eligiendo objeto de cuya obediencia y sujeción será imposible retroceder jamás. Mi fe será superior siempre, y aunque abatida con desconfianzas, hará para la duración atalayas y espías á los deseos, contra las asechanzas de desengaños. Será en semejante guerra general el sufrimiento, la firmeza el baluarte, y banderas las obligaciones, que tremolando al aire de mis suspiros, tendrán lugar eminente en la fortaleza del alma. Aquí servirán de capitanes las potencias, y los sentidos de soldados, contra los asaltos del tiempo, cuyos amagos saldrán vacíos de ejecución en cuanto á recelar mudanza...,,

MAESTRO. No paséis adelante os ruego, si no queréis sea la risa homicida del vivir. ¿Es posible no echase de ver ese señor ser finísimos chicolíos los que en el billete iba pintando la pluma? Riesgo corríades notable si, por suerte, como se suele decir, os cayera en el chiste.

DOCTOR. Antes, al paso que entregaba al papel semejantes tolondrones, iban creciendo en su corazón tan grandes ímpetus de gozo, que le hacían descomponer, y decir, dando carcajadas de risa y juntando los hombros con las quijadas: "¡Superior, perfeto, bonísimo, á fe de caballero! Esto sí, y no lo pasado, que era todo tibieza, civilidad y grosería.,, ¡Oh, cuántos dicípulos de discreciones hace la calamidad, y cuántos catedráticos de necedades la riqueza! Nace este daño de tener creído casi todos los de aquella jerarquía desmerece no poco el singular por sangre y grado cuando se explica con lenguaje común, propio de la humilde plebe. Quisieran, según esto, hallar términos exquisitos para nombrar escuramente las cosas más claras, por ser únicos en todo, y hasta en aquello no conformarse con el despreciado vulgo.

MAESTRO. Fuera bien tener para tales ocasiones secretarios capaces, así para proceder derechamente como para seguirles el humor cuando dellos se apoderasen iguales frenesíes.

DOCTOR. Y ¡cómo que fuera! mas os prometo que son rarísimos los que pueden servir con satisfación en tal ministerio. Conviene sean sus partes en estremo subidas de punto, científico (á lo menos, de letras humanas), discursivo, cuerdo, plático,

experto, fiel, y que así con la presencia como con la pluma, sea el honor de su dueño, conservando su reputación y nombre con su prudencia y habilidad. Muchos conocen á los señores no más que por cartas, midiendo su talento y discreción sólo por el peso de las razones que ven escritas. Así, sería justo poner particular desvelo en eligirle cual conviene al descanso del señor y á los requisitos apuntados. Es bien verdad que tan acrisolados méritos infundiéranle altivez; la altivez, la abominación al *vos,* y, sobre todo, á la cortedad y escaseza que tienen por costumbre usar con los criados. De forma, que sólo á virreyes y otros grandes ministros es acertado servir en tales puestos; porque como acompañan al oficio aprovechamientos copiosos, enriquecen con brevedad, y no á costa de sus amos. Así que, volviendo á nuestro principal intento, podrá el billete que se enviare al requiebro ser expresivo de su afición, avisado, prudente, tierno. No haya corazón, ni flechazo que le atraviese, con alas ni cadenas, sino en todo una lisura agradable, una cordura cortesana, que atraiga, que mueva, que incline. Descubra en él humildad y sumisión, lejos de cualquier desvanecimiento y jatancia; que es odiosísima para con discretas. Tanto podría importar al recato y quietud de la dama no hallarse jamás rastro de lo que se escribe, que convendría valerse de algún secreto para disimular las letras, de modo que, aunque se encontrase el papel, quitase su blancura cualquier sospecha. Algunos, hallándose en honrosas y lícitas conversaciones, han manifestado su pasión con el medio de alguna novela, mudando los nombres y dándose á entender del todo con cifras, con alusiones y cosas así. También requiere singular advertencia el modo de enviar el billete, reparando sea la persona á quien se cometiere el cargo leal, astuta, prevenida, disimulada y suficiente para dar industriosa salida y color en ocasión de cualquier peligro. Siendo posible, sería más loable fuese el portador el mismo interesado; que hay descuidos cuidadosos, y mangas abiertas en buena sazón, y hasta frutas engañosas, que como en su preñez esconden guantes, sabrán ocultar papeles. Andar sobre aviso es importante, sobre todo, sin fiar de persona el secreto de su amor; ya que, descubierto á un amigo, aquél lo descubre á otro, y así va de amigo en amigo, haciéndose tan público, que peligra la fama de la servida, con gran detrimento de su honra.

Don Luis. ¿Quién os parece deba ser primero en dar indicio de su amor: la mujer, ó el hombre?

DOCTOR. El hombre, sin duda, así por ser cosa más honesta como por hallarse dueño de más libertad. Toca á la dama la demostración de más gravedad y entereza, y el ser una y muchas veces rogada del galán; y esto basta cuanto á esta pregunta.

DON LUIS. La que se sigue, aunque parece fácil, pienso no lo es mucho. ¿Cuál edad en amor sea más digna de ser abrazada?

DOCTOR. Dificultad tiene, respeto de la variedad de humores y gustos. Fuera de que no todas las edades se hallan con una misma complesión. Muchos en años maduros carecen del aviso y discurso que han menester; otros, en los más verdes y juveniles, descubren anciano ingenio y entendimiento envejecido. Por manera, que el juicio, considerados estos dos inconvenientes, no tiene tanta facilidad como parece. Con todo, habiéndose de enamorar alguno, como si dijésemos, por elección, sin dividir nuestra edad, que se suele equiparar á los cuatro tiempos del año (primavera, estío, otoño, invierno), juzgaría no se debiese poner esperanza, hacer fundamento ni colocar su amor en dama que dejase de llegar á veinte años. Hasta allí, parece ignoran casi las más dónde les duele el zapato, ni saben lo que han de querer, ni lo que deben odiar. Cuanto hay apetecen, y en un momento desamparan toda cosa, siendo su amor entonces como tronido de rayo, que baja con ímpetu y pasa luego, dejando por reliquias de sí sólo daño y terror. Es su querer instable, y aunque es verdad que aman con gran fervor, dura poco. Condeno, por el consiguiente, la edad madura, que en las mujeres soy de opinión se pudiese decir la de cuarenta años en adelante. Su sangre entonces es más apta á entibiarse que á inflamarse y bullir. Y caso que se encendiese, no puede tolerar mucho tan impetuosas llamas. Así, que viene á ser edad semejante más acomodada al amor contemplativo. Los más discursivos, que desmenuzan curiosamente las acciones de los objetos, hecha la división de los años, se detienen mucho en los veinte y ocho ó treinta, juzgándolos más inmobles y cumplidos para la distinción de méritos, para el conocimiento de lo mejor y para la exclusión de cualquier nuevo antojo y fácil mudanza.

DON LUIS. Paréceme si asistiera en esta conversación la parte contraria, no dejara de preguntar la edad que era más á propósito en el varón para poner su afición en él.

DOCTOR. Casi no se le pudiera dar regla cierta, por la anti-

cipación de valor y capacidad, que se descubre en algunos muy antes de tiempo. Por lo menos, no dejaría de convenir la observación de la suya. De los veinte y cinco en adelante se va perficionando el varón. En estos años comienza á restaurar los perdidos, enriqueciéndose de prudencia y discreción. Y puesto que toda esta materia amorosa que traemos entre manos no debe exceder los límites de honestidad y modestia, para lo que es casamiento, ¿qué fruto podría sacar una mujer de la eleción de hombre que, si no es anciano, está muy cerca de serlo? Cuando la edad declina y el sujeto madura demasiado, vale faltando el cálido y húmedo qne ha menester, y así, viene á ser defetuoso en el lícito deleite que se puede sacar dél. ¿Quién se podrá enamorar perfetamente de quien apenas puede esperar fruto sazonado tres ó cuatro años? Afirman los sabios terminarse los amorosos afectos en el hombre á los sesenta años en adelante, y en la mujer, á los cincuenta; mas perdónenme sus mercedes; que los resabios del mundo excluyen ridículamente su opinión. Para matrimonio parece ser más á propósito cuanto más niña, por tener lugar de hacerla el marido á sus costumbres y evitar haya podido haber puesto siquiera mínima afición en otro sujeto. Para la generación dicen no ser mala desde los deciocho; el varón, desde los veinte; lo que ni condeno ni admito, por la gran diferencia de los años. Lo demasiado acerbo carece de sabor, y antes daña que aprovecha; y así, conviene coger el fruto en su sazón, porque también está cercanísimo á la corrupción el demasiado maduro. Según esto, buena será la medianía, ya que no dejan de ser viciosos cualesquier estremos. Sólo se debe advertir sea la edad de la mujer no poco menor que la del hombre, por dejar de ser más presto menos apta para lo que se desea y es menester.

Don Luis. Muchas circunstancias se requieren en amor para ser igual; y así, mucho mejor se hallará quien más se despegare de su liga; mas hablando ahora con menos fundamento de razón y con más licencia de gusto, ¿cuál sería el vuestro en puntos de afición?

Doctor.

Niñas me dan vida, viejas me matan;
Unas güelen al nido, y otras á cabra.

¿Habéis jamás visto declaración más sucinta? Aunque pretendiera negar esta flaqueza, por ningún caso fuera de momento,

por ser ya tan conocida en mí, que estoy por decir no lo es tanto en el mundo la luz del sol. Es el caso, que me arrastra la inclinación más á la edad que al objeto. En siendo muchacha, me veréis atropellar decencia, autoridad, decoro y todo lo que se debe á respeto y compostura, siguiendo desalentado la que deseo para presa, como suele el sabueso la caza. Insisto poco y permanezco mucho menos, porque me desgana la dificultad, juzgando se hallan en la fértil heredad de la hermosura no menos infinitas que varias espigas. Las mozas no sé qué se tienen de entereza, de buen olor, que me atraen con el aspecto, como es atraído el avaro con oro. Plantas, al fin, nuevas, todo verdor, todo flores, todo lozanía. El desaliño es en ellas curiosidad. Son gracias sus frialdades, dulces sus iras, amables sus enojos. Lástima fuera, ofreciéndose el cabe tan de á paleta, no pegarle contra las matronas antiguas, contra las viejas ranciosas. ¿Hay cosa tan inútil, tan asquerosa, tan abominable como una mujer anciana? ¡Qué bien las comparó cierto poeta al corcho seco donde se había forjado el panal: estéril, fofo, ni aun bueno para ser quemado! Lo que más mueve á pasatiempo es ver los melindres de que se valen para, en su opinión, ser queridas con más voluntad. Son siempre monas de las muchachas en el habla, en el traje, en la acción. ¿Hay cosa tan ridícula como oir en la boca de vieja un *no chero,* ni tan graciosa como la pronunciación de *pader* por *pared,* de *pato* por *plato,* y la de otras palabras así? Siempre se apetece lo que falta, y así, anhelan de contino por la mocedad que se les fué, y con ella, la estimación y apetencia que echan menos. Dieron un tiempo las mozas en dejar los velos, fuese ó por hacer hermosa ostentación, así con la blancura de las gargantas como con la pompa de muchas hebras lustrosas y encadenadas con lazos de varios colores, ó porque se hallaban mejor en esta forma de verano, careciendo del limitado calor que pudieran causar las tocas. Pues al punto las viejas arrimaron las suyas, y compusieron las cabezas con muchedumbre de añadidos y cintas, aniñándose y procurando (si bien inútilmente) reverdecer, con visajes y melindres. Era gusto ver unos gaznatazos lacios, amarillos, arrugados, y juntamente unas carazas largonas, acompañadas de hondas cavernillas, plegados albergues de moribundos ojuelos. El velo parece haberse introducido para recoger el rostro, haciendo de algún agrado al más importuno. No consideraban esto mis buenas Sarras, sino echaban al aire todo el frontispicio. Así, campeaban

maravillosamente los juanetes de las mejillas, y entre los lirios de los labios se descubrían mejor las retamas de los dientes, cada uno de á medio dedo. Eran todas las demás faiciones correspondientes al individuo, en lo rancio y feo. Con estos dijes, con estas riquezas corporales, mostradas á trozos, á deseo por la corta celosía del manto, procuraban amartelar, suspender y rendir á cuantos se les ponían delante. Acuérdome haber tenido en este mundo muy buenos ratos con cierta dama, punto menos de setenta; con cierto Hilarión eremítico, pálido y penitente. Lo que tenía mejor era ser toda huesos, toda quejitas, toda melindrillos. Hablaba descosidamente de Cupido, acompañando la plática con suspiros tiernos. Mostrábase diestrísima en sentimientos amorosos, y todos sus lamentos consistían en que su velado no se desvelaba en su amor; que no brotaba caricias con la furia que un almendro flores, y que la tenían casi difunta sospechas, no le entretuviese por allá alguna adúltera afición. Pasaba los más días casi todos en la cama, siempre lamentable, siempre achacosa. En saliendo fuera de casa el infeliz esposo, trataba de almorzar famosamente, aforrando el estógamo con tres ó cuatro pieles del Baco más resentido. Tras esto, reposaba un poco, enderezando los flacos miembros cuando ambiguo el reloj duda si dará ó no las doce. Trataba el marido, apurado del mucho ejercicio y opreso de varios negocios, de aliviar el cansancio y molestia con el gusto de la comida; mas hallaba infinitos azares en este breve recreo. La tal Quintañona, harta con la reciente refección, fingía hastíos y pesadumbre de sólo ver los manjares. Perdía el juicio el afligido consorte, y preparándole los mejores bocados, gastaba ruegos sin fruto para que los admitiese en la con quien había engullido, tan poco había, cantidad de buenas cosas. Obligábala con caricias, diciéndole con regalada voz: "¡Ah, señora, hermana, amiga, no seas estraña; come, por tu vida, si quieres que coma yo; hazme este placer, amores! ¡Ea, válgame Dios, qué terca estás!,, Volvía la anciana el rostro, y formando con la bocuela de hucha un pucherillo, respondía: "No *pedo*, que estoy malita; come tú, por tus ojos, mi señor, y no des lugar á que me ahite; que tengo indigesto y con crudezas el estógamo.,, Halléme una vez delante á este coloquio, y reventaba por levantarme de la silla, diciéndole, al darle seis cachetes: "Vieja malvada, asquerosa anatomía, sierpe espantable, arrima esos reconcomios; no almuerces tanto, y comerás mejor; no persigas á este desventurado con tu mala catadura; déjale vivir sin pedirle celos,

esté ó no enamorado fuera de casa. ¿Quieres que adore una cifra de fealdad, un retrato de calamidades? Mas detenía este deseo, y el de no desengañar al chacuaco, la paz y concordia que es conveniente haya entre dos casados, á quienes toca disimularse recíprocamente las faltas y sobrellevarse los defetos.

MAESTRO. Estraño era el humor de la chicuela; mas dice el proverbio: "Quien gozó las duras, gozó las maduras,,. Si esa dama entró en poder del amigo rozagante, linda y tierna, ¿habíase de arrojar cuando marchita, fea y dura? No es razón sino que, consistiendo la conservación del mundo en la suave coyunda del matrimonio, cuya continua fecundidad para la vida repara los perpetuos menoscabos de la muerte, se procure con todas veras alentar esta causa común, con no oponerse á su fin desabrida y desdeñosamente.

DON LUIS. Eso fuera á ser fecunda la melindrosa. Yerba tan sin zumo sólo para arrojada era buena. Mas hombre tan amoroso y sufrido, causas debía tener para serlo. Cuanto á la edad, tampoco mondaría nísperos el señor. Sin duda, se le podría decir había buscado su pareja, pues también tendría sus secretas sobrillas. ¿Era zurdo, zambo, contrahecho, ó por ventura calvo?

DOCTOR. Nada de eso, sino mancebo, galán, gentilhombre, de agradable conversación, entretenido y gracejante. Cuanto á derecho, un huso; en pierna y pie, buena proporción; fornido de espalda, pecho relevado, talle no corto, con cintura estrecha. La calva pudiera boarcé escusar, sor don Luis, y más siendo tan fácil ya el disimular la falta de cabello, supliéndose con el arte el agravio de naturaleza.

DON LUIS. Hablé, cierto, al descuido, sin advertir podía tocar tecla con tanta facilidad. Perdonadme, y pues generalmente no es bien recebido el serlo, decid, ¿por qué no os acomodáis á poner en ejecución lo que otros? Cabelleras hay admirables, que, á no saberse la lisura del dueño, engañara á cualquiera su disimulo. Ni juzgo yerro tratar como jardín el campo del cuerpo humano. Lícito es cultivarle y ser solícito en procurarle todo ornato y belleza.

DOCTOR. Así es; mas siempre me hizo repugnancia la consideración de ser ligereza vituperable cualquier notable novedad. Que alheñe las canas el á quien nunca se le conocieron, pase; que bien hizo en prevenir con la tinta la blancura de la edad, las insignias de la muerte. Mas que el tratado y habido por cano muchos días se convierta al improviso de cisne en

cuervo, indignidad terrible y conocida flaqueza de entendimiento. Muestra, por lo menos, desagradarle el conocimiento de su ser, de cuyo límite se desea apartar, siquiera con la corteza y sombra; efeto de imprudencia grandísima. Las mayores galas de los viejos son el aparato de las canas, merecedoras por sí de todo respeto y veneración, y dignos sus dueños de ser tenidos por padres de la patria; por sus árbitros y legisladores. La vejez, invierno de la edad, nos compone. Corónanse de nieve los montes; sus escarchas son los plateados cabellos, dignas borlas de la sabiduría anciana: *corona dignitatis senectus*, etc. Por tanto, ministran al poseedor no corto crédito para la confianza de grandes negocios, como fundada en la madura experiencia de largos años. Al contrario, desacredita el tinte sumamente, denotando aquel gasto inútil de tiempo mal empleo en el debido á cosas más arduas. Fuera de que el cano teñido, cano se pasea por las calles, cano comunica con todos; y si no cano, jaspeado, por lo menos. ¿Habéis echado de ver los visos y cambiantes que descubre una barba déstas, á trechos roja, á trechos tiznada, y cándida á trechos, con la piel siempre abrasada, que regala así la violencia del agua fuerte? ¿Qué pretendéis emendar, caducos? Dad su traje á la edad; sed tan verdaderos en lo demostrativo como en lo interior: no desdiga lo aparente de lo oculto; que sois ya avestruces, mucho peso, mucha tierra, y aunque os llenéis de fingidas plumas, no os podréis volver ligeras garzas. ¿Queréis granjear por lindos la afición de las damas? Brevas, ya no llegáis á tiempo; fuera de que se ríen y hacen donaire del afeite, mientras os favorecen y agasajan. Atended á lo que importa, niños de cien años, y aprendan de vos los que os han de suceder reposo, cordura, madurez, gravedad.

MAESTRO. ¿Qué es esto? ¿En qué arrobamiento os halláis? ¿Qué exclamación predicable ha sido la presente? Dejad á los miserables con su mala ventura, con su engaño. Basta que mientras viven contentísimos con el gasto de tan falsa moneda, la tisera de sus acciones les cercena poquito á poco las faldas, juzgándolos por lo que desean ser sin serlo, esto es, por muchachos sin valor, sín providencia, fáciles, antojadizos, inconstantes.

DOCTOR. Dadme, pues, lugar que pase á los calvos, en quien corre casi la misma razón. Si fuera posible ir poniendo pelo en la cabeza al paso que se le quitaba el tiempo, vaya con Dios; que, al fin, llegaba tal suplemento en no mala ocasión. Mas des-

pués de haberse dado un pregón general, no sólo por la Corte, sino por el mundo, que es calvo Juan ó Pedro; después de haber llegado ya á noticia de todos amanecer con pegote, con chapa, desairada acción, á fe de caballero. Es indecible el gozo que resulta á tales cornejas del tocamiento de ajenas plumas. Manéjanlas, y no lo pueden creer: tan aborrecible es para ellos el natural nombre de *Peláez*. Buen pelo se traen; mas buen trabajo les cuesta, por ser insufribles las incomodidades y molestias que padecen, principalmente de verano, por el sudor impedido del estorbo, cuya represa les ocasiona limpieza poca y menos salud. La donosidad consiste en las zarandajas que forman del amado postizo, guedejitas encrespadas y empinados copeticos. Dos cuentos no puedo dejar de referir, sucedidos ha poco á dos calvos, dignos de ponderación, por ir enderezados á su mengua. Galanteaba un lisiado déstos á cierta persona de bonísimas partes, y no de peor gusto. Teniendo vislumbres, traía el amartelado sembrado de pelusa el campo de la cabeza; dió un día en favorecerle con tanta singularidad, que se llegó cerca y, como al descuido, aplicó la mano donde estaba la enfermedad, como que pretendía rascarle el meollo por vía de regalo. Angustiábase el corazón del favorecido, por ver se le iba descubriendo la flor. Quisiera, por una parte, no se entrara la deseada con tanta determinación en lo vedado; por otra, juzgaba notable grosería oponerse á tan preciosa caricia. Mientras ignoraba la resolución que debía tomar, la dama cargó los dedos hasta encontrar con el tafetán, leve cimiento del fingido casquete, con que se publicó del todo el artificioso ornato del pretensor. Desvióse al instante la socarrona, y con rostro aseverado le dijo: "Señor, mucho granjea con los buenos la sinceridad; desagrádanme fingimientos: sí por sí, no por no; el calvo, calvo; el peloso, peloso,,. A esto, desamparando el negro amante la silla, partió como un rayo, sin responder, corridísimo del mal suceso.

Don Luis. ¿De suerte, que le hizo desmerecer con la señora lo que había elegido para instrumento de agradarla?

Doctor. Así es; mas, sin duda, era no poco discreta la pretendida, pues se enfadó de embelecos; y aun soy de parecer no le excluyera tan ásperamente, si se le pusiera delante aseado y limpio con aquel defeto, que, como natural, no había estado en su mano. ¿Cuánto peor fuera haber nacido insensato, necio, torpe, majadero, de quienes hay en el mundo infinitos, sin hallarse remedio con que se pueda cubrir la falta de su bestialidad?

Y, con todo, pasan y viven entre los otros brutos de la tierra. El otro cuento se me olvidaba, y no lo merecía, por más breve. Jugaba en cierta conversación un médico, calvo público, si bien pretendía desmentir semejante notoriedad con cabellera de particular primor. Por una suerte vino á diferencias con otro. Era el contraditor impaciente, y siendo las palabras espuelas de la ira, se dió principio á ejercitar las manos. Comenzó mi calvo á pelear como un Cid; mas el enemigo, á pocos lances, agarrando con los cinco rabiosos el miserable capacete, le desencasó del lugar que no era su centro. Púsose enmedio la de Guadalupe; y ya pasado aquel primer ardentísimo ímpetu de cólera, reconoció la pieza que había perdido, y la que á voces pedía el relumbrante calvatrueno. Tendió la vista por la sala, y no descubriendo rastro, siquiera por un cabello de tantos como echaba menos su cholla, comenzó á preguntar entre los compañeros si habían visto aquello; y respondiéndole que no le entendían, volvía á replicar: "Aquello, aquello digo,,; y en una hora no hubo sacarle de *aquello,* reventando de risa los circunstantes, uno de quien se había metido el *aquello* en la faltriquera de delante, y haciendo partícipes diestramente á los demás de la parte donde estaba escondido, daba motivo á su pasatiempo y solaz.

DON LUIS. Sin estos, han sucedido á tales chapetones (sea lícito nombrarlos así sin estar en Indias) infelicísimos acontecimientos. Un bullicioso en cortesías, quitándose con presteza el sombrero á cierto personaje, dió en tierra con el artificio en el patio del superior Consejo, con que descubrió el corto suyo en fiarse de lazos tan débiles, que sólo podían servir de ponerle en tan pública afrenta.

DOCTOR. Cese, que es justo ya, semejante plática, y remítase el satirizar los calvos á alguno de los poetas burdos deste siglo; á alguno de los que, enmedio de su engañosa presunción, es tenido y juzgado de todos por machazo irracional de las Musas; por centro de toda ignorancia, de todo absurdo, de todo error. Concluyo, pues, con decir no era calvo el amigo, ni traía dientes ó pantorrillas postizas, ni hacía monte en el pecho con peto falso, como casi infinitos que se efeminan y envilecen con tales imposturas.

ISIDRO. Pues algo tenía en que se fundaba tanta humildad y disimulación tan cuerda; que de otra suerte, faltara la torre del sufrimiento y oprimiera con mesa y manjar las espaldas de la vieja harpía.

DOCTOR. ¿Qué mayor defeto que haberse casado con ella, siendo pobre? ¿No bastaba tal inferioridad para solicitar cualquier sumisión en presencia de la dotada, y no de hermosura ni juventud? Había sido puesta en la coyunda otra vez, y el mísero que pudría, mientras vivió, puso toda su industria y cuidado en crecer y subir de punto el edificio de la hacienda. Perdióla con la vida cuando entendió gozarla, llevando por premio la fatiga y esclavitud de que se valió para su adquisición y cúmulo. Quedó la amarga por única en los puntos que suelen ser ruina de cualquier primera. No sufría la casa antigua de buena gana tan larga viudez, que era ya de seis meses, y así, escogió con su dinero un mozo como le pudo pintar el deseo, como le supo apetecer el gusto; mas árbol, si de apariencia gentil en el ropaje, desnudo de fruto y flores, como dice el romancete. Entró á poseer casa llena, si á gozar mala novia. Era regalado á costa del *quondam* primer marido. Mandaba señorilmente, jugaba un poquito, y fuera de casa sabe Dios cuál era su regodeo. Por lo menos, le convenía sobrellevar las impertinencias de quien, respirando, era causa de tanta comodidad, pues con su muerte cesaba todo.

ISIDRO. Ese cautivo vivía en peor parte que Argel. Cierto que así como fué acertado invalidar, y después impedir, el matrimonio de un capón, vilísimo sujeto, y del todo incapaz para el fin que se contrae, así también lo fuera estorbar el de una vieja con un mozo, por la imposibilidad que promete su junta para el fin de procrear. Que gocen las carnes rancias de una estantigua, hasta la sepultura, el lado de marido, las caricias de esposo, es cosa insufrible.

MAESTRO. Peor fuera cometer cualquier ofensa de Dios con obra ó deseo. Aunque el intento principal con que se instituyó este sacramento no se pone duda haber sido el de la generación, fué el segundo para templar los ardores con su remedio. Casi no permite el Apóstol una breve división entre mujer y marido, encargando con gravedad de palabras la continuación y asistencia en las obligaciones matrimoniales, todo por evitar cualquier átomo de pecado. Bonísimo es (exclama) no tocar mujer ajena. Tenga cada uno la suya. Sea solamente lícito dividirse en la oración, en que intervendrá común consentimiento; mas luego se frecuente la amada compañía, no los tiente Satanás por su incontinencia. Por manera, que santamente se halla constituído el casamiento también para sujetos ma-

yores, en quien hasta el último suspiro es posible no perderse la humana fragilidad.

DOCTOR. En resolución, como atrás quedó apuntado, más á propósito para todo es la igualdad de edades, en cuya unión con más facilidad se consiguen los fines de generación, de quietud y paz. Debríanse, pues, aduertir al tiempo de enlazarse los dotes naturales de que se halla adornada la doncella. Tienen muchas, siendo riquísimas, pobreza grande; y al contrario, no pocas son ricas en estremo con suma pobreza, efetos de honestidad y virtud. Su más perfeta hermosura es la vergüenza, puesto que la corporal más superior en poco espacio de tiempo, ó por breve enfermedad, se pierde, se muda y transforma; mas aquélla jamás se altera ni diminuye; antes cuanto más antigua, más se aumenta, crece y multiplica. Petrarca, en el glorioso *Triunfo de la castidad,* pone aquel memorable verso, digno de ser escrito con letras de oro:

Era allí la más casta más hermosa.

Esta virtud es el natural ornato de la mujer, de cualquier estado y calidad que sea. Don de Dios llamó Homero á la belleza; Zenón, flor de la virtud; Demóstenes, dignidad divina en cuerpo humano, y con razón. ¿Qué es la hermosura, sino centella de divinidad? Un rayo de aquel divino sol, pintura de Dios, que prende los corazones; carta de recomendación, que persuade más que cualesquier razones retóricas, como dijo Aristóteles. Pues ¿no es lástima que la hermosura haga contradición á la virtud? *Rara est adeo concordia formœ, atque pudicitiœ,* dice Juvenal; y Ovidio, *Lis est cum forma magna pudicitiœ.* Que andan á pleito hermosura y castidad, y que raras veces se conciertan. Afirma San Jerónimo serle al hombre concedido por diversas vias don particular para adquirir honra, fama y nombre. A unos, con letras; á otros, con armas; á muchos, con diferentes artes; mas á la mujer solamente se concedió hacerse en el mundo eterna con la vergüenza, honesta y casta. De manera, que si todas las virtudes, todas las artes, todos los dotes y gracias que se hallan concurriesen en una mujer deshonesta, seria como en un cristiano todas las virtudes sin caridad, sin quien serían las demás inútiles y vanas.

DON LUIS. Por la mayor parte, madres buenas crían buenas hijas, participando, no sólo por la leche, de la buena compli-

sión corporal, sino también, por el bálsamo de su virtud, de acrisoladas costumbres.

ISIDRO. ¡Oh, cuán aviesas salen algunas el día de hoy: potros desenfrenados, libres, esentos, con quien es vano cualquier castigo, cualquier reprehensión! Acuérdome, y no soy muy viejo, se solían criar muchachas, que cualquiera podía ser gloria de su patria y honor del mundo: cuerdas, temerosas, humildes, teniendo siempre al recato y mesura por guardas de su honestidad. Muchos frenos puso la naturaleza á las mujeres, entre quien el más principal fué la vergüenza.

DOCTOR. ¡Oh, cuánto desvelo se debe poner en su institución y crianza! ¡Cuánto importa (hablo de las nobles) tener la dueña á cuyo cargo están autoridad para reprehenderlas con aspereza, para que conozcan la fealdad del hecho y se corrijan! Niégase en particular á las hijas de señoras tener secretarias, ni que prive con ellas más una que otra. Débeseles mandar no estrañen la compañía, sino que asistan donde las vean, oigan y sepan todo lo que hablaren con las criadas.

MAESTRO. Acertadísimo sería eso; porque de chismerías vienen á recados; de recados, á billetes; y de aquí, á dar hora al pretensor para hablar; sin otras cien mil desventuras y deshonras que suceden. Culpa grandísima tienen desto los padres; mas mucho mayor las madres, que no advierten por dónde se pierde el agua. Suélese alegar por disculpa el cómo se podrán casar las doncellas sin ser vistas ni festejadas, sin hacer ventana y aguardar las vueltas del amartelado, sin responderle y ser avisadas; como si no fueran más fuertes trazas de atraimiento la compostura, el silencio, la discreción. Es la mujer amiga de parlar, naturalmente; y así, se debe imponer en callar con artificio. Por tanto, apenas le toca levantar los ojos del suelo; apenas hablar sin necesidad. Si preguntada la obligaren á responder, sea la respuesta breve y sentenciosa.

DOCTOR. ¡Cuán corrompida se halla esta forma de educación en todas partes, y particularmente en España, donde las hijas alcanzan dominio sobre las madres, de quien son humildes mozas! No hay para las madrazas contento tan sublimado como ver que se engalanen las hijas, que se atavíen y desenvuelvan las regalonas. Consiéntenles desde niñas ser libres, despejadas, descompuestas, dando á todos estos vicios título de discreción y buen entendimiento. No les vedan jamás el uso del solimán, de la color, sin otros muchos grasillos, mudas y embelecos para

sutilizar y volver lustrosa la piel de rostro y manos. Entre las cosas loables que conservó muchos años España, fué abstenerse del vino las mujeres, teniéndose por notable afrenta beberlo. Mas ahora se halla esta virtuosa costumbre tan depravada del tiempo, que pueden no pocas de nuestra patria competir en brindar con el setentrional más diestro en la copa. Con semejante resabio, no hay virtud que no desamparen, ni vicio que no acometan. Fuera de ser bajísima cosa el uso dél, aunque sea con templanza, es principio de muchos males, teniendo por compañeros á la sensualidad, al deshonor, al escándalo. Enseña San Jerónimo sea el sustento de la doncella tal, que se levante con gana de comer más, y que no la estorbe si luego después de la comida quisiere orar, leer libros buenos, ó entender en su labor.

ISIDRO. ¿Labor? Las de ahora, ¡ni por lumbre ruecas ni almohadillas! Ociosas gastan no sólo todos los días, sino las noches enteras en la ocupación de sus vanidades, de sus fruslerías; en tirar las puntas á la valona, en rizar las hebras de los aladares, para rendir, para sujetar los mirones, los boquirrubios.

MAESTRO. Ellas son veneno de víbora, cuya frialdad entorpece y turba los sentidos al mordido. Son, al fin, el más fuerte enemigo del alma; que si una vez llega á hacer presa en ella por el consentimiento de la voluntad, luego el apasionado se vuelve tonto y casi insensible. Tonto, porque, distraído con la desorden y turbación que el amor trae consigo, no acierta cosa que vaya á hacer, turbada la mente, depravada la voluntad, ciega la razón, entorpecido el entendimiento, desfallecida la memoria y esclava la libertad del albedrío. Casi insensible, porque, viéndose tal vez empobrecido de los tesoros del favor, olvida sus obligaciones, no oye verdades, no ve por dónde camina, y viene en un profundo descuido y aborrecimiento de sí. A todo esto, contentísimas las engendradoras que tienen sus hijas muchos requiebros, que son muy lindas, que pueden prestar ó vender esposos. Permítenles que pidan, que hablen, que escriban, sin serles freno en cosa de cuantas solicitan libertad y soltura.

DOCTOR. No me desagrada el período y cláusula de institución. A propósito era para el púlpito, si en él se tocara la materia. Sólo faltaba añadir la operación del veneno, cuya frígida calidad, esparcida por las venas, altera su sangre, hasta llegar al

corazón, de quien, por la falta de respirar, huye la vida, sucediendo en su lugar la muerte. En suma, tal el parto cual el concepto: hijas de concupiscencia, ¿qué podrán ser sino pecado? Y déste, ¿qué se puede esperar sino corrupción de cuerpo y separación de alma? Madres al uso, hijas al uso también.

DON LUIS. Paréceme será no mal sello de lo que se trata un soneto que escrebí en cierta ocasión contra los ojos de mi Celia, prontos para el mal y tardíos para el bien. Pensé yo cuando le compuse haber, como nuevo Sansón, derribado las colunas del templo de mi afición; mas olvidé favorecido lo que resolví desdeñado.

DOCTOR. Si va á decir verdad, no llega el huésped muy á propósito; mas vos deseáis tanto ingerir poesías en estos coloquios, que asís de cualquier hilo para introducirlas. Pedid lisamente que os las oyamos siempre que fuere vuestra voluntad; que sin duda hallaréis aplauso en las nuestras, y no les busquéis más achaque que el de quererlas decir.

DON LUIS. Digo, pues, en esa conformidad:

Tus luces ¡oh cruel! de mí divierte;
Líbrame de sus burlas y sus veras;
Allá con otros blandas ó severas,
Infundan vida, ó soliciten muerte.
Desde hoy me hallarán sus iras fuerte,
Y advertido sus risas lisonjeras;
Que lince siendo ya de sus quimeras,
Tendré mi libertad por feliz suerte.
Haré por escapar de sus reflejos
(Trémulos rayos, sí, pero mortales)
Al desengaño Dafne de mis sienes;
Y al centro bajaré, por verme lejos
De soles que contino rinden males
Opuestos al que siempre influye bienes.

DOCTOR. Tan bien considerado está como dispuesto; representa maravillosamente los efetos de los ojos en sus mudanzas. Mas desde luego pretendo no ser deudor al oído destas niñerías, y así, quiero pagar el soneto con otro, escrito en ocasión de haber visto destrozada y corrompida del vicio á una hermosísima

moza, que fué alboroto de la Corte y cuidado de sus más galanes y discretos. Ni soy de parecer se aparte mucho de lo arriba supuesto, cuanto á bizarrías y galas femeniles. Su tenor es éste:

Influyó tu belleza infeliz astro,
Y oprimieron tu ser hados impíos;
Con tu verdor y juveniles bríos,
No padre el tiempo fué, sino padrastro.
Huyó de ti la rosa y alabastro,
Veloces tanto cuanto al mar los ríos;
Y de quien fué de ajenos albedríos
Deidad, apenas hoy se mira rastro.
Con el ocaso de tu lustre y fama
(Mísera ostentación de pocos años)
¡Qué bien informas, flor, qué bien adviertes!
¡Cuán tristemente tu ruina exclama
De los deleites producirse daños,
De los excesos derivarse muertes!

MAESTRO. Excelente, por el grado de maestro. Suspensivo, y no poco provocante á piedad.

DOCTOR. Maestro, ¿por vuestro grado jurastes? En mi vida oí tan estraño juramento.

MAESTRO. De poco os espantáis. ¿Por qué consentís sea lícito jurar á cada paso á fe de caballero, á fe de hidalgo, á fe de noble, á fe de soldado, por el hábito de San Pedro, y otros tales, si os ha de hacer novedad que jure yo por el grado de maestro, título en que gasté estudio y dinero, cosa que no cuesta ninguno de esotros juramentos?

DOCTOR. Razón tenéis; y tanto me agrada vuestra opinión, que la he de seguir de aquí adelante, jurando por el grado de doctor. Con todos los modos inventados para afirmar y adquirir crédito estoy bien; porque, fuera de ser de ninguna importancia vaciarlos por la boca, se escusa con ellos el valerse de otro medio que pueda ocasionar pecado; mas no puedo sufrir esto de "á fe de caballero,, por instantes. Púdreme, sobre todo, hallar tan continua blasfemia en lenguas de quienes apenas pueden ser caballos, cuanto más caballeros. Y así arrojan la pelota, como si hubiera de faltar quien la recogiera para ponderar la li-

gereza y necedad del dueño en usurparse lo que no le toca. ¿Para qué son menester entre cuerdos más artificios de hablar para ser creídos que el término llano de *sí* ó *no*? Entre turcos no se hallan juramentos, ni más caballerías que el modo simple de afirmar ó negar.

DON LUIS. ¡Bueno es querernos confundir con el ejemplo de unos perrazos, faltos de fe, de verdad, de amor; de cuyo tiránico gobierno apenas están seguras vidas y haciendas; donde campean las maldades, donde triunfan los vicios, y todo es confusión, injusticia, violencia!

DOCTOR. Engañado vivís. Confieso ser infieles, y los más crueles enemigos del nombre cristiano de cuantos tiene el mundo; mas no concedo sea su gobierno de las calidades que decís. ¿No es, sobre todo, dignísimo de alabanza cesen entre ellos cualesquier litigios? Ninguno pide á otro injustamente, ni se niega lo que se debe; requisitos con que se evitan pleitos y diferencias, perdiendo ocasiones de rasguños los que, allá como acá, se pudieran preciar de águilas en todo género de cetrería y montea. Mas para que otra vez no os arrojéis á condenar á bulto lo de que no tenéis noticia, dad atención á lo que de su regimiento escribe un moderno ultramontano, casi en esta forma:

No debemos juzgar nosotros según el ciego vulgo (ignorante del todo de la disciplina turquesca y del singular estudio de que se valen en la guerra) ser una generación de hombres cobarde y débil. Antes abundan de muchas partes que los hacen formidables y tremendos. Primeramente, poseen la observancia de la disciplina militar, tenida entre ellos en supremo grado de estimación. Acompáñanla con el contino ejercicio de manejar las armas, á quien están acostumbrados desde la niñez, por no atender á cualquier otra profesión tanto como á la defensa y ampliación del dominio. Así, pues, con el prolongado ejercicio y estudio salen los turcos bonísimos soldados, de quien no es dificultoso venir á ser perfetos capitanes. Entre ellos son antepuestas las honras militares, no sólo á la riqueza, á la sangre ilustre de la familia sin virtud, sino á la sola virtud, á la fortaleza y valor. Ni la invidia ó mordacidad ajena es parte á impedir ó retardar los premios debidos á los hombres fuertes; habiéndose visto á menudo acompañar el mismo día con el galardón la operación valerosa. Profesan dar los cargos y dignidades supremas á los cuya virtud hace beneméritos, por estimar en poco ó nada la nobleza que carece de propio esplendor y merecimiento; así

como, al contrario, estiman en mucho el valor, bien que desnudo de nobleza. Hállanse, sin esto, todos los pueblos y gentes súbditas al imperio del Turco prontísimas á obedecer, y expónense á manifiestos peligros, no tanto por la esperanza de premio, ó por impulso de bárbara crueldad, cuanto movidos de un increíble afecto para con su señor, ocasionado de la bondad del dueño para con los súbditos. Sobre todo, no permite sea hecho algún juicio injustamente; antes ordena se administre justicia á todos indiferentemente, sin agravarlos de algún dispendio. No acostumbran los turcos destruir las haciendas de los litigantes, y miserablemente empobrecerlos con muchedumbre de procesos, de peticiones, de abogados, de procuradores, de escribanos, de diversos tribunales y de crecidos haces de leyes entre sí discordantes y contrarias. Antes el mismo Príncipe, no imponiendo jamás exquisitos tributos, se contenta, así en tiempo de paz como de guerra, sólo de los mediocres y ordinarios. Persuádense asimismo derivarse todo imperio y potencia de la mano de Dios inmediatamente, causa de obedecer con tan grande prontitud, notando de infamia y de infidelidad al que en esto quisiere hacer resistencia. Demás, no es lícito á quien sirve de regir la república recoger trigo para sí, con esperanza de carestía y ganancia venidera, puesto que ninguno puede hacer profesión de mercancía que también no sea tirano en la especie que ejercita, principalmente, si los que mandan frecuentan la liga de las manos, por el interés de lo que se despacha y trajina. Así, que, cesando tal inconveniente, se venden las vituallas á todos por precios acomodados. Sus agravios tienen fácil satisfación con el ejemplar castigo que reciben los jueces cuando se les descubre soborno ó pasión. Por manera, que premiándose solamente entre turcos los hombres valerosos, administrándose igual justicia sin intervención de cohecho, dispensándose sin fraude los bastimentos, ¿quién no reconoce nacer de aquí la increíble afición de los pueblos para con su señor? O ¿quién no comprehende no hallarse gentes que con mayor dificultad puedan ser debeladas y vencidas, así defendiendo su príncipe y dominio como estendiendo su monarquía y ofendiendo á sus enemigos, en que concurren concordes ánimos y ejercitada milicia?

MAESTRO. Admirado me dejáis con esa relación. ¿Es posible se halle entre bárbaros tan acertado gobierno, tan grande cumplimiento de justicia, tan loable modo de distribuir premios? ¿Cómo no se ha de conservar y estender su ditado con tres co-

lunas tan fuertes, con tres medios tan importantes para la duración de cualquier reino? ¡Oh secreto de no poca profundidad! Maravíllome de como no quedan confundidos los pueblos católicos que llegan á tener noticia deste modo de gobernar, tan contrario del que se suele suponer en sujetos tan bárbaros, tan inexorables, tan atroces. Que pequen sin temor los paganos, sin fe, sin ley, y que dejen de creer ser los males que padecemos, no castigos de la culpa, sino condición y tributos de la naturaleza, no hay que espantar; pero que los christianos, ilustrados por la Fe, y que morirán tan fácilmente por sus verdades, corran con tanta ligereza sin zozobra, sin remordimiento, á la ofensa de Dios, ¿á quién no deja pasmado, á quién no hace salir de sí?

DOCTOR. No sería malo ahora, si os parece, detenernos un rato en la menuda consideración destos requisitos, infiriendo los daños evidentes que resultan y se pueden seguir en las repúblicas christianas del contrario modo de proceder. Quisiera se enderezaran todos nuestros coloquios y pláticas al fin de sacar algún fruto y aprovechamiento dellas. Porque si bien nos hallamos al presente lejos de las dignidades de la patria (quizá no por dejarlas de merecer, sino por faltar el conocimiento de la suficiencia, que es menester, y es posible haya en nosotros para ocuparlas), no tiene, con todo, grande dificultad el poder subir á grandes puestos, cada uno en lo que profesa, ya que tales acontecimientos no son en este siglo milagros de fortuna, sino comunes sucesos, viéndose hoy arrimar la cabeza á las nubes el que ayer tocaba con el pecho la tierra. Por tanto, siendo tan poco difícil poder llegar tiempo en que cualquiera de los cuatro ponga su talento en operación, no le podrá ser dañoso entender los bajíos de este mar de la república, para aplicarles remedio si se ofreciese ocasión. El piloto no podrá llevar á salvamento la nave si por instantes no la reconoce y aplica tabla, estopa y brea en sus resquicios y descalabraduras. Así el gobernador de un bajel, de un cuerpo político, debe desvelarse en inquirir y considerar con vista atenta los defetos públicos para emendarlos. En esta conformidad, ojalá se hallaran presentes á esta conversación los á quien toca la obligación de reconocerlos y el cargo de corregirlos; ya que fuera forzoso no dañarles, por lo menos, el deseo de acertar con que se dirá lo siguiente.

Sobre tres puntos se ha de fundar este acto: milicia, justicia y provisión. Y siendo así que las armas no sólo conservan reinos, sino dan vidas, con quien ningún estado puede perecer, ni

florecer sin ellas, con razón se les deberá el lugar primero en esta ocasión. Ser lícito su ejercicio en causas justas consta con tanta evidencia, que no es tan clara la luz del sol. Instituyóla el divino acento en las sagradas letras, donde, entre otras cosas, se dice: "A ninguno oprimáis. Contentaos con vuestros estipendios,,. Por manera, que no se le prohibe militar á quien se le concede sueldo conveniente. También es ya manifiesto ser propio de príncipes soberanos moverlas con justas causas, cuyo examen se deniega á los súbditos, que de ordinario ignoran los principales motivos de su alteración. En la guerra concurren muchas veces circunstancias que la hacen detestable del todo: deseos de ejercer crueldades con implacables ánimos, teniendo por fin cometer daños y robos, con título de campaña franca; ambiciones fundadas en ajenos dominios; impulsos de esparcir entre los humanos atroces muertes, destrozos, incendios. Mas su verdadera introdución puso la mira en la conservación de la paz, donde, libres de injurias, puedan los hombres pasar la vida gozando los frutos de la tierra, los beneficios de las artes y las comodidades de hijos y mujeres. Temen acometer cualquier provincia ó pueblo los que le reconocen prevenido y pronto á la resistencia y venganza. No negará al combatiente vitoria quien le concedió osadía. Por tanto, no debe atemorizar la turba de enemigos; no su forma de pelear, ni más que si fuera de vidrio el resplandor de sus armas, cuando se les va en contra con honesto título, sea fundado ó en defensa, ó en deshacer agravios, ó en hacer restituir lo usurpado injuriosamente, ó en cualquier otro de quien se derive la justa opresión que se pretende. De suerte, que si la causa de la pelea fuere justificada, puesta la confianza en Dios, no podrá tener fin adverso; como, al contrario, ni se puede esperar próspero de la que no tuviere de su parte á la razón. Ahora, cuanto al arte de la milicia, es claro no será singular en ella quien desde pequeño no la hubiere cobrado afición y la ejercitare con veras. En el ocio, en la paz, debe aprender el soldado lo que le ha de ser provechoso en la ocasión. Con qué acierto y prontitud se han de tratar las armas, con qué orden y destreza se ha de salir y entrar en la escaramuza, siendo tal ejercicio y hábito importantísimo, hasta disponer con él y subir de punto los ánimos, con el valor, con el ardimiento, con la osadía. Son cualesquier actos marciales en sus principios temerosos; ni puede su novedad y miedo apartarse de los corazones, si no es tratándose familiarmente con la fre-

cuencia de su manejo, con que puedan salir idóneos, hábiles y consumados sus profesores. Consta hallarse en todas provincias y pueblos cobardes y animosos combatientes; que no es siempre igual la cosecha de valentía en todos lugares. Muéstranse tal vez los climas del cielo, no sólo favorables para las fuerzas del cuerpo, sino también para el vigor del ánimo. Los moradores más cercanos al sol sécanse con el calor demasiado. Dellos se dice saber más, pero tener menos sangre, y así, menos aptitud y constancia para las armas, puesto que temen con exceso las heridas los que reconocen en sí escaseza de humor sanguino. Al contrario, los pueblos setentrionales, remotos mucho de los ardores del sol, ya que no de tanta sutileza y perspicacia, como más copiosos de sangre, son en las guerras prontísimos y más atroces en sus combates. Convendría, pues, eligir los nuevos de climas templados, en quien suele estar igualmente dispuesta, así la copia de sangre, para el menosprecio de heridas y muertes, como la intervención de prudencia, de quien resulta la modestia y buen orden en los ejércitos; que no aprovechan poco para valerse de acertados consejos en las peleas. Excluye la experiencia cualquier linaje de duda sobre ser para la milicia más á propósito (si bien disciplinada) la gente rústica, que por largo tiempo frecuentó los campos. Alimentóse con fatigas, sufrió soles excesivos, menospreció la sombra, no conoció los baños, ignoró los deleites; como de simple ánimo, contenta con poco; endurecidos los miembros para la tolerancia de incomodidades, para llevar las armas, para abrir trincheas y acarrear fajina; infatigables entre sudor, entre polvo, entre hambre, con tan gran tesón y animosidad, que los acometían los trabajos con miedo y cobardía. Teme asimismo menos la muerte quien menos deleites conoció en la vida. Procedió de aquí la feliz restauración de nuestra patria, opuesta de contino al ímpetu de tanta muchedumbre, sin cesar socorrida. Recorrieron los que escaparon de la africana violencia al sagrado de Asturias, tierra por su aspereza poco acomodada al regalo. Criábanse aquellos formidables españoles, desde muchachos, en continuas pruebas de agilidad, saltando, corriendo por partes inacesibles. Las pieles de sus carnes podían servir de escudos, curtidas con aires, con fríos. Hacíanse sus miembros más robustos todos los días. Este rigor, ejercitado desde que comenzó el vivir, les iba infundiendo alegría y voluntad para entrar y parecer terribles en las batallas. Allí, con desusada ligereza de pies y ejercicio de ar-

mas, acometían pocos á muchos: pocos, diestrísimos y en orden, á muchos, confusos y desordenados, y gloriosamente los destrozaban y vencían, volviendo á sus casas triunfantes y adornados de trofeos y despojos. Era tan incesable esta fatiga, tan frecuentado este sudor, que apenas hubo hora en que no naciese della alguna conquista ó aumento, con que su dominio iba por instantes reconociendo extensión. Demás, que, como tan celosos del culto de Dios y religión católica, no excluían jamás los bienes de modestia y templanza; que los fuertes en la guerra aman en la paz con estremo la justicia y rectitud. El carecer asimismo de haciendas heredadas, de mayorazgos y patrimonios, los alentaba singularmente para enriquecer á costa de sus enemigos, oprimiéndolos, despojándolos. Pretendían luego con justísima causa la gracia y merced de sus reyes, pródigos siempre en premiarlos con honras, con dádivas, por haberlos visto pelear en su presencia con singular virtud, teñidos siempre rostros, brazos y estoques de sangre infiel.

Es de ver si en nuestros tiempos se halla observado el mismo estilo. Amigos, estimara no se hubiera ofrecido esta ocasión, por encenderme en cólera la representación de tanto malo como de contino se ofrece á la imaginación, derivado de los ojos. ¿Quién sigue ahora la milicia? ¿Quién se emplea en honrosos sudores? ¿Quién solicita con hazañas la inmortalidad de su nombre? Las levas de la plebe inútil y errante no pueden jamás, como escremento de la república, ser numeradas cuanto á buenas ó malas operaciones, por ser lo malo natural en casi todos, y lo bueno repugnante y esquisito en su costumbre y condición, y así, sólo buenos para destrozados en la lid. Los artistas no afanan poco en los ejercicios de lo que traen entre manos. Síguese, pues, ser toda la culpa, todo el oprobrio, de la buena sangre, del solar notorio y del que en la patria tiene conocido lugar. Nacen ahora los que llaman títulos, hidalgos, caballeros y nobles, con poca ó mucha riqueza. Goza el de los veinte, treinta, cincuenta ó cien mil ducados de renta una vida de un Heliogábalo, desnudo de virtudes y adornado de vicios, abundoso de regalos, galas, joyas, sirvientes. Considera desde el teatro de tanta comodidad los naufragios del mundo, combatido de hambres y guerras; alegrísimo con haber nacido sólo para comer y morir, sin merecimiento, sin renombre. Si les tratan de servir á su rey con hacienda y persona, tuercen el rostro y estrechan el ánimo, alegando corta salud y largo empeño. O respon-

de, á bien librar, el que se precia de más alentado no ser posible salir á la guerra sin plaza de general, por desdecir de quien es servir en puesto menor, ya que su abuelo ó padre murió colocado en los mayores. Por manera, que, sin valor, anhelan por las honras debidas al valeroso. Ni se avergüenzan cuando, sin algún mérito, cansan, importunan, muelen por el hábito, por la encomienda, por la llave, por cubrirse, y por otras dignidades de presidencias y consejos. "Señor, sirvió mi padre,,. No basta, amigo: sirve tú; que, considerándolo bien, si obligaron tus antecesores, no murieron sin remuneración. Obraron, y recibieron. Hízolos capaces la esperiencia y alcanzaron los premios al paso que sus talentos aprovecharon. Mas tú, indigno de la vida que gozas, ¿qué pretendes metido en un coche, rodeado de cortinas, sobre cojines de terciopelo, albergue vil de exquisitos manjares, entre sedas, entre brocados, telas y perfumes? Idolo de criados, de súbditos á quien oprimes, á quien desuellas, ¿cuánto más apacible es para ti la suavidad de la holanda que la aspereza del arnés, la blandura de la cama que la dureza del suelo, la dulzura de la conserva que el amargor de la achicoria? ¿Tú armado por estío? ¿Tú en campaña por invierno? Dios nos libre: eso es morir. Ofendete cualquier mínimo sereno, cualquier ligero calor, y tras todo, instas con memoriales, con peticiones, para que te den, para que te encumbren. El mayor príncipe del mundo es, sin duda, el Rey de las Españas, el soberano Felipe, defensa de la Fe, coluna de la Iglesia, poderoso y rico. Verdadero pelícano de sus vasallos, á quien trata como á hijos, con amor, desentrañándose y empobreciéndose por conservarlos abundantes y pacíficos. Mas debría ser su monarquía como cielo, donde si un sol lo alumbra todo, muchas estrellas le hermosean. Estrellas no sin misterio esparcidas por su inmenso campo, no ociosas, sino con operación de hacer bien, de influir, con otras sus muchas calidades, que ignoramos y apenas puede rastrear la astrología con el curso de tantos siglos. Necesidad tiene el Rey, sol de sus reinos, de estrellas que hagan otro tanto, de señores que sirvan, que gobiernen, que peleen, que derramen sangre. Es lástima no sólo que chupen como inútiles zánganos la miel de las colmenas, el sudor de los pobres, que gocen á traición tantas rentas, tantos haberes, sino que tengan osadía de pretender aumentarlas, sin influir, sin obrar ni merecer. Son éstos (queden siempre reservados los dignos de alabanza) escándalo de la tierra y abominación de las repúbli-

cas; y si no resultara consuelo de considerar su fin, espiraran de tristeza los discursivos. Al fin, mueren entre tanta pompa y aparato; al fin, los abren como á brutos; al fin, se escurece su nombre, y con ser el olvido raiz de todas las ingratitudes y padre de todas las villanias, sólo en deshacer su memoria es hidalgo, justo, agradecido. No hay quien los traiga en plática, sino para vituperarlos con poemas de su incapacidad, con elogios de sus vicios. "Aqui—dice el que pasa por la calle—vivió quien fué centro de todas maldades; el padre de la soberbia, de la gula y sensualidad; quien erigió estas paredes con sangre de pobres; el que levantó su linaje postrando muchos; quien no supo remitir ligeras culpas, ni evitar graves venganzas; el iracundo, el homicida, el desenfrenado. De modo que, si al paso que nuestro gran Monarca distribuye premios, en rentas, en sueldos, en títulos, en encomiendas, en dignidades, y cosas así, por donde viene á ser el señor de más dádivas y mercedes que tiene la tierra, antes quien solo reparte más que todos juntos, abundaran sujetos en cuyos méritos justamente cayeran tantos y tan calificados beneficios, procedidos, así de la remuneración de la guerra como de la paz, fuera, sin duda, España en breve tiempo cabeza y emperatriz del mundo. Infiérese mejor esto de lo apuntado arriba; porque si pocos y mal armados, sin socorro ó favor de convecinos, restauraron gloriosamente el dominio que les tenian usupado naciones belígeras, ¿cuánto más fácilmente conquistaran la redondez de la tierra muchos con excelentes diferencias de armas, con perfeta disciplina militar, para formar escuadrones, para gobernar ejércitos, con muchedumbre de arcabuces y artilleria, con abundancia de todos bajeles bien pertrechados, con tanto millón como rinden y ministran las Indias, las Españas y otros reinos, provincias y estados de Europa? El caso es que cada uno juega para sí. No hay valor, no hay esfuerzo, no hay aliento ni determinación para cosa buena. Todo es flojedad, todo remisión, todo propio interés, sin celo de bien común, ni apetencia de futura gloria y fama. Todo es gozar indignos los bienes del mundo, dejándoselos después de sus dias á otros tales, para que un abismo invoque otro, y sin que jamás haya reforma ni emienda; sea todo perdición, todo ruina, todo acabamiento. Mas ojalá, ya que el tiempo pasado no vuelve, ni se puede redimir lo perdido, volvieran en sí los á quien toca para en lo por venir, ponderando no poder ser nuestra bienaventuranza deleites que tienen tan malos dejos, gustos que

producen tan amargos postres; que es lo mismo que apuntó Boecio: *Tristes exitus esse voluptatum, quisquis reminisci libidinum suarum volet, intelliget.* Tras ser tan inútiles casi infinitos sujetos de los que hoy corren, tratan las cosas grandes bien así como si no carecieran de raciocinación y discurso. Si el reino va en diminución, si las armas no tienen felices progresos, si los vasallos se hallan en el último suspiro, exhaustos del todo, ¿no es mucho, ¡oh amigo reformador, oh legislador cansado! que en deciocho años de gobierno, sin tu ayuda [y favor, no sólo no se haya perdido un dedo de tierra, sino que se hayan conquistado diversas plazas de mucha consideración en Africa, en Malucas y otras partes, donde tremolan los invictos estandartes y resuena el esclarecido nombre de Austria? Presentábanse á los predecesores reyes de España, en ocasiones, militares gallardos, medios y espedientes para juntar fuerzas y huestes poderosas; tenían de atrás dispuesta la forma de gobernar. Era pura honra entre los vasallos, y opinión della, gastar las propias facultades en servicio de su príncipe. Desentrañábanse todos por alcanzalla. Esta les movía á competir con ansia interior, resultando de las hazañas de unos generosa envidia á otros. Menos cuidado (si se advierte) ponen los hombres en granjear hacienda que en tratar de emplearla, ya adquirida. Así, que, por ningún caso codiciosos, ofrecían los súbditos la sustancia de sus haberes para lo que se hallaba ser mayor servicio del príncipe, beneficio del público, defensa ó ampliación del reino. Con esto abundaban de dineros, de armas, hombres y caballos, por ser del Rey lo que tenían todos, ofreciéndolo, no violenta, sino voluntariamente. Lleguen á que se ofrezca ahora el más próspero, el más facultoso, á un pequeño empréstido; á enviar, cuando él no, siquiera un pariente con cuatro lanzas: ni por pienso entra en costa: "No se acostumbra; no se ha de introducir novedad que dañe á otros,,. A estar en mi mano, confieso represara todas las encomiendas, todos los bienes que se destribuyen por gracia, para aplicarlos al fisco de la guerra, al gasto de la causa común, que es la de Dios, defendiendo la Fe católica, la religión de Christo contra herejes depravados, contra obstinados infieles. Con esta industria, quizá los remisos se alentaran; quizá ardieran los tibios por embravecerse, por señalarse, sabiendo se había sólo por el camino desta negociación, sólo por el medio deste partido, de conseguir honra y provecho.

MAESTRO. Con la milicia hiciérades guerra á los que le son

poco aficionados, si en esta ocasión aplicaran tan atento oído como nosotros. Por cierto, muy desesperado había de estar el medio de la negociación y acuerdo para llegar á romper con este enemigo del género humano. ¡Oh, cuántos daños se siguen de ensangrentarse las espadas entre príncipes católicos! ¡Oh, cuántos, por el consiguiente, redundan á la Iglesia Romana de impedir el aumento de nuestra santa Fe en ella! ¡Oh, cuánta alegría reconocen en sus corazones sus enemigos, por no ver unidas contra sí y sus tierras las fuerzas christianas! ¡Oh, si los reyes, príncipes y gobernadores no apartasen de los ojos ser convenientísima la paz al servicio de Dios! Y, al contrario, ninguna cosa poderle hacer tan ofendido como la guerra, donde la penuria del dinero, la falta de obediencia y buena disciplina hacen torcer á los generales y cabezas, para permitir extorsiones, robos, fuerzas, motines, sin otras licencias y libertades, con que se multiplican pecados.

DOCTOR. Cuando las causas con demandas y respuestas se vienen á enconar, escluídas cualesquier pláticas, menospreciados cualesquier respetos, sólo se puede venir á las prevenciones, al resentimiento, á la demostración, resultando rotura de armas. De forma que, aunque la calidad de muchos negocios no requiera averiguallos con violencia, importando casi siempre á la reputación de la monarquía pierda apenas príncipe inferior el decoro á su sombra, se debe eligir un daño para evitar muchos. Esto arguye mayor necesidad cuando el príncipe contra quien se mueve tiene complesión armígera y ánimo revoltoso, de quien se puede esperar largo desasosiego en una provincia, si con breve resolución y suma potencia no se impiden sus disinios. Los grandes y soberanos reyes deben proceder con los menores potentados como lebreles generosos con gozques humildes, cuyos ladridos menosprecian; mas si se acercan demasiado, si osan mostrar los dientes, no hay gozque para un bocado; no hay ladrador para una presa. De hecho se debe oprimir, destrozarle en un punto, herirle de muerte al primer combate, porque no levante cabeza tan presto, ni se halle en disposición de poder ser ayudado y socorrido con dinero y gente. Fuerza es en tal ocasión eligir el medio de la guerra ofensiva; mas débense abreviar lo posible sus términos, porque, si bien los reyes están ciertos de su principio, no lo pueden estar de su fin, por la variedad de casos que ocasionan los tiempos, y trae consigo la inconstancia de las cosas.

ALIVIO VI

Maestro. Bien será que, pues ayer se trató con tanto aviso de la guerra, no se ponga hoy en olvido el segundo punto, que es de justicia, tan importante en cualquier república bien gobernada para la salud y paz del género humano.

Doctor. Esa es la felicidad de cualesquier reinos y estados, interna y externa. Interna, porque con su rigor se remueven las maldades y se promueven las virtudes. Externa, por la licencia con que se pueden frecuentar campos, caminos y mares, reinando en cualquier parte toda tranquilidad. No consisten las buenas costumbres en las muchas leyes, sino en pocas, bien observadas. Antes su muchedumbre es ocasión de estragarlas introduciendo litigios. En grande veneración se hallaran acerca de todos, si casi á las más no trataran como á cera los jurisprudentes, declarándolas á su modo, torciéndolas á su interés y arrastrándolas á su intento. Todas las especies de virtudes se ciñen y contienen en solo el nombre désta. Es de todas poner la mira en el blanco de la equidad, para que, sin acepción de personas, en su virtud hallen todos justicia. Por este respeto es paz de los pueblos, seguridad de la patria, inmunidad de la plebe, medicina de los males, gozo de los hombres, templanza del aire, serenidad del mar, fecundidad de la tierra, consuelo de pobres y ocasión de todos bienes. Conviene, pues, se halle quien no permita á los libres seguir sus pareceres, difiniendo entre ellos qué sea justicia y qué injuria. Es propia obligación del magistrado entender que representa la persona del pueblo; que sostiene su dignidad y decoro; que fué destinado para observar las leyes, para declarar los derechos, sin olvidar hallarse todo esto cometido á su fidelidad. Desto se echa bien de ver de cuánta consideración es ser apto y virtuoso el que se eligiere para tan importante ejecución, ser temeroso de Dios y en todas sus acciones justificado. Ha de tener intento de hacer bien á todos y agravio á ninguno, con que podrá conseguir el nombre de justo, siendo por tal proceder amado, seguido y estimado de todos. La regla que se debe observar en su administración sigue el camino de en medio: ni demasiada flojedad y blandura,

porque, envilecida, no ocasione menosprecio en la comunidad, ni severidad atroz y endurecida, con que pueda perder el humano cariño, gracia y amor. La equidad del varón ha de consistir en amar á los hombres por la justicia; no posponer la justicia por los hombres. Jamás se debe perder de vista su fin, que es de aprovechar á otros, aunque con su menoscabo, anteponiendo á la propia suya la común utilidad. No puede cuadrar bien el título de recto al que ignora la regla de la rectitud. Por la mayor parte, es la ignorancia del juez calamidad del inocente. Aunque dicen no ser su oficio condenar al que carece de acusador, sigue contrario parecer la costumbre, siendo la propia culpa el principal querellante, cuyas veces hereda el fisco. Estraño se debe hacer con todos el que atiende al juzgado, por dar cumplimiento á la justicia. Es muy suyo ser acérrimo defensor del pobre, sin asistir á la gracia del rico y poderoso, debiendo excluirse del conocimiento de la causa cuando en esto hallase dificultad, ya que no cumplen con su obligación los que en el tribunal son vencidos de interés, de odio, de favor. Debe, pues, para tan gran ministerio examinar cualquiera el fondo de su capacidad y valor, y admitir el cuidado de otros, al paso que reconociere en sí fuerzas, porque mientras fuere lisonjeado del puesto y deseo de aplauso, no sea por los súbditos autor de ruina. Es cosa abominable venga quien es agravado del peso de sus culpas á ser juez de las estrañas, y más duro que todo ver hecho retor de otras vidas al que ignora tener moderación en la suya. "No aspires á ser juez (dice el divino Gregorio) si en ti no reconocieres vigor para romper y des hacer maldades. Darles castigo te toca, no perdón; que sirves á voluntad ajena.,, Estas son, á mi ver, las partes cuantitativas de justicia y juez, sin quien, como sin firme fundamento, es forzoso quede asolado el edificio de la equidad. Entre ahora la curiosidad á inquirir cuáles son las armas que es costumbre arrimar al pecho desta virtud. Ser una misma en todas partes su esencia y, por el consiguiente, unos mismos sus efetos, carece de cualquier duda. De suerte, que sólo el daño ó el provecho resultará de su buena ó mala administración, como si dijéramos, de los buenos ó malos instrumentos. Los reyes, cuya memoria puede en todas edades servir de ejemplo para el mayor acierto ó yerro menor deste asunto, fundaron universidades, con grandes salarios, esenciones y privilegios, donde se cultivasen los noveles pimpollos, que en mayor edad pudiesen, trasplan-

tados, frutificar en el jardín de la república, fecundos siempre de acendradas letras y loables costumbres. Dispónense y habilítanse los talentos siempre más con el continuo estudio y hábito de lo que en lo venidero se ha de profesar y ejercer. Por esta razón jamás los sabios gobernadores echaron mano para jueces sino de hombres á quien la dotrina purgó de todo error y la ciencia perficionó en toda bondad. Sin duda, es felicísima España, así en esta parte como en otras. Hállanse en los tribunales supremos sujetos dignísimos de toda recomendación, por el celo en la justicia, por la asistencia en las causas, por la entereza en el sentenciar. Atienden todo el año al despacho de los pleitos con vista perspicaz, con oído atento, desnudos de todo respeto y pasión. Determínanse en sus salas casos gravísimos, en rentas cuantiosos, en dignidad sublimes, sin que alguno pueda asegurar la sentencia en más que su derecho; tampoco pueden allí interpuestos favores y diligencias solícitas. Verdaderamente son éstos los antiguos senadores de Roma, los verdaderos padres de la patria: tan por su cuenta corre su bien, su felicidad, su aumento. Por tanto, lejos estará de ofender su sombra los advertimientos que supiese proponer el celo más purificado. En los de menos lugar sí que se hallará bien que reprehender y en que reparar, por lo que toca á intención, sabiduría y limpieza. Como conviene que concurran en un instrumento diferentes cuerdas, entre quien, si bien parte gruesas, parte delgadas, partes más sutiles, todas forman un concento, todas se unen para una harmonía, así en el instrumento de la justicia es importante haya diversas cuerdas para el ministerio de la música judicial, cuya suavidad se endereza al deleite y recreo de la república. Muchos que ejerzan; mas todos con un intento, con un fin, que es de dar á cualquiera lo que fuere suyo, parte distributiva, y satisfacer con la pena el agravio, parte comutativa. Estos son los requisitos de la intención; los de la sabiduría serán, á mi ver, no ignorar los medios por donde se han de conseguir tales fines, como los de las leyes comunes y municipales, sin otras órdenes y premáticas.

Es imposible pueda guiar bien un ciego, ni enseñar un idiota, como tampoco juzgar rectamente un ignorante. La limpieza es la basa fundamental deste suntuoso palacio, sin quien es fuerza perder todo primor, todo lustre. Róbase con todo exceso en los tribunales inferiores, y, en particular, por los esparcidos por ciudades y pueblos, distantes de los soberanos que los

podrían castigar. Más gravemente son lacerados los míseros de injustos jueces que de cruelísimos enemigos. No hay cosarios tan deseosos de robar entre estraños como éstos entre los suyos. Al tiempo de juzgar la causa no consideran sino las palabras, siendo tan solícitos en su daño cuanto negligentes en el examen. "Vi, dice Salomón (*Eccles.*, 3) sentada á la maldad en el lugar del juicio, y en el de la justicia, á la desigualdad.,, Vi que allí hacen agravios adonde los habían de deshacer. Procede bien á menudo el torcerse esta vara, que tan inflexible debría ser, de crasa ignorancia, de falsa presunción, de favor, de amistad; mas el encuentro más fuerte es el de interés, haciendo vacilar tal vez una barreta de oro los más firmes jueces. Campea la inconsideración donde apenas es lícito un movimiento indeliberado, donde ofende sumamente el menor descuido de una omisión, de un acto no tan presto prevenido de la razón. Cométense los mayores desafueros en los pobres, como en quien hasta caudal de palabras falta para quejarse. "Hoy (dice Pedro Blesense) el oficio de los jueces consiste sólo en confundir leyes, en fomentar litigios, en romper conciertos, en inventar dilaciones, en oprimir verdades, en favorecer mentiras, en seguir su ganancia, en vender la equidad y en acumular engaños, dobleces, malicias.,, No hay furia tan tremenda como un juez primerizo, uno que desde el mendigado estudio se trasladó á la vanagloria del mando, á la ociosidad del gobierno, donde anhela por las bolsas de todos, donde muere por sembrar fuego en su distrito, desnudo de piedad, de consideración, sin Dios, sin ley ni miedo, mientras duran los tres años de su alcaldía ó tenientazgo. Por ligerísima ocasión, venga la cárcel, los grillos, el calabozo; molestias dadas sólo con fin de apartar el pellejo de la carne y poner en los dientes el espíritu del afligido, que ya no le falta sino espirar del todo. Del modo que se suelen convocar todos los perrazos de una calle para despedazar al perrillo forastero que pasa por ella, así, en llegando á tocar cualquier miserable los límites de alguna plazuela, las gradas de algún tribunal, no se ven sino juntas de mordedores, para consumirle y destrozarle. El carcelero, el procurador, el solicitante, el escribiente, y, sobre todo, el abogado, escribano y juez, alanazos de mayor cuantía. Adviértase qué tal puede quedar quien pasa por tantos colmillos, quien es chupado de tantas sanguijuelas: sin sangre al fin, sin sustancia, sin vida. Quiero poner aquí un reciente suceso, que, á no ser testigos de su tenor los ojos, careciera de posibilidad

el darle crédito, para que dél se infiera mejor la intención y celo que suelen tener algunos jueces modernos. Llegó una noche á casa de un sastre un teniente de cierta villa. Los galfarrones que le acompañaban comenzaron á derribar las puertas con furia de golpes. Levantóse el hombre soñoliento, y preguntando quién llamaba á tal hora (que era casi la de las doce), respondieron abriese á la justicia. Bajó desnudo y turbado, y subiendo el tal ministro hasta la cama, halló en ella á su mujer y á una niña de cuatro años, habida en cierta flaqueza. Con aquel endiosamiento que suele tener un juez mozo (que no era viejo éste), le fué haciendo preguntas, enderezadas al examen de su conciencia. Qué oficio tenía, quién era aquella mujer, y si era su hija aquella criatura. Fué respondiendo á todo como convenía, y, sobre todo, confesó ser padre de la muchacha. Díjosele si era también hija de su mujer; declaró que de otra persona, difunta tres años había. Esto bastó para decirle que se vistiese, y para enviarle á la cárcel, con título de amancebado con la fallecida. Por ser tan tarde, no hicieron más que meterle dentro y dejarle á su albedrío. El triste anduvo buscando donde poder reclinar el cansado cuerpo, con la fatiga del día pasado, y no lo pudo hallar. Temía tenderse en el suelo, por las sabandijas de que abunda todo aquel territorio. En suma, vió arrimado á una parte el potro, con que la tarde antes habían dado tormento á cierto delincuente. Eligióle por cama, estendiéndose sobre él lo mejor que pudo. Considérese qué descanso hallaría en su rigor el pobre afligido. Llegó el día, que era de domingo, víspera de otra fiesta en quien no había visita. Apenas se comenzó á angustiar el corazón del preso, considerando había de quedar, por lo menos, condenado en dos días de cárcel, cuando le socorrió un neblí famoso; acercósele con semblante risueño, zonzo y falsico. Quiso saber de qué causa había procedido la prisión. Afirmó el otro ignorarlo. "¡Bueno es eso! (le respondió): ninguno sabe por lo que viene á esta casa, ya que, ó es todo por negocio de aire, ó por falso testimonio. — Por ambas cosas (replicó el sastre) podría yo decir, pues no sé que haya cometido culpa por donde merezca tan injusta pena. — Tenga buen ánimo (fué prosiguiendo la garduña); que no es de muerte su enfermedad. Yo hablaré al señor teniente y negociaré su soltura. Como de eso sabré alcanzar, si fuere menester.,, Donde hay dineros todo es fácil.,, Vió el cielo abierto el molestado, cuando en suerte tan dudosa le ofrecían

tan buen partido. Hubo concierto, y con unas señas vomitó la triste mujer ocho ducados, que se aplicaron al fisco de las costas, sin haberse escrito letra, más que la de un mandamiento de *salga, ó suelten.* Quedó el hombre como quien escapó con vida de alguna campaña donde se vió ceñido de lluvia, relámpagos, truenos y rayos. Contábamelo atónito de que, á título de amancebado con la muerta tres años había, le hubiesen dado tan esquisita molestia. Animábale yo para que en la residencia se querellase contra el juez; mas salía vana mi persuasión. Proponía la pérdida de cuanto le había quedado, antes de ingerirse otra vez con tan virtuosas plantas, aunque fuese recobrando la cantidad del robo. Colíjase desto que sé y vi las estorsiones que por este y otros ilícitos medios había cometido mi buen juez, mi nuevo Caco, cuyos pensamientos no aspiraban á menos que á ropa en Chancillería. Piden, cierto, rigurosa provisión, no ya los ocultos cohechos, que déstos, si bien se halló siempre el mundo abundantísimo, no pueden ser remediados, sino los públicos y manifiestos hurtos que por instantes cometen con brazo de justicia casi los más de los á quien se encarga su administración. Alabo el estilo de algunos reinos y provincias en ser anal en ellas el oficio de juez, por la brevedad de tiempo en que puede poner en ejecución sus insultos. En un año apenas se llega á conocer los maleantes, apenas se toma el pulso al lugar, y cuando trate de arruinarle, no pasa el daño de doce meses. Mas treinta y seis de un perverso ministro, ¿quién los podrá sufrir? No es posible al aprobarlos conocerlos. Preséntanse con grande compostura, con muestras de buena intención, lobos con pieles de corderos. Mas ¿qué maldades no comienzan á perpetrar con los deseos, al desbocar por la Puente Segoviana? Debríase hacer secreta pesquisa del proceder déstos, á cuatro ó seis meses entrados en el oficio. Debríanse examinar los más beneméritos de los lugares, y menos interesados en pleitos y negocios, para proveer lo que conviniese, vista la información. Si el límite de su provisión es acto de gracia, y el menos ó más reservado ó soberano arbitrio, ¿por qué no será lícito y conveniente mudar ó privar luego al que excede de lo justo, ó falta á lo que debe? Tendría este miedo enfrenados á muchos, que con la licencia de tiempo determinado alargan la rienda á sus demasías y exorbitancias. Por el consiguiente, cobrarían ánimo los buenos para prometerse cierto el premio de su virtud y letras, viendo en los malos tan fácil expulsión. Alegan no ser posible tener contentos los jue-

ces á todos los súbditos, por resultar mortales odios de la decisión de causas criminales y civiles. Mas esto tiene en su favor la equidad: que la estima y ama hasta el propio interesado en bien ó en mal. No tomo en la boca los ejecutores, entre quien es forzoso haya de malos y buenos. Danse las varas, no la discreción; y así, el prudente mezclará entre el rigor blandura, sin indignar las almas cuando prendiere los cuerpos. Cosas hacen los menos pláticos tan osadas, tan violentas, que falta vigor al discurso para ponderarlas, y tal vez paciencia al ánimo para sufrirlas. Sábese no ser intención de superiores se maltraten los vasallos, ni por ligeras causas se atropellen los buenos con obras y palabras. Lo vendible admite en su juridición todos sujetos, sin que halle repulsa el dinero en cualquier compra; mas cierto que convendría poner en estos lugares hombres bien nacidos, de quien son propias crianza y modestia, con que se escusarían muchos desabrimientos y resistencias. No hay diamante tan firme para todas ocasiones como la gracia de las gentes, y ésta se consigue con suavidad, no con aspereza. Indignidad fuera tomar en la boca los instrumentos agarratorios que llaman *corchetes,* ya que, como el cuerpo humano tiene sus vías para la evacuación de los escrementos, causa de conservarse en salud, así el objeto de la justicia ha de tener otras tales para carecer de enfermedad, no obstante sean partes vilísimas de todo el individuo. Lástima sería inficionasen á sus dueños con sus pésimas calidades; mas no ės posible pegárselas. Taza, glotonería, sensualidad y robo son las cuatro colunas sobre que se apoya la fábrica de tales hombres, sin sobrarles cosa buena ni faltarles cosa mala. Pero refiriéndose á éstos la ejecución de la justicia, es forzoso tener paciencia, rogando á Dios emiende sus vidas, para que no persigan injustamente las ajenas. Mas, hablando en general de todos, quiera el cielo, pues solo puede, remediar tantos excesos como de contino cometen, por hallarse remotos los castigos. Quiera humillar tanta soberbia, tanta altivez y arrogancia como brotan estas harpías, estas gomias de la república, en quien, como en centro, va á parar todo lo bueno que produce mar y tierra. Ninguno se atreve á negarles lo que piden cuando llegan con tremolante vara y arrogante imperio. Suyo es lo mejor á costa de menos dinero; el desecho, para los desechados, para los encogidos.

Paréceme que no tenemos en mal punto los dos requisitos del buen gobierno: guerra y justicia; resta ahora tocar breve-

mente el de provisión, no menos importante que los dos primeros. Jamás se han visto en las ciudades más fieles tan prontas y fáciles alteraciones como las que se derivan del errado discurso en la buena distribución de vituallas. La persona de más confianza en la casa de un señor es la del mayordomo, de quien pende el buen regimiento della. Tócale reconocer los descuidos del proceder, la bondad del mantenimiento y la moderación del precio. Pues este oficio es propio del regidor, hombre público, puesto en aquel cargo como mayordomo de la ciudad ó villa, para visitar, eligir y tasar lo que se conduce de lejos ó rinde en sus confines y términos el propio lugar. Suya es la provisión del trigo para todo el año y el apercebimiento de carne, tocino, aceite, carbón, sal y cosas así, sin quien se pasara mal la vida. Oblíganse algunos particulares á mantenerlo todo el año por precio justo, considerando el gasto de traerlo, y otros menoscabos. Hace grande falta la quiebra de alguno déstos, y así, conviene estar alerta en eligir los más facultosos y pláticos. En suma, el mejor gobierno, cuanto á provisión, fué siempre el del pobre. A éste no se ocultan hasta los más menudos bastimentos de casa; hasta las más sutiles malicias de los tratantes. El regente facultoso jamás tiene por costumbre ver el rostro á la necesidad. Siéntase á mesa bastecida de manjares delicados, del mejor pan, carne, pescado, vino, caza y volatería; y juzgando lo mismo casi en las más, no le afligen duelos de otros. Fué notable industria la que se usó con un duque potentado de Italia para traerle á la memoria la penuria de trigo que padecían sus vasallos. Mandó la duquesa se le ministrasen muchos platos de diversas viandas; mas que en el servicio no se le pusiese el panecillo acostumbrado. Llegó la hora de la comida y, sentado, fué el pan la primera cosa que buscó. Dijéronle, presente su mujer, que no lo había. Embravecióse contra los criados de manera, que faltó poco para que corriesen riesgo. La duquesa entonces, con suaves palabras, le significó la importancia de lo que echaba menos. "Si en mesa (dijo) tan abundante de regalos hace tanta falta un pan, ¿qué será, señor, en las de tantos pobres súbditos vuestros que le tienen por principal sustento?,, Esto bastó para que, despierto de aquel letargo, de aquel olvido, despachase comisarios en busca de cuanto trigo pudiesen hallar en otros estados confinantes del suyo, á cualquier precio. Recogióse cantidad bastante á socorrer y suplir los meses que faltaban hasta la nueva cosecha, con que pasaron los pueblos

con menos penuria. Grandísimos desórdenes suceden en este particular: algunos, que no está en mano del que rige remediarlos; otros, que sólo es suya la culpa, y así, debría también ser el castigo sólo suyo. Los primeros consisten en la mal ordenada distribución del bastimento: gastando excesiva cantidad las despensas de embajadores, titulares y otras habitaciones de gula. Véndese allí por doblado interés de lo que cuesta en la plaza cualquier cosa de las que se hallan sólo en ellas con facilidad y apetece el gusto con ansia: la perdiz, el conejo, el capón, la ternera, el salmón, la trucha, la lamprea, el besugo, etc. Justo sería llevasen tales compradores lo necesario á sus casas, y antes con sobra que escaseza; mas despojar los puestos públicos de semejantes regalos para en los suyos secretos solicitar exorbitante ganancia entre la gente más facinerosa, pienso que ni es lícito, ni se debe permitir; mas para su estorbo no tienen mano los regidores. Los segundos daños proceden de los regatones, que revenden por menudo lo comprado por mayor. No se puede imaginar cuán á su salvo doblan éstos su dinero dos ó tres veces, contra quien ni aprovechan posturas, ni diligencias de fieles. Por ejemplo, la libra de canela menuda les cuesta cuatro reales, y á ochavos, sacan della, por lo menos, doce; y esto, en tiempo brevísimo, puesto que no hay dinero que tan á cachetes se ofrezca como el de portes de cartas y cosas comestibles. Así he considerado muchas veces no haber trato tan á propósito para enriquecer con brevedad como el que, en un día despachando su empleo, rinde crecida utilidad. Y tengo por cierto enfrena sólo á muchos para no abalanzarse á seguirle aquella cortapisa de infamia que resulta del ejercicio vil. Tal vez me puse á considerar de espacio algunos despachantes destas jarcias, personudos, altones, barbadazós, lustrosos de grasa, relucientes de mugre, ocupadísimos toda la vida en dar cuatro de aceite, dos de vinagre, de especias, de rábanos. Tras esta contemplación, suelo decir entre mí, lleno de piedad: "¿Es posible que pierdan las aguas tan gentil batidor, que carezca el azogue de la operación destos miembros? ¿Es posible que viva este poltrón con tanta comodidad, tan á pie quedo, que no se le salude la barriga ó espalda siquiera con un centenar al día, despedidos de duro rebenque y robusto brazo?" En tanto, él, no estimando en dos higos lo que le desea mi corazón, despacha pleiteantes apriesa, llenando los cajones del ofrecido vellón. Estos son los domésticos cosarios de la república; los que ocupan poco á

poco su sangre, robando con seguridad en el peso falto, en la mala medida; y así, debrían ser diciplinados por momentos, señalándoles, no dos sobrestantes, sino ciento, que los ardiesen con cárceles y crecidas condenaciones. La república de la Plaza Mayor es dignísima de cualquier encarecimiento. Más por ganar está su gente que la de Argel. ¿Hállanse en el mundo asperezas y descortesías como las que por instantes usan las de las ropas verdes con manga justa y sombreros mayores de marca en falda y copa? Al de más buen hábito se le atreven más; se la clavan mejor en el precio, en lo más inútil. En todas cuantas cosas hay, hallo ser el vender paciente, y agente el comprar. ¡Con qué autoridad se llega á cualquier parte con el dinero en la mano; con qué brío se busca en otra tienda lo que se dejó en aquélla por falta de concierto! ¡Qué triste queda el mercader cuando no consigue el fin con que asiste y ocupa caudal y casa, que es el de vender! Solamente las hermanas placeras son excepción desta generalidad, desta regla; de entre quien es imposible escapar los que han menester lo depositado en sus canastas. Si desagrada la una, no hay que recorrer á la otra, porque se empeora la suerte.

Sucedióme con una déstas un cuentezuelo, que os quiero referir (pues con todo se ha de aliviar la molestia del calor y entretener la siesta), para que dél se infiera la suma desvergüenza de que están dotadas estas benditas. Poco antes de anochecer, en la sazón que hay melocotones, me aficioné, pasando por la plaza, de la hermosa ostentación que hacían de sí en el teatro de una cesta cantidad de buen tamaño. Llegué; que no tuve por menoscabo, como algunos escrupulosos, cumplir mi antojo personalmente. Juzgué convenía valerme de alguna retórica para que se me diesen buenos. Entré con la runfla de "Reina mía, por sus ojos que me dé una libra de melocotones muy de su mano; que son para una necesidad, y páguese de lo que quisiere,,; y al decir esto, hice la ofrenda de dos reales. Asiólos la machucha, y adrede parece fué escogiendo los peores: los de más nudos y más pequeños. Repliqué por la mejoría; no hubo lugar; y escusando el quererlos recebir, alzó la voz imperiosamente, diciendo: "O los lleve, ó los arroje; que ya están pesados,,. Respondí con más sumisión que provecho; porque descubría soberbia, al paso que yo humildad. Abrasábame la cólera por embestir; mas deteníame saber suelen ocultarse por entre aquellos cajones ciertas sabandijas que al improviso envainan

un jifero en el estómago del más confiado. Pues quedar sin venganza era imposible en mi condición. Juzgué, según esto, convenía disimular por entonces; y así, recibiendo el trueco y los malos melocotones, anduve entreteniéndome, y, como buen halcón, haciendo puntas, hasta que llegase ocasión de agarrar mi garza. Eran ya cerca de las diez, cuando mi tenderona, carifarta, cincuentona, y como tortuga veloz, comenzó á desbaratar el aparato de su tienda y á confundir la distinción con que tenía la fruta. Así se huelgue Dios con mi alma, señores, como yo me holgué con ver disponía ya la retirada. Fué primero juntando canasta sobre canasta, de quien formó dos carguíos, que llevó cierto mozo, entre ganapán y esportillero. La noche era tenebrosa, y sólo podían en cualquier maleficio servir de testigos las estrellas. Ya que no faltaba cosa por llevar, y que con algunas menudencias había cogido la delantera una muchacha, fué con pies de plomo guiando hacia su habitación la tan deseada. Seguíla un rato, siendo escudo de sus espaldas, por ver si carecía del todo de algún acompañamiento. Asegurado ya de que caminaba como espárrago, antes como hongazo de muladar, fuí dando tiempo á que embocase por cierta callejuela que la conducía á su albergue, solitaria y lóbrega cuanto podía pedir el deseo que llevaba. Ya dentro, llegué por un ladito, y con este puño que ha de comer la tierra, que no es de mal tomo, descargué tan gran porrada sobre su mejilla y sien, que di con ella en el suelo, como pudiera con pelota un cañón de crujía. Aturdíla con el porrazo de tal suerte, que jamás supo pegar tan bien los labios Harpócrates, abogado, según dicen, del silencio. En tal ocasión, pareciéndome indecencia manchar las manos en cosa tan torpe y vil, apliqué á su boca y caraza el de doce puntos, que la honró con la humildad que mereció su soberbia. Tras esto, sin alterar el paso, me puse en el umbral de cierta casa grande, poco lejos del lugar del suplicio, para ver desde allí, como desde talanquera, el fin que tenía semejante suceso. Antes de levantarse, comenzó á clamar: "¡Justicia, que me han muerto! ¡Justicia!,, Acudió gente, y queriendo reconocer las heridas, hallaron que sólo las narices se habían vuelto fuentecitas de sangre. Levantóse la habada con muletas, y repitiendo el amado nombre de justicia, se coló en su aposentillo, poco distante de la callejuela. El día siguiente, desde no lejos, me puse á mirar el rostro acacheteado la noche antes. Holguéme con verle alcoholados los ojos, y los mofletes asaz hinchados; mas

sólo me daba pesar no llegase enteramente á su noticia de qué aljaba había salido la saeta que tan lastimada la dejó, y el por qué le fué disparada.

ISIDRO. Decís bien, porque como tan de contino irritan á tantos, no es posible caer en cuál pudo ser el ofensor. Sé decir, que la burla fué solene, y el resentimiento ingenioso en aguardar para él, como los galanes para los efetos de su amor, tiempo, lugar y ventura.

MAESTRO. Si bien debe el cuerdo político y ciudadano prudente valerse de sufrimiento y modestia en cualesquier ocasiones de ira y enojo, parece la dió no pequeña esa mujer para que con asechanzas se le maquinase algún daño; mas no tan grande como el recibido. Son las descortesías y malos términos dignos de más culpa y mengua en los que tienen más obligación de evitarlos; mas en los rudos plebeyos, en las gentes mecánicas, es propio alimento la grosería y mala crianza, por no haber visto en su vida el rostro á la buena, ni haber comunicado jamás con quien se la pudiera enseñar, por ser los continuos asistentes en las plazas gallineras, verduleras, fruteras, ganapanes y tales inmundicias de los pueblos. Fuera por eso más cordura no esponerse al riesgo que pudiera sobrevenir fácilmente, mientras se ejecutaba la cólera, con el socorro de justicia, pariente ó marido.

DOCTOR. No niego ser eso así; mas ¿quién no alarga la rienda á la ira, puesto en el caballo de la ocasión? También la poca edad sirve de espuela y polvo á la remisión y á la vista, para que, alentada la una y ciega la otra, se despeñe el sujeto inadvertidamente. Hoy, con la sangre ya más helada, sin duda me riera de la mujer, sin reparar en la eleción de los melocotones. Mas volviendo al hilo de lo comenzado, afirmo ser sobremanera importante la asistencia sobre tales gentes, porque sean menores y menos frecuentes los hurtos. Debríase asimismo poner cuidado en que todo género de mantenimiento corrompido se espeliese de las plazas, arrojándolo en los campos, por el daño evidente que de usarse se sigue á la salud. Los pobres, cuyo posible no se estiende á la compra de comidas costosas, hallan, á su parecer, grande comodidad en lo barato, sin reparar en si está de buena ó mala condición. Así, tal vez llevan á sus casas mortífero veneno, en lugar de saludable sustancia. No requiere vigilancia menor el engaño que comúnmente suele intervenir en la mezcla de los bastimentos, como en el vino

agua, en el aceite polvos de garbanzos ó pan azafranado, guijas en las legumbres, y cosas así. Por manera, que toca al regidor el desvelo en todas estas fraudes, para que la república se alimente con limpieza y sin carestía. Todos pienso acuden á su obligación prontamente; mas si se hubiese de dar crédito á malas lenguas, no sólo les atribuyen ligeros descuidos en esto, sino graves culpas en lo más esencial. Pícanles con que tratan, con que recogen vino, aceite, cebada y trigo, para aumentar hacienda con su ganancia. Esta granjería, como vedada, frecuéntase con secretas inteligencias, entendiéndose con los mismos que las despachan, á quien por este beneficio, no sólo dejan de ofender, sino que los amparan y acreditan. Permita Dios no puedan jamás entrar en tal número ministros de más consideración, de cuyo rigor pende el bien público; que, como tan interesados, fueran con los culpados cera, en vez de pedernal. A los regimientos, pues, ya que son oficios vendibles, debrían sólo ser admitidos hombres beneméritos, temerosos de Dios, de buena sangre, de celo christiano, piadosos, prevenidos, sagaces; no sujetillos baladíes, sin talento, sin presencia, sin discreción. En todas las ciudades de Europa parece se desvelan en colocar en tales cargos las personas de más sabiduría, de más crédito y providencia, cuyas espertas canas, cuyo venerable aspecto provoca en cuantos los miran estimación, respeto y decoro. Por ningún caso se debrían recebir para puestos semejantes (particularmente en las Cortes) hombres pequeños; cuando no por lo poco bueno que promete de sí el con quien la naturaleza se mostró escasa, siquiera por las naciones que concurren en las partes donde asisten reyes y príncipes. A este propósito es notable un caso que sucedió en vida del esclarecido rey don Felipe II, que Dios tiene. Hallábase en Málaga por corregidor un caballero de partes muy calificadas, pero de estatura sobremanera abreviada y ceñida. Administraba su cargo rectamente, evitando con sus buenas acciones cualquier ocasión de queja en el menor súbdito. Mientras en esta conformidad se hallaba ejerciendo, acudieron á su Majestad dos regidores, enviados por el ayuntamiento de la Ciudad, para que en su nombre le suplicasen proveyese en otra cosa al corregidor presente, por no ser á propósito para servir aquella vara. El Rey, que con tan singular prudencia y acuerdo hacía todas sus provisiones, quiso ser informado de las causas que les movían á pedir aquella merced. Preguntó qué tal era su proceder, qué excesos había come-

tido sobre que pudiese caer tal novedad. Pintáronle de admirables colores, sin dejar de decir cuanto se requiere en la perfeción de un sujeto, y añadieron después: "Señor, Málaga, como vuestra Majestad sabe, es puerto de mar, donde concurre grandísima cantidad de estranjeros, que todos, por un camino ó por otro, vienen á dar en las manos del corregidor: ó visitando sus naves, ó administrándoles justicia. Hemos notado casi en todos, si estimación por su proceder, menosprecio por su persona. Ríense de verle tan chico, y juntamente tan bullicioso. Ha sido su mofa ocasión tal vez de largas prisiones, y tal, de peligrosas pendencias; mas es durísimo ejecutar uno y otro por tal causa. Vuestra Majestad tiene grandes puestos en que ocuparle; sírvase de hacerlo, acrecentándole como merece; que la Ciudad se lo suplica y lo recebirá por merced,,. Admiróse el Rey de la demanda, al parecer de poco momento; mas, por otra parte, juzgó no carecía de razón. Así, ya que no con tanta brevedad, por lo menos, mucho antes de cumplirse el trienio, le sacó de allí y pasó á su Consejo de Hacienda, para que tenía bastantísima capacidad y requisitos necesarios. Infiérase, pues, de semejante resolución, hecha por rey tan sabio, tan prudente, lo que importa excluir de públicos oficios sujetos menores de marca, hombrecillos pequeños, sin que obste el brocardico del filósofo: "La virtud unida es más fuerte que la dilatada,,; puesto que es bien agudo el ratón, y perece al primer rasguño de un gato. Síguese de lo apuntado que si el chico, aunque bien formado y capaz, debe hallar repulsa en lo que desea, si ha de representar autoridad con la persona, mucho mayor es justo la halle el jimio en figura de hombre, el corcovado imprudente, el contrahecho ridículo que, dejado de la mano de Dios, pretendiere alguna plaza ó puesto público.

Don Luis. Contento he recebido con oiros tratar esta materia, porque os certifico tienen los pequeños en mí un amigo poco aficionado. Es de reir verlos polidetes y ataviados como muñecas, hechos matantes de las más hermosas, aunque algunas los aborrecen sumamente, y no pocas casadas tienen asco de su compañía.

Doctor. Visitaba yo á cierta señora principal, mujer de un caballero honrado, mas pequeñito, pulguilla en lo saltador, ardilla en lo bullicioso. Preguntábala, cuando la hablaba, por su salud y cómo la iba, y dábame por respuesta: "¿Cómo me ha de

ir, y qué salud puedo tener, al lado todas las noches de un maridillo menudo?,,

MAESTRO. Por lo menos, vuestra estatura no es para desechada; cualquier puesto pudiera ocupar. ¿Es posible que de tanto como se reparte todos los días en la Monarquía española no os venga á tocar tal vez algún lugar perpetuo, ya que no grande?

DOCTOR. Paréceme será ése el de la sepultura, pues en el mundo no hay perpetuidad que no sea breve. Como heno son los días de los hombres: ¡qué robles fuertes, qué encinas robustas! Sus vidas, como flor del campo: ¡qué estrellas fijadas en el octavo cielo, donde no llegan mudanzas ni agravios del tiempo! Hojas son que nacen y caen. Con esta verdad delante, miro las cosas del mundo de día como si fuera de noche, cuando sôlo se divisan los bultos. Temo acercarme, por no descubrir objetos de disgusto, llenos de impertinencias, de enfado. Huyendo, pues, hasta deste imaginado temor, ni conozco, ni soy conocido; ni estimo, ni soy estimado; y así, sólo en Dios, suma potestad y monarca de cielos y tierra, tengo puesta la confianza; en quien es tan rico, que dando de contino á todos, le queda siempre más que dar. ¿Quién sin esto podrá rastrear los remontados procederes del inmenso Hacedor, en que se anega la razón humana? Conozco convenirme el estado que gozo más que la dignidad más suprema. Así lo quiere Dios: confórmome con su voluntad, que si bien ordena unas cosas desta suerte y otras de otra, ninguna, con todo, es repugnante á la rectitud de su dictamen y á la igualdad de su justicia. Fuera de que, si la ambición no cerrase los ojos á los discretos, reconocerían lleno de increíbles molestias el puesto más encumbrado. Lúchase siempre allí con perpetua esclavitud, viviendo, no para sí, sino para otros, con quien forzosamente se ha de cumplir y negociar. ¿Acaso resulta algún provecho de ver entrar en la sala á un pretendiente, á un menesteroso que, idolatrando con fingidas reverencias, adulando con mentirosas palabras, á vuelta de cabeza murmura del ministro, blasfema de la dilación? ¿Hay bien tan grande como ser uno amado por sus méritos, no por la felicidad en que se vee? Por el consiguiente, si el más valido considerase la insconstancia del tiempo, le juzgaría grande repetidor. Nunca hizo altar que no deshiciese otro. La generación y privanza déstos no puede ser sino con la corrupción y caída de aquéllos. Suelen asimismo los propios que reciben

el beneficio ser los mayores enemigos del bienhechor, porque los detuvo mucho, porque no los adelantó más; siempre quejosos, siempre ingratos. Feliz quien adquiere con obras voluntades agradecidas; que no es poca ventura sembrar en terreno que al trigo no rinda abrojos. Sin esta correspondencia, ¿de qué sirve la privanza, la amistad, el gusto? Aquí sí que viene á pelo un romancito hecho por mi gusto en semejante contemplación, y le quiero decir por sello deste discurso. Pésame haya de quedar con recitarle descubierto el hurto de quien por ventura se quiso prohijar ésta, como suele otras muchas poesías ajenas; mas serále forzoso tener paciencia. Dice, pues:

¡Oh tú, varia cuanto injusta
Precursora de los vientos,
De las horas producida,
Y engendrada de los tiempos;

Fiero impulso de las ondas,
Hermana de aquel lucero
Que entre nocturnos horrores
Suele ser segundo Febo!

Siempre en las distribuciones
Descubres corto talento,
Bajando dignos humildes,
Subiendo indignos soberbios.

En vano destroza Marte
Entre el militar estruendo,
Si tú á su esfera trasladas
Quien vió los peligros lejos.

Minerva, cual fértil planta,
En vano brota renuevos,
Si sobre incapaces hombros
Asientas de Astrea el peso.

Sirve, tirana cruel,
Tu escandaloso gobierno
De ostentación á los malos
Y de opresión á los buenos.

Mas culpo sin ocasión
De tu rigor los excesos,
Si causan gozo, si excluyen
Pompas de bienes superfluos.

¡Oh, cuánto mejor, oh cuánto
Es, aniquilando afectos,
Seguir sujeción segura,
Huir peligroso imperio!

La ambición desvelo influye,
Y de sí se mira ajeno
Quien espera, quien consigue
Anhelado, altivo puesto.

Los humanos resplandores
Espacios gozan pequeños;
Que igualan montes y llanos
De las sombras el silencio.

Néctar sirva Ganimedes
A su poderoso dueño;
Que el de la fuente es más sano,
Si acaso suave menos.

Pródigas son de sus dones
Con sus cultores sinceros
Las plantas, agradecidas
Al cuidado y al aseo.

De sus fragancias se muestren
Siempre avaros los sabeos;
Que nada debe á su estima
El tomillo y el cantueso.

Nunca por orden del sabio
Límites rompe el deseo;
Nunca engolfada codicia
Ara de Neptuno el reino.

En vano ostenta luciente,
En vano incita risueño
De Ofir el rico metal
Y el del inexhausto cerro.

Elige para su ornato
Util despojo, si honesto;
Que galas de Tiro y Sera
Son lisonjas de los miembros.

Con pan á Ceres permuta,
Y con el tesoro hibleo,
El craso, amable licor,
Ques de luces alimento.

¡Venturoso quien elige
Por ídolos dos luceros,
Y aprisiona sus potencias
En unos libres cabellos!

¡Dichoso quien sus ardores
Templa en un nevado cuello,
Y, sediento, en dos claveles
Bebe regalado aliento!

¡Feliz quien de tierna amante
Concetos escucha tiernos,
Trabando amorosas lides
Al rumor de los concetos,

Y más si, de oliva ornado,
Jamás violado su lecho,
Recibe animadas prendas
De su conforme Himeneo!

Del Can cuando muerde y rabia,
Del soplo que flecha el Euro,
No alcázares le defienden,
Sino más comunes techos.

En la frente del amigo
Campean los pensamientos,
Sin que discurra el cuidado
Por los archivos del pecho.

Así se esconden sus años,
Y, cisne canoro vuelto,
Alegre corre á su fin,
Como á deseado puerto.

Don Luis. He notado en las rimas dichas hasta ahora que escusáis cuanto podéis mezclar fábulas en su contexto, y no puedo saber la ocasión, siendo no menor ornato suyo esta parte que otras de que se componen y hermosean.

Doctor. Las fábulas sólo se debrían introducir en los versos con título de símiles, y en esta ocasión han de tener la propiedad y congruencia necesaria. Así las he usado á menudo, sin cargar las composiciones de su muchedumbre. En nuestros tiempos no sólo son admitidas como forasteras, sino como familiares y muy de casa, eligiéndolas no pocas veces por asuntos principales. Tal fué con nombre de *Polifemo* la de Atis y Galatea, felicísimo parto de don Luis de Góngora, y tal el culto *Faetón* del Conde de Villamediana. Bien es verdad que he deseado hacer esperiencia sobre ceñir la primera en un soneto, con sus partes integrantes de principio, medio y fin; no sé si habré conseguido el intento. El soneto tengo en la memoria; oidle, y daréisme vuestro parecer:

No tanto ardor por su rebelde Fedra
Cuanto por Atis Galatea espira,
Cuando el terror de las montañas mira
Hecho muro el garzón, la ninfa yedra.
"Pues más que un fuerte, un flaco amando medra
Su ser deshaz, ¡oh fulminante ira!,,
Bramó tirando, y mientras brama y tira,
Fué, si trueno la voz, rayo la piedra.
Instrumento cruel, golpe inhumano,
Que, en medio del morir más dulce, oprime
Dos vidas que de amor eran despojos.
Tiembla la amante, y se lamenta en vano,
Vueltos, en tanto que suspira y gime,
Agua los miembros dél, della los ojos.

Don Luis. Si en esto, respeto de lo poco que sé, puedo opinar, el soneto me parece admirable. No deja cosa por tocar. Narra á lo lacónico, y descubre maravillosamente lo más interior, los afectos, las pasiones. Es singular la distribución del fin en ambos, con que la conclusión viene á ser preciosa. También yo tal vez quise probar á estender en esa composición alguna

fábula, en particular la de Alfeo y Aretusa. Comunicárale, si el vuestro no me hubiera desanimado; mas no quiero incurrir en nota de temerario diciéndole.

Doctor. ¿Ahora estamos en eso, señor don Luis? Llaneza, por mi amor. ¿Ceremonias? No, no, gentil caballero. Salga, salga á luz el reverendísimo, y rompa con sus acentos estos aires.

Don Luis. Pues lo mandáis, allá va, acompañado de sumisión y desconfianza:

No sepulte sus quejas en Leteo,
El ques merecedor, si osado amante;
Piedad tu planta enfrene, y tu semblante
Espire ardor unido á mi deseo.
Si vence á bellas formas la de Alfeo,
¿Qué hermoso no apetece semejante?
Mírale, pues; que si le ves delante,
Fin tendrá tu desdén, y amor trofeo.
Sorda, de risco en linfa se desata,
Huyendo más que Dafne de su Pitio,
Con que se dobla la amorosa guerra.
Mas él, de cera convertido en plata,
Tras ella corre al siciliano sitio,
Rompiendo las entrañas de la tierra.

Doctor. En fin, todo el resistir consistía en hacer mejor cama al loor. Ese estilo, y observación semejante, más tiene de maestro que de dicípulo. Alto modo guardáis en explicaros, sin olvidar la claridad en medio de la elegancia.

Maestro. ¿No es bueno que, por la atención con que oí este último soneto, se me vino á la memoria el solo que yo compuse y que deseé se me acordara el otro día? El símil de Apolo y Dafne fué la ocasión, por haberle escrito á ese propósito; y así, pardiez que, aunque no quieran, le tengo de decir. Con él espira mi poesía; sufran las impertinencias que tuviere.

Mientras guardando el virginal tesoro,
Huye, menos esquiva que anhelante,
Dafne, ya casi presa del amante
Que piensa en gozo convertir el lloro,

En la paterna orilla su decoro,
Mudando el bello si cruel semblante,
Sagrado halló, con verse en un instante
Galas de un tronco ser las hebras de oro.
Ya raíces los pies, ramas los brazos,
Duro despojo el blando cuerpo esconde;
Presente Apolo, y mudo en sus congojas,
Al árbol besa y da tiernos abrazos,
Y, ornato siendo de sus sienes, donde
El fruto deseó, cogió las hojas.

DOCTOR. Lástima es, por mi vida, que, con tan buen natural, no paséis adelante en la afición de los versos; prométoos lleváis ventaja á más de cuatro capataces, presumidos de ingeniosos; asi, tened por bien no desampararlos.

ISIDRO. Señores poetas, séame lícito, sin serlo yo, servir en mesa de manjares tan dulces un platillo de fruta cogida en los jardines del Parnaso. Tengan por bien adquiera desde hoy título de donado de tan sutiles ingenios, con que se me puedan ir pegando algunos humillos de versificador. Un soneto, también de fábula, tengo en la memoria, séase de quien se fuere; arrójole al corro; tírenle voarcedes á su placer las varillas que fueren servidos. Su tenor es el siguiente:

Sobre escollo que esfuerzos aconseja,
Perpetua burla de ímpetu marino,
Del amante infïel y alado pino
La doliente Arïadna así se queja:
"Si lleva el alma quien el cuerpo deja,
O vuelva por el menos, ó el más dino
Objeto restituya. ¡Ay Dios, que el lino
Veloz cuan sordo, en tanto, más se aleja!
En este yermo, pues, de enternecidos
Miembros serán sepulcro entrañas fieras,
Donde espiran las vidas conlos nombres.
Mas siempre mis agravios repetidos
Las ondas dejarán; serán parleras
Contra fe falsa y fementidos hombres.„

DOCTOR. La humildad enfrenó las lenguas: alábese á bulto, puesto que, si de propósito se desmenuzara, pudiera ser hubiera no poco en que reparar; mas, por ahora, pase con permisión.

ISIDRO. Estimo la cortesía como es justo; mas para serlo el señor jurista del todo, se debría acordar que hemos sacado los tres á la plaza de los oídos las baratijas de nuestras mocedades, refiriendo la más apretada inclinación de la pasada juventud. Sólo él viene á quedar deudor de lo mismo; por tanto, consienta no sea menester, cumplido el plazo, ejecutarle por lo que deja de pagar.

DOCTOR. Riguroso acreedor os descubrís; tan amigo soy de satisfacer, que en mi vida aguardé me pidiesen dos veces una deuda. Menos tenía olvidado ésta; mas pusiéronse en medio otras cosillas en que fué menester detenerse, ocasión de haber dilación en la paga.

Comenzando, pues, mi historia, que por ser de vida vagabunda podría ser no carezca de novedad, sabréis reconozco por patria la villa que tuvo en España más nombre por su hermosura y capacidad. Baña sus umbrales Pisuerga, que, sólo por haberla visto, muere contento de allí dos leguas. No hay para qué me detenga en pintaros despacio á Valladolid, la forma de sus edificios y templos, la suntuosidad de sus plazas, la recreación de sus salidas, la fertilidad de sus contornos, la felicidad de su clima, puesto que, siendo los tres cortesanos, será forzoso haberla visto cuando la honró nuestro Monarca con la asistencia de cinco años. Nací en albergue, cuanto á bienes de fortuna, de mediano caudal. Mi padre, como originario de Galicia, trujo consigo de la Coruña no más que su habilidad; bienes que sólo llevaba en su compañía el filósofo que escapaba de la destruición de su ciudad. Profesaba Jurisprudencia y el grado de causídico en los tribunales de aquella chancillería, donde fué cobrando tan larga opinión, que, si se valiera del rigor con que hoy se ejerce la abogacía, dejara sus hijos poco necesitados de socorro ajeno. Finalmente, era un gallego de bien, dado al buen tiempo, y con demasía descuidado en el aumento de su casa, fuese ó por carecer de codicia, ó por abundar de conciencia y no querer por sus hijos dar dos vuelcos en las negras ondas de Cocito. No fué, con todo, negligente en su educación y crianza. Eramos otro y yo, á quien, tras la noticia de los primeros rudimentos, hizo seguir el estudio de la Gramática. La poca salud de mi hermano le obligó á que desamparase presto

la prosecución de más nerviosas letras. Quedé solo, condenado al remo de los libros; que entonces me parecía su ocupación no menor trabajo. Siempre los muchachos son fáciles en apetecer lo que les daña y con el tiempo les ha de estar peor; mas, ¿qué mucho abunde de tales deslumbramientos discurso tan criatura, albedrío tan potro? Mientras atendía, con poca gana, por su corto atraimiento, al estudio, antes á la memoria, de las leyes, fué casi del todo impedida mi débil inclinación de un nuevo acidente. Reconocí en mi padre muestras de amor más particular para con el otro, procedidas quizá de verle tan achacoso. Aventajábale en las galillas, en los regalos y en otras cosas que en mí despertaban la envidia, que suele ser propia de aquella edad. Túvela disimulada algunos días; mas viendo ir siempre en aumento aquella acepción de personas, y que se daba menos al que trabajaba más en tal viña, determiné, hallándome ya de decisiete años, salir de mi casa y tierra, deseoso de pasar á Italia. Comuniquélo un día con mi padre, sirviéndole en postre de una comida la resuelta intención con que me hallaba de poner el viaje por obra. Mostró al oirlo severidad, y preguntando la causa que me movía, encubriendo la verdadera, propuse ser solamente la del verme acrecentado por mí mismo; ya que no prometía el escaso patrimonio en que podía tener confianza cumplido alimento al discurso de la vida. Quedó con esto, cuanto yo alegre, triste mi madre, de quien era con estremo querido, causa de irse interponiendo largas en el despacho, tan deseado de mí. Las frecuentes instancias que hacía fueron dando mayor cuidado á mi padre, teniendo ya por asentada resolución la que al principio juzgó antojo de muchacho. En suma, le obligué á darme el dinero y lo demás forzoso para el camino, proponiendo en presencia de ambos no volver en sus días á España; palabra que cumplí después. Hubo en los ojos de mi madre ríos de lágrimas, y apenas la entereza de mi padre pudo escapar de afectuosa demostración. Fácilmente se halla compañía en largos viajes; y así, entonces no me faltó la de gente principal hasta Barcelona. Allí, casi recién llegado, me embarqué en una de deciséis galeras que llevaban á Civitavieja cierta señora cuyo consorte ejercía en aquella sazón en Roma la embajada de España. Desembarqué en Génova. Pasé á Milán, donde me hallé en los principios como en alta mar bajel sin gobernalle. Ignoraba cuál de los caminos había de seguir: letras, ó armas. Desagradábame mucho la vida militar, su penuria, su asistencia, su penali-

dad; y como no enseñado á las molestias de su ejercicio, rehusaba entrar en su juridición. Apresuraba el menoscabo del dinero mi tarda y ambigua resolución, por cuya falta traté de continuar mis estudios en Bolonia ó Pavía. Hubo poco menester para conseguir honroso grado en Italia quien llevaba ya en el cuerpo cuatro apretados cursos de su universidad. Ya, pues, doctor, fuí tan notablemente favorecido de la complesión natural, que, en poco más de deciocho años, me hallé dueño de crecido bigote y pendiente barba. Con este ropaje acometí al gobernador de Milán, que lo era entonces el Condestable, para que tuviese por bien entrase en el número de los pretendientes de oficios que estaban á su provisión. Hacía la necesidad que le moliese incesablemente. Así, pienso que por librarse de mi importunación, pues cuanto á méritos era negocio de aliende, dado podía tener sólo el de buena intención mozo tan nuevo en todo, fuí despachado en plaza de auditor de cantidad de gente que por orden de su Majestad sirvió en Piemonte contra Francia. ¡Válgame Dios, cuánto importa la experiencia de maduros años y el manejo de grandes cosas para romper el escuadrón de las dificultades que se ofrecen en los principios de cualquier administración! Procedía yo en mi cargo como bozal. Poco de cohechos, eso sí; mas mucho de inadvertencias, sin industria, sin madurez, sin prontitud. Al fin, se deshizo el ejército; y cesando el ejercicio de mi plaza, fué forzoso dar vuelta á Milán, con nombre de haber servido bien. Lo más difícil para ser empleado en lo por venir un pretendiente consiste en la primera introdución y en el olor de buena voz y fama; y así, con poca fatiga me fuí haciendo lugar para obtener otros puestos de consideración. En este ínter anduvo por mi casa la muerte, con exceso criminal. Fuése al cielo, en primer lugar, mi hermano; siguióle mi madre, á quien quiso también mi padre hacer compañía en aquella ocasión, como viviendo se la había hecho. Mucho antes había recebido dellos amorosas cartas en que me pedían y rogaban viniese á consolar su vejez con verlos; mas llevábase el viento las razones, no tanto en virtud de mi pertinacia cuanto en la de considerar cuán poca comodidad de todo me aguardaba si volvía al lugar de donde salí, por no tenerla. Con todo, venció el amor de la patria, y puesto en camino para visitarla, llegué á Valladolid á tres años de calificada con título de Corte. Alegróme sumamente su vista, considerada desde lejos; pero acercándome más á su bullicio, de tal manera la

desconocí, que me juzgué más estraño en ella que pudiera en Etiopia. Hallé trocadas habitaciones y edades; con hijos las que dejé doncelluelas; esparcidos por varias partes los muchachos mis amigos; y, en fin, todo tan diferente, tan desabrido, tan sin forma, que sentí en el alma verme en los límites de la en quien niño había puesto tan crecida afición. ¡Pues la herencia podía templar este sentimiento: deudas y más deudas; todo necesidad, todo miseria y todo penuria! Reconocí más cerrados los medios de cualquier pretensión en mi patria que en la estranjera había hallado en el mayor aprieto. Moríame considerando la estrañeza del proceder, la dificultad de las audiencias, la molestia del esperar, y, sobre todo, la dudosa suerte y cierta dilación en conseguir lo que se pretendiese. Así, no tuve jamás ánimo ni para decir en mi abono una palabra, ni para dar un papel en razón de mi aumento. Para seguir la abogacía faltábame estilo y sobrábame cólera. Los dinerillos que me habían acompañado iban ya dando boqueadas, por ser poquísimos. Pues ¿qué remedio, en falta de favor, de hacienda y habilidad, se podía ofrecer para pasar la vida? Pardiez, yo no hallé otro sino el de los muchachos aviesos: irse por esos mundos, distraídos y desesperados. El golfo de León, que á tantos valientes amansa con su braveza, me dió ocasión, al pasarle con una tremenda borrasca en que me vi mil veces perdido, para que hiciese lo que todos suelen en semejantes naufragios: que fué voto de ir en persona peregrinando á visitar la suntuosa iglesia en que se halla depositado el cuerpo del grande Patrón de España, del santísimo Diego. Esta promesa quise cumplir ante todas cosas, para cuyo efeto hice la provisión siguiente: De un perpetuán pardo se me cortó el de romería hasta el talón; la valona era llana, abultado el sombrero y lucidísimos los bajos, siendo todo correspondiente á honesta gala. Tenía por imposible esto de andar á pie, para cuyo remedio compré uno de aquellos en quien tan de buena gana se transformó Apuleyo, de gentil presencia, mas de docientos de porte. Este animalito de bendición había de ir en resguardo para aliviar el quebrantamiento del hermano peregrino las veces que fuese menester. Previne la maleta de ropa blanca; la alforja, de varias menudencias, aptas á suplir cualquier improviso refresco; y la bolsa del dinero, que se hallaba en un baulillo, cantidad de hasta quinientos reales. En esta forma, por la puerta de San Esteban, cogí un jueves, al amanecer, el camino de Tudela, rodeo ocasionado de querer verme pri-

mero una tia, residente en cierta aldea junto á Segovia. Apenas me hallé en el real, cuando los pies se me volvieron torpes, como de plomo, molidísimo á menos de cien pasos. Así, pedida licencia al voto, arrimé el pardillo y de un salto le eché las seis arrobas encima. Era bendición verle menudear el paso con cierto portantillo donoso; que en tiempo de polvareda no hay silla llevada de animales humanos que iguale al lomo de un bullicioso pollino. Despabiló las tres legüezuelas en los vivos aires, y yo, agradecido á su velocidad, hice que para consuelo de su estómago moliese un cuartillo de buena cebada. En tanto, el dueño cortó también la cólera, y antes que del todo entrase el resistero (que era por mediado Agosto), partimos mi burro y yo, tomando la derrota de Cuéllar, noble villa, y lejos de allí seis leguas. Pensé aquel día entrar en ella; mas llegando á otro lugar montante de la distancia, resolví dilatar para la mañana siguiente las tres que faltaban por andar, hallándome fatigado, tanto respeto del calor como del cansancio. Había en el lugar sólo un mesón, bien incómodo, por resumirse todos sus aposentos en un portalazo, expuesto á toda suerte de inclemencias. Hice mi rancho encima de un escaño bien capaz, sobre quien, tras disponer las cosas según convenía, recliné los fatigados miembros. Apenas, si bien interrumpido mi sueño de ladridos y moscas, lisonjeado del molimiento se dejaba vencer, cuando, abriendo con furia las puertas entornadas, se presentó voceando en el portal un harriero de ganado menor: de asnos, hablando naturalmente. Aturdía el hombre con gritos la casa, tal vez amenazando à los borricos y tal pidiendo paja y cebada al huésped. Alcé la cabeza, y con sobrada cortesía le pedí se sosegase y no impidiese mi quietud con tan grande ruido. ''Cada uno hace lo que ha menester (me respondió); duerma; ¿quién se lo estorba?,,, Y tras esto, fué continuando el alboroto. Volví á decir se moderase; que me iba ya enfadando. Sonrióse, y añadió como al desgaire: ''¡Miren qué Conde de Benavente, para que le guarden el sueño! ¿A dicha mataráme si no callo?,, En acabando de pronunciar esto, ardiendo en cólera el peregrino, y puesto de un salto sobre el pobre trajinante, de tal manera estendió las uñas por sus pedazos, y con tanta crueldad le apuñeteó, que si no acuden los del mesón á quitársele, sin duda feneciera ahogado, aunque lejos de río. Hechas paces, mitigó el acacheteado mi enojo con callar; mas era, como se suele decir, apañar piedras. Partió muy antes que yo, y llegando á Cuéllar

á tiempo que muchos de sus vecinos salían á la plaza con ocasión de gozar el fresco, mi agraviado, al pasar por ella, se llegó al corregidor y susurró en su oído como un hombre de tales señas que llegaría presto al lugar dejaba muerto á otro en Valladolid; y con esto arreó el ganado. Parecióle al juez había sido algún ángel quien le había dado semejante aviso, y así, comenzó á dar orden para que, en llegando, no le faltasen anzuelos. Poco más de legua distante de la villa, puesta en un amenísimo valle abundoso de fuentes y arboleda, descubrí una pequeña ermita, llamada (como después supe) Nuestra Señora del Henar. Convidóme la disposición del sitio á detenerme un rato, templando el rostro con la frescura de las aguas. Antes de todo, hice oración en la iglesia, abierta de par en par, y sentí al hacerla no sé qué de íntima compunción; como que allí dentro se ocultase algún gran misterio. Quedárame á vivir siempre en aquella soledad, si á mi elección estuviera: tan crecida fué la devoción que cobré á la imagen de quien tomaba la ermita nombre. Allí dejé el alma al partirme, y en mucho tiempo, ni perdí de la memoria el lugar, ni se apartó del corazón el cariño. Sin duda era aquella mi vocación, y allí parece quería el cielo esperase el punto de pagar lo que se debe á la tierra; mas de contino se elige lo peor, escluyendo lo que está más bien. Fuera de que, muchas veces, apretadas ocasiones y urgentes necesidades detienen la voluntad dentro de su deseo, atando las manos á la ejecución. Hízose dentro de dos ó tres años la casa desta señora el mayor santuario que tiene Castilla la Vieja, obrando allí Nuestro Señor, por intercesión de su purísima Madre, tantos milagros, cuales nunca se han dicho de las casas de más antigua devoción que tiene España; y así, es indecible el concurso de varias partes.

Prosiguiendo, pues, lo comenzado, llegué á Cuéllar al anochecer. Hallé en su primer entrada dos ó tres hombres que se estaban paseando. Saludáronme, y, dejándome pasar, vinieron abrigando mis espaldas. Hicieron lo mismo otros dos, puestos en la mitad de la calle derecha que encaminaba á los mesones. Por manera, que cuando llegué á uno dellos, ya traía cinco de retaguarda. Desocupé el pollino de un salto, y apenas le aligeré de alforjas y maleta, cuando el buen corregidor, *cum turba multa,* se halló sobre mis bienes. Todavía le hizo dudar algo la comodidad con que caminaba el homicida, y no le parecía á propósito para escapar velozmente de las alas de la justicia los

torpes pies de un jumento. Al fin, venció la voz terrible del caso, con que fué á pausas introduciendo un examen de poca astucia y prevención. Preguntó por el nombre y apellido; disfracé uno y otro. Deseó saber la profesión; respondí era de servir. Adónde iba en aquel traje; dije que á Santiago. Cómo rodeaba; alegué que por ver á un deudo; con que estancó mi buen preguntador. Sólo quedaba el refugio de la prisión, á que se inclinó tibiamente, pareciéndole no había ropa bastante. Mas juzgando por ligero inconveniente detenerme tres ó cuatro días, en cuyo ínter se pudiesen descubrir (siendo verdad) mayores indicios, me pidió cortésmente le acompañase hasta su casa, que en buen romance era la cárcel. Hícelo así, y por el camino, volviendo el retorno de las preguntas en razón de la molestia que se me daba, sólo el material juez respondía encogiendo los hombros y arqueando las cejas. Hallamos la habitación de traviesos bien desocupada y limpia, por haber en ella no más que dos personas. Es cierto que, en medio de aquella inquietud y estorbo, no sentía tanto mi desdicha cuanto la calamidad de mi borrico, á quien tenía atravesado en el corazón. Considerábale en poder de un mesonero desalmado, en cuya condición era forzoso condenarle á dieta, no obstante se hubiesen de pagar los piensos imaginados bien por entero. Demás, le consideraba rodeado de compañeros nada comedidos, que, sin ser convidados, son águilas en despachar la porción de su asnal prójimo. Destos y otros daños carecía mi amado conducidor siendo visitado de mí por instantes: de modo, que con razón se podía decir de mí lo que de un caballerizo de cierta titular, que presumía ser posible engordar con industria las bestias.

MAESTRO. ¿Cómo es eso? No me desagrada la traza, pues, por lo menos, viene á ser ahorrativa. ¿Entendistes la forma que tenía, por si acaso en algún tiempo fuese menester?

DOCTOR. No sé más de que esta señora tenía en su casa solamente un pollino que servía de acarrear agua. Con esta ocasión, dió título de su caballerizo á cierto hidalgo que se arrimó á su sombra. Díjole una vez, mientras la iba acompañando al venir de misa: "¿Cómo está mi borrico, fulano?,, Respondió con una tosecita natural, aplicando dos dedos á los labios, por que no se saliesen de la boca solos dos dientes largones y amarillos que se hallaban dentro: "Muy bueno, mi señora; muy lucío y muy sazonado; prometo á vusia que le engordo con industria.,, Indignóse su ama con la respuesta, y con lengua llena

de donosidad, por ser con frenillo y ceceosa, aunque de sesenta años, comenzó á denostarle, diciendo: "¿Mi budico engoldaiz con induztria, majadero? Puez ¿de qué zirve la cebada? De aquí adelante, engoldalde con ella, y no con induztria. ¿Habéiz vizto? ¿Qué oz parece? ¡Gentil mentecato! ¡Con induztria dizque le engolda!,, Y en una hora no dejó de repetir *induztria, engolda* y *majadero.*

DON LUIS. Gracioso cuento. Pues ¿para solo un asno señalaba caballerizo? ¿No pudiera el mozo que tenía á cargo traer agua con él hacer ese oficio?

DOCTOR. ¿Ahora ignoráis ser especie de grandeza en casa de cualquier señor tener cumplidas las plazas de criados, aunque no sean menester? Titulado he conocido con tesorero y sin un cuarto, sin caballos y con caballerizos, sin recámara y con camarero, con repostero y sin plata; que así no se pueden perder las preeminencias de señor, vinculadas en la exterioridad solamente. Tan lindas tragadas de penuria pasan algunos como cualquier menesteroso, ya que bien á menudo, por diferirse ó por dificultarse la mohatra, muchas cocinas no conocen fuego á las tres de la tarde. En fin, no hay riqueza que deje de tener sus desaguaderos. Para veinte mil ducados de renta hay veinte mil forzosas obligaciones: del plato, del alimento, del vestido, de la familia, del pleito. Pues ¿qué si es ambicioso el poseedor, y desea verse en mayor puesto? Allí sí que es forzoso el desperdicio, en la gala, en la librea, en el presente. Con todo, no sería posible padecer necesidad si por otros caminos reglasen sus antojos. Mas si el que goza treinta ó cuarenta mil de renta, ocupa toda la vida en comprar lo superfluo, ¿qué mucho que le falte para lo necesario?

ISIDRO. Los criados lastan esos y otros desórdenes, pasándose el año, dos y tres, sin tener el socorro de Juan de Espera en Dios, que era (según dicen) de cinco blancas. Es lástima ver cuán oprimidos de necesidad viven todos, empeñando hasta las camisas por sustentarse. ¡Infelicísimos los que se hallan atenidos á una limitada ración, y ésa, jamás pagada! "Sin dineros (decía un señor deste siglo) quiero me sirvan los que tengo en casa; que con él, ídolo seré yo del mundo.,, Así, en dándole algún memorial en que se le pedía algo, respondía por escrito: "Poco amor, ingrato sirviente.,,

MAESTRO. Sepamos qué fin tuvo la deslumbrada prisión de Cuéllar, y qué salida pudo dar aquel juez de tan gran yerro.

Porque si fuese lícito prender por simple denunciación de cualquiera, no corroborada con otros indicios y circunstancias, nadie pasaría seguro de muchas molestias, y más si tuviese enemigos. No hay hecho de tanta injuria como el de una cárcel indebida, por tener más parte de pena que de custodia. Todas las plagas de Egipto, todas las penas del infierno se cifran en aquel asqueroso albergue, donde se hallan corrompidos casi todos los elementos. Abunda la tierra de sabandijas, el aire de mal olor y de mal sabor el agua. Apenas hay quien ejercite allí acto de piedad. Cuesta los ojos el recado, el billete. Pues ¿qué si el preso no tiene familia y le es forzoso dormir en ropa del carcelero? ¡Qué hedionda! ¡Qué cara! Por un colchón sobre el suelo, dos reales todas las noches. La compañía me digan que se puede apetecer: junta de incorregibles, mezcla de facinerosos, turba de bergantes, desalmados, blasfemos, sin modo, sin discreción, sin christiandad.

DOCTOR. Entre los que acompañaron al corregidor se halló uno del lugar, que me conocía. Lastimóle mi prisión; mas como era el caso de voz tan importante, no tuvo ánimo para decirme una palabra, ni para interceder con el juez por ningún camino; quiso, con todo, cumplir con la de misericordia en visitar los presos. Saludóme, y fuése cortésmente compadeciendo de mi infortunio. Luego procuró tocar con la mano la que sirve por mil testigos: la conciencia. "¿Siente v. m. (me dijo) haber cometido cosa por donde le hayan traído aquí justamente?,, Respondí: "No, por cierto; que, aunque impaciente y mal sufrido, ni he dado ni me han dado ocasión de pendenciar ni herir.,,— "¡Bien cuadra eso (prosiguió) con el título de su prisión! Pues sepa que ha procedido de haber un ventor denunciado que mató á un hombre en la Corte.,,—"Es mentira, repliqué; mas quizá Dios permite padezca mi ánimo esta perturbación por otras culpas; y así, en ella no perderé sufrimiento y paciencia. Huélgome, con todo, de saber nazca semejante tribulación de esa voz, por haberla de hacer presto mentirosa la verdad. Aunque aflige, no come este lugar á los hombres; haránse las diligencias para salir dél con brevedad. En tanto, quisiera saber quién aplicó á mi inocencia este testimonio.,,—"Un harriero (respondió enternecido el oyente) fué quien, al pasar por la plaza, lo dijo al corregidor.,, Con esto se descubrió la maraña y yo quedé absuelto de la confusión y dudas en que andaba vagando la imaginación, por inquirir la causa de mi detenimiento. Contéle lo

sucedido en el mesón, dando, para mayor evidencia, las señas de mi trajinante, que cabalmente concordaban con su original. Fué volando el amigo á referir por estenso al juez lo sucedido y contado; mas no consiguió su buena intención el deseado fruto. Proponía dificultades cuanto al crédito. Si convenía enviar un escribano al lugar, para que tomase información de lo pasado, ó si era más á propósito hacer diligencias con las justicias de Valladolid, para que constase la certeza más claramente. Todo esto maquinaba mi licenciadico, así por dar algún color á su necedad, como por aliviar de algún dinerillo al preso, ya que en la comodidad con que caminaba descubría no seguir el instituto franciscano. Enfadóse el solicitador, penetrado su disinio, y sin replicarle palabra, recorrió al remedio del superior, siendo quien en todas ocasiones debe deshacer los agravios de sus ministros. Procurando audiencia del Duque de Alburquerque (cuya era la villa), no halló lugar, por estar ocupado. Mientras esperaba, vió salir á su hijo segundo, don Diego de la Cueva, mancebo de singulares dotes. Informóle de lo sucedido. Agravó el rigor del licenciado, y puso mucho de su casa en mi favor, pintando como quien trataba de aficionar. Deseoso de verme, vino el caballero á la cárcel, donde, tras varias cortesías, tras muchas honras, no sólo alcanzó del corregidor soltura sin costas, sino también, del modo que era lícito á sus pocos años, reprehendió el exceso, y amenazó con que el Duque su padre le castigaría. Apenas fué la prisión de un hora; mas mi defensor, antes de ir á la posada, me llevó á palacio. El Duque gustó de que le hablase. Era amigo de saber, y así, grande preguntador. Alegróse mucho con la perpetua fama de excelente gobernador que había dejado en el estado de Milán el duque don Gabriel de la Cueva su predecesor, digno por sus heroicas obras de inmortales alabanzas. No hubo cosa particular de Italia que no se desmenuzase: razón de estado, de guerra, gobierno eclesiástico y seglar, administración de justicia y hacienda. Pintáronse las inclinaciones y disinios de estranjeros, su aversión ó afición á España; las inteligencias y manejos de los grandes negocios en Roma, en Venecia, en Nápoles, en Sicilia y Milán. Tras esto, y tras haberme enseñado su armería, dignísima, por cierto, de ser vista, me despedí, con aviso de que le volviese á ver antes de partirme. Supo el corregidor la merced que se me había hecho en la plática, y pareciéndole podría haber formado en presencia de su dueño las quejas que había solicitado su yerro, me

vino á visitar. Disculpóse con la malicia del harriero, y con que, á su parecer, tenia obligación de no ser descuidado, en virtud de la denunciación hecha. Ofrecióse á cuanto me podía ocurrir, y significó voluntad en querer pasase más adelante el conocimiento. Mirábamele yo atentamente, juzgando á mi juez por sujeto notable. En cincuenta de edad, rostro y acciones pueriles, presumido, bullicioso y condenado á bragas de lance (desechos de algún señor), que, como después supe, eran perpetuas en él. Ropilla con manchas asaz, sombrero de copa esquisita con trenza de grasa, zapatos con mucha vergüenza, capa con poca, en razón de raída, con capilla pendiente hasta las corvas. Agradecí con disimulo su buen celo, y culpé en mí la ocasión dada en la aldea al mal oficio del acusante. Cuanto al temor descubierto por la sospecha de haberme quejado, aseguré no haberme acordado dél, cuanto más tomádole en la boca. Con esto, apenas se había ido mi jurisfigura, cuando entraron por el mesón dos criados, á quien el mayordomo, por orden de su excelencia, enviaba con lo que pudieran cenar alegremente diez compañeros. Faltaron palabras para el debido agradecimiento. Fuéronse, y yo como un ave partí á visitar mi Apuleyo. Regocijóse con mi vista, y mostrólo con medio rebuzno y con las orejitas muy tiesas y puntiagudas; que éramos ya grandes camaradas. Fué refocilado con el suplemento de otro cuartillo, sin el que en llegando recibió su cuerpo, si fué verdadera la relación del mesonero. El día siguiente, como á las once, me volví á ver con el Duque. Disuadióme el pasar adelante en aquella forma, por los peligros que se podían ofrecer, así en desierto como en poblado, y más siendo tan fácil la permutación del voto. Besé sus pies por la merced del aviso, y supliquéle mandase reparar y lucir la iglesia del Henar, cuya devoción no se dividía de mi alma. Prometiómelo, y ofreciendo yo ser sobreestante de la obra, para cuyo efeto daría en breve la vuelta, me despedí. Consideré después debía abrazar el advertimiento de aquel señor, como tan conveniente, y así, puesto en orden mi pollino, torné á desandar lo andado, encaminándome á Valladolid.

Maestro. Cortísimo viaje para tanta prevención, si bien acertado el mudar propósito, por lo que alegó el Duque. Un hombre solo en largo camino, con traje singular, expónese á grandes riesgos de enfermedades, de ladrones, de justicias. Mas

¿pasó adelante la memoria de la ermita? ¿Púsose en ejecución lo que deseábades?

DOCTOR. No quedó por mí, puesto que en menos de quince días di la vuelta á insistir de nuevo. Ofrecí de mi parte cuanto era posible á mi pobreza para la fábrica. Alcancé cartas del obispo de Segovia (por ser el término de su diócesi) para los curas de los lugares circunvecinos, á fin de que alentasen sus feligreses para la contribución siquiera de alguna piedra y cal; mas todas mis diligencias salieron vanas. Es la tierra pobre, y aunque devota y sana su gente, ocúpase de contino en granjear el sustento. En Viloria, aldea distante un cuarto de legua del Henar, me detuve un mes, frecuentando, en tanto, el ir y venir á Cuéllar, donde en poco tiempo adquirí muchos amigos. Admiróse el licenciado cuando me vió en hábito de su profesión, galán os prometo, por ser sotanilla y capa de gorgorán de Nápoles, lustroso, crujidor y casi por estrenar, sin ser menos lucido el restante ornato de zapatos, media, ligas, cuello, sombrero y guantes. Constóle asimismo había sido juez algunos años, y casi daba muestras de corrido por la molestia dada con tan ligera ocasión. En suma, volví á la patria á lidiar, no con pretensiones, sino con desdichas y desconfianzas. Otras veces signifiqué en cuántos peligros me han puesto los ardores de mi juventud, mis ímpetus arrebatados, mi corta prudencia; y así, para referir futuras peregrinaciones es fuerza (bien que contra mi voluntad) pasar por los medios de sus desmanes y distraimientos. El último año de Corte en Valladolid, estando una mañana en el que llamaban Palacio el Viejo, donde asistían los Consejos, ya pasada la hora de salir, nos quedamos hablando en la plazuela que tiene enfrente á San Quirce cinco ó seis de una misma profesión, parte de quien pretendientes, parte abogados. Introdújose, no sé cómo, en la rueda la plática de lo que se debía tener por mejor. Los que servían de administrar justicia ensalzaban su ocupación, como llena de tanta majestad y excelencia. Mandar en una ciudad á todos, ser obedecido y venerado en general, juzgábanlo por ilustre requisito y grandiosa circunstancia. Diminuían los otros este resplandor con representar los eclipses desta luz, llegada la residencia. Luego ponían por delante las dificultades con que se alcanzaban aquellos cargos, tanta reverencia y sumisión como les era forzoso hacer en sede vacante. No olvidaban también el inmenso trabajo de los despachos, audiencias y visitas de cárceles. Altercábase, pues,

asi, al parecer igualmente, cuando salió de través un letradón desvaído, finisimo zancarrón en leyes, de los que menos hablan en pro ó contra y más desuellan las sufridas losas del patio, desaliñado, deslucido y todo él lleno de orín, como hierro viejo. Este, pues, con palabrazas de plomo, echándose con la carga, dió á entender nacía el ser los circunstantes, y otros, catarriberas de faltarles suficiencia y habilidad para la abogacía, donde en público se manifestaba el talento y valor de cada uno. Dijo esto tan pesadamente, y con modo tan rústico y civil, que irritó en grado superior á los interesados; mas sólo con silencio dieron muestra de su cordura. Yo, que entonces profesaba ser el más borrascoso y pendenciero de la tierra, hice caso de honra la ajena descortesía, y mirándolo con ojos de matasiete, le dije casi estas palabras, con tono desentonado: "Su término riguroso y el perdido respeto á los méritos y canas destos señores me obligan á responder cuando ellos callan. Superfluo es querer ahora acreditar con razones la dignidad de ejercer justicia, y el caudal de letras, de prudencia, de christiandad y virtud que se requiere en tales ministros; que eso sería pretender dar luz al sol, estrellas al cielo y agua al mar; sólo le quiero advertir que la facultad causídica consiste más en exceso de memoria que en fuerza de entendimiento. Mucho ignora quien sabe muchas leyes, si carece de prudencia y cordura. Yo he conocido y conozco grande cantidad de famosos abogados, viciosísimos y sobremanera imprudentes, tales, que no quitando á la verdad su privilegio, pueden ser tenidos por vituperio de los hombres, por vergüenza del mundo. El derechamente sabio débese entregar todo al estudio de las letras, no á fin de vender después su ciencia por menudo, como hacen éstos (siguiendo el estilo de la gente vulgar, no el de los pocos), sino con intención de saber la razón de las cosas y sus causas. Estas son las fatigas, los sudores por quien se sube y llega á los grados, de cuya sublimidad son excluídos los entendimientos bajos y vulgares. Demás, que si muchos desta facultad que echaron por el camino de pretensiones pudieran acabar con su inclinación seguir la abogacía, para que conviene tener particular flema y tesón (propio de ingenios pesados), fueran por su talento, por su agudeza y discreción, no sólo quien osara defender particulares clientes con leyes ajenas, sino quien pudiera establecer otras para el bien común: tanta viveza, tanta madurez para raciocinar alcanzan sus discursos. Al contrario de otros zoquetes con gorras y capas,

que en su vida conocieron ni entraron en tribunal, y si hablaron en él, fué para adquirir con su torpeza risa y oprobrio. Por tanto, así como al caballero que da en facineroso se vió tal vez arrancarle del pecho el hábito, así también al letrado insuficiente y torpe se le debría quitar capa y gorra de cabeza y hombros, como á quien injustamente posee las insignias de tan honrosa facultad cual es la jurisprudencia. La diferencia, sin esto, que se halla entre jueces y abogados, fuera de colegirse por los mismos asientos y estimación, se puede mejor inferir de los efetos de una y otra ocupación. Quiébrase el letrado la cabeza con humildad, asentando el hecho del litigante y valiéndose de las razones y autoridades que le parecen más á propósito para salir con el derecho, y en acabando, hace el juez con imperio lo que se le antoja y lo que según su arbitrio parece más acertado.,,

Escocióle á mi echacuervos tan picante respuesta, y lo mostró en quedar lleno de colores el rostro, de torpeza la lengua y el ánimo de confusión, por ver cuán sacudidamente habia vuelto por los de mi parcialidad. Al cabo, vuelto en sí, quiso con palabras pausadas y maduras dar á entender que los de su bando tenían en él un Tulio, un Demóstenes, un Pericles. Tratóme de mozo, de arrogante, de imprudente. Agravó perdiese el decoro á la conversación, excediendo los límites de modestia. Sobre todo, condenó ásperamente hubiese perdido el respeto á los mayores y menoscabado la honra tan acreditada en tan digna profesión.

DON LUIS. Y á eso, ¿teníades las manos asidas á la pretina?

DOCTOR. Decís bien: á la pretina llegué la una, con quien, asiendo una daga que para no menester pendía della, hice vaina de su lustre el lado derecho de mi contendor. Quisiera horadarle otra vez siquiera alguna parte de su bestial cuerpo; mas al primer envión se tendió como un atún, diciendo: "Soy muerto,,. Escombraron los compañeros el círculo, veloces como flechas disparadas, midiendo yo con gentil talante lo que había desde allí á San Quirce. Era ya hora de cerrar la iglesia, por lo que, tomando el consejo del sacristán, deslumbré los agarradores con salirme casi luego della disimuladamente. El hábito no era sospechoso; el paso, á Dios y ventura, nada apresurado; por manera, que sin algún riesgo di con mis pies en San Francisco, donde tenía un pariente fraile. Como los circunstantes me vieron entrar en la primer iglesia, al llegar los ministros, aseguraron que estaba dentro; y así, sólo trataron de

sitiarla y reconocerla. Estaba ya cerrada, por haberse ido á comer el sacristán, causa de crecer más las sospechas en los furiosos, pareciéndoles procedía sólo de ocultarme y defenderme. Tuve suerte en que se ignorase mi posada, secreto importante para tales ocasiones. Sabíala el fraile, y así, puso en cobro la ropa, sin que peligrase un clavo. Luego salió hecho explorador del suceso, informándose diestramente del estado del herido. Encontró con el cirujano, que dificultó no poco el quedar con vida, por cuyo recelo se trató de que hiciese ausencia. Faltábame por ver la Andalucía, provincia de cuya fertilidad se hacen lenguas naturales y estranjeros; por tanto, quise hacia allá enderezar la proa. Juzgóse convenía el ponerme en viaje de forma que no fuese conocido fácilmente. Buscóse un paño pardo á prueba de polvo y lodo, de quien hice sotanilla y herreruelo largo, con sombrero de cordón á lo sacerdotal. Con este disfraz, y bolsa no vacía, me llevó una mula hasta Baeza, donde tenía amigos. Allí, en Ubeda y Jaén, me detuve dos meses, Abril y Mayo, con determinación de pasar en Sevilla la templanza del otoño. En este ínter se me vino á la memoria Granada, ínclita ciudad, de las más cómodas y regaladas del mundo, particularmente de verano. Determiné verla; y así, atravesando aquella distancia de noche, por evitar el calor, me amaneció en un valle, casi todo guarnecido y bañado de un riachuelo, sin nombre por su pequeñez. Obligóme la amenidad del sitio á gozarle despacio, tanto más cuanto el cansancio del mozo pedía refresco, y la mula ración. Llevábase para todo recado, por las horas en que se caminaba, entregándose en aquella sazón casi todos al sueño. Fuí reparando menudamente en la disposición de aquel teatro, cuyos representantes eran diversas aldegüelas y caserías. Por sus laderas y prados blanqueaban á trechos tropas de ganados menores: cabras, ovejas, corderos. Dulcemente divertido, multipliqué los pasos por la orilla abajo del arroyo, habiéndome apartado, sin pensar, en breve, no poco del puesto eligido. La preciosa vida con que la tierra hacía ostentación entonces alegraba los sentidos y elevaba la imaginación para rendir alabanzas á su Autor soberano. En semejante éxtasis me hallaba, cuando al improviso fué causa que volviese dél una voz de suave metal, que comenzó á romper los aires en la forma que entenderéis en el alivio siguiente.

ALIVIO VII

Di reposo en blando heno
A mis miembros esta noche,
Lejos de varios peligros,
Libre de humanos temores.
Nadie profanó el silencio;
Y si acaso algunas voces
Resonaron, fueron ecos
De vigilantes pastores.
Levantéme cuando apenas
Eran las sombras menores,
Por quien aún hallé brillando
Los diamantes de los orbes.
Vino el día, y con los ojos
Noté las obligaciones
En que liberal me puso
El padre de resplandores.
Gracias le di por la vida
Y por los copiosos dones
Que miré comprehendidos
En plantas, frutos y flores.
Las bellezas contemplé
De los llanos y los montes,
De los arroyos y ríos
Que á morir alegres corren.
Pájaros que con los picos
Sus leves galas componen
Vi, entretanto que el oído
Me robaban ruiseñores.
Luego con admiración
El discurso reconoce
Tantos géneros en tantas
Aves del agua veloces,

Con cándidas pieles locos
Vi saltar vivos tusones,
Por verse al lado de quien
Su necesidad socorre.

Consideré tantos brutos
Domésticos y feroces
Como nacen y se crían
Para siervos de los hombres.

En la tierra me detuve,
Y alabé su pecho noble,
Pues cuanto más ofendida,
Más bien hace á sus cultores.

Del año la juventud
Vi librada en sus colores,
Y en sus verdes cintas tiernas,
Que duras quebrantan hoces.

Dije al fin: "¡Oh, venturoso
Quien pasa la vida donde
Los ánimos por costumbre
Huyen comunes pasiones!

Todos aquí de fortuna
Menosprecian los favores;
Ni se conocen envidias,
Ni se admiten ambiciones.

La plata y el oro aquí
Son metales, que no dioses;
Y así, encanecen seguros
En sus remotas regiones.

No aquí temen marineros
Enojados Orïones;
Que son fines destas partes
Los cercanos horizontes.

Aquí no llegan de Marte
Las sangrientas pretensiones,
Ni sus clarines alteran,
Ni turban los atambores.

Pajas, juntas sobre cuatro
Brazos de grosero roble,
Son el escudo que ampara
Contra fríos y calores.
Escogen y benefician
Sus dueños finos vellones,
De que se corta el vestido,
Bien aseado, si pobre.
Aquí cantos de sirenas
Ni se forman, ni se oyen;
Que en los mares destos campos
La sinceridad es norte.
Al mismo paso creciendo
Van edades y aficiones,
Todos en amores cera,
Todos en firmeza bronce.
En las juntas, en los bailes,
Son iguales y conformes
El recato en las zagalas,
La modestia en los garzones.
Si á virtud, si á honestidad
No cuadra, no corresponde,
Vanas fuerzas ejercita:
Cualquier antojo perdone.„

Fuime acercando hacia la parte de donde salía la voz, y vi ser quien la despedía un anciano en forma de antigua raíz, de su color, y así avellanado. Estaba sentado al pie de un copado aliso, de aspecto venerable, de vestido, si bien grosero, aseado y limpio (casi á la traza de ermitaño), ornada cabeza y barba de hebras blanquísimas. Saludámonos cortésmente, y tras haberme preguntado cosas comunes, de dónde venía, adónde iba y quién me había guiado por aquellas partes tan fuera del camino real, y respondido á todas con el agrado que era justo, heredó mi deseo el retorno de las preguntas. La primera consistió en querer saber quién era, de qué patria y profesión. Mostró disgusto en el semblante al oirla, casi como que le ofen-

diese aplicar á la lengua materia semejante. Insté de nuevo en lo mismo, acompañando con ruegos la instancia, á que, obligado, le fué forzoso corresponder. "Naci (comenzó) en la famosa villa que eligió por morada el invictísimo Felipe. Mucho antes de verse aquel distrito tan feliz y honrado con la real presencia, de que hoy goza, poseyeron mis mayores en él cuantiosa hacienda, de casas, viñas y heredades, que al paso que con el tiempo iba creciendo su estimación, se pudiera formar de todo mayorazgo bien facultoso. Destruyóle con velocidad quien me dió el ser, no tanto con propios desórdenes cuanto con haber abonado á quien, metido en golfo de negocios, zozobró en ellos. Por manera, que, habiéndonos dejado pobrísimos ajena culpa, convino desterrarse de la patria voluntariamente. Yo, en edad ya de deciocho años, abracé con gusto la profesión militar, para quien reconocí en mi complesión bastante vigor y fuerzas. Fué la facción primera de mi noviciado la alteración de Granada, empresa regida por buenos capitanes; mas, por menosprecio de las cosas, burlados de hombres desarmados y sin ejercicio de guerra. Deben (como leí en un docto) las personas de gran nombre escusar meterse en ocasiones menudas, donde es ninguna la gloria, y la pérdida de reputación grande, no sólo si es vencido, mas si con grandes ventajas no vence. Fué pérdida de consideración ver embarazados á hombres sabios, acreditados en grandes ocasiones, en una como ésta, que al principio se estimó en poco. Allí, pues, habilité los brazos al primer ejercicio de las armas, acudiendo como debia á mis obligaciones. El año siguiente de haber tenido fin la rebelión, pasó la gente á la Naval, batalla tan prodigiosa como se sabe, y alcanzada por el santísimo pontífice Pio, cuyo buen suceso pidió á Dios con tantos ayunos, suspiros y lágrimas, que mereció ser oído. Recebí allí muchas heridas, con quien (sin más favor que certificaciones) vine á procurar aumento en la Corte. Della partí á Flandes, con honroso sueldo, hallándome en cuantas batallas y tomas se ofrecieron en aquellos estados. Subiéronme mis servicios al lugar de alférez, en medio de la expedición; mas para el de capitán di vuelta á España. Gasté mucho tiempo ocioso en Madrid, sufriendo en los que yo tenia por propios méritos infinitos agravios. Vi antepuestos no pocas veces á muchos, en mi opinión, indignos de la jineta, haciéndosela empuñar el medio. No se estendia mi discurso para mejor negociación á más que á dar memoriales y á visitar ministros. Pasáronseme en hablas y acompañamientos, no sólo dias y me-

ses, sino algunos años, sin hacer fruto. Venció, en fin, la desesperación á la esperanza, y no sólo olvidé diligencias, mas repudié también la amistad contraída con las armas por tan largo tiempo. Redimí con esta determinación la quietud del alma miserable, que solamente me había quedado, y hallando regreso de la muerte á la vida, ensanché, con dejar pretensiones, los límites del afligido corazón. Consideré ser mezclado, no puro, todo cuanto se halla en esta vida. Hoy pobre, mañana rico; hoy triste, mañana alegre; hoy sano, mañana enfermo: placeres apesarados, risas llorosas, venturas infelices. Hízome, tras esto, dudar el camino que debía seguir. Residiera con gusto en mi tierra, por lo mucho bueno que contiene; mas la necesidad imposibilitaba esta inclinación. Consideré, por otra parte, cuán profundo piélago es la Corte y de cuánta confusión abunda. Allí no es conocido el valor, ni son admitidas las buenas costumbres, ni estimado el vivir bien. Conviene al que asiste allí volverse de libre, siervo; de sincero, disimulador; de bueno, malo; de docto, ignorante; para mantenerse en la gracia de alguno que pueda, es menester oponerse al curso derecho de la virtud. Aman generalmente los ricos sólo á los terceros y conductores de sus deleites; sólo estiman y premian viles truhanes y descarados facinerosos. Todos querrían cortejo; mas no á su costa. ¡Ay del triste que se halla atenido á los socorros de señores! ¡Oh villa, querida patria, reina de la libertad, madre de la justicia, regida de tan sabios ministros, habitada de tan peregrinos ingenios y adornada de tan esclarecidos príncipes, quién pudiera quitar de la lustrosa tez de tu rostro el paño infame y escuro de los vicios, con que eres ofendida, con que te hallas desfigurada! Desamparé, pues, con tristeza sus confines, andando algunos días cual suele en alta mar bajel sin timón ni gobierno. Ultimamente, acordándoseme de la belleza, abundancia y frescura del reino granadino, determiné aguardar en él la respiración del postrer espíritu. Con esta resolución pasé la Sierra Morena, fertilísimo collar de España, llegando á Jaén, cabeza otro tiempo de no pobre corona. Llegué desde allí á este paraje un jueves, antes de esconderse el sol, casi en la estación presente. Deleitóme su hermosa disposición, y tantas emulaciones del arte y naturaleza. Estas bien cultivadas heredades, estas bien corregidas plantas, socorridas unas y otras con el licor incesable deste arroyuelo, forman casi todo el año á los ojos una deleitosa primavera. Hallé abrigo en los moradores, que de común consentimiento me labraron una

choza, situada al pie de aquella ladera. Menos son conmigo escasos del poco sustento que me basta para entretener la vida; antes llegada la ocasión de recoger, careciendo de toda posesión, entro con ellos á la parte de los frutos que con ánimo liberalísimo rinde la tierra. Contribuyen asimismo de tarde en tarde el limitado interés con que se renueva este saco, defensa y escudo de la honestidad y del frío. Hállome con esto contentísimo, casi siempre en apacible soledad, sin envidiar las púrpuras de los reyes, ni los puestos de mayor preeminencia. Róbame mucho tiempo la contemplación de las cosas naturales y las alabanzas con que agradecidamente correspondo á su soberano Criador. Muérome por poseer corazón limpio, libre de espinas, de vicios, sembrado de rosas y claveles de santos afectos y deseos. Tal vez corta las fuerzas del más elevado discurso, no la inmensa fábrica de los cielos, no la profundidad y extensión de los mares, ni el abultado cuerpo de la tierra, asentado sobre tan firmes fundamentos, sino el admirable edificio de una pequeña flor, de un corto mosquito. "¿Es posible (repito mil veces "entre mí) se encierre en tan chico objeto, que casi desvane- "ce de la imaginación, máquina tan misteriosa, maestría tan sin- "gular? ¿Hay vista tan sutil que pueda penetrar la organización "de tan indivisible interior, sus partes y dependencias? ¡Oh po- "deroso autor de todo, cuán inacesibles son los abismos de vues- "tra sabiduría, y cuán ignorantes las más superiores inteligen- "cias para rastrear parte de tanto mucho como ciñe y abraza!,, Los ratos que sobran de tales ejercicios ocupo en recoger mimbres, de quien formo cestillos para el uso de mis bienhechores, dados al precio que ellos á mí sus frutos. Tal vez entretengo algunas horas con la provechosa lección de buenos autores, leales compañeros y verdaderos amigos. Aprovéchome de sus advertencias cuanto á la brevedad desta vida, y cuanto á enfrenar deseos, no excluyo sus consejos saludables. Arrímolos si me cansan, obedeciendo á mi gusto tan sin réplica, que ni sienten por el repudio agravio, ni, cuando buscados, rehusan el fin de su ministerio y de mi intención. Bien habrá seis años que no llega á mi noticia el estado de las cosas de Europa. ¿Por ventura hay guerra en alguna parte, ó goza el mundo de amada quietud y paz? Holgara mucho no pusiera jamás nuestra patria en menosprecio y olvido la profesión militar. Solamente los ejercitados en ella son valerosos; no los entretenidos en descanso y comodidad en sus casas, atentos á su hacienda, entorpecidos con el regalo,

que ni oyeron trompeta, ni saben sufrir el peso de los arneses. En mi tiempo, repartía España varones fuertes para los presidios de Italia, guerras de Flandes, fronteras de Africa, y quedábase con los blandos y inútiles, bien como los pródigos, derramando riquezas, suelen quedar necesitados. Sujétanse fácilmente los á quien vence primero el vicio que las armas. Afirman los bien entendidos ser forzoso declinen los estados cuando han llegado al punto de su grandeza, ya que suelen ser quebrantadas las mayores fuerzas de la suntuosidad y deleite que acompañan á la prosperidad. Vióse no pocas veces sustentarse reinos y provincias más con reputación que poder. Es cierto que, llegados á tentar, pueden ser vencidos los que antes parecían formidables. Jamás se deben convidar espíritus viles á gloriosas empresas, como ni tampoco envilecerse con ocio los magnánimos, los valientes. Como el caballo belicoso, que, paciendo en tiempo de larga paz, si acaso oye algún clarín, se altera y relincha, deseoso de entrar en la escaramuza, así tal vez yo, al son improviso de alguna caja, se me llena el pecho de ardientes bríos por ejercer espada y pica; mas reprimo luego con la razón este desenfrenado impulso. Fué tal vez asimismo contrastado el reposo de mi ánimo con la tentación de volver á la Corte á conversar con los amigos; mas viendo había de sujetar mi albedrío al ajeno para poder pasar, la excluía con valor, diciendo: "Sirvan los que saben servir á su interés; que entre vale- ,,rosos fué siempre ignominiosa la servidumbre.,, ¡Feliz el modesto y templado, el sólido y perseverante en lo que elige por mejor, el que es en su comer abstinente; en su vestir, austero; en su vivir, rígido! Habrá dos días que, acometido de ambición, puse los ojos en este arroyo, y hablando con él y aconsejándole lo que le convenía, corregí en mí tan depravado afecto con diez ó doce cuartetas de un romance.,,

Pasaba con la narración adelante; mas rogándole yo me le dijese, comenzó en esta forma:

Arroyuelo bullicioso,
No corras tanto, detente;
Que quien tan aprisa vive,
Con veloz presteza muere.

Si causan tu elevación
Los tributos de las fuentes,
Ten noticia de que gozas
Corto ser, imperio breve.

Bien sabes que en tosca piedra
Se mal logra tu corriente,
De quien libre, osado río
Su licor consume y bebe.

Pues ¿de qué sirve que en ti
Ondas estranjeras entren,
Si aceleran tu ruina,
Si son peligrosos bienes?

Más seguro está en la tierra
El que menos nombre tiene;
Que de Ícaro el suceso
Enseña á que nadie vuele.

En la más excelsa torre
Más feroz el rayo hiere,
Y en la más soberbia planta
Más el aire se embravece.

En tus risueños cristales
Oro la arena parece,
Donde son las guijas perlas,
Donde saltan sueltos peces.

Tuerces tal vez el camino,
Y con plateadas sierpes
Alientas pintadas flores;
Avivas libreas verdes.

En ti simples corderillos
La sed y cansancio pierden,
A quien tú, como su espejo,
Dulces engaños ofreces.

Las náyades, sin temor,
Dan á tus brazos corteses
Plantas bellas, basas donde
Apoya amor sus deleites.

No aspires á más caudal,
Pues en honra al mar excedes;
Que al tuyo, como á su rostro,
No se atreven los bajeles.

¡Oh, cuántos remos le agravian!
¡Oh, cuántas quillas le ofenden!
¡Cómo truenos le conturban!
¡Cómo rayos le estremecen!
Limita, pues, tus deseos;
Conténtate con tu suerte:
Serás cuerdo, y servirás
Para ejemplo de las gentes.

Asimismo, considerando la presteza con que pasa todo, y cuán frágil y caduco ser alcanzan las cosas de más vigor, escribí este soneto:

Vana exención, vano escapar del hielo,
Si roba al fin con encendida mano
El estío las honras del verano,
Del prado pompa, emulación del cielo.
Estragos sufre el floreciente suelo
En su beldad, en su vigor lozano;
Gimen pueblos de plantas, y el tirano
Ardor, sordo y cruel, no enfrena el vuelo.
El mundo sano ayer, febricitante
Hoy, del Can, su enemigo, forma queja;
Del Can, que rayos vibra en su lamento.
Muestra espirar su lánguido semblante;
Mas ¿qué firme homenaje el tiempo deja,
Que en brazos de sus alas no dé al viento?„

No me desagradaron los versos del anciano, por quien se podía rastrear no haber sido vulgares los de la juventud. "¡Ay, padre (comencé yo, después de acabar su plática), cuán envidioso me ha dejado vuestra vida, y cuán aficionado el ejercicio en que la gastáis! ¡Ojalá reconociera en mí afectos de más moderación, para haceros perpetua compañía! Hechizos son para incautos los varios objetos de populosas ciudades. Pasé los años que tengo en las mayores de Europa, y amo los campos mucho; mas contraria costumbre me tuerce de su atraimiento. Combáten-

me profundas melancolías en viéndome solo, y diviértolas en gran manera con la conversación.,,—"Ya que venís forajido (prosiguió el huésped), entreteneos algunos días en este distrito, cuyos habitadores espero os serán agradables. Aquí, en no groseras almas hallaréis sinceros corazones, y en todos discreta correspondencia. No ajenas sagacidades os desviarán de la conversación: antes os convidará á frecuentarla el hábito general hecho á la llaneza. De mi parte puedo sólo ofrecer sanos deseos, y lo que es justo prometerse de tan rica pobreza como es la que tenéis delante. Podrá ser venzáis fácilmente las dificultades que os acobardan ahora, con quien confío tendréis paz en volviéndoles las espaldas. Cesen las lozanías y floreos de los años; que si de vuestra parte hacéis siquiera un poco, estoy cierto se servirá su divina Majestad de poner con santas inspiraciones cerco á vuestro corazón, ciudad fuerte, que de ninguno puede ser conquistada si de su beneplácito no se entrega. Felicísimo el que sin alguna resistencia rinde á tan amoroso combatiente sentidos y potencias, sin hacer de los caminos paradero, de la venta casa, sustancia de la voz, de las sombras cuerpo, de la criatura ídolo. Reine solo tan gran Señor, como por fe en el entendimiento, por amor en la voluntad.,,—"Mucho á Dios (le respondí) habría menester para durar largo tiempo en semejante resolución. Soy dueño de muchas flaquezas, á quien refrenar del todo es casi imposible en mí. Si á medio día no tengo seguridad de que me espera la sin quien no hay contento en una casa, me consumo, pareciéndome no haber comida donde falta olla. Estos inútiles miembros apetecen la limpieza del lino y la blandura de los colchones. Tengo al amanecer molidos los huesos si por ventura los reclino en parte dura, y hasta la pelusa me causa inquietud si vestido espero la mañana. Aunque poco inclinado á los pasatiempos mundanos, de quien huyo por instantes, gusto, con todo, de estar en potencia para gozarlos si quisiere; tales son Palacio, la Puerta de Guadalajara, San Felipe, la Comedia, el Prado, Atocha, Manzanares, y otras recreaciones. Todas estas circunstancias hacen en mí difícil la determinación y dudosa la perseverancia. Por eso, tanto cuanto repugna la flojedad del cuerpo en abrazar el ofrecido bien, tanto sabe estimar y agradecer el alma vuestra sana intención y cortés ofrecimiento. He tenido á suma dicha reconocer en vos un perfeto anacoreta, un acérrimo despreciador de las riquezas del mundo, á quien, mientras viviere, no perderé de la me-

moria, para quererle y venerarle. Con esto, dadme licencia; que me aguarda compañía no lejos de aquí, aunque sienta, como es justo, dividirme de la agradable vuestra.,, Levantóse mi buen alférez y, tras haberse adelantado conmigo alguna distancia, volvió atrás, en busca del primer asiento que tenía. Hallé paciendo la mula, y muy despacio mirándose el mozo las entrañas. Despertéle y, poniéndose todo en orden, pasamos á sestear de allí dos leguas. Era una venta el lugar, y no de las más bien bastecidas. El güésped, en estatura y carnes un romano Vitelio, hizo poco caso de la cabalgada de uno, y ése, en figura de hospitalero. Estaba tendido sobre un escaño, del modo que sobre artesas, por san Lucas, los enemigos de Mahoma. Clamaba el mozo por el ventero, y por paja y cebada, y él, quedo que quedo, sin rebullirse. Al fin, alzando el gordísimo tozuelo, dijo con flema singular: "¿Qué diablos quiere? ¿Qué avispas le pican? ¡Doile al demonio, qué voces da!,, A esto, llegándome yo algo más cerca, le rogué proveyese aquella petición; que harto tiempo le sobraría para reposar después. Enderezó poco á poco los bastos miembros, descubriendo del velloso pechazo hasta el ombligo. Al cabo de atender á lo que con instancia se le había pedido, quiso honrarme con ponérseme al lado. Mirábale yo, como al descuido, atentamente, pagándome él, con cuidado, en la misma moneda. Fuéme reconociendo poco á poco, y cuando (á su parecer) estuvo bien enterado, propuso tenía por cierto haberme visto en otra parte; mas que no se acordaba dónde. "Puede ser (le respondí); que he corrido mucha tierra y comunicado con muchas gentes.,, —"¿Voarcé (replicó) ha estado por ventura en Italia, y en particular en Piemonte?,,—"Sí, amigo, proseguí, y no pocos años, principalmente en ese estado.,,—"¡Tate, tate! (respondió, dándose una palmada en la frente), ya he caído en el chiste al misterio. A fe de soldado que ha sido voarcé mi auditor. Acabe: ¿no conoce á Juan, mosquetero en la compañía de don Manuel Manrique? ¡Oh, que sea en buena fe bienvenido á esta su casa! ¿De dónde bueno, y cómo así? ¿No se acuerda que siempre que le via decía á mis camaradas: "Veis allí el que nos ha de juzgar?,,— "Con tan buenas señas (dije), ¿quién dejará de tener acuerdo? ¡Juan amigo, válgame Dios, lo que habéis engordado! Fuera imposible conoceros de la forma que os halláis. ¡Buena vida debe ser ésta! ¿Quién os hizo ventero, tras haber sido soldado?,,— "Por Dios, señor (replicó), la necesidad. Mi historia no es

como quiera. Coma primero; que endespués se la contaré. Aguarde; que la güéspeda está lavando allí abajo; llamaréla para que aliñe lo que hubiere.,, Tras esto, puesto encima de un cerrillo, dió dos voces al ama, que no tardó en venir; y matando, de orden del marido, una polla, la puso, acompañada con un conejo, á la lumbre, todo con presteza notable. Mi Juan partió al gallinero, de quien sacó seis huevos fresquísimos. En la alforja aún había quedado alguna fruta, sin ciertas reliquias de jamón, único regalo para el güésped, que tenía por maña despulsar de un tragazo una bota. Ya, pues, todo prevenido y á la orden en mesa larga y estrecha, con mantel poco cándido respeto de la presente colada, quise nos asentásemos á un lado Juan y su mujer, y á otro, el mozo de mi mula y yo. Comenzóse á comer, como los plebeyos dicen, en buen amor y compaña, lo que había. A pocos bocados, fué menester escombrar estorbos del tragadero. Dió principio á la provocación mi ventero militar, acriminando el que yo tardase tanto en beber; mas casi hubo de perder la paciencia cuando supo que era aguado. "¡Voto (dijo) á mi costal, señor auditor, que no le quisiera haber conocido! Quien no bebe vino, ¿qué puede tener bueno? Siempre había de vivir á la orilla de algún arroyo ó fuente, como berro. ¡A gentil sombra se llega para no tener desdichas en sus cosas: al agua, ruina de los hombres, cuchillo de sus fuerzas y ahilamiento de sus estómagos! Un aguado no puede ser amigo de ningún hombre de bien, ni meter paz en pendencia, ni jugar suerte, ni ser ahigadado. ¡Allá se lo haya; que yo, Pedro y la Meléndez nos averiguaremos!,, Apenas puso fin á la riña contra mi complesión, cuando, con una escudilla de cuartillo y medio, brindó airosamente á mi lacayo de camino, que, dejando venir la pelota, sopló el estorbo con tal gentil talante como pudiera Zuñiguilla el de la farsa. Contemplábamelos yo con risa y solaz, y causábame, por otra parte, compasión estuviesen presas dos almas en aquellos dos vasos de Sahagún, cuya capacidad se estiende á mil y quinientas cántaras. La Meléndez, pues, repolluda y carirredonda, de edad de hasta cinco dieces, por ningún caso se quedaba en zaga, porque, como dicípula de tan buen maestro, seguía cabalmente sus pisadas. En suma, feneció el yantar, arrojándose cantidad de varillas de una y otra parte. Titubeaban tanto cuanto los edificios, y las lenguas, engruesecidas, tropezaban en docientas erres. Bien es verdad que mi nuevo conocido se las pudiera tener tiesas á

todo el Setentrión, según la estabilidad de cabeza y pies con que se halló en los fines. Quise, en acabando de comer, cobrar la deuda que resulta de lo que se promete, y así, le pedí me contase su vida y los grados por donde había subido á la dignidad presente. Obedeció como un cordero; que deseaba agasajarme por mil caminos, fuera de que deleita no poco la remembranza de pasados sucesos. "—Bien se acordará voarcé (comenzó) del año en que tuvo fin la guerra de Piemonte, con la última toma de aquel castillo tan fuerte llamado Cabor. Pues casi luego traté de venirme á España, enfadado de tener siempre por compañero á un pesado mosquete. Y aun si el hombre fuera bien pagado, vaya con Dios; mas trabajar mucho y comer poco, no en mis días. A fin de conseguir mi intento, di con mis bienes en Génova, donde se aprestaba para Cartagena un navío de cierto tratante que le enviaba cargado de varias mercaderías. Encontré, mientras trataba de pasar en él, con una damaza española que había sido alboroto de Roma y Nápoles, á lo de Dios es Christo, llena de autoridad y rumbo. Coligió por el traje que era español, y hablándome, tras muchas demandas y respuestas, me pidió que, embarcándome en su compañía, asistiese al cuidado y seguridad de su persona; que, por lo menos, no gastaría cosa alguna en el viaje. Aceté el partido, por lo bien que me estaba, y habiéndome convenido con el capitán del bajel en razón del precio, nos embarcamos una tarde. Refrescó á cosa de media noche el viento, con que, desplegando las velas, comenzamos á salir del muelle, encaminando la proa hacia donde apuntaba el deseo, que era á la patria. Gozamos de buen temporal dos días; mas, pasados, hizo el mar lo que acostumbra, mudando su tranquilidad en tormenta. Padecimos lo espantable, sucediendo luego algunas calmas, en cuyo ocio comenzó mi buen capitán á poner los ojos en doña Petronila, que se llamaba así mi encomendada. Mostró la mujer sentir disgusto de que el hombre se le inclinase, y, dándomelo á entender, me pidió no me descuidase en ser su centinela y defensor. Hacíalo de contino así, causa de volverme odiosísimo con el pretendiente, que varias veces, por lo que imagino, estuvo determinado de zabullirme en las ondas. En fin, habiendo aportado á Tolón, ciudad de Francia, faltos de algún refresco, propuso quería enviar á tierra alguno que lo comprase. Fué de común parecer eligida mi persona, como más experta y que tenía más noticia de la lengua y práctica francesa. Saltamos en el es-

quife dos remeros y yo, hallándose la nave casi una legua á la mar. Llegamos á su orilla, y apenas de un salto estampé los pies en la arena, cuando dió la vuelta, alargándose, el barquillo, Quedé en aquella playa solo y con pocos dineros. Había de allí al lugar, por una punta que hace, más de media legua. Era ya casi noche, y así, antes que del todo cerrara la escuridad, me encaminé de buen trote hacia la población. Andaban alojados en su contorno algunas tropas de caballos, ocasión de mi primer infortunio. Encontré, mientras iba descuidado prosiguiendo mi camino, con cinco ó seis, de quien á bien librar escapé en camisa, habiéndome dejado solamente, de cortesía, los tiznados calzoncillos de lienzo que llevaba. En esta forma entré en Tolón, como á las nueve de la noche, por los fines de Otubre, cuando en aquella provincia refrescan tanto los aires, que bastan á que un vestido se quede yerto, cuanto más un desnudo si le cogen en despoblado. Arriméme á cierto cajón que parecía de platero, y mientras, tiritando, estaba atendiendo á la consideración de mi desdicha, sin decir "¡agua va!,, arrojaron por una ventana que, sin saberlo, venía á estar derechamente sobre mis espaldas, cantidad de dos grandes cántaros, y no de la más limpia del mundo. Cayóme toda encima y, dando yo, tras el golpazo, un terrible grito, obligué con él á que se asomase un mozo á ver quién le había dado. Bajó en un vuelo á la calle y, preguntando quién era, tras haberme arrimado al estómago la punta de un chuzo, me agarró con la una mano y me subió á la primer cuadra, con título de que era ladrón y quería robar la tienda. Esta sospecha cesó, en parte, cuando vieron la poca traza que tenía de hurtar quien se hallaba tan mal apercebido. Participaba, como es uso allá, la sala primera de chimenea y lumbre, y en ella toda la prevención conveniente para la cena. Tendí la vista por su juridición y reconocí, en dos asadores, un cuarto de cabrito, un capón y un gran pedazo de carnero, sin lo que prometían en su concavidad dos ollas que, á más y mejor, porfiaban sobre cuál era más diestra en hervir. A un lado estaba una mujer no de mal talle, que me comenzó á preguntar quién era, de dónde venía y cómo estaba de aquella suerte. Mostró, habiendo dicho verdad en todo, sentimiento de mi desastre, y más cuando supo de qué nación era. Dijo que había estado en España con cierto embajador, y que por haberle cobrado voluntad, hallaría en la suya consuelo mi desventura. En confirmación desto, hizo traer una capa, aunque

de paño grueso, buena para lo que yo la había menester, que era para abrigarme. Después quiso me llegase á la lumbre, consolándome con palabras amorosas. Parece que me hacia ya respirar algún tanto el buen tratamiento, y el imaginar que me había de caber parte de lo que sazonaba el fuego; mas hasta las imaginaciones corren peligros notables. Vino casi al instante un hombrón como un filisteo y, reconociendo la figura encapada, preguntó quién me había traído allí. Dijéronle lo pasado, y mostrando buen semblante á lo hecho, tras haber sosegado un poco, dió en incitarme para que, mientras llegaba la cena, nos entretuviésemos con cualquier juego. Alegué no saber alguno, ni tener, cuando lo supiera, qué jugar; á que dijo: "Por lo menos, según la buena disposición que mostráis, debéis ser buen saltador. Pues sabed que me precio de lo mismo, y así, hemos de probar, con esta condición: que quien saltare más escalones de los que están de la puerta de la calle abajo (ya sabe el señor auditor que en Francia muchas casas tienen cinco ó seis antes de llegar á la puerta), se coma aquel capón que se está asando; y el que perdiere, reciba por penitencia no probarle. Yo, triste, movido de la hambre y deseoso de no disgustar al güésped, me ofrecí de buen corazón á lo que deseaba, y poniendo manos á labor, se dió principio á los saltos. Fué mi francesón el primero, atrancando desairadamente dos escalones. Entonces, visto cuán pequeño había sido el suyo, alentado y seguro de quedar vitorioso, arrimé la aguadera y, poniendo juntos los pies, salté cuatro, dos de quienes cumplían el número de seis que comenzaban desde la calle. Apenas arrojé el cuerpo fuera de la otra parte, cuando, sin estar en Madrid, me hallé en la Puerta Cerrada, en la misma forma que cuando agarrado me subieron arriba. Al cerrar, se despidió el traidor de mí con muchas injurias, diciendo, entre otras, me albergase y abrigase aquella noche en el rollo; que no lejos de la ciudad le hallaría desocupado para tal efeto. Díle las gracias dentro de mi pecho, y con el desconsuelo que se puede imaginar anduve cruzando callejuelas, hasta dar en una iglesia con plaza, que servía como de cimenterio. Hice mi rancho en un rincón, lo mejor que pude, dando diente con diente; mas aun allí no me hallé seguro de la fortuna, pues trataba de aniquilarme con mayor persecución. Sería ya cerca de media noche, cuando mis vigilantes ojos descubrieron una linterna, que á todo andar se venía acercando hacia donde estaba. Do-

bláronse los temblores del frío con el temblor reciente, juzgándome ya por muerto; mas mientras me apercebía para decir el padrenuestro, la linterna se hallaba ya muy cerca de mí. Venía haciendo luz á cinco, que así como me vieron rebullir, fueron sobresaltados de improviso miedo, movido de ver á tal hora cosa blanca en cimenterio, y que se meneaba. Tuvieron por cierto fuese algún alma en pena, y tratando despavoridos de volver las espaldas, uno que se preciaba de más arriscado y valentón afeó la huida sin reconocer la causa. Con este ánimo apercibieron las pistolas y, acometiéndome unánimes y conformes, casi todos á un tiempo preguntaron: "¿Quién va allá?,, Respondí con voz humilde que un desdichado; y acercando la luz, reconocieron muy barbado y corpulento al que tuvieron por espíritu incorpóreo. Tras haber contado en seis palabras mi historia, dijeron que los siguiese, y abriendo de allí á pocos pasos un postigo que tenía la iglesia, nos pusimos todos de pies sobre la piedra de una sepultura. Era el caso que habían enterrado por la mañana un caballero riquísimo, y como es costumbre en Italia y Francia llevarlos no sólo con los mejores vestidos, sino tal vez con muchas joyas, habiendo traído éste sobre sí cosas de no poca estima, venían los cinco á despojarle dellas, movidos de abominable codicia. Pareciéndoles, pues, á propósito la persona de Juan para desnudarle, alzaron la piedra de la bóveda y, dándome una candelilla, me advirtieron lo que había de hacer. Entré, sabe Dios con qué pavor, y con la luz que llevaba descubrí á un lado mi buen difunto, tan ataviado y compuesto como si estuviera esperando el caballo para salir á ruar. La primer cosa que le quité fué una cadena de buen tamaño, que dí á los de arriba. Luego le fuí aligerando de lo más precioso; hasta de la daga y estoque dorado. En tanto, vi relucir en uno de los dedos meñiques no sé qué de oro, y, agarrándolo, me lo metí presto en la boca, con intento de ganar también algo en aquella feria. Dábanme prisa los que esperaban, con que, turbado, en vez de acelerar la operación, la retardaba. Cayóse en este ínter la velilla que había pegado á la pared, quedando á escuras y abrazados el sin vida enterrado, y yo, aunque vivo, no menos muerto y sepultado que él. Comencé, desasiéndome, á dar voces me diesen luz; mas dábalas como debajo de tierra, sin que alguno las oyese. Considerando mis leales compañeros no le quedaba ya al desvalijado alhaja de valor, dieron con la losa sobre su mismo

encaje, y dejándola en la forma que primero, marcharon á toda prisa. Quedé con el alma en los dientes, tan cerca de espirar de miedo y frío, que fué singular milagro no quedarme allí para siempre. En medio de tanta tristeza y confusión, oí voces en la iglesia, como de clérigos que cantaban. Anduve tentando á una y otra parte, hasta que vine á dar con la escalerilla que subía á la entrada de la bóveda, por donde había bajado poco había. Animéme cuanto pude, y por los resquicios de la misma piedra comencé á dar terribles gritos. Tuve suerte en que uno de los eclesiásticos los oyó, y pidiendo atención al compañero que tenía al lado, quedaron ambos ciertos de que se hacía ruido por allí cerca. Avisaron á los demás, y así, seis ó siete de camarada vinieron poco á poco á descubrir la parte de donde salían las voces. Alzaron, aunque medrosísimos, la losa, con que salí de improviso, escapando de entre todos como saeta. Cayeron, al verme, desmayados casi todos, hechos figuras de Resurreción; mas yo, que aún tenía en la memoria la vereda del postiguillo, apeldélas hacia allá velozmente. Halléle abierto, que se le habían dejado sin cerrar los amigos, y saliendo por él á la calle, di muchas gracias á Dios de verme en ella, aunque tan mal parado. Fué grandísima dicha para mí semejante olvido, porque, siendo la iglesia (como después supe) colegial, y teniendo todos sus clérigos habitación dentro de su clausura, iban á los oficios desde sus aposentos, particularmente de noche á maitines, sin abrirse la misma iglesia. Por manera, que si me faltara por dónde huir, sin duda me hicieran pernear por la mañana, como á ladrón sacrílego. Libre, pues, de tan peligroso naufragio, no me pareció estar del todo seguro si no desamparaba la ciudad. Para esto anduve errando más de una hora, hasta dar en cierto portillo de la muralla, por donde salí al campo. Corría en él un cierzo penetrador, de forma, que á toda prisa sentía envarárseme los miembros, sin poder dar paso adelante. El cielo, que á ningún afligido falta, me socorrió también en esta no menos apretada calamidad; porque, habiendo columbrado no lejos de allí un bulto como de muradal, me acerqué á él con intento de abrigarme con cualquiera cosa que fuese. Era un gran montón de orujo (sobra reciente de la vendimia), y abriendo en él, como mejor pude, un hoyo capaz, me sepulté dentro, hasta esconder del todo la cabeza. Estaba por estremo caliente, cuya calidad me dió totalmente la vida. Cobré en breve algún vigor, y en medio de aquella quietud dormí un sueñecito, el más cordial y sabro-

so que jamás tuve. Desperté al punto que amanecía, y, reparando con la luz en mi cama, hallé era toda la lana del colchón de uvas negras, causa de haberme puesto jaspeado de pies á cabeza. Dejéla con velocidad, porque visto tan bonito de algunos muchachos, no me hiciesen sus osadías un segundo Esteban. Salió el sol, á cuyo brasero, después de calentado bien, tomé entre los pies el camino que me pareció más frecuentado y real. A pocos pasos, puse en la palma, para alegría de los ojos, la sortijilla de quien había sido caja la boca. La piedra relucía mucho, aunque no era grande; por donde presumí debía ser diamante, ó cosa así, de razonable valor. El primero que encontré, yendo tan galán como he significado, fué un coche ceñido de cuatro ó seis caballos, que, habiendo salido aquella mañana de donde yo, prometía por su priesa hacer más larga jornada. Descubrióme uno de los de á caballo y, enseñándome á los demás, les di ocasión de ganosa risa. Parece ser iba en el coche un obispo, á quien, avisando de lo que vían, le obligaron á reparar en el estraño caminante. Paró y, mandando que me llamasen, me acerqué al estribo. Tuvo noticia por lo que me preguntó como había sido soldado, y como, habiéndome dejado desnudo los que me toparon al desembarcar, me obligó el frío á meterme donde apunté. Movióse á piedad el buen prelado y, haciéndome dar un herreruelo con que me arrebozase, ordenó me pusiese en aquel asiento que tiene el coche en la parte de atrás, tan deseado y pretendido de muchachuelos. Así fuí bien tratado con él hasta Marsella, donde, dándole parte como de cuanto me habían quitado sólo había quedado en mi poder aquella sortija, le supliqué se sirviese della y me socorriese con lo que fuese su voluntad, para ponerme en forma que pudiese pasar adelante. Miróla con atención y, habiéndola hecho ver de quien se entendía, me dió por ella cincuenta ducados. Con la mitad hice un vestido de paño y compré espada y daga, y con los otros me embarqué en un navichuelo de catalanes que partía de Marsella á Barcelona. Llegamos en cuatro días, y saliendo dentro de otros cuatro de aquella famosa ciudad, me vine paseando á mi placer, hasta entrarme, sin pensar, por los confines de Castilla. Acerquéme á la Roda, villa de la Mancha y mi tierra, dueño, si va á decir verdad, de malas costumbres. Los mozos de aquel lugar, y los que viven en los demás circunvecinos, ejercítanse en la ocupación de los campos, labranza y carretería. Por eso el que quiere vivir holgando, al cabo es

fuerza que muera de hambre. Pues como yo no estaba ya doecho á este trato, haciaseme muy de mal seguirle; aborreciendo, sobre todo, tratar con mohinas, que á traición disparan sendas, con que tullen á quien más bien las hace. Escurríme por este respeto hacia la Corte, en tiempo cuando se había publicado elección de cuarenta capitanes. Hablé á uno, y como soldado viejo le ofrecí la diligencia y solicitud necesaria para el lucimiento de la leva. Estimólo mucho el recién eligido, y entendió sería su compañía dichosa con mi favor. Tocóle á Zamora y Toro, en Castilla la Vieja, no mal partido, por ser de gente sana. Como ya plático, engaité á cuantos pude, con encaramarles mucho las cosas de aliende el mar. Asegurábales ser sólo sedas y brocados los que se gastaban en vestir; las comidas, siempre en forma de grandes banquetes, y todo como se finge pasa en la tierra del Pipíripao, donde los ríos son de miel y los árboles producen tortadas. Caían en la trampa como moscas; de manera, que en poco tiempo juntó mi buen capitán una tropa de docientos como unos pinos. Comenzáronlos á conducir hacia la tremenda, gozando yo á mi placer en los alojamientos de dos ó tres boletas. Hubo estafa cruel y estorsion como el brazo; mas cuando ya conocí que nos acercábamos á las gurapas, olí el poste y di codazo á la comodidad. Desgarréme en compañía de cinco ó seis también chorrilleros, por el peligro en que se puede incurrir caminando solo. Entré por la anchísima de Alcalá con algún dinerillo, que se despachó presto en comer y probar la mano en las mesillas que están sobre el paseo del Prado, á vista de San Jerónimo. ¡En Madrid y sin dinero: mirad dónde y sin quién! Pardiez, señor, todo era necesidad. El vestido se desvergonzaba ya mucho; convertíase en añicos la camisa, y, en fin, ya no venía á quedar cosa con cosa de lo que se traía encima. Valíme algunos días de baratos y empréstidos; mas, al fin, todo cansa. Ya del todo rematado, padecía este corpanchón mucha mala ventura, para cuyo remedio quitéme la máscara de una vez y acudía donde los amigos de Jesu Christo á las doce. Las estaciones ordinarias eran cuatro ó cinco. Engulliase sopaza, que era bendición, con que quedaba la barriga como una bola. Yo, á lo zaino, llevábame siempre una calabacilla arrimada á los riñones, para suplir faltas; que si los padres dieran vino con el condumio, cualquier bribón fuera un marqués. De noche llegábame á buenos, y á título de pobre soldado se reco-

gian en el aire treinta ochavitos para almuerzo y posada. Con esta carta de marear se pasaba no mala vida, si bien de correo, porque era menester andar mucho. Como en este mundo no hay cosa permaneciente, tuvo también fin esta flor; mas no con menos fruto. Entre las santas que recorría, era una cierto hospital de los más poderosos de Madrid, donde trabé conocimiento con uno de sus ministros, que se aficionó de mi hábito, por haber sido otro tiempo también el suyo de soldado. Este no pocas veces me llevó á su aposento, donde con todo recato se tomaba estrecha cuenta á una pellejuda, capaz de cuatro y más. Aquél sí ¡pesia tal! que era amigo, y no voarcé; que si arrimara la mayor cuba á los labios, por llena que se hallara, la hiciera menguar cuatro dedos. Teníame por no mal fistol; mas entonces conocí que era un pobrete con la taza. Créame, rey, que los juegos y brindis engendran grandes amistades. La que trabamos, pues, mi Bernardino (que así se llamaba) y yo fué cordialísima. El ser ya tan apretada le obligó á cuidar de mi estado. Preguntóme si sería á propósito para ocuparme en aquel ministerio, donde el trabajo era poco y mucha la comodidad. "Si no es más de lo visto (respondí) pintiparado me juzgo para ello,,.—"Pues á la mano de Dios,,, replicó; y agradándole tan fácil sí y la pronta resignación de mi voluntad en la suya, comenzó á favorecer mi causa con el superior. Púsole por delante mi buena salud y robustas fuerzas; requisitos necesarios para los que entran á servir en tales habitaciones. Alcanzó sin dificultad el fraternal beneplácito, y veme aquí cuando una tarde, como á las tres, me embuten en una túnica, apretándomela con un correón. Dióme pesadumbre el no ser nueva; que ya había servido en otra boda, y no poco desdichada, por haberla arrimado el novio con presteza. Los primeros días atendí al servicio de los enfermos, muy contra mi voluntad, por el mal olor y peligro del contagio; que dicen se suelen pegar algunas enfermedades; si bien por las mañanas no me pudiera empecer un ejército: tan bastecido se hallaba el estómago de vino y ajos. En suma, me resolví en que me ocupasen en cosa que pudiese ejercer más á mi sabor. Esta, con intercesión del amigo, fué una demanda, oficio que se aprende presto, pues desde que nace el hombre vive pidiendo. Al principio era la misma lealtad y confianza, puesto que me esmeraba en llevar (aunque nuevo) casi tanto como los ratones de más agujeros; mas luego el demonio estragó mi buena in-

tención. El hervor de la mocedad, entretenido con los halagos de las rameras, no dejaba de inquietarme por momentos; mas resistía, por la decencia de la túnica. ¿Qué asechanzas no pone el dinero para hacer hocicar á la razón? Pardiez, venció el apetito; y si bien por algún tiempo había dejado la conversación de la Meléndez, que está delante (aunque pecadora, hembra de nobles respetos), volvíla á buscar; que un grande amor olvídase tarde. Entraba en su casa á deshoras, acudiéndole con lo que había menester; que para todo daban buenos. Tenía yo propósito de volver ä aquel lecho, entonces sentina de maldades; en lo porvenir, lícito y conjugal, como dicen los polidos; y así, no me desasosegaba mucho la conciencia. Era mi estilo levantarme bien de mañana y, habiendo rezado no mucho, cogía mi camino hacia la iglesia. Antes de llegar, torcía á un ladito y, acompañando con media de lo caro un mollete y dos torreznos de buen tomo, entraba rozagante por los umbrales del templo que tenía señalado. Allegaba hasta las doce lo que ofrecía la caridad de los fieles; luego, dando una vuelta por las calles principales, no perdonaba las pitanzas de los gremios; con que á las dos me retiraba á tomar cuenta á la ración, de quien, aunque bastantísima, hacía poco caso, por las frecuentes ayudas de costa y extraordinarios que se ofrecían. Salía, tras breve reposo, enderezando hacia la comedia. Si era flamante, parábame á verla en cesando el concurso; y si no, partía á recorrer los feligreses que habían quedado de la mañana. No hay relox tan cierto como la limosna del sexo femenino, caritativo y devoto, con quien iba por horas trabando amistad y conocimiento. Híceme en pocos días repartidor de comodos; porque las mozas me encomendaban buenas casas y las amas querían recibir por mi mano buenos servicios. En estos tratos y contratos se ofrecían hartas ocasiones de estima; mas yo con la Meléndez sola estaba contento; que en mi vida profesé ser perro de muchas bodas. Visitaba, ya anochecido, las casas de juego. Tal vez para hallarme en las de más tomo, aguardaba hasta media noche, y tal me recogía á las tres y más. Dase en estas partes sin duelo, por sacarse de lo dudoso; y así, no son, aunque con incomodidad, de perder semejantes emolumentos. Al dar cuenta y entregar, reservaba siempre el miserable Juan para sí, por lo menos, la tercera parte. Esta se repartía en tres: para el regalo la una; para la Meléndez y ropa blanca la otra; y la última para necesidades venideras, haciendo dello lo que llaman hucha.

Cruel tentación ocasiona el manejo de los redondos; y el que dellos escapare sin cometer crímenes, canonícenle por mi cuenta. Así se gozaba el mundo, á pesar de bellacos, cuando turbiones de desdichas ahogaron tanta felicidad, en esta forma: Amaba cierto señor desenfrenadamente á una dama virtuosa, rica, bella, y de las que con razón se podía llamar matrona romana. Valióse de cuantas diligencias le ofreció su afición para ser admitido. Acometió con dádivas á los escuderos; con las mismas quiso corromper las criadas, sólo á fin de que pusiesen un papel en su mano. Temblaban todos de oirlo; y habiéndose pasado inútilmente mucho tiempo sin hallar traza de consideración, vió el mismo que, oyendo misa, me había llegado á pedir limosna. "¡Quién fuera tú!,,, dijo entre sí; y juntándose á cabo de rato conmigo, me preguntó qué era y dónde tenía lo recibido.—"Estos dos cuartos (respondí) fueron los que me dió su merced, que son la ración de todos los días.—Démelos (replicó el mamantón), hermano de mis ojos; que por ellos le ofrezco un doblón.,, No era el envite de perder, y así, besándolos, se los entregué con una gran reverencia. Aplicólos á los ojos, y tras haber dicho muchos de los encarecimientos que son propios de locos amantes, puso en mi palma el rubio indiano, risueño de ver deslumbrado á su poseedor. Encontróme de allí á cuatro días en la calle; trabamos conversación, y poco á poco entabló su disinio, instando con muchos ruegos recibiese la dama por mi medio un billete suyo. Hice al punto respirar millones de impedimentos para el caso: el peligro que corría mi persona, procedido no tanto de la severidad del sujeto cuanto del familiar interesado y de mi confraternidad, si por desdicha se llegase á descubrir. Venció mis contradiciones con promesas, y como poderoso, aseguró mis recelos con ofrecerme su amparo y casa en ocasión de cualquier desastre. La esperanza, pues, de buen acogimiento en el pretensor me hizo cerrar los ojos á mil inconvenientes, pronunciando un sí, ganoso de servirle. Púsose el papel de modo, que por ningún caso podía ministrar sospecha en quien por defuera le mirase. No llevaba sello, ni sobrescrito, para que con verle abierto se tuviese por otra cosa. Sucedió así; porque, llegando á la hora acostumbrada de misa con él en la mano, me preguntó lo que contenía. "Indulgencias (respondí), mi señora, de ciertas medallas.—Holgaré de verlas,,, replicó; y ofreciéndoselas de buena gana, sin abrir, ni reparar en el mensajero amoroso, se le metió en la manga, á vista

de quien lo deseaba tanto. Valióme el feliz suceso muy buen porqué; mas tal ganancia dé Dios á quien mal me quisiere. Dejéme ver como siempre en el lugar donde se había hecho la entrega, por inferir del semblante el modo con que la diligencia se había recebido. Fuíme entreteniendo un rato, por ver si sus ojos brotaban ira ó agradecimiento; mas halléles sin alteración, y sosegado el resto del rostro. Atrevíme á lo que solía, pidiendo la acostumbrada porción. "Ya os la haré dar, bergante (respondió) como la merecéis. ¿Así osan los de vuestro hábito injuriar la sombra de mujeres honestas? Creed no perderéis el debido premio.,, No dijo más, y bastó para dejarme del todo difunto. Con tal desfallecimiento, perdí el ánimo de responderle, y así, lo que pude hacer fué apartarme presto de su presencia, taciturno y avergonzado. ¡Válgame Dios, lo que puede una honrada con una miradura! Para mí, que he sacado la espada contra cantidad de enemigos muchas veces, con el aliento de un César, fué una mujercita metida entre sedas recio frío de efémera, por quien en todo un día perdí los temblores. Pasóse casi una semana sin reventar por algún camino la cólera desta mina, contento yo con entender que, templado el rancor (si ya no era fingido) con la amenaza de arriba, se negaría lugar á mayor venganza; mas engañéme. Tuvo aviso de todo el superior, con instancia de que fuesen grandes el resentimiento y castigo. No se pidió á sordo ni avaro, sino á quien, como celoso de virtud, no fuera mucho jaspearme mortalmente el pellejo. Citóme cierta tarde para lugar secreto, destinado á examen y á pena. Fuí descuidado de aciago acontecimiento, aunque siempre receloso de algún desmán; que tiene en toda parte poca seguridad la mala conciencia. Quedamos solos, si bien á distancia de un tabique se hallaba de resguardo una emboscada, pronta para cualquier ejecución. Púsome por delante las obligaciones de ser bueno, no sólo en el siglo, sino aun más apretadamente en la religión, donde, sobre todo, era importantísimo cualquier buen ejemplo. Que debía ser incontrastable en toda ocasión la constancia de ánimo virtuoso, sin que la derribasen jamás humanos placeres, respetos y sobornos. En fin, tras muchos documentos santos, de que ahora me acuerdo poco, insistió manifestase mi culpa y me sometiese á saludable penitencia. Negué con valor la demanda, y cuanto á la disciplina y cárcel que se proponía, mostré particular desabrimiento. Signifiqué no habían servido jamás mis espaldas de ata-

bales; y así, como no acostumbradas, sentirían mucho ser batidas en aquella ocasión. Pues aquí (dijo el prelado) se ha de pasar por todo; que el verdadero obedecer consiste en regresar su propia voluntad en la ajena. Mas hágase con la bendición de Dios lo que el hermano pretende; que harto beneficio y satisfación será para esta casa despedir della al que la deshonra. Quien conserva tan vivos los aceros aseglariados, no entre pobres humildes, sino entre soldados soberbios vivirá mejor. Tráiganle su vestido, y cobre con él la libertad que fuera justo haber perdido. Apenas publicó esta sentencia, cuando vinieron en el aire los antiguos despojos, en la misma forma destrozados que se pusieron en depósito cuando me cubrí con la larga. Esta arrimé, algo más rica de mugre que antes estaba, y encajando en su lugar los recién traídos, cogí la puerta rezongando, con poca paciencia y mucho ceño. Fuíme derecho á casa de la Meléndez, á quien, contando lo sucedido, hallé dispuesta para mi consuelo. Eramos, en fin, para en uno, y plugo al cielo sacar este bien de aquel mal, para que yo no olvidase mi obligación y correspondiese á ella con casamiento. Tratamos de poner orden en nuestras cosas y de establecer un modo con que ganar de comer. Para esto me quise valer de mi buen caballero, que mostró no pequeño pesar en mi desgracia. Mandóme le viese á menudo; y hacíalo así, sacando el de á ocho de cuando en cuando, para ayuda de la cotidiana provisión. Púseme á costa de mis herederos en hábito avalentado, con vestido de mezcla, con gavión ancho, con medias y ligas de color, con daga y espada de crecidos gavilanes. El trato aumentó la amistad entre mí y el amante que me destruyó. Parecióle no era malo, como personudo, para acompañarle de noche; fuera de que adquiere no poco crédito de buen batallador el haber sido un poquito soldado. Rondaba, pues, de contino la calle y casa de su afición, disfrazado y seguro entre las sombras. En muchas noches no encontramos algún ocasionado estorbo, por carecer la pretensión de competencia, que es de donde casi se derivan todos. Medrábase poco ó nada con salidas tan pacíficas, y así, convino solicitase el provecho la industria. Fuíme al petril de san Felipe, y juntando cuatro amigos de los viejos, les pedí favor y asistencia para una traza. Ofreciéronseme todos, y habiendo dispuesto y ordenado lo que habían de hacer, nos dividimos. Acudí á la hora que solía para la estación de mi socorredor, que era continua en sucediendo la escuridad á la luz. Entramos en

aquel mar una noche con la bonanza que siempre; mas alteróse con la improvisa llegada de cuatro bultos, que se pararon poco lejos de donde estábamos. Causaron éstos no pequeña turbación á mi ahijado, pareciéndole era posible haber venido en su busca con intento de maquinar contra su vida. "¿Qué haremos (dijo), que son cuatro contra dos, y es forzoso vengan bien puestos?,,—"Pelear, señor (respondí), es solo el remedio que al presente se puede ofrecer. Mas esto ha de tocar á mí solo; que es muy precioso el vivir de vusía; el mío importa poco, y así, es de menos consideración arriesgarle. Estéseme aquí entretanto que yo escombro la calle de los que la ocupan; que no será más de en cuanto desnudo la blanca.,, Insistía el noble señor en que sin él no me había de poner en peligro; mas viendo que me enojaba, tuvo paciencia. Entonces, pisando tieso, con gentil compás de pies, en postura pendenciosa, diez pasos antes de llegar, les pedí cortésmente (de modo que me entendiese quien me atendía) despejasen el puesto, por importar á cierto amigo quedar solo en la calle. Respondieron que no querían, y que antes habían venido á echarnos della; que al punto lo pusiésemos en ejecución. "Presto se verá, gallinas (repliqué), si se ajustan con obras las palabras.,, A esto, quedando las lucientes en *púribus*, con tanta velocidad comencé á formar tajos, puntas y reveses, que mis contrarios fueron sacando pies por la posta, desvaneciéndose con mi furia tan apriesa como suele niebla con viento. Miraba la pendencia, loco de contento, mi Macías, y púdose apenas contener de no ponerse á mi lado; mas por no indignarme, observó la jura de "á fe de caballero,,, con que le tenía fuertemente ligado. Llegué adonde estaba, ufano de tan gloriosa vitoria; mas cubierta la alegría con tal sagacidad, que antes mostraba disgusto de que no hubiese sido mucho mayor la escuadra de enemigos, para que pudiese campear más mi esfuerzo y valentía. Ciñó mis hombros con sus brazos, y con un "á fe de quien soy,, gustosísimo, prometió tendría en él de allí adelante un cordial amigo. Visitándole el día siguiente á hora de levantarse, no se hartaba de darme gracias por haber sido en tan apretada ocasión tan firme escudo de su vida. Tras esto, mandó al contador se me librase en casa de su mercader un vestido de cien ducados, que me daba como en señal de lo mucho que me debía y pensaba hacer por mí en adelante. El regocijo que causó en mis entrañas el rumor de los ciento considé-

relo quien se ha visto contrastado de necesidad. Habiéndose, pues, logrado tan felizmente mi embeleco, procuré juntarme con los amigos que sirvieron de yerba para que se cuajase, á quien con una gentil bodegonada di muestras de agradecido y obligado, ocultándoles el fin que había tenido la maraña, por que no pretendiesen la división del todo en partes. Con este suceso dichoso adquirí entre caballeros tan grande crédito de valiente (ignorando lo había sido de mentira), que en los mayores riesgos cualquiera se tenía por mal seguro si no llevaba á su lado á Juan Fernández. Jamás permití saliesen tales acompañamientos de balde, puesto que encajaba el *deme* en lindísima ocasión, con que se pasaba la gloriosa á las mil maravillas, abundando, sobre todo, la Meléndez y yo, de no malos vestidos y otras alhajuelas de casa, no deslucidas. Íbame poco á poco haciendo amigo y compañero deste ó aquel titulado, llamándole á secas *Conde*, ó *Marqués*, sin la cortapisa de *señor*. Por las mañanas asistía, y no sin provecho, en el juego de pelota, donde servía de juez ó pedidor de suertes, sin ser lícito apelar de lo que yo sentenciase; porque todos me deseaban tener grato y muy de su parte para las batallas de escuridad. Cierto que se me vuelve un pimiento el rostro cuando traigo á la memoria cosas pasadas, y los peligros en que pone el hombre su reputación cuando no tiene cuidado en sus acciones. No reparaba yo en lo que entonces se podía murmurar de verme tan hecho camarada de sujetos tan desiguales como son los señores, á quien sólo conviene venerar desde lejos. Toda mi vida he sido enemigo capital de bufones, juzgándolos vilísimas inmundicias de la tierra, ya que por ningún caso son buenos, si no es para ejercer en ellos cuantos géneros de martirios tiene el mundo. Solía admitir el uso algunos déstos, cuya graciosidad entretenía y alegraba á los príncipes, de modo, que era debida á sus agudezas y á sus burlas alguna porción de cualquier mesa, bien como se suele della arrojar al lebrel el hueso desechado. Mas que en los tiempos de ahora quiera un bergante triunfar y vivir espléndidamente á título de cubrirse, sentarse, y llamar *vos*, ó *borracho*, á un rey, duque ó marqués, es cosa que apura el sufrimiento y hace reventar de cólera al más paciente. Lo que más solicita indignación es pretendan los tales salir no pocas veces de su centro, tratando cosas tan de veras y materias de estado tan profundas, como si el grave peso de regir la tierra fuese para su talento ligerísimo. Los potentados de Italia tratan como se debe

las carnes de tan infames pícaros, con gatadas, ballestillas, correonazos y cosas así; por manera, que se puede decir dellos que ni visten galas ni comen regalos á traición. Volviendo, pues, al hilo de mi cuento, casi las más veces que me hallaba en las juntas de señores tropezaba en el excremento vil de uno déstos, viejo, descolorido y flaco Habíale conocido en Italia, siempre frión, siempre desgraciado y chismoso. Enfadábame notablemente su vista, disimulándolo tan poco, que el juglar lo echaba de ver á menudo, y pienso me pagaba en la misma moneda de aborrecimiento. Motejéle un día en el juego de pelota de necio, de carámbalo y digno de ser privado de la bufonesca profesión. "De buena gana la arrimaré yo, Juan (me respondió), como vos la heredéis, pues tan poco falta para declararos del todo. Veamos si vuestros dichos tienen más sal que los míos; aunque no sé cómo nos podamos prometer de un tronco tan por desbastar acción que no sea grosera,,. Apenas el truhanillo me había lisiado con estas palabras, cuando con ambas manos le arropé los molletes, haciéndole aprisa salir colores en ellos con las palmas callosas. Alteró á los circunstantes este resentimiento, y casi de todos fué tenido á mal no perdonase hombre tan acreditado en valor á la licencia de un entretenedor público, permitida hasta de emperadores y reyes. Enfadéme con cierto avalentado que le quiso defender con razones, á quien de allí un rato hice de ojo, por parecerme conveniente á mi reputación y estima. Siguióme con más presteza que yo quisiera, porque le deseaba más endeble; y echando por detrás del monasterio de doña María de Aragón, en un punto esgrimimos las blancas airosamente. A la primera entrada nos herimos los dos; mas hubo grande diferencia en las heridas. Dióme el provocado una cuchillada en la cabeza, casi de á jeme, pagándole la merced con cierta puntilla que entró medio dedo en busca de lo más interior; y si no le sirviera de broquel la dureza de una costilla, aquel día fuera, sin duda, á cenar con Christo. No sé quién diablos trujo por allí la justicia, de quien fué imposible escapar. Hecha, pues, la causa de desafío, me vi en trance apretadísimo, por traerme ya los de las ropas sobre ojo, en razón de acumularme que estragaba á muchos señores mozos, con quien salía las veces que se querían entretener con pesadas travesuras. Alegaban que los metía en pendencias, que les hacía gastar en borracheras y bodegones las noches enteras, que les hacía frecuentar á deshora las casas de las rameras; paño bastantísimo, según su opinión, de que se

pudiera cortar bien el vestido de mi perdición y ruina. Al fin, ya fuera de peligro el contrario, juzgaron convenir, en razón de buen gobierno, licenciarme de Madrid por algunos años. Fué forzoso obedecer la orden dada, y así, haciendo almoneda de lo más embarazoso, subí á la Meléndez en un carro, dando con ella y mis bienes en Granada, lugar muy de mi gusto, por fresco y abundante. Consultamos entre los dos el trato que sería á propósito seguir para entretenernos honradamente. Oficio, yo no le sabía, ni tenía edad para aprenderle; pues ocupación que diese de comer sin trabajo, hallábala con dificultad. En medio destas dudas y confusión, quiso el cielo socorrernos con alumbrarnos lo que nos estaba mejor. Mi mujer es gran guisandera y por estremo limpia, requisitos que la alentaron para eligir lo que en Sevilla llaman *gula,* en Madrid *estado*, y en todo el mundo *bodegón.* Todo nuestro caudal consistía, puesta ya casa, en docientos ducados. Parte déstos se empleó en lo que se despacha cada día con la mitad de ganancia: pan, fruta, carne, tocino, legumbres y cosas así. La fama de limpieza y del buen sazonar acarreaba tantos feligreses como moscas; que no serían pocos, respeto de las muchas que ocupaban bancos, mesas y paredes. No he tenido desde que nací tan cómoda y regalada vida. La Meléndez y una moza se lo trabajaban todo: sólo servía yo de hacer cuentas y de traer á casa las cosas de fuera. Lo mejor era para el consuelo del afligido Juan, que andaba siempre ahito de torreznos, de asado, cocido, guisados y albondiguillas. Es grande elemento, á fe mía, saber con certeza que á las diez de la noche no sólo se ha de quedar el caudal en pie, sino, en su compañía, famosos ribetes de interés, sin aguardar, como en otros tratos, á si se vende ó no. El arte, aunque algo mecánica, es entretenida en sumo grado; porque como concurren á un tiempo diversidad de gentes venidas de varias partes, todos son portadores de nuevas, esparciéndolas al son que hacen los dientes cuando muelen á costa de su dinero. El respeto que de contino se tiene al huésped es singular, y más si no es persona menuda y efeminada, sino así como la mía, gordaza y robustona. En tanto, pues, que atendíamos en amor compaña á tan provechosa profesión, yo, que soy el mismo pecado, y que de contino me pierdo en medio de la felicidad, busqué algunos sumideros por donde se escurriese no sólo la ganancia adquirida, mas también no pequeña parte del caudal. Fueron los dos principales fiar á no sé cuántos buenos, entrete-

nidos largo tiempo acerca de aquella Chancillería, con esperanza de salir con vitoria en ciertos pleitos de gruesísima cantidad. Nunca llegó este día; de forma, que, no sólo perdí los grandes retornos prometidos para entonces, sino la suma procedida de mi sudor, con que se me fueron. El otro era este negro jueguecillo, polilla de las bolsas y padre de toda inquietud. Viéndome casi rematado, tuve noticia se hallaba escueto, por fallecimiento de un mi predecesor, este albergue, puesto en el camino real de Jaén á Granada. Comuniqué con la Meléndez una noche que estaba desvelado si convendría dar con nosotros en él antes de ver el fin de lo que nos había quedado. Como la mujer (no lo digo por estar delante) puede presidir en el más importante consejo (y aun ojalá no se hallaran en algunos muchos hombres con menos sabiduría), desmenuzólo y examinólo muy despacio, y, al fin, resolvió era acertadísimo probar cómo nos iba en la propuesta habitación. Era la venta de un venticuatro de la ciudad, mi conocido. Habléle sobre el negocio: vino en él de buena gana, y no sólo quitó del alquiler antiguo, sino que me negoció un salvoconduto para robar más á placer. Este fué un título de hermandad, que se me despachó con todos sus acostumbrados requisitos y circunstancias. Demás desto, me prometió de su parte todo amparo y favor; y así, que no recelase alargar la mano en los provechos; que él me sacaría de cualquier persecución á paz y á salvo. Soy, por san Rorro, una vez determinado, como río, que jamás vuelve atrás su corriente. En esta conformidad, se buscó un carro y, llenándole de las baratijas necesarias al trato alojatriz, nos venimos á este puesto hizo dos años esta Pascua de Flores. En él nos va famosamente, por importar mucho para todo el ser cuadrillero. No es este camino el más cursado del mundo; mas ¡triste del que se detiene un cuarto de hora en esta casa, ya que le ha de ser forzoso consentir en ser pelado sin ser gallina! Con poca cebada tengo abondo para todo el año; porque en echando el pienso y en sentándose á la mesa los huéspedes, la Meléndez, en achaque de echar las gallinas de la caballeriza, alivia del trabajo á las cabalgaduras con dejarles los pesebres hechos de seda, y no terciopelos, sino como sería á decir *rasos*. Mato cinco ó seis lechones, cuyas morcillas, chorizos y longanizas (en que es única mi mujer) duran casi todo el año, con mucha pimienta para los viandantes. De carne me proveen los pastores destos contornos,

puesto que nunca faltan algunas ancianas ovejuelas ó cabras que, con muerte natural, dan ocasión para ser cocidas ó asadas. A muchos se les hacen durísimos sus pedazos y confiesan no haber visto en sus días carnero tan tenaz y fuerte; mas, en resolución, la hambre lo despacha todo. El vino, aunque para mí siempre de lo más barato, es bendición ver cuán caro les sale á los sedientos, que, acompañándole con cantidad de agua, encubren y disimulan mucho mejor la primera que yo le aplico y la punta natural con que se halla adornado. Tenemos cien gallinas, cuyos huevos, sin ser las más veces frescos, exceden en valor á los que á pares se venden por recientes junto á la Carnicería de Madrid. Criamos palomas, pavos y capones; mas estos dos últimos relieves se emplean en regalar á mí venticuatro y á otros conocidos de pluma, en cuya virtud quedan desvanecidas algunas quejuelas que se esparcen de mi proceder; que no es tan santo el hombre para poder contentar á todos. Cinco ó seis desgracias han sucedido en el tiempo de mi administración, sobre ciertos dinerillos que han faltado; mas si bien hice las diligencias como solícito cuadrillero, no pude descubrir rastro. Malas lenguas atribuyen al ventero la culpa; mas por mi fe que se engañan; cuanto más, que apenas habrá llegado todo en veces á cuatrocientos ducados; y en tan corta miseria no se enconan los generosazos como yo, á quien la conciencia hace traer siempre la barba sobre el hombro. Son mis provechosas vasallas casi todo el año un par de piltras ó cotas finísimas, para que la hacienda se despache mejor y más apriesa, pues nunca la lujuria fué amiga de bolsa de hierro. De propósito he querido descubrirle mis flaquezas, porque si otras veces se viere juez, no sea tan escrupuloso como solía. Por una liebre que á porrazos pedí á un patrón, cuando el ejército estaba alojado en el Marquesado de Saluzo, me condenó á tres tratos de cuerda, de quien apenas me libraron muchas intercesiones; miren qué hiciera si fuera mi justicia en este lugar, donde por liebres doy tantos gatos. Señor auditor, no es ya tiempo de rigores. Vivir y dejar vivir á los demás es lo que importa. ¿Quién no hace ya las manos botes, para que en ellos hagan choz los sobornillos? Los mejores abogados, dos que he conocido en mis causas, fueron capones, conejos, pavos y, sobre todo, la pecuña. Con éstos, no me visitan varas, viviendo con más libertad que pudiera en Ginebra. Con éstos, me abonan y encubren los mismos que me habían de perseguir y castigar. Con éstos, son excluídas

cualesquier querellas y transformadas en verdades mis mentiras. ¿Cómo pudiera un ministro, no sólo pasar tan bien, con tanto manjar, coche, litera, caballos y sirvientes sin número, sino fundar gruesos mayorazgos y rentas, con la poquedad del salario que gozan y se les señala? Ya ve que es imposible: la industria, pues, viene á ser conveniente para enriquecer presto. Dios lo crió todo, en general, para sus criaturas, y el que se aprovecha, sólo viene á igualar lo mal repartido; que es duro caso que pocos lo posean todo,,.

Con esto puso fin á su plática el ventero, dejándome atónito con la diversidad de su relación. Versado no poco me hallaba en malicias; mas al lado de tan buen maestro, pareciera dicipulo bozal y con estremo rudo. "¡Quién (dije entre mí) aplicara á un remo los holgazanes cuartos deste bellacón, depravado por tantos caminos! ¿Es posible que con tan grande seguridad y holganza viva este troglodita desollando christianos, sin Dios, sin ley, sin justicia? ¿Cuadrillero y perseguido de ladrones el mismo Caco? ¡Oh, quién le tuviera un hora bajo de su juridición, para que con pronto lazo pagara crímenes tan enormes!,, Tras esto, tomando la mano, di muestras de agradecido en que me hubiese dado tan menuda cuenta de su vida. Admiré su sagacidad para librarse de los trances en que le pusieron ocasiones. Persuadile hubiese moderación en las ganancias, y que con los afligidos no olvidase del todo la compasión y piedad; tanto más, no obligándole hijos á semejantes excesos; advirtiese la poca duración que había tenido en las otras ocupaciones, por sobra de imprudencia y falta de consideración; huyese de poner confianza en quien seria posible cansarse presto, permitiéndolo Dios así, para que no se retardase su castigo. Rióse de mis advertencias, diciendo: "¿No digo yo que aún no ha perdido las mañas? Voarcé no es para este siglo: mejor se hallará entre frailes, donde está en su vigor la observancia de regla y virtud. Acá los mundanos no echamos por el camino de tanta perfeción; que como quien carece de dineros es peor que Lucifer, conviene buscarlos por todos medios. Por lo menos, si esto se acabare, no quedaré manivacío; que cerca de mil ducados vale lo arañado.,, Cesó, dando lugar á que reposase un poco. Llegó la hora de partir, y solicitando al mozo, pedí á mi Juan hiciese cuenta. Respondióme, con la delantera de un voto más redondo que le pudiera arrojar un carretero: "No me agravie, señor auditor; que soy hombre de bien. ¡Ojalá fuera posible detenerle

aquí muchos días, para que conociera cómo nos esmerábamos en su regalo! Harta merced he recebido con verle y hablarle tras tantos años; bien pagado está todo.,, Repliqué; no aprovechó. Al fin, aceté, siendo fuerza, dándome antes de subir cuatro estrechos abrazos mi buen Juan y la Meléndez.

MAESTRO. Notable encuentro, y de hombre no menos notable. ¡Válgame Dios! Si se pudiesen escribir los sucesos de muchas vidas, ¡qué silva de varia lección se hallaría en ellas! Maravillosos altibajos había tenido ese hombre en la suya hasta entonces: labrador, soldado, religioso, tercero, valiente, bodegonero, y la última dignidad, de quien sólo se podía parar en horca ó galera.

DON LUIS. Cuanto al pasar de falso en razón de valentía, muchos compañeros tiene, esforzados lo posible sólo en tragazón y vinazo. Los más déstos sólo por defuera parecen hombres, siendo su esencia de cueros finísimos. Sus pendencias son de bulla, esto es, de muchos á uno, señalándose allí no más que con visajes y meneos de falsa bravura. Con todo, si en las bregas se descuidan tantico, no falta quien airosamente les dé su recado. Comen muchas gallinas, y así, es fuerza tengan mucho de su calidad. No hay cosa que más desee como topar en Sierra Morena una sarta destos pícaros, dirigidos al marítimo servicio de su Majestad. Consérvalos indignamente el favor, sin poder por esta causa averiguarse con ellos las justicias.

DOCTOR. Docientos deste jaez colgó el conde de Fuentes gobernando á Milán, por cuyo rigor quedó pacífico y libre de valentones el Estado. Sin ellos, fué forzoso cesar los bandos y parcialidades de la ciudad principal y otras del dominio. Gastábase poco papel en sustanciar tales causas, porque en consultándole negocio de valiente, decretaba: "Horca,,; palabra la más saludable del mundo. De ordinario andan estos tales á monte, y muchas veces se retraen sin hacer por qué; que es acto y posesión de valentía ser vistos á menudo en casas de embajadores.

ISIDRO. Culpa grande tuvistes en no hacer pernil de tres maderos á vuestro agasajador y querido Juan cuando le tuvistes debajo de vuestra juridición. Hubiérase con una lazada escusado tantos males como de contino cometería el ruin proceder del picarón. Mas ¿de qué sirve condenar tanto el deste pobrete, bueno por agradecido, cuando no por otra cosa? ¿Hállase por ventura algún ventero canonizado? Como habitadores del

campo, son todos aves de rapiña y fieras de crecidas garras. ¿Qué cuidado puede ser bastante para enfrenar sus robos y demasías? Es forzoso permitirlos en tales desiertos, donde sin su socorro peligrarían las vidas de muchos caminantes, que fuera peor que las bolsas. Alienta grandemente el ánimo saber aguarda á distancia de tres ó cuatro leguas cierto el descanso y reposo.

DOCTOR. Finalmente, partí de la venta, de quien á pocos pasos lejos, reconocí pesaba más de lo ordinario la alforja. Hice que la mirase el mozo, y halló dentro medio queso (alabado de mí por famoso en la mesa), una gallina en pluma, doce huevos en forma de pedernales, y otro conejuelo como el comido á medio día. Estimé el cuidado del hombre, por haber puesto callando en aquel lugar parte de lo mucho que, también callando, habría quitado de semejantes. ¡Ved qué forma de poderle castigar, aunque viniera á mis manos! En suma, las dádivas obligan mucho, y hasta los más facinerosos adquieren por su medio las amistades de los más severos y terribles.

ALIVIO VIII

Llegué á Granada otro día, algo antes de anochecer, descubriendo con deleite de los ojos la frescura de su vega, retrato al natural del más curioso país. Agradóme la traza de la ciudad, aunque, como poseída tantos años de moros, dispuesta con altibajos. Fueron los africanos amigos siempre de poblar en cuestas, pareciéndoles tales sitios más acomodados á la salud, y cúpole desta costumbre no poca parte á esta población.

Apenas salí de la posada con el pardo, valona y valón, cuando, mientras discurría por las calles, fuí encontrando con muchos conocidos; porque el vestido no disfrazaba el rostro. En poco tiempo adquirí tantos amigos, que Granada era ya para mí un Madrid segundo. Osaba frecuentar las iglesias de más concurso y las salidas de más recreación. Una tarde, bien cerca de donde Genil y Dauro traban perpetua amistad y alianza, vi un serafín que con su hermosura y asistencia hacía cielo resplandeciente un coche, en que paseaba. Hasta entonces había yo vivido sin sujeción y conservádome libre en lides amorosas, escarmentando en heridas de otros. Reíame de sus sentimientos y lágrimas, y llamaba indignos de constancia varonil cualesquier rendimientos femeniles, como si estuviera en mano ajena enfrenar impetuosos deseos; mas en aquella ocasión comencé á sentir un no entendido afecto, que me llenaba de confuso dolor y alegría.

DON LUIS. ¡Oh, cuán deseado tenía este punto, por quedar enterado si había sido posible sujetarse á lo que todos quien se muestra tan señor de su albedrío! ¿Qué os parece podría ser esa novedad, causada con sólo una vista?

DOCTOR. Fué, sin duda, amor; y conocílo del gozo que ocasionaba á los ojos el hermoso objeto, de quien procedía al alma un dulcísimo éxtasis.

DON LUIS. Servíos en declararme cómo se podrá difinir semejante pasión, de modo, que, correspondiendo sus partes á una perfeta generalidad, pueda servir á diferentes especies.

DOCTOR Quieren algunos sea amor, tomado en general, un deseo. Si esto se hubiese de afirmar así, sería fuerza excluir el que tenemos á las cosas de que gozamos posesión, ya que con-

siste el deseo solamente en las que no se poseen. Por tanto, si amor fuese deseo siempre, se seguiría que fuese amor antes de ser la cosa deseada; y teniéndola, si fuese amor deseo, no sería más amor. Así, tengo por mejor que, en lugar deste deseo, pongamos afecto voluntario.

MAESTRO. Pues ¿qué diferencia hacéis entre deseo y ese afecto que llamáis voluntario, siendo así que todo nuestro deseo nace de la voluntad, y todo deseo es afecto, de forma que, á mi ver, vienen á ser ambos términos una misma cosa?

DOCTOR. Pienso tendréis presto satisfación. Habiendo de difinir el amor en general, tanto de las cosas que se poseen como de las de que se carece, afecto es voz que no sólo abraza al deseo como su propia especie, sino que también comprehende otra cualquier pasión que pueda caer en nuestro ánimo. De suerte, que consistiendo el deseo acerca de lo que no se tiene, y el amor asimismo acerca de las cosas que se gozan, fué necesario hallar palabra más general que deseo para que abrazase propiamente uno y otro. Ni tampoco se sigue que, naciendo éste de la voluntad, venga á ser una misma cosa. Por tanto, difiniría yo ser amor afecto voluntario de participar ó ser hecho participante del objeto conocido ó estimado por hermoso.

Volviendo, pues, á lo que comencé, tan rendido me vi en poco espacio á las milagrosas partes desta señora, que ni hubo más que conquistar en mí, ni yo tuve más despojos que ofrecer, habiéndole consagrado sentidos y potencias. Supe, de un pajecillo que seguía el rastro del coche, su nombre, su calidad y el estado en que se hallaba. Era noble en sumo grado, y hasta entonces, libre la cerviz del lazo conjugal, riquísimos sus padres, y ella única, ocasión de ser pretendida de la juventud más lucida y facultosa. No desamparé los rayos de mi sol hasta que se escondió del todo en el ocaso de su casa, que saberla fué para mí de sumo consuelo. Esperé la siguiente fiesta á que saliese á misa, y acompañéla desde lejos hasta la iglesia. Puesto en parte donde cómodamente pudiese mirar y ser visto, ni un solo instante apartaba los ojos de mi bellísima amada. Hizome mil veces remisísimo en desear la imposibilidad de la empresa; mas las continuas centellas de afición encendían los yelos más medrosos. Al fin, aunque procuraba dar al corazón algún alivio atendiendo con recato, no pudo ser tan sagaz, que la causa no reparase en el cuidado con que era vista, coligiendo del semblante en el ánimo no poca inquietud. Parecióme ha-

bia con mirar blandamente agradecido mi afición, y recibió mi abrasado pecho el refrigerio que con improviso licor el opreso de encendida calentura. Fué continuando este favor en ocasiones, faltando poco para que en ellas no perdiese yo el juicio de gozo. No hallaba forma para decirle siquiera "muero por ti,,, ni algún valor en la lengua para descubrirle mis ansias. "Grande mal para los hombres (dice Eurípides) es el amor.,, Y Plauto afirma tener peor fin el á quien amor precipita que el despeñado de algún alto risco. Pasábanse en continuo desvelo las noches, contemplando con los ojos de la mente la perfeción adorada. Salíame las más tardes el Dauro arriba y, sentado sobre alguna peña, decía á su corriente amorosas locuras, pidiendo las refiriese á la amada en llegando á besar los umbrales de su habitación. Acuérdome de un soneto que compuse al querer y no osar descubrir mi pena, y le diré, si no os disgustáis.

DON LUIS. Jamás podrán causar pesadumbre cosas vuestras: servíos de no hacer otra vez salva semejante, pues el mayor favor que podemos recebir todos es oiros muchos versos.

DOCTOR. Dice así:

En tanto que, de gozo y luz desnudo,
El campo viste velo escuro y frío,
Y de Morfeo en tanto que el rocío
Del alma es ocio, si del cuerpo escudo,

Al pie sentado deste risco rudo,
Dosel anciano de sonante río,
Quiero cobrar para quejarme brío:
No muera, no, quien tanto siente, mudo.

Produce siempre estímulos fogosos
Dolor oculto, con que al alma embiste,
Con que rendidas sus potencias deja.

Mas son libres acentos peligrosos.
¡Callar, pues, y morir! ¡Callar, ay triste!
¿Quién se puede quejar de que se queja?

MAESTRO. Su silencio se hace lenguas en su alabanza. ¡Qué bien calla hablando! Y sin quejarse, ¡qué bien se queja!

DOCTOR. Finalmente, volaron algunos días, en tanto que yo

sólo trataba de consumirme con el pensamiento, remotísimo de toda esperanza. Crecían los quilates de la voluntad amando, y aunque contrastaban, no rendían imposibles la roca de firmeza. Consideré, al cabo, que de tan continua imaginación sólo podía resultarme muerte, si no la divertía con manifestar mi pena á quien la solicitaba sin consentimiento. Fueron una fiesta al Monte Santo, obra insigne y religiosa de aquel heroico prelado para cuyo tiempo reservó el cielo el descubrimiento de tan inestimable tesoro. Procuré, como siempre, ser Clicie de aquel resplandeciente sol. Detuviéronse en aquella estación ella y otras amigas, tanto, que la luna, usurpando el oficio del hermano, salió á servirle de blandón. Trataron de venirse á pie hasta cerca de la ciudad, á veces corriendo, á veces cantando. Yo, que desde lejos me recreaba en su contento, juzgué no mala ocasión la que tiempo y lugar me ofrecían para declararme. Intentélo muchas veces, y otras tantas se me ahogaron las palabras en la boca, acobardándose el corazón. Cobré ánimo, con todo, y fingiendo venir de Guadix, pregunté á la misma si Granada estaba lejos. "Amigo, bien cerca está (me respondió). ¿No ha estado otra vez en ella?„ "No, señora„ repliqué; prosiguiendo preguntas y respuestas, hasta que, más internado, le supliqué me oyese siquiera un breve rato, antes de morir, si acaso le lastimaba perdiese la vida quien la tenía dedicada sólo á su servicio. "¿De qué provecho os ha de ser, atrevido forastero (dijo), el que os escuche? Mejor sería apartar de vuestra imaginación cosas que os pueden ser de tan gran peligro. Notado tengo me seguís por donde voy, y habéis sido venturoso en que sola yo haya reconocido vuestra temeridad.„—"Oidme (repliqué) un instante, y luego me veréis sujeto á vuestra voluntad. No es mi amor de los que con desórdenes llegan á ofender la sombra del sujeto querido. Amo castísimamente vuestras perfeciones, y desistir deste intento será tan imposible jamás como dejaros de obedecer en cuanto conviniere á vuestro decoro.„ En suma, convencida de mis humildes ruegos, quiso escucharme, para que me señaló día y hora. Es Granada lugar quietísimo, de sincero y amoroso proceder sus moradores, y así, con poca prevención puede cualquiera andar á todos tiempos seguro por sus calles. A las once de la noche, un jueves, se me ordenó acudiese á cierta calleja, que partía linde con las espaldas de su albergue. Sabíala ya muy bien, por tener casi contadas las piedras de toda la casa. ¡Oh, cuán desesperadamente esperaba el punto señalado! Con-

sumiame la dilación de tanta felicidad, y, entre muchas, me quejé una vez de la pereza del tiempo, en esta forma:

¡Oh tú, de lo criado horrible guerra,
Sutil ladrón de fuerzas y hermosura;
Tú, que deshaces tanta piedra dura,
Con ser sólidos huesos de la tierra!
No está en su centro tan tenaz la sierra
Más eminente en ámbito y altura,
Cuanto te muestras hoy con mi ventura,
Gigante á quien tu dilación atierra.
Tu curso aliente del vivir la lumbre,
Pues para que el dolor no la consuma,
De tu velocidad basta un asomo.
Mas sordo sigues, tiempo, tu costumbre:
Con quien te huye, leve como pluma;
Con quien te llama, torpe como plomo.

Don Luis. No hay cosa tan veloz como ese de quien os querellastes; mas cierto que, á ser posible, le corria obligación de doblar su ligereza; pues no se debe aplauso menor á los ruegos de un amante que aguarda lo que tanto desea.

Doctor. Llegué, pues, cuando se hizo hora, y hallando en una pequeña reja á quien amaba, con indecible terneza le signifiqué mi dolor, procedido de no haber gozado hasta entonces de tan feliz suerte. Estuvo atenta á cuanto hablé, con gran cordura, y estimando cortésmente la voluntad que le mostraba, dió indicios de corresponder á tan lícito y honesto amor. Duró más de una hora el coloquio, en cuyo espacio descubrí ser lo menos amable en ella la corporal perfetísima hermosura, comparada con la superior de lo íntimo: tal era la agudeza de su discurso, y tal la actividad y madurez de su entendimiento. Allí acabé de conocer consisten las mayores bellezas en las partes del alma, más elevadas que las del cuerpo, á quien para figurar y conocer perfetamente es menester valerse de ojos incorpóreos. Partí favorecido del modo que apunté, contentándome desde entonces con ver y hablar, cuando fuese posible uno y otro. En esta conformidad se pasaron muchos dias, de quien las más noches tuve lugar para exprimir ternísimos requiebros,

siempre con la modestia debida al sujeto y á la intención con que era amado de mí. Admiré en estas conversaciones la capacidad desta doncella para la inteligencia de materias superiores al sexo. Descubrían sus razones profundidad notable, acompañada de imaginativa tan nerviosa y sutil, que por instantes se remontaba felizmente sobre los orbes para rastrear lo más difícil escondido en ellos. Trataron ponerla sus padres en estado más de una vez; mas detenía su intento con gran discreción, recelando no le tocase, por su desdicha, en suerte marido necio. En este inter, el cielo, que de tan únicas partes la había dotado, quiso despojar la tierra de su alegría y enriquecerse de luz con estrella tan resplandeciente. Comenzó su mal por accidente ligero. Túvose al principio por melancolía, y así, para divertirla, aplicaron varios entretenimientos. Creció la enfermedad de modo, que para su remedio quedara burlada la ciencia del mismo Esculapio. Hallábame yo no menos mortal que mi querida, de quien por momentos me informaba, heredando desmayos ó alientos al paso que su mejoría iba en declinación ó aumento. Eclipsóse, al fin, mi sol, escureciendo velo mortal sus resplandores. ¡Ay, felicidad humana, cuán fácilmente desvaneces y huyes, onda fluctuante en quien nada firme! ¡Oh hermosura floreciente, de cuán cortos límites gozas! ¡Sueño, sombra, nada! ¡Oh edad tierna, cuán presto, como frágil vaso, te quiebras y acabas! Feliz quien no cuelga sus esperanzas de hilo tan delgado y que con tan poco peso se rompe. Cuerdo quien no hace fuerza sobre caña, aunque verde, pues es tan quebradiza. Sabio quien no tiene por fuerte la torre que es de vidrio, y por muchas partes combatida.

Derribóme en el lecho la nueva, apoderándose de mí tristeza tan grande, que, angustiado el corazón, perdió el oficio de animar los miembros. Derramaron ríos los ojos muchos días, y cuando les faltó humor, brotaron sangre. El mayor consuelo para mí eran profundos suspiros, gemidos, sollozos. Negaba á la medicina su operación, ya que contra mal tan grande inútil había de salir su virtud y fuerza. Vista por los que me asistían la desesperación en que me hallaba y el acerbísimo dolor que padecía, perdieron del todo la esperanza de mi salud, y así, por último remedio, me entregaron al médico espiritual. Acertó á ser varón de muchas letras y de prudencia mayor, no poco experimentado en los naufragios del mundo. Templó al principio mi pena con documentos suaves; luego, con instrumento

más tenaz, trató de sacar la profunda raiz de mi sentimiento. "No os suceda (comenzó) lo que es propio en los opresos de frenesí: burlarse y aun ofender á sus médicos. No sea esa pasión en vuestro pecho como en madera carcoma, que le consume y desmenuza. De Dios procede la verdadera quietud del ánimo, y después, de la sabiduría. ¡Infeliz quien se rinde á sus afectos desenfrenadamente! No es de sabios dejar de oponerse con valor á las calamidades. ¿De qué sirven tan grandes estremos sobre cosa tan incapaz de remedio? Adelantóse á la Gloria esa nobilísima doncella, para vivir eternamente entre serafines. Libróse en tierna edad de las calamidades del mundo, cuyos bienes, cuyas riquezas son, como procedidas del arbitrio de Fortuna, frágiles, volubles, transitorias, accidentales. ¿Acaso es justo sintáis pesar de suerte tan venturosa? Pasara con velocidad aquel verdor de los años, aquello precioso de la hermosura, y sujetaráse, como las otras, á los agravios del tiempo. Fuérase poco á poco desmoronando el humano edificio. Hundiéranse y estrecháranse los ojos; sucedieran arrugas á la lisura y tez. Negreguearan ó se cayeran los dientes; emblanqueciéranse las hebras que en resplandor y lustre podían competir con los rayos del sol. Encogida la carne, hiciera mudar forzosamente la proporción y forma de rastro y miembros. Consideradla, pues, deste modo, y podréisle dar parabienes de que en edad tan florida, en el mejor ser de belleza fuese colocada, donde el tiempo no tiene juridición; donde las hermosuras, en vez de inmarcesibles, son eternas, como derivadas de aquel eterno y hermosísimo Señor,,. Con estas y semejantes razones me persuadió el religioso la memoria de mi salud, para que fuese dando lugar á los remedios con moderar y detener el raudal de penas que padecía el alma. Admití, en parte, tan saludables consejos, y divirtiendo cuanto era posible la tristeza, se fué restaurando en mí la virtud vital, casi ya del todo perdida.

Maestro. Siempre tuve por hipérboles amorosos esto de morirse los amantes, ya que en cuantas poesías he leído hallo á los más difuntos, no obstante que de contino ninguno pierda la vida. Así, cierto que, á no ser vos el interesado en este suceso, creyera con dificultad ser posible llegar á punto de muerte por solo amor. Oigo decir que, por la mayor parte, quita una belleza el martelo de otra; y así, hallándose en todas provincias tantos sujetos hermosos, es mucho que con la nueva conquista désta no se consuele la pérdida de aquélla.

DOCTOR. Dos yerros grandes manifestáis en la opinión que seguís. Ninguno ignora la posibilidad de reducirse el que de veras ama á punto de morir, por negársele, ó por perder del todo, lo que desea, sino que, con efeto, han llegado á morirse muchos. ¿Puédese hallar espada tan penetrante contra la vida como la continuación de una profunda tristeza y melancolía? Ninguna, por cierto. Pues ésta se apodera de tal suerte del que padece por amor, que, sin conceder ni un instante de alivio á la doliente imaginación, cobra vigor tan crecido, que ahoga brevemente los espíritus vitales, sin que para su fin sean menester las fuerzas de veneno, hierro ó lazo. Para confirmación desto, me refirió cierta persona, cuya piedad casi jamás desamparó mi almohada mientras duró el rigor del accidente, haber muy poco que en la misma ciudad, sólo de amor, sin conocérsele por ningún caso otra enfermedad, había muerto una doncella llamada Jacinta. Encarecíala grandemente de graciosa y bella, de singular destreza y suavidad en instrumento y voz, y, sobre todo, de exquisito entendimiento para escribir verso y prosa. Esta, pues, habiendo considerado atentamente las buenas partes de un mancebo, su gentileza, discreción y gallardía; juzgó no podía colocar su amor en sujeto más digno, y así, se aficionó dél estremamente. Creció tanto el ardentísimo fuego, que sentía consumirse y acabarse al paso que iban corriendo las horas. Por tanto, no pudiendo tolerar más tan miserable vida, deliberó, al fin, descubrirle su ánimo, sólo para que supiese cuán tiernamente era amado della. Detuvo, con todo, muchos días la ejecución deste pensamiento, ignorando cuál modo podría eligir que fuese más á propósito para lo que deseaba. No osaba descubrir este amor á persona que para su expresión pudiese servir de tercera, por muchos respetos, y el principal, por ser de nobilísima sangre y ser cierto su fin, si llegase á noticia de sus parientes. Esperaba, por evitar este inconveniente, se ofreciese ocasión donde sola su lengua pudiese servir de intérprete del corazón, y entretanto, pasaba padeciendo con ánimo fuerte. Llegó, al fin, para su mal, en esta forma: Tenía el mancebo un carmen (llaman así en Granada á los jardines) cercano á otro de sus padres. Supo se hallaba en él, y considerando ella ser posible, por su vecindad, descubrirle por algún camino su pecho, rogó á su padre permitiese dejarla ir á gozar aquella recreación, en compañía de su madre, por más de un día. Concedióle fácilmente la licencia quien más que á sí la amaba. Habiendo, pues, ido, se ofrecía

casi todas las horas comodidad de ver al que solo tenia por su preciosa quietud, por quien, como al sol nieve, se sentia deshacer y consumir. Haciase tanto más acerbo su dolor, cuanto que, como segundo Tántalo, de contino le tenía delante, sin poder siquiera un momento gozar de su conversación. Sólo era concedido á la vista lo que al resto del individuo se denegaba. De aqui es poderse afirmar ser los ojos, entre los sentidos, los que más sirven al alma, por donde entran y salen muchos afectos. *Profecto in oculis animus inhabitat,* dice Plinio, y bien; pues vemos se descubre y conoce por los ojos cuanto el ánimo encierra: alegria, tristeza, cuidado, congoja, soberbia, humildad, amor, aborrecimiento, misericordia, ira, etc.

Decia entre sí muchas veces: "¿Por qué con un papel no le significo mi afición, pues de su mucha cortesía me puedo prometer no ingrata correspondencia? Mas ¡ay!, que no es acertado fiar de cosa tan ligera tan importante negocio. Mejor será hacerme diestramente encontradiza, y, trabando alguna plática, podria ser se aficionase de mi; podría ser que, lisonjeándole con la blandura del rostro y atrayéndole con la suavidad de los conceptos, fuese tan dichosa, que mereciese adquirir su gracia. Mas ¿quién se atreverá ¡oh preciosos respetos de honor! á poner en riesgo vuestro decoro, si sois verdaderos bienes del alma? Con todo, perdone la honestidad esta vez, pues ninguno más bien que el interesado puede ejecutar la más ardua empresa. ¿Quién mejor podrá humillar el espiritu más altivo, quién tendrá más fuerza para ablandar el más duro corazón, para mover el ánimo más constante, que el semblante pálido, los ojos llorosos, el interrumpido hablar, los continuos suspiros y la propia presencia del amante? Ninguno, por cierto. Según esto, ¿por qué no determino buscarle? ¿Por qué no parto á pedirle piedad, puesta á sus pies? ¿Qué me detengo? ¿Para qué tardo?,, Discurría en esta forma, combatida de esperanza y temor, muchas veces, una de quien vió estar solo á su querido sentado á la sombra de un árbol, que casi, con su extremidad, pretendia detener el corriente licor de Dauro. Comenzó, en viéndole, á decir:

"Júpiter de las almas, que vibrantes
Rayos tremendo, si rapaz, despides;
Tú, á quien consagran Césares y Alcides
Gloriosos triunfos cuando más triunfantes.

¡Qué mal tan grueso ejército de amantes
Gobiernas y conduces en tus lides!
¡Qué mal impulsos lícitos impides
De tantos en arder perseverantes!
¿Quién sino tú, monarca de albedríos,
Con ser tus gajes íntimas congojas,
Es tán obedecido en cuanto ordenas?
¿Quién sino tú de tantas luces ríos
Hace brotar? ¿Quién da por frutos hojas?
¿Quién sino tú por premios rinde penas?,,

Tras esto fué prosiguiendo:

"Adiós vergüenza, inútil impedimento de mi bien; que esta vez será forzoso quedar vencida. Quiero, poniéndomele delante, significar mis sentimientos, mis ansias, ya que no es posible sea de condición tan cruel, que deje morir á quien tanto le ama, á quien padece tanto por su respeto. No lo creo, ni es posible deje (aunque le hubiera engendrado el roble más duro y dado leche la tigre más feroz) de escucharme y tener piedad de mí. No permitirá que, consumiéndome, fenezcan mis días; antes que, amando, sea amada, y como tal, dichosa. Fortuna, pues aborreces los tímidos y ayudas á los osados, en tus manos me pongo: no me seas contraria. Venus amorosa, poderoso amor, infundid ambos en mi semblante todo vuestro vigor, y poned en mis acentos toda vuestra fuerza.,, Con esto, una y más veces bajó y tornó á subir la escalera, combatida de varios pensamientos, que diminuían ó acrecentaban su animosidad, vacilando entre temores y atrevimientos. Mas ¿qué no podrá una ciega pasión, un encendido afecto? Salió, pues, el suyo con vitoria, llevándola adonde estaba el mozo, tan divertido en cierta imaginación, que llegando de improviso la amante casi á tocar un hombro suyo, y habiéndose detenido, pendiente de su persona, no poco rato, ni la sintió ni echó de ver. Tímida la doncella mientras le consideraba tan pensativo, trataba ya de volverse, cuando él, alzando los ojos, vió á la que con tan gran vigilancia había sido centinela de su diversión. Maravillóle la novedad, de que nació preguntarle lo que buscaba tan sola por allí. Cerráronle amor y miedo con nudo tan fuerte los labios, y de tal modo la dejó despulsada la vergüenza, que se quedó sin sentido y del todo fuera de sí, como, á la verdad, lo estaba, hallándose viva en el amado y muerta

en si misma. No osaba responderle, cuanto más saludarle y exprimir á lo que venía; mas habiéndola preguntado de nuevo, y rogádola no ocultase la causa de su venida, constriñiéndola por cuanto amor tenía á lo más deseado ó poseído, tras un largo y profundo suspiro, con voz débil y temblante, le respondió: "Tan fuerte es el conjuro con que me veo apretada, que es imposible resistir ni negar alguna cosa al que le hace; y así, será forzoso abrir camino por medio de las dificultades de que se hallaba opresa y ceñida el alma. Si los movimientos del rostro, si el son lamentable de las palabras y las pasiones del ánimo adquieren algún crédito, podrás conocer, sin duda, la ocasión que me trae, y cuán grande sea el poder y fuerza de amor. Hállome, en esta conformidad, con tanto exceso aficionada de ti, que día y noche no ceso de bañar con lágrimas la tierra, ni de romper con suspiros el aire. No juzgues soy conducida de algún recién engendrado impulso. Es mi amor ancianísimo, ya que, si bien el declarártelo ahora es último en la ejecución, en la intención ha muchos días que es penosísimamente primero. Ni sabiendo de qué forma pudiese dar remedio á tan estrecha pasión, no fiándome de cometer el mensaje de mi voluntad amorosa á algún tercero, roto el freno de vergüenza, determiné descubrírtela yo misma. Ruégote, pues, que, movido á compasión de mi doloroso estado, tengas por bien que te ame, ya que sólo deseo en premio de mi afición que la agradezcas. Esta ha sido la ocasión de buscarte; y si tú, por desdicha, no lo creyeres, abre con esa daga este pecho; que si dentro encontrares el corazón (que lo ignoro), hallarás en él impreso tu nombre, en cuyo lugar estará mientras durare la vida. Rehusa el nombre de cruel, venza tu dureza mi amor, ya que, si no usares de piedad conmigo, moriré en tu presencia. Ni como á la troyana Casandra me será impedido el creerme tal anuncio, pues verás con brevedad llegar acompañado el efeto con las palabras. Si no te moviere algún otro respeto, muévate siquiera á conmiseración la ancianidad de mi padre, á quien tú solo darías ocasión de perderme. Por tanto, no sólo se seguiría de tu injusta esquivez la mía, sino también su muerte, por amor y dolor,,.

Apenas pudo decir semejantes palabras: tan impetuosa crecía la pena, tan abundantes las lágrimas con que se regaban sus mejillas, tanto las multiplicaban los sollozos, tan de tropel se formaban los suspiros, que con fatiga se podía tener en pie sin caer desmayada.

DON LUIS. Un risco, cuanto más un hombre, se habría movido á compasión con la terneza de tales concetos. ¡Oh mujer, dignísima de cualquier loor, cuán de veras amabas, cuán altamente engrandecías los triunfos de amor! ¡Oh nombre, merecedor de ser grabado en bronces inmortales, para ejemplo de venideros siglos! Mas pasad adelante; que no es razón interrumpiros.

DOCTOR. Hallábase la miserable cual suele bajel combatido largo tiempo de enemigas ondas y contrarios vientos, que, creyendo haber pasado el peligro de algún escollo, pensando entrar en el puerto, seguro y libre, siente crujir su armazón sobre otro mucho más grande, escondido en las aguas, por quien, careciendo su daño de todo remedio, le conviene quedar sumergido en alto mar. Porque habiendo tenido hasta entonces ocultas en sí las ardientes llamas y sufrido su grave incendio secretamente, esperaba ahora, con descubrirlas, hallar consolación, oyendo alguna respuesta alegre; mas sucedió lo contrario. El mancebo, ensoberbecido, ó, lo mas cierto, criado entre bárbaras fieras, más inmoble que un mármol, con más duro corazón que un diamante, viendo había puesto ya fin á su habla, le respondió en esta forma: "Tengo en los casos de amor por costumbre dar poco crédito á las mujeres. Rígense casi siempre por sus antojos, siendo en todas mucho más fáciles que las palabras los llantos y suspiros. Por eso será forzoso (aun cuando fuese verdad lo que decís) desengañaros con presteza. Yo amo, tanto cuanto habéis exagerado que amáis, á otro sujeto, de quien jamás podré dividir mi voluntad. Aplicad, pues, la vuestra (caso que por tentarme no hayáis hecho esto) á diferente parte, porque conmigo os saldrá vana cualquier fatiga,,,

DON LUIS. ¡Oh espeluncas tenebrosas, habitadas de cruelísimas fieras! ¡Oh infierno, prisión eterna de condenados! ¡Oh tierra, antigua y agradecida madre! ¿Por qué no os abristes entonces, para tragar y esconder con rigor inflexible, con ira implacable, á quien con tan inaudita aspereza se hizo merecedor de vuestras penas gravísimas? No es posible amase el inhumano á otra; porque el herido de amor siempre tiene lástima de los que participan de tan rabioso accidente.

DOCTOR. Antes era ardentísima su afición; mas mereció su riguroso término hallar el retorno de su crueldad, como luego entenderéis. Considerad cuál quedaría con esto la enamorada doncella. Partióse, en fin, pudiéndole dar sólo por respuesta:

"Con todo eso, yo te amaré siempre,,, Vuelta, pues, á su casa, se recostó sobre el lecho, y sintiendo faltar el natural vigor al corazón oprimido, efeto de su excesivo amor, escribió estos cuatro versos, que fueron después grabados en la piedra de la sepultura:

Muerte me dió sin razón
El que me pudo dar vida;
Mucho amor abrió la herida,
No hierro, en el corazón.

MAESTRO. ¡Oh infelicísimo caso, firmeza infausta y mal empleado amor! Mas ¿qué se siguió después?

DOCTOR. Fué con solene pompa enterrada, y llorada de muchos, de quien no pocos compusieron en su loor varias poesías. Habiendo el ingratísimo amado entendido el suceso, ya seguro de haber conducido á dichoso fin alguna grande empresa consintiendo muriese por su causa la valerosa Jacinta, dió cuenta de todo á la que sobremanera amaba, confiado en que por ello le cobraría doblada afición; mas sucedióle al contrario. Armada la querida, no sé cuál fuese la ocasión, de improviso desdén y aborrecimiento, jamás le quiso volver á hablar ni oir mensaje suyo. Hízole, pues, enfermar el dolor interno, causa de morir en pocos días, también por demasiado amor, viniendo sobre él la pena padecida por su respeto.

ISIDRO. Sin duda le amaba poco esa dama, puesto que tan mal le correspondió; pues se debía gloriar de tener tal amante, que sufría dejar morir á cualquier otra, por no manchar el candor de su fe.

DON LUIS. Antes procedió dignamente, por haber conocido la crueldad y vileza de su ánimo.

ISIDRO. ¿Pues qué? ¿Debió dejar su antigua afición por la nueva? Tampoco es bueno ser inconstante.

DON LUIS. No digo yo que se mudase; mas afirmo ser justo confortarla, y con moderación apartarla poco á poco de aquel pensamiento. Brutísimo es quien del todo destierra de sí los actos de cortesía. ¿Quién impedía, aunque arrastrado de otra inclinación, consolarla con palabras dulces y amorosas, como hizo el rey don Pedro de Aragón con Lisa, enferma de igual accidente?

DOCTOR. En fin, quedáis ciertos de que se puede morir

por mucho amor. Pudiera comprobar este intento con ejemplos sin número, sin el vulgar tan sabido de los amantes de Teruel. Singular es asimismo el de Eliano: de aquel mancebo de Atenas que amó tanto la estatua de la Fortuna, que, siéndole vedado poderla comprar, fué una noche hallado muerto junto á ella. Pues si tanto pudo la afición puesta en un mármol inanimado, ¿qué no podría quien espiraba de sus acciones infinitas almas? Basta que por su ausencia llegué al estremo del vivir; y, sin duda, feneciera del todo, si no me libraran de la muerte las cuerdas persuasiones del varón religioso. Mas tan viva se halla aún hoy en mi alma tan bien fundada afición, que antes de fenecer ó diminuirse en algún tiempo ni un punto, se verán desconcertados los movimientos regulares de aquellas ruedas y orbes que puso Dios por relox del mundo. Apenas convaleciente, visité la iglesia donde supe se hallaban depositados los bellísimos despojos. Besé mil veces el mármol, y dejándole anegado casi todo con mis lágrimas, di á las amadas reliquias el último vale con una canción hecha en la cama los ratos que el íntimo sentimiento me dejaba volver algo en mí.

DON LUIS. ¡Qué tierna, qué triste, qué lamentable sería! ¿Tenéisla acaso en la memoria?

DOCTOR. Pienso que sí; mas ruégoos no deis lugar á que entristezcan y aflijan al alma renovados dolores. Siéntome no poco atormentado con lo referido, y quisiera, quebrando el hilo deste suceso, hacer pasaje á otros de menos pena.

MAESTRO. Razón es huir de tan infeliz remembranza; mas sea lícito, con deteneros un poco, que no perdamos la parte de tristeza que en nuestros pechos puede solicitar vuestra canción, ya que es justo tengáis en ella compañeros, como los tenéis en la alegría.

DOCTOR. Mucho sabe obligar el artificio de vuestras razones: aunque quiera, no podré resistir lo que ordenan. Su tenor es éste:

Hermoso paraíso
En breve losa oculto;
Luces (¡ay, triste!), soles ya eclipsados,
Sutil, celeste aviso,
Rector de humano bulto,
Joyas corpóreas, robos de los hados,
¡Qué sombras, qué cuidados

Me dais, cuando serenas
Ponéis al cielo escalas!
No con lluviosas alas
El Euro, como en mar montes de penas,
Los tristes ojos míos,
Altas cumbres desata en anchos ríos.
Pisas con leves plantas
¡Oh Lisi, oh nueva aurora!
Las estrellas errantes y las fijas;
Mas ¡ay! que te levantas
Postrando á quien te adora,
Mártir de su dolor y horas prolijas,
De Timbreo las hijas,
Las que con liras de oro
En tronos de diamantes
Ostentan resonantes,
Si bien gozo inmortal del alto coro,
Con son fúnebre y blando
Tu partida feliz cantan llorando.
Quedar ¡oh muerte dura!
Inmortal pretendiste
Con apagar del mundo luz tan bella;
Mas tu guadaña escura
Sin vitoria la embiste;
Que su esplendor los lutos atropella.
Formo, si bien, querella
De que tronques tal planta;
Mas bienes son los males,
Pues siglos inmortales
Tan rara discreción, belleza tanta,
Sin que edad las consuma,
Vivirán en los nervios de mi pluma.
La tortolilla siente
La falta del esposo,
Por quien se aflige y se lamenta en vano;
Y si Bóreas valiente
Con brazo proceloso

Sacude el monte y estremece el llano,
Suspira el aldeano,
Mirando cuán mal cobra
Lo fiado á la tierra,
Y en marítima guerra
Gime el tratante si el bajel zozobra,
Grave con plata y oro:
Yo, Lisis, en tu fin mis daños lloro.
  Mas ponga ley al llanto
La razón; cese el duelo;
Que si la miran bien prudentes ojos,
No es poderoso tanto
Quien sólo infunde yelo
En frágil peso y débiles despojos.
Sus bríos salen flojos,
Si acaso los aplica
Contra la fuerza honrosa
De discreta y hermosa,
Pobre de olvido, de memoria rica;
Pues cuando más cubierta,
Abre á su eternidad la muerte puerta.
  Genil, que, condolido
Del lamentable caso,
De aljófares sembraste tus mejillas,
El retrete escondido
Olvida, y mueve el paso
Hiriendo tu cristal por sus orillas.
Náyades en cuadrillas,
Sirvan de precursoras,
Con quien alegre entones
Regaladas canciones;
Que así mucho mejor quien deja honoras
Por el cielo la tierra,
Adonde es gloria amar, no llanto ó guerra.
  Sobre el veril, en tanto,
De prenda tan preciosa,
Porque de corrupción se mire ajeno,

Vierte lirio, amaranto,
Bálsamo, incienso y rosa,
Si don tan pobre para tanto es bueno.
Con semblante sereno,
Con voz de gozo llena,
De alabanzas votiva,
Postrer vale reciba,
Pues de cárcel tan dura y tanta pena
Ya libre, goza el alma
Corona eterna, incorruptible palma.

DON LUIS. ¡Qué afectos tan regalados, qué dulces modos de quejarse, y qué puestos tan valientes de alabanza! Mucho he leído deste género; mas nada tan tierno, tan suave, ni con tan gran énfasi y vigor para enternecer corazones y hacer que se asomen á los ojos turbiones de lágrimas. Bien merecían los realces del asumpto tan bien pensados concetos, tan bien colocados resplandores de tan culto escritor y amante.

DOCTOR. La ciudad que por mil causas juzgaba un terrestre paraiso me pareció sin la difunta adorada un centro de todas miserias y desdichas. En vez de alegrarme, eran para mí sus recreaciones ocasión de mayores tristezas. Las aguas de los dos provechosos ríos Dauro y Genil asimilaban á las negras ondas de Cocito. En fin, todo se mostraba á la vista desabrido; todo penoso. Determiné, pues, divertirme con apartarme del sitio tan feliz un tiempo para mi, y otro tan desdichado, y así, propuse de ver á Sevilla. Pasé por Córdoba, madre antigua de floridísimos ingenios y de nobleza no menos acrisolada, cuyos pies besa humilde el soberbio Guadalquivir. Noté las crías generosas de sus riberas y praderías, cuya hermosa proporción y única velocidad esparció voz de que sólo reconocían por padre al Zéfiro. De allí pasé á la mayor hazaña de Hispalis, á la que dignamente puede emular las mayores ciudades de Europa, nada superiores en suntuosidad y riqueza. Paréceme no reconoce violados allí la libertad humana sus privilegios. Sirve, como los grandes pueblos, de madre común á todos cuantos la buscan, codiciosísimos de los dos preciosos metales, de quien la misma es centro y escala. Es fertilísimo su contorno, y con todo cuidado socorrida la ciudad de bastimentos, que raras veces faltan, aunque sea el proveedor el más crecido interés. Sus hijos

son despejados, y no tan revoltosos como es fama. Puede vivir en ella un forastero con quietud, si su condición aborrece rencillas. La gente menuda es algo atraidorada, valiéndose por instantes del que llaman *antubión,* con jiferos. Es gusto verlos reventar de valientes, hechos figuras, de hombros, de gestos, de bocas torcidas, pendiente el cuello del herreruelo de la mitad de la espalda. Denota bravosidad quitar letras á las palabras, como: *Erez, jarro*, por *jarro* y *jrez,* sin otras muchas. Frecuéntase entre los plebeyos el regodeo de la taza, sin quien no hay festividad ni alegría. Entre ellos es éste el mejor aderezo de reñir; ya que pocas veces usan sacar ayunos las espadas. Admira la facilidad con que se embarcan, sin más recámara y provisión que una camisa, para tan largo viaje como es el de Indias. Apenas se despiden de sus casas; pues con decir: "Ahí me llego,,, parten á *Tierrafirme*. Enriquece la plebe poco, sea por sus gastos excesivos, ó por hallarse ya diminuídos mucho los intereses indianos. Rindieron aquellas provincias, en sus principios, fertilísimos frutos; hállanse ahora como mujer á quien los partos de muchos hijos han vuelto estéril y quebrantada. Son casi todos de abundosas lenguas, y como de sutiles imaginativas, prontos en decir. No perdió el lenguaje español algo de su fineza, aunque en parte desviada del lugar que viene á ser centro y corte de toda la provincia. Hombres tuvo estudiosos en él, y que en su tiempo añadieron particulares riquezas al idioma, que, poco á poco, descubrió después mayores tesoros. Débeseles, con todo, mucho, por haber sido los que abrieron camino á las primeras elegancias. Consideré despacio sus edificios, de menos perspectiva que provecho, por tener en lo interior su mas cómodo alojamiento; al contrario de Castilla, que pone casi todo su caudal en la apariencia. Abunda de tratantes ricos, cuerdos no poco en los gastos, teniendo por locura el desperdicio de lo que se gana con riesgo. Desamparan raras veces la ciudad, ni se entremeten en más tráfagos que sus cargazones, haciéndolos advertidos varios escarmientos. Parece quedan ahogadas en su circunferencia cuantas riquezas ministran occidentales y antárticos, sin que en tantos años de comercio se hayan visto apenas dos Corzos. El estío sevillano es insufrible: mucha sed, poca nieve, y largo sudor á corto ejercicio. El pan (aunque tal vez á subido precio) sobra de contino en las plazas, vario en bondad; pero razonable el menos bueno. La carne no iguala la de Castilla, principalmente el carnero; y así, se matan puercos

lo más del año. Témense mucho las inundaciones del río, por quien se ha visto el lugar en punto de perderse. Fomenta su destruición el reflujo, impidiendo los improvisos torrentes, y como de madre poco profunda, se estiende furiosamente por las convecinas campañas, amenazando ruina á los más fuertes muros y reparos. Las mujeres se pueden preciar, con razón, de aseadas y limpias, de airosas y desenvueltas, tanto como cuantas produce España. En general, son trigueñas, de gentil disposición, de conversación agradable, atractivas hasta con la suavidad de la voz, por ser su pronunciación de metal dulcísimo. Deseoso de ver á Sanlúcar, quise, para ir allá, entrar aposta en el barco que llaman *de la vez,* por entender era no poco entretenido aquel pasaje. Partimos al anochecer, cuando se encoge el reflujo, retirando sus ondas á más estrechos límites. Navégase con gran comodidad, hasta que de nuevo impetuosas las aguas, impiden la prosecución del viaje. Es forzoso hacer noche en el río; inconveniente no pequeño, por lo mal que se pasa entre tanta gente y en cama tan dura. Deleita ver, al salir del sol, rebullirse los dormidos en diferentes posturas. Como de tan varias partes, son todos de varios humores, y casi todos correos de estrañas nuevas, con que en particular se entretienen las horas del estorbo con menos pena. Las matracas que se dan los que van y vienen son donosísimas, sin que por ningún caso falte correa para sufrirlas; siendo tenidos por muy bozales los que se corren por tales cosas. Son grandemente esparcidos y liberales los andaluces; que parece heredan sus ánimos, cuanto á generosidad, lo fecundo y magnífico de su patria. Aman á los forasteros; y si alguno llega en ocasión de comida, como si el conocimiento fuera de muchos años, le convidan y agasajan con largo corazón. No así en los moradores de ambas Castillas, por la mayor parte, gente encogida, huraña y silvestre. Alborotaron el barco por cierta dama indiferente dos valentones de mentira, uno de quien, por evitar la que entre ellos llaman *mohada,* dió consigo en el Betis, donde alegrara los peces con sus miembros, si con diligencia no fuera socorrido, por saber nadar como un plomo. Salió, según se suele decir, como gallina mojada, despidiendo de los vestidos humor copioso. Ufano el contendor por el suceso, no permitía ser aplacado, hasta que haciendo propia la causa ajena, determinó la comunidad se usase con su pertinacia el rigor que la fortuna había usado con su enemigo. Púsose, queriendo ya ejecutar la sentencia, como un cordero,

y dió sin contradición la mano de amigo al competidor tembloso. No rehusaran los habitadores de las ventas que se encuentran en el camino quitar de nuevo el pellejo, si por allí pasara, al bendito Bartolomé: tan acostumbrados viven á desollar hombres.

Es Sanlúcar agradable lugar, ceñido de varias recreaciones de mar y tierra. Ve entrar en él desde un mirador su dueño, todos los años, el provecho de cien mil escudos, por quien, y por las otras rentas de sus villas, es tenido por el señor más rico de España. Puédenle ceder en grandeza algunos potentados de Europa: tal es la ostentación de criados; tal el lucido aparato de su casa. Este puerto, como escala de América, tiene vecinos facultosos, por ser el primero que pisan los indianos y el á quien primero ofrecen el metal que los trae y lleva tantas leguas, á riesgo de tan grandes peligros. Juzgo al mar como á un león de semblante ferocísimo que vi en Florencia, llamado *Perino,* en cuya tremenda boca metían por instantes las manos muchos niños, sin algún miedo. Regalábase como un cachorro el generoso animal, contento con que fiase de sus dientes aquella simplicidad tan importantes instrumentos. Así pienso se apiada las más veces el mar de las calamidades de los hombres, y les consiente que, como criaturas, huellen con seguridad sus espaldas. Atónita la prudencia humana, apenas puede dar crédito á la facilidad con que arrojan las vidas á la discreción de tan horrible piélago, á la cortesía de tan espantable monstruo, cuyo natural profesa de contino tantas mudanzas.

Pasé de allí al Puerto de Santa María, que lo es casi todo el año de las galeras españolas. Es su poseedor el de Medinaceli, aunque visitado dél rarísimas veces. Lugar no grande; mas limpio, de calles anchas, y algunas, tiradas casi á nivel. Trabé amistad allí con don Luis Carrillo, que hoy goza el cielo, caballero del Orden de Santiago y cuatralbo de aquellas galeras. Jamás pierdo de la memoria sus vivas virtudes, su real ánimo, por quien era amado de todos ternísimamente. Gran socorredor de necesidades, y no menos pronto valedor de afligidos. Compelía con su término á que se le humillasen los más altivos, honrando todos á porfía sus partes heroicas. Calidades tan raras y perfetas, que hoy se veen en tan pocos, y que en él abundaban con tanto estremo, pueden dignamente servir de ejemplar para quien pretendiere ser un Marte con la espada; ser un Apolo con la pluma. No me obliga la afición á detenerme en sus ala-

banzas, por saber con certeza fué su valor tenido por único en opinión de todos. Así, no me dividirá de su amor, mientras viviere, accidente humano; antes, si tanto se concediere á mis escritos, en ellos ensalzaré incesablemente sus singulares dotes, para que en todo tiempo los estime y venere la posteridad, y se celebren de siglo en siglo.

MAESTRO. ¡Oh, cuánto se debe estimar vuestra amistad! ¡Qué tierna, qué constante, qué agradecida muestra ser! Por cierto, á llanto copioso provoca la temprana muerte de ese ilustre mancebo. Cuantos le conversaron, no cesan de loar la gentileza y cortesía de que estaba dotado. Celebran haber sido grande amador de virtuosos, y no menos perseguidor de insolentes. Apenas acaban las lenguas de encarecer sus excelsos méritos. Penetró con su ausencia el alma de su amorosa madre, matrona virtuosísima, y, en fin, tronco de rama tan generosa, en quien aún hoy vive en su punto el sentimiento de haberle perdido. Manifiestan bien sus obras los rayos de su ingenio esclarecido y la profundidad de su entendimiento; mas como póstumas, parece se quejan tiernamente, por no haber recebido la postrer mano de su dueño.

Allí me detuve un mes, y tratando de volver á la Corte, fué llamado á ella, de sus padres, el mismo don Luis. Estimé tan buena ocasión de hacerle compañía, gozando juntos de alegrísimo viaje. Hallábase, ya mucho había, sano mi herido; de modo, que entré en Madrid sin recelo de inquietud. Volví á la primera vida, á la pasada penosa ociosidad. Tomé la pluma y, por mi recreo, escribí algunos borrones, á quien doctos honraron, por su mucha cortesía. No fueran felices si les faltaran detractores; mas son los suyos maldicientes de escuridad, por no ser donde asisten conocidos ni vistos. Bien sé hablarían menos si se presentasen en la estacada. Animo tengo de inmortalizar algunos destos inhábiles; destos ignorantes, á quien la envidia adelgaza los dientes; destos que por mostrar ser algo, siendo nada, osan morder escritos para cuya imitación les falta talento, creciendo tal vez su rabiosa censura reputación á las cosas que los propios autores desestiman. Publiquen los brutos partos de su capacidad, y después hablen. Mas, en tanto, echen de ver que no me escondo tratando dellos, sino que hablo de modo, que de cualquiera puedo ser entendido.

No se apartaba de mi imaginación el continuo cuidado de ausentarme, por buscar en patrias estranjeras alas que, como

otras veces, me sirviesen generosamente de sombra y escudo.

MAESTRO. ¿Que faltase en España algún príncipe que os diese la mano, en virtud de vuestros estudios y experiencias? Antigua queja es ésta en los más ingeniosos, opresos de contino de excesiva penuria.

DOCTOR. Es cosa insufrible profesar, teniendo cortas partes, exquisita libertad de ánimo; requisito que por ningún caso adquiere afición. Poseo las dos circunstancias que casi siempre suelen andar unidas: soberbio y pobre. De mi boca no ha de salir adulación. Sumisiones, hágalas el mismo demonio. Desengaño fácilmente; soy enemigo de chismes y de conversar con los de quien me divide natural contrapatía.

MAESTRO. ¡Seguís arte maravillosa para ser privado, para haceros rico! Súfrense de mala gana verdades. Ninguno es amigo de oir pesadumbres, sino de que le paladeen el gusto con lisonjas. Casi os podría llamar temerario, en querer descubrir más luz de la que conviene á ojos flacos y cortos de vista. Esta vida es toda engaños, y los hombres en el mundo, eslabones, de quien se compone la cadena de comunicación. Conviene enlazarse unos con otros, siendo el respeto y decoro la trabazón más fuerte que puede intervenir.

DOCTOR. Confieso tenéis razón; mas nací con esta entereza, y no la perderé mientras no fuere á la sepultura. Debéis saber, para mayor admiración, que de siete libros que he publicado, dirigí los tres á quien, estando en la Corte, no vi los rostros.

MAESTRO. ¿Es posible use de término tan seco quien le tiene tan cortés para todo? Ocasiones son ésas que se suelen buscar para pretender aumento. ¿Qué causa pudo impedir la común diligencia de dar al señor en mano propia el libro que se le dedica, si se sabe la obligación que le corre de agradecer y premiar tan gran servicio? Desvanece en un momento cualquier aplauso mundano. Permanecen menos dádivas y adoraciones. Solamente cuando falta todo se halla viva y en pie la eternidad de las partes celebradas. Inmortalízase el nombre ajeno, y queda á un mismo tiempo asentado en la opinión de las gentes haber sido el tal príncipe amador de virtud y liberal Mecenas de sabios.

DOCTOR. Tampoco debía yo perder la confianza de recebir grandes mercedes, puesto que el uno consagré al mayor duque y privado que vieron monarquías. Cortesísimo, y sobrema-

nera apacible. Bienhechor de hombres sin número, y en particular de los que llegan á honrarse con título de sus criados. Hizome desconfiar parecerme la que le ofrecí corta muestra de un gran deseo; como si tal vez las cosas pequeñas no arrebatasen los ojos de los mayores. Mas ¿quién no temiera obligar con una gota de agua á tan estendido piélago como es el mar? Fuera de que sus muchas ocupaciones en el gobierno de tantos reinos prometen apenas lugar para ver el principio. Esta consideración engendró la cobardía con que evité ponerme delante, deseando resultara la primera introdución de mayores servicios. Califiqué la segunda obra con el nombre esclarecido de un señor de antigua nobleza y autoridad en el reino de Galicia. Presidió un tiempo en el supremo tribunal de las dos Indias, gobernando en verde edad con madura prudencia. Trasladáronle desde allí sus méritos al virreynado de Nápoles, cuyos confines gozaron por su valor seis años de entera felicidad.

Don Luis. Justo fuera no excluir en esa ocasión el conocimiento, siendo facilísimo á ministro tan grande dar la mano á quien pusiera á sus pies cualquier ofrenda.

Doctor. Intentélo; mas impidióme la entrada un eclesiástico, á quien entregué la obra dirigida. Dificultóme tanto la audiencia, por las muchas ocupaciones, que resolvió mi cólera no esperarla. Valíme también de un médico, que dió muerte, en vez de salud, á mi esperanza. Hallé tan sitiado al Conde de ingeniosos, que le juzgué inaccesible; como si no tuviese por costumbre el sol dar luz á muchos. Desahuciado, pues, deste homicida familiar (cuya intención, sin duda, no fué buena, por haber considerado estrecha provincia la que es tan dilatada, para entrar á parte de las mercedes del señor que la había de gobernar), di vuelta desde Barcelona á Madrid, sin hablar ni ver el rostro del que había sido principal motivo de aquel viaje.

Don Luis. ¿Desde Barcelona os volvistes sin hablar al virrey? Apenas puede ser creído. Cosas que tanto importan al propio aumento no se deben fiar de instrumento poco seguro. Conviene tener duración, y no perderse de ánimo, hablando en persona al de quien se espera recebir beneficio. Mucho importa la presencia para solicitar afición, puesto que no han lugar simpatías entre ausentes. En palacio, el de más caridad atiende sólo á su negocio. Corresponden al ruego con buen semblante, con respuesta cortés; mas hállase lejos la intención de respuesta y semblante. Tal vez sirven iguales intercesores de ré-

moras para detener la nave de ajena pretensión, y tal, de aplicar al doméstico lo que por su medio desea conseguir el extraño. De suerte, que por ningún modo se debe fiar de su albedrío (caso que no sea grande la confianza) negocio de que con evidencia ha de resultar crecimiento de interés y honor.

DOCTOR. En suma, no nací para estar siempre en los estribos de semejantes dobleces y advertencias. Gócense allá enhorabuena los ambiciosos los mayores puestos; que yo con ninguno viviré contentísimo. Fuíme deteniendo, pues, en la Corte algunos años, parte contrastando á la ociosidad con la pluma, parte apoderándose sin contraste el ocio de sentidos y potencias. Notaba, cuando me vía en tal estado, los desvaríos de las acciones humanas, y algunas me causaban risa; algunas, pudrimiento. Holgábame de ver entrar en Madrid copia de noveles bien andantes, que en sus retraimientos afligieron sus carnes y las de su familia con miseria, con desventura, sólo por venir á ser breves relámpagos, dando en la Corte improvisa pavonada. Llegan con estilo de almendro: flores tempranas y en cantidad; mas al primer cierzo paran en helarse y encogerse. El coche de cuatro caballos, la vistosa librea para muchos criados, el costoso alquiler de la casa, de sus colgaduras y ornato; y á tres meses, sombra todo, todo humo. Da gusto ver la lozanía y fanfarria con que entran y la sumisión y marchitez con que salen, á veces á escuras y por la posta. No es menor el olvido de tan cierta calamidad que el de la muerte: causa de no valerse jamás de escarmientos y de que el discurso no enfrene antes de tiempo la engañosa esperanza del poder. ¿Cuánto mejor fuera, haciendo de la necesidad mérito y honra, ó templarse, procediendo en todo con moderación, ó, por lo menos, irse antes que la penuria los echase? Molestábame, por el consiguiente, el estremo contrapuesto al referido. Vía entrar en Madrid á no pocos, ricos mucho; mas con observancia de recoletos cuanto á parsimonia y tenacidad. Conviene hacer en este lugar un breve elogio en beneficio destos árbitros de provechos, destos inventores de sutilezas. ¿Tratas ¡oh mísero! de juntar y ahorrar bienes toda la vida, deseas escalar los cielos con montes de oro y plata, y apeteces, por otra parte, aplauso de grandeza, tronido de generosidad? Desvanécense las crecidas esperanzas que se supusieron en ti, al paso que te presentas en el teatro de la Corte, servido de lerdos, regido de avaros, para campear con miserias, para ostentar con desventuras. Eso es bueno en la villa, donde es prudencia reparar

hasta en la herradura, hasta en el clavo. No así en parte donde miran y notan muchos ojos; muchos, y todos curiosos; todos discursivos, todos ponderadores, hasta de tus pensamientos. ¿Quieres tener imperio sobre albedríos y voluntades? Haz dignas obras, sé espléndido, sé magnánimo, sé instrumento de tu felicidad, de tu buena opinión. Pocos realces comunica al sujeto la calidad heredada: junta caudal de propios méritos; haz granjería de virtudes; disponte para ilustres operaciones. Y, por lo menos, si procedieres de otra suerte, reconoce que menoscaba tu nativo ser, que escurece tu antiguo blasón tu propio descuido, tu misma poquedad; no la sangre; no la fortuna. Escusaráste con que ignoras la prática y estilo en lo familiar y común de tu casa; que allá corre eso por cuenta de los criados, no siendo lícito al señor internarse en menudencias. No sé si esta escusa adquiere bastante crédito. Ojos y oídos tienes: oye y mira. Todo lo debe alcanzar y comprehender un buen padre de familias. Pondera y resuelve por ti, y sea en tus acciones el valido accesorio, no principal; medio, no causa. Hay ciertos hombres que, promovidos á la cumbre del favor de la escoria de la tierra, jamás olvidan los procederes rateros, jamás los paños humildes en que se criaron, dando motivo á que caigan sus dueños en infinitas faltas. A tales debrían desviar de sí los príncipes, reconociéndolos por peste de su honra, por nube de su resplandor. El despejado y esparcido es lustre de la casa, gozo de la familia y ornamento del señor. Al contrario, ocasiona notables atrevimientos á su reputación y grandes descréditos á su persona el estrecho, el ahorrador, el mezquino, siendo causa de que le desamparen todos. Cierto maese de campo, miserable en sumo grado, obligaba á que huyesen dél capitanes y alféreces. Quejóse un día deste retiramiento al capitán Tejeda, también después maese de campo, y respondióle: «Si vuesa merced quiere ser así (y cerraba el puño), andése así (y alzaba un dedo)»; denotando era justo se quedase solo quien profesaba ser tan apretado.

Sobre todo, me consumía con ver volvían algunos sumamente pacíficos á Madrid, á tres meses de ausencia, hechos un Marte hasta en la forma de vestir. Y si preguntaba de dónde había procedido igual transformación, se me respondía que de haber estado en Caramanchel quince días con antojo de soldado, causa de no poderse perder el derecho de vestido de color, de pluma tremolante en sombrero valón, y de valona flamenca con

grandes puntas y mucho azul. Lo mejor era verlos llegar á las juntas de capitanes, con la misma satisfación que si fueran de los viejos de Ambers ó Mastric, y no de los rodrigones, lameplatos de la Corte. Cuando pensé quedar ahogado, no sé si diga de placer, si de enojo, fué en la convocación de la Mahamora. Desgalgábanse á buscar los moricos de aliende mariones que en su vida desenvainaron espadas, si no fueron de naipes, partiendo por la posta, y del modo que suelen á Getafe ó Alcalá en ocasión de toros. En llegando, como se dice, á la lengua del agua, comenzaban á sentir los desabrimientos de la embarcación, siendo al instante ocupados de inaudita tristeza, por haberse metido en lo que no les tocaba ni entendían. Pareciales de perlas el marearse y el despedir las entrañas por la boca, sin admitir el refrigerio de cualquier regalo. Es casi de contino borrascosa la distancia con que se divide la provincia española del reino africano, y mostrólo bien en esta ocasión, pues costó las vidas á algunos de los que la quisieron atravesar.

DON LUIS. Perdióse allí la de un capitán, llamado Contreras, de los que en Flandes habían servido con entera satisfación. En diferentes rencuentros y asaltos opuso animosamente el pecho á infinidad de balas y picas. Postrado dellas mil veces, volvió, como nuevo Anteo, á cobrar vigor y gallardía, faltándole esta vez esfuerzo para resistir á las ondas, pues las eligió por sepultura.

MAESTRO. Otros cayeron con él, si bien me acuerdo haber oído que, por saber nadar, se salvaron; mas si sabéis la relación de tan prodigioso suceso, referilde; que es fuerza sea para todos de no menor gusto que admiración.

DON LUIS. Pasó puntualmente en esta forma. Embarcado el Duque de Maqueda en el galeón *San Luis,* vino una galeota de mar en fuera y tomó un barcón mastelero con mil y quinientos quintales de bizcocho. Sintióse como era razón semejante presa, hecha á los ojos de los nuestros. Así, partieron en su seguimiento algunos caballeros capitanes y soldados, en una carabela que llevaban de conserva. Mientras le iban dando caza con las armas en la mano, sobrevino un huracán á las once de la noche, con que afondó la carabela, y se ahogaron treinta y cuatro personas principales. Fuéronse poco á poco recogiendo en la barquilla nueve ó diez, entre quien se hallaba cierto don Lorenzo Laso, que, desesperado de poderse salvar (á su parecer), se arrojó voluntariamente al mar. Descubrieron los demás, como

á media noche, el bajel que los turcos le habían quitado, á quien pidieron los metiesen dentro, si eran christianos, y si moros, los admitiesen por esclavos. Moviéronse á semejante oferta, por verse desnudos y sin esperanza de vivir. Fué la respuesta tirarles muchas piedras y palos. Tras esto, quiso Dios les fuese calmando el viento, causa de persuadirse á volverle á embestir, no obstante se hallasen con sola una espada y la mitad de otra. Púsose en ejecución, y habiendo asido un cabo, para no poderse desamarrar, comenzaron el asalto los diez con ánimo inaudito y gallarda resolución. Hallaron no menos obstinada defensa en cinco valientes turcos, que, si bien armados de escopetas, les pareció superfluo usarlas contra gente tan inútil; y así, sólo con hachas y alfanjes defendían la subida á los nuestros. Hirieron malamente á cinco ó seis. Duró grande rato la contienda; mas los christianos, puesta la consideración en lo que importaba á sus vidas no desampararla, haciendo el último esfuerzo, con ser muy alto de bordo, subieron de tropel, y cerrando con los enemigos, los retiraron á la cámara de popa, siéndoles forzoso allí rendirse y quedar cautivos. Habiendo, pues, dado gracias á Dios por suceso tan milagroso, mientras iban siguiendo su viaje hacia la Mahamora, encontraron sobre una cureña de una pieza de artillería á don Lorenzo. Metiéronle dentro, envarado y casi difunto de frío, por haber nadado muy gran parte de la noche. Fué de grandísima importancia el bizcocho y municiones que allí se tomaron, para el reparo de aquella fuerza. Mas razón es prosiga el Doctor el hilo de lo comenzado, ya que tanto deleita su variedad.

DOCTOR. Admirábame no poco la caterva de críticos al uso. Milagro hace en este siglo la naturaleza, pues habilita inhábiles sin algún estudio. Siendo para muchos caldea la lengua latina, pretenden en la misma pasar por Tulios. Pretenden poner objeciones á Virgilio y Homero, sin más fundamento y razón que quererlo. Pues ¿qué máculas no padece el candor de la Jurisprudencia? "Para ser juez (dijo un recién ocupado) bástame tener de memoria los títulos del Derecho; que yo, sin tener estudios ni grado, me avendré con ellos,,, Y aun ¡ojalá los tuviera! Quizá dejara de ser ignorante por alguno de cuatro costados. ¿De qué sirven las universidades, de qué los gastos de haciendas, si se pone en públicos oficios á quien jamás abrió libro, á quien tiene manchada su vida y opinión con acciones feas? ¿Es posible que ha de estar en mano de un corregidor

eligir la escoria del mundo? ¿Es posible que ha de ser ley la voluntad de un mozo inexperto, para dejar de emendar los yerros procedidos de sus antojos, de sus intereses?

Tómase tal vez la ignorancia por cierta privación de ciencia, á que cualquiera de los que nacen está sujeto. Así, puede ser llamada esta falta simple defeto natural. Tal vez se toma por la que viene á ser su contraria, llamada comúnmente ignorancia de disposición depravada. El lisiado désta posee un hábito de principios falsos y falsas opiniones, que le impiden discernir la verdad, insistiendo en aquello obstinadamente. Ejemplo de la primera podría ser un labrador, poco apto á saber por naturaleza, respeto de su continuada rusticidad. De la segunda especie son reservados los que tienen en sí alguna aptitud para saber; mas hállanse intrincados en falsos principios y fundamentos, sobre que habiendo hecho hábito constante y firme, no pueden fácilmente reducirse al conocimiento de la verdad, respeto de estar mal complesionados y dispuestos cuanto á entendimiento y juicio. Ponen los doctos grandísima diferencia entre estos términos de ciencia y error. La primera importa tanto como simple negación de ciencia, siendo costumbre, según esto, decirse: "No sabe fulano abrir la boca para hablar una palabra,,. Yerro es aprobación de cosas falsas por verdaderas; un ignorar con nueva circunstancia. Pues de ambos colores se viste quien empuña vara sin haber atendido á la Jurisprudencia. Es forzoso sea nesciente de lo que nunca trató, y por ocultar esta falta, le será también forzoso defender sus yerros. Apostarálas con Bártulo, á trueque de no ser tenido por idiota. De aquí es ser loable la sentencia de Fabio Píctor en Quintiliano: "¡Dichosas las artes, si sus artífices solos juzgasen dellas!,, Esta prevaricación es de las cosas que más confusos dejan á los discretos. Apenas imaginan ser posible se atreva la desvergüenza de un ignorante á usurpar honras y premios debidos á estudiosos y sabios.

Ofendían, por el consiguiente, mis ojos ciertos mozuelos inútiles, hechos gusanillos de seda, con cintillos de oro, con modernas bandas, con guantes almizcleños, con cuellos de anchos deciocho ó veinte, todos de pies á cabeza atildadicos y galancetes. Tienen creído consiste la nobleza del más antiguo solar en la afectación de su traje, en el lucimiento de sus vestidos; como si estos exteriores no fuesen también propios de sastres, de zapateros, de albañíes. Hablan á lo caballero, con soplos, gestos, papitos y pausas, imitando de los señores los más exquisi-

tos modos de decir y hacer. Es bendición ver tan medrados y con tanta pluma á los que sólo tienen por mayorazgo menearla, por ser pendolarios los más de tan rozagante escuadrón. Casi habían de ser permitidos sus robos y extorsiones, ya que tan bien los saben aprovechar. No se podrán llamar á engaño sus cuerpos cuando se conviertan en polvo, pues gozan sin cesar en la tierra tan grande cantidad de galas, tanta copia de regalos. Corrompíame del todo la sangre ver las calcillas, por otro nombre atacadas, de que se adornan. No las desampara tal marica déstas ni un instante, juzgando por perdida la posesión caballeresca si las dejase descansar un día. Lo que llevaba con mayor molestia era el destierro de las calles más públicas, por no encontrar tanto indigno á caballo, tanto pícaro en coche. Huía de la que llaman Mayor cuidadosamente, por evitar los azares de tanta buscona. Los montes en que saltean son las tiendas, donde, á no tener sorda voluntad, dejaran en cueros al más vestido. Vilísima gente son las rameras, carne propiamente de mulas, prontas por cualquier interés á cualquier jornada. Causan abominación vistas antes del cuidado puesto en atavíos y afeites. ¡Qué asquerosas, qué hediondas! El gobierno de su casa es puntualmente como el de su vida. Si comen á su costa, ocho del que se gasta en esquinas es para su alimento grande banquete; si á costa ajena, aire, tierra y mar no producen con qué poner límite á los antojos de su gula. Ríense de amor y firmeza, y con modos halagüeños, con engañosas caricias, con aparencias falsas, se hacen piélagos de sus amantes, que apenas de sus borrascas pueden escapar en camisa. En fin, como corrupción de la república me apestaban el gusto estas inmundas arpías, estas infames tusonas. Los que consumían mi alma eran viejos enamorados, con presunción de que penaban por ellos las mozas más gallardas y bellas. Por otra parte, quedaba difunto de alegría considerando los modos con que galantean las damas estos tasajos ranciosos. Desean ser amados por lindos, para cuyo fin compiten en galas con los más gentiles y bizarros mancebos, sin olvidar el frecuente uso de la tintilla y barbica corta. ¡Oh asolados edificios, con cuánto cuidado excluís de la memoria la breve corteza de vuestra mortalidad! Ya sois en vida tierra inútil: conoced vuestra miseria, temed vuestro cercano fin, con que desecharéis liviandades y jalbegues.

Finalmente, estas y otras cosas casi deste metal me dejaban hecho un venino. Recelando, pues, no me consumiese tanta

ponzoña, determiné salir de España, donde son poco estimados los documentos políticos. Es admirable la razón de estado italiana, pues conserva á sus naturales, á manera de nortes, en puestos firmes. Armas y letras dan conocidos grados de nobleza; los demás ejercicios perdonen. Admira la sumisión de un mercader delante de un caballero y la crianza de un artista en presencia de un mercader. Así, por vivir en parte donde es tan acertado el gobierno, pongo, como veis, mi intención por obra, pareciéndome imposible hallarme libre y lejos ya de tan odioso centro.

ISIDRO. Gracias á Dios que sin hacer estorbo al hilo de tan varios discursos, podrá quien ha profesado en todos atención y silencio pedir satisfación de lo que pretende debérsele por cortés promesa. Si os acordáis, consistió en algunos avisos y advertencias, por cuyo medio debía ser con suavidad introducido en el número de nobles, llamados comúnmente caballeros.

DOCTOR. No niego el seros deudor de lo que tenéis tan poca necesidad, pues vuestra discreción y modestia bastan á sacaros en hombros de mayores peligros. Con todo, no gusta de escusarse en esta ocasión quien holgara se ofrecieran muchas de serviros.

DON LUIS. Estoy bien con eso; mas, para consuelo mío, quisiera nos dejaran primero sabrosos algunas breves poesías, que ha un siglo que las tenemos olvidadas, siendo el mayor tormento que en el mundo puede haber para mí. Tras ellas, se podrá tomar la mano cuanto fuere menester; que empeño mi palabra de no ocasionar algún estorbo, como reciba ahora la merced que deseo.

DOCTOR. ¿Es posible que aún no desistís de igual tema? Entendí teníades ya olvidados los versos, y ¿sacáislos al presente en público, para que hagan oficio de montante en lo que pensábamos decir? Convendrá, señor Isidro, si queremos tener quietud en lo de adelante, complacer á don Luis en lo que pretende. Será, pues, forzoso condenaros en que entréis esta vez (sin serlo) en el número de versificador, diciendo cualquier composición, aunque ajena.

ISIDRO. Sin el pasado, tengo en la memoria otro soneto, que á mi contemplación escribió cierto poeta oculto, grande amigo mío. Bien sé fuera mayor prudencia escusarse; mas profesándose entre nosotros tanta llaneza y amistad, elijo el más acertado medio, que es el de obedecer sin replicar.

DOCTOR. Pues para que echéis de ver que dais á logro, por uno que digáis, escucharéis tres; que yo sé que al Maestro se le debió de quedar olvidado alguno, siendo imposible que él solo dejase de apetecer compañía.

MAESTRO. Otro escribí; pero desagradóme en estremo, y así, antes puse cuidado en aplicarle al olvido que á la memoria. Mas, con todo, la recorreré, por ver si me puede ocurrir, mientras los demás dicen los suyos.

ISIDRO. El mío propone el principio de ciertos amores que tuve en Sanlúcar, habiendo, en ocasión de flota, ido á aquel lugar. Dice así; advirtiendo que concluye con un verso de Garcilaso:

Aquí, donde los muros de Oceano
Betis soberbio escala con cien ríos,
Logrando así los fomentados bríos,
Que el gran Tridente se le opone en vano,

Rindióme aquel valiente, aquel tirano,
Freno tenaz de sueltos albedríos,
Y á dueño me entregó cuyos desvíos
Le usurpan nombre y título de humano.

Háceme el desear osado y fuerte,
Sirviendo en sus desmayos á la vida
Dulce sustento, sí; mas con engaños.

Largo esperar producirá mi muerte;
Mas diré cuando el alma se despida:
"No vine por mis pies á tantos daños.,,

DOCTOR. No me desagrada, por vida mía. Ingenio y arte descubre. ¿Sabéis el nombre del poeta? Que la excelencia del metal promete más dignas obras.

ISIDRO. Si va á decir verdad, no se me acuerda, porque ha mucho que le escribió; fuera de que en consiguiendo mi intento le dejé de buscar, por tener poquísima afición á estas cosas; y así, deseo abreviar con ellas, por oir de vos lo que más me importa.

DOCTOR. Diga, pues, don Luis el suyo, porque se vaya dando más lugar al olvidadizo Maestro.

DON LUIS. El que diré compuse casi la primera vez que vi á Celia, y es su tenor el que se sigue:

Deidad nunca de heridas satisfecha,
De heridas que te dan triunfos solenes,
Rey niño, cuyas fuerzas, cuyos bienes
Se derivan de un arco y de una flecha,
Vive mi mejor parte tan estrecha,
Tan mártir de esperanzas y desdenes,
Que niega al cuerpo ser, viendo la tienes
Resuelta en llamas y cenizas hecha.
Tu siervo soy; rebelde amada sigo,
A quien indigno con volver los ojos,
A quien ofendo con mover el labio.
De tanta obstinación llegue el castigo;
Tu gloria crezca; doble tus despojos.
Amor, oprime á Celia, ó libra á Fabio.

DOCTOR. Bien parecida es la presente á las demás poesías vuestras; y así, digna, como las otras, de no menor alabanza. El motivo del soneto que me toca, y tengo de decir, fué ver un día haciendo labor á mi divina Lisis sentada en un balcón; y dice:

¡Qué ufano, cuando sirves obediente
En su labor de Atlante al dueño mío,
Estás; cuando por el de negro y frío,
Te ves trono del sol, balcón de Oriente!
Así con la de Idmón hija imprudente
Se vió Palas venir á desafío,
Con quien aun hoy de infatigable brío
Da señas, si escarmiento, al más valiente.
Mas sólo triunfa allí la sabia diosa,
De temerario osar, de intento vano,
Y sólo allí el honor consigue palma.
Aquí de amor la fuerza poderosa,
Con aguja sutil, con blanca mano,
Sujeta un albedrío, usurpa un alma.

MAESTRO. A buen tiempo se me vino á la memoria. Vuelvo á decir que no es de mi gusto, y que me desagrada mucho más mientras de nuevo le he recorrido; mas ofrezco lo con que me hallo: tened paciencia al manifestar sus errores, pues gustáis de oirle. El asunto viene á ser una amante menospreciada que amada despreció. Comienza asi:

Lince atalaya, amor, no errante y ciega
Eres reinando, y de terribles freno:
Hielo y ardor engendras en un seno
Donde, si éste perturba, aquél sosiega.

Lloré, sufrí; ya mi venganza llega;
Ya saludable antídoto al veneno,
Pues Nise amante, por desdén ajeno,
Ya el Abril de su rostro turba y riega.

Las alas desplegué de mi deseo;
Mansa cordera amé, volvióse tigre;
Ya gime blanda, cuando elijo Loto.

Amor, pues fulminaste igual Tifeo,
La nave Desengaño no peligre:
Tu pasajero soy; sé mi piloto.

ALIVIO IX

DOCTOR. Hállase perdida en estos tiempos aquella antigua prez de caballería tan observada en los pasados. Gozaba España entonces, si de menos riquezas y ostentación, de más valor y virtud. Hoy están totalmente puestas en olvido las obligaciones de noble: mas ¿qué mucho, si casi todos posponen al deleite y vicio el amor y temor de Dios, mediante cuyos dos efetos se alcanza en este mundo gracia y en el otro gloria?

MAESTRO. Remate es ése de un sermón; sin duda, os queréis alzar con mi oficio.

DOCTOR. Justamente fuera vuestro el que yo tengo entre manos, pues á nadie más bien que al predicador toca reformar costumbres. Mas oblíganme con rigor, y así, será forzoso proseguir, con vuestra licencia.

Sin estos dos virtuosos estremos, según decía, en vano se trabaja y vierte sudor, como quien sin bienes temporales y espirituales quiere tener nombre de rico. Grande es, por cierto, el amor que tienen los españoles á la religión christiana. ¡Con qué aceleración ofrecen en su defensa las vidas! No los detienen los orgullos de mares, ni los ímpetus de ríos. Testigos (sin otras), la naval en Lepanto, y el Albis en Alemania, donde diez hombres desnudos, con solas espadas en las bocas, fueron terror de armados escuadrones, amparados de trincheas, de arcabuces, mosquetes y artillería. ¡Oh, cuánto campea la verdad católica hasta en los ánimos y esfuerzos varoniles con que es defendida de los suyos! ¡Qué cobardes son los herejes, y cómo muestran de contino ser hombres de baja y escura generación! ¡Cuán liberalmente acuden los nuestros á sus peligros y trabajos! Pagan por entero las contribuciones y subsidios, repartidos para sus necesidades, ó para alguna jornada en que se intenta el aumento de nuestra santa Fe. Por manera, que, siempre las cosas del cielo delante, aconsejara yo á quien quisiera tratar de nobleza la mostrara primero en visitar á menudo y con devoción los lugares píos y santos, como son iglesias, monasterios y semejantes. Muy digno es de bien nacidos no faltar á los sermones de personas de santa vida y dotrina católica. Ni debe incitar para oirlos so-

lamente la curiosidad, sino el estímulo de poner por obra lo que el tal varón aconsejare; que lo demás sería perder tiempo y trabajo. Algunos he conocido con almas tan de bronce, que sólo tratan de censurar, mientras escuchan, si los concetos son humildes, si es flojo el lenguaje, si es tibia la acción, si el metal de la voz desabrido, y cosas así. Siendo la liberalidad hermana de la caballería (ya que ningún miserable podrá ser estimado jamás), el acto más generoso es, sin duda, el de la limosna. Felicísimo quien piadosamente profesare ser padre de huérfanos, consuelo de viudas, ojos para el ciego, pies para el cojo, manos para el manco. Mucho tendrá de su parte andado para adquirir el cielo quien se vistiere de misericordia, y con mucho agradecimiento debe corresponder al favor divino. Puesto que en la generación de las virtudes no es el hombre el marido, sino Dios. Dios es el principal agente, que fecunda el alma con la virtud de su gracia, para que conciba y pára hijos de buenas obras, y así, á solo Dios se debe la gloria dellas, como á principal autor. ¡Oh, cuántas caricias se deben hacer á los pobres, y cómo es justo mirarlos con vista llena de amor! Suélese hacer al contrario, siendo propio de los que traen más galas huir como de peste del tacto de un menesteroso. No admiten ruegos, no oyen gemidos, ni les mueven lágrimas. Enfádanse de sus voces, moléstanles sus demandas, olvidados de que resplandece en ellos la verdadera figura del Salvador. Mas también en esta parte conviene no carecer de advertencia. Hállanse ciertos picarones con falso título de pobres, á quien las justicias debrían poner en galeras. Sucios y rotos, mas lucios y sanos, no dejan monasterio ó casa particular por recorrer todos los días. Para confirmación desto, me refirió un fraile portero de San Francisco, en Madrid, había llegado como á la una cierto mozo hecho pedazos, mas con entera salud, de miembros robustos y fornidos, pidiendo con humildad se apiadase de quien en treinta horas no se había desayunado. Respondióle tuviese paciencia y le perdonase; que ya había repartido la limosna. "Padre (prosiguió), deme algo, por caridad; que rabio de hambre.„ Lastimóle al religioso su necesidad, y deseoso de remediarla, replicó le esperase: vería si hallaba en la celda algún refrigerio. Hecha la diligencia, volvió con medio pan, con un pedazo de queso y una cebolla abultada. Entregóselo todo con muestras de mucho amor, escusándose de no poderle acudir con otra cosa, por haber llegado tarde. Tomólo con ambas manos y, habiéndolo aga-

rrado, dijo, mirando al fraile con ceño: "¿Soy por ventura algún villano? Bigardo, ¿cebolla á mí? Estoy, vive Dios, por daros con ella en la cara,,. Amagóle diciendo esto, y sin tirársela, volvió espalda, comenzando á ocupar los dientes con cascos de la una y bocados del otro. Quedóse al principio atónito el lego, y después, dando, como hombre, lugar á la cólera, le dijo algunas palabras resentidas, y aun se desmandara más si no lo impidiera el hábito. Son, pues, los deste metal dignísimos de graves castigos, por su ociosidad, por su poltronería, dados tan de propósito á la mendiguez, que por ningún caso hay sacarlos della. En recogiéndose de noche, mejor despachan capacísimos jarros que aquel famoso bebedor cuyo epitafio se lee en Roma, fuera de Puerta Camena, ahora de San Sebastián, en esta forma:

A Ofelio tienes delante,
Aquel que, mientras vivió,
Siempre ó bebió ó meó.
Parte agora, caminante.

Son, sin esto, grandes tahures, jugando entre sí muchos dineros, sin faltarles para la sensualidad y otros vicios las prevenciones necesarias. Síguese deberse ejercer la piedad con viejos, tullidos, ciegos, enfermos, y, sobre todo, con niños, incapaces para ganar lo que han de comer. También merecen limosna los peregrinos que vienen de tierras lejanas, porque, en fin, se hallan en acto de merecer. Gran fuerza tiene lo que se da á los pobres en nombre de Dios, no sólo para conquistar el cielo, sino también para que el mismo Señor aumente los bienes temporales en este mundo. Débese, pues, poner cuidado en que ningún afligido parta sin consuelo de la presencia del á quien pide. "El que endurece y cierra (se dice en los *Proverbios)* su oído al clamor del pobre, clamará en su necesidad y no será escuchado.,,

Tengo en los nobles por cosa indigna de quien son, y no poco infame, la costumbre de jurar; porque si esto se ejercita sólo por cobrar crédito, es poco estimado quien le ha menester solicitar con más que simples palabras. Entre los grandes señores se solía tener por abominación; y así, de ningún modo era el jurador admitido en sus conversaciones. Hoy se observa diverso estilo. Usanlos en juegos y diferencias los titulares más mozos,

culpa de los que asisten á su lado, de quien es cierto aprenden cualesquier perniciosas costumbres. Casi los más que conozco y he tratado hallo carecen de condición, siendo de natural tan fácil como cera. De suerte, que si los de quien son acompañados careciesen de hábito tan torpe, no tendrían los ahijados y conducidos ejemplares de imitación, ya que con la misma facilidad entran á oir el sermón del religioso que la plática de la ramera. Jamás me causaron espanto las travesuras de mancebos poderosos, por ser natural hermano de la riqueza el vicio. ¿Qué no cometerán con regalos, con galas y lozanía? Lo que no puedo penetrar es osen sus padres, ó los á quien pertenece su educación, fiar tan noveles plantas de semejantes facinerosos y descarados, hijos de la sensualidad, embriaguez, inquietud y cosas tales. Volviendo al vicio sin provecho del blasfemar, debrían saber los que incurren en él haberse dado la lengua al hombre sólo para que alabe siempre á Dios, para que le dé gracias por las mercedes que sin cesar hace á la religión christiana, para componer y edificar al prójimo, y para confesar sus culpas.

Basta que sin pensar se vinieron á la mano dos costumbres caballerescas, fundadas, una, en mentir, y otra, en hipocresía; usadísimas de muchos en estos tiempos. Desean autorizarse los á quien cierto antojicojo llamó *caballeros chanflones,* con afirmar de sí muchas cosas, tan nuevas como las del hipocentauro ó fénix, jamás vistos. Juzgan por punto de grande estimación se crea dellos lo que suele ser propio en los más ilustres por sangre, sea ó no acción virtuosa la que se aplican. Játanse de haber jugado y perdido mucho, sin haber tomado jamás naipe en la mano. Que dieron á damas grandes almuerzos, meriendas ó cenas, siendo todas fantásticas, como la del burlador Escoto. Que gastaron con terceras y principales excesiva cantidad de ducados, por ser sujetos calificadísimos, y son sueños. Que sacaron galas costosas de la Puerta de Guadalajara, siendo no más que antojos. Que tienen puesta en habla la compra de dos caballos, ó más, bellos á maravilla, sin que se tenga noticia por ningún caso de que los haya en el mundo. Alegan que se vosean con los titulados, que juegan con ellos, que son visitados de los mismos, y que tal vez los hacen esperar, adquiriendo por este camino mayor estima, fundada en que busque y espere quien ha menester. Casi estoy dudoso en lo que os deba aconsejar acerca de particular semejante, porque recelo no conseguiréis el fin que habéis de intentar, si se hallaren verdades en vuestras

razones: tan acostumbrados están á no tratarlas los de más lustre. Con todo eso, me resuelvo en avisaros huyáis de la mentira como del demonio, padre suyo. Ya sabéis que, fuera de ir contra nuestro Señor, verdad perfetísima, la más clara y evidente en vuestra boca vendrá á carecer de crédito, justo castigo del mentiroso. No hay opinión tan digna y preciosa como la del hombre verdadero y fiel. Los persas no consentían á sus hijos chismes ni mentiras, instruyéndolos de contino en ser callados, honestos, y en decir verdad. Emana de aquí el perniciosísimo nombre de adulador, cuya propiedad imita la del escorpión, que con los brazos delanteros y con la lengua acaricia y regala; mas con la cola pica y avenena al que puede tocar. Pero ¿qué afrentas, triste de vos, no os sobrevendrán, si excluyéredes las lisonjas de vuestro término? En mi opinión, es este modo de mentir el más indigno y el con que más daño se causa al oyente, pues le hace desvanecer con engaños, incurriendo en mil géneros de desórdenes. Mas ¿quién no desea ver hinchadas las velas deste ventecillo, mientras navega el bajel de la vida por el piélago deste mundo? ¿Hay yerro tan grande como querer hacer tropelías á los ojos? ¿Que tocando y viendo el más vil corcovado los bultos de la espalda y del pecho, guste de que le llamen gentilhombre, y que, por lo menos, alaben en él las piernas, ó cualquier otra parte menos lisiada? ¿Que quiera ser encarecido de discreto y docto el graduado en todo idiotismo? ¿Que el escuro por nacimiento anhele por la cumbre más superior de calidad, y que, sabiéndose quiénes fueron sus padres, pretenda poner forzoso olvido en lo que tiene delante? ¿No es necedad? ¿No es deslumbramiento?

Persuado tratéis al volver á España de introduciros en la caballería con los ardides que muchos. Compraréis un caballo, y tomando liciones de andar diestramente en él, pondréis cuidado en ser admitido en algún juego de cañas, que con vuestras inteligencias no será difícil, y más si comprásedes oficio público. Acabadas, procuraréis no desamparar la plaza, sino, quedándoos en ella, la pasearéis muchas veces, quitando por instantes el sombrero á las damas, porque os conozcan. En otras fiestas y salidas públicas, como acompañamientos de reyes ó cualesquier otros personajes, sed solícito y cuidadoso en no hacer falta. Antes os convendrá salir entonces muy lucido, para que, siendo posible, obliguéis á que os miren todos. En las procesiones del año será acertadísimo poneros en estremo ga-

lán, y, sobre todo, en la del Corpus, con rico cintillo y muchas cadenillas, recorriendo á menudo las calles por donde ha de pasar; que en tales días cobran grande estimación los bien vestidos. En las de la Semana Santa tendría por conveniente, ya que no fuese fácil llevar el pendón, asir una borla, ó cuando no, arrimarse mucho á él, con cetro en la mano, con túnica flamante, sombrero, zapatos y guantes por estrenar, con cuello y puños muy bien abiertos. Saldréis, sin ser necesario, á recorrer de cuando en cuando la procesión, con título de que la ordenáis, sólo para dar lugar á que os vea la muchedumbre. No puede ser dañoso tener plaza en alguna de las congregaciones y esclavitudes de la Corte; y en ella, oficio de mayordomo ó consiliario, para poder en días festivos señalaros con más particularidad con el bastón dorado, ó con cualquier otra insignia, propia del cargo que tuviéredes. Poned cuidado en que tal vez en las conversaciones se os suelte, como al descuido, un á fe de caballero; y si os pareciere que se altera el auditorio con blasfemia semejante, no os vuelva á salir de la boca en muchos días. Huid de los grandes señores, puesto que, como sabéis, á todos los que no son de su casa, ó, por mejor decir, sus iguales, honran con el título de pícaros, ó, á bien librar, de escuderos. Es dificilísimo de conocer cualquier hombre. La libertad con que Dios crió la especie humana la hace ser entre sí discordante sobremanera. Todas las diferencias que se hallan en las demás criaturas, toda la diversidad de propiedades, toda la numerosa variedad de inclinaciones en la dilatada extensión de cosas que llenan el universo, se hallan en este abreviado mundo. *Mille hominum species, et rerum discolor vsus velle suum cuique est, nec voto vivitur vno.* Hay entre los hombres millares de especies. Da á entender, tomando aquí el número finito por el infinito, parecer cualquiera de su especie, según tienen todos diversas inclinaciones, desemejantes ejercicios, contrarios pareceres. Esto ha más lugar en los mayores por dignidad ó sangre; y así, los inferiores deben evitar su comunicación. Fuera de que, trabándose con ellos demasiada conversación, hacen ejecutar en los mismos burlas solenes; porque con la mucha familiaridad que imaginan tener con los tales, no rehusan sentarse á sus mesas, donde, con su orden y consentimiento, se les sirven platos con disfraces asquerosos y bebidas recién quitadas de la lumbre. Los tiros que hacen en ellos los pajes son, por el consiguiente, famosos, aborreciendo sus personas como al demonio.

No se dan por entendidos cuando quieren y piden algo, haciéndoles desear sumamente lo que han menester. En cierta comida pidió uno déstos de beber casi al oído; partió el sirviente en el aire, y volviendo con un jarro común de taberna debajo la capa, procuró dársele con gran recato. Quiso saber el señor lo que encubría; habiéndolo entendido, preguntó la causa que le movió á traer jarro y vino con tanto secreto; respondió que por habérselo pedido aquel hidalgo con mayor, y creer lo quería despachar á escondidas. Causó risa la agudeza del paje, y más la corta correa del convidado, que dió muestras de hallarse corridísimo.

Importante requisito sería airarse con leve ocasión, por tener por tontos á los demasiado sufridos; mas no soy deste parecer. La mayor y más feliz vitoria que el hombre puede alcanzar en el mundo es la de sí mismo. Según esto, os debéis esforzar en haceros superior á la ira, para vencerla y señorearla. No están en nuestra mano los primeros ímpetus y acelerados movimientos suyos; mas el sabio y prudente detiénelos con el freno de razón, templándose de tal manera, que pueda salir triunfante de batalla tan cruel. Sea siempre rector de las acciones el entendimiento, de quien, y del racional distinto, seréis facilísimamente señor si también os armáredes con el arnés y escudo de la paciencia. Es á propósito enojarse sólo consigo mismo de las cosas mal hechas; que con este fin la naturaleza, que ninguna cosa hizo ni ordenó sin causa, mezcló entre nosotros este afecto. De suerte, que afrentado cualquiera de lo que hubiere cometido contra el Criador y su criatura, se emiende y corrija con este ardor, corrido de lo pasado. En tales casos es la ira virtuosa, justa y alabada, como efeto natural, y así, santo y perfeto el enojo en quien preceden estas causas. Hállase puesta (dice un curioso) la ira en los humanos entendimientos, como el acero en la punta y corte del cuchillo, para que corte donde y cuando sea menester.

MAESTRO. Dos ejemplos admirables suelen ser comunes desta materia: el de Posidonio, filósofo, con Augusto, y el de San Ambrosio, arzobispo de Milán, con Teodosio, emperador. Pidió el primer César á su maestro le dejase, antes de apartarse dél, alguna sentencia digna de eterna memoria. "Cuando te veas (respondió) vencido del furor, pasión digna de ser aborrecida de cualquier hombre (principalmente de príncipes, que han de ser señores, no siervos), antes de decir ó hacer alguna cosa, re-

cita todas las letras del a b c. Teodosio, varón católico y sapientísimo, cometió en Tesalonia tan horrenda crueldad como la memorable de Sila en Roma, cuando dijo: *Meo jussu necantur.* Mandó, pues, matar siete mil ciudadanos, movido sólo de un iracundo ímpetu. Levantóse allí cierta comunidad entre la gente plebeya, dispuesta casi siempre para bandos y sediciones. Mataron al magistrado, y de lo que más se enojó Teodosio fué hubiesen traído por las calles con una soga al cuello la estatua de bronce de Priscila su mujer, matrona virtuosa y digna de todo honor y alabanza. Vino después á Milán, y queriendo entrar en la iglesia, le salió al encuentro Ambrosio, á quien constaba ya el cruel crimen cometido. Cerróle en contra, sin algún respeto, las puertas, reprehendiendo animosamente, casi con estas palabras, semejante exceso: "¿Qué osadía es la tuya en pretender entrar en el templo de Dios, hallándote contaminado con la sangre de tantos inocentes? ¿Cómo tienes ánimo de parecer en la presencia de Christo y de las imágenes de sus santos? ¿No sólo estás contento de haber incurrido en el sumo pecado de la inhumanidad, sino que también quieres cometer ahora el del poco temor de Dios, como infiel? Aunque eres emperador y estás colocado en la cumbre y alteza de la mayor dignidad humana, estás sujeto como el más mínimo á la voluntad divina. Acuérdate serán tanto mayores las crueles penas de tus pecados cuanto mayores fueren las mercedes y gracias que la omnipotencia del Criador te hubiere concedido. No olvides que, así como nuestro Señor se aíra, se embravece y enoja por la culpa, así también se aplaca, se amansa y humilla por la penitencia. Sin esta consideración, no entiendas entrar en la casa de Dios tan atrevida y temerariamente; que será añadir pecado á pecado, maldad á maldad, y, á poco temor, menos vergüenza. Vuélvete á tu palacio, y allí, con verdadera contrición, entre ceniza y cilicio, ejercita los actos dignos de penitencia, hasta que el poderoso Señor Dios, por su misericordia, perdone tus graves culpas.,, Entendida por Teodosio la santa y cierta dotrina del sagrado pastor, y conocida la ofensa de la Majestad divina, aceptó con suma humildad y paciencia tan justa reprehensión y castigo. Retirado, pues, en su albergue, estuvo ocho meses ocupado en continua aspereza, acompañando con muchas lágrimas el dolor íntimo por la atrocidad cometida. Llegó en este inter el día que se celebraba la fiesta del santísimo nacimiento del Salvador, y queriendo César ir á la iglesia, no para entrar con

autoridad, sino para que públicamente vieran todos su penitencia, y para pedir al divino Ambrosio absolución de sus graves excesos, le salió á recibir el santo, y conocida su verdadera contrición y humildad, le absolvió de la culpa. Obligóle antes á una nueva ley, y fué, que cuando pronunciase alguna sentencia de muerte contra cualquiera, la suspendiese por treinta días, para que en este espacio considerase si era dada con ira y furor, ó por razón de justicia. Si fuese de ira, la revocase luego; si de justicia, la mandase ejecutar, por la conservación de tan alta virtud, que gobierna el mundo.

DOCTOR. Bastantísimos son esos dos remedios para domar, señorear y vencer el más colérico accidente que pueda mover guerra á la razón, como su capital enemigo. Derívase de aquí un ramo, de quien se hace poca cuenta entre los caballeretes de ahora, que es el de perdonar injurias. No hay áspid pisado tan pronto á herir mortalmente como cualquiera déstos, irritado con ocasión ligera. Juzgan de ánimo vil no vengarse de toda intención, cuanto más de cualquier obra que se enderece á su agravio. Contóme, como testigo de vista, un caballero de Trujillo, nieto del memorable García de Paredes, un caso sucedido en aquella ciudad, dignísimo de quedar grabado con letras de oro, para ser en todas edades ejemplo de vengativos y coléricos. Jugando á la pelota un rico mayorazgo, ilustre por sangre y en estremo valiente, nació cierta diferencia, sobre que se comenzó á altercar, como es costumbre. Contradiciendo unos y afirmando otros, un imprudente ayudante que se hallaba cerca del caballero (como apunté, con tantas ventajas calificado) osó desmentirle cara á cara. Asióle el agraviado de un brazo, y desenvainando con notable presteza la daga, le arrimó la punta al pecho, diciendo al querer ejecutar: "Perdónote por Jesuchristo; que así lo manda su Majestad.,, Con esto, dejó libre al asido y atónitos á los circunstantes, por ver tan grande valor y generosidad de ánimo, ya que en ninguna otra cosa se conoce y manifiesta tan de veras como en perdonar las injurias. "Quien déstas se acuerda (dice Séneca), pierde la virtud de la memoria.,, Al contrario, los beneficios recebidos deben quedar esculpidos en ella para siempre, con más firmeza que en mármol, mostrándose agradecido, cuando menos, con amorosas palabras.

Está también asentado por acto generoso escarnecer á los que menos saben, sea por naturaleza ó accidente. Estas mofas son tan comunes, que apenas se pone delante ó habla el conocido,

cuando el presumido que le oye fragua burla pública ó secreta contra el descuidado. No advierten tales simples que pagan casi luego de contado su demasía, por venir á ser risa de otros que se juzgan, ó más socarrones, ó más sabios que ellos. Cierto que me ha sucedido muchas veces, hablando con algunos personajes, mientras los lleno de señorías, ponderar menudamente con el pensamiento sus faltas. "¿Es posible (exclamo en lo interior) que piense este caballero poseerlo todo, por haber nacido con hacienda? ¿Cuánto más único se pudiera llamar si se hubiera mostrado la naturaleza con él pródiga de virtud, de discreción, de cortesía? No conviene, pues, ni es lícito, menospreciar los que menos saben ó pueden; antes se debe tener dellos piedad y compasión, defendiéndolos en todo lo que se les ofreciere. Es justo usar deste mismo término con los que descubren en sí alguna lesión natural, tales son los corcovados, tullidos, mudos, sordos y mancos, dando gracias á Dios por no los haber hecho semejantes á ellos. Mientras se vive en este miserable siglo, océano de trabajos y desgracias, ninguno sabe lo que le podrá suceder; y así, es cordura no mofar, sino condolerse del mal ajeno.

Bien será tocar de paso alguna cosa perteneciente al gobierno del cuerpo, individuo tan caro. Admírame, cierto, ver la poca cuenta que hacen de sus vidas los que en las repúblicas son más estimados. Vos, aunque de menos importancia, ruégoos no los imitéis en esta parte. Tienen por especie de noble singularidad discurrir por las calles las noches enteras, cenando casi al amanecer, acostándose ya de día y levantándose á la tarde. Apenas dan lugar á los estómagos para la digestión, llenándolos de tantos manjares, y á horas tan exquisitas, que viven de milagro, causando admiración el no quedar ahogados de improvisas apoplejías; que vidas tan anchas suelen parar en angostas sepulturas. No hay tan rústica nación, tan remota de humanidad, tan ajena de policía, que no tenga por su manera algún conocimiento de la Deidad soberana; sólo estos devotos siervos de glotonería, *quorum deus venter est,* ó no conocen á Dios, ó le olvidan.

Recogíase uno tenido por simple todos los días muy temprano, y preguntándole la causa, respondió: "Si una gallina, cuyo valor es apenas de cuatro reales, tiene tan particular cuidado de su vida, que antes de ponerse el sol se retira y acuesta, ¿por qué yo, que valgo más que ella, no haré lo mismo?,, Los italianos

observan esta orden con gran puntualidad. Levántanse bien de mañana y acuéstanse muy temprano. El sueño, como necesidad conveniente á la humana naturaleza, no se debe evitar; mas ha de ser con moderación, pues no es otra cosa que breve muerte. "No se adquiere fama (dice el Dante) de estar sentado sobre plumas y blandos colchones.,, Y el Petrarca afirma hallarse lejos de la virtud el sueño y el ocio. La mañana es la porción más útil y preciosa del día; y así, no se debe perder. Las cuatro partes déste asimilan á las del año. El alba es primavera; cuando pica el sol, estío; la prima noche, otoño, y lo demás invierno. Débense, pues, aprovechar las horas con todo cuidado, puesto que es imposible detener su aceleración y brevedad. Gastan los que se tienen por caballeros muchas en vestirse; que es de gente común, en su opinión, la presteza en esto. En tal conformidad, suelen ser veloces los vulgares en aderezarse y componerse. De cierto personaje entendí tardaba en limpiarse las uñas todos los días desde las once hasta la una: juzgad qué sería en lo demás. Por ningún caso os calcéis ni os pongáis cinta; que uno y otro pertenece al paje, y se reirán los concaballeros vuestros amigos si os viesen incurrir en tan grande deslumbramiento. Ponga también el criado los puños; y aunque sea en servir un águila, mostrad enfado de su tardanza y torpeza, y decid, como regañando, que no acierta en cosa. Convendrá no perder día de representación nueva, poniendo cuidado en que el repartidor de los asientos os señale uno de los mejores, como se suele decir, en delantera, para que desde allí seáis visto del concurso de ambos sexos.

Don Luis. Insufrible trabajo os resultará de semejante diligencia. Será, sin duda, menester particular soborno para conseguir el pretendido banco. Repártelos, por la mayor parte, el albedrío de un plebeyo, que, falto de cortesía, pone en ocasión de lisiarle. Sería, pues, de parecer no os cansásedes con tal solicitud, sino que eligiésedes el asiento que tuviese menos dificultad. Muchos buenos ocupan gradas, y muchos ruines, bancos, sin que tales puestos diminuyan ó aumenten calidad.

Doctor. Con todo, será bien seguir la opinión del vulgo, que juzga por más noble al mejorado en lugar. Tengo por cordura oir la comedia con atención, sin causar ruido ni estorbo. Son notados mucho allí los malcontentadizos y revoltosos, y se ponen en evidente riesgo de que el dueño de la farsa procure resentirse, apuntando en el teatro algunas faltas suyas, por

donde vengan á ser conocidos y menospreciados en público.

Don Luis. ¿Quién habia de tener tan infame osadía, sin que experimentara por todo su cuerpo el rigor de algún tronco, ó por toda su cara la velocidad de algún corte? Es sumamente vil tal género de venganza, y jamás la intentan sino ánimos cobardísimos, y los que, según parecer de todos, son centro de cualesquier faltas y vicios.

Maestro. No se debría disimular igual atrevimiento por ningún camino, siendo propia obligación del que aprueba tales representaciones quitar y prohibir lo que puede causar perjuicio. La generalidad no debe jamás dejar indicios y manifiestas señales de lo particular; pues con lo contrario sólo vienen á cobrar los autores nombre de satíricos y mal intencionados. ¿Es lícito por ventura impedir los actos libres del entendimiento y entorpecer las veloces alas del discurso sobre el juicio de bueno y malo? ¿Ha de tener licencia un tratante en gracias, un oficial de coplas, para amontonar cuantas necedades se le ofrecen y se pueden decir mientras dura la representación, y no se le ha de conceder al circunstante para solenizarlas y reirlas á costa de su dinero? Acaso ¿enciérranse aquellas tres horas en algún templo para oir sermón, sino para divertirse y solazarse con fruslerías? Por suerte, ¿son obras de acreditada opinión y singular autoridad, para no atrevérseles con censura y emienda?

Doctor. Señor maestro, aquél no es tiempo de ponderar idiotismos, ni de pudrirse con agudos exámenes. Tales imperfeciones se conocen mejor en todo lo que después se imprime de aquel género. Allí sólo es acertado alegrarse con los disparates que se dicen y entretenerse con los enredos que se hacen. Fuera de que también se impide el intento de la limosna que se saca de semejante junta para tan justo empleo, para obra de tanta piedad; inconveniente que se debe evitar con todas veras.

Por ser el hombre animal político, se le concede andar limpio y aseado, principalmente en la boca, en la cara, manos y pies; mas de tal manera, que no tenga sabor de estudioso regalo. En esto suelen ser más descuidados los más doctos, á quien la alta contemplación llama y retira de las partes externas. No es posible acuda naturaleza á todo cumplidamente, siendo forzoso falte en una cosa cuando ocupa su desvelo y solicitud en otra. ''Guardaos del hombre poco curioso en vestir (dijo un discreto), porque éstos, por andar tan remontados en sus pensamientos, suelen cuidar poco de las obras menores.,, ¡Cuán diferente viene

á ser, y cuán abominable, lo que acerca desto pasa en la Corte! Dicese de muchos tienen en sus casas mayor cantidad de botes y salserillas que las mujeres más cuidadosas y bizarras. Aplican al rostro y manos exquisitas mudas y embelecos, preciándose de traer aquél muy lustroso y éstas con estremo blancas y pastosas. Oí decir á una joyera de la calle Mayor, á este propósito, que cierta noche de verano llegó á su tienda un mancebo de gentil disposición, y del modo que pudiera la doncella más melindrosa, se comenzó á quejar, en razón de venir caluroso y fatigado. Quitóse, como para aliviarse, algunos botones de la ropilla y jubón, y desenvainó un peto de plata que traía oculto, diciendo, á su parecer, con mucho donaire: "¡Válgate Dios, y cómo me angustiabas! Cierto que eres tan insufrible de noche como necesario de día.,, Tras esto, sacó de la faltriquera un abanillo con varillas de plata y comenzó con mucho espacio á hacerse aire. Quedóse atónita la mujer, de considerar la melifluidad de la dueña en hábito de hombre. Ponen semejantes singular cuidado en traer consigo ámbar, algalia ó almizcle, perfumándose y rociándose con diversas aguas, vicio á que tal vez dan de mano hasta las cortesanas más perdidas, por parecerles más buen olor el de la limpieza natural que el de tales artificios. De aquí emanó aquella sentencia, digna de mil atenciones y de ser por momentos referida: "No huele siempre bien el que siempre anda perfumado,,. En esta conformidad, habian de estar hechos brasas los ilustres oficiales de mandil, siempre untados, los cacos olorosos, los perfumeros y guanteros, que distribuyen aromas, como vilísimos instrumentos y ocasión de todo vicio, de toda sensualidad.

En el ornato exterior no es lícito dispensar al novel caballero, por ser cosas que llevan tras sí los ojos de cuantos las veen. Así, en razón de la comida, podréis ser, con provecho de vuestra bolsa, modesto y templado. Venecia, sobre todas las repúblicas del mundo, puede servir de ejemplo en este particular. Son en aquella ciudad largas las vidas; y así, el mayor consejo consta de trecientos y sesenta varones, pasando muchos de ochenta años. Son templadísimos en las comidas, y, sobre todo, en las cenas, ocasión de su mucha salud y larga edad. Es cierto ser la embriaguez y superfluidad ruina de los entendimientos y destruición de los cuerpos humanos. Claro es mata infinitas personas la gula; por eso se debe comer para vivir; no vivir para comer. Es la templanza natural al hombre, pues á ningún otro

animal en grandeza su semejante dió la sabia naturaleza más pequeña boca, ni menor vientre. Aprueban los más discretos por mejores los manjares rústicos y groseros, por muchas razones, y, sobre todo, porque se hallan con más facilidad y se aderezan más presto. En cierto viaje me hizo compañía un ninfo, tan molesto por las posadas en las comidas, que cosa no hallaba en ellas que le agradase. Eran todas viandas silvestres y desabridas; no suaves ni delicadas. Entre otras circunstancias de melindre, me acuerdo que habiendo llegado á una venta con hambre singular, el huésped nos puso en la mesa la olla que tenía para sí, y dos pollos. El amigo, cuanto á lo primero, abominó la olla, porque no tenía especias, y para comer el pollo que le tocaba se valió de diferentes instancias impertinentes. Pidió agraz, agua rosada, sin otros varios sainetes, y no se los pudiendo dar, por no lo haber, estuvo sin resolverse gran rato en si le comería ó no. Finalmente, hizo con sal y agua cierto badulaque, con que, á pausitas, y como enfermo desahuciado, remitió al estómago el insulso hijo de la gallina. Estábame yo deshaciendo con verle, y con tan buenas ganas de comer, que juzgara por faisán un tasajo. Juliano Apóstata, conseguido el imperio, desterró á todos los cocineros de su corte, queriendo usasen los hombres sólo manjares simples. Esto se ajusta maravillosamente con lo que corre en los tiempos presentes, en que tanto privan despensas y figones. Mas ¿qué se puede esperar de brutos que tienen puesta su felicidad en el vientre? Hácese ahora tan particular alarde de glotonería, que los ministros del gusto osan sacar á luz obras doctísimas de cocina, vendiéndolas con gran reputación de su habilidad. "No os maravilléis (dice Séneca) haya y reinen tantas enfermedades en el mundo, habiendo tantos cocineros en todas partes. Estos, de la infinidad de mistos y compuestos que guisan y aderezan hacen nacer tan graves daños, tantas enfermedades y muertes á los miserables cuerpos humanos. Por tanto (prosigue el mismo), son madres de la salud y vida moderada mesa y ordenada templanza.,, En la primera edad, que llamaron de oro, si vivían los hombres tantos años con salud, era porque usaban de viandas puras y simples; al contrario de lo que corre ahora, pues, como se sabe, son breves, enfermas y llenas de dolores, por la desorden de beber y comer. Casi infinitos hombres principales en virtud y estado se han hecho viles, ruines y apocados por la embriaguez. Quiere la ley del bárbaro vulgo se escusen y perdonen al borracho

cualesquier yerros, como á quien los comete estando fuera de sí. Mas Aristóteles, agudo investigador de la humana naturaleza, tiene por bien sea castigada con doblada pena la culpa del beodo; lo uno, por el pecado de la embriaguez; lo otro, por el delito cometido.

MAESTRO. ¡Cuán á propósito de algunos desta edad fué aquel estatuto de Platón en que permitía fuese lícito á cualquier hombre embriagarse una vez al mes, para purgar el cuerpo de la superfluidad por vía de vómito! Quebrantaran, sin duda, por instantes su rigor, puesto que, ampliándole, se sirvieran más veces de semejante medicina. Viven, según esto, sanísimos los setentrionales, en particular, alemanes y flamencos. Son en aquellas partes las mujeres quien despacha, trata y contrata en las tiendas, sabiendo todas leer, escribir y contar admirablemente. Estas, en cerrando, lo primero en que se ocupan es en buscar sus maridos. Tienen ya noticia de las juntas en que se frecuentan las borracheras, y guían hacia allá los pasos. Sucédeles por momentos encontrarlos en el camino, tomando con todo el cuerpo la medida de la calle, adornados de las insignias y rastros que suele dejar de sí el vino. Levántanlos, y con la ayuda que llevan ó hallan, dan con tales Bacos en los lechos. Por manera, que el trabajo para ellas más continuo es el de semejante ocupación. Ved si se valen bien á menudo del remedio de Platón para conservar la salud.

DOCTOR. De los más nefandos excesos que campean entre viciosos, tengo por sin duda sea el del que al presente hablamos. ¿Es posible se halle quien altere y conturbe con tal bestialidad, no sólo el cuerpo, mas el alma, criada á imagen y semejanza de Dios, y privándose del ser racional, quede hecho un bruto sin razón? ¡Oh, cuán reprobado es este vicio en la salutífera dotrina de los apóstoles! Pablo, en particular, fundamento fuerte y firme asiento de la santa Iglesia, ¿con qué rigor de palabras no le condena? Perdone el repeto debido al nombre de tan gran filósofo, merecedor, por el conocimiento que tuvo de la deidad, del cognombre *divino;* que remedio tan torpe y sucio antes parece haberle hallado el obsceno Epicuro que tan modesto varón. Mas, al fin, más fuerza ha tenido entre los buenos la natural vergüenza que la deshonesta ley. Afirman muchos doctores católicos haberse introducido la servidumbre y sujeción que hoy hay por vía de la embriaguez. Esto confirma el sagrado Ambrosio, cuando dice: "Antes que se hallara el

vino, la franca libertad se conservó en el mundo inviolable, y nunca hasta entonces se vió sujeta,,. Tuvo principio, según opinión de sabios, del buen Noé. Caido en tierra por esta falta el que fué reliquia de la primera y padre de la segunda edad, su hijo el menor, como más indiscreto, le descubrió atrevidamente las partes ocultas y vergonzosas. Por tanto, habiendo ya digerido y gastado el soñoliento humor del vino, sabiendo el anciano lo que habia hecho su hijo, le echó su maldición, diciendo: "¡Plegue á Dios, Canán, que seas siervo de los siervos de tus hermanos!,,. Los lacedemonios, de industria, para que los mancebos huyesen la demasia del vino, hacían se embriagasen sus esclavos en las bodas, regocijos y comidas, y que saliesen en público donde fuesen vistos. Era su intento aborreciesen con tal experiencia la bestial deshonestidad de tan torpe vicio. Los egipcios ordenaban bebiesen por tasa sus reyes este licor (veneno mortal para el hombre), porque con su violencia, no saliesen de los límites de modestia y confines de razón.

DON LUIS. Así os habéis detenido en semejante punto como si los caballeros desta era se diesen al demasiado vino. Hartos conozco yo que lo aborrecen con estremo.

DOCTOR. Pues yo, por otra parte, conozco casi infinitos que tienen por caso de menos valer ser aguados; mas pienso aprendieron tan alta virtud de la comunicación de los valientes, lindos colantes y archipoltrones famosos.

ISIDRO. Señores, el caso es que mi condición (como ya habréis visto en los dias que hemos caminado juntos) es indiferente: quiero decir, tan fácil para el agua como para el vino. En las comidas ordinarias no puedo dejar de beber moderada cantidad; mas aplacada primero con agua su fuerza. Hállome bien así, y de otra suerte siento flaqueza en el estómago, y tengo por sin duda no podrá igual costumbre recibir alteración en mí, cuanto al más ó menos. En esta conformidad, os ruego paséis adelante, sin deteneros más en reprehender vicio que naturalmente aborrezco y de quien con cuidado he huído toda mi vida.

DOCTOR. No ha sido mi pretensión condenar lo moderado en vos y otros, que eso seria locura, sino los excesos que cometen muchos nobles casi todos los dias.

Convendrá sacar la espada en algunas ocasiones, aunque sea con título de meter paz, procurando sea, siendo posible, en lugares públicos. Para que esto se haga airosamente y con menor

riesgo, será acertado toméis algunas leciones de destreza, de quien, por lo menos, se saca el mover los pies con buen compás y acomodar el cuerpo con la mejor postura. Conviene habilitar primero el pulso á tirar recias cuchilladas, puntas, tajos y reveses, para que el brazo, hecho á semejante trabajo, tenga duración y fortaleza. Será importante mucho la noticia de las tretas y heridas más notables; de los círculos, cuadrángulos y cuadrados que se consideran en el cuerpo; de las líneas diametrales, colaterales, verticales, dimecientes, diagonales y las demás, mediante, con que y por donde se ha de obrar. Tales son las rectas, curvas, mistas, flexuosas, hipotenusas, paralelas.

ISIDRO. Tened, por Dios; que me habéis dejado atónito con tales vocablos. La vida entera convendría que gastase en tomar de memoria uno de tantos términos geométricos como apuntastes. Todo eso es vascuence para mí. Más fáciles eran los modos que en la esgrima se frecuentaban cuando yo, en mis verdes años, acudía á ella. En boca de mi maestro sólo se oía *amagar, desmuñecar, embeber, vaciar, escurrir, cambiar, envión, remesar, cornada, quiebro, tropezón, tormenta, punta, contrapunta, toque, respuesta,* y cosas así. Con esto nos entendíamos, sin meternos en más honduras.

DOCTOR. Esos términos son bárbaros y groseros. Débense más cultos y políticos á quien se halla honrada ya con el nombre de ciencia; á quien escapó ya libre de tantos yerros como poseía, cuando apenas se ejercitaba con nombre de arte.

DON LUIS. Gentil impertinencia sería gastar años en percebir lo que en sí tiene tan gran dificultad. Aténgome á lo que oí decir un día á cierto choclón de malos pies y peores ojos, en tal materia. Afirmaba éste haber puesto la sabia naturaleza el estómago y vientre, partes tan peligrosas, en medio de los otros miembros, para que todos acudiesen á su defensa, y haber compuesto la cabeza de huesos tan duros, que es bastante á reparar cualquier golpe. Digo, pues, ser lo que importa, en sacando la espada, embestir animosamente al contrario, guardando la barriga, aunque sea á costa de los cascos.

DOCTOR. ¡Jesús, qué terrible dislate y barbaridad! ¿Hay parte tan peligrosa como la cabeza y que tanto se deba guardar? ¿Cuánto mejor sería salir franco de cualquier pendencia, siendo en ella antes agente que paciente? Herir y salir herido no es ventaja. Lo fino es que pruebe otro la trementina y que yo quede reservado de su molestia. En fin, la verdadera destreza

debe ser (como dije otra vez entre otros amigos) abrazada de todo género de hombres, por enderezar sus preceptos á la cosa más importante del mundo, que es á la defensa y conservación de honor, vida y hacienda.

Bien será os entremetáis tal vez en hacer paces, por ser acto meritorio, según dotrina evangélica; de quien asimismo resulta respeto y estimación. Conviene proceder en esto con recato, ajustando las circunstancias, y diferencias de forma, que las amistades queden firmes. En este punto es necesario valerse de singular prudencia, por las dificultades que se suelen ofrecer en las satisfaciones; pues conforme hoy se usa, está pendiente la honra de una palabra. De aquí es que, si no se procede con mucho tiento, puede resultar desta interposición odio, interés, desafíos y cuestiones. Así, no querría os ocupásedes ni un momento en las paces deste jaez, ni empeñásedes vuestra palabra; que cuando no se cumple, es fuerza quedar obligado, según la ley del mundo, á hacer lo que no conviene. Lícito es entremeterse en las diferencias de los amigos, en que para componerlas se debe poner prudente trabajo. No es cordura juzgar cúya sea la culpa de la enemistad, así porque con la afición se suele cegar el más libre juicio, como por ser fácil hacerse enemigo de uno de los dos. Con más libertad podréis ser juez entre enemigos, de cuya sentencia se seguirá quedar amigo, por lo menos, de uno.

Guardar secreto, por ningún caso se profesa entre los desta data. Revientan por echar en la calle no sólo las cosas ajenas, sino también las propias, aunque de mucha importancia. Si tienen amores, publican el nombre de la dama, los papeles que la escriben, las horas y lugares por donde la hablan, añadiendo por vanagloria lo que no está bien al honor de la servida.

Tengo por acertado, ni revelar los secretos propios, ni entender los ajenos; pues de ambas cosas viene á resultar las más veces inquietud y disgusto. Mas los que de otros se supieren, superfluo es advertir estén siempre sepultados en vuestro corazón, ligando los labios con el candado del silencio. Será bien ser desenvuelto en las conversaciones, así de hombres como de mujeres. Estiman mucho al decidor, al que apoda y moteja, si bien adquiriendo odios. Al callado y compuesto tienen por encogido y para poco. Conviene solazar tal vez las camaradas con fingirse mentecato ó sordo. En la Corte conocí á cierto gracejante, único en hacerse bobo con quien no le conocía. Llegóse una vez en Valladolid á un socarrón, á una horca, que él juzgó

por forastero, y estando en la acera de San Francisco le preguntó por dónde iría á San Pablo. Encaminóle, y viendo que se retardaba con las impertinencias y frialdades que solía, como que su señora madre le había enviado á la Corte, piélago tan estendido, donde por instantes se perdía; que su señor padre le había de comprar presto un vestido flamante para ir al estudio y á jugar al marro y á la argolla, impaciente el que le escuchaba, mostró primero con una risa falsa que estaba bien; mas luego, asiéndole de un brazo, dijo, haciendo burla de su artificio: "Barbado, ¿no te avergüenzas de fingirte simple? Deja las burlas, pues lo eres tanto de veras.,, Con esto quedó corridísimo el mamotreto, y, bajando los ojos, echó por otra parte, huyendo siempre de encontrarse con quien le conoció y honró con el nombre que le competía. Soy de parecer, según esto, evitéis cualquier ocasión de haceros figura, por que no os sucedan los encuentros en que á menudo incurren tales donosos y gracejantes.

Siendo la honestidad y vergüenza el principal decoro y ornamento de las mujeres, debéis respetar y tener sobre la cabeza el honor de las honestas y vergonzosas, y más si son pobres, por no tener mejor alhaja para casarse que la buena opinión y fama.

Lo que no podréis huir del todo son los banquetes, usadísimos entre los de más calidad. No sé qué me diga en razón desto. Si os escusarédes, os tendrán por corto, por miserable y mal compañero; y así, si condecendiéredes, procurad sea raras veces, y que entonces no sucedan escándalos. Suelen en semejantes jiras correr (con la destemplanza de la lengua) las honras grande fortuna y peligro. Si esto sucediere en vuestra casa, recibiréis á los amigos como se debe á hombres nobles, hablándolos con amor y con rostro alegre. Sean las muestras como de quien los quiere meter en sus entrañas y albergarlos en su corazón. No hay cosa tan bien empleada como lo gastado en acariciar estos tales, principalmente si son forasteros y virtuosos. Bien es verdad que, así como en estas ocasiones es aborrecible la avaricia, así también es detestable la prodigalidad. La liberalidad consiste en dar donde se tiene de dar y en no quitar de donde no se debe. Por tanto, es justo huir de aquellos dos estremos viciosos. Hace el primero al hombre ingrato y desaprovechado para con Dios, para con el mundo, y aun para consigo mismo, y el otro le hace dar de ojos en desdichas y miserias, que por

la mayor parte deja destruídas honra y reputación. La templanza aumenta los bienes, la liberalidad los goza, y la prodigalidad los consume. No puedo negar (acomodándome al lenguaje mundano) deber las riquezas ser amadas, pues por su medio es tenido por sabio el necio. Es asimismo respetado por ellas el más perverso de la tierra. Dan al rico el mejor lugar, ilústranle y casi le adoran los más, aunque sea bajo y vil. Al contrario, ninguna virtud luce en el pobre. Vitupéranle todos y le escarnecen, séase cuanto quisiere valiente ó sabio. Misteriosamente pintaron los antiguos ciega á la Fortuna, pues, á tener vista, ningún bárbaro ignorante fuera rico, ni pobre ningún discreto virtuoso. Como del todo sin vista, va donde no ha de ir, y adonde ha de ir no va. Mas de tan grande error viene á quedar sólo un consuelo, y es que, siendo de suyo tan inconstante y varia, si las riquezas fueran estables y los bienes firmes, no se los diera á necios miserables; y si la pobreza fuera dañosa, no la comunicara tan de propósito á buenos y á santos. Bien es verdad que, hablando con el sentido de los preceptos católicos, así conviene uno y otro, pues ambos estados se derivan de la divina Providencia. Grandes mercedes hace el cielo á quien da (como se suele decir) una honrosa pasada. Con ésta se vive más alegre, más dichoso y con mayor descanso. Tras poca hacienda bien distribuída se gobiernan cuerdamente los sentidos y apetitos, con que cualquiera viene á escapar libre de sí mismo. No admiten los hijos deste siglo semejante imperio, por la más excelente honra; mas quedarán burlados si escucharen al glorioso Agustino. "El virtuoso (dice, animando á los buenos) aunque sirva, es libre; y el malo, aunque reine, es cautivo, no de uno, sino de tantos vicios cuantos sobre él reinaren. Demás, como prudente, contentándose con los limitados términos de la templada naturaleza, vive quieto y alegre, satisfecho con la modesta fortuna. ¡Cuán diferente proceder es el del rico, y cuán diversos sus cuidados! Casi siempre es atormentado de continuos temores, de insaciables ansias de amontonar y conservar los mal ganados bienes, con que vive en perpetua miseria y sujeción. En Madrid fué un viejo mi vecino, por fama, de mucha hacienda, y tan deslucido, que recién venido yo al barrio, no conociéndole, compadecido de su ancianidad, sin pedírmela, le ofrecía limosna. Miróme, al dársela, con notable ceño, diciendo entre dientes le sobraba para sustentar á todo mi linaje y á mí. Después, informado de quién era, me pudiera hallar corrido, si

también no se me diera parte de su proceder. Afirmaron que se verificaba en él aquel docto brocardico de *Senes serviunt lucro;* que era el centro de la misma miseria; que en su posada habia solamente un muchacho, á quien mataba de hambre y traia casi en cueros. Lo que tenia fundado en censos y juros pasaba de cuarenta mil ducados. Hallábase viudo treinta años habia, y sin heredero forzoso. Estrañé tanta avaricia en tan decrepital edad, y tomando la pluma, tras haber detestado vicio tan pésimo en ocho ó diez renglones de prosa, añadi el siguiente soneto:

Si miras bien, la abeja cuidadosa
Tu mengua solicita ¡oh ciego anciano!
Cuando en las frescas horas del verano
Susurrante se atreve á flor, á rosa.
No tanto afana para sí, envidiosa
Por suerte en dar del pródigo gusano,
Que muerto y vivo rinde al cortesano
Tanta y de tanto honor gala lustrosa.
Tú, cuya espalda el tiempo, cuyo paso,
Corva y enfrena, cuando al nada corres,
Eligiendo por dioses falsos bienes,
Antes imita que al postrer ocaso
Llegue tu ser. ¿Qué juntas? ¿Qué detienes,
Si son contra la edad flacas las torres?

Tengo por sin duda me hiciera matar si llegara á su noticia habia sido yo el autor de la misiva; aunque si hubiera de gastar algún dinero en mi muerte, con harta seguridad se hallaba mi vida. Bien facultoso será quien apartare las riquezas de los deseos desordenados. Al que viviere según la ley natural, cualquier cosa, por minima que sea, le basta; mas al que vive según su insaciable apetito, todo el mundo le es poco. "¡Oh, dioses celestiales (exclamaba Apolonio Tianeo, grande pitagórico), concededme poco, y asi, de ninguna cosa tendré necesidad.,, Lo conveniente al sustento pedia asimismo el Sabio; esto es, un medio entre riqueza y pobreza. Prometoos pasé el tiempo que asisti en la Corte una vida llena de alegria y contento. Su báculo era una olla; su habitación, una salilla, con el socorro de una alcoba. Su más costosa colgadura, de blanquisimo yeso, inter-

polados en él algunos cuadros y baratijas, que servían de ornato en todas estaciones. Llegada la primavera, no era menester descolgar tapices, ni pasado el otoño volverlos á colgar. Propias calidades de semejante albergue eran ser fresco de verano y templado de invierno. Casi se parecía á los de quien se suele decir haber debajo de mala capa buen bebedor. Su perspectiva era pequeña y ruin; mas por de dentro, agradable sobremanera. Allí no era constreñido de penuria para valerme de adulación. Contentábame con poco, y sobrábame mucho. Y si acaso no se hubiera de dar en la otra vida cuenta del talento mal gastado en ésta, jamás quisiera ver en mi persona mayor aumento.

Juzgo á propósito (tal es el abuso de hoy) que loéis en las conversaciones vuestras cosas, contra la común regla, que avisa envilecerse la alabanza en propia boca. Es la razón porque como casi siempre reina la envidia entre ignorantes, niegan aplauso y loa á lo que merece uno y otro. Así, con su anticipación obligaréis á que, si no aplaudieren, por lo menos, no contradigan. Publicó cierto conocido un librete de unas otavas devotas, y tratando algunas veces conmigo de su excelencia y cultura, le colocaba en las esferas. De ningún modo quería admitir por compañeros á Virgilio y Tasso; antes afirmaba hacía su poema á los de entrambos conocidas ventajas en todo. Hallábame confuso, sin atreverme á desengañarle con aspereza, respeto de no importarme cosa semejante frenesí. Con esto quedaba el amigo contentísimo, imaginando sentía yo lo mismo que él temerariamente publicaba de sí. Por tanto, es bien que no os maravilléis de alabanzas indignas y de fatigas injustas, ya que lo admite así el uso pernicioso de vanos sujetos. Débese considerar ser todo disposición, orden y permisión del cielo, que con recto juicio y recta razón, unas veces de una manera, otras de otra, todas las cosas gobierna. Siendo preguntado un filósofo qué hacía Júpiter en el cielo, respondió: "Las cosas altas derriba, y las bajas ensalza,,.

No hay cosa tan bien recebida de los discretazos como no perder de vista jamás las malicias y dobleces, ardides y estratagemas. Tienen por regla acertada engañar para no ser engañados. Ríense mucho de quien trata verdad, de quien tiene proceder sincero y publica con la lengua lo que tiene en el corazón. Será fuerza solicite en vos este inconveniente grande cuidado. Ninguno gusta de que lo tengan por tonto; mas, por otra parte, es terrible absurdo carecer de entrañas lisas, de no-

ble trato. Vileza es grande engañar á cualquier persona, principalmente á ignorantes, á simples, y, sobre todo, á quien descubriere muestras de fiarse. Dan de sí los frecuentes engaños manifiestas señales y ciertos indicios de infidelidad, de avaricia, de traición. Parecen mal hasta en el más vil y abatido, cuanto más en el tenido y respetado por virtuoso y noble. No por eso apruebo el dejarse engañar. "Seréis (dice Christo, verdadero legislador de nuestra vida) simples como palomas, y prudentes como serpientes,,, para excluir engaños; porque entre engañar y ser engañado hallo poca diferencia.

Por el consiguiente, es justo oviar la facilidad en dar crédito á todas palabras, por usarse entre curiosos muchas con nombre de tragantonas y chilindrinas. Cae, sin pensar, en nota de poco discursivo quien á bulto se acomoda á dar fe sin hacer distinción ó conjetura de lo que oye. Menos conviene ser con demasía incrédulo y obstinado. Juzgo por tan gran vicio creer fácilmente cualquier cosa como no creer alguna. Arguye lo primero ligereza; lo segundo, rusticidad bárbara.

Entra el ser mal pagador en los requisitos de moderna caballería. Játanse muchos déstos de que tienen muchas deudas, pareciéndoles se autorizan por este camino; ya que se supone haber sido gran gastador, tratándose espléndidamente. En diferentes ocasiones he visto á más de un señor huir el cuerpo al sastre, al platero, al bordador y á otros, que esperan su salida en la antesala. La primer cosa que preguntan, antes de ponerse herreruelo y espada, es quién aguarda allá fuera, para salir por puerta diferente, y dejar burlados á los que solicitan la cobranza de su hacienda. Su común respuesta, cuando se hallan con demasía apretados, es que ya dieron orden al contador para que se les haga libranza; como si ésta fuese de consideración faltando dinero. No se halla muestra de imprudencia tan particular como exceder en los gastos, sin medir con ellos las rentas. Síguense de aquí muchos daños. Sobre todos, que haciendo las obras sin pagarse, vienen á ser dobladamente costosas, por no reparar los oficiales en el crecimiento de cuentas. Paréceles ser forzosa la dilación en la paga, y así, tienen por cordura ir cobrando desde luego los réditos de aquellos censos. Contra tales intereses por ningún caso puede haber remedio; porque intentar haya tasación es cuento largo, y aunque la haya, viene á ser de modo, que, con todo eso, queda en pie la excesiva ganancia. Trátanse de ordinario bien los que son

de un mismo gremio, fundados en aquel común brocardico: "Hoy por mí, mañana por ti,,. Puede ser abunden, en razón del oficio, de grandes diferencias, de emulaciones, de envidias; mas en queriéndose mezclar alguno de afuera entre ellos, se les viene á la boca improvisamente el refrán de los perailes: "¡Aquí de la carda!,. Es certísimo no morderse unos á otros; que van horros, como tahures. Convendría, pues, no darles ocasión de fabricar listas ni de poner en ellas lo que les dictase el albedrío. Con el dinero en la mano puédese gallardear en todos tiempos; y si este oficial no agrada, eligir otro, siendo golpe con que se harían muchos loables efetos. La gente plebeya sabe poco de cortesía, y si tal vez usa alguna, nace de temor. En esta conformidad, en hallándose cansados de hacer diligencias para conseguir el intento de cobrar, dan con la cuenta ó libranza en los ojos de un alcalde, que, con la prevención de un recado, manda trabar la ejecución en lo más bien parado del que debe. Gran cuidado se debría poner en evitar este poco respeto, procurando satisfacer antes de llegar á tal quiebra. Aliéntanse las voluntades á servir mejor y con más puntualidad cuando se tiene certeza es el por quien se hace la obra cortés y liberal pagador. El que cumple sin dilación, demás de ser bien servido y amado, conserva la reputación de hombre verdadero y es señor de la hacienda ajena. La venganza mayor que un titulado ó caballero puede tomar del oficial que se atreve á ejecutarle, será, cuando mucho, baldonarle á solas, hartándole de *pícaro* y *bergante;* injurias sin fruto, pues, á trueque de cobrar, se riera dellas el interesado, puesto caso que llegaran á sus oídos.

Ofréceseme, de camino, una advertencia que proponer contra la corriente común de caballería, que es profesar libertad de ánimo en decir su parecer. Esta parte hace odiosísimo al que la profesa, por muchos respetos. Requiere el desengañar singular aparato de canas y veneración en el sujeto, y aun el aviso que viene de allí no suele ser bien recebido. Piden las edades diversas, según el parecer de muchos, diversas operaciones, juzgando por deslumbramiento seguir siempre unos mismos caminos, sin regular los preceptos con las inclinaciones y costumbres que corren en el siglo. Hácese, pues, insufrible el mozo cuya lengua despide siempre sentencias y consejos. Parece no puede rendir árbol tan novel sazonado fruto; causa de no dársele crédito ni de ser escuchado. Sin esto, los años verdes obran de contino diferente que hablan; y así, desacreditan con lo primero lo

que con lo último pudieran granjear. Mas ¿quién deja de saber haber sido siempre los hombres unos, unas las virtudes en ellos, y unos también los vicios, si bien disimulados tal vez con algún disfraz? Conviene por eso ser libre, ser claro y sencillo, sin adulación, sin doblez. Díganse las verdades, aunque perezca el mundo, ó porque no perezca; que así se debe emendar este dicho común. Conozco ser necesaria singular cordura en el que tuviere por propia esta condición. No se deben decir las cosas ásperamente; que atrae y obliga mucho la blandura, y más con los superiores. Modos halló la discreción para exprimir los conceptos sin irritar al que los oye. El buen médico, aunque dé remedios para la salud, no olvida del todo el gusto del enfermo, y más si por aquel camino se consigue el fin principal. Por manera, que serán á propósito los medios de sainetes y metáforas, de ejemplares, de consecuencias, representando los daños con prudente destreza. Cuanto á obedecer á los superiores, suele entre los nobles modernos haber repugnancia, pareciéndoles caso de menos valer la pronta resignación de su voluntad en la ajena. Por esta causa se han visto muchos en grandes aprietos. No advierten cuán dilatado y poderoso es el brazo real, y cuán superiores las fuerzas de muchos contra las de uno. Osan tal vez descomponerse de palabra con alguaciles, olvidando son ejecutores de equidad y hombres eligidos de tribunales mayores para cualquier cumplimiento de justicia. A un caballero principal con hábito en el pecho vi llevar una vez á la cárcel con gran descompostura, porque se opuso á cierta diligencia que pretendía hacer un ministro déstos. De cualquier modo, quiere el Rey ser obedecido, reservando para sus jueces el examen de la causa, si es justa ó no. Selvas de ladrones serían las repúblicas sin la obediencia. Esta virtud es tan excelente, que el Salvador nos dió ejemplo con ella, habiendo sido hasta la muerte obedientísimo á su Padre, y aun á sus enemigos. Quedará, según esto, condenado todo género de resistencia contra la justicia, pues de hacerla resultan solamente oprobrios, gastos, penas. ¿Hállase cosa tan indigna como obligar á que ponga las manos en una persona noble el desecho y escoria de las ciudades, que son los corchetes y otros agarradores? Para que no se os puedan pegar tales resabios, pondréis diligencia en la eleción de amigos. Claro es que siendo prudentes y bien inclinados evitarán cualesquier ocasiones de mengua y perturbación. Es el hombre animal que naturalmente apete-

ce andar acompañado; y así, en las ciudades sobre todo, es difícil abrazar la soledad. No por eso apruebo la compañía de muchos, por ser cosa común reinar entre ellos confusión. Fuera de que, por la mayor parte, de la muchedumbre se derivan desavenencias, trápalas, libertades y jatanciosas vocerías. Son indomables muchos albedríos juntos; causa de ser acertado cualquier breve número de compañeros. ¡Dios os libre de encontrar con alguno de tantos viejos pedantes como se usan, rudos no menos que presumidos! Jamás me acabo de admirar del engaño ridículo con que éstos viven, desahuciados siempre de cualquier mejoría. Es de ver cómo se ensalzan, cómo se autorizan, cómo se loan, colocándose en el lugar más eminente del Parnaso y en la grada más superior del Liceo. No consienten se adelante ó estime en su presencia otro cualquier ingenio; tan ciegamente son supeditados de ignorancia, son atormentados de envidia. Movido tal vez de justo enojo, quise humillar con palabras libres á más de dos que con singular descaramiento se tenían por sumamente ingeniosos, por científicos sin competencia. "¿No echáis de ver (llegué á decirles), tontos, insensatos, caducos, que poseéis talentos rústicos, torpes imaginativas, discursos materiales, y, en fin, que sois como calabazas huecas, como hongazos fofos, que cuanto más crecen, más inútiles se van haciendo?,,

No podréis escusar el vosearos con algunos, pareciéndoles no estar bien trabada la amistad cuando se frecuenta demasiado el *vuesa merced.* Estilo es éste que repugna grandemente á mi condición, y júzgolo á propósito no más que en diálogos de libros, donde hablan personas que no se veen las caras. Ocasiona admiración ver con la facilidad que algunos arrojan el *vos* á las primeras vistas, cuando el conocimiento aún se halla en las fajas primeras. Ni aprovecha continuar con ellos la común cortesía; que muestran en repetir el *vos* notable obstinación y pertinacia. Enfádanme sobremanera estos tales, y más cuando debajo de amistad van perdiendo el debido respeto. Así, procuro huir su comunicación, gastando en otras cosas los ratos que me habían de ocupar sus impertinencias.

Sería de parecer que, entablado y conocido ya por noble, os anduviésedes solo. La soledad eligida para contemplación de la verdad es loable, dignísima, y en todo diversa de la que se sigue por soberbia y bizarra locura; que entonces viene á ser bestialidad. De las vidas, la más mista es la mejor y más alabada. Es

bien hallen albergue en la casa de cualquiera Madalena y Marta, juntamente activa y contemplativa. Ambas son comparadas al día y noche: uno para trabajar, y para descansar la otra.

Si por ventura os sucedieren desgracias, adversidades y miserias, no os perdáis de ánimo, sino mostraos valiente y constante, cosa que no suelen hacer estos nuevos pájaros de caballería, que al primer infortunio pierden las alas y los bríos, rindiéndose á los pies de la más flaca infelicidad. La virtud y constancia del valeroso se afina y perficiona en las tribulaciones. "Son (dice el glorioso padre Agustino) las aflicciones en el hombre como el fuego al oro, como la lima al hierro, como el trillo al grano.,, "De ninguna cosa (afirma Séneca) reciben los dioses mayor gloria y contento, ni hay espectáculo para ellos tan agradable, como ver á los mortales luchando y combatiendo animosamente con los furiosos ímpetus y graves golpes de la adversa fortuna.,, A vos, que, como de sano juicio, aborrecéis desvanecimientos, sería superfluo advertiros no os hinchéis ni ensoberbezcáis con las prosperidades y grandezas, si en ellas os viéredes. Ni esto os parezca imposible, pues sabéis lo ha hecho facilísimo la presente edad. Apenas se ven levantados los ignorantes sobre el polvo de la tierra, cuando pierden el sentido, vista y memoria. Abominable proceder, sin duda; y así, lo que importa es ser entonces más humilde, más humano, más modesto. Débese considerar con entendimiento firme ser las dichas humanas tan inconstantes, tan caducas y transitorias, que pasan como relámpago, que vuelan como el viento. Esto suenan aquellos versos de Ovidio:

Ludit in humanis divina potentia rebus,
Et certam præsens vix habet hora fidem.

Mientras más las apretamos, más presto escapan y se deslizan. Como sombra, al fin, que huye del que la sigue y sigue al que della huye. De cuerdos es no confiar mucho en las prosperidades, ni en las adversidades rendirse á género de desesperación. *Vir infelix saluatur spe*, dice Menandro; y Séneca: *Qui nihil potest sperare, desperet nihil.* En los mares sucede á la serenidad la tormenta, y bonanza á la tempestad. De la misma manera, á las felicidades suceden miserias, y á las miserias felicidades. Hállanse en viajes largos llanuras y montañas,

ásperos pedregales y prados amenos; tal vez polvo, tal lodo; ya ríos, ya fuentes. Lo mismo se encuentra en el variable curso de la vida: á veces descontento, á veces alegría; ya trabajos, ya descanso. Finalmente, á un mínimo placer, y éste momentáneo, suelen suceder cien mil disgustos.

También consisten los actos caballerescos en la disposición y modo de proceder con la familia, sea poca ó mucha. Convendría, siendo posible, tener algunos criados cuyos oficios hagan rumor. ¿Hay cosa tan singular como recorrer un sirviente la plaza, con título de despensero del señor don Fulano? Por su medio le viene á conocer medio lugar, y más si concurre en la toma de buenos bocados. No escusaréis un pajecito, mensajero de amor, que saque por las pisadas la fiera que deseáis ver doméstica. Es muy necesario el lucimiento déste, porque, como es dicho común, por el hilo se saca el ovillo, y del lustre del criado se infiere y rastrea la liberalidad del dueño. Gran cosa sería imitar los más puestos que tiene un señor en su casa, aunque fuese haciendo que uno sirviese tres ó cuatro oficios. Por lo menos, los de camarero, maestresala y mayordomo no implica ejercerlos uno; y así, con dos ó tres criados, se ocupan nueve ó diez plazas, y las de más bulto en una familia. Ahora, burlas aparte, procuraréis con todo cuidado y diligencia sean los que os sirvieren personas de buena vida, virtuosos, quietos, fieles, obedientes, de pocas razones, aseados, agudos y codiciosos de vuestra honra y hacienda. Den siempre todos buen ejemplo, publicando con sus compuestas acciones las virtudes y merecimientos del amo. Razón será les paguéis á tiempos debidos sus salarios, cosa bien merecida, pues por tan corto interés vende un miserable déstos la preciosa libertad.

A todos obligaréis con semblante alegre, con palabras corteses, llenas de amor, de caricias. Dispenso en que uséis el *¡Hola!*, sólo en ocasiones de visitas, por acomodaros al estilo grave de señores, con aditamento que volváis luego á la acostumbrada llaneza. No saliendo tal como se desea alguno de los criados, queriéndole despedir, le pagaréis lo de que le fuéredes deudor, y luego le daréis licencia. Si se hallare con algún vestidillo de librea, no se le quitéis. He conocido algunos que no se avergüenzan de dejar en cueros á los que despiden, despojándolos hasta de andrajos inútiles. A ser superior, castigara rigurosamente semejante inhumanidad; ni permitiera desnudar al que se hubiera ocupado quince días en servir con cualquier vestido.

Ninguna de las naciones sigue tan vil costumbre, y más cuando el dueño de la casa despide al criado. Miren primero á quién dan las libreas; mas una vez dadas, tengan ánimo para que las rompan los que se las pusieron, váyanse ó quédense. Jamás los grandes señores reparan en esto; y así, es propio de pelones, de ruines, de apocados. Si por ventura alguno, sin causa ó con ella, quisiese dejar vuestro servicio, por prático y conveniente que sea para él, no le detengáis, aunque le améis y hayáis de echar mucho menos: pagadle y dejadle ir con rostro alegre. "Si el siervo puede vivir sin Sócrates (decía este gran filósofo), gran vergüenza será que Sócrates no pueda vivir sin el siervo.,, Quien deseare hacerse libre y absoluto señor de sus criados, fuera de pagarlos con puntualidad, no les mande cosas injustas ni deshonestas, ni haga acción indecente, en cuya virtud le puedan poner el pie sobre el cuello. No sôlo es justo escusar con los ya grandes injurias y palos, pero aun la demasía de palabras ásperas. Porque, aunque viviendo bien no le deba causar temor se le vuelva el amigo enemigo, es, con todo, prudencia tener gratos á los de menos consideración, que á veces suelen ser importantísimos. Menos se debe consentir maltrate alguno de casa, mayor en oficio, al criado menor. Hanse visto nacer de tales excesos notables inconvenientes, como de muertes y heridas en los que quisieron castigar á otros. Más son, sin duda, los señores muertos á manos de críados que los criados á manos de sus dueños. Vénzanse, pues, los primeros ímpetus de la ira con la memoria de cuán importante viene á ser el no hacer injuria ni agravio. Por semejante respeto juzgo importantísima la elección de buena familia. Suelen los criados aviesos traer siempre la casa alborotada. También tienen por costumbre poner al señor en trabajo y laberinto con los superiores, de cuya congoja apenas se puede escapar sin daño y vergüenza. Ya que sólo pueden los príncipes servirse de gente bien nacida, búsquense, por lo menos, hijos de padres, aunque humildes, virtuosos, de buena fama y opinión. Tengo lástima grandísima á los que forzosamente han de vivir ceñidos de variedad de criados, áspides, por la mayor parte, de quien los sustenta y honra. Como de ordinario no se les puede encubrir los defetos y faltas caseras, son quien primero las nota, las murmura y publica. Tratan entre ellos vilísimamente á los amos de necios, de locos, de arrogantes. En cualquier conversación exageran sus vicios, sus miserias, acrimi-

nando los descuidos menores. Tal cortesano hubo que abrazó la muerte con rostro bien ajeno de tristeza, por librarse dellos. ¡Ay del á quien es forzoso servirse de mozos viles y desechados, hallados por suerte en plazas de vagabundos! ¿Qué fe, qué amor, qué diligencia se puede esperar de sus depravadas costumbres? Háceseles, como sirven por necesidad, una hora mil años, á fin de no cumplirse el mes para pedir el salario. Es peor que todos el que tiene una punta de hidalgo, respeto de la presunción con que desea ser aventajado á los demás. De criado de respeto, de mujer desvergonzada, y de quien, teniendo poco que comer, tarda mucho en la comida, desea el francés le libre Dios. No son menos de huir los sirvientes ingratos, fantásticos y variables. Falta hacienda con que se pueda satisfacer la vana estimación déstos. Desamparan cuando son más menester, sin que se pueda hacer fundamento en su fidelidad. Tal vez son más á propósito los hijos de padres pobres y humildes; porque, deseosos de valer, á todo se ponen. Muchos profesan honra, descubriendo ánimo generoso, valentía y discreción. No les obligará á cometer acto de vileza cuanto tesoro tiene el mundo. Al contrario, los que se jatan de solariegos descubren muchas veces ser ruines de naturaleza en corazón, en costumbres; y así, sólo es noble el virtuoso, aunque haya nacido villano. Es en alguna forma tolerable la altivez que se funda en nobleza de sangre, en eminente virtud ó en grande riqueza; mas del todo insufrible la que se deriva de cierta especie de ignorancia y locura. Sumo error querer el bajo y pobre ocupar plaza de única estimación. Ninguno déstos es bueno para amigo ni criado, por ser del todo inútiles, insufribles, soberbios. Si no fuera ridículo inquirir las figuras de las estrellas y mirar los aspectos del cielo para tales cosas, os aconsejara escusárades serviros de hombres infelices. Son, por la mayor parte, traidores, ladrones ocultos, y por estremo desconfiados. La pestilencia más eficaz para contra la vida es el familiar enemigo, por no guardarse ni recatarse déste el varón confiado. Locura vituperada entre sabios fué siempre el confiarse el hombre de sí mismo, de su animosidad, de su esfuerzo, siendo falta en que de contino incurre la moderna caballería. Avergüénzanse de comunicar con alguno los negocios de calidad, como recibiendo por afrenta haya menester su talento ajeno favor. Estoy cierto observaréis lo contrario. Comunicad con los amigos las cosas que os fueren de más importancia, si hubiéredes hecho experiencia de su dis-

creción. Suelen tener felices sucesos tales consultas, porque con más facilidad reparan dos que uno en los inconvenientes que pueden ocurrir. Montes de dificultades allana tal vez un sabio parecer, un sano consejo; y así, es no pequeña granjería valerse dél en ocasiones.

Algunos juzgan por dicha carecer del conocimiento de grandes ministros, pareciéndoles viven con más quietud cuanto más distantes de su presencia. No apruebo semejante opinión; antes siguiera la contraria, así por lo que es posible suceder en la propia persona (¿quién es tan justo que no pueda incurrir en algún delito?) como en la autoridad y crédito que conviene tener para favorecer á otros. Ultrájanse con facilidad los no conocidos, y, al contrario, los de cuya calidad y costumbres se tiene noticia evitan muchas molestias. Si tuviéredes mano con algún juez, aplicad su favor á buenos empleos. Amparad los injustamente oprimidos y redimid con vuestra intercesión injustas vejaciones. ¿Es posible haya quien de propósito ayude á un incorregible, á un ladrón, salteador ó falsario? ¿Es posible que no se cubre el rostro de vergonzosos colores cuando la inconsiderada lengua forma ruegos y palabras en abono de uno déstos? ¡Oh, cuántas veces quedan sin debida pena grandes insultos y maldades, por impedir el medio poderoso la ejecución de justicia! Hállase el mundo, sin duda, depravadísimo; redes de araña son las cárceles para los más facinerosos, como tengan favor. Las estrechas prisiones, los calabozos y malos tratamientos, parece quedaron solamente en pie para los desvalidos miserables, moscas, al fin, vilísimas.

Una cosa se me ofrece decir, que, si bien en vos parecerá, por vuestra virtud, superflua, debría generalmente ser abrazada de todos, y en particular de los nobles. Esta es la honra y respeto que se debe hacer y tener á los sacerdotes y religiosos. Del modo que Dios nuestro Señor, respeto de su omnipotencia, y como sumo bien y dador de la gracia, debe ser adorado de todo corazón, con todo el entendimiento y fuerzas humanas, así, después de los santos, se deben honrar y respetar en el suelo sus siervos y ministros, sean buenos ó malos, por la suprema dignidad del sacerdocio, que poseen. No ha de menoscabar su mala vida la justa reverencia que les manda tener cielo y tierra. Son en el ministerio que profesan (cuanto á consagrar y contrectar el verdadero cuerpo y sangre de Jesuchristo) más dignos que los ángeles; y así, ¿quién no disculpará los yerros

en que pueden caer como hombre? Notables descuidos he visto cometer en razón desto á grandes señores. Admiróme cierto día ver hablar á un titulado con su capellán, permitiendo tuviese el bonete en la mano. Tanto más abominé acto semejante, cuanto supe después ser estilo de su altiva y soberbia condición no dejarle cubrir en su presencia. En razón desto, no ceso de loar al Conde de Lemos, padre del que hoy es meritísimo presidente de Italia. Siendo virrey de Nápoles, en audiencias públicas y secretas no dejaba decir palabra á cualquiera que trujese hábito clerical, hasta saber si era de misa, ó se hallaba con órdenes sacros. Hacía se cubriese en sabiendo que los tenía. Respondíale con amorosas y corteses palabras, mandándole despachar brevemente. Ya es común y sabida de los más, á este propósito, la ejemplar y christiana costumbre de aquel valeroso español Hernando Cortés, milagroso conquistador de México. Arrojábase del caballo en encontrando algún sacerdote, y prostrado á sus pies, besaba sus vestidos. Dejaba con la frecuencia desta sumisión y humildad atónitos á los indios, y sobremanera obedientes y devotos de tales hombres, á quien tenían por deidades. El peor déstos (estoy por decir) es mejor que el más perfeto secular, por la ocasión que tiene de levantarse al paso que cae.

MAESTRO. En el alma me he holgado seáis de opinión tan piadosa y christiana. Indignas de noble varón juzgo las murmuraciones contra cualesquier personas eclesiásticas, principalmente si son sacerdotes consagrados para el servicio y culto divino. Débense amar los religiosos como siervos de Dios, pues para servirle se apartaron del mundo, volviéndole las espaldas, como á criatura que en sí es bella; mas engañadora. No debrían olvidar los vasallos el modo de proceder que tiene la Persona real, su natural señor y monarca tan poderoso, con sus capellanes. Trátalos como á príncipes, mandándolos cubrir como á grandes y dándoles, como á los mismos, asiento en su capilla. Terrible indecencia es permitir hablen descubiertos; y así, dignísimos de sumas alabanzas el Conde de Lemos que alegastes y el magnánimo Cortés, por tan loable costumbre. De las flaquezas que pueden cometer son jueces los prelados; y así, á ellos solos pertenece el conocimiento de sus culpas y castigos; al seglar, honrarlos no más. Con todo, para evitar daños tan comunes como son descréditos y murmuraciones, convendría viviesen los superiores con vigilancia, examinando cómo se portan y proceden tan importantes súbditos. Confieso suelen ser algu-

nos relajadísimos, ya que, en llegando á desenfrenarse, no hay cadenas ni grillos que los puedan sosegar ni reprimir. En lugares cortos es forzoso vivan los clérigos con gran recato, por hallarse tantos ojos atentos á sus acciones, en quien toman ejemplo de vida christiana, sin faltar, con todo, quien muerda los más ligeros descuidos. Cierto que en las dos iglesias que tuve debajo de mi amparo y administración procuré diesen los sacerdotes que servían en ellas buen olor de su proceder en toda parte. Mis tenientes advertía fuesen varones hábiles, de honestas costumbres, suficientes y pláticos. Daba orden se celebrasen las misas según la determinación del santo Concilio de Trento. Ponía todas mis fuerzas y deseos en mostrarme diligente y solícito cuanto al gobierno y despacho de las almas que se hallaban cometidas á mi cuidado. El arte, sin duda, mas excelente de todas consiste en velar el pastor, para que las ovejas sanas se conserven y las enfermas sanen, las descarriadas se reduzgan y junten, y las erradas se emienden. Amonestaba con blandura á los desobedientes. Contra los pertinaces procedía rigurosamente, invocado el favor y autoridad del brazo superior, todo á fin de que se redujesen al camino derecho de salvación, sirviendo de escarmiento á otros tales. Al sacristán, que de contino procuraba fuese virtuoso, encargaba el enseñar las oraciones á todos los parroquianos de edad conveniente. Si se ofrecían en mi distrito algunas enemistades, bandos, odios, cuestiones, trataba de apaciguarlas con industria prudente y presteza grande, hasta dejarlos á todos unidos y conformes. Visitaba con particular cuidado, si eran menesterosos, á los enfermos, cuya necesidad daba orden se remediase en parte. Consolábalos, y juntamente les traía á la memoria con cuánta facilidad se puede salvar el pobre teniendo paciencia. Notable remisión suelen mostrar algunos curas de grandes ciudades en la ejecución de obras como éstas, tan pías y santas, y tan propias de su obligación. Granjéase de semejante descuido y negligencia indecible culpa, mucho de temer en la presencia de Dios el día postrero. Con los inclinados al juego me mostraba áspero sumamente, por saber, con la experiencia de mi mocedad, los escándalos que se derivan dél, y cuán inquieta trae el alma quien le frecuenta. En las cortes, casi este vicio viene á ser irremediable. ¿Quién, si no es ángel, en tan confuso piélago, en selva de tantas grutas, podrá reglar y poner en pretina tantos monstruos y fieras como navegan y se esconden en uno y otras? Es

lástima considerar cuán á rienda suelta los deja correr igual inconveniente, cometiendo cuantos géneros de excesos puede inventar un depravado apetito. Tal vez me sucedió encontrar en la calle clérigo cuyo traje me le representó por el más perdido que puede caber en la imaginación.

Don Luis. Lo que me causaba escándalo era ver la excesiva severidad con que en las parroquias se trata de cobrar los derechos de difuntos y otras cosas. Justo sería castigar gravemente tales desórdenes, haciendo frecuentasen cualesquier eclesiásticos con más veras y blandura los actos de caridad. ¿Qué razón enseña pedir y juntar entre christianos limosna para enterrar al pobre, poniendo su cuerpo en pública plaza? ¿Por manera, que sólo para con facultosos han de ser prontas las manos de tales ministros, sin que hallen cortesía en ellos los necesitados? ¡Indigno interés, vil ganancia la que con tanto rigor olvida el amoroso estilo y christiandad que se debe tener y usar con el prójimo! Pierdo el sufrimiento asimismo notando cuán apriesa cantan y recitan los oficios de difuntos en misas y honras, al parecer, cuán sin intención, con qué tropel y apresuramiento. Grande curiosidad se requiere en el culto divino para que los fieles se enciendan en devoción; y así, dignos de remedio hasta los menores estorbos que la puedan impedir.

Doctor. Bueno está, señor don Luis; que tenéis pocas canas para reñir tanto. No pueden los superiores estar tan en todo, que deje de haber que notar. Christianos y celosísimos son, y pienso castigarían las culpas más leves de los súbditos, si dellas fuesen advertidos. Lo que importa es acogerse á las palabras católicas que el Magno Constantino pronunció en el Concilio Niceno. Este se celebró año de 315, en el pontificado de Silvestre I, en que se halló presente aquel grande emperador: "Reverendísimos padres (dijo, con ocasión de ciertos libelos que contra ellos le habían dado), Dios os escogió para sus sacerdotes, dándoos juntamente la potestad de juzgar á los seculares. Así, hemos de ser juzgados de vosotros en este siglo; mas vosotros de nosotros, ni aun con el pensamiento; que el juicio de vuestras causas y culpas es y ha de ser reservado á solo Dios,,.

ALIVIO X

ISIDRO. Cerca de Barcelona, ya casi puesto fin al viaje de tierra, deshecha la conversación que ocasionaba el rigor del estío sin haber dado á mi deseo la entera satisfación que tan debida le era de atrás por palabra y promesa, ¿qué sentimiento no podré tener? ¿Qué queja no será razón formar?

DOCTOR. Cese, os ruego, uno y otro; que por haber gastado algo más tiempo de lo justo en lo que no era de nuestra juridición, se detuvo un breve rato la prosecución de lo que os importa. Mas desde luego pretendo emendar este error con mover en vuestro servicio las tardas ruedas de mi lengua y entendimiento.

Pasando, pues, adelante, digo ser la ociosidad propísima de los que se tienen por nobles en esta edad. Harto hicieron en las pasadas nuestros mayores, empleando sus años y vigor en la conquista de su misma patria; y así, no es mucho dejasen de ser, entre batallas tan frecuentes, con demasía especulativos y curiosos. Ahora sí que es gran mengua pasar la vida inútilmente, donde la paz y sus hijas, ciencias y artes, florecen tanto. Levadura de todos vicios llamaron los antiguos al ocio, y cierto se debe huir, como enemigo capital de toda virtud. Ninguno ignora la ocupación del que ahora se tiene por mayor caballero: levantarse tarde; oir, no sé si diga por cumplimiento, una misa; cursar en los mentideros de Palacio ó Puerta de Guadalajara; comer tarde; no perder comedia nueva. En saliendo, meterse en la casa de juego ó conversación; gastar casi toda la noche en la travesura, en la matraca, en la sensualidad. Cualquiera tiene por máxima evitar las fatigas y robarse á los negocios de cuidado. Así, la juventud destos tiempos viene á ser la peor disciplinada que hubo jamás. Hállanse del todo inútiles para la milicia y otros cualesquier trabajos, respeto de los muchos deleites á que se acostumbraron desde pequeños. Por tanto, deseando yo no incurráis en falta tan común y general, no olvidaré persuadiros apliquéis los ratos que os sobraren de forzosas ocupaciones á la leción de autores aprobados. Puesto que no sabéis la lengua latina, haréis, como virtuoso, elección de los li-

bros de quien podáis sacar mayor aprovechamiento. En las flores de santos hallaréis grandes recreos, porque, fuera de contener la explicación de muchos lugares de Escritura, se narran con elegancia las vidas de los justos. Las de los mártires, especialmente, os mostrarán á vivir como christiano verdadero. Su constancia os dejará enamorado y os inflamará para sufrir y padecer, no sólo con paciencia, sino con amor, con voluntad y alegría cualesquier trabajos, congojas y tribulaciones, por Christo y su Fe. También os podrá ser lícito leer otros autores, así modernos como antiguos; mas que traten todos materias importantes para perficionar la vida. Es cierto que no habéis de seguir la guerra; mas, siquiera por curiosidad, apruebo paséis los ojos por los que en vulgar hablan della. Menos daréis de mano á los historiadores, por cuya comunicación vendréis á salir capaz, prudente y advertido. Herodoto, Tito Livio y Tácito tienen entre todos opinión. No olvidéis la vida de Plutarco y comentarios de César. Haceos grande amigo de Séneca, porque en cualquier fortuna os mostrará á ser firme y constante. Estas lecciones y otras tales os causarán contento y regalo bien diferente del que ocasionan los Amadises, Febos y Orlandos: sueños, profanidades, mentiras y locuras.

Si acaso hubiéredes de peregrinar por mar ó tierra, os fuera de particular provecho el estudio de la cosmografía, tratada por Tolomeo y otros que la explicaron con no menor curiosidad. Para poderse alcanzar bien esta ciencia conviene que no se ignoren algunos principios de astrología, y, sobre todo, la esfera. En fin, todas las matemáticas son dignas de que las abracen virtuosos y nobles. Respeto de que podría ser hablar de guerra con príncipes y otros capitanes, con ingenieros, con trazadores de fuertes, de murallas, de castillos, apruebo el inclinaros á tales cosas. Así, podréis aprender el modo de fortificar, de minar y contraminar, de hacer cavas y trincheas, de plantar y levantar artillería, de batir y combatir con ella; todos ejercicios de gustoso entretenimiento. El deseo de saber es natural en el hombre; por tanto, es fuerza os agrade mucho el poseer variedad de curiosidades, aprobadas por personas sabias y discretas. No pongáis consideración en que deje de ser tal el sujeto que os hubiere de enseñar lo que ignoráredes, puesto que tal vez se halla en lugar estéril y selvático alguna yerba de grande valor, de que carecen fértiles y bien cultivados jardines.

He descubierto natural atención en vos al escuchar, y no

menor modestia al responder; y así, no tengo que advertiros sobre este particular sino que sigáis vuestra inclinación. Causan abominación algunos mozuelos (tan ignorantes como presumidos) que tienen por caso de honra no ceder en cosa de cuantas se proponen en la conversación. Son sus respuestas arrogantes, impetuosas, vacías de discurso y entendimiento y llenas de engañosa afición. No las fundan en razón, sino en antojo. Quisiera yo el hablar y responder, ni tardo, ni veloz en demasía. Las palabras, elegantes y limpias; requisitos por quien serán oídas de mejor gana, ocasionando el dueño singular respeto y decoro. Tienen algunos por costumbre soplar mientras hablan, juzgando este defeto por especie de gravedad; mas cuán bestial sea podrá conocer quien menos supiere. Los gestos, en que dan muchos, es falta donosísima, haciéndose voluntariamente espiritados y figuras. Muchas veces son los pasos indicios del juicio. Tengo por eso de mejor linaje los que guardan una medianía: ni apresurados, ni perezosos. Por la mayor parte, los pies de hombres pequeños parecen taravillas: tan azogadamente los mueven; mas yo de tales no fiaría el gobierno de diez pulgas. Alegan se granjea por este camino la pérdida de tiempo que resulta de andar despacio, prenda, entre todas las de la vida, la más amada y de más valor, que no se puede recuperar si una vez escapa de la mano. Tuvieran razón, á no desperdiciarle por otras vías, siendo flojísimos gastadores dél cuando más importa. Pasa velocísimo, y así, con la misma velocidad conviene dispensarle. Hace más irreparable su pérdida nuestra negligencia; mas no la moderación de los pasos.

Acuérdome en mi niñez asombraba á un lugar entero ver entrar por él un hábito de las tres órdenes, Santiago, Alcántara y Calatrava. Los aldeanos, en particular, casi se daban golpes en los pechos en viendo pasar al señor comendador. Ya cesa admiración semejante, por haber muchos, y no pocos, pobres. Bien será, para crecer vuestra reputación, que, aunque sea prestándoles algunos dineros, os hagáis amigo de dos ó tres déstos. Suelen, cuando les falta quien les preste caballos para ruar, honrar con su paseo los arrabales. Procurad, pues, hacerles compañía en tales ocasiones; será su lado de mucha importancia á vuestra estimación. Seguiréis el mismo estilo en las iglesias los días festivos, por ser lugares de gran concurso y lindísima ocasión de que os tengan los circunstantes por casi caballero, viéndoos hablar despejadamente en la rueda de los que lo son.

Aunque sean derramados los que traen estas insignias, dicen honor y nobleza; si bien sería más acertado campeasen en pechos que justamente se pudiesen llamar albergues de valor y virtud. Con estas dos circunstancias puede quedar honrado el mismo hábito, y ufano el dueño de haber merecido recebirle por ellas. Tenerle es don de fortuna; mas el ser bueno nace de propia industria y trabajo, adquerido mediante la divina gracia. Consolaos, si no lo tuviéredes, con merecerle tener, y que en opinión de todos seáis digno de recebirle.

No hay enemigo tan fuerte contra la virtud como la soberbia y vanagloria. Suele el oirse loar descomponer al más templado; mas el cuerdo, en medio de tal tentación, da gracias á Dios por la suprema merced de que, siendo un bajo gusanillo, le conceda ser alabado en este mundo. Así, reconoce su bondad (si es que la tiene) de su gracia y omnipotencia; no de su merecimiento. "¿Qué tiene el hombre (dice San Pablo, sonoro clarín del cielo) que no haya recibido? Pues si lo recibió, ¿de qué se gloría?,, Grande es la perfeción de la virtud; no altera al que la sigue ver desacreditadas sus obras. Ríese de los ultrajes del mundo y estima sus infamias por honras. No le afligen sus detracciones, ni le atribulan las menguantes y crecientes de dignidades. Júzgale por variable, por loco, por ignorante, por ciego, y que, como tal, las más veces vitupera donde ha de engrandecer y honra á quien ha de vituperar. Falsos testimonios llamó un antiguo á los ojos y lenguas del vulgo. Dijeron otros ser el mismo semejante al mar, que con cualquier viento facilísimamente se mueve y embravece.

He notado en la Corte la puntualidad con que los nobles se presentan unos á otros, estimando tal vez en mucho cosas menudísimas, el plato de fruta, el melón, la nata, y cosas así. Si este camino os pareciere á propósito, juzgaría le siguiésedes. A costa de cortos intereses no es malo conquistar grandes favores. Por un plato de peras sé yo quien tuvo osadía de pedir á un juez la soltura de cierto delincuente que se había de con denar á galeras. Con todo, según mi parecer, será acertado evitar la costumbre de tales presentes, principalmente los de beber y comer, porque, á la verdad, se hace poca estimación dellos si carece de igualdad el que los envía. Y antes atribuyen á disinio que á cortesía aquel cuidado. Demás de que no escapariades libre de alguna sospecha si después de enviar el regalo les sobreviniese algún acidente, aunque procediese de sus

desórdenes. Ayudan á fomentarla los criados de mala intención, habladores y amigos de escandalizar siempre. Cuanto produce la tierra halla por su dinero el rico, y así, hace poco caso de lo que con él puede comprar su despensero en el teatro de la plaza. Para ellos son cosas comunes las que el menos facultoso estima en mucho: el francolín, la perdiz y todo género de caza y pesca, carnes, frutas, confituras y conservas. De mejor gana reciben armas, libros, caballos, perros y alhajas semejantes, como más durables y firmes. Ahora el verdadero presentar, para tiranizar cualquier gracia, es cantidad de oro y plata, de riquísimas joyas y preseas. El estilo más cortesano es que en esta materia se siga la inclinación del á quien se ha de enviar el presente. Serán gratísimas las armas al soldado; los libros, al que profesare letras; al caballero, el caballo; el perro, al cazador; el halcón y otros pájaros, al aficionado á cetrería; sin que sea lícito pervertir tal orden, por no ser tasado de poco juicio, como quien desperdicia lo de que no ha de conseguir agradecimiento. Lo que me suele provocar á más risa que lástima es el exceso con que algunos presentan, sin poner los ojos en la futura calamidad derivada de su desorden. En una ocasión de agasajo (sin tocarle) sé yo quién consumió deciocho mil ducados de renta, en virtud de quien quedó pobre y retirado, sin que de la persona que pretendió obligar le viniese género de remuneración. A cierto señor, ambicioso y rico infelizmente, aconsejé tal vez guardase el dinero que derramaba sin fruto, pues no podía equivaler la merced á que aspiraba el gasto, hecho, como se suele decir, en pecado mortal, pues ni se estimaba ni agradecía. A tales destruye la vanagloria y los hace pelícanos, no de sus hijos, sino de ajenos. De suerte, que por la imaginada medra en el honor no evitan el dejar destruídas sus casas, y sus mayorazgos pobrísimos. El que da, debe, para ser cuerdo, poner la mira en su facultad y estado, y la consideración en los méritos y calidad de la persona á quien se presenta. Sólo es de príncipes acudir á esto espléndidamente, pues en no hacerlo así mostrarían miseria, avaricia y vileza de ánimo. En esta conformidad, os persuado seáis liberal según vuestras fuerzas, si queréis ser dueño de muchas voluntades. Fío de vuestra prudencia no erraréis en este punto, pues conforme la opinión que de vos tengo, apto será para hacer bien cualquier cosa quien para su acierto sabrá elegir la razón por guía. Es entre todos asentado principio ser más loable acción la del dar que la del recibir. "El dar (dice

Sócrates) es de la sustancia de la gloria; y el recebir, de la sustancia de la necesidad.,, Ved, según esto, cuál parte debe ser antes eligida.

Ya tendréis noticia de cuán sabroso bocado es saber faltas ajenas, de quien los imprudentes suelen hacer por momentos pomposa muestra y alarde. Gran nobleza sería saberlas y no publicarlas; mas los que habéis de tener por compañeros en la caballería observan estilo diverso, contra los preceptos de caridad y contra toda buena costumbre. La primer cosa que se ejercita en las modernas conversaciones es hacer hora de recreación con los defetos del prójimo, en cuyas ocasiones estaría bien á muchos ser, para verlos, ciegos; para oirlos, sordos; y para referirlos, mudos. General enfermedad es ésta en el mundo, y corrupción de que se saca singular gusto y deleite; mas cierto que es dar á logro, pues por uno se reciben ciento. Deseo ardentísimamente se hallen vuestros sentidos bien purgados de tan depravado afecto, usando dellos con la templanza que nos amonesta la razón divina, y no como incitan los apetitos humanos, que de contino buscan lo que los brutos. Para oponerse derechamente á tan engañoso gusto, convendría antes de juzgar la falta ajena considerar cada uno las suyas. Mas ¿qué feo no se parece hermoso? Fué siempre de valientes y generosos tener compasión y mancilla de los caídos, sin procurar encumbrarse con la ostentación de ajenos menoscabos. El que no convida, riñe pendencia ó presta, dicen todos no ser bueno para amigo. Yo, dejado aparte el reñir y convidar, en que había mucho que advertir, confieso ser de vilísimos sujetos no socorrer, pudiendo, con empréstidos á los conocidos necesitados. Esto se entiende de modo, que el prestar no sea perder. Igual punto os ha de ocasionar no pequeños cuidados. Será, sin duda, público entre los que conversáredes que no tenéis el escritorio vacío de algún dinero; opinión que bastará para que llueven sobre vos importunas demandas. Hállanse muchos cuya calidad les vedó el pedir limosna, si no es con título de que se recibe prestado. A éstos, si os importare conservar su amistad, os convendrá socorrer de cuando en cuando, no con la cantidad entera que enviaren á pedir, sino con la mitad, escusándoos con que por hallaros algo alcanzado no va cumplida. A dos veces que os embistan deste modo, como no han de pagar, será forzoso que os dejen libre en lo porvenir; y así, á poca costa los vendréis á tener al doble obligados. Jamás habéis de dar á entender que tenéis memoria del

préstamo; que hacerlo es tal vez causa de indignación, sucediendo á muchos desobligar por este camino. Si tuviéredes intención de hacer este beneficio, por ningún caso le dilatéis, ya que el *prestar* se compone, como si dijésemos, del *presto dar.* Aseguro es más agradecido y estimado el servicio hecho con voluntad y presteza. Si por ventura (que á muchos ricos acontece) tuviéredes necesidad de que os presten, sed puntual en volver lo prestado, sin dar lugar á que se verifique en vos aquel dicho que "el no pagar es un hurtar disimulado.,, La mayor nobleza que en razón desto se puede tener será excluir de los beneficios que se hubieren conferido cualquier recambio, premio ó presente; porque recibiéndole, se pierde el continuo contento y alegría de haber hecho aquella comodidad. Tiene el recebir no sé qué de cobarde y efeminado, que el más despejado y brioso se turba y corta si encuentra con el deudor, ó pasa por la tienda de donde sacó fiado. "No paso por ahí (suelen decir algunos), porque muerden,,; que es lo mismo que deber ellos. Por eso procuran valerse de rodeos y estratagemas para oviar el encuentro que les puede dar pena. De suerte, que no hay fiscal que tanto solicite la paga como la misma vergüenza, teniéndola el que es deudor.

Si vuestra ventura (puesto caso que lo sea) os concediere familiaridad con algún príncipe, para su conservación conviene valerse por momentos de la humildad. El ser de contino más bien criado, más cortés y modesto os abrirá más ancha puerta para entrar y asistir en la gracia de los mayores. No sé con qué fundamento se hacen algunos escuderos camaradas de grandes señores. Apenas los entran á visitar, cuando se cubren y sientan. Hablan briosamente (osadía desvergonzada) en su presencia, atreviéndose por acá fuera á blasonar que tienen por amigo al tal personaje ó titulado. Tonto, el que lo haces así, ¿no consideras que provocas risa en cuantos te escuchan? Si no, dime: ¿qué simpatía puede haber en tan crecida desigualdad? Tú, pobre, y por suerte lejos de virtud y nobleza, desvalido y sin poder, ¿cómo te podrás ajustar ni unir en voluntades con quien por la mayor parte abunda de lo en que tú padeces penuria? El poderoso, el nobilísimo, el emparentado con la mejor sangre, el con estremo rico y de ordinario ceñido de regalos y olores, ¿no quieres se desdeñe por instantes de comunicar familiarmente con quien muere de hambre, con quien, si trae cuello, puede ser le falte camisa, y zapatos si tiene medias? Pues entender que por

necesitado te han de cobrar amor, engáñaste. No hay cosa que tanto aborrezcan como al menesteroso y deslucido, por imaginar que los ha de embestir, si no hoy, mañana. Sin esta verdadera consideración, vives satisfecho y vanaglorioso de que te habla el señor con semblante alegre, de que te da silla, de que te mete en su coche; como si no hiciesen lo mismo con los hombres de placer, y no pudieses estar también celoso de si la plaza que, á tu parecer, ocupas en su voluntad se deriva de su gusto, sino de su interés. Ganancia, pues, será no entremeterse con príncipes; mas si ellos (que puede ser) se quisieren entremeter con vos, no olvidéis los artificios y ardides con que debéis mantener su amistad peligrosa. En su presencia no deis muestra de liberal ni pródigo; que será ocasión de desdeñarlos y correrlos; circunstancias que os habrán de salir á los ojos. Si fuéredes á sus casas, contentaos de que sepan que estáis allí; porque, sabiéndolo, si os hubieren menester, os harán llamar. Guardaos de entrar donde estuvieren, atrevida y desvergonzadamente, aunque la puerta esté de par en par; que será ocasión bastante para que un criado, por ignorante y vil que sea, os dé con la antepuerta en la cara y os haga salir afuera más que de paso, con gran dolor y confusión vuestra. Pues decir que os librará desta vergüenza, hecha una vez, el mismo señor, aunque se muestre disgustado y con pesadumbre por el mal tratamiento, es engaño; porque en secreto tienen dadas semejantes órdenes, convenientes á su decoro y autoridad. Para evitar tales afrentas, vale más ser llamado que excluído, y más discreción encogerse con la modestia que dilatarse con la demasía, ya que, por lo menos, arguye la primera ingenio y prudencia, y la segunda, locura y bestialidad. No embistáis con la lengua al privado de algún gran señor, aunque le reconozcáis ceñido de abominaciones; que será disparar flechas contra vuestro pecho. Son sus excesos entonces ilustrados con el exceso de favor, sucediendo aun con los levantados del polvo de la tierra lo que á los cuerpos con el sol cuando está en el meridiano: que habiendo subido todo lo que puede, hiriendo por zenit, derecho, y no al soslayo (como acontece á los que viven en las Indias dentro de los trópicos de Cancro), es ocasión de que plantas y hombres no hagan sombra. Todos lisonjean al que puede, juzgando por virtudes sus vicios; puesto que quien le alienta y encumbra hace parecer alabanzas sus vituperios; resplandores sus sombras.

Suelo aconsejar á los que quiero bien y tienen con que pasar

den con todas veras de mano á cuidados y negocios, por la inquietud de que intrincándose en ellos participan cuerpos y almas. Es grande bien vivir sólo para sí, careciendo de la penalidad y desabrimiento que ocasiona la puntualidad que requieren las negociaciones. Mas si del todo no os pudiéredes librar destos abrojos, poned cuidado en concluir con brevedad todas las cosas que hubiéredes de hacer. Huíd de la dilación, porque os podrá suceder algún contrario acidente que impida el fin del negocio. Si en agradecimiento del presto y buen despacho os fuese forzoso hacer algún reconocimiento, no lo dilatéis; que ganaréis más gracias. ''Quien ha de conferir (dice Augusto) el bien, no se detenga; que en él es inútil el aguardar, y en el que espera, causa de indignación,,.

Los más diestros sátrapas de la Corte, que arrastran más oros y sedas, suelen tener disimuladameute metida la mano en algún género de mercancía de tratos y contratos ilícitos. Es gala ya entre ellos el logro y usura, poniendo su felicidad en cualquier ganancia, si bien injusta y prohibida. Tienen grandes inteligencias con los corredores (conocida peste de la tierra), por cuyo medio y negociación se dan las perniciosas mohatras y se hacen las ilícitas ventas de escrituras, á quien llaman remedio socorrido. El secreto y cautela con que estos ministros diabólicos negocian deslumbran por instantes las diligencias de las justicias, que aunque más se desvelen por cogerlos en fragante, no pueden; y así es casi imposible el castigarlos, no obstante lo hayan intentado muchas veces. En fin, no es trato de nobles, sino de sujetos tan viles, que, por no murmurar, los dejo en sus cambios, donde los mismos publican sus alabanzas. El granjear con la tierra, que tiene oficio de Dios en dar por un grano ciento, tienen los discretos y buenos christianos por acción virtuosa. Así, cuando en vuestra hacienda apeteciésedes lícito aumento, sería de parecer empleásedes parte della en heredades y posesiones distantes dos ó tres leguas de la Corte; porque las más cercanas corren peligro de ser destruídas de caminantes. Otros hacen empleos de aceite, de cebada y cosas así, para venderlo en ocasiones de carestía á precios subidos. Esto no apruebo, como fundado en vil codicia, con que desean aprovecharse de la necesidad del tiempo.

A cierta nación atribuyen natural inconstancia cuanto á no cumplir lo que promete; mas entiendo es ya lacre general casi en todas las provincias del mundo. Suponen no correr más

obligación de cumplir palabra de en cuanto redunda en aprovechamiento, ó no, del que la da. Indignísimo yerro es éste, en que parecerá superfluo cualquier aviso. Es de prudentes pensar y considerar bien si la promesa es lícita, honesta y justa; y siendo tal, de generosos y buenos darle cumplimiento sin dilación. En el hombre honrado es bajeza y vituperio faltar de su palabra, corriendo semejante obligación á cualquier género de personas. Esta viene á ser gaje y prenda inviolable en todos, así príncipes como súbditos, sin que se deba perder jamás de la memoria la divina sentencia del Psalmista: "No anularé lo que procediere de mis labios,,.

Evidente ruina de las haciendas suelen ser las fianzas; y así, guardaos de que os metan en ellas los caballeretes vuestros amigos en ocasión de sus mohatras y otros embelecos. Hácese aquí propia la deuda ajena, y si se paga, se ha de cobrar tarde, ó nunca; y si se cobrare, no será toda; y si toda, quedaréis declarado por enemigo mortal del á quien fiastes. No es mala escusa decir tenéis hecho juramento y solene voto de no entrar en esto, pena de ir á Jerusalén ó á Roma, por un mal parto que tuvo vuestra mujer, respeto de una ejecución que se hizo en sus bienes por otrá fianza. Si no fuéredes creído, valdrá, por lo menos, para eximiros de semejante molestia. Quiébranme, cierto, el corazón cuando veo algunos que conocí ricos, puestos en el más ínfimo lugar de pobreza, por haberse ingerido en abonar hombres que profesan hacer asientos de varias rentas. Son éstos como peñas, que desencasándose de altas cumbres, no sólo solicitan su impetuoso despeñamiento, sino que llevan tras sí cuanto encuentran, hasta parar en el centro de su perdición. Allá se lo hayan á solas instrumentos tan dañosos, que espero en vuestra cordura evitaréis sus riesgos.

Consiste la experta discreción en gastar la renta que Dios da con tanta industria, destreza y prevención, que jamás peligre el individuo de toda la hacienda, pues se debe conservar con el cuidado que la planta en el jardín, para que dé fruto todos los años. Es justo acomodarse siempre con los tiempos; que no todos dan franca licencia para el gasto excesivo. Poned de contino límite al deseo, si queréis vivir sobrado. No compréis lo superfluo y que por ningún caso habéis menester. Hombres hay que traen á cuestas todo su caudal, gastando muchos ducados en solo un vestido. Procúranse ennoblecer por este camino, y es el caso que antes se echan á perder; porque como quiera que

en sus haberes se conocen cortas raíces, sólo sirve aquel demasiado lucimiento de tenerlos por locos. Sin esto, hay muchos en quien todas las joyas, sedas y brocados del mundo campean como estiércol: tan ajenas de agrado y disposición se hallan sus ruines presencias. Por manera, que conviene usar en esta parte de modestia, evitando todo lo posible no hacerse singular con deslumbrados excesos.

Los indicios de un buen entendimiento, inventor de todas artes y ciencias, son la trabazón y agudeza de razones y concetos. Hasta el paseo es casi descubridor del natural de cada uno. Pocas veces engaña la gallardía del aspecto, y pocas la cordura en la moderación y honestidad del vestido, pues en cualquiera puede haber gentileza, garbo y aseo.

Son casi innumerables los que por su gusto frecuentan las ricas almonedas de señores, donde son tentados de la vista de preciosas alhajas. Los curiosos acaballerados revientan por tener adornadas sus salas y retretes como suelen los suyos los personajes de más consideración. Huya de vos semejante desvanecimiento, y por ningún caso os alteren las cosas que se adelantan á la sustancia y ser de vuestra calidad y hacienda. Superfluos ornatos son los más de que hace caudal el mundo, y muchos, instrumentos inútiles, de quien si os queréis deshacer en algún tiempo, ha de ser con increíble pérdida. Con todo, si os venciere algún antojo en comprar lo que no habéis menester, no seáis quien haga su primer precio; antes seguid la postura y opinión que otros hubieren hecho, si fueren prudentes. Personas he conocido felices en tales empleos, de que les ha resultado grandes ganancias; mas, sin duda, requiere tal ejercicio particular inteligencia y ventura. Sábese de cierto señor que se ocupaba en hacer caballos de potros, y tal vez tuvo suerte de vender en mil escudos el que apenas le había costado cincuenta. Al contrario, otros los descrían, desmedran y deslucen, haciéndolos, de lozanos y bellos, rocines vilísimos. Síguese, pues, que para todo es necesario tener buen conocimiento y cuidado en no maltratar lo costoso, cuya conservación ha de ser de provecho algún día.

Ninguna cosa aborrecen tanto los que desean tener quietud en el espíritu como los pleitos, obra, al fin, de quien la inventó, que fué el demonio. Muchas son las invenciones, trazas, astucias y falsedades de los hombres. Por tanto, son constreñidos tal vez los de mejor conciencia á defender su capa de los que

sin justicia se la pretenden quitar. Si os embistiese la malicia de alguno y os forzare la necesidad á seguir tribunales para eximiros del engaño, maldad y tiranía ajena, procurad entonces que no os falte diligencia. Favorecen las leyes más á los solícitos que á los perezosos. Como el litigar es guerra, páganse momentáneamente los descuidos que en ella se cometen. Haced como el buen soldado, que al entrar en la batalla, deseando la vitoria, reconoce sus armas. Antes de comenzar el pleito, aconsejaos si tenéis razón con letrado de ciencia y conciencia, cuyo parecer seguiréis. Lo mejor, más cierto y seguro sería concertaros presto, guiado por el común refrán que afirma valer más mala conveniencia que buena sentencia. No hay fieras tan rabiosas para herir y despedazar miserables como abogados, escribanos y procuradores; y así, se ha de hacer todo lo posible por escapar de sus uñas. ¡Oh, cuántas penas, ansias y tormentos se pasan hasta poner en estado un pleito! ¡Cuántos dispendios y dilaciones hasta llegar á sentenciarle! Penden, sin duda, los efetos de la justicia de sus ministros, como el bajel de los pilotos, que, siendo pláticos, le llevan á su albedrío. Con su saber aseguran los pasajeros de los peligros del mar, ocultas rocas y bajíos. Para esto llevan la sonda en la mano y los ojos en la carta y norte. Sin la sonda de la razón, carta de la ley y norte del buen celo, la nave de la equidad va perdida, presto encalla, trágala el mar, ó sin dilación se despedaza, y al improviso se pierden marineros y viandantes. La mayor seguridad de los reyes para con los vasallos nace de administrarles justicia y conservarlos en descanso y quietud. Con esto, no procuran mudanza los que se hallan bien, siendo común desearla los que no se contentan de su estado. Admira que siendo los más de los jueces letrados, rectos y de buena intención, tengan las causas que se ventilan, así civiles como criminales, larguísimas resoluciones. Mas ¿qué mucho, si apenas se halla casa ó heredad que esté del todo libre de alguna diferencia? Tal hay que mientras se hace la escritura está imaginando el modo que ha de tener para invalidarla; ocasión de no haber cláusula segura, claridad que no se escurezca, ni certeza que no se dificulte. ¡Válgame Dios! Si pudieran cobrar veloz curso las causas civiles, ¡cómo le perdieran casi infinitos hurtos y cohechos que con su título se cometen, con singularísimo beneficio de pobres, cuyas haciendas usurpan los ricos! Al fin, quien dura vence; siempre quiebra por lo más delgado, y siempre las ballenas tragan á los peces

menores. Las causas criminales, causas de vidas, de honras y daños irreparables, justo fuera caminaran con más velocidad. Por lo menos, es triste cosa tratar siempre con ruines y mal inclinados. ¿Qué oídos no se ofenden con los continos ecos de heridas, muertes, palos, stupros, robos, resistencias y cosas así? Auxilio y singular favor del cielo ha menester quien ha de domar inclinaciones tan rebeldes, costumbres tan libres y dañosas. El piloto más sabio se atribula en las grandes borrascas cuando conoce se halla carcomido y mal seguro el bajel en que camina y navega. Fuerte reparo requiere el edificio que amenaza fácil ruina. Sujetos de grandes vicios piden sujeto de grandes virtudes. Hállanse las cortes, entre todas las ciudades, más menesterosas de brevísimo despacho, por haber en ellas muchos delincuentes y facinerosos. Muchos son los presos, así de su jurisdición como de otras partes, por ser sus tribunales ordinarios y de apelaciones. Todos los días despachan no muchos, y todos los días entra grande cantidad, para no salir en algunos años. Que esto (como apunté ha poco) proceda de escribanos y procuradores, no admite duda, puesto que de mala gana unos y otros dejan el provecho que les resulta de tales dilaciones. Así, alargan las causas todo lo que pueden, y pueden mucho, con notables daños de las partes. Con todo, me atrevo á decir se deriva de los jueces la culpa principal, de quien, sin duda, son fundamento. ¿Qué causa puede haber, por grave que sea, que en un mes no se sustancie, perficione, concluya y sentencie, y más teniendo el arbitrio tanta parte en lo criminal? Ninguna, por cierto. Desto se infiere convenir para su breve expedición se desvele el príncipe en la elección de jueces. No basta sean letrados de buena intención, costumbres y vida, sino también astutos, sagaces, pláticos y sabidores de infinitas circunstancias, dobleces y malicias, que no se aprenden con los libros, estando encerrados en los estudios. Siendo así, descubrirán persecuciones, aclararán falsedades y reconocerán calumnias. Hállanse los hombres sujetos á tantas imperfeciones, que apenas hay quien escape de todas. Sé decir viene á ser cualquiera dañosa sumamente en ministros públicos, ya que, siendo posible, deben ser dechados á quien todos imiten. Sabido es llevan sus acciones tras sí los ojos de todos. En ellos los ponen; á ellos, como á oráculos, por respuestas acuden, y con ellas se reglan y miden. Ojos demasiado curiosos osaron descubrir tiempos atrás algunas motas en los que administraban justicia. Enfadosa entonación,

alteración fácil, largas resoluciones. Traíanles á la memoria no sufrir Dios compañeros en la adoración, los reyes en la soberanía, ni sus mayores ministros igualdad en el mando y administración de supremos cargos. Mas ¿qué mucho, si se dobla tan mal la natural entereza española, en quien vemos ser más altivo el más pobre? Juzgo, pues, cosa loable en los letrados de perpetuas sillas amparar á los que no las tienen, poseyendo virtud. Debríanse acordar han sido todos compañeros, y por ventura de iguales trabajos. Grandes artificios noté en los ministros ultramontanos las veces que con ellos traté algunos negocios. Satisfacen con palabras, cumpliendo las que dan con arras recibidas; mas, por otra parte, no se puede negar tienen gran prática y conocimiento. Proceden sin violencia; saben disimular, reportarse y sufrir más que los nuestros. Adquieren y conservan amigos con más facilidad. Dan gusto con respuestas apacibles, sin que jamás su lengua pronuncie injuria. En las salas, si pueden vencer, acometen; cuando no, inclinan á la parte que saben los ha de acudir otro día.

En suma, todos los que administran en estos tiempos son celosos del servicio de su rey y bien público, rectos y hábiles para consultar y resolver los negocios más graves, si acaso respetos ajenos y pasiones propias no les hacen torcer el derecho camino. Quien más los destruye es la invidia, fiscal de honras y cargos, entre quien anda por estremo aguda, incitándolos á que cualquiera anhele por la superioridad de nombre, crédito y opinión.

MAESTRO. ¿Qué os parece la polvareda que ha levantado el tomar en la boca los pleitos? Dios nos libre dellos, y de los que tienen por profesión vivir de fomentarlos. Mas pasad adelante; que es gustosísima la materia que tenéis entre manos, por tratar de costumbres y públicas acciones.

DOCTOR. Los que más bien gobiernan sus casas son los que poseen moderada hacienda; de la forma que se suelen tener mejor cultivados limitados jardines. Así, no hay que dudar en el buen gobierno de la vuestra; mas si acaso viniese en tan grande aumento, que fuese menester valeros de ajenos pareceres, daréis grato oído á los que os dieren vuestros domésticos y familiares. Bien conocidos serán de vos los que tuvieren más buen juicio, más aventajado ingenio y discurso más excelente: pues con ellos tendréis cuidado de comunicar lo que importare y se ofreciere en vuestra familia. Quede, no obstante esto, re-

servada á vuestra voluntad la resolución de todo, porque se entienda sóis dueño y señor de tales cosas. Otros se guían por ajena deliberación, ignorando adquieren nombre de incapaces mientras libran en otro las veces de su albedrío. Conviene dar á entender que hay valor y suficiencia para cualquier determinación y para tomar en la mano el timón de la nave y guiarla al puerto que pareciere más seguro. Arguye flaqueza grande de entendimiento el dejarse gobernar por otro, granjeando opinión de bestia que con el cabestro permite le guíen aquí y allí. Desta ignorancia y bajeza he deseado siempre ver libres á todos mis amigos, por ser nota tan importante la que padece el honor por este camino. De lo contrario, se seguirá ser mucho mejor servido. Temen los criados al señor que sabe mandar y enojarse, haciéndolos andar listos su buen discurso. Hasta los artífices procuran dar doblado contento al inteligente con las cosas bien acabadas. Siempre se supone de un buen gusto que ha de escoger y poner los ojos en los más sabios maestros de sus oficios, ocasión de esmerarse y de perficionar más prolijamente lo que se les encomienda. Desvélanse por adquirir entre curiosos opinión de más primos y excelentes, respeto de juzgarlos por clarines de sus obras, con que se aumenta su operación por el concurso de feligreses que les convocan. Nunca los necios aciertan la primera vez; y así, á costa de su hacienda, y con exceso de disgusto, les es forzoso confundir las cosas, con tres pérdidas de tiempo, que consisten en hacer, deshacer y volver á hacer, todo por su corto talento y por la elección de ruines oficiales. El discreto huye de artífices ignorantes, fanfarrones y jatanciosos, que alaban sus obras en sumo grado, por ser los que con más facilidad echan á perder lo que toman entre manos. Por lo menos, dañó siempre la confianza; y así, es cordura estar temeroso de que lo hará mucho peor quien promete de sí mayor excelencia. Para todo es conveniente vivir apercebido, pues la llaga que á tiempo se remedia es más fácil de curar y no duele tanto. Por otra parte, es de nobles aplicar el juicio á lo mejor en las cosas inciertas, por denotar lo contrario ánimos perversos y apasionados. Los señores fundan su mayor descanso en que camareros y mayordomos cuiden de su vestir y comer. Así, es propio oficio de los primeros acudir á los mercaderes y en presencia de los sastres sacar las mercaderías necesarias para vestidos comunes ó galas exquisitas. Ellos las trazan á su modo, poniendo de contino la consideración en lo más plático

y cortesano. Por este camino consiguen los camareros grandes aprovechamientos del mercader y sastre; aquél, por el beneplácito de los precios, y éste, por el consentimiento en la demasía de lo que sacan y del exceso con que proceden en las hechuras. Pues ¿qué si uno y otro es originario de Peñafiel? ¡Allí sí que es el cargar la mano y conciencia, á costa del mentecato que tiene por blasón de caballería y gravedad no asistir á tales menudencias! Es cosa ridícula ver los altibajos de los poderosos: á veces reparan en ligerísimo interés, y otras sufren de buena gana que los desuellen. A cierto criado valió una almoneda que hizo su dueño, en virtud de sus inteligencias, cuatro mil ducados; y aunque después lo supo el señor, pasó por ello sin alterarse. Por otra parte, es la gente menos prolija y más fácil de contentar de cuantas se hallan. Sólo no pueden sufrir les vengan estrechos los vestidos, sin reparar en si están bien ó mal cosidos, mal ó bien cortados.

Cuanto á mayordomos, es cosa perdida ver lo que pasa. Basta uno déstos á destruir el más grueso mayorazgo, y más en la forma que se usan hoy los señores. Conviene, aunque se tenga el tal por factor diligente, no descuidarse con él, dejando de mirar á menudo los libros de renta y gasto. Triunfan éstos de contino, librando el peso de su comodidad en los hombros de su descuidado dueño. Apenas en veinte años le toman cuenta una vez, verificándose al punto el proverbio de "á cuentas viejas, barajas nuevas„. De cualquier modo, no ha de faltar para el banquete, para la gala, para el vicio, por mucho rigor que con él se use; pues entender que todo esto procede de sus juros y posesiones, créalo quien quisiere. No hay circunstancia de mayor contento, ni tan digna de apetecerse, como la luz y claridad de todas las cosas; y así, á valer mi opinión, por momentos había de mandar dieran razón de sí los hermanos mayordomos, á fin de que no les hiciese sus apetitos á mi costa unos Epicuros. Las fatorías de fuera son de increíble granjería, y más cuando los señores casi en toda su vida visitan tales haciendas. "No hay cosa que tanto engorde el campo (dice Hesíodo) como las pisadas del señor„. ¿Quién mejor que él sabrá ordenar lo que convenga al beneficio de sus heredades? Si en esto no pone diligencia y cuidado, por fértiles que sean, se volverán estériles y flacas. Sin duda, es gran desdicha ser uno servido sólo por sueldo, no por voluntad; porque en faltándoles aquel norte, posponen el bien y reputación del á

quien sirven por los fines de su ganancia, y, echando por medio, destruyen mil por granjear ciento. El que tiene afición parécele debe fidelidad en más que el servicio; y así, favorece el interés y aumento de quien le sustenta. Mas soy de parecer cesaría toda diversidad de querellas con la presencia del interesado. No es de algún provecho para las heredades mudar á menudo labradores. Los más conocidos suelen ser más serviciales y menos perezosos. Estos, demás de su salario, se deben acariciar con dones y palabras, conviniendo así para que la hacienda vaya de bien en mejor. De las cosas que me causan admiración más crecida es una el excesivo trabajo de los agricultores. Puedo decir que nunca gozan día bueno. ¿Qué fríos, lluvias y nieves no padecen de invierno? ¿Qué ardores y cansancios no sufren por estío? A muchos, particularmente segadores, ahoga el demasiado calor en las mismas hazas. Visten lo más humilde, lo de más bajo precio. Comen lo peor y más desechado, siempre con penuria y calamidad. Toda su fatiga y sudor se va en pagar las rentas, y ¡ojalá que alcanzase! Cuando la cosecha del pan es razonable, es malísima la del vino. El año pasado vi, haciendo un viaje, ofrecer cincuenta arrobas de vino por un carro de paja. Habíase cogido en la Mancha casi ningún trigo, y menos cebada, y recelosos de que el ganado mayor se les muriese, salían á buscar sustento para él muchas leguas de sus casas.

MAESTRO. Entre los dientes traen los miserables espíritus, y provoca á compasión ver cuán imposibilitados se hallan para pagar tan continuos pechos y tributos. ¡Sea Dios bendito, que cría y conserva tales esclavos para nuestro regalo y deleite! Dignos son de que se les alivie cualquier gravamen, pues pende de su conservación la de tantos reinos, provincias y ciudades. Mas pasad, os ruego, á otra cosa; que me lastima detenerme en la que deseo remediar y no puedo.

DOCTOR. Es propio de quien vive ocioso fabricar edificios. Estos se suelen hacer con dos intentos: el primero, de labrar para vivir; y el otro, para vender. Algunos desta edad eligieron por arbitrio de enriquecer hacer casas, á quien, acabadas, ponían en venta. Hemos visto que no sólo no se han perdido con semejante granjería, sino que por su medio han recibido aumento particular sus haciendas. Escogen sitios á buen precio en buena parte. Compran con su comodidad los materiales; y al fin, habiendo en todo buena cuenta y razón, por lo gastado co-

ligen lo que pueden ganar, dando lo que labraron por esta ó aquella cantidad. Laboriosa ocupación es ésta, y juntamente indigna de varón noble; soy por eso de parecer no la sigáis. El otro intento es de fabricar casa para vivir, en que hay diversas opiniones. Tienen algunos por gran descanso labrar habitación á su modo, disponiendo las piezas según la necesidad de su familia. Este disinio no puede ser vituperable, y más si le ponéis en ejecución no en decrépita edad, siendo verisímil se ha de gozar poco lo que en ésta se labrare, si ya no desampara la vida en medio de la obra. No hay cosa que tanto engañe como el aliento vital. Pierdo el juicio cuando veo atentísimos á fábricas suntuosas sujetos de á setenta y más, rancios y consumidos de la edad; y si se les preguntase lo que les mueve á plantar en la tierra aquel nuevo bulto, sé cierto responderían que el tener confianza de permanecer sobre su haz muchos años. ¡Opinión gentil y bárbara, pues pierden de vista el certísimo y evidente objeto de su mortalidad! En fin, aunque zánganos inútiles, quieren imitar á las abejas en fabricar panales para otros que los gozan después, riéndose de su necedad y cuidado. Así, teniendo semejante tentación, no aguardéis á la vejez; que es disparate. Es de advertir no haber cosa en que más se muestre la prudencia y discreción de un sabio como en saber elegir y tomar los medios convenientes y proporcionados para conseguir el fin que pretende. En esta conformidad, para reducir la traza á disposición, no escojáis por guía vuestro deleite solo, sino también vuestra utilidad. Nunca las fábricas que dispone el antojo suelen salir tan firmes ni permanecientes como las antiguas. Por tanto, comunicaréis con el arquitecto de más nombre vuestra voluntad. Haréis que os trace el edificio y que considere la suerte del fondo del terreno, en que no será posible errar, por la continua experiencia y uso. Que advierta la calidad de los materiales, las suertes de piedras que sufren más y prometen más larga duración contra la injuria del tiempo, encorporándose mejor con la froga y argamasa. Sea cierta la asignación del dinero, porque no falte cuando más sea menester. En este punto es de advertir labréis según vuestra posibilidad y suerte. Imprudencia grande sería formar para un jilguero jaula que pudiese servir para la capacidad de un águila. Nace de aquí el hacerse ridículo, y lo que más importa, el empobrecerse, habiendo de dejar imperfeto el edificio, con notable vergüenza. Algunos juzgan se remedian tales inconvenientes con arrimar

las espuelas procedidas de censos; mas yo digo que entonces no labra uno para sí, sino para quien los da, pues suele suceder quitarse muy tarde. Según esto, será prudencia, antes de llegar á la primer piedra, tantear y considerar con diligencia y consejo lo que se ha de proveer, de suerte que el principio de la obra sea la última operación. Principalmente, aseguraréis y ajustaréis bien vuestro negocio con los fabricadores ó maestros, á quien no apruebo dar los edificios á destajo, por las fraudes y malicias que intervienen en el labrar, así en el yeso y ladrillo (aquél mezclado con mucha tierra y éste mal cocido) como en otras cosas. Hállanse grandes comodidades con el dinero en la mano; y así, no es razón perderlas por pereza y por fiarse de quien pocas veces suele decir verdad, siendo (según David) todo hombre mentiroso. Daréis muestras de cuerdo en no imitar á algunos bizarros, que, reventando de curiosos, guían sus planteles al contrario de lo que pide la buena traza y arte. Procurad sea la casa que hiciéredes mejor, más firme y más á provecho que las de otros. De ser así, tendréis vivienda con gusto; y si os sobrare algún cuarto, muchos pretensores para él y más utilidad de su arrendamiento.

Por vida vuestra que evitéis la demasiada comunicación con muchachos; que os pondrán por instantes á grandes riesgos sus verdores. Fuera de que parece mal ver muchas barbas ceñidas de niños impertinentes y fantásticos. Rarísimas veces se adelanta el discurso y prudencia á la edad, siendo fuerza, según orden natural, sea uno primero potro que caballo. ¿Qué provecho se puede sacar de un mancebito, y más si se precia de galancete, discreto y cortesano? El más sufrido no se podrá averiguar con su presunción y altivez. Todo lo sabe, á todos lleva ventaja en todo, retozándole de contino el corazón en el cuerpo; efetos de la nueva sangre. Hállanse muchos que, siendo artífices toda la vida de obras ridículas, censuran y despedazan cuanto encuentran, sin perdonar su maligno furor al sujeto más digno. ¿Qué más? Hasta el bárbaro, el bestial, el con todo estremo ignorante, osa, fundado sólo en cierta verbosa temeridad, como vil escarabajo, embestir las más generosas águilas en varios estudios, desestimando sus honrosas vigilias y pretendiendo locamente adelantarse á los más elevados de ingenio, de erudición, de sabiduría. Pues ¿qué si llegan á poseer algunas vislumbres de letras humanas, ó principios de alguna facultad? El mismo Lucifer no es cual ellos arrogante, soberbio y atormentador.

Huid asimismo de acompañaros con quien padezca alguna deformidad y corporal lesión, como tuertos, cojos, gibados; ya que os pondrán los apodos que aplican á su fealdad en ocasión de perder la paciencia. Fuera de que tales contrahechos, con la seguridad de pobretes, endebles y míseros, se arrojan á decir licenciosas libertades, por quien se hacen bien á menudo merecedores de que les zurren los carrillos. Aunque cierto se les había de tener compasión, para no brumarles los huesezuelos; que es lástima hacerles mal, y más cuando, á manera de muchachos, donosas y entretenidas sabandijuelas, son con sus lenguas picantillas el bureo del mundo, la gaitilla del lugar y el verdadero quitapesares. Tal vez, por el consiguiente, es la vejez cansada, como mal contentadiza de ordinario de las cosas del mundo, perdido y estragado, según suelen decir. Mas en caso que no halléis sujetos de vuestra edad y costumbres, sabios y cuerdos, con quien conversar, no os apartéis de la familiaridad de los ancianos, grandemente oportuna y capaz para haceros abrir los ojos y para ordenar las cosas presentes con el ejemplo y escarmiento de las pasadas, que hace antever las futuras. Cualquier nación, por bárbara y estranjera que fuese, en todo tiempo y lugar trató la ancianidad con singular veneración. A lo mismo os exhorto, pues el fruto que dello sacaréis será participación de virtud, juicio, costumbres, gravedad. Son éstos tenidos en todas repúblicas por dechados de los mancebos, por espejos y luz de sus confusiones y peligrosas vidas, por oráculos de sus dudas, y así, meritísimos de toda estimación. En todos los senados del mundo que pueden servir de ejemplares para el gobierno acertado, asistieron ancianos sabios y virtuosos. Roboán perdió casi todo su reino por haber dejado el parecer de los viejos y seguido el de los mozos. Alejandro, en la guerra con Darío, no quiso escuadrones de gente joven y lozana, sino de soldados viejos, astutos y ejercitados en la guerra, que hubiesen militado debajo las banderas de Filipo, su padre, ó con otros príncipes guerreros. Ocupan muchos por favor cargos que no merecían por su experiencia en aquel ejercicio. Claro es que donde ésta falta, no habrá servicios. "Nace (dice un docto) de aquí desesperarse los que los tienen, por ver adelantar indignos, cuando á ellos es forzoso quedarse atrás.,, De modo, que la esperanza que antes les servía de remuneración (fundándola en sus méritos, hasta llegar el premio) se les acaba por la negociación de otros. Síguese á

esta acostumbrada exempción la corrupción con que se estraga todo. Este inconveniente hace aborrecer el ejercicio, desanimando de suerte, que se compone la disciplina militar, alterándose su conservación y entereza. He querido traer á la memoria estas dos ó tres cláusulas de un cortesano moderno, para que resulten en honra de la vejez y en alabanza de Alejandro. No quiso ni consintió este grande emperador hubiese en su ejército capitán ó cualquier otro oficial de guerra menor de sesenta años. Así, mirando el orden de sus caudillos y el gobierno de sus escuadrones, parecían senados de bien concertadas repúblicas.

DOCTOR. De creer es no podrán entrar en ese número los que apuntamos en otra ocasión, viejos en edad y muchachos en el juicio. La infame y torpe vida de tales hombres es manifiesta ruina, cierto principio de perdición, y un escollo peligrosísimo para la nueva nave de la indiscreta juventud. Débese por eso, en vez de respetarlos, huir dellos como de serpientes. Afirman proceder al mundo tanta copia de viejos locos de la penuria de mancebos sabios. Tuércese con dificultad la costumbre, y por esta razón no es de maravillar que no pase á la senda áspera y angosta de la virtud quien en su mocedad siguió el ancho camino de los vicios. Por otra parte, conocemos cantidad de ejemplarísimos mozos, de singular cordura y anciano aviso, devotos, compuestos; siendo su proceder como de mineral de oro finísimo, cuyos deseos excluyen todo género de apetitos sensuales. Mucho califica á cualquier sujeto la prudencia y recta razón, fundamento de todo bien. ¡Oh, cuánto importara ser uno de los que buscaba Diógenes con linterna á medio día! Hacen perder pie á la consideración los fines en que ponen la mira las acciones de muchos. Desampara rasísimas veces su estudio el docto en una y otra facultad (remo indigno de generosos corazones), desvelándose á todas horas porque hallen en el mundo aplauso sus consejos, y sus pareceres aprobación en los supremos tribunales, siendo su ultimada intención granjear honra y fama, y, sobre todo, hacienda; y al cabo de tenerla adquirida, muere sin gozarla. Por manera, que su incesable anhelar pára sólo en dar al ingrato heredero, y quizá depravado decendiente, un alegrón un día, antes muchos buenos, á costa del sudor perpetuo del antecesor. Lo mismo corre en el médico, en el tratante, artista, repúblico, y otros de lindos ingenios, de buenos discursos y eminentes juicios, perdiéndose todos en este punto, como ciegos, como imprudentes.

Gozad, pues, lo que tuviéredes buenamente, siendo cual suele un sagaz mayordomo, que gasta lo necesario y evita lo superfluo; que así quedarán vuestros hijos en buen estado y vos contento de haber escogido un medio entre escasezas y desperdicios. Quisiera yo preguntar al ídolo de la mayor monarquía el fin con que acumula riquezas, tesoros, crédito, autoridad, reputación, si en pocos años, y quizá en pocos meses, para él ha de fenecer todo. No trato de los que por ventura adquieren odio y desgracia por este camino, fatigando, oprimiendo y derribando el estado, la honra y calidad déste ó aquél; que deste género apenas puedo imaginar haya alguno. ¡Oh perversa ambición, madre de infinitos males! Posea quien desea reinar toda la redondez de la tierra: será, cuando mucho, monarca de angostísimo espacio, ya que, equiparado con el resto de los orbes, viene á ser un punto indivisible la máquina del mundo. Sólo en el cielo se puede hallar el virtuosamente ambicioso harto de aquella inmensidad en quien tiene puesto tan grande amor. Aquí se muere con certeza, si causa dolor el morir; allá se posee vida inmortal. Lazos son las joyas, el oro, la plata, y siervos coronados los reyes más poderosos.

Acuérdome haber apuntado años ha, en otra conversación contra la codicia (polilla roedora de las almas, y su más disimulada muerte), ser la hacienda muchedumbre de instrumentos que sirven á la vida. Conviene, según esto, se disponga su calidad según el menester del hombre. Si se viese un soldado (dije) que, sin obrar las armas que posee, se ocupase todo en fabricar otras, ¿á quién no causaría risa? Della, pues, son bien dignos los que sin contentarse ni valerse de los que tienen, ponen suma fatiga en acaudalar más bienes. En esta forma viven engañados, como si los instrumentos no fueran hallados para el arte, sino el arte para los instrumentos; esto es, creyendo no sirva la hacienda para ayuda del vivir, sino el vivir para aumentar la hacienda.

Ya os considero pasar la vida con prudente quietud, lejos de los peligros y trabajos humanos, aunque en medio de sus más solícitos negociantes. Falso es todo lo que vemos, y publícalo el mismo sonido de las cosas. El soldado más valeroso blasona de haber asolado y combatido fuertes castillos y ciudades, sin perdonar, á sangre y fuego, hombres, mujeres, niños, viejos, ricos, pobres; y si se inquiere qué cosas son las de que se jata, con sólo referirlas pone horror y espanto. De suerte, que viene

á ser mundanamente valentía y prudencia la que mirada con ojos atentos es pestilencia, muerte y ruina de la humana generación. En fin, son todos por su camino bestias crueles, perros hambrientos, que teniendo en la boca un pedazo de pan, es tanta su codicia, que si le echan otro, suelta aquél, sin saberse aprovechar de uno ni otro. ¡Cuántos insaciables míseros cortesanos se hallan, que, si bien ricos, contra sus merecimientos, es tan encendido su deseo de alcanzar más, que pierden gozar una y otra riqueza, parando su cuerpo codicioso en hacer número de huesos en alguna parte sagrada!

MAESTRO. Viéneseme á la memoria haber hallado en cierto libro ser sabio solamente quien, considerando el último fin, usa y pone de su parte los medios convenientes para alcanzar esta consideración. Al hombre crió el omnipotente y eterno Dios á imagen y semejanza suya. A imagen, en cuanto la figura de Dios es nuestra alma por esencia y razón. A semejanza, en cuanto la virtud, por ser el alma buena, justa, santa. Y el fin para que el hombre fué criado, *ad cognoscendum et agendum:* para conocer á Dios; y conocido, amarle; y amado, poseerle; y poseído, gozarle. Asimismo fué criado para obrar, y que esta obra sea según el conocimiento, y mediante el tal conocimiento y la obra, sea ayudado de la divina gracia, para ser ciudadano en la celeste Jerusalén. Estos, pues, que con los medios puestos de su parte caminan al glorioso y felice fin, se pueden llamar con razón y verdad sabios y prudentes; no los que, encandilados y ciegos de codicia, soberbia, vanagloria y ambición, sin considerar el último fin, ponen su felicidad, deseos y apetitos en cosas terrenas y temporales, á quien, si concede la fortuna, arrebata la muerte.

DOCTOR. Contra eso parece puede haber alguna réplica. Muchos tienen por obra heroica, excelente y de gran gusto dejar en el mundo después de sus días eterna fama y gloriosa memoria. Hállanse estos bienes y felicidades esentos del fuero y juridición de la fortuna, de la muerte y tiempo, consumidor de las cosas terrenas. Cuanto más antigua fuere la fama, resplandecerá mucho más. Hácenla igual con las armas del soldado, que mientras más las usa y trae entre manos, más lucen y resplandecen. Esta, sin duda, es digna de ser buscada y adquirida, por fundarse en virtuosas acciones, en loables hechos. Aliéntanse con la frecuente y continua alabanza que resulta de la misma los ánimos generosos para emprender gloriosas hazañas, ó sea

eminencia ó singularidad de letras, de pincel, ó cualquier otro instrumento de arte ó ciencia. Mas, con todo, no se debe tener igual gloria en tanta estimación cuanto supone della el hinchado ambicioso, por ser también propia de aves, peces, animales, metales y piedras. Demás, que á ningún hombre único le es concedida la fama sin algún género de infamia y vituperio. Del famoso Cipión murmuraba Roma por haberle dado cargos y triunfos antes de tener años, obligándole á responder: "Si vosotros con las honras salistes al encuentro á mi edad, yo también anticipé las honras con las hazañas,,. Juntamente despiertan los sucesos y mudanzas del mundo contrastes y diferencias, para mezclar entre merecidos loores y aplausos malquerencias y murmuraciones. A esto miraban los oprobrios que iban diciendo los soldados á su Emperador, mientras entraba triunfando en su ciudad. Combatido de envidias se halló en tiempos atrás el valor de insignes capitanes: testigos sean Mario y Coriolano, desterrados de sus patrias tras tantos triunfos. No se vieron libres Belisario y el Cid deste áspid venenoso; y en siglo más reciente, el Gran Capitán y el invencible Cortés, ¿qué disgustos no padecieron en la ancianidad con pleitos y emulaciones? No es razón olvidar entre griegos al insigne Alejandro, grande conquistador del mundo, y entre latinos, á Julio César, en letras y armas felicísimo. El primero, aunque haya sido su fama tan clara y manifiesta, que rodee y cerque toda la tierra, no por eso dejó de gozar nombre de vinolento, vicio detestable y horrendo en cualquier persona, por vil que sea, cuanto más en un gran príncipe. Menos se escapó de otros epítetos abominables: de furioso, de airado, de homicida. Cuéntanse dél asimismo atrocidades inhumanas. Quísose matar á sí propio; tuvo las manos á su padre para que le matasen. Hizo matar á Carano, hermano suyo, y al viejo Parmenion. Mandó cortar las orejas, narices y labios á Calístene, filósofo, y después enjaularle con un perro. Fué tan rendido á la ambición, que oyendo disputar de la pluralidad de los mundos, lloró, pesándole tan de veras como si hubiera adquirido la mínima parte de uno. Pues ¿qué excepción no padece la real fama de Julio César, tan divulgada por el universo? ¿Acaso puede huir el título de violador de su patria, de usurpador de la romana libertad, de destruidor del romano tesoro, haciéndole archivo y depósito de diversas ignominias? Fueron éstos, y otros, aunque famosos como hombres, imperfetos; causa de no carecer de vicios y faltas graves. "*Sine crimi-*

ne vinit nemo (escribe un poeta), *sed optimus ille est qui minimis urgetur,,;* esto es: "No hay hombre sin falta, y puédese llamar buen varón el que tuviere pocas.,, Síguese hallarse iguales las balanzas, así de loores como de vituperios, al paso que sus hazañas ó vicios los solicitaban. "Más vale (dice el Sabio) buena fama que muchas riquezas.,, Y el mismo: "Procura buen nombre, que vale más que inestimables tesoros.,, De todos estos peligros se hallan libres los que abrazan la virtud. Esta, como medio solidísimo, excluye toda vanagloria y adquiere opinión á prueba de todas armas, de todas lenguas. Verifícase esto mejor en la religión católica, donde un roto, un descalzo, un penitente, sin medios, sin favores, consigue nombre gloriosísimo y bultos de perpetua honra y veneración. ¿Puede haber cosa tan estimada como un santo, cuya fama virtuosa permanece de edad en edad, de siglo en siglo, sin temor de envidia ni odio? No se alcanza la bondad con poco trabajo y sudor; pues es lo más que hace el hombre negarse á las cosas del mundo, uniéndose y endiosándose con las divinas. ¿Hay cosa tan de admirar como que instrumentos tan flacos como mujeres mostrasen tan gran constancia y deseo de perder por Christo (por medio de tan penosos martirios) cosa tan estimada como el regalo, el deleite y la propia vida? Hállanse (pasando á otro punto) algunos señores fáciles para creer cualquier cosa, y difíciles para remover dellos las impresiones, una vez concebidas en sus entendimientos, sean cuales fueren. Desta ligereza redunda, por la mayor parte, al interesado quedar en desgracia del personaje, que sin hacer lo que Alejandro (esto es, dar un oído al fiscal y guardar otro para la parte), ni admite satisfación, ni da lugar á que se le dé. Yo os juzgo de tanta sagacidad, que con el agrado y cortesía dejaréis vencida la emulación del mayor contrario y cualquier desgracia que os amenace. Bien es verdad que, como de suyo son tan instables los gustos de los hombres, puede ser que sin culpa vuestra, antes contra toda regla de astucia y discreción, incurráis en lo de que habréis querido huir. Para esto es de advertir disimuléis igual desdicha con vuestro superior, cauta y prudentemente. No conviene fingir cosa de dolor y tristeza, ni dar á entender amaina por ella la vela del servicio, que antes con el viento de favor hacía navegar en popa el bajel de la voluntad. Es de cortesanos diestros no lamentarse ni formar entonces querella contra persona alguna. Podría con semejante deslumbramiento correr azar la inten-

ción de ver enfrenada la corriente de aquella infelicidad. No os debéis fiar de todos, por lo que pudiere resultar de vuestras quejas, y recrearse de chismes y glosas falsas. Tengo por cierto que si os gobernáredes deste modo, informado de la poca culpa que se halla contra vos y de vuestra grande fidelidad, volveréis con doblado ímpetu á su gracia y favor. Dicho es común que la verdad adelgaza, mas no quiebra; es contrastada, mas vence; sube y baja, mas sube mucho más que suele bajar. Paréceles á algunos acertado, en medio desta tormenta, irritar y mover á ira al señor, imaginando se aplacará antes su enojo si vee disgustados los que suelen ser instrumentos de su comodidad. Este es engaño notable. Jamás los leones se domestican con aspereza; con blandura y regalo sí. Pueden resultar de semejante incitación daños mayores, y así, es mucho mejor el arte que se funda en humildad y paciencia. Más bien se mitiga con esta traza cualquier ira y rancor. Déjame por instantes admirado ver la estrella que en razón desto tienen algunos criados con sus señores. Estánles sin cesar haciendo bien, excediendo con las mercedes y beneficios sus méritos, calidad y suficiencia, y aposta parece se desvelan en disgustarles y darles enojos. Jamás están contentos con lo mucho que reciben; como si forzosamente se hubiera trocado el orden natural y hubiera nacido el dueño para agradar al criado; no el criado para deshacerse por el dueño. Justo es premiar el que puede la asistencia, amor y puntualidad del que le sirve; que por este camino hemos visto grandes medras en muchos linajes, grandes honras y títulos. Es refrán común dar cada uno como quien es. No puede dar poco el que heredó el ser liberal desde que abrió los ojos á la luz del día; mas en medio deste incentivo generoso, sería prudencia hacer distinción de sujetos. De ordinario son los ignorantes ingratísimos, y es la razón que como se pintan de tan buenos colores y presumen tanto, juzgan venirles corta la más larga merced; y así, en vez de agradecimiento, forman quejas. Los discretos observan diferente estilo; porque sintiendo modestamente de sí, tienen por cierto hallarse remunerados en demasía con cualquier premio. Por tanto, se debrían siempre eligir éstos, para que viese el poderoso lograda como desea la natural condición de hacer bien, y bien empleados los beneficios. Grande desdicha es dar siempre y obligar nunca.

He notado en algunos caballeros curiosidad en querer saber las cosas por venir, deseo casi natural en los hombres, como

procedido de la desobediencia de nuestros primeros padres. De aquí resulta holgarse unos con la astrología, otros con la geomancia, otros con la quiromancia, otros con la fisionomía; aquél con la nigromancia, éste con la piromancia; unos con ser sortílegos, otros con ser agoreros. Estudian y platican otros diversas ciencias adivinatorias. De todo esto se debe huir, como de falsedad y engaño inútil, supersticioso y reprobado por leyes divinas y humanas. Si son nuestros entendimientos, según Aristóteles, en el libro I de la *Metafísica*, para las cosas más comunes de la naturaleza como los ojos de la lechuza para la luz del sol: *Sicut oculus noctuæ ad lumen solis, sic intellectus noster ad manifestisima naturæ*, ¿no será grande temeridad querer inquirir y alcanzar lo que con tanto exceso dista de nuestra capacidad y discurso? Tal vez emana de mi corazón excesivo tropel de risa, por ver la locura y ligereza con que se mueven casi infinitos á buscar hombres dados á tales ciencias; hombres que tienen por profesión mentir y ser de contino embaidores. Osan éstos adivinar del modo que las gitanas, que por un cuarto pronuncian cien mil disparates, entre quien es posible decir algo que tenga aparencia de ser así.

No puedo dejar de contaros lo que me sucedió con un amigo en razón desta burlería. Era flaquísimo de memoria y grandemente inclinado á dar cuenta de las cosas notables que habían pasado por él. Conmigo, como su confidente, había comunicado algunos sucesos que tenía por singulares, respeto de sus circunstancias. Estando, pues, cierto día en una conversación, no sé quién introdujo en ella el arte de adivinar, en que todos abrieron los oídos. Pesóme de que los arrastrase sonido tan falso, y deseando persuadirles que siguiesen la opinión contraria, como más católica y discreta, representé de muchos los más fuertes argumentos que había para ello. Viendo era todo gastar palabras en vano, quise vengase la industria la repulsa que había hallado la razón. "Porque entendáis (dije) que no nace el ser tan obstinado de ignorar la ciencia adivinatoria, pretendo hacer luego delante de todos la experiencia de lo mucho que á su estudio he atendido. Ofrézcome á decir al señor Fulano (y señalé al amigo) casi lo más importante que ha pasado por él en el discurso de su vida. Con esto los dejé deseosos de que comenzase; y habiéndome hecho algo de rogar, como dando á entender lo dejaba por haber blasonado sin fruto, di principio á la narración de lo más curioso que me había referido el tal falto

de memoria. Dejé con esto atónito al dueño de los sucesos, y con estremo admirados los circunstantes, por ver cuán menudamente había expreso lo contado por él mismo. Cobré al punto nombre de singular astrólogo, y no sólo de astrólogo, sino de traer conmigo algún familiar, ó inteligencia diabólica. De allí á poco me pareció convenía desengañarlos, y apartando de sus ojos la niebla de la maraña, paró en regocijada risa la suspendida admiración. Por este camino conocieron las máquinas y enredos de que podía abundar la facultad tan vituperada de sabios. Debríanse castigar estos autores de embelecos severísimamente, porque se evitasen los robos y maldades que cometen con color de decir al que los busca lo venidero, que juzga le importa saber. Deseando el despacho de cierto negocio que tenía en Valencia, me remitieron á uno que era natural de aquel reino y correspondiente en él, para que por su medio cesase la dilación, que había durado muchos días. Era hombre que con dificultad salía de casa, y, así, le hallé en ella la primera vez que le busqué. Después de los cumplimientos y cortesías, se trató de cuál era la ocupación de uno y otro. Dije yo la mía, y al instante salió el señor huésped con que era eminentísimo en la astrología, por quien era buscado de casi infinitos hombres y mujeres. Tras esto me fué enseñando cantidad de figuras levantadas en diferentes ocasiones, y todas con su porqué, respeto de sustentarse desta sola habilidad. Teníalas puestas sobre una gran mesa, hechas legajos, con el concierto que suelen sus mercaderías los más curiosos tratantes. Salí haciéndome cruces de que en medio de la Corte se sufriese un bellacón tan pernicioso, un embaidor tan continuo. En este punto son facilísimas de engañar las personas que se tienen por más astutas, por ser oprimidas del gusto que les ocasiona la inteligencia de lo por venir. Hartas veces lo han procurado remediar las justicias de uno y otro fuero; mas foméntalo el demonio, como quien sabe los daños que de su conservación resultan á cuerpos y almas.

Débese, en suma, tener por cierta fe ser sólo Dios quien sabe todas las cosas pasadas, presentes y futuras, ó el á quien por divino misterio son reveladas. Con todo, no se puede negar ser la Astrología ciencia excelentísima, que tiene la prima entre las siete artes liberales; mas esto, en la teórica. Creo ser ésta verdadera, como se comprehende por muchos efetos; mas no en la parte judiciaria, en que descubre ser vana, falaz y dudosa. Algunos hay tan satisfechos de su discreción, que abrazan como

oráculos tales pronósticos. Guíanse por semejante superstición, de tal manera, que no saben comprar, vender, calzarse unos zapatos ó hacer otra cualquier menudencia sin especular el astrolabio, permitiendo Dios les salga todo al revés de lo que intentan y desean. Público es condenarla escuadrones de sujetos santos y doctos; mas aunque vulgar, quiero referir lo que reprobándola, escribe Marco Tulio, fuente caudalosa de la romana elocuencia: "Todos los astrólogos (dice), sortílegos y adivinadores pronosticaron que habían de morir viejos en su patria, con grande fama, honra y felicidad, Julio César, Lucio Craso y el magno Pompeo; mas todo salió al contrario de su juicio. César, de no anciana edad, feneció en medio del Senado, á manos de quien no pensó. Craso, también de no mucha, fué muerto de los partos junto á Carra, con no poca ignominia. A Pompeo, que tampoco era viejo, por orden de una mujercilla, de un muchacho y de un vil siervo, le cortaron la cabeza en Egipto,,. Hasta aquí Cicerón.

El caso es que los meses que prometen diluvios son los más secos, y más abundantes los que publican por más estériles. No ha mucho vino á mis manos un reportorio que cuanto á la la mudanza de tiempos había ocho años se imprimía y publicaba siempre de un modo, sin alterar en él mas que las fiestas movibles. Es certísimo procede todo esto de la ignorancia de los que profesan tal ciencia y de no estudiarla como es razón.

Por el consiguiente, os persuado desechéis de vos animosamente la diabólica tentación del alquimia, arte ahumada y melancólica. Desdicha es ésta que no ha querido dejar libres á muchos personajes, siervos, no sé si diga, más de insacîable codicia que de ingeniosa curiosidad. El deseo déstos es de contino bien diferente de su profesión; pues mientras más estudian y procuran enriquecer, más se empobrecen y aniquilan. Cosme, gran Duque de Florencia, varón de ingenio raro y de grande capacidad, fué engañado de cierto amador desta locura, haciéndole gastar ridículamente en ella mucho tiempo y no poca hacienda. Al fin, perdida la esperanza de fijar el inquieto azogue, ya huído el cuajaenredos, preguntado de un su valido cómo había entrado tan á ciegas en tan confuso laberinto, respondió: "¿Cómo? Pues ¿había yo de imaginar podía tener ninguno atrevimiento para engañarme?,, Respuesta, cierto, digna de tan gran príncipe; mas debiera considerar su maduro entendimiento que no es mucho se atreva á los hom-

bres, por encumbrados puestos que ocupen, quien osa quitar el oficio de la mano á la misma naturaleza, en el parto que le cuesta tanta operación. Sola ella en sus entrañas es capaz de perficionar, transmutar y convertir un metal en otro, con el favor de sus dos luminosos agentes: sol y luna. Sábese ha puesto igual pertinacia en gran pobreza y necesidad á muchos hombres muy ricos, teniéndose cierta noticia de que jamás por este camino vino á ser rico algún hombre.

Abunda, sin éstas, de otras muchas imperfeciones la vida humana, sucediendo á los más linces en ella ocasiones de dolor, y á veces de tardo escarmiento. Conviene, pues, tener delante los ojos el arte con que cultiva un jardinero el parque más estimado y real. Siembra por él las flores y yerbas de olor y vista más apacible, planta frutíferos árboles, fecunda unas y otros con bastante licor, escarda y poda lo superfluo, sin apartar en tiempo alguno la solícita mano de su beneficio. Con esta industria adquiere estima el jardín, y loa el ministro, siendo frecuentado de las personas de más lustre y valor. Grande es la imperfeción de los juicios, por la diversidad de las complesiones, por la variedad de los apetitos. Pocas veces viene á tener la vida la perfeción que deseamos. Tal hombre es escaso en comer, y pródigo en fabricar; tal, perdido en el juego y miserable con su familia, mezquino y desaliñado en el vestir, espléndido y curioso en las alhajas de casa; escaso con pobres, gastador con caballos y perros; liberal con truhanes, duro y apretado en pagar deudas. Esta contrariedad viene á ser escarnecida de cada una de las naciones y condenada de todo el mundo. Cuantas provincias hay en él parece han conservado un mismo modo de vestir, unas mismas costumbres y ejercicios; sólo España podemos decir se ha dejado de mostrar firme en todas estas cosas. Asia, Africa y América conservan ha muchos años un traje y manera de ocupación. Por la horma de un sombrero hace Francia todos los que gastan sus naturales. Casi todos comen los manjares guisados por un arbitrio. Lo mismo en Venecia y toda Italia, donde sus moradores raras veces alteran la costumbre antigua en ropas y viandas. Nosotros solamente no tenemos punto firme ni determinado, siendo en estas cosas tan diferentes los pareceres como los rostros. Gustara yo de que por las demostraciones externas se rastreara la interior prudencia y talento. Es á propósito retirar el gusto de lo que con evidencia ha de causar singularidad y nota. No es bien dejarse

conducir del hervor de la edad, ni ensanchar el ánimo en lo que trae consigo cierta perdición y despeñamiento. Con ojos desapasionados se deben mirar las cosas de tanta importancia, sin negar obediencia á la razón en cuanto pareciere convenir. Pondréis, pues, cuidado en que vuestra vida sea en todas partes conforme, igual, absoluta y perfeta. Perfeta digo, no simplemente, porque en las cosas humanas no se halla perfeción; mas considerámosla perfeta según nuestra fragilidad. Aplicad la atención en que no dispare ni se desconforme; que así será siempre aprobada y tenida en mucho de cualquier sabio. Dícese de un gran pintor que para formar una estatua de Venus con todo magisterio hizo juntar algunas bellísimas doncellas, para poder tomar de cada una lo que fuese más excelente en su cuerpo; traza con que la sacó perfetísima. Esto mismo deseo yo en la imagen de la vida, para cuyo acierto se debría hacer elección de sujetos virtuosos. Mueven los ejemplos con singular eficacia, siendo instrumentos bastantísimos para enfrenar las más desenfrenadas costumbres. Así, es justo escoger para la propia utilidad varones de ajustada conciencia y sana dotrina, por donde guiar obras, pensamientos y acciones. Y pareciendo difícil ó imposible hallar hombre en quien concurran y estén unidas todas las virtudes que se desearen, se debe imitar al ingenioso escultor, que tomando de varios objetos las partes más convenientes y de mejor proporción, saca un cuerpo de más perfeta y cumplida hermosura que el compuesto por la ingeniosa naturaleza. De la misma manera, de diversas personas dignas y excelentes es á propósito tomar diferentes virtudes y buenas calidades, de que se puede componer una sola para sí, aunque imaginaria y matemática, en quien, como en viva imagen, se deba mirar de contino. "Trabaja, y sé tal (dice Sócrates) cual deseas ser tenido.,, Mucho apartan los pasos deste camino real y derecho los que se veen colocados en la amenísima cumbre de la alegre y lozana juventud, de cuyo vigor nervioso les parece no ha de haber jamás declinación. Mas holgara pusieran para su utilidad y escarmiento la vista, no digo en su misma fábrica, sino en la que amenaza con su fortaleza mayores injurias al tiempo. ¿Hay cosa tan desengañada como ver la secreta lima con que los años roen los más duros mármoles y los más correosos hierros? Por momentos reciben menoscabos las más fuertes fábricas. Ya titubean respeto de la fragilidad de sus cimientos, ya se deslucen sus paredes, y hasta el mismo

suelo descubre no menor calamidad, desigualándose, consumiéndose. ¿Qué será, pues, en el edificio del hombre, con tanta desigualdad endeble y quebradizo? Todas las horas, aun con buena salud, se va desfigurando. Arrúgase la lisura del rostro; falta á muchos la copia de cabello, honroso ornato de la cabeza; húndense los ojos; descárnanse y mudan color los dientes; anticípanse los correos de la muerte (tales son las canas); tiemblan y se enflaquecen las piernas, y el engaño, más en su punto; y el escarmiento, más lejano.

Maestro. Síguese no ser otra cosa nuestra vida que una continua y perpetua guerra, sin género de tregua ó paz. Muchos, diversos, ni menos poderosos que esforzados, son sus enemigos, parte alojados en las entrañas del hombre, parte fuera. Déstos son algunos visibles; tal es el mundo, padre de engaños y fugitivos placeres. Otros no se veen, como los demonios, que con infinitas asechanzas y astucias no duermen ni descansan, procurando nuestra perdición. Los enemigos entrañados, que cuanto más intrínsecos y domésticos ofenden más, son los deseos y apetitos. Quebrántanse las incomparables fuerzas déstos, mediante la divina gracia, con las obras de piedad, con ayunos, lágrimas, oración y limosnas, que sacan por premio eterna guirnalda y lauro incorruptible en la suprema patria, donde está la suficiencia de todo bien, sin fin, sin alteración. Esto, cuanto á la recompensa; mas si la cuenta de la vida, que tan indubitadamente se ha de dar á su tiempo, no saliese tan ajustada como debría, ¿de qué dolores, de qué angustias no se verá ceñida el alma? Dicen ser la guerra un rayo de la ira de nuestro Señor; y así, indecible el cargo que toma sobre sí el rey que la hace por otro motivo y fin que la pura honra y gloria de Dios y defensa de sus reinos. Pues ¡pobres de nosotros! si una guerra temporal es tan temida y de tan grande importancia, la eterna y con tantas ventajas tremenda y horrible, ¿con cuánta más razón lo debe ser de cualquier mediano discurso? Suele el que tiene á su cargo la hacienda de algún príncipe prepararse para dar cuenta de su administración, porque no se presuma dél cosa fea ni que tenga olor de descuido. Procura con diligencia dar muestras de haber hecho el deber como leal y solícito, con cierta esperanza de alcanzar merced. Pues ¿con cuánto mayor desvelo se debe prevenir el christiano para la cuenta que ha de dar al verdadero Señor, habiendo de ser no solamente de lo que ha obrado, sino hasta de las palabras ociosas y pensamientos

inútiles? Resuelto en pensar, decir y hacer bien, por el galardón que consigue de tales obras meritorias, podrá asimismo evitar en parte la molestia que procede del sindéresis roedor, que suele ser la flecha más penetrante del corazón más libre; todo en virtud de acciones puras y limpias de todo defeto y error. Incúrrese fácilmente (tal es la fragilidad y flaqueza humana) en culpas de afectos y liviandades. Cáese muchas veces sin pensar; valentía christiana es levantarse, con dolor de haberlas cometido; con firme propósito de no reincidir; con ánimo limpio de perfeta satisfación.

DOCTOR. Prosiguiendo, pues, lo que tan christiana y doctamente explicó el Maestro, digo hallarse la edad florida más sujeta á tales despeñamientos, por la poca experiencia que tiene en negocios del siglo. Aunque no sepa mucho, si desea saber y entender principalmente de obras de virtud, digno es de buena esperanza y opinión. Faltarále sólo hacer hábito en la misma; que ganado una vez, se pierde con dificultad, siendo maravilla cometer con él algún vicio ó torpeza. Al contrario del hombre perverso, que nunca ó pocas veces pone en efeto obras virtuosas. Es la virtud moral un hábito electivo que consiste en los medios; mas no se alcanza con un acto solo. La primer camisa de cera que se da al pabilo no hace la vela, sino muchas cubiertas. Así, un acto de virtud no hace al hombre virtuoso, sino el hábito ganado con muchos actos. Este es de tanta fuerza, de tan eficaz y excelso vigor, que si bien en llegando el mortal á la caduca vejez se vuelve á la edad pueril, si mientras fuere mozo hiciere costumbre de virtud (dice Aristóteles), aunque por los muchos años falte el sentido, por lo menos, queda el hábito de las obras virtuosas, que le reservará de vivir como niño, pues adquirido una vez, nunca viene á menos; advertencia digna de tal varón, monstruo, en fin, de prodigios, y el último esfuerzo y ayuda de la naturaleza.

DON LUIS. La prática es bien provechosa; mas ya sabéis que aborrece lo material del cuerpo las cosas que tienen mucho de espíritu. De aquí procede oír los poco devotos de mejor gana una comedia que una misa, y asistir con más voluntad á unos toros que á un sermón. Bueno será, según esto, sigamos otra vereda que no carezca de novedad, para que rinda aprovechamiento y deleite.

DOCTOR. Ya, señor don Luis, poco puede quedar que importe al principal intento de Isidro. Fuera de que también, sien-

do ésta la última jornada, y estando ya casi de partida, no fuera á propósito haber dejado para ocasión de tanta priesa lo que pudiera ser de consideración. Mas, sin duda, me ha tocado en estas conversaciones el oficio de hablador, pues se han remitido á mi lengua casi todas las partidas de los asuntos que se han ofrecido. Aseguro ser mi intención aprender de los que más saben; causa de ceder con mucha voluntad, dándoles lugar para que me enseñen. Sé decir yerran muchos hablando; callando, pocos; y así, como más acertado, es más raro esto que aquello.

MAESTRO. ¿Paréceos requiere poca paciencia el silencio, y el habla oportunidad pequeña? "Considera mucho (dice el divino Jerónimo) lo que has de decir, y, callando, haz provisión de palabras, porque no te pese de lo que dijeres.,, El que habla como sabio medita prudentemente el con quién, en qué tiempo y lugar ha de exprimir sus concetos. Por la mayor parte, son los callados sufridores de muchas impertinencias; mas ¡líbrenos Dios cuando del todo se les sube el humo á las narices! Suelo asimilar estos tales á las minas de pólvora; que, últimamente, irritadas del fuego, revientan con tremendo ruido, destrozando y deshaciendo cualquier impedimento que hallan sobre sí. ¿Hay donosidad como oir á un habladorcito con demasía satisfecho de su gorjeo y prosodia, todo pausas, todo escucharse, y al cabo de parlar diez horas, para en haber hecho ostentación de tordito, sin que de cuantas palabras gastó se pueda sacar ni un adarme de fruto. "La censura del silencio (dice un santo) es casi cierto nutrimento del sermón, para que después salga de los límites de los labios más generoso, más sabio, mas prudente.,, Por lo menos, la modestia y humildad denotan grande talento y no menor caudal de sabiduría. ¡En cuántos peligros y menoscabos ha puesto el habla incauta! Mejor (dice el elocuente Crisóstomo) se puede vencer á un maligno callando que respondiendo. No podemos negar, con todo, hallarse en iguales balanzas de perfeción el callar y hablar. Débese usar uno y otro con discreción y medida. Tal vez la mucha taciturnidad se atribuye á ignorancia, como á insipiencia y furor la demasía de palabras. Con todo, entre tales excesos, es, á mi ver, más digno de alabanza el callado que el hablador. Real virtud es, sin duda, percebir con celeridad lo conveniente y ser mirado en lo que se ha de responder, porque no venga el dolor tras haberse arrojado á decir sin examen lo que fuera mejor se quedara entre el cerco de los dientes. Loa Séneca el hablar mucho consigo y poco

con otros, afirmando sacarse desta costumbre indecible utilidad. También aconseja el servirse antes del oído que de la lengua. ''Jamás (añade) tu secreto lo dejará de ser si evitares el decirle á otro.,, No por esto pretendo escurecer los resplandores que despide de sí el don de las lenguas; y así, al presente no se deben condenar sino excesos, como lo hacen santos y filósofos. ¿Qué loor no se deberá á la oración más perfeta, más siguiente, más natural, acompañada de tal manera con la razón, que una sea defetuosa sin otra? Singular excelencia es la de articular la voz, en virtud de quien se discurre y negocia.

En dos estremos hallo puestas todas las conversaciones de las más suntuosas ciudades: uno de lisonjas y otro de porfías. Júntanse (esto cuanto al primero) en esta ó aquella casa cuatro, seis, ó más conocidos (llamados por otro nombre *ingeniosos)* y comienzan á sacar al teatro de ojos y oídos los discursos ó versos que, en su opinión, tienen más erudición y elegancia. En tanto que lee ó recita el uno, préstanle los demás atención, acudiéndole con aplauso inaudito y loa superior. El caso es que mientras pronuncian las lenguas y siguen los semblantes uno y otro, se están engañando y mintiendo, por sentir el corazón lo contrario, dentro de quien anda alborotada la mofa y risa. Válense de semejante sagacidad con fin de hallar en el mentecato aplaudido igual correspondencia, cuando llegue ocasión de publicar sus boberías. Por este camino nacen, viven y mueren ignorantes en superlativo grado; puesto que, como se sabe, no puede haber emienda donde no hay desengaño. Este lenguaje es generalísimo en la Corte, y, sobre todo, le frecuentan los que se precian de más caballeros, á quien de contino desagradan sumamente las verdades, deseando ser tan únicos en ingenio como en honor. Vengamos al otro estremo, que consiste en las porfías, parte no menos dañosa que la primera. Rarísimos son los que proceden en las conversaciones con modestia, cortesía y agrado. Pocos hablan con gracia y honestidad, teniendo en la memoria el decoro propio y ajeno. Lastiman motejando, y procuran descubrir discreta habilidad en la relación de cosas torpes y feas. Introdúcense pláticas en que se refieren nuevas y se apuntan opiniones. Dejo aparte cuán dañoso sea el ser novelero y cuánto se irritan los superiores con los de quien tienen noticia salieron las cosas que les ofenden. Adquiérese su desgracia, y haciéndose el relator blanco de su ira, experimenta con cárceles, cadenas, grillos, y tal vez con tormentos, cuán-

to mejor fuera no meterse, ni de oídas, con las acciones de principes soberanos y grandes ministros. Destas novedades suelen cobrar alimento las porfías. Dan algunos en reprobar las cosas aprobadas. Otros, en sustentar las indignas. Llaman bizarría y discreción á este género de protervia y bestialidad. Atrévense á celebrar y engrandecer sin vergüenza ni empacho los sumos vicios en la suprema fortuna. Defienden como á liberal al ladrón público, al que desea despojar de su luz hasta las estrellas. Por otra parte, infaman y condenan las cosas alabadas de escuadrones de sabios antiguos y modernos. Brotan semejantes contiendas de contino menoscabos en el honor y peligros en la vida. Halléme una vez en meter paz en cierta riña, derivada de porfiar si era mejor el invierno que el verano. Aprobaba el uno la salud del primero, los alientos para comer, la frialdad sin artificio en la bebida, el gasto cabal del día, sin hallarse en todo él sitiado del calor, del polvo, del cansancio. Loaba los entretenimientos domésticos de la noche. El recreo de novelas y varia lección al brasero, la limpieza natural de aposentos y camas, libres de moscas y otros escrementos. Llamábala "estación en que el mundo despedía de sí los más graves cuidados, la fatiga y sudor, alimentándose la tierra de ocio suave. Aunque se muestran (decía) entonces las plantas áridas y desnudas, nunca se hallan más fecundas ni con mayor virtud, pues se van llenando poco á poco de vigor para producir á su tiempo con esfuerzo doblado.„ No acababa de encarecer cuán venerable aspecto descubría el año en aquella sazón, lleno, como de blanquísimas canas, de escarcha y nieve. Publicábala por vida y reina del universo, por gallardía de la naturaleza, por escudo de los vivientes, que doma con imperio las otras partes del año, á cuya majestad y poder se inclinan, reconociendo todas sus riquezas de su mano liberal. Todos sus frutos son como trofeos y despojos del invierno. Asegura y defiende con benignidad de los insultos del sol (si bien no graves insultos) las semillas ocultas debajo la tierra. Armala de importante y lucidísimo hielo, para que, reconcentrando cada día más su natural calor (prisionero entonces), pueda, como mujer fecundísima, dar para el beneficio de los hombres, cuando los esperan, partos no menos útiles que hermosos. Encarecía por sabrosísimas las frutas que se gozan en aquellos cuatro meses: la pera y camuesa olorosa, el agridulce pero, las colgadas uvas, el maduro níspero y serva, la castaña, avellana y nuez, los higos y pa-

sas dulcísimos, aunque secos. No campean entonces tanto las fieras. Provocan, recogidas en sus grutas, á ser opresas con el sabrosísimo ejercicio de la caza. Las fiestas públicas se gozan entonces con más felicidad, como más dispuestos los cuerpos para sufrir fatigas. No molesta el peso de las armas en el torneo, ni falta gozosa duración en el estafermo y sortija. Descubren los caballos doblada fogosidad en la carrera, y hasta los circunstantes son menos molestados del concurso y apretura. Con estos y otros circunloquios y rodeos molía el un contendor las entrañas. El otro, con no menor elocuencia y eficacia, oponiéndose á esta opinión, defendía la verdad de la suya, representando los bienes y comodidades de las tres estaciones, primavera, estío y otoño. En suma, de la terquedad de ambos nació el decirse injuriosas razones, parando en sacar las espadas, de que resultara herirse ó matarse, si á tiempo no llegara el montante de la paz, y socorro de buenos. Infiero de lo apuntado hasta aquí ser cosa discretísima huir, así de las ocasiones de engaños como de porfías. Es prudencia no trabar conversación con personas vidriosas, incomportables, rebeldes; porque aunque sus opiniones y fantasías sean falsas, disparadas y sin fundamento, las defienden con palabras descompuestas y ocasionadas á cualquier mal. Válense para esto de gritos furiosos y gestos abominables, arrojando de la boca con igualdad necedades y perdigones. Juzgan bajeza apaciguar su brío, ni rendir su parecer á la razón, preciándose solamente de rijosos y pendencieros. "No quieras contender con palabras,, (aconseja San Pablo). Merece no ponerse en olvido tan loable documento, por quien cesará la pérdida de modestia y gravedad de ser y reputación. "El mayor tormento que podía tener un sabio (dijo cierto filósofo) era atalle al pie un necio porfiado, por ser peso que le sostiene solamente el alma.,, Entre éstos, no sólo no es admitido cualquier buen parecer, sino menospreciado el más saludable consejo, teniendo por loco y haciendo befa del que le da. Gravísima falta es no querer éste creer lo que ignora del que lo sabe. A tales dicípulos daba Hesíodo silla en la última grada de su colegio, como á inútiles, que ni sabían, ni querían deprender. Mucho se debe al maestro de cierta y provechosa dotrina y al que da (sea quien fuere) sabios y morales ejemplos. Merece se los gratifiquen con agradecimiento de palabras y obras, cuando se ofrezca oportunidad. Débense tener asimismo estampadas en la memoria las sentencias que aprobó el largo tiempo,

y valerse dellas en la necesidad. Dos virtudes hallo rarísimas, y que raras veces se hallan en los hombres: modestia y humildad. Precioso talento alcanza quien se enriquece destos admirables ornamentos. Consiste la primera en no ofender ni calumniar, en presencia ó ausencia, á amigo ó enemigo, grande ó pequeño, desechando palabras injuriosas y viles, principalmente que toquen á la honra. Decienden éstas en el pecho del hombre, esculpiéndose en la memoria para no olvidarse perpetuamente; de quien, cuando menos pensamos, suelen nacer malos efetos. La humildad es dote tan realzada, que por ella fué el gran Baptista exaltado en la más sublime silla de la gloria. Cordura es no pretender el primer lugar en cualquier ocasión. ''Aprended de mí (dice el Salvador), que soy humilde y manso.,, Las invenciones del mundo han llegado á diferenciar la mano derecha de la siniestra; mas los prudentes no hacen caso desta vanidad. Esta ceremonia es las más veces estimada menos de los más poderosos. Ofréceseme decir á este propósito lo que sucedió á cierto mercader con un duque de Medina Sidonia. Púsose inadvertidamente el hombre á la mano derecha de aquel príncipe, y habiendo andado algunos pasos, reconociendo su yerro, dijo con grande sumisión: ''Perdone vuestra excelencia el no haber estado en lo hecho,,; y tras esto, quiso mudar lugar. Respondió el Duque: ''Bien vais; que yo en cualquier parte soy el mismo,,; y mandó pasase adelante como iba. Impertinencia es, dando algún lugar ó asiento más preeminente, hacerse mucho de rogar para acetarle, pues la humildad puede abonar la intención con que se admite, que es de no porfiar. Tomarle de su mano es error grandísimo, con que descubre el tal ser ambicioso de honra, vano y ligero.

Habiéndome, pues (lejos de toda presunción), sólo con intento de obedecer, tocado el apuntar las precedentes advertencias, será forzoso ponerles fin, por la presteza con que se ordena nuestra partida, pidiendo se escusen las faltas y se admitan los deseos de acertar, siquiera en alguna cosa.

FINIS

INDICE

Acabóse esta reimpresión ae
la edición príncipe (Madrid,
Luis Sánchez, 1617) en
la imprenta de "Re-
nacimiento,, el
día 4 de Septiem-
bre del año
M.CM.XIII





